

Richard Watson

b

ganz1912



Descartes

El filósofo de la luz



ganz1912

Título original: *Cogito Ergo Sum: The Life of René Descartes*

Traducción: Carlos Gardini

1.ª edición: mayo 2003

© Richard Watson, 2002

© Ediciones B, S.A., 2003

para el sello Javier Vergara Editor
Bailén, 84 - 08009 Barcelona (España)
www.edicionesb.com

Impreso en Argentina - Printed in Argentine

ISBN: 84-666-1324-2

Depósito legal: B. 16.557-2003

Supervisión de Producción: Carolina Di Bella

Impreso por Printing Books, Av. Coronel Díaz 1344,

Avellaneda, Buenos Aires, en el mes de septiembre de 2003.

Todos los derechos reservados. Bajo las sanciones establecidas en las leyes, queda rigurosamente prohibida, sin autorización escrita de los titulares del *copyright*, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos.

ganz1912

Richard Watson

DESCARTES

El filósofo de la luz



Barcelona • Bogotá • Buenos Aires • Caracas • Madrid • México D.F. • Montevideo • Quito • Santiago de Chile



René Descartes (1596-1650),
obra de Jan-Baptist Weenix (1647)
Centraal Museum, Utrecht

ÍNDICE

INTRODUCCIÓN	9
PRÓLOGO	29
CAPÍTULO UNO	
<i>La infancia</i>	45
CAPÍTULO DOS	
<i>El estudiante</i>	67
CAPÍTULO TRES	
<i>Isaac Beeckman</i>	79
CAPÍTULO CUATRO	
<i>Reinos mágicos</i>	93
CAPÍTULO CINCO	
<i>El rebelde</i>	113
CAPÍTULO SEIS	
<i>Fuga</i>	133
CAPÍTULO SIETE	
<i>El perro de Descartes</i>	149
CAPÍTULO OCHO	
<i>Francine Descartes</i>	163
CAPÍTULO NUEVE	
<i>Los géometras</i>	181

CAPÍTULO DIEZ	
<i>La princesa Isabel de Bohemia</i>	193

CAPÍTULO ONCE	
<i>Los predicadores</i>	207
No soy ateo	

CAPÍTULO DOCE	
<i>La Fronda</i>	227

CAPÍTULO TRECE	
<i>La reina Cristina de Suecia</i>	251

CONCLUSIÓN	289
------------	-----

AGRADECIMIENTOS	305
-----------------	-----

BIBLIOGRAFÍA	307
--------------	-----

ÍNDICE ONOMÁSTICO	325
-------------------	-----

ÍNDICE TEMÁTICO	333
-----------------	-----

INTRODUCCIÓN

LA MALDICIÓN DEL CARTESIANISMO

René Descartes, el Padre de la Filosofía Moderna, uno de los mayores genios matemáticos que han existido, puso los cimientos de la preponderancia de la razón tanto en la ciencia como en los asuntos humanos. Desacralizó la naturaleza y colocó al ser humano como individuo por encima de la Iglesia y del Estado. Sin el individualismo cartesiano, no tendríamos democracia. Sin el método analítico cartesiano, que descompone las cosas materiales en sus elementos primarios, nunca habríamos desarrollado la bomba atómica. El ascenso de la ciencia moderna en el siglo XVII, la Ilustración en el siglo XVIII, la revolución industrial en el siglo XIX, el ordenador personal en el siglo XX y el descifre del cerebro en el siglo XXI, todo ello son logros del cartesianismo. El mundo moderno —este mundo de alta tecnología, física matemática, calculadoras y robots, biología molecular e ingeniería genética— es cartesiano hasta la médula, pues la razón deductiva no sólo guía y controla nuestra ciencia, tecnología y acción práctica, sino también la mayoría de nuestras decisiones morales.

La objetividad prevalece sobre la subjetividad, que cae en desuso. Descartes triunfó precisamente porque su método (tratar todos los objetos naturales como máquinas, cuerpos humanos incluidos) funciona. Prometió que su método nos permitiría ser dueños y señores de la naturaleza, y cumplió su promesa.

Descartes se lanzó en pos de la certidumbre en el conocimiento e inició esta búsqueda en sus *Meditaciones metafísicas* (1641), clasificando el conocimiento en tres categorías, según tuviera su origen en la autori-

dad, la experiencia sensorial o la razón. Más tarde, explicaría cómo dudar de cada tipo de conocimiento. El principio general era que no debemos confiar en ninguna fuente que nos haya engañado o desorientado siquiera una sola vez.

Ante todo, Descartes señalaba que podemos dudar de cualquier conocimiento que se origine en la autoridad; puesto que los expertos difieren en sus juicios, no existe manera cierta de optar entre ellos. Un ejemplo ilustrativo de este problema lo hallamos en los inicios de la Revolución protestante, cuando los católicos opinaban que era imposible discernir si Lutero y Calvino estaban locos (como cabría sospechar de alguien que cree estar en contacto con Dios). Por otra parte, los católicos podían conocer la verdad, porque el papa era infalible. Los astutos protestantes no cuestionaban la infalibilidad papal, tan sólo se preguntaban quién era el papa. Ningún ser humano falible podía afirmar quién era el papa y, así, sólo éste lo sabía con certeza. Incluso se dieron ocasiones en la historia en que más de un cardenal había sostenido que él era el papa. De este modo, quedaba eliminada la autoridad. Es obvio que este ejemplo también nos muestra cómo dudar de una clase de autoridad muy influyente en la cristiandad occidental, esto es, la revelación. Quizá Dios reveló ciertas verdades a los patriarcas bíblicos, como Moisés. Pero ¿cómo sabían que era Dios? Y si era Dios, ¿ellos entendieron? Y si entendieron, ¿lo supieron transmitir? Y si lo supieron transmitir, ¿cómo sabemos que nosotros entendemos? Y así sucesivamente.

Nuestros conocimientos sensoriales también son dudosos. Podemos equivocarnos, al caso, en lo concerniente al color y al tamaño de las cosas, a causa de una iluminación deficiente, de nuestra pobre vista o de las ilusiones ópticas. O podemos ser presa de la ebriedad, la alucinación, el sueño o la locura. Desde luego, yo creo que estoy cuerdo por completo, pero también lo cree ese Napoleón Bonaparte que vive en la granja estrafalaria que hay camino abajo.

Más aún, Descartes sostenía que todas nuestras sensaciones están dentro de la mente y que no poseemos experiencia directa del mundo externo. La gente cree ver, tocar, oír, saborear y oler cuerpos materiales de primera mano, pero no es así. En cambio, el mundo actúa sobre órganos sensoriales que envían mensajes al cerebro a través de los nervios. Por lo tanto, ciertos estados cerebrales (activaciones neuronales, en el lenguaje actual de la neurociencia) hacen que la mente tenga experiencias sensoriales de vista, tacto, sonido, gusto y olor, y conocemos el mundo por medio de estas representaciones sensoriales. Así pues, nuestra ex-

perencia sensorial se limita a un círculo de imágenes mentales causadas por el mundo material. Creemos que éstas son semejantes a los cuerpos materiales, pero nunca podemos saber si el mundo material es como las experiencias sensibles que tenemos de él, porque nos resulta del todo imposible comparar estas experiencias mentales con el mundo en sí. He aquí un enigma cartesiano: para saber si el mundo es semejante a las sensaciones que tenemos de él, tendríamos que conocer el mundo en sí y así comparar nuestras sensaciones con los cuerpos materiales, pero como sólo podemos conocer el mundo de los cuerpos materiales por medio de las sensaciones que tenemos de él es ingenuo —sostenía Descartes— pensar que vemos las cosas del mundo externo tal como son; más aún, el mundo material no se parece en nada a nuestras experiencias sensoriales. Esto es evidente en el caso de las emociones, los sentimientos de dolor y demás. Los cuerpos pueden hacer que sintamos calor, por ejemplo, pero ellos no sienten calor en sí mismos, pues lo que ocurre es, tan sólo, que sus átomos se desplazan a gran velocidad. ¿Y qué hay del tamaño y la forma de los cuerpos? ¿No los percibimos tal como son? He aquí algunos ejercicios para convencernos de que ni siquiera vemos bien las formas y tamaños.

Alzo el pulgar y lo miro. Ahora me lo acerco a los ojos. ¿Qué veo? Dos pulgares. Pero sólo hay uno, de manera que estoy viendo algo diferente de lo que en realidad hay. ¿Están de acuerdo? Debo reconocer que yo nunca lo hago, porque acercarme el pulgar al ojo me causa una sensación desagradable. Les propongo, pues, que hagamos otra prueba.

Sostengo el pulgar frente a mí, a un brazo de distancia, y poco a poco lo aproximo a los ojos. ¿Qué sucede? Se agranda. Pero no es cierto que haya aumentado de tamaño conforme lo he acercado. Así que no percibo el pulgar, sino sólo una imagen visual de él. Es más, nunca veo el pulgar, sólo imágenes de él. Mejor dicho, veo imágenes que considero semejantes al pulgar, dado que —recordemos— nunca podré percibir el pulgar tal cual es para verificarlo.

Si aún no estamos convencidos, quizás el gran filósofo inglés Bertrand Russell logre aclararnos las cosas. Él observó que cuando miramos el sol —a través de un vidrio ahumado— el impacto luminoso que reciben nuestras retinas tuvo lugar ocho minutos antes. ¿Acaso esa luz nos permite ver una imagen del sol tal como es ahora? No; lo que nos permite ver es una imagen del sol tal como era hace ocho minutos. Lo que vemos no es el sol, sino una imagen mental de él. Lo mismo ocurre cuando sentimos un pinchazo en el dedo. El mensaje tarda un tiempo en llegar

al cerebro a través de los nervios, y sólo entonces reparamos en el dolor, una sensación que puesto que se produce después del pinchazo, no puede ser semejante a éste. De hecho, lo que experimentamos es una sensación mental, no el alfiler pinchándonos el dedo. Un dolor nunca es similar a un pinchazo.

En cuanto a la tercera fuente del conocimiento, esto es, el razonamiento, no es de fiar ni siquiera aunque seamos normales y estemos bien despiertos. Todos hemos llegado a conclusiones equivocadas mediante el razonamiento. Pensemos en los errores que cometemos en simple aritmética, por no mencionar aquellos relacionados con cuestiones cognitivas más complejas, es decir, los causados por ignorancia, distracción, fatiga o fallo de la memoria. Tenemos que estar alerta a cada instante. El método que Descartes utilizó para revolucionar la investigación científica casi se reduce a la admonición de verificar siempre los resultados para comprobar si las cosas son en verdad tal como hemos razonado. Aunque lo verifiquemos, siempre es posible cometer un error al revisar los pasos del razonamiento. Cualquier precaución es poca en estos lances.

Esta posibilidad de que el razonamiento nos lleve a una conclusión inexacta está presente en la siguiente historia, que es una de las favoritas de mi padre. Un hombre coloca a su hijo en lo alto de un muro, retrocede y le indica: «Salta, hijo mío, y yo te tomaré en brazos.» El confiado chiquillo salta, pero el padre retrocede y el pobre niño da de bruces en el suelo. «Espero que aprendas esta lección —asevera el padre—. Nunca te fíes de nadie.»

En un espectacular desenlace dubitativo, Descartes imaginó que un demonio falaz y todopoderoso llenaba nuestra mente con las sensaciones y pensamientos que tenemos en la vida, aunque no existía nada salvo nuestra mente, el demonio y las sensaciones e ideas que él inducía. Nuestra experiencia nos indica que tenemos un cuerpo y que existe un mundo repleto de personas y cosas. Pero, en realidad, según Descartes no hay mundo material ni nadie más salvo el demonio y nuestro engañado yo. Esto sería peor que ser un cerebro en un recipiente al que un científico loco le generase fantasías a través de electrodos, pues en el anterior caso ni siquiera tendríamos cerebro y sólo existirían, pues, el demonio, nuestra mente y nuestras sensaciones y pensamientos.

Perturbador, ¿verdad? Y quizás el demonio sea Dios. La historia de Job, en el Antiguo Testamento, sugiere que Dios es un embaucador. A saber: Dios arrebató todo a Job para poner a prueba su fe y, como éste permaneció fiel, Dios le devolvió cuanto le había quitado. Pero, tal y como mi

hija me señaló con disgusto cuando siendo muy pequeña le leí la historia, Dios no le devolvió los mismos hijos que había matado. En cambio, le dio nuevos hijos. Y no es lo mismo.

Incluso si sólo existieran nuestra mente y Dios, y no hubiera cuerpos en el mundo, Dios podría darnos experiencias corporales. Es lo que algunos creen que sucede con las almas incorpóreas en el Cielo y el Infierno. Aunque no tengamos cuerpo, nuestra mente puede experimentar el gozo o la tortura.

Supongamos que no creemos en Dios. Supongamos que Dios no existe. Entonces, quizá la única cosa en el mundo sea nuestra propia mente, que causa el conjunto de experiencias que ahora tenemos. Esto se llama solipsismo, una especie de excursión en solitario que, de hecho, nos transformaría en Dios. Es posible que alguno que otro piense que de ser Dios, se divertiría mucho más que hasta ahora. El propio Descartes hizo esa objeción, aunque fuese de un modo un tanto solapado, cuando se cuestionó si acaso no sería, en el fondo, un alma perversa y sadomasoquista que se causaba a sí misma un dolor que anhelaba.

A poco que reflexionemos, pues, caemos en la cuenta de que no sabemos nada con certeza. ¿Apostaríamos la vida a que lo que vemos ante nosotros es una daga?^{*} ¿O una maceta con flores? En absoluto. Los cineastas, los magos, los científicos y los farmacéuticos pueden elaborar ilusiones bastante sofisticadas. Yo no arriesgaría tanto, y menos en estos tiempos de realidad virtual. Sin embargo, actúo a partir de un conocimiento incierto. Tengo que hacerlo. El propio Descartes lo reconocía: si para hacer algo antes hubiéramos de estar del todo seguros de que es lo correcto, nunca haríamos nada. Dado que no sabemos nada con certeza, la acción práctica en este mundo exige que evaluemos las probabilidades. Pero ¿qué hacer cuando las probabilidades son similares? Descartes opinaba que debíamos escoger una al azar y atenernos a ella. A eso es a lo que denominamos racionalismo cartesiano.

Cabría pensar que podemos dudar de todo. Pero en lo más profundo de nuestra escéptica desesperación, resulta que sí existe algo que podemos saber con certeza.

Al caso, voy a explicarles una historia.

* Alusión a la visión que tiene Macbeth en la obra de William Shakespeare: *Is this a dagger which I see before me [...] I have thee not, and yet I see thee still* («¿Es una daga lo que veo ante mí? [...] No te tengo, y aun así te veo», *Macbeth II, I*). (N. del T.)

Un día Morris Raphael Cohen, un legendario profesor del City College de Nueva York, dio una clase magistral sobre la duda metódica de Descartes, dejando en suspenso la cuestión de la existencia de todo. A la mañana siguiente, cuando el profesor Cohen llegó a su oficina, lo esperaba un joven que estaba angustiado por demás. El profesor Cohen abrió la puerta y lo hizo pasar. «Profesor Cohen —barbotó el estudiante—, me he pasado la noche en vela. Por favor, dígame si existo.» El profesor Cohen lo miró con ojos acerados y preguntó con marcado acento *yiddish*: «¿Quién quiere saberlo?»

Dando pie para mil chistes y caricaturas, Descartes afirmó en su *Discurso del método* (1637): «Pienso, luego existo.» Nadie que piense en ello puede poner en duda tal declaración. Es válida para Dios (si piensa: «Soy el que soy») y también para el perro que piensa: «Ladro, luego existo» (si es que los perros piensan). Es verdadera toda vez que reparamos en que estamos haciendo algo. Quien camina o habla con conciencia de sí, o sólo piensa en caminar o hablar, o sólo sueña con caminar o hablar, existe. Esta certidumbre se origina en la experiencia directa, no en razones ni argumentos, así que en sus *Meditaciones metafísicas* (1641) Descartes desechó el «luego» para limitarse a aseverar: «Pienso, existo.» Es intuitiva y evidentemente cierto que mientras sé que hago algo, aunque sólo sea pensar, existo. Escribo estas palabras y, ¡abracadabra!, existo. Mi existencia queda confirmada por el mero intento de ponerla en duda.

Descartes señaló, además, que hay una segunda cosa que podemos saber con certeza: que Dios existe. Descartes dio varias pruebas de la existencia de Dios. Una de las más elegantes reza así: Dios es perfecto; pero si Dios no existiera, no sería perfecto; luego existe. Por desgracia, estas pruebas carecen de validez, pues Descartes ya había demostrado que no podemos confiar en que el razonamiento nos proporcione una verdad cierta. El carácter dudoso del razonamiento, pues, conduce al insidioso círculo cartesiano. Hay que razonar para probar la existencia de Dios. Pero antes que podamos fiarnos de nuestra razón, tenemos que saber que Dios existe y garantiza que nuestra razón no nos engañe. El círculo fatal es que debemos confiar en nuestro razonamiento para probar que Dios existe, pero debemos saber que Dios existe antes que podamos confiar en nuestro razonamiento. Necesitamos «A» para probar «B», pero también precisamos «B» para probar «A», de manera que no vamos a ninguna parte y giramos sin cesar.

Lo mismo vale para la afirmación cartesiana de que la existencia de Dios no se conoce por la razón, sino por la intuición. Antes que podamos

fiarnos de nuestra intuición, debemos saber que Dios existe y garantiza que nuestra intuición no nos engañe. En definitiva, sostenía Descartes, la creencia en la existencia de Dios debe reposar en la fe, y él se describía como un hombre de fe.

La cuestión de la certeza de la existencia de Dios es muy importante si nos preocupa la salvación del alma. En tal caso, es muy probable que queramos saber cuál de las miles de religiones es la verdadera. Los cristianos, por ejemplo, aseguran que Dios nos ordena no tener otros dioses ante Él. Está dispuesto a imponer castigos muy severos a los desobedientes. Si Él existe, sería bueno saberlo. Aun para aquellos filósofos que no creen en Dios, la busca de certidumbre ha constituido una importante —y, en general, infructuosa— indagación intelectual durante siglos.

Los pragmáticos estadounidenses, desde John Dewey hasta Richard Rorty, han deplorado esta frustrante búsqueda de certidumbre y, sin duda, con razón. Deberíamos abandonar esa inconducente, fútil y paralizante búsqueda de certidumbre. Da a la filosofía mala fama entre las gentes comunes, que en ocasiones querrían leer un buen libro de filosofía que sirviera de guía edificante. Pero ¿qué encuentran en la filosofía actual? Abstrusos análisis lingüísticos y lógica matemática, algo que Descartes ayudó a inventar.

Lo más irónico es que Descartes nunca tomó en serio el problema de la certidumbre. Nunca creyó que pudiéramos tener un conocimiento cierto del mundo circundante; es más, nunca se preocupó por ello. En cuanto a los engaños de Dios, sostenía que la hipótesis del demonio es metafísica e hiperbólica, lo cual significa justo lo que ustedes piensan. Sería muy imprudente dudar de la existencia de Dios, y sería obtuso en grado sumo afligirse por no tener una verdad cierta cuando debemos ganarnos el sustento. Para la existencia de Dios, tenemos la fe. Para los asuntos prácticos, siempre nos las hemos apañado con un conocimiento probable, y siempre lo haremos. Usamos el razonamiento común, para el cual Descartes nos brindó un método que permite que cada individuo se las ingenie tanto como cualquier otro. Sólo hemos de partir del mejor conocimiento que poseemos, descomponer los problemas en partes y resolverlas en orden, esto es, de lo simple a lo complejo (como sumar una columna de cifras paso a paso). Luego, debemos revisar los pasos del razonamiento y verificar los resultados. Éste es también el fundamento del igualitarismo cartesiano. Usando este método, nuestra capacidad de razonamiento es tan buena como la de cualquiera. ¡Manos a la obra!

El mundo moderno es cartesiano, pues, no porque haya inducido a

los filósofos profesionales a buscar la certidumbre (y a terminar mirándose el ombligo), sino porque el método cartesiano de razonamiento analítico permite que la gente común sea dueña y señora de la naturaleza. Descartes facilitó el control, paso a paso.

Antes de Descartes, los filósofos escolásticos creían que todo tiene un espíritu o alma que posee deseos y el poder de buscar su satisfacción. Aristóteles aseguraba que todos los cuerpos sienten el impulso de moverse hacia el centro de la Tierra. Podemos verificarlo: arrojemos algo y veamos si no intenta ir justo hacia el centro del planeta. Apartémonos del camino, si es que se nos antoja pesado. Las bellotas pugnan por devenir robles y, de hecho, algunas lo consiguen. Ésta es una visión panpsíquica según la cual todo tiene un alma que desea ser algo en alguna parte. Para controlar una cosa, intentamos averiguar cuáles son sus deseos y, luego, tratamos de manipularla mediante la frustración o la satisfacción de sus aspiraciones. O le hablamos con dulzura.

Un completo desatino, sostenía Descartes. La persuasión no funciona con las cosas. Aunque sí, en cambio, con las personas. Y así debe ser, concedía Descartes, pues las personas (y sólo las personas) tienen espíritu, alma o mente. Y sólo las personas con mente tienen deseos y pueden hacer cosas. Los cuerpos carecen de deseos y de poderes. Se mueven sólo porque sus engranajes interactúan, por así decirlo, cuando chocan unos con otros. Para controlarlos, sólo hay que saber hacia dónde empujar.

Esta nueva ciencia mecanicista de cuerpos desprovistos de alma que se desplazan sólo cuando se hace fuerza contra ellos desacralizó por completo a la naturaleza. Descartes desmitificó lo sobrenatural. Como los cuerpos no tienen alma, no son conscientes de sí, no sienten y no piensan. No hacen nada por sí mismos porque carecen de un yo. Sólo son empujados. Aun los cuerpos vivientes son máquinas, materia inerte, y, si no tuviésemos alma, nosotros mismos no seríamos personas, sino sólo carne y huesos; zombis, robots, androides. No hay nada especial, espiritual ni sagrado en el cuerpo. Con el cuerpo podemos hacer lo que queramos.

He aquí otra historia.

Un día de 1664, el padre Nicolas Malebranche halló un ejemplar de *El Tratado del hombre* de Descartes, publicado póstumamente, en un puesto de libros de París, a orillas del Sena. Se puso a leer el libro de inmediato y tanto se entusiasmó que tuvo que ir a casa y acostarse para atenuar las palpitaciones de su corazón. Por cierto, compadezco a aquel de ustedes que jamás se haya deleitado de modo semejante con la lectu-

ra de un libro. En cuanto al padre Malebranche, se transformó en el discípulo de Descartes más famoso del siglo XVII.

Pocos años después, el padre Malebranche paseaba por la Rue St. Jacques, conversando con un grupo de amigos que incluía a La Fontaine, el autor de esas maravillosas fábulas de animales, como aquella de la zorra que, por más que saltase, era incapaz de llegar a un succulento racimo de uvas y que, cuando al fin desistió, masculló mientras se alejaba que sin duda las uvas estaban verdes.

Mientras el padre Malebranche y sus amigos caminaban, una perra preñada se les acercó meneando la cola. El padre Malebranche se arrodilló para acariciarla. Luego, asegurándose de que sus amigos lo mirasen, se incorporó, se recogió la sotana y asestó al pobre animal una fuerte patada en el vientre. La perra se alejó aullando por la calle y los compañeros del padre Malebranche lanzaron exclamaciones de horror. Malebranche endureció la voz y comentó (ateniéndonos al meollo de su declaración): «¡Vergüenza debería daros! Tranquilizaos. Esa perra es sólo una máquina. Si la tocáis aquí, se rasca. Si silbáis, acude. Si la pateáis, aúlla y echa a correr. Hay un botón y un mecanismo para cada uno de sus actos. Es sólo una máquina. Guardad vuestra misericordia para las almas humanas.»

A pesar de todo, suele caracterizarse al padre Malebranche como uno de los hombres más tiernos y compasivos de su época.

Descartes declaró —fausta o infaustamente— que los animales son máquinas y que incluso el cuerpo humano lo es. Los humanos serían autómatas —como los demás animales—, ingenios vivientes que actúan de forma inconsciente por estímulo y respuesta, de no ser porque cada cuerpo humano está unido a un alma. Y sólo los animales humanos la tienen. Para Descartes, esta alma era la mente humana y lo consciente, pues, era ésta, no el cuerpo. El yo humano, la persona, a su juicio, era la mente, no el cuerpo, puesto que la mente tiene libre albedrío, esto es, la capacidad para lograr que el cuerpo humano actúe de formas diversas al modo en que respondería sólo a los estímulos del entorno.

Todos sabemos a qué se refería. Durante treinta años he recorrido el mismo trayecto desde mi casa hasta mi despacho del campus de la Universidad de Washington. Pero rara vez lo hago de un modo consciente. Lo sé porque a veces echo a andar con la intención de ir a una librería que está a mitad de camino y, con frecuencia, descubro que he pasado de largo y ya me encuentro en mi despacho antes de advertir que he actuado automáticamente y he recorrido todo el trayecto sin pensar ni

observar lo que hacía. Señalaré, de paso, que los seres humanos somos conscientes mucho menos tiempo del que creemos, y no exagero un ápice. Podemos hacer —y de hecho hacemos— casi todo sin pensarlo de forma consciente. Pero, según el pensamiento de Descartes, lo que nos hace humanos es que podemos dirigir el movimiento de nuestro cuerpo, o al menos una parte, si prestamos atención. Descartes no sabía cómo funciona; nadie lo sabe. Pero funciona. La perspectiva cartesiana de que todas las cosas materiales —todos los cuerpos, todos los animales, el cuerpo humano incluido— son máquinas produjo un revolucionario avance científico que todavía está en marcha. Si los cuerpos son máquinas, al usar el método cartesiano de los modelos mecanicistas los científicos pueden deducir cómo funcionan y así llegar a saber cómo controlarlos. No como nuestra mente controla el cuerpo, desde dentro, sino desde fuera es decir, asestando una buena patada en el lugar indicado.

El concepto cartesiano de los animales como máquinas es, desde luego, el fundamento de la psicología conductista. Los animales no piensan, sólo actúan o, lo que es lo mismo, los impulsan otros cuerpos y, así, es por eso por lo que se desplazan. Podemos entenderlos y predecir sus movimientos con sólo observar su conducta. La tesis de que los animales son máquinas también dio gran impulso a la investigación anatómica y fisiológica. Como los animales no humanos carecen de mente y alma, no son conscientes. No se conocen a sí mismos porque no tienen yo y, por ende, no sienten ni experimentan dolores o placeres. En consecuencia, podemos abrir animales vivos para ver cómo funcionan sin preocuparnos por su sufrimiento. El hecho de que se retuerzan y chillen es sólo la respuesta automática de una máquina robótica ante los estímulos. Descartes impartía instrucciones de este tenor: coged un conejo vivo y abridle el pecho hasta ver su corazón palpitante. Ahora coged tijeras y cortad la arteria saliente... Y así sucesivamente. Tal vez ustedes hayan hecho prácticas similares con una rana en un laboratorio de biología, en el instituto. El concepto cartesiano de que los animales carecen de sentimientos permitía que aun los timoratos llevasen a cabo la vivisección, a cuya práctica debemos muchos de nuestros conocimientos sobre el funcionamiento del cuerpo animal. La idea de que todos los cuerpos animales son máquinas sin sentimientos es, por lo demás, una inferencia directa de la interpretación cristiana del dualismo cartesiano mente-cuerpo, la visión de que hay sólo dos clases de cosas en el mundo, almas o mentes activas y pensantes, la de ustedes y la mía, y la materia pasiva y no pensante de la cual están hechos todos los cuerpos. Cuando morimos,

nuestro cuerpo se descompone y nuestra alma sobrevive. ¿Y qué hay de los perros? Vaya pregunta. ¿Acaso Dios afirmó que habría perros en el cielo? Claro que no, sería ridículo. Los perros no tienen alma. Los perros no pecan. ¡Jesús no murió por un triste perro! Sólo las personas con alma pueden pecar y purificarse con la divina sangre del cordero.

Si Descartes viviera hoy, entonces, ¿estaría a favor del aborto y de la ingeniería genética? Me parece evidente que del aborto no, pero sí, sin duda, de la ingeniería genética. En definitiva, el cuerpo es sólo una máquina y si podemos perfeccionarla, enhorabuena. Dios no prohibió que mejorásemos la raza.

Aquí estamos, pues, en el mundo moderno, con la visión cartesiana de que todos los cuerpos —vivos o no— son máquinas que funcionan a partir de interacciones mecánicas entre sus partes. El mundo material es sólo un complejo mecanismo que puede descomponerse pieza por pieza para ver cómo funciona y luego recomponerse con las modificaciones que juzguemos convenientes para nuestros propósitos. Si oprimimos el botón indicado, podemos lograr que cualquier cosa haga lo que nos plazca. La física mecanicista de Descartes —depurada por Isaac Newton y Albert Einstein— es la clave del progreso en el mundo moderno. Claro que los mecanismos ahora incluyen fuerzas gravitatorias y electroquímicas, y las fuerzas nucleares débil y fuerte, además de las redes neuronales y el ADN.

Pero si la materia se limita a recibir impulsos externos, ¿cómo llegó a organizarse para formar el intrincado y complejo mundo actual? ¿Cómo se puso en movimiento, ante todo? Según Descartes, Dios introdujo cierta cantidad de movimiento en un mundo repleto de materia uniforme y luego la agitó hasta que se desarrollaron los cuerpos, todo mediante interacciones puramente mecanicistas. La cantidad de movimiento se conservó y el mundo evolucionó. Tenía que ser así, pues la materia podía combinarse de todas las maneras posibles y, con el tiempo, lo haría de forma inevitable. Blaise Pascal, el piadoso contemporáneo de Descartes, observó, no sin cierta dosis de acritud, que el Dios de Descartes sólo era necesario como el dedo que imprimía movimiento a la materia. Para Pascal esto era prueba suficiente de que Descartes, a pesar de todo, era ateo.

En absoluto: Descartes sostenía que Dios creó el mundo y las leyes naturales que determinan las interacciones de los cuerpos materiales. Podemos verlo al leer el primer capítulo del Génesis. Nuestra labor consiste en deducir el funcionamiento de las cosas. Como Pascal señalaba

amargamente, Descartes desdeniaba las cuestiones teológicas, excepto si tenían que ver con problemas de física. Y durante toda una vida de rehuir enfrentamientos con la Iglesia católica, se puso en aprietos sólo una vez. Cometió el error de explicar cómo, según la física cartesiana, las partículas que componen la carne y la sangre podrían reorganizarse para lograr la misma materialidad del pan y del vino. Entonces, tendrían la apariencia y el sabor del pan y del vino. El problema de la explicación de Descartes es que convierte la dinámica de la transustanciación en una mera cuestión de física mecanicista y, en realidad, transforma la sangre en vino y la carne en pan. Los cristianos como Pascal no quieren explicaciones mecanicistas de los milagros.

De hecho, aunque Descartes tenía un enfoque atinado de la ciencia, sólo algunas de sus explicaciones acerca del funcionamiento de los cuerpos se aceptan en la actualidad. Su noción de que la luz consiste en corpúsculos esféricos que rebotan y nos hacen ver diferentes colores según su velocidad y rotación va por la buena senda, pero su física de la colisión de los cuerpos yerra por completo el camino. Se equivocaba en cuanto a la conservación del movimiento. (Leibniz y Newton dieron en el clavo: conservación de la energía, no del movimiento.) Y su teoría de que todo el espacio está repleto de materia no se sostiene: si todo está lleno, ¿cómo puede algo moverse? La explicación cartesiana de que las cosas ocupan espacios que otras dejaron, sin que se rompa la continuidad, es incoherente, pues para Descartes un espacio era algo material. Aunque las cosas se desplazaran ocupando los espacios que otras dejaron, todo tendría que mover todo a la vez, y todo finalizaría al instante. Pero no compliquemos la situación. Newton reemplazó el *plenum* cartesiano por cuerpos materiales que se mueven en un vasto espacio vacío.

Sin embargo, en anatomía y fisiología Descartes tuvo notables aciertos, no sólo con sus magníficos hallazgos en lo concerniente a oposiciones musculares y reflejos condicionados, sino con su triunfal método analítico. Gracias a Descartes, el método del procedimiento hoy nos parece obvio: diseccionar —mejor dicho, viviseccionar— por partes anatómicas funcionales. Este método es uno de los pilares de la investigación médica contemporánea. Incluso el genoma humano se descompone en partes con miras a recomponerlo para mejorar el cuerpo humano. Descartes colaboró en la disección de cadáveres en Amsterdam hacia 1630, en un anfiteatro similar al que Rembrandt pintó en su famosa *Lección de anatomía del doctor Tulp*, obra de 1632. Si Descartes viviera hoy, estaría a cargo del equipo de tomografía de un importante hospital de investigaciones.

En sus tiempos, sin embargo, Descartes era más conocido como matemático. Aun sus contemporáneos sabían que era uno de los tres o cuatro grandes genios matemáticos de su época. Su invento más importante es la geometría analítica, un modo de representar los problemas matemáticos tanto geométrica como algebraicamente. Inventó las coordenadas cartesianas que aprendimos en la geometría del instituto. Usando esta técnica, podemos resolver problemas geométricos mediante el álgebra y problemas algebraicos mediante la geometría. Este método analítico llevó a Newton y a Leibniz al cálculo infinitesimal que todos los científicos e ingenieros tienen que conocer, porque constituye el fundamento tanto de la física matemática como de la tecnología moderna. Al caso, éste es uno de los problemas básicos que se resuelven mediante el cálculo: las dos paradojas que Zenón de Elea formuló acerca del movimiento, basadas en la noción de que el espacio y el tiempo son infinitamente divisibles. En la historia de la carrera entre Aquiles y la tortuga, si concedemos ventaja a esta última, Aquiles nunca la alcanza. La razón es que el héroe tiene que llegar al punto de partida de la tortuga antes de rebasarla. Pero en el tiempo que Aquiles tarda en llegar al punto de partida de la tortuga, ésta ya ha avanzado. Así que Aquiles debe alcanzar el sitio donde la tortuga está, pero cuando llegue, el animal habrá avanzado de nuevo. Y así *ad infinitum*. Por pequeña que sea la distancia, la tortuga siempre avanza durante el tiempo que Aquiles tarda en llegar a donde estaba la tortuga, así que Aquiles nunca puede darle alcance y adelantarla.

Hay otra paradoja que presenta el problema a la inversa. Supongamos que disparamos una flecha contra una diana. Antes de hacer blanco, tiene que superar la mitad del trayecto, lo cual demora cierta cantidad de tiempo. Pero antes de llegar a la mitad del trayecto, ha de llegar a la cuarta parte, lo cual también requiere cierto tiempo. Y antes, debe recorrer una octava parte, y así *ad infinitum*. La cuestión es, pues, que esa flecha no puede llegar a la diana. Ni siquiera puede iniciar su recorrido.

Esto es absurdo, pues los hombres son capaces de vencer a las tortugas en una carrera y las flechas hacen diana en infinidad de ocasiones. Estas paradojas sólo muestran la imposibilidad de usar una matemática basada en la divisibilidad infinita para representar la física de los cuerpos móviles. Partiendo de la geometría analítica de Descartes, Leibniz y Newton demostraron que sólo debemos introducir límites a la divisibilidad: dividimos el tiempo y los movimientos en incrementos pequeños y, entonces, tanto Aquiles como la flecha se ponen en movimiento —clic

clic clic— como el segundero del reloj de una estación de ferrocarril suiza.

En suma, el mundo moderno es cartesiano hasta la médula porque la ciencia y la tecnología actuales se basan en una descripción matemática del mundo material como una vasta máquina cuyas diversas piezas interactúan de acuerdo con leyes uniformes de movimiento. Descartes abordó la tarea de deducir el funcionamiento de las cosas: cómo están ensambladas, qué sigue a qué, cómo desmontarlas y recomponerlas. Y puesto que no hay nada espiritual ni sagrado en la naturaleza, el valor del mundo natural reside en su utilidad para la humanidad. Por último, a pesar de insistir en una distinción absoluta entre mente y cuerpo, Descartes abordó aun las pasiones humanas con criterio mecanicista. En su último libro, *Las pasiones del alma** (1649), explicó cómo controlar las pasiones enfrentándolas entre sí. El afán de gloria, por ejemplo, se contrapone al temor a la muerte y, así, deriva en el coraje para entrar en combate.

Así era Descartes en el siglo XVII. ¿Las cosas han cambiado desde entonces? En absoluto. La ciencia moderna todavía es mecanicista, aunque en un sentido más amplio, que incluye la electricidad, la química y las interacciones subatómicas. A principios del siglo XXI la palabra clave sigue siendo la misma que en la primera mitad del XVII: control. Nuestro objetivo es ser dueños y señores de la naturaleza.

Alguien podrá objetar que ésta es, justo, la maldición del cartesianismo: Descartes enalteció la razón metódica y el análisis objetivo por encima del sentimiento subjetivo y de la sensibilidad intuitiva. Nos ha maldecido con la creencia de que lo importante no son las sensaciones y emociones subjetivas que residen en nuestro interior, sino las cosas objetivas del mundo externo que las originan. Descartes es el padre del machismo, del ideal del hombre racional, recio y estoico. Toca aguantarse con una sonrisa. Las emociones son subjetivas, triviales, inservibles, insignificantes y engañosas. No hay emociones en el mundo real, de modo que no debemos permitir que interfieran con la seria y objetiva labor humana de controlar la naturaleza.

Más aún, el éxito del método analítico cartesiano, que descompone las cosas en partes para ver cómo funcionan, desecha en la práctica la visión del mundo y sus organismos como una totalidad indivisa. La inter-

* *Les Passions de l'âme*, también conocido en castellano como *Tratado de las pasiones del alma*. (N. del T.)

pretación cartesiana y materialista de la naturaleza es la antítesis de la noción antiindividualista hegeliana o budista, según la cual el mundo posee un alma oceánica donde nuestras almas se fusionan como gotas de agua. El método cartesiano se opone a la ideología de la fuerza vital de los ecologistas profundos, los ambientalistas místicos y los defensores de los derechos de la naturaleza. El cartesianismo promueve la idea de que todo es materia inerte salvo la mente humana; por tanto, el sentimentalismo frente a los animales y la naturaleza es ridículo. Sólo tiene valor el alma humana, que es consciente de sí, y todo lo demás se limita a existir, sin sentimiento, sin pensamiento, sin conciencia. Descartes se oponía al psiquismo, al panteísmo y al espiritualismo, esto es, a la idea de que la mente o el espíritu impregnan toda la existencia. Descartes criticaba sin ambages la escolástica aristotélica de su época, la noción de que existen fuerzas ocultas o un poder de las esencias o las formas que sean causa del desarrollo de las cosas materiales. Una bellota no deviene roble, en opinión de Descartes, porque ésta tenga el poder para cumplir su deseo de ser roble, sino porque es un mecanismo que recibe cierto impulso de su entorno material.

Descartes no creía en fantasmas, brujas ni hadas, ni en el poder de los cristales, las pirámides, los números mágicos y las conjunciones planetarias. Descartes despreciaba todo lo blando y sentimental, lo mítico y lo poético, lo místico y lo mágico, lo sobrenatural y lo milagroso, lo supersticioso y lo misterioso. Era un hombre duro, odiado en sus tiempos por los devotos, odiado desde entonces por quienes razonan con el corazón. En nuestro tiempo, René Descartes es el innovador más difamado después de Karl Marx.

En 1950 comencé a coleccionar citas de grandes ataques contra Descartes y el cartesianismo. Entonces «cartesiano» solía aludir a una persona pedante, compulsivamente ordenada y metódica, alguien que antepone la razón a las emociones, que se interesa más en lo abstracto que en lo particular, que sigue la lógica con rigidez extrema hasta llegar a conclusiones absurdas y que, por ende, no es nada divertido. Pero durante la segunda mitad del siglo xx, esta imagen se volvió más insidiosa. En los inicios del siglo xxi, la opinión generalizada es que los cartesianos siguen la razón hasta conclusiones inhumanas. Ahora se sostiene, incluso, que la construcción de cámaras eficientes para gasear a gitanos y judíos implicaba una actitud cartesiana por parte de los nazis. La idea de eficiencia a expensas del tratamiento humanitario de los seres humanos se califica de cartesiana y, así, es cartesiano tratar a las personas como cosas,

a los trabajadores como meros engranajes intercambiables y prescindibles de una máquina. La racionalización del comercio y de la industria en pro de incrementar la producción y las ganancias mediante la reducción de la paga y la cantidad de operarios (partiendo de la robotización o de la instalación de fábricas en países del Tercer Mundo) es cartesiana. Al caso, es también cartesiano probar sustancias químicas cosméticas en los ojos de conejos vivos (no sienten nada). Es cartesiano extraer carbón de minas abiertas, y lo es talar bosques o pensar que hay una solución tecnológica para los peligros de los desechos radiactivos y el calentamiento climático de la Tierra. La esencia del cartesianismo está destilada en la creencia de que la tecnología no sólo puede resolver cualquier problema tecnológico, sino cualquier problema en general. (¿Esto les deprime? Venga, tómense una de estas píldoras.) Así Descartes carga con la culpa por gran parte de la inhumanidad del hombre para con el hombre en el mundo moderno. Ante todo, su defensa de la eficiencia tecnológica y de la razón desapasionada se considera origen de un individualismo egoísta y narcisista. El individualismo posesivo de Descartes (soy dueño de mí mismo y de mi cuerpo, con el cual puedo hacer lo que desee) ha hecho del capitalismo de consumo la fuerza social y política predominante en nuestros tiempos. Cartesianismo es antítesis de comunidad. Más aún, la insensibilidad cartesiana hacia la naturaleza es culpable de la cosificación universal. En el mercado laboral, incluso las personas son cosas, propiedades que se venden y se compran.

El mundo moderno sufre la maldición del cartesianismo y a muchos les desagrada. Pronto dejé de coleccionar usos peyorativos del término «cartesiano». Nadie necesita un archivo. Basta con coger cualquier libro que promueva la religión, el holismo, el comunalismo, la sacralización o resacralización, cualquier volumen opuesto a la ciencia y la tecnología modernas, a la inhumanidad del individualismo, cualquier manual que ensalce la comunidad, que proclame una ecología profunda, una nueva ética ambiental, la ecorreligión o los derechos de los animales, cualquier obra que defienda la hipótesis de que la Tierra está viva o se diseñó especialmente para los seres humanos, que se oponga a la vivisección y a la investigación con animales en medicina, que abogue por el ecosabotaje, cualquier tratado que nos apremie a ponernos en contacto con nuestros sentimientos, a expresar nuestras emociones, a seguir programas *New Age* en oposición a la razón, todo ataque contra la lógica, la eficiencia, el paternalismo, la meritocracia, la tecnocracia y el elitismo, cualquier escrito en el que el autor sostenga que lo subjetivo es aquello que nos hace

humanos y lo objetivo es aquello que nos transforma en bestias, la jerigonza de los gurúes que nos invitan a soñar, empatizar, meditar (!), a relajarnos para que, así, nuestros instintos predominen, a confiar en la intuición, en el corazón y no en el cerebro, en la cooperación en vez de en la competencia, en la compasión femenina más que en la circunspección masculina, en la tribu, el grupo, la comunidad o el estado más que en el individuo, en lo sentimental por encima de lo realista, en la fe sobre la razón, en los ataques contra la Ilustración, los enciclopedistas franceses y la Revolución francesa, las diatribas contra la Edad de la Razón, las acometidas contra el ateísmo y el humanismo ateo como causa de todos los problemas del mundo, los ataques contra el narcisismo y el individualismo, las acometidas contra la sociobiología, la ingeniería genética y el gen egoísta, los libros con títulos tales como *La dictadura de la razón en Occidente* o *El error de Descartes*,* cualquiera de ellos es un filón de citas notables contra Descartes y el cartesianismo.

¿Y saben qué? Todas estas acusaciones son ciertas. Descartes es el arquitecto de nuestro mundo moderno de ciencia y tecnología individualista y materialista. No les quepa la menor duda: si él entrara hoy en esta escena, miraría en torno con inmensa satisfacción. En cuanto a las cosas malas que hallan respaldo en la tecnología, como las cámaras de gas, Descartes estaba habituado a las guerras étnicas y religiosas. En su época, los franceses expulsaron a los judíos (en 1615) y masacraron a los protestantes (en 1628). Visitó la Europa septentrional en la década de 1620, cuando regiones enteras se vieron arrasadas por la guerra, la hambruna, la carestía y la peste. Siempre hubo cosas malas, y Descartes las vio todas. Aun entonces, pensaba que la vida humana mejoraba gracias al avance de la ciencia y no se equivocó: electricidad, odontología indolora, retretes en el interior de las casas... Esto me recuerda otra historia. Sólo una vez vi en persona al gran filósofo y gurú marxista Herbert Marcuse, cuya obra *El hombre unidimensional* era la biblia de muchos estudiantes revolucionarios de todo el mundo en la década de los años sesenta. Yo lo llevaba de un lugar a otro por la autopista de Los Ángeles, y me quejaba del tráfico.

—¿Le gusta desayunar tostadas? —me preguntó Marcuse secamente.

—Sí —respondí.

* *La dictadura de la razón en Occidente* es el subtítulo del ensayo *Los bastardos de Voltaire*, del canadiense John Ralston Saul. *El error de Descartes* es obra de Antonio Damasio, neurólogo portugués radicado en Estados Unidos. (N. del T.)

—Entonces tendrá que soportar esto —comentó, al tiempo que señalaba Los Ángeles con el brazo extendido.

Hoy día, Descartes no se fijaría en las tostadas o en el tráfico, sino en la medicina: su única hija murió de escarlatina a los cinco años y resultó para él un golpe devastador. Esa muerte fue quizá decisiva para que él consagrara el resto de su vida a la investigación médica. Hoy podemos curar la escarlatina, la viruela y la peste. ¡Válgame Dios!, exclamaría Descartes si fuera blasfemo (cosa que no era, pues creía en el Dios de Abraham, Moisés, Jesús, Mahoma, Calvino, Lutero y la Ciencia Unificada, ganándose la inquina de los fanáticos por su ecuménica tolerancia). ¡Válgame Dios!, sí, exclamaría con euforia, contento de que siguiendo su método los científicos hayan aprendido a curar la fiebre. ¡No está nada mal!

Sócrates defendía su patria por principio, a pesar de los errores, y aceptó una sentencia de muerte que consideraba injusta en vez de respaldar la desobediencia civil, pero pocas personas lo acusan de ser el gigante intelectual en que se apoyó el totalitarismo estalinista. Jesús inició una religión entre cuyas características más notorias está la presentación de las mujeres, el matrimonio y la sexualidad humana como malignos, y en cuyo nombre se ha exterminado a cientos de millones de personas, pero el cristianismo es reverenciado como una religión de amor. Si hemos de achacar los males del mundo moderno a figuras sobresalientes del pasado, Sócrates y Jesús tienen tanta responsabilidad como Descartes, a pesar de que ninguno de ambos hayan tenido tan mala prensa. Nuestro héroe, en cambio, es un auténtico villano.

Bien, podríamos responder, alguien tiene que cargar con la culpa por el profundo malestar, la insatisfacción con los bienes materiales y la sensación de vacío espiritual que infestan el alma del hombre occidental. (Yo nunca he experimentado nada de esto, pero ¿quién soy yo para orinar contra el viento de la psicología pop y de los críticos culturales serios?) Ya en sus tiempos, se acusó a Descartes de escepticismo y ateísmo, y esta doble visión de un mundo sin certidumbre y sin Dios es aquello que los críticos anticartesianos más deploran en la actualidad. Descartes alegaba que no era justo que se le acusase de escepticismo, porque refutaba a los escépticos, ni que se le tildase de ateo, porque demostraba la existencia de Dios. Pero las acusaciones tienen fundamento pues Descartes, a pesar de sus intentos sinceros, en vez de refutar el escepticismo demostró su fuerza irrefutable, y en lugar de probar la existencia de Dios a lo que llegó fue a establecer que es imposible demostrarla. Por eso la vida de René Descartes es importante.

Hay dos grandes tradiciones en las biografías de Descartes. Con *La*

Vie de Monsieur Des-Cartes (1691), Adrien Baillet inició la tradición apologética católica francesa —cuyo objetivo es establecer que la vida de Descartes es digna del Gran Metafísico— que, en tiempos recientes, continúa la autora Geneviève Rodis-Lewis en *Descartes: His Life and Thought* (1998). Se recomendó a Baillet porque estaba preparando su *Vida de los santos* en diecisiete volúmenes. Objetó, con timidez, que sabía poco sobre Descartes, pero luego abordó la tarea con el celo de un miembro pleno de la Sociedad Protectora de san Descartes. El fundador de esta sociedad (quizás esta broma se remonte a la muerte de Descartes en Estocolmo en 1650) fue el embajador francés ante Suecia, Hector-Pierre Chanut, quien se negó a permitir que los restos de Descartes recibieran sepultura en un cementerio luterano. Luego, la reputación de Descartes la dirigió durante muchos años Claude Clerselier, cuñado de Chanut.

Clerselier revisó la correspondencia de Descartes, omitiendo pasajes que contradicen la doctrina de la Iglesia e intercalando textos de su propia cosecha que eran del todo necesarios para ilustrar la fe propia de un piadoso filósofo católico. Esto sólo puede verificarse, sin embargo, haciendo un cotejo con las pocas cartas de las cuales quedan copias independientes, pues ninguno de los manuscritos originales —documentos, notas, correspondencia— que poseían Clerselier y Baillet existen hoy. Se entregaron a Jean-Baptiste Legrand y, después de su muerte, a su madre, en 1706. A pesar de muchas búsquedas, ésta es la última referencia fiable que tenemos de tales escritos.

La segunda gran tradición de biografía cartesiana la ha continuado en años recientes Stephen Gaukroger quien, en su *Descartes: An Intellectual Biography* (1995), enfatiza el análisis de las obras de Descartes, para mostrarlo como el Gran Científico que fundó no sólo la Filosofía Moderna sino también la Ciencia Moderna.

El presente trabajo no pertenece a la tradición apologética religiosa ni a la científica. Dado que muchos documentos se han perdido desde el siglo XVII, me resulta imposible examinar las fuentes originales de gran parte de la historia que narraré; así pues, debo basarme en compiladores y cronistas como Clerselier y Baillet, que no son del todo fiables. El resultado es una biografía escéptica, tan llena de dudas acerca de la tradición y la autoridad como lo estaba el mismo Descartes.

He aquí, pues, la vida de René Descartes. Desde 1920, es la primera biografía del pensador que se basa en sustanciales investigaciones recientes y, además, la única que jamás se haya escrito para el lector no especializado. Es la historia del hombre, no la del monumento.

PRÓLOGO

BAJO EL ZEEDIJK

A fines de diciembre de 1628, o principios de enero de 1629, René Descartes llegó a Franeker, en Frisia. Tenía treinta y dos años, y sólo unas semanas antes lo habían invitado a una entrevista privada con el cardenal Bérulle —fundador de la Congregación del Oratorio en Francia, rival de los jesuitas—, quien tenía profundos lazos con la Liga Católica y la Compañía del Santo Sacramento, una sociedad secreta de laicos que militaban por la causa católica y la desaparición del protestantismo en Francia. El cardenal era una extraña mezcla de político astuto, cortesano y místico. Todos los días conversaba con Dios, los ángeles y la reina madre. Había convencido al primer ministro Richelieu (otro cardenal) de aplastar el último baluarte protestante en Francia, La Rochelle, que cayó bajo el sitio y la hambruna a fines de octubre, con el cardenal Bérulle en marcha triunfal entre los vencedores.

Se desconoce qué fue lo que el cardenal Bérulle, embriagado por la victoria, habló con Descartes —quien también profesaba la fe católica—, pero, sea lo que fuere, lo cierto es que al cabo de unas semanas Descartes estaba todo lo lejos del catolicismo militante que podía estar en la Europa del siglo XVII, en la escalinata de una universidad protestante fundada en 1585, conocida por ser refugio para los practicantes perseguidos de esta creencia religiosa de todo el continente. Sólo regresó a Francia quince años después, cuando ya habían fallecido ambos cardenales, Bérulle y Richelieu, y aquélla fue una breve estancia.

En Franeker —literalmente, «el acre de Dios»—, Descartes vivía en un castillo casi tan vasto como la Iglesia reformada que se hallaba en-

frente de él en la ancha calle principal. Era propiedad de los Sjaerdemas, una eminente familia católica. Allí escribió el primer borrador de sus famosas *Meditaciones metafísicas*, donde sentaba las bases de la certidumbre en la frase *Cogito, ergo sum* («Pienso, luego existo»), que le ganaría el título de Padre de la Filosofía Moderna. Pero en ese invierno de 1629, aunque gozaba de gran prestigio como matemático y filósofo, aún no había publicado ninguna obra. Sentado en su habitación, miraba el *zeedijk* —el dique que contenía el mar— que estaba al norte, más allá del llano polder.

Ahora resido en la casa de un viejo pescador situada bajo ese mismo *zeedijk*, y a través del llano polder, miro hacia Franeker, diez kilómetros al sur, aunque sólo la diviso en la noche, como puntos de luz anaranjada. Me pregunto por qué Descartes vino aquí.

Los Países Bajos constituyen un estado de escaso relieve pero de infinita variación. Alexandre Schimmelpenninck, director de la editorial Kluwer, me mostró Endegeest, un pequeño castillo de las afueras de Leiden, que Descartes alquiló por dos años, con criados, caballeriza y foso.

—¿Ve aquel declive empinado? —me preguntó—. Aquí estamos en terreno más elevado. Eso es lo que protege el castillo durante las inundaciones.

Traté de aguzar la vista.

—Allá, en la hilera de árboles —añadió Schimmelpenninck.

Entonces lo vi. Poco más de cuarenta y cinco centímetros. En realidad tiene casi un metro, según me aclaró mi guía, porque del otro lado hay un leve declive.

—Comenzará a apreciar las diferencias después de permanecer un tiempo aquí —me explicó.

Pero tuve que vivir varios meses bajo el *zeedijk* para ver otro detalle que alguien me indicó: tierra adentro había una carretera paralela sobre un dique más bajo y, más allá, otra loma, aún más baja y apenas discernible. Es común que haya tres líneas de defensa contra el mar. Se las conoce como «el dique vigil», «el dique durmiente» y «el dique soñador». Como Descartes, pensé, quien gustaba de permanecer despierto en la cama una mañana entera, quien dormía hasta tarde y quien descubrió su profesión de filósofo en un sueño.

Poco después de nuestra llegada a los Países Bajos, mi esposa Pat y yo entramos en una gran quesería.

—¿Qué compramos? —pidió mi opinión.

En los estantes había un centenar de grandes ruedas de queso duro y

amarillo, de unos quince centímetros de espesor y casi un metro de diámetro. Acabábamos de pasar siete meses en París, comiendo queso, así que miré el surtido y me eché a reír.

—No importa —comenté—: Son todos iguales.

Al oírme, la propietaria se sintió ofendida. Me explicó que, en primer lugar, se diferencian por la granja donde los elaboraron. Luego se distinguen por ser jóvenes, maduros o añejos. El queso maduro es el *belegen*, que está a medio camino entre la juventud y la vejez, aunque también se divide a su vez en joven, maduro y viejo. Además, me indicó que en una tienda exquisita como la suya, no estábamos limitados a cinco tipos, que podía ofrecernos queso de cualquier maduración, mes por mes, de uno a veinticuatro. Quería saber, pues, qué buscaba yo.

—El más añejo —respondí.

Masculló mientras cortaba un trozo. Aseguró que era la elección adecuada, también la más cara. Esto es queso común. Aunque, igualmente, se presenta en diversos grados de maduración, sazonado con comino, clavo u otras especias. El queso más añejo condimentado con clavo es el más típico de Frisia, el mejor producto. Los clavos enteros se han ablandado, hay muchos y se mastican. Descartes debió de haber comido este queso y olido las penetrantes especias de los Países Bajos, y puede que estuviera tan desconcertado como nosotros.

Lo cierto es que Descartes no mencionó el queso holandés en sus cartas. Tenía opiniones taxativas acerca de los alimentos y recomendaba comer con moderación, algo que no resulta fácil en Holanda. En cierta ocasión aseveró, incluso, que si los Países Bajos no tenían tanta miel como Dios había prometido a los israelitas, sin duda disponían de más leche. Aun hoy día se comenta que en los Países Bajos nunca estamos a más de doscientos metros de una vaca. Al parecer, Descartes era casi vegetariano y, como todo francés que posea un terreno de por lo menos un metro cuadrado, cultivaba un pequeño huerto. Aquí en Frisia, en invierno, debió de alimentarse de nabos, remolachas y pan, zanahorias y repollos, cebollas y espinacas, puerros y lentejas, de las cuales hay en esta tierra muchas variedades.

Casi siempre sopla viento en Frisia. En pleno invierno, puede alcanzar valores de huracán durante varios días consecutivos y tumbar al desprevenido. Nosotros dormimos en un desván, bajo los aleros. El viento ulula y las tejas crujen y repiquetean. Es como estar en medio de una tormenta del mar del Norte a bordo de un buque, asegura mi esposa, Pat, aunque sin el inconveniente del vaivén de cubierta. Cuando nos sen-

tamos ante la estufa para leer de noche, el viento sopla con tanta furia que uno cree estar en plena estepa rusa. Pero a la intemperie no hace frío, a pesar de que el viento corta la respiración. Este invierno la temperatura ha oscilado entre cero y siete grados centígrados. Rara vez desciende por debajo de cero. A mediados de diciembre el hielo cubre la laguna sólo tres o cuatro días, pero nunca alcanza el grosor suficiente para patinar. Se comenta aquí que el invierno de 1987-1988 ha sido inusitadamente templado. Sin duda es similar al invierno del que se quejaba Descartes en 1633-1634, cuando escribía *Los meteoros*, durante el cual apenas logró estudiar, según refirió, un solo copo de nieve. Claude de Saumaise, un exiliado francés como Descartes, sostenía que en los Países Bajos había cuatro meses de invierno y ocho meses de frío. Un vecino nos ha comentado que se pronostica calor para el próximo julio. Nos habla del año en que uno podía comer fuera de la casa desde mediados de abril hasta mediados de octubre. Este abril la temperatura sigue igual, pero los días se han prolongado. En diciembre estaba negro como boca de lobo a las cuatro de la tarde; ahora el crepúsculo del ocaso se inicia a las nueve de la noche. Las aves anidan y los junquillos han florecido.

Aquí vemos poco el sol. Pat marca el tiempo usando como referencia la fecha en que el sol brilló a lo largo de todo el día. Cuando el astro rey brilla en un día cálido —es decir, sin viento— todos sacan afuera las mesas para comer. En una calle de Leiden donde los edificios son continuos y dan directamente a las aceras, un mediodía tuvimos que caminar por la calzada porque muchas personas almorzaban en la acera.

El tiempo cambia varias veces por día. Neblina, nubes, bonanza, lluvia, chubascos... Auténticas borrascas, pues de hecho estamos en medio del mar. El *zeedijk* contiene el agua. Nuestra casa es un barco anclado en el mar, así que sólo el *zeedijk* impide que naveguemos a la deriva mientras dormimos. Tormentas de nieve, aguanieve y granizo, y sol. El cielo es inmenso, igual que las nubes, y el enorme arco iris se aproxima casi hasta el cenit. Sol y luna por entre las nubes, espectaculares amaneceres y ocasos multicolores como tulípanes, rayos de sol y sombras en el cielo. Todo ondea y flamea.

Pero en el suelo todo es rectilíneo. La línea glauca del *zeedijk* cubierto de hierba, las cañas marrones a orillas de la larga laguna azul, los campos verdes y pardos que se extienden hasta el borrón cerúleo del horizonte. Granjas, aldeas y campanarios se yerguen en lontananza sobre el llano polder. Todos los colores se diluyen en tonos pastel. Todas las ven-

tanas muestran pinturas de paisajistas holandeses: la tierra y el cielo, siempre iguales, siempre diferentes.

¿Por qué Descartes vino aquí? Él sostenía que prefería vivir en el desierto, donde hay poca gente, donde el silencio y la soledad permiten reflexionar. El ajetreo y el bullicio de París ahuyentaban sus pensamientos. Sus amigos y parientes lo importunaban. En Frisia podía huir de todo y todos. Podía estar solo.

«¿En qué otra tierra —le escribió a su amigo el poeta Guez de Balzac en 1630— puede gozarse de una libertad tan plena?» Entonces vivía en Amsterdam, pero para él esta ciudad era otro desierto. «En esta gran urbe donde estoy ahora —declaraba—, no hay hombre excepto yo que no esté consagrado al comercio. Y cada cual está tan preocupado por sus propias ganancias que yo podría vivir aquí toda mi vida sin que nadie me viese. Camino todos los días en medio de la barahúnda de un gran pueblo, con tanta libertad y serenidad como las que disfrutas en tus sendas campestres, y no presto más atención a las gentes que veo que la que tú dedicas a los árboles de tus bosques o a los animales que los habitan.» Puede que éste sea el primer testimonio acerca de una gran ciudad donde no se enfatiza la alienación, sino ese gozoso anonimato que no es posible disfrutar en ninguna otra parte.

Pero Descartes pasó la mayor parte de su estancia en los Países Bajos en las afueras de ciudades pequeñas como Franeker, Egmond, Santpoort, Harderwijk, Alkmar y Amersfoort, en casas aisladas como la de nuestro pescador. Cuidaba su jardín, diseccionaba animales para su tratado de anatomía, permanecía en la cama pensando y escribiendo. En su tiempo libre —un ocio que era su vida— cabalgaba, cazaba, practicaba esgrima, escuchaba música y charlaba con sus amigos. Contestaba cartas, resolvía problemas matemáticos y respondía a las objeciones que otros hacían a su filosofía. Sostenía que no leía libros. Claro que los leía, a pesar de que el 25 de diciembre de 1639 le escribió a su corresponsal parisino Mersenne que los únicos libros que había llevado consigo a las Provincias Unidas eran la Biblia y un ejemplar de la *Suma teológica* de santo Tomás de Aquino. Estaba entusiasmado con el órgano de la próxima Iglesia reformada. Pero lamentaba que los vecinos del campo a veces fueran más molestos que los amigos de la ciudad. Quizás, al igual que ahora, los visitantes de entonces pasaran por allí y no tuvieran reparo en quedarse cuatro o cinco horas. Descartes se disculpaba por su holandés, aunque lo escribía y lo hablaba con fluidez, y es posible que hasta aprendiese un poco de frisio. Nosotros no sabemos ninguna de ambas len-

guas, pero el frisio y el inglés constituyen un subgrupo de la familia de los idiomas germánicos. Sabiendo alemán, y siendo el frisio el pariente más cercano del inglés, con frecuencia entendemos la mitad.

Nuestros vecinos más próximos son un obrero del *zeedijk* jubilado y su hermana, cien metros camino abajo. Nos prestaron un libro sobre diques. La comarca se está hundiendo y el mar se está elevando y «vendrá un día en que nada más podrá hacerse. Entonces llegará el momento en que Holanda, como los castillos de arena de los niños cuando llega la marea, desaparecerá del paisaje». El primer *zeedijk* de la zona se construyó en 1570 y tenía dos metros de altura. Se elevó a casi tres metros en 1571, y tenía esa altura cuando Descartes estuvo aquí. En 1930 lo ampliaron a poco más de cinco metros de altura y, luego de desastrosas borrascas e inundaciones, a casi nueve metros y medio en 1975. Ya no puede elevarse más porque el peso adicional lo hundiría en el blando lecho marino sobre el cual reposa. Nuestra casa está un metro bajo el nivel medio del mar, y los campos, un poco más abajo. De noche oímos las olas que rompen contra el *zeedijk*.

Somos de St. Louis, Missouri, cuna del regaliz Switzer's, el cual hemos amado desde la infancia, así que sentimos una atracción natural por las cajas abiertas de regaliz que aquí exhiben las tiendas. En estos lares lo llaman *drop*. El *drop* tiene colores que van del pardo claro al negro; su consistencia oscila desde la blandura hasta la dureza cristalina, pero a primera vista las especies de *drop* difieren de manera notoria en la forma. Siempre hay una caja de gatitos, una de granjeros y granjas, otra de dinero —discos gruesos con un número impreso en una cara y un signo monetario en la otra— y muchas, muchas más. Escogí un *drop* y me lo puse en la boca. Lo escupí de inmediato. Era regaliz, pero...

El *drop* viene en diversos grados de intensidad (moderada, media y fuerte) y en diversos grados de dulzura (común, baja, mediana y doble); también lo elaboran con poca sal, sal media y sal doble. Yo había hecho la primera prueba con el de sal doble. El *drop* también difiere según la marca. Mi clasificación era resultado de pruebas empíricas, pero pensé que podría estar exagerando la cantidad de clases, así que le pregunté a un nativo de Frisia. Se asombró de mi ignorancia.

—Hay por lo menos cuarenta o cincuenta variedades —exclamó.

Y esto tan sólo en sabor. Me previno contra una marca inferior de sus gatitos preferidos. Recomendó su favorito, el regaliz hoja de laurel (no sólo con esta forma, sino moldeado sobre hojas de laurel). También hay regaliz hoja de menta, y sazonado con sal amoníaca. Por otra parte,

me explicó que yo había pasado por alto una distinción en el queso. Todas las variedades se ofrecen con un cuarenta y ocho, cuarenta o veintiocho por ciento de materia grasa.

En la aldea de Tzummarum, a tres kilómetros de nuestra casa, hay una panadería excelente, Striksmā. (Todos los apellidos frisios terminan en *-a*, que significa «de».) El pan que venden en ella se elabora con corteza dura o blanda, con trigo blanco, harina integral y cebada; en grano fino, medio y grueso; y sencillo o espolvoreado con avena, semillas de amapola o de sésamo. Lo hornean todos los días y es delicioso. Cuando comenté esto con nuestros caseros, que viven en La Haya, se compadecieron de nosotros y nos trajeron muestras de la panadería de su vecindario, que produce una docena de clases tan sólo de pan blanco, y variedades de otros doce tipos de pan negro.

Quince años es un largo tiempo para permanecer alejado del terruño cuando se está tan cerca de él. Lo cierto es que en sólo unos días Descartes podría haber llegado a París. Pero ésta no era su primera estancia fuera de Francia. Cuando tenía veintidós años, había ido a los Países Bajos, donde pasó más de un año estudiando matemática y arquitectura militar en la escuela que dirigía Mauricio, príncipe de Nassau, el estratega militar más brillante de su tiempo. Mauricio fue un santo patrono ideal para Descartes. El príncipe amaba las matemáticas. Cuando estaba en su lecho de muerte, en 1625, un sacerdote le pidió que declarara sus creencias. «Creo —aseveró Mauricio— que dos más dos son cuatro y cuatro más cuatro son ocho.» Y añadió, señalando a varios matemáticos que estaban junto a él: «Estos caballeros le informarán sobre los restantes detalles de nuestro credo.»

En los nueve años siguientes, entre 1619 y 1628, Descartes viajó por Dinamarca, Alemania, Polonia, Hungría, Austria, Moravia, Baviera, Bohemia, Venecia, Italia y Francia. Visitó París en varias ocasiones durante los dos años previos a su entrevista con el cardenal Bérulle, y había hablado de instalarse en la campiña. La familia de Descartes poseía casas y granjas en Poitou, Turena y Bretaña, de modo que disponía de varias opciones y, por lo visto, disfrutaba de sus estancias en la campiña francesa. Al parecer nunca habló de mudarse a los Países Bajos. Pero poco después de ver al cardenal Bérulle, hizo el equipaje y se marchó.

El llano polder y este clima fresco y uniforme constituyen un gran cambio respecto de la tierra ondulante y boscosa donde se crió Descartes. Aprecio la diferencia porque el paisaje del sudoeste de Iowa, donde nací, es muy parecido al lugar de Turena donde nació Descartes. ¿Echa-

ba de menos el misterio de los sinuosos collados, ese cambio constante de perspectiva que resulta imposible en la desarbolada llanura del polder?

Descartes dejó sus asuntos económicos en manos de su más íntimo amigo de París, Claude Picot, quien luego sería conocido como «el cura ateo». Quizá se deba a la célebre anécdota acerca de Picot en su lecho de muerte. Picot viajaba por la Francia rural —esto sucedió mucho después de la muerte de Descartes— cuando enfermó de gravedad. En la posada donde se alojaba, viendo que agonizaba, llamaron al cura de la aldea. Picot indicó a éste que legaría una generosa suma a la parroquia local, con una condición. No quería alharaca: ni cánticos, ni sacramentos ni latinajos. Era sacerdote, tenía la conciencia limpia y sólo quería morir en paz. A pesar de que el cura de la aldea no quedó muy conforme, aceptó. Cuando Picot parecía estar cerca del fin, aparentemente en coma, el cura incapaz de contenerse, inició el cántico. Picot abrió un ojo y le susurró que aún podía recobrar su dinero. De este modo, el cura guardó silencio y Picot murió en paz.

El *koek* es pan de jengibre. Lo elaboran sazonado con especias (tipo suave, medio y fuerte); con textura fina, media o gruesa; en hogazas, rebanadas largas (llamadas «pierna de ternero») y a modo de magdalenas. También se presenta en forma de tarta, pastelillo, galleta y bollo de hojaldre. Y natural, con uvas pasas o glaseado. Pero me advierten que estoy equivocado, pues, aunque todos estos artículos sean en esencia lo que yo percibo como pan de jengibre, no todos pertenecen a la misma categoría. Mi clasificación es empírica y propia de un extranjero, y los holandeses no la reconocen. Me temo que ningún extranjero sería capaz de comprenderlo. En una ocasión le mostré dos paquetes de oscuro y húmedo pan de centeno al conductor del camión de la panadería (pasa por nuestra casa una vez por semana) y le pregunté si eran iguales. Se excandenció.

—Muy diferentes —declaró, aunque su inglés no le alcanzaba para dar precisiones.

Compré los dos. Indistinguibles.

Los comentaristas católicos han asegurado que Descartes habría estado a salvo viviendo y publicando en Francia. Pero en 1624 el Parlamento de París aprobó un decreto que prohibía los ataques contra Aristóteles so pena de muerte. Descartes se burlaba de la lógica aristotélica y sostenía que la física del maestro griego era falsa. En 1619 habían quemado vivo a Vanini por dar explicaciones naturales de los milagros —una de las ventajitas que Descartes reclamaba para la física cartesiana— y más

de una docena de herejes perecieron en la hoguera en Francia mientras Descartes vivió. Más aún, Descartes se mofaba de la astrología en una época en que el cardenal Richelieu solicitaba y consultaba horóscopos para tomar decisiones de Estado.

En 1623 hubo una campaña contra la orden de los rosacruces en París. Aparecieron carteles que exponían que los miembros de esa hermandad se desplazaban invisibles en medio de la población. Se acusó a Descartes de ser uno de ellos, y se comenta que se defendió con socarrona indignación, destacando que, como podía verse, él no era invisible. Rechazaba las creencias mágicas y místicas de los rosacruces, pero adoptó su lema: Quien vive bien oculto vive bien. Como ellos, practicaba la medicina gratuita, intentaba aumentar la longevidad humana, era optimista en cuanto a la utilidad de la ciencia para mejorar la suerte de los hombres, era soltero y cambiaba a menudo de residencia. Durante los veintiún años que permaneció en los Países Bajos, habitó al menos en dieciocho localidades, pero se desplazó más veces. Después de haber vivido yo mismo aquí por un tiempo, sospecho que Descartes sólo buscaba un cambio. En todo caso, los especialistas tradicionales se escandalizan ante la sugerencia de que fuera rosacruz, o algo más que un piadoso católico. Pero si no fuera por la Sociedad Protectora de san Descartes, nuestro filósofo podría ser conocido como el Máximo Rosacruz (así como sir Isaac Newton podría ser considerado el Máximo Alquimista). Tenemos tanta necesidad de héroes impolutos que presentamos a nuestros grandes pensadores como dechados de verdad y virtud y no como los excéntricos que eran. Los grandes hombres sólo necesitan un par de aciertos para que la gente olvide los cientos de yerros que cometieron.

El período más feliz de Descartes en los Países Bajos fue cuando vivió con Helena Jans, de 1634 a 1640. En esos años preparó sus mayores obras para la publicación. Él y Helena tuvieron una hija, Francine, que falleció de escarlatina a los cinco años; tuvo dificultades respiratorias, su piel se tornó cianótica y murió. Descartes aseguraba que ese deceso fue la mayor pena de su vida, y que no era uno de esos filósofos que pensaba que un hombre no debía llorar.

Muchos biógrafos de Descartes ni siquiera mencionan a su hija. O, a lo sumo, se refieren de pasada al deplorable episodio de su hija ilegítima. Pero Francine recibió el sacramento del bautismo, según consta en el registro de nacimientos legítimos de la Iglesia reformada de Deventer. Lo que esto podría implicar acerca de las creencias religiosas de Descartes es más aterrador que la ilegitimidad para los estudiosos católicos.

Los holandeses adoran la exactitud. Nuestra casa se alquila por semana, por períodos de siete días, no por el impreciso mes. Ello significa que en doce meses hay treinta y cuatro períodos de alquiler de una semana cada uno. (Los holandeses han sido los capitalistas más astutos del mundo durante cuatro siglos. Hasta los franceses alquilan por mes.) Es una casa de fin de semana, pero tiene todo lo que necesitamos: piano de cola, buenas camas y sillas, y, lo que es todavía más importante, carece de teléfono. Además, es la única casa en que hemos vivido, salvo la nuestra, donde hay buenas lámparas de lectura por doquier, incluso para el piano.

Las casas holandesas disponen de ventanales enormes y se considera antisocial correr las cortinas o colgaduras, sea de día o de noche. En el siglo XVII, cuando Descartes estuvo aquí, los extranjeros comentaban la belleza de los interiores holandeses, la elegancia del mobiliario, la pulcritud. Las viejas pinturas lo reflejan. Todavía puede mirarse por las ventanas para ver el interior. Yo corro siete kilómetros cada mañana y no puedo evitar mirar las ventanas de las granjas al pasar. Si hay alguien dentro, me saluda. La ventana no es una barrera. Yo me siento a escribir en un rincón alejado de los ventanales que dan sobre la carretera, pero los peatones se asoman, me ven y me saludan. Aunque no puedo negar que me desconcierta, devuelvo el saludo. El interior de la casa se ve mejor de noche. Dejamos libres las ventanas que dan sobre la laguna, pero cuando nos sentamos ante la cocina para leer de noche corremos las cortinas de las ventanas que dan a la carretera. Allí no hay nadie, pero así nos sentimos más tranquilos. Esperamos que nuestros vecinos sólo piensen que somos extranjeros, no groseros.

Quizás esta apertura sea un legado del calvinismo. ¡No tenemos nada que ocultar! Nadie llama a la puerta cuando llega: se limita a entrar. Vecinos, inspectores de servicios públicos, carteros, reparadores, un maestro de Franeker que supo que estábamos aquí y un reportero de Leeuwarden a quien el maestro contó que yo escribía un libro sobre Descartes. El maestro se quedó cinco horas. Fue mi informador sobre los *drops* de regaliz. El reportero se marchó después de dos horas, asegurando que regresaría para entrevistarme.

—Pensé que eso era lo que estaba haciendo —exclamé.

—Oh, no —respondió—. No estaba tomando nota.

Días después vino y se quedó una tarde entera. Me advirtió que después de la publicación de su nota otros reporteros se acercarían a perturbar mi soledad. Alegué que correría el riesgo. De eso ya hace seis sema-

nas y la nota aún no se ha publicado. Él prometió que me traería un ejemplar cuando saliera. Constató que todo es lento en el pólder, bajo el *zeedijk*. Es una de las razones por las que Descartes vino aquí.

El reportero era asistente de filosofía en la Universidad de Groningen, así que sabía todo sobre Descartes. En la actualidad, hay pocas esperanzas de encontrar un puesto estable en el sistema universitario holandés, así que se hizo reportero. En 1988, el gobierno eliminó doscientos cincuenta puestos docentes en todo el país. La actividad universitaria está menguando en toda Europa; claro que en Holanda escasean los trabajos de todo tipo. La propaganda oficial promueve la idea de que uno presta un servicio patriótico si acepta un seguro de desempleo o una jubilación prematura para brindar a otro la oportunidad de trabajar. Mi vecino, el obrero jubilado que trabajaba en el dique y vive camino abajo, aparenta unos cincuenta años. Él no quería jubilarse. Ahora recorre el dique varias veces por día.

—Resulta muy difícil —explicó el reportero—. A los holandeses les apetece trabajar.

¡Alerta meteorológica! ¡Todos al *zeedijk*! Lo llevan en la sangre. Holanda es el mayor castillo de arena que jamás se haya construido en una playa. ¿Quién no lamentaría quedar excluido de un juego tan colosal?

Alguien me envió un recorte de la sección *Aunque usted no lo crea*, de Ripley: «René Descartes (1596-1650), el filósofo y matemático francés, al enterarse de que tendría que levantarse a las cinco de la mañana en un lucrativo puesto docente, advirtió que el gélido aire matinal sería fatal para su salud... Y falleció a los cuatro meses.»

Habían invitado a Descartes a la corte de la reina Cristina de Suecia. En 1648 el país disfrutaba de su victoria en la Guerra de los Treinta Años, así que la reina Cristina era una de las monarcas más poderosas e importantes de Europa. Congregaba a grandes eruditos y escritores. ¿Por qué no añadir a Descartes a su colección? Descartes ya había rechazado la generosa pensión que le había ofrecido un noble francés. Alegaba que no quería ser sirviente de nadie y que no necesitaba el dinero. Pero lo halagaba la idea de ser filósofo de una reina.

Sin duda olvidó que cuando Platón fue a enseñarle a un monarca, sus amigos tuvieron que pagar para recuperarlo.

Descartes tenía cincuenta y tres años; Cristina, veintidós. La reina era famosa por alterar la compostura de hombres circunspectos. Una vez enseñó canciones francesas soeces a sus criadas —que supuestamente no sabían francés—, y luego hizo que las cantaran frente a Thuilleries, el an-

ciano y distinguido ex embajador francés en Suecia. Conocía muy bien la reputación de Descartes de permanecer en la cama durante la mañana, así que demostró cierta perversión al obligar al gran filósofo a levantarse a horas intempestivas para vestirse y atravesar la ciudad en carruaje —se alojaba con el embajador francés, Hector-Pierre Chanut— y así darle clases de filosofía a las cinco de la madrugada. También le pidió que redactara los estatutos para una Academia Sueca de las Artes y las Ciencias. Descartes, a quien la situación ya había avisado, especificó que los extranjeros no podían ser miembros de la Academia. Quería poner pies en polvorosa.

Mientras entregaba estos estatutos, a las cinco de la mañana del 1 de febrero de 1650, Descartes se enfrió y falleció diez días después, en una tierra donde —según sus propias palabras— en invierno los pensamientos de los hombres se congelan como el agua. Este desenlace se ha descrito a veces como la única aportación de Suecia a la filosofía moderna. Descartes esperaba vivir hasta los cien años. Cristina comentó, con marcada ironía, que el gran matemático había errado el cálculo por casi cincuenta años.

La reina Cristina también sentenció: «Amo la tormenta y siento aprensión cuando el viento amaina.»

En los raros días en que aquí mengua el viento, el silencio es ensordecedor. Una vez desperté en medio de la noche con la misma sensación que tuve hace años al despabilarme en el puerto con los motores apagados después de haber cruzado el Atlántico en un gran buque. A veces en París he abandonado el sueño en medio de la noche porque de pronto hay silencio. Pero allí, al cabo de unos instantes, el bullicio se reanuda con el rugido de coches y camiones. En la ciudad nos bombardean los ruidos: construcción, personas, radio y televisión, teléfono, sirenas y campanas. Todo penetrante y alarmante, no como el viento. El ruido de la ciudad, en sí mismo y por su modo de llamar la atención, atenta contra el pensamiento meditativo. Descartes afirmaba que daba alas a antojadizos vuelos de la fantasía. Los pensamientos rara vez reposan en la ciudad.

Aquí las galletas dulces son excelentes: normales, o con cacahuètes, láminas de almendra, uvas pasas, o glaseadas. El pastel amarillo varía de panadería en panadería, según la cantidad de mantequilla, azúcar y huevos. La crema se llama *vla* y se vende en botellas de leche de boca ancha. La hay común, de vainilla, de limón, de chocolate y de fresa. Una bonita combinación es mitad fresa y mitad chocolate, a lo largo de la

botella. Nuestros caseros también deploran la pobreza de sabores del *vla* en la campiña. ¡Tendríamos que ver la variedad de La Haya!

Tuve gran dificultad en discernir las diferencias en las *pap*, una especie de gachas que también se presentan en botellas de leche de boca ancha. Leche entera, descremada o suero; con cebada, trigo, maíz o harina de arroz; con o sin los granos enteros mezclados. Dulce o agria, sin sabor o con aroma de caramelo. Antes de saber que debía comerlas calientes, las probé frías. El conductor del camión de comestibles me dio las indicaciones oportunas y, combinando el inglés con el frisio, me explicó que toda familia respetable prepara sus propias *pap* en casa, bien espesas.

Pasan los días.

«¿En qué otra tierra —le comentó en cierta ocasión Descartes a Balzac— podría uno dormir con tanta seguridad?» No en Francia, donde las ventanas son angostas y de noche se cierran a cal y canto. No en Alemania. No entiendo por qué aquí. A lo largo de los siglos los invasores han destruido una y otra vez estos ventanales, y la última vez fue hace sólo cincuenta años. La paz lograda después de la Segunda Guerra Mundial es la más larga que ha conocido la Europa occidental. Qué más da. No habrá próxima vez. Corrijo: lo que no habrá será otro después.

Un apacible domingo de mediados de marzo el sol brillaba radiante. Todos salieron en auto, moto y bicicleta, o empujando cochecitos de bebé. Niños de diez u once años caminaban por los campos con unas varas de tres metros que aquí usan para saltar sobre las zanjas. Buscaban huevos. Sabemos que aquí hay millones de aves, pues las observamos a todas horas, pero todavía nos disgusta este deporte de coger huevos en primavera. Un hombre y su hijo vinieron por el otro lado de la laguna, batiendo los juncos con varas para ahuyentar a los patos que anidan allí. Salí de prisa para alejarlos del nido de fochas lacustres que veo con sólo alzar la cabeza y mirar por la ventana.

—¿Nido? ¿Dónde? —se burló el hombre, mientras aguzaba la vista y batía su vara. Por suerte, la focha se mantuvo firme y el hombre no encontró el nido.

He observado las fochas todo el invierno y conozco ya tan bien sus vidas que tendría que escribir un libro. Hay treinta y cinco fochas en el estanque, negras, con forma de bacineta y tamaño de gallina, con grandes picos blancos que se curvan hacia la frente. Ha sido una obsesión muy frustrante porque todas lucen iguales. Ni siquiera puedo distinguir los machos de las hembras.

—Las fochas sí distinguen —asegura Pat.

Sin duda difieren entre sí de muchas maneras sutiles.

En la casa hay radio y televisión, pero los desconectamos nada más llegar. Sabemos que las elecciones primarias deben de haber terminado en Estados Unidos, pero desconocemos incluso quiénes eran los candidatos. Qué más da. Mi hermano nos envía recortes del *New York Times*. Mencionan un documental sobre los pronósticos cambiantes acerca del sida que, sin duda, será importante para el futuro de la humanidad. En enero supimos que «uno de cada sesenta y un niños nacidos en la ciudad de Nueva York el mes pasado llevaba anticuerpos del virus, lo que indica que sus madres sufrieron el contagio y que muchos bebés también eran portadores». Donde hay madres y bebés, también hay padres. Cuando el dos o el tres por ciento de una población padece una enfermedad de transmisión sexual hasta ahora incurable, es señal de que no falta mucho para que se eleve al veinte o el treinta por ciento.

Es posible que Descartes se desplazase tanto para eludir la peste. En 1635, casi quince mil personas murieron de peste en Leiden. En aquella época se pensaba que el aire malo —como el de Italia— propagaba la peste. Descartes se equivocaba en cuanto al aire malo, pero acertaba al alejarse de las zonas infectadas. Claro que, en este caso, no habrá manera de alejarse del sida: nos sigue incluso hasta la cama.

Descartes era una especie de maniático de la salud. Explicó a su amigo Guez de Balzac que, aparte de tener un aire malo, Italia era demasiado tórrida. Holanda era fría, pero en un clima frío siempre podemos entibiarnos ante una estufa. En un clima tórrido, en cambio, no hay manera de refrescarse. Las personas como yo, que sufren una grave debilitación térmica cuando hace calor, lo entienden. Ni siquiera el aire acondicionado es una solución. El cuerpo lo sabe. Descartes abogaba por el subsidio oficial de investigaciones cooperativas destinadas a beneficiar a la humanidad. Yo no creo que el gobierno necesite despojarme de semejante porción de mis ingresos en impuestos, como sostiene, pero ya que lo hace, me gustaría que transfiriese a la investigación del sida la mitad de lo que ahora invierte en defensa. No es que jamás haya puesto en duda la amenaza del holocausto nuclear, pero el sida es una amenaza que podemos entender en cuanto individuos. Quizá todos nosotros, como Descartes, sobrestimamos la cantidad de tiempo que nos queda. No obstante, Descartes, frustrado por su falta de progreso en el hallazgo de un modo de prolongar la vida humana, declaró que había encontrado una solución mejor: no temer la muerte.

«Aquí no estoy en mi elemento», afirmó en pleno invierno sueco, en

la atmósfera glacial de una corte de intrigantes, en el palacio de una reina de las nieves.

—Pero no importa que él tuviera que levantarse a las cinco de la mañana —me objetó una vez un sueco—. Aquí en invierno siempre está oscuro, de modo que la gente no presta atención a la hora. Da lo mismo.

El viento sopla, la luz cambia sin cesar y nubes perentorias sobrevuelan el paciente pólder.

En Franeker, allá en el horizonte, Descartes analizó la posibilidad de estar engañado al creer que el mundo existía. Quizá no hubiera nada salvo su propia mente y un demonio que le hacía creer que experimentaba un mundo. La ciudad está construida sobre un túmulo con forma de torta, pocos metros más alto que el terreno circundante. Uno espera llegar a la iglesia construida sobre la leve cima del pequeño cerro en caso de que el *zeedijk* se rompa. Un día lo hará: todo tiene un límite. Descartes inventó la geometría analítica, fundamento del cálculo infinitesimal, la cual opera sobre el principio de que entre dos puntos cualesquiera hay un número infinito de divisiones. Durante el crepúsculo miro el cielo cambiante. Todos vivimos entre dos puntos. Separados por variaciones infinitas.



La casa natal de Descartes en La Haye (Francia)

Fotografía de Jean-Henri Roy

CAPÍTULO UNO

La infancia

DESDE MI INFANCIA, ME HE NUTRIDO CON LIBROS

René Descartes nació el 31 de marzo de 1596. En 1637, a los cuarenta y un años, formuló el problema de cómo se relaciona la mente humana con el cuerpo, un rompecabezas que ha desconcertado a la filosofía y la ciencia occidentales desde entonces. El problema cartesiano mente-cuerpo constituye una prioridad para la ciencia del siglo XXI. ¿El ser humano tiene alma inmortal, o su mente es sólo un cerebro que se descompone al morir? El modo en que se resuelva esta incógnita tendrá mayores repercusiones para la humanidad que cualquier bomba atómica. Descartes es uno de esos raros genios de la historia, como Sócrates y Jesucristo, cuyas ideas dominan el pensamiento humano durante milenios.

En todos sus escritos, Descartes perfiló pasajes de su infancia sólo en seis ocasiones. En una carta a la princesa Isabel de Bohemia, que escribió a los cuarenta y nueve años (ella tenía veintiséis), apuntaba que heredó de su madre una tos seca y una tez pálida, aflicciones que instaron a todos los médicos que lo examinaron a predecir que moriría joven. Pero la tos desapareció y su tez se volvió rubicunda después de los veinte años, y desde entonces gozó de buena salud. También explicaba a Isabel que su madre había fallecido pocos días después de su nacimiento, aunque en realidad lo hizo trece meses más tarde, el 13 de mayo de 1597, a los seis días de dar a luz otro hijo que sólo le sobrevivió tres.

En una carta del 6 de junio de 1647 a Hector-Pierre Chanut, que entonces era residente francés en Estocolmo, Descartes dio un ejemplo de impronta cerebral. Cuando era niño amaba a una compañera de juegos, una niña bisoja. Ya de adulto se olvidó de ella, pero se sentía atraído

de un modo inexplicable por las mujeres bizcas. Un día recordó a su amiga de la niñez y así descubrió la causa de su atracción, con lo cual le puso fin.

Luego hizo algunos comentarios que, aunque sean aplicables a Descartes, son viejos dichos (como lo es su observación sobre los médicos prediciendo una muerte prematura). En su *Discurso del método* (1637), señaló que desde su infancia se había nutrido con libros y estaba ávido de aprender, aunque, por desgracia, la mayor parte de lo que había aprendido en ellos resultó ser falso. Muchas autoridades eminentes son tan ignorantes como las comadres. Descartes recurrió a otro viejo dicho en 1641, cuando Jacob Revius, un católico que se había convertido al protestantismo, trató a su vez de ganarlo para su fe. Descartes respondió con el aforismo popular de que su religión era la de su rey y su nodriza. Un amigo de su juventud, el poeta Guez de Balzac, usaba la misma frase. Finalmente, el 23 de abril de 1649, Descartes le escribió a Henri Brasset, residente francés en La Haya, que habiendo nacido en los jardines de Turena, era reacio a viajar a Suecia, una tierra de rocas, hielo y osos.

En cuanto a sus primeros años, Descartes nada aportó sobre su padre ni su hermano Pierre, quien era cinco años mayor, ni sobre su hermana Jeanne, que quizá le llevase seis años, ni acerca de su madrastra, a quien su padre desposó cuando René tenía cuatro años, ni sobre su hermanastro Joachim II, quien nació cuando él tenía siete, ni su hermanastra Anne, quien vino al mundo ocho años más tarde. Tampoco mencionó a sus dos abuelas (sus abuelos murieron antes de que él naciera) ni a varios tíos abuelos, uno de los cuales sin duda influyó en su crianza.

Es obvio que Descartes pensaba que su infancia no era digna de ser recordada o, a lo sumo, puede que la considerase un período cuyas influencias —falsas opiniones e impresiones distorsionadas— merecían ser superadas. Y en sus *Meditaciones metafísicas*,* publicadas cuando él tenía cuarenta y cinco años, es cuando menos llamativa la solemne negación de la importancia de sus padres. Empleó la retórica para cuestionarse si su existencia pudo haber provenido de ellos. ¡Por supuesto que no! Por lo pronto, de inmediato se plantearía la pregunta acerca de la procedencia de la existencia de sus padres, y así *ad infinitum*. Pero aun concediendo que ellos hubieran producido su cuerpo, no pudieron ha-

* *Meditationes de Prima Philosophia* (1641), publicado inicialmente en latín. (N. del T.)

ber creado el alma, la mente, el espíritu pensante que él se consideraba a sí mismo. Llegó a la firme conclusión de que su existencia procedía sólo de la primera causa, Dios, que la sostenía. A pesar de lo poco que él nos ha explicado —y sus primeros biógrafos no añadieron demasiado—, es mucho lo que cabe contar acerca de la infancia de Descartes. El único modo de comenzar es partiendo de antes del principio, con una intrincada genealogía que resulta muy esclarecedora. Les aseguro que el aficionado a los laberintos amará la genealogía de Descartes.

Una aclaración, sin embargo. Las próximas páginas son muy densas. Son necesarias para la biografía porque contienen todo lo que se sabe sobre los antecedentes de Descartes. Si lo desean, en cualquier caso, pueden limitarse a hojearlas. No quiero perder a mis lectores.

El 30 de octubre de 1543, en Châtellereault, Poitou, Francia, se firmó un contrato nupcial entre Pierre Descartes, de edad desconocida, y Claude Ferrand, que tenía once o doce años. Veinte años después, en diciembre de 1563, nació su único hijo (por lo que sabemos), Joachim. Joachim Descartes se casó con Jeanne Brochard el 15 de enero de 1589, y el 31 de marzo de 1596 nació el cuarto de sus cinco hijos, René Descartes, quien llegó a ser uno de los pensadores más importantes de todos los tiempos.

Pierre Descartes, abuelo de René, era hijo de Pierre Desquartes y Jeanne Poisson. Gilles Desquartes II, hermano de Pierre Desquartes, era tesorero de la catedral de Tours. Su padre era Gilles Desquartes I, quien había sido alcalde de Tours, y su madre era Marie Hubaille. Hasta allí se ha podido trazar el linaje de Descartes, y no conocemos otros familiares salvo estos pocos.

El suegro de Pierre Descartes trataba a su yerno como escudero, el rango más bajo de la nobleza, y escribía su apellido Desquartes, y luego en su forma latina, Deschartes. Los bisnietos de Pierre Descartes pretendían descender de Giles Descartes, un noble del siglo xv que se distinguió en sus servicios militares para la monarquía francesa. El apellido Descartes, sin embargo, es muy común —al menos tanto como cualquier encrucijada donde cuatro esquinas requieren un solo nombre— y no existen pruebas de que Pierre Descartes descendiera de aquel Giles del siglo xv. Adrien Baillet (en su biografía de Descartes publicada en 1691, mil páginas en dos volúmenes, aunque resulta tan valiosa como poco digna de crédito) declaró que Pierre Descartes remontaba su linaje sin interrupción hasta los tiempos de Carlos V, en el siglo xiv, para demostrar su nobleza ante el Tribunal de Hacienda de París, contra los

funcionarios de Châtellereault que trataban de cobrarle impuestos (la exención tributaria era un importante privilegio de la nobleza). Baillet citó las actas del Tribunal de Hacienda del 4 de septiembre de 1547, pero este documento no figura en los Archivos Nacionales. Y aunque Pierre Descartes se hubiera defendido de este modo, habría que confirmar que él fuera el abuelo de René, pues nadie ha podido corroborar tal parentesco.

Sea como fuere, no sabemos de ningún pariente paterno que haya desempeñado un papel en la vida de Descartes, lo cual es muy extraño, pues, como lo sabe cualquiera que eche un vistazo a las relaciones familiares en el siglo XVII, la gente conocía sus parentescos y linajes en todos sus detalles, y dependía de la ayuda y respaldo de sus familiares, incluidos los primos lejanos. El caso de la madrina de René Descartes ilustra que podía formarse parte de la red a pesar de la lejanía en el parentesco. Ella era esposa del primo de la abuela materna de René. Y los hijos de los Descartes heredaron dinero de la hermana del abuelo materno. Luego está Étienne Charlet —rector de La Flèche, la escuela donde estudió René Descartes—, de quien se asegura que se interesó en el joven porque eran parientes. Por la documentación de que disponemos, el parentesco más cercano que podía existir es un (hipotético) hermano de Radegonde Charlet, esposa de su tatarabuelo materno Jean Brochard. Un pariente bien lejano, sin duda.

Pierre Descartes era doctor en medicina, y el 30 de octubre de 1543 contrajo matrimonio con Claude Ferrand, hija de Jean Ferrand I, padre de nueve hijos y ex facultativo de la reina Leonor de Austria, esposa de Francisco I. En 1543 Jean Ferrand I practicaba cirugía en Châtellereault. Era esposo de Louise Rasseteau, hija de Pierre Rasseteau y de su mujer, Prégente Brochard. Aymé Brochard, hermano de Prégente Brochard, y protector de privilegios en la Universidad de Poitiers, era abuelo de Jeanne Brochard, madre de René Descartes. Así, la tatarabuela de René Descartes, Prégente Brochard, por línea de su abuela paterna, era hermana de su bisabuelo Aymé Brochard por línea de su abuela materna. Por eso Joachim Descartes, padre de René, tuvo que obtener una dispensa eclesiástica especial para desposar a Jeanne Brochard, ya que era su prima.

En la línea de Claude Ferrand Descartes, abuela paterna de René, su hermana Martine Ferrand desposó a Barthélemey de la Vau, quien era alcalde de Poitiers. Antoine Ferrand I, hermano de Claude Ferrand Descartes, era comisionado (un cargo policial) de Châtelet, en París, tal

como lo sería después su hijo Antoine Ferrand II. Su hermano Louis Ferrand y sus cuñados René Rapin, Pierre Bruneau y Antoine Desmons eran abogados en el Présidial (tribunales civil y penal) de Poitiers. Su hermano Michel Ferrand I —uno de los dos padrinos de René Descartes— fue comisionado general (juez) de Châtellereault desde la década de 1580 hasta su muerte en 1606. Michel Ferrand II, hijo de Michel Ferrand I, fue magistrado decano del Parlamento de París en 1646. Pierre Ferrand, hijo de Michel Ferrand II, fue tesorero de guerra en Poitou.

En la línea de Jeanne Brochard Descartes, madre de René, su padre (el abuelo materno de René Descartes) René Brochard I era comisionado general del Présidial de Poitiers. La hermana de su padre, también llamada Jeanne Brochard, estaba casada con Jean de Moulins, quien era jurista en el referido Présidial. Jeanne Brochard de Moulins legó propiedades a los tres hijos sobrevivientes del primer matrimonio de Joachim Descartes: Jeanne, Pierre y René. Claude Brochard, hermano de la madre de René Descartes, también era jurista en el Présidial de Poitiers. Otro hermano de la madre de René Descartes, René Brochard (el padrino de Descartes, de quien éste recibió su nombre), estuvo en París en 1614 como diputado del États Général (la asamblea de los tres estados —nobleza, clero y burguesía—, convocada por el rey). Fue la última asamblea de los Estados Generales celebrada en Francia hasta la Revolución francesa de 1789. Existían, pues, fuertes intereses republicanos en ambos lados de la familia de su madre, ya que su tío René Brochard II fue diputado en esa famosa asamblea de 1614 y su primo Michel Ferrand II fue decano del Parlamento de París en 1646.

Jeanne Sain Brochard, abuela materna de René Descartes, era viuda de René Brochard I. Su padre, Claude Sain, era mercader. Su hermano, Pierre Sain, era director de Hacienda en Châtellereault, al igual que Jean Sain, hijo de Pierre Sain, cuya esposa, Jeanne Proust Sain, era madrina de René Descartes. El hijo de ella, René Sain, era oficial financiero del ejército francés en Italia y falleció en Turín en 1623.

Así sumamos diecinueve parientes inmediatos (conocidos) de René Descartes que prestaban servicios al gobierno en puestos jurídicos, policiales o económicos. Más aún, en vida de René, su padre, su hermano Pierre, Joachim hijo de Pierre, François Rogier hijo de su hermana Jeanne, y su hermanastro Joachim II fueron letrados en el Parlamento de Bretaña.

Volvamos a la abuela materna de René Descartes, Claude Ferrand Descartes. Su abuelo paterno, Jacques Ferrand, era rector de la Universi-

dad de Poitiers en 1568. Su padre (el bisabuelo de René Descartes) Jean Ferrand I y su hermano, Jean Ferrand II (tío abuelo de René Descartes) eran médicos. Antes de 1547, Jean Ferrand I era (como hemos señalado) médico de la reina Leonor, segunda esposa de Francisco I de Austria. Jean Ferrand I era un cirujano especializado en los riñones y las vías urinarias, sobre todo en litotricia, esto es, la desintegración de cálculos biliares de la vejiga en fragmentos que pudieran evacuarse, un procedimiento doloroso por demás. Y peligroso. También practicaba la litotomía o, lo que es lo mismo, la incisión en la vejiga para eliminar cálculos. Cabe añadir que la anestesia consistía en la ingestión de alcohol. En 1570 Jean Ferrand I publicó en París *De la inflamación del riñón y los cálculos biliares* (en latín), un libro consistente en descripciones de muchas disecciones y autopsias que él practicó a sus pacientes difuntos. Allí cuenta que en 1566 diseccionó el cuerpo de su yerno Pierre Descartes (abuelo de René Descartes), quien había fallecido de grandes cálculos renales. La familia Ferrand reeditó el libro en 1601, cuando René Descartes tenía cinco años. Quizás el niño llegó a ver los cálculos del abuelo en la colección de su bisabuelo Ferrand y en su juventud, a buen seguro leyó el libro del bisabuelo.

Jean Ferrand II era aún más distinguido en medicina que su padre, pues el 10 de febrero de 1563 lo nombraron consejero y facultativo de la reina madre, Catalina de Médicis. Jean Ferrand II fue luego médico de Henri, duque de Montpensier de Châtellereault, a quien dedicaría su propia obra, *Un opúsculo sobre las fiebres* (publicado en 1601, en latín).

Pero no seguiré, aunque ni siquiera he enumerado todos los tíos conocidos de René Descartes. Ni sus muchos primos. Baillet sostenía que los grandes hombres, como los santos, no deben nada de su grandeza a los orígenes familiares, y que así ocurría en el caso de René Descartes. En realidad, resulta todo lo contrario, pues su familia estaba cuajada de pensadores, universitarios, abogados, médicos, cirujanos, letrados y jueces. Podemos afirmar que René Descartes aprendió la argumentación desde la cuna. Y su elección de la medicina durante los años maduros de su vida, como el estudio más importante para beneficio de la humanidad, incluso su lamentación de que nunca aprendió a curar una fiebre, viene del corazón (del riñón, cabría apuntar en su caso) de la familia. Lo cierto es que René Descartes provenía de una poderosa tradición familiar en derecho y medicina. En cuanto a su abuelo Pierre Descartes, era un doctor que debió de ser el asistente quirúrgico de Jean Ferrand I. Su

patrón o socio lo tenía en suficiente estima como para entregarle en matrimonio a su hija prepúber, Claude Ferrand. Como convenio nupcial, Pierre Descartes prometió a su esposa un ingreso de treinta libras anuales.* Quizá fuera una suma suficiente para vivir, pero también tan exigua como para indicar que Pierre Descartes no era rico. A su vez, su padre le fijó una dote de seiscientas *livres tournois* y un ajuar equivalente a otras cien (que era lo que en aquella época ganaba al año un cura de aldea; sirva de aclaración).

No sabemos cuándo se celebró la boda, pero en el contrato consta que tendría lugar cuando Claude Ferrand llegara a la pubertad, que legalmente era a los doce años, los cuales cumplió un par de años después de la firma del contrato.

El contrato nupcial se firmó el 30 de octubre de 1542, y su único hijo conocido, Joachim, nació el 2 de diciembre de 1563 en Châtellereault, cuando Claude tenía treinta y dos años. Es posible que hubiese otros hijos que no sobrevivieron. Pierre Descartes falleció en 1566, menos de tres años después del nacimiento del niño. Y Jean Ferrand I, padre de Claude Ferrand, falleció en 1569, cuando Joachim tenía seis años.

Busco la razón por la cual Joachim Descartes (padre de René) se diplomó en derecho y no en medicina, como su padre y su abuelo paterno. Quizá fuera porque estaban muertos y su tío Jean Ferrand II, doctor del rey de Polonia y luego de Catalina de Médicis, no estaba presente para alentarle a estudiar medicina. Sólo después, cuando Joachim hubo terminado sus estudios, Jean Ferrand II fue médico del duque de Châtellereault. Así que el niño Joachim Descartes, huérfano de padre a los tres años, y privado de su abuelo a los seis, quizá fue orientado en su educación por Michel Ferrand I, su tío materno y comisionado general de Châtellereault. Puede que fuera él quien envió a Joachim a estudiar derecho en la Universidad de París, donde Joachim se registró luego como jurisconsulto del Parlamento. Michel Ferrand I también habría ayudado a financiarle la compra de un puesto de letrado en el Parlamento de Breaña, el 14 de febrero de 1586, cuando Joachim Descartes contaba veintidós años.

* Se refiere a la *livre*, moneda francesa de uso corriente en el Antiguo Régimen, hasta el establecimiento del sistema métrico decimal en 1801. En este caso, se trata de la *livre tournois*, la acuñada en Tours, que sería moneda real a partir de Luis XIV; se diferenciaba por su valor de la *livre parisís*, la libra acuñada en París. (N. del T.)

Joachim Descartes y Jeanne Brochard se casaron el 15 de enero de 1589. Pierre, su primer hijo, nació el 19 de octubre de 1589, y pronto falleció. Jeanne, que sobrevivió, nació quizás en 1590. El tercer hijo, al que también se llamó Pierre, nació el 19 de octubre de 1591, y sobrevivió. René Descartes vino al mundo el 31 de marzo de 1596.

Descartes mismo confirmó esta fecha al declarar que no quería que figurase en el retrato que le dibujó Frans Schooten II en 1644, porque no deseaba que la gente la usara para hacerle horóscopos.

René Descartes nació en el hogar de la viuda Jeanne Sain Brochard, su abuela materna, en la aldea de La Haye, sobre la margen derecha del amplio río Creuse, en Turena. En 1578 ella se había separado de su marido René Brochard I para mudarse de Poitiers a La Haye. El padre de Descartes tenía treinta y dos años, y su madre unos treinta, cuando él nació. Recibió el bautismo cuatro días después en la iglesia católica de Saint-Georges, La Haye, y recibió ese sacramento de un cura llamado Grison. El bautismo está fechado el 3 de abril de 1596, según se infiere de la fecha de las anotaciones previas y posteriores.

San Jorge no era la parroquia que correspondía a la abuela de Descartes. Su iglesia, Notre Dame, se entregó a los protestantes en 1589, cuando se declaró a La Haye y a Châtellereault libres para profesar el culto protestante. Aún hoy día, en la iglesia de Saint-Georges, podemos sumergir los dedos en la pila donde bautizaron a Descartes. En cambio, la iglesia de Notre Dame está en ruinas. La página de las actas bautismales correspondiente a René Descartes está expuesta en la casa donde nació Descartes, convertida ahora en un museo. El día en que nació René Descartes, su padre no se hallaba en La Haye, sino que estaba cumpliendo su período anual de tres meses (febrero, marzo y abril) en el Parlamento de Bretaña, en Rennes. También se encontraba en Bretaña el año siguiente, cuando su esposa falleció el 13 de mayo de 1597 tras dar a luz en La Haye.

René Descartes tenía dos padrinos, como hemos señalado. Uno era su tío René Brochard II, hermano de su madre, y el otro era Michel Ferrand I, su tío abuelo, hermano de su abuela paterna. Tenía una madrina, la citada abuela materna Jeanne Proust Sain, esposa de Jean Sain, hijo de Pierre Sain, hermano de Claude Sain, padre de Jeanne Sain Brochard. Para el bautismo, el tío René Brochard II hubo de viajar desde Poitiers, a más de cien kilómetros, y su tío abuelo Michel Ferrand y su madrina Jeanne Proust Sain desde Châtellereault, a unos treinta kilómetros. El tiempo que se tardó en avisarlos y esperarlos ex-

plicaría por qué René Descartes recibió el bautismo cuatro días después de haber nacido.

Hay otra historia maravillosa para explicar esta demora: otra versión oficiosa cuenta que Descartes nació en una zanja junto a un campo, Pré-Fallot, cerca de la granja de La Sybillière, en Poitou, a medio camino entre Châtellereault y La Haye, mientras su madre se dirigía a la casa de su madre en La Haye. Después del parto, la madre de René estaba tan débil que debió descansar unos días, y luego siguieron viaje a La Haye, donde se le bautizó.

El problema de esta deliciosa anécdota es que no tiene otra base que los rumores. En 1804 y 1807 el abate Lalanne, historiador de Châtellereault, publicó otras versiones según las cuales René Descartes había nacido cerca de Châtellereault, aunque no especificó ningún lugar. En 1897, trescientos un años después del nacimiento de René, durante una disputa entre los de Châtellereault de Poitou y los de La Haye de Turena, Jules Duvau publicó la versión de Jules de Milan d'Astis, según la cual Descartes nació en una zanja a la vera de Pré-Fallot. (Pré-Fallot significa «Pastura de la Antorcha» o «Prado de la Linterna», un nombre muy sugestivo para el futuro filósofo de la luz.) Se supone que esta historia la fueron transmitiendo generación a generación los miembros de una familia que era dueña de La Sybillière desde 1582. En 1596 el propietario era Jacques Bonenfant I, cuyo hijo Jacques Bonenfant II era alcalde de Châtellereault en 1596 y, así, habría sido amigo de la familia Descartes y sobre todo de Michel Ferrand I, tío abuelo del recién nacido.

Más aún, se comenta que el campo Pré-Fallot estaba entre las parcelas pertenecientes a la abuela Brochard y a su cuñada Jean Brochard de Moulins, de quien René Descartes heredó Le Perron, de donde tomó el título de señor del Perron. Como señalaba Jean-Henri Roy, historiador de la familia Descartes en Châtellereault, ésta es una curiosa coincidencia.

Yo he visto la zanja.

—Éste es el lugar —me explicó el señor Duhesme, dueño de la propiedad en 1988.

—Pero usted afirma que esta granja, La Sybillière, perteneció a la familia Descartes —objeté—. Si Descartes nació aquí, sin duda llevaron a su madre a la casa.

El señor Duhesme se empeñaba en dar la espalda a la casa, que se hallaba a cien metros.

—Lo que dice no carece de razón —alegó—, claro que estas cosas pasan cuando deben pasar.

Regresamos a la finca.

—Desde luego trataban de llegar a la casa —concedió mi interlocutor, al tiempo que sacaba su carpeta Descartes. Luego suspiró y exhibió sus fotocopias.

Pat y yo habíamos recorrido varias fincas que habían pertenecido a los Descartes. La familia había poseído por lo menos catorce granjas en las inmediaciones de Châtellereault, y tratábamos de absorber la atmósfera del lugar. Cada propietario actual conocía la historia de su granja y, con frecuencia, tenía una carpeta Descartes.

—Quizá lograron llegar —reconoció al fin el señor Duhesme—. Puede que Descartes naciese aquí, en esta misma cocina.

Mi acompañante se acomodó en su asiento y saludó con la cabeza a su esposa, que se disponía a servir el té.

Ahora es una cocina moderna; la han reformado no hace mucho, como las habitaciones que circundan el patio, un refugio para las familias del señor y la señora Duhesme, y sus dos hijos. Pero las paredes y pisos de piedra eran los mismos. Mi anfitrión hojeó las fotocopias. Hace tiempo que los estudiosos notaron que Descartes había adoptado el nombre Du Perron, por otra granja de la familia Descartes en Poitou. En 1618, en Breda, Isaac Beeckman lo conoció como oriundo de Poitou, y en 1630 Descartes firmó como nativo de Poitou en la Universidad de Leiden.

Todas las granjas de los Descartes estaban en Poitou. La aldea de La Haye está en Turena, en la otra margen del río Creuse. Aunque Descartes escribiera que se crió en los jardines de Turena —lo cual es cierto en la medida en que su abuela Brochard lo cuidó allí durante su primera infancia—, era un hombre de Poitou, según la conclusión del señor Duhesme.

Cuando Pat y yo nos marchábamos, el señor Duhesme nos hizo prometer que en 1996 asistiríamos a su celebración del cuarto centenario del nacimiento de Descartes, en La Sybillière.

—Nuestra celebración rivalizará con la de La Haye. Aquí nos reuniremos en la auténtica cuna de Descartes —apostilló, señalando la zanja con la barbilla—. No en ese museo de La Haye.

Se negaba a llamar Descartes a la aldea, el nombre que hacía poco habían adoptado los notables del ayuntamiento.

Aseguramos al señor Duhesme que asistiríamos a la celebración. Por desgracia, problemas de salud le impidieron organizarla. De modo que el festejo patrocinado por el Ayuntamiento de La Haye prevaleció.



La casa de Châtellerault donde Descartes se crió junto a su tío abuelo, Michel Ferrand
Fotografía de Jean-Henri Roy

Lo cierto es que ningún antepasado de los vecinos de La Sybillière legó a sus descendientes ninguna anécdota acerca del nacimiento de Descartes en un campo cercano. Más aún, el abuelo y el padre de Jules de Milan d'Astis, quien refirió la historia en 1897, no comentaron nada al respecto en 1802, ni tampoco en 1849 o en 1852, cuando los funcionarios de La Haye erigieron estatuas de Descartes para reclamarlo como hijo nativo. Parece claro que por atractiva que resulte la anécdota del gran filósofo nacido en una zanja, no existe la menor evidencia para sustentarla (Barbier, 1898, 777-788).

Una de las primeras cosas que le sucedió a Descartes después de su nacimiento fue que lo fajaron con pañales, que entonces eran largas bandas de tela para sujetar los brazos a los costados y mantener rectas las piernas. Se pensaba que en caso contrario las extremidades del niño crecerían torcidas. A veces se añadían tablas para mantener erecta la espalda y argollas de hierro para sostener erguida la cabeza, la cual también se

envolvía en tela. Así, amarrados como gavillas de leños, los bebés eran fáciles de trasladar y colgar de garfios de las paredes.

En el siglo XVII, los brazos del bebé se liberaban al cabo de uno a cuatro meses, pero el resto del cuerpo permanecía sujeto de seis a nueve meses. La opinión popular sostiene que los bebés lloran menos y duermen más cuando están envueltos. Pero la explicación, aparte de la necesidad de obligar a que las extremidades crezcan derechas, es que de lo contrario patean, se lastiman la nariz y los oídos, y se dislocan las articulaciones, por falta de coordinación. Se fajaba a los bebés, pues, para su propia protección y desarrollo, no para comodidad de padres y nodrizas.

También es posible que a René Descartes le cortaran los tejidos conectivos de abajo de la lengua. Se pensaba que una lengua demasiado pegada obstaculizaba la succión. Con frecuencia se cortaba el ligamento con tijeras, o bien la nodriza lo hacía con las uñas.

Pues Descartes sin duda tuvo nodriza. En la realeza, en la burguesía a la que pertenecían los Descartes e incluso entre los relativamente pobres, era costumbre casi universal entregar los bebés a una nodriza justo después del nacimiento, por un período de dieciocho a veinticuatro meses al menos, esto es, hasta que se destetaba al niño. La nodriza pasaba a formar parte de la familia entre los más pudientes, pero la mayoría de casos eran los bebés los que se iban a vivir con la nodriza. Muchas de ellas eran pobres y estaban mal alimentadas y agobiadas por sus propios hijos, o por los hijos de otros. En definitiva, sucedía a menudo que, como para producir leche se requiere tener un hijo, el propio sufría hambre y descuido, y a veces fallecía cuando su mal nutrida madre se ofrecía como nodriza. A fines del siglo XVI, cuando nació René Descartes, no sólo se aceptaba de forma tácita el infanticidio, sino que incluso era común. La mortalidad infantil oscilaba entre el veinticinco y el cincuenta por ciento, según el grado de pobreza, enfermedad, carestía y otras calamidades. Es más que probable que se produjese al menos un deceso por cada nodriza.

Con frecuencia el niño muerto era el hijo de sus clientes, pues no siempre las nodrizas eran cuidadosas y de fiar. Si una familia quería deshacerse de una hija no deseada —las estadísticas, que muestran que la supervivencia de los varones era más elevada que la de las niñas, más allá de la norma biológica, sugieren la realidad del infanticidio femenino—, entregaba a la chiquilla a una nodriza conocida por su ineptitud para mantener a los niños con vida.

Aunque la propia madre amamantara a sus hijos, contrataba a un

ama de cría si quedaba encinta al poco tiempo. La madre de Descartes se quedó embarazada cuatro meses después del nacimiento de René, y falleció trece meses más tarde. El hecho de que Descartes sobreviviese en tales circunstancias nos garantiza que tuvo una nodriza, que, por lo que sabemos, lo destetó de golpe al cabo de un par de años. Se untaban los senos con mostaza para desalentar la succión, pero además los niños de esa edad ya tenían edad suficiente para hablar y entender razones. Lloyd de Mause cita el diario de Héroard sobre la infancia de Luis XIII, según el cual la nodriza anunció a Isabel, su hermana menor: «Madame, no os amamantaré más. Debéis ser destetada.» A lo cual Isabel respondió: «Adiós, querido pecho. Ya no me darás de mamar.»

Descartes escribió que era enfermizo. Podemos encontrar testimonios acerca de sus tratamientos en los diarios concernientes a la infancia y juventud de Luis XIII, referidos por su doctor Jean Héroard. El futuro rey nació en 1601, así que era cinco años menor que Descartes, casi su coetáneo. Él también era enfermizo en su infancia y recibió purgas, supositorios y enemas casi todos los días de su niñez. Estos métodos eran comunes para purgar a los niños —se pensaba que la comida se pudría dentro de ellos— y René Descartes debió de haber recibido su dosis.

Otra teoría popular sostenía que la infancia era una enfermedad. Así, los niños siempre estaban enfermos porque sus humores se encontraban desequilibrados. Según Hipócrates y Galeno, había cuatro humores o fluidos en el cuerpo, relacionados con los cuatro elementos: atrabilis-tierra, sangre-aire, bilis-fuego y flegma-agua. Cuando estos cuatro fluidos estaban en equilibrio, las personas gozaban de buena salud; de lo contrario, no. La sangre es caliente y húmeda, mientras que la atrabilis es fría y seca. Si un bebé tenía fiebre era porque le sobraba sangre y la solución era sangrarlo. Cuando estaba colérico era porque tenía demasiada atrabilis y se hacía preciso darle calor y alimentos que produjesen más sangre. Para un pecho débil y una tez pálida, a Descartes le habrían suministrado jarabe de marrubio, violeta y culantrillo. Se recetaba leche, en este orden de preferencia por su calidad: de mujer, de burra, de cabra y de vaca. Se aconsejaba no sobrealimentar a los niños e, incluso, se consideraba sano que pasasen un poco de hambre para aumentar su resistencia. También se pensaba que los baños fríos eran beneficiosos. Y los niños recibían azotainas. Los franceses eran campeones mundiales en zurras. Ni siquiera el futuro rey se libraba. Se dice que el joven Luis XIII declaró el día de su coronación, a los ocho años: «Preferiría prescindir de tantas reverencias y honores con tal de que no me hubieran azotado.»

Se pensaba que los niños eran animalillos que ejercían poco control sobre sus funciones corporales y sus deseos instintivos, pues siempre buscaban la satisfacción instantánea a expensas de todo lo demás. No eran humanos de verdad hasta alcanzar la edad de la razón, que Pascal situaba a los veinte años. El desdén de Descartes por lo que había aprendido en su niñez congenia con las ideas de su tiempo. El cardenal Bérulle, por ejemplo, refería que «el estado de la infancia es el estado humano más ruin y abyecto, aparte de la muerte». San Francisco de Sales observaba que «durante la infancia somos como bestias privadas de razón, discurso y juicio». La Bruyère declaró que los niños poseen todos los defectos de un adulto, pero sin la templanza de la razón. Como bestias, sólo reconocen la fuerza. Bossuet añadió que habría borrado su infancia de haber podido.

La conducta animal que más irritaba a la gente era que los chiquillos, si estaban sueltos, correteaban a cuatro patas como perros y cerdos. Para impedirlo, los ponían en andadores mucho antes de que fueran capaces de sostenerse, para que, de este modo, estuvieran en posición erguida y con sólo dos pies en el suelo, como seres humanos. Tanto la alimentación deficiente como el andar prematuro provocaban una atrofia del crecimiento y piernas zambas.

Comenius declaró que los niños eran inocentes, aunque débiles y sensibles a las malas influencias mundanas. En tiempos de la infancia de Descartes, esta noción moderna de los niños como seres inocentes pero necesitados de control y entrenamiento comenzó a imponerse sobre la noción de los niños como bestias. Aunque —nótese— esta última hipótesis congenia mejor con la doctrina cristiana del pecado original que la noción de que los niños son inocentes.

Las sillas con orinal incorporado no eran inusuales, pero no se enseñaba a los niños a controlar los esfínteres hasta los tres o cuatro años. Los pañales sucios y las fajas provocaban erupciones constantes que se trataban con vinagre, vino y agua de rosas. Y, como todos, tenían pulgas y chinches. En cuanto a defecar y orinar una vez que los liberaban de sus amarras (entiéndase la frase de modo literal, porque cuando les quitaban las fajas, les cosían cordeles a la ropa y los sujetaban a la nodriza o la madre hasta que pudieran apañárselas por su cuenta), correteaban en vestidos y delantales de espalda abierta. Esto resolvía el problema de los pañales húmedos y sucios. En una época en que los cortesanos hacían sus necesidades en los rincones y rellanos de la corte y el castillo, y en que los animales de granja tenían acceso a la planta baja de los mismos edifi-

cios en los que la gente vivía, estos críos que no controlaban sus necesidades no provocaban mayor desazón. Nuestro héroe René no era un campesino ni un príncipe, pero el futuro rey no gastaba fondillos, y René tampoco. Si lo enviaron a casa de una nodriza campesina, entonces correteaba con otros chiquillos tan incontinentes como gallinas.

Caso que la crianza de Descartes se atuviera a las normas convencionales, no sólo debieron de zurrarlo con severidad en más de una ocasión cuando era niño, sino que a buen seguro admiraron y acariciaron su pene tanto su madre y su nodriza, como los niños mayores y las criadas, y también sus parientes adultos. Cuando Luis XIII era pequeño, solían felicitarlo por el tamaño de su miembro viril, una circunstancia que —según algunos historiadores— contribuyó a su aparente incapacidad para concebir un heredero hasta muy tarde.

No era una época mojigata, de modo que muchos niños dormían en la misma cama donde sus progenitores hacían más bebés. Con frecuencia los críos descansaban arracimados en el mismo lecho. Quizá no fuera éste el caso en el hogar de los Descartes, pero cuando menos seguro que, como la inmensa mayoría de los niños, ocupó la misma alcoba que sus padres. Si Descartes no poseía buenos conocimientos sobre sexualidad cuando ingresó en la escuela de La Flèche a los diez años, sin duda sus compañeros no tardaron en instruirlo. Los alumnos no estaban separados por edad sino por nivel, así que los estudiantes de ocho y dieciocho años podían compartir el mismo banco y asistir al mismo curso. En una época en que los varones realizaban trabajos de hombres a los diez u once años, y las niñas se casaban a los doce o catorce, la edad adulta llegaba temprano para la mayoría de la gente (aunque no para Pascal).

Lo más que podemos deducir de los comentarios de Descartes acerca de su infancia y de su madre, y de la falta de comentarios acerca de su padre, es que quizá se considerase privado de algo, y que después de su primera infancia se crió en una casa donde los libros eran comunes.

Esto nos lleva a preguntarnos dónde pasó su infancia René Descartes. Tres años después del fallecimiento de su madre en 1597, su padre se casó con Anne Morin en Rennes. Así, añadió otro hombre de leyes a la familia. Jean Morin, padre de Anne Morin, era primer presidente de la *Chambre des Comptes* (el tribunal de cuentas o erario) de Nantes. Joachim se había casado por segunda vez. A principios de 1601, la asistencia obligatoria de Joachim Descartes al Parlamento de Rennes se duplicó y pasó de tres a seis meses por año. Pero él no se instaló en Rennes hasta 1610. En consecuencia, desde la época en que murió la madre de René Des-

cartes, cuando él tenía trece meses, hasta que lo enviaron al Colegio Real de La Flèche en 1606, cuando tenía diez, puede que viviera un mínimo de seis meses por año con uno de sus parientes.

La tradición sostiene que los tres niños, o al menos Jeanne y René, se criaron con la abuela Brochard y con una nodriza en La Haye. Quizá sea cierto en el caso de Jeanne, quien figura como madrina en La Haye nueve veces entre el 26 de diciembre de 1598 y el 3 de junio de 1609, en diversas fechas que sugieren que vivía allí todo el año. Pierre figura como padrino dos veces en La Haye —octubre de 1598 y enero de 1599—, lo cual hace pensar que no estuvo en La Haye después de cumplir los siete años, sino quizás en Châtellereault, bajo la tutoría de su tío abuelo Michel Ferrand I. René Descartes no está registrado en La Haye como padrino, pero sí en Châtellereault, en agosto de 1599 (sólo tenía tres años). Por su parte, su hermano Pierre está registrado en Châtellereault en seis ocasiones entre 1600 y 1602. No hay documentos que testimonien su presencia en La Haye, salvo el acta bautismal.

Cuando la madre de René falleció en 1597 y su padre inició su desplazamiento hacia Bretaña, el jefe de familia más cercano en la zona, y en la línea paterna, era su padrino Michel Ferrand I, hermano de la abuela Descartes de Châtellereault. La elección lógica del tutor de los dos niños (la niña no importaba) no apuntaba a la abuela Brochard, sola en La Haye, sino al tío abuelo Michel Ferrand I, que vivía en el pueblo de su padre, secundado por la abuela Descartes; es probable que ambos vivieran en el hogar familiar de los Ferrand.

Este razonamiento se aplica con mayor fuerza al primogénito Pierre que al *cadet* (segundogénito) René. Sin duda Joachim Descartes prestaba más atención a Pierre, hijo mayor y heredero, que a René.

La mejor prueba de que fue la abuela Blochard la que crió a los niños en La Haye la constituye una carta que uno de ellos escribió desde La Flèche y que contiene el saludo «querida mamá». Algunos estudiosos sostienen que es de René, pero no cuesta identificar que la firma pertenecía a Pierre. El remitente comentaba que su hermano gozaba de buena salud.

Aunque René Descartes se hubiera criado en La Haye, en casa de la abuela Brochard o de una nodriza campesina, es probable que viviera en Châtellereault después de los cuatro o cinco años.

Por lo demás, La Haye no era una localidad apartada. Conocida como Haya en tiempos romanos, se hallaba en una carretera importante. El navegable río Creuse es afluente del Vienne, que desemboca a su vez en

el Loira, una importante vía fluvial. La Haye presenció varias batallas durante las guerras religiosas, aunque protestantes y católicos se llevaban bien en la ciudad. Los hugonotes ocuparon Châtellereault y La Haye en 1569. Y en 1587 arrasó La Haye el ejército protestante de Enrique de Navarra, quien se convirtió al catolicismo y en 1589 ascendió al trono de Francia como Enrique IV. El 23 de marzo de 1589, Châtellereault y La Haye quedaron en libertad de practicar el culto protestante mediante la ordenanza promulgada por Enrique IV. Como ya hemos señalado, la iglesia de Notre Dame de La Haye, en la parroquia donde nació Descartes, se cedió a los protestantes.

También he referido ya que en 1641, en Holanda, cuando Jacob Revius lo exhortó a convertirse al protestantismo, Descartes respondió que él era de la religión de su rey y su nodriza. Su rey, el rey de su juventud, era Enrique IV, ex monarca protestante de Navarra, quien aportó la propiedad para el Colegio Real de La Flèche, donde estudió Descartes. Descartes presenció la sepultura del corazón de Enrique IV en la capilla de La Flèche en 1610. Cuando Enrique de Navarra se convirtió en 1595 para ocupar el trono como Enrique IV, se difundió la apropiada anécdota de que había comentado en tono jocoso que París bien valía una misa. También era el político maestro que prometió a su pueblo una gallina en cada olla. El rey de Descartes era un protestante que se había convertido por oportunismo. En 1610, Enrique IV usaba un traje de seda verde y era conocido como el Gallardo Guerrero Verde. Cuando Descartes zarpó rumbo a Suecia en 1649, vestía un traje de seda de igual color, como los que estaban de moda en tiempos del referido monarca.

En cuanto a la nodriza de Descartes, fuera en La Haye o en Châtellereault, es muy posible que en 1596 profesara la fe protestante. Dado que Descartes nació y pasó su infancia en ciudades protestantes libres, y la mayor parte de su vida en ejércitos, comarcas y cortes protestantes, cabe preguntarse si él lo era, o si, al menos, simpatizaba con esta creencia religiosa. La chanza acerca del rey y la nodriza es muy atinada. Me cuesta creer que Descartes no fuera consciente de ello.

Muchos de los mejores amigos de Descartes eran protestantes y es obvio que él profesaba marcada simpatía por los protestantes. Sus amigos católicos de Francia no compartían esta actitud. Pero en su infancia Descartes se habituó a la idea de que los protestantes son muy parecidos a todos los demás. Quizá la chiquilla bizca también lo fuera. En cualquier caso, lo más probable es que Descartes heredara esta tolerancia de su tío abuelo Michel Ferrand I.



Michel Ferrand (1568-1610),
tío abuelo materno y padrino de Descartes
Fotografía de Jean-Henri Roy (de un grabado)

En 1597, cientos de protestantes de toda Francia se reunieron con los representantes del rey en Châtellereault para elaborar las estipulaciones de lo que se conocería como el Edicto de Nantes, ratificado por Enrique IV el 13 de abril de 1589. Este edicto brindaba grandes libertades y protección a los protestantes en Francia. Michel Ferrand I, el tío abuelo de Descartes, era consejero del rey y comisionado general de Châtellereault en 1589, cuando se designó a Châtellereault y a La Haye ciudades libres donde los protestantes podían practicar su religión. Ocupaba esos puestos durante las negociaciones realizadas en Châtellereault en 1589 y también cuando los protestantes de toda Francia se reunieron de nuevo allí en 1605 para denunciar el trato que les infligían los católicos y exigir más garantías. El protestante Sully, primer ministro del rey, presidía las deliberaciones relacionadas con el Edicto de Nantes, pero el tío abuelo de Descartes, máximo funcionario de los tribunales reales de Châtellereault, debió de intervenir en las tres negociaciones.

Barbier, que escribió una historia de Poitou en 1897, observó que Michel Ferrand I era un celoso católico que oponía una resistencia firme a la causa protestante en Châtellereault. Barbier no aclaró cómo lo supo.

Quizá le incomodara que Michel Ferrand I hubiera trabajado con los protestantes en 1589, 1597 y 1605. Se trataba del tío abuelo de René Descartes, quien a buen seguro lo crió. Es posible que Barbier deslizase ese comentario para proteger la reputación de Descartes como buen católico, como hizo con frecuencia Baillet en su piadosa biografía. Parece igualmente probable que, como comisionado general de una de las principales localidades de una región donde los protestantes y los católicos habían convivido de manera pacífica desde mucho antes de 1589, el tío abuelo de Descartes mostrase cierta tolerancia para con los protestantes, al menos por pragmatismo profesional. Había más protestantes en Poitou que en cualquier otra provincia, y hacia 1630 sumaban alrededor de novecientos mil.

En 1597, René Descartes sólo tenía un año, pero en 1605 contaba nueve. Si estaba viviendo en el hogar de su abuela paterna y su tío abuelo en Châtellereault, sin duda presencié y compartió el alboroto causado por la reunión de tantos protestantes en la ciudad. Caso de no haber oído a su tío abuelo hablar de este asunto, debió de haber escuchado chismes de su tutor, sus criados, primos y amigos.

Las abuelas, los tíos y las tías de Descartes poseían casas en La Haye, Châtellereault y Poitiers, catorce granjas, y otros terrenos en las inmediaciones de Châtellereault. Las granjas se encuentran en ondulantes colinas salpicadas de robledales y pinares, con ríos a poca distancia. Pat y yo caminamos desde Châtellereault hasta todas ellas, como Descartes hizo, quizás, en su juventud. Estas tierras son fértiles para el trigo y ofrecen buenas pasturas para el ganado ovino y el vacuno. Cuando seguimos el rastro de Descartes por los dieciocho sitios donde vivió en los Países Bajos, Pat y yo notamos con asombro que Descartes residió casi siempre en dunas de arena o colinas bajas y ondulantes que evocaban, aunque en pequeño, el paisaje de su juventud.

Supongamos que Descartes se crió en La Haye rural hasta que lo mandaron a la escuela. Los niños hacían muchas cosas para divertirse en la aldea. Nadaban y pescaban en el río, y remaban con los botes de quienes les daban permiso. Cazaban liebres con varas y con los perros de los alrededores, y movían el heno y pinchaban los graneros para ahuyentar ratas y ratones, para que los pillaran los gatos. Mataban pájaros con hondas y piedras. En primavera buscaban nidos de aves y se internaban a la carrera en los campos, tanto en la época de la cosecha como cuando se preparaba el heno. Iban en pos de un viejo jamelgo que pudieran atrapar y cabalgaban de a tres por vez. Vigilaban las vacas y fastidiaban a las

criadas, y rascaban al cerdo de la familia detrás de las orejas hasta que gruñía de contento. Alzaban sartenes para recibir la sangre de ese mismo cerdo cuando lo colgaban y lo degollaban.

En La Haye lo más maravilloso era explorar los pasajes subterráneos que se extendían bajo una gran parte de la ciudad, desde las ruinas del viejo castillo hasta la orilla del río. Esta red consistía en casi un kilómetro de túneles de tres metros de altura, con entradas en suave declive y una anchura suficiente para que pudiera pasar una yunta de caballos con un carruaje. La roca cavada se usaba para construir fortificaciones y el sistema estaba diseñado para almacenar municiones y bastimentos, y para brindar protección y rutas de escape durante un sitio. Muchas de las casas más antiguas de La Haye estaban conectadas con esta red, algunos de cuyos pasajes todavía hoy son accesibles. Uno de ellos corre bajo la calle, justo frente a la casa donde nació Descartes. Es un notable conjunto de túneles, garantizado para causar el entusiasmo de todos los chiquillos y, también, el de este viejo explorador de cavernas.

Más tarde, Villebressieu, buen amigo de Descartes, inventó abrazaderas de mano para trepar con cuerda y un dispositivo de doble espiral para descender por una soga en *rappel*, los cuales (modificados y mejorados) son indispensables para los espeleólogos modernos.

«Yo tenía en gran estima la elocuencia, y amaba la poesía», observó Descartes en el *Discurso*. Parecen ser las palabras y sentimientos de alguien que aprendió a leer a temprana edad y se extravió en el mundo de los libros. El posterior desprecio de Descartes por la historia y su falsa afirmación de que no leía libros obedecían a su declarada necesidad de dejar de lado todo su aprendizaje anterior para abrirse un camino propio en el mundo de las ideas. ¿Un niño menudo, pálido, delgado y enfermizo leyendo libros en la biblioteca de su tío abuelo? Resulta muy creíble.

Se ocultó con un libro bajo la mesa de la biblioteca para escapar de Pierre, su hermano mayor, quien lo hostigaba. Todos los hermanos mayores hacían la vida imposible a sus *cadets* o hermanos menores, quienes debían ser sus criados. Más adelante, Descartes nunca manifestó el menor afecto por su hermano mayor. A decir verdad, lo detestaba y desconfiaba de él, y no sin razones. Por otra parte, Pierre tenía excelentes motivos para desdefñar, descuidar y despreciar a su inestable hermano menor René, quien malgastaba su herencia con sus pretensiones de filósofo, en vez de incrementar la fortuna familiar.

En 1600, Joachim Descartes se casó con Anne Morin, cuyo padre

era primer presidente de la Hacienda de Nantes. Su hijo Joachim II nació en 1601. Nótese que, en lo concerniente a la herencia, René, segundogénito del primer matrimonio, quedó relegado al tercer lugar a causa del nacimiento de Joachim II, primer hijo del segundo matrimonio. (El primogénito de su hermano Pierre también recibió el nombre de Joachim. El soltero Descartes quedaba descalificado en esas apuestas.) Luego el hermanastro de René, Claude, recibió el bautismo en 1604 en la aldea de Oyré, donde Joachim tenía propiedades familiares cerca de Châtellereault. Ese niño falleció, al igual que otro, François, bautizado en Chavagne, cerca de Nantes, en 1609. En 1610, Joachim Descartes se mudó a la casa de Rennes, y una hija que sobrevivió, Anne, se bautizó allí en 1611.

Y ahora está preparado el escenario. René Descartes nació en 1596.

En 1597, Jacobo I de Inglaterra publicó su *Demonología*, en la cual aboga por quemar a todas las brujas en la hoguera, y el rey creía que eran muchas.

En 1598, se firmó el Edicto de Nantes —negociado en Châtellereault, sede de la familia Descartes—, que brindaba libertad y protección a los protestantes en Francia. Pero aún más auspiciosa para Descartes fue la reforma en matemática ese mismo año, con la cual se introdujeron los números arábigos con sistema decimal para reemplazar el engorroso sistema de números romanos. Este sencillo cambio de notación allanó el camino para una explosión en innovaciones matemáticas. En pocas palabras, encendió el fuego cartesiano.

En 1599, Feullant publicó su síntesis de filosofía escolástica, que Descartes luego estudió.

1600: Giordano Bruno muere en la hoguera, en Roma, por profesar un panteísmo naturalista y respaldar la herética tesis copernicana de que la Tierra gira alrededor del Sol. Enrique IV desposa a María de Médicis.

1601: Fallece el gran astrónomo Tycho Brahe. Nace Hector-Pierre Chanut, futuro embajador francés en Suecia, que llevaría allí a Descartes. También nace Luis XIII.

1602: Se constituye la Compañía Holandesa de las Indias Orientales, en la cual quizás invirtieron Descartes o sus banqueros.

1603: Enrique IV llama a los jesuitas, a quienes había expulsado en 1594 cuando uno de sus estudiantes atentó contra su vida, y les cede el castillo de La Flèche, donde sus progenitores lo habían concebido.

1604: Los jesuitas fundan el Colegio Real de La Flèche, la escuela en la que estudiaría René Descartes. Ese mismo año el padre Louis Ri-

cheome publica ese *best seller* inmortal, *El peregrino de Loreto*, que más tarde quizá dio a Descartes la idea de realizar él mismo esa peregrinación.

1605: Los protestantes vuelven a reunirse en Châtellereault para presentar sus quejas. Francis Bacon publica *El avance del saber* y Cervantes publica *Don Quijote de la Mancha*, donde parodia la novela favorita de Descartes, *Amadís de Gaula*.

1606: René Descartes tiene diez años. Después de Semana Santa, lo envían a iniciar sus estudios en el Colegio Real de La Flèche. Para él, este año marca el fin de su infancia.

CAPÍTULO DOS

El estudiante

ES LA MEJOR ESCUELA DE FRANCIA

En 1606 René Descartes tenía diez años. Pierre, su hermano mayor, que contaba quince, había estudiado en el Colegio Real de La Flèche desde que se inauguró en 1604. Su padre, su madrastra y su hermanastro Joachim II, de cuatro años, iban y venían; seis meses en Rennes, seis en Châtellereault; un ritmo al que el niño estaba acostumbrado desde que tenía memoria. Pero ése había de ser un año de muerte y cambio. En primer lugar, falleció su tío abuelo Michel Ferrand I y, después, la abuela Brochard. Es posible que estuviesen enfermos durante algún tiempo y él los viese guardar cama, recostados sobre un almohadón con gorras blancas en la cabeza. Dondequiera que viviese entonces Descartes, ya en Châtellereault con su tío abuelo, ya en La Haye, fue el fin de una época. Qué más daba. Había llegado el momento de que el segundo hijo de un parlamentario abandonara el hogar para realizar sus estudios. La tradición sostiene que, dada su mala salud, no lo mandaron a la escuela durante el crudo invierno. Sólo después de Semana Santa lo enviaron a La Flèche, a más de cien kilómetros de su hogar. Enrique IV había donado a los jesuitas el castillo donde lo habían concebido para que hicieran un colegio. También había brindado los medios para incluir docentes que no fueran jesuitas: cuatro profesores de jurisprudencia, cuatro de ingeniería y dos de anatomía y medicina. Sería la mejor escuela del reino. Al año de su inauguración, la escuela contaba con mil doscientos alumnos.

Los estudiantes sólo tenían una semana de vacaciones por año, pero más de cincuenta festividades religiosas. Pierre Descartes fue a casa para la Semana Santa de 1606 y a su regreso René lo acompañó a la escuela.

También en ese año, un pariente lejano, el padre Charlet, aceptó un puesto en La Flèche y al siguiente ascendió a rector. En una carta del 9 de febrero de 1645, Descartes escribía al padre Charlet: «Vos que tomasteis el lugar de mi padre durante mi infancia»; y también: «Vos a quien yo consideraba mi padre.» Aunque teniendo en cuenta las relaciones de Descartes con su padre, quizá la frase no signifique demasiado.

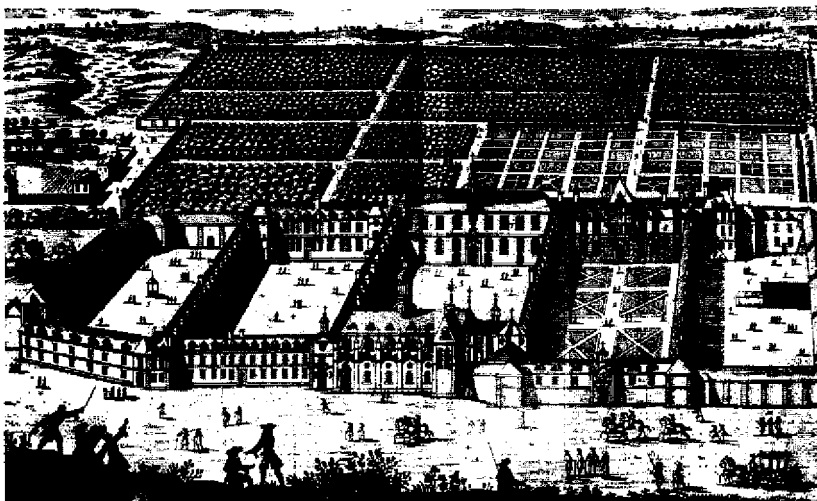
Había una manera convencional de enviar a un hijo a la escuela. Esto es, el padre lo encomendaba a un amigo que iba en esa dirección. En el momento de separarse, el tutor lo entregaba a alguien que también llevaba el mismo camino, y así sucesivamente, hasta que el joven llegaba a destino. Era al menos tan seguro como enviar a un niño solo en un avión en la actualidad. Había diligencias, pero La Flèche estaba a contramano de la carretera principal de Châtellereault (que conducía a París).

Por otra parte, es posible que los hermanos fueran de Châtellereault a La Flèche a caballo. En el mismo caballo. Con discusiones. A buen seguro, Pierre siempre cabalgaba delante, con René aferrado detrás, porque ése era el lugar del *cadet*. El hermano menor secundaba y servía al primogénito. René y Pierre nunca se llevaron bien, quizá porque a René no le gustaba rendir pleitesía a su hermano.

O puede que los jóvenes tomaran una embarcación para navegar por el Vienne hasta el Creuse y el Loira, llegaran a Angers y, luego, remontaron el Loir hasta La Flèche. Pero lo más probable es que caminaran con un grupo de estudiantes que se dirigía a La Flèche. Sea cual fuese el medio de transporte, un trayecto de cien kilómetros era toda una aventura.

En 1606 René y Pierre se alojaron en una casa de La Flèche, pues los dormitorios del colegio sólo se completaron en 1609 y los pocos estudiantes que lograban alojarse en el castillo pertenecían a familias de abo-lengo. El colegio ocupaba casas enteras; los niños formaban grupos y jóvenes sacerdotes vivían con ellos para mantener el orden.

Venían de todo el Reino. A fines de 1604 había quinientos hijos de barones, condes, marqueses, duques, lores y caballeros, y otros setecientos alumnos que eran hijos de humildes escuderos como Joachim Descartes, e incluso de campesinos, pues la educación era gratuita y se admitía a todo aquel que pudiera aprobar los exámenes. Los jesuitas ofrecían trabajo en la cocina a los estudiantes pobres, les daban comida e incluso dinero. Jean Tarin, quien llegó descalzo con sólo una camisa puesta, un saco de nueces y unos mendrugos de pan, llegaría a ser rector de la Universidad de París.



El Colegio Real de La Flèche hacia 1610

Bibliothèque Nationale de France

La política educativa jesuita consistía en tratar a todos los estudiantes por igual, al margen de su origen familiar. En una carta del 12 de septiembre de 1638 a un corresponsal desconocido, Descartes afirmaba que los trataban «casi por igual», y consideraba que este igualitarismo cosmopolita era una de las ventajas por las cuales cabía recomendar La Flèche como la mejor escuela a la que su corresponsal podía enviar a su hijo.

Baillet y otros dieron lugar a varios mitos acerca de los años de Descartes en La Flèche, entre ellos el de que su lejano pariente, el padre Étienne Charlet, quien fue rector del colegio de 1607 a 1615, permitía que el delicado y precoz René permaneciera en la cama hasta las once de la mañana en su habitación privada y que asistiera a clase a su antojo. Esto está tan reñido con los severos principios educativos de los jesuitas —levantarse a las cinco, asearse e ir al baño en quince minutos, etcétera— que resulta del todo increíble. Por el contrario, el padre Charlet se habría cerciorado de que se tratara a René como a los demás, para hacer de él un hombre. Además, sólo había veinticuatro habitaciones privadas en La Flèche, con un coste anual básico de doscientas cuarenta libras, más los ayudas de cámara y los tutores, que elevaban el coste mínimo de una habitación privada a por lo menos cuatrocientos ochenta libras anuales, en una época en que trescientas libras anuales se consideraba una remuneración decente para un cura de aldea. El coste total de las

habitaciones compartidas para cuatro o más estudiantes sumaba un mínimo de doscientas cuarenta libras anuales, cantidad que no incluía la leña, la lavandería y las velas. Además, los libros y las lecciones de danza, música, escritura, dibujo y esgrima se costeaban aparte. Si Joachim Descartes hubiera podido y querido pagar tanto dinero por el alojamiento de uno de sus hijos, no habría sido para el *cadet* René. Lo más probable es que tanto Pierre como René vivieran en el mismo dormitorio general o, de manera aún más económica, en una de las pensiones de la ciudad. Esas veinticuatro habitaciones simples, al igual que las semiprivadas, sin duda las ocupaban los hijos de la nobleza, para cuyos padres ese gasto carecía de relevancia. René Descartes se habrá levantado tarde en otra época de su vida, pero no en La Flèche.

Fuera de la escuela, los estudiantes jugaban al *tric-trac* (*backgammon*), a las damas, al ajedrez o a los bolos, y se ejercitaron con las barras paralelas y el tenis. Practicaban esgrima y equitación y realizaban excursiones de hasta cuatro horas por la campiña. Por ley, sin embargo, no se permitían prostitutas en un radio de quince kilómetros de La Flèche.

El gran acontecimiento durante la estancia de los hermanos Descartes en La Flèche fue la sepultura del corazón de Enrique IV en la capilla de la escuela en 1610. A Enrique IV lo asesinó un fanático religioso católico llamado Ravaillac, quien se oponía a su plan de invadir Alemania para ayudar a los protestantes contra los católicos del Sacro Imperio Romano Germánico. Ravaillac saltó al carruaje del rey y le clavó un puñal en el mismo corazón que, en 1610, se entregaría con todo boato a la iglesia del colegio.

Así los jesuitas y la Liga Católica (que nunca olvidaron que Enrique IV había sido el rey protestante de Navarra) se deshicieron del monarca, quien quería ir a la guerra contra la sacrosanta España. La idea de que los jesuitas y la Liga Católica instigaron el atentado, sin embargo, no es muy popular entre los historiadores católicos. Lo que sucedió es que un estudiante del colegio jesuita de Clermont, en París, intentó matar a Enrique IV en 1596 y falló. Luego Ravaillac, otro estudiante católico, despachó al monarca.

Parece lógico: los jesuitas habían pregonado durante años la perfidia de Enrique IV y algún sacerdote comentaría a sus estudiantes que la muerte de Enrique IV sería beneficiosa para Francia. ¿Nadie los iba a librar de aquel hombre? Como ha sucedido más de una vez en tales circunstancias, algún joven entusiasta decidió cometer ese acto en nombre de Dios. Actuó por su cuenta. Los jesuitas no tenían la culpa.

No obstante, en términos mecanicistas cartesianos, el brazo que asió la puñalada en el corazón de Enrique IV era un pistón conectado directamente a esa potente máquina, la Compañía de Jesús. Así, el atentado contra Enrique IV fue el resultado de maquinaciones donde los individuos eran meras piezas, materia en movimiento. No importa si no hubo una conspiración explícita, ninguna orden, ningún encargo. En términos de mecánica, la conexión es simple y directa. Los jesuitas en 1597 y la Liga Católica en 1610 se oponían de forma férrea a Enrique IV. Por tanto, no sorprende que uno de sus miembros o simpatizantes empuñara un puñal. No sería la primera vez...

He aquí (abreviada) la imponente escena funeraria tal como la describió Baillet. La ciudad, el colegio y las iglesias estaban decorados con crespones negros blasonados con las iniciales de Enrique IV, su escudo de armas, calaveras, lágrimas, lirios de plata, emblemas, dibujos y epigramas. Encabezaba la procesión el corazón de Enrique IV, en un carruaje aparte, y a pie le seguían el magistrado del rey y un escuadrón de arqueros parisinos. Detrás, mil doscientos alumnos del colegio, los monjes recoletos, diecinueve sacerdotes de otras parroquias, los sacerdotes de La Flèche, los jesuitas del colegio, luego el señor de la Varenne con su hijo, el barón de Sainte Susanne, y los veinticuatro caballeros estudiantes que se alojaban en el colegio, seguidos por funcionarios de justicia y ciudadanos que portaban antorchas encendidas. Marcharon por la ciudad. Después, veinte jesuitas de la corte de París, y los de La Flèche, se plantaron detrás del padre Armand, provincial de París, quien tomó el corazón de Enrique IV.

Precedidos por un heraldo y dos nobles, y escoltados por doce agentes de policía que empuñaban pistolas, más dos hombres que sostenían los brazos con los que el padre Armand exhibía el corazón del rey, seguidos por todos los laicos, fueron a la iglesia de Santo Tomás, donde el padre Cotton pronunció la oración fúnebre. Luego, el padre Armand presentó el corazón al duque de Montbazon, quien lo llevó al patio del colegio, donde atravesaron una arcada de unos ocho metros de altura y poco menos de anchura. El duque de Montbazon presentó el corazón al heraldo, quien desde un andamio lo alzó para que todos lo vieran. Dio tres exclamaciones y guardó el corazón en una urna, que se depositó frente al altar de la capilla del colegio.

En esta descripción, Baillet señaló de pasada que René Descartes era uno de los veinticuatro estudiantes destacados que marchaban en procesión ceremonial detrás del corazón de Enrique IV. Pero entre tan-

tos hijos de barones, condes, marqueses, duques y caballeros, si en nombre del igualitarismo hubieran escogido sólo un hijo de un escudero de bajo rango, y por fortuna le hubiera tocado a un Descartes, habría sido Pierre, el hijo mayor, y no René, el menor. Aunque ni siquiera esto es creíble. La historia de Descartes no es, a fin de cuentas, un cuento de hadas.

Cuando Pat y yo visitamos La Flèche en 1987, quedamos decepcionados con la ciudad. Ahora la atraviesa una importante autopista que conecta el puerto de Nantes con París y el rugido de grandes camiones es ensordecedor, día y noche. El río Loir (en rigor, un tributario del Loira), que era navegable en tiempos de Descartes, ha descendido debido a las represas y los desvíos para irrigación. La Flèche es una localidad muy pequeña, rodeada por maizales, algo que no era en 1610. La escuela de La Flèche está escondida detrás de un muro alto y largo. Hoy es la segunda escuela militar de Francia, el Prytanée National.

Encontramos una puerta sin cerrojo en el muro y accedimos a un patio con gravilla. No había nadie, así que atravesamos una abertura y pasamos a otro patio, donde nos topamos con un hombre vestido de civil que inició una acción evasiva, como un profesor acosado que rehuye a los padres de los alumnos. Lo acorralamos. Le pregunté si podíamos entrar en la capilla y echar un vistazo a los viejos libros que estaban exhibidos en alguna parte de la escuela.

—Tendrá que preguntarle al director, que viene por allí —respondió, y se marchó con mucha prisa.

El director era un hombrecillo macizo, de talla inferior a la media, como contaba Baillet del Descartes adulto. Vestía ropa de gimnasia y era obvio que había estado corriendo. Le formulé mis preguntas. Con los brazos en jarras y la respiración entrecortada interrumpió mi francés, y respondió con un impecable inglés de Oxford o, quizá, de Sandhursts.

—Seguro; pero usted sabrá que, salvo por la capilla, en el interior de los edificios nada es como cuando Descartes estuvo aquí. Todo se ha derribado y reconstruido en el interior. Ni siquiera sabemos en qué ala estuvo. Esa habitación que llamaban el Observatorio de Descartes, y que se exhibió tanto tiempo como su habitación privada, era un fraude.

El director nos dio indicaciones, se despidió con un amable cabeceo y comentó al irse:

—No se pierdan los jardines. La configuración no se ha alterado y no cabe duda de que por ellos Descartes y sus profesores pasearon.

Entramos en la capilla, que estaba sucia, polvorienta y en desuso.

Había urnas en lo alto de la pared a ambos lados del altar. La de la izquierda era para el corazón de Enrique IV, y la de la derecha para el corazón de su segunda esposa, María de Médicis, madre de Luis XIII. Pero el polvo de esas urnas no pertenecía a ellos, pues su contenido se quemó y lo esparció el viento durante los levantamientos que precedieron a la revolución de 1789.

La exhibición de libros era muy modesta. No había ninguno de esos libros esotéricos que Descartes había leído, según su boceto autobiográfico del *Discurso del método*, pero sí vimos un ejemplar del libro de poemas —*Lágrimas de La Flèche*— que en 1611 escribieron los estudiantes, casi todo en latín, en honor del primer aniversario de la muerte de Enrique IV. Estaba abierto en el poema que celebraba el descubrimiento de las lunas de Júpiter por parte de Galileo.

Al fin Pat y yo salimos al jardín, seco, viejo, descuidado como suelen estar estos sitios en Francia, dispuesto en cuadrados y rectángulos formales. Sofocante, como si las personas y las cosas fueran más pequeñas entonces que ahora (en realidad, eran mucho más pequeñas). En su biografía de Descartes, Elisabeth S. Haldane —cuya traducción de las obras de Descartes, realizada con David Ross, fue estándar en lengua inglesa durante casi un siglo— hizo este comentario acerca del edificio principal de la escuela: «El Château Neuf estaba situado sobre el Loira, “reina del gracioso valle”, y alrededor había un parque con grandes árboles que formaban sombreadas callejas donde podemos imaginar a ese joven meditabundo errando a solas» (p. 13).

Pat y yo nos sentamos en un banco. Detrás de los muros, el bullicio del tráfico se apagaba. Sí, desde luego, Descartes caminó alguna vez por estos senderos. Pero fue hace mucho tiempo. El aura del «joven meditabundo» no era evidente, pues hasta los fantasmas han abandonado ya estos lugares.

En La Flèche, Descartes siguió el curso convencional de ocho años. Durante los tres primeros años, estudió gramática y humanidades, los otros dos retórica. Todos los cursos se dictaban en latín y las tareas de los estudiantes, tanto orales como escritas, se hacían en esta lengua. Pero también se enseñaba griego y francés. Leyó a los poetas latinos como Ovidio y al dramaturgo Séneca, a quien luego citó, y conocía el *Corpus poetarum*, la compilación de poesía latina realizada por Pierre Des Brosses y publicada en 1603 y 1611. Leyó a Virgilio, Horacio, Cicerón y Ausonio.

Pero los jesuitas ofrecían mucho más que una educación libresca. El joven René recibiría clases de dicción, teatro, música, danza, esgri-

ma y equitación. Quizás aprendió mecánica, agrimensura, relojería y óptica. Había cursos de meteorología, hidrografía y geografía. Muchos alumnos estaban destinados a ser ingenieros militares, de modo que aprendían arquitectura militar y emplazamiento de fortificaciones. Se les enseñaban buenos modales y *savoir faire*, cómo saludar, ponerse de pie, conversar, mover los ojos, despedirse, pronunciar discursos para ganar amigos e influir sobre la gente o insultar con galanura. Cómo respetar a los superiores sin perder la dignidad y cómo tratar a los inferiores sin mostrarse paternalistas. En síntesis, se les enseñaba a ser caballeros. Y, en particular, a conducir debates, que constituía el modo principal de aprobar los cursos. Todo se reducía a reglas, práctica, memoria y repetición.

El objetivo de la pedagogía jesuítica era la formación de la voluntad. En el *Tratado de las pasiones del alma* (1649), Descartes describió las características de un caballero. No es sorprendente que enfatizase la justicia, la rectitud, la buena voluntad hacia los iguales y los subalternos, la reserva con los superiores, la dignidad, la sobriedad, el respeto por la moral, la valentía y la resolución. Los jesuitas tenían un método y sabían aplicarlo.

El padre del joven habría pagado honorarios adicionales para inculcarle las aptitudes especiales que requeriría un futuro parlamentario. Descartes escribió incluso un breve tratado sobre esgrima, quizás en 1615, cuando estudiaba para sus exámenes de derecho. Al menos, en una carta del 4 de noviembre de 1630, pide a Mersenne que cuente a Guillaume Gibieuf y sus demás amigos de la Congregación del Oratorio que estaba «estudiando otras cosas además de esgrima».

Y era un católico ferviente. Los jesuitas comentan: «Dadnos a un niño en sus años formativos...»

Descartes también leyó los *Ensayos* de Montaigne, publicados inicialmente en 1580, *La sabiduría* de Pierre Charron, una cristianización del escepticismo de Montaigne publicada en 1601, y *Amadís de Gaula*, una novela de caballerías del siglo XVI, disponible en muchas ediciones. Al parecer Descartes se enfrascó toda su vida en el *Amadís*, que recibió continuación en un sinfín de volúmenes por parte de varios autores. En mi afán de seguir la vida de Descartes, he intentado leer el *Amadís*. Soy incapaz. Es tan malo que sólo puede agradecérsele que impulsase a Cervantes a escribir el *Quijote*, una maravillosa sátira de las lecturas ligeras que seducían, entretenían y quizás inspiraban a Descartes.

Estos libros no habrían formado parte de los cursos, ni estaban entre

esos volúmenes raros y curiosos que, según Descartes, le permitían leer en La Flèche. Se supone que versaban sobre astrología, alquimia y magia, aunque esta ruptura de las reglas parece muy improbable y fuera de lugar. Cuando Descartes citó o comentó a Ramón Llull (trucos mnemotécnicos), Agrippa (escepticismo) y Giambattista della Porta (ilusiones ópticas), no reveló una larga familiaridad con sus obras. Así pues, no sabemos qué volúmenes raros y curiosos leyó en La Flèche.

Si no leyó a Galileo en la escuela, al menos oyó hablar de él, pues debió de haber conocido el poema que está exhibido hoy en La Flèche. Es uno de los tres únicos poemas en francés en ese libro lleno de versos latinos publicados en 1611, todos en forma anónima. El título es «Soneto a la muerte del rey Enrique el Grande, y sobre el descubrimiento de algunos nuevos planetas o astros que giran en torno a Júpiter, realizado el año pasado por Galileo Galilei, célebre matemático del gran duque de Florencia». Como René Descartes más tarde demostró estar interesado en Galileo, algunos especialistas sostienen que él compuso este poema y es, por tanto, su primera obra, publicada a los quince años. Su razonamiento es muy endeble. Uno de los poemas de *Lágrimas de La Flèche* puede ser obra de Descartes, pero en tal caso es mucho más probable que fuese uno de los cientos de composiciones en latín que realizaron los buenos estudiantes, y no una de esas raras obras en francés.

Los tres últimos años de La Flèche se dedicaban a la lógica, la moral, la física y la matemática, y el último año incluía la metafísica. El profesor de lógica era François Fournet, con textos de Francisco Toletus y Petrus Fonseca. Se trata de una lógica aristotélica silogística: si todos los hombres son mortales y Sócrates es hombre, Sócrates es, por tanto, mortal. Descartes señalaría que este método de deducir conclusiones que ya son manifiestas en las premisas no sirve para el avance del conocimiento científico, que debería tratar de descubrir aquello que no sabemos en vez de deducir perogrulladas a partir de lo que ya sabemos.

La moral era teológica y enfatizaba la fe y el servicio a Dios. Pero la moralidad estoica y pragmática que Descartes presentaría en su *Discurso del método* deriva de su formación jesuítica con los clásicos y el énfasis en la fuerza de voluntad dirigida hacia la acción práctica efectiva. Los jesuitas no resaltaban la teología. Pregonaban una fe sencilla y una obediencia estricta, acordes con su estructura militar.

Lo que de verdad impresionó al joven René —si nos atenemos a sus comentarios posteriores— fue la matemática, dada su certidumbre, algo que ninguna otra materia brindaba. Su profesor de matemática fue Jean

François, de 1612 a 1614. El texto de álgebra quizá fuera Clavius, publicado en 1609. El método de análisis matemático que Descartes presentaría más tarde consiste en la reducción de los problemas a partes. En 1655, François sintetizó algunas de sus enseñanzas en su *Tratado de la cantidad*, donde habla de fracciones. Es una caracterización muy general, no original de François, aunque parece probable que Descartes conociera la cuestión del fraccionamiento de los problemas a través de él.

El método cartesiano de análisis matemático es un modo de reducir las cantidades y proporciones a líneas y curvas, y de resolver los problemas geométricos mediante el álgebra y los problemas algebraicos a través de la geometría. Para ello, diseñó lo que hemos aprendido en geometría en la escuela, esto es, las coordenadas cartesianas («Des Cartes»: los cuatro cuartos, los cuatro cuadrantes).

Descartes no inventó la geometría analítica en la escuela, ni abochornó a sus profesores de La Flèche planteándoles problemas que no pudieran resolver. Ésta es otra buena historia inventada años después. Lo infiero del hecho de que más tarde Descartes recelaría de los jóvenes prodigios en matemática. Por ejemplo, en 1639, a los dieciséis años, Blaise Pascal publicó un brillante opúsculo sobre secciones cónicas. Era el mimado del mundillo matemático parisino. Pero Descartes se mostró en acre desacuerdo y sostuvo que era imposible que un mero estudiante realizara semejante trabajo, y señaló la obra de Gérard Desargues de la cual suponía que Pascal se había copiado. Eso fue antes de terminar de leer el libro de Pascal, pues, cuando lo hizo y vio que Pascal había superado a Desargues, sugirió que Étienne Pascal, padre de Blaise y célebre matemático, había realizado el trabajo. Conclusión: Descartes no era un genio escolar en matemática. Blaise Pascal, sí lo era.

La cúspide del sistema pedagógico jesuita era el debate. Un estudiante defendía una proposición, otro la atacaba, y había una discusión general que incluía a los profesores. A veces se transformaba en una batalla campal.

Según el testimonio del propio Descartes, en la escuela lo juzgaban tan capaz como los que obtenían un doctorado y estaban destinados a enseñar, pero él nunca fue profesor. No obstante, enseñó matemática a tres de sus ayudas de cámara: Gérard Gutschovven, que llegó a ocupar la cátedra de Matemática en la Universidad de Louvain; a Jean Gillot, que enseñó fortificaciones, navegación y mecánica en la Escuela de Ingenieros de Leiden a partir de 1638 y, más tarde, matemática en París, y a un hombre llamado Limousin, quien también enseñó matemática años después.

En 1647 Dirck Rembrantsz, un zapatero que vivía en Nierop, llevó a Descartes algunas de sus obras de matemática. El ayuda de cámara de Descartes lo rechazó dos veces, pero Descartes reparó en él cuando el visitante se negó a aceptar dinero por segunda vez. Enseñó su método de análisis matemático a Rembrantsz, quien llegó a ser un eminente astrónomo holandés y publicaría libros sobre astronomía, logaritmos, aritmética y geometría. Descartes también tuvo como alumna a la princesa Isabel de Bohemia, quien merece un capítulo aparte.

La mayor aportación de Descartes como profesor son sus reglas y su método, en los cuales nos centraremos después. Pero una formulación sintética de su pedagogía lo presentaría como un John Dewey. Cuando alguien quiso ver su biblioteca en 1645, Descartes le mostró un ternero que estaba diseccionando. Declaró que era imposible aprender anatomía sin practicar por cuenta propia. Y como pueden enunciarse muchas causas acerca del modo en que funcionan las cosas, hay que experimentar qué teoría es correcta. Aseguraba que podía haber sido un artesano, un técnico, y haber llevado una vida feliz. Aunque parece que sólo fue un devaneo romántico, pues, al caso, si bien es cierto que enseñó a Jean Ferrier a construir una máquina para pulir lentes, él nunca construyó una ni la utilizó.

René inició la escuela en abril de 1606, a los diez años, y permaneció en La Flèche por lo menos hasta abril de 1614, cuando finalizó el curso de ocho años. Más tarde diría que pasó ocho o nueve años en La Flèche, así que concedamos que aún estaba allí en 1615. Así, en 1616 fue a estudiar derecho a Poitiers, donde aprobó sus exámenes y obtuvo su título de bachiller (con distinción) en derecho canónico y civil el 9 y 10 de noviembre de 1616.

El 21 de mayo de 1616, en Poitiers, René Descartes fue padrino de René Chenault, hijo de un sastre, con quien, según Baillet escribió, Descartes se alojaba. Esta suposición otorgaría, de ser cierta, un toque simpático, pero la familia no puso al niño el nombre de su inquilino, pues el padre del crío también se llamaba René. Sin embargo, no es necesario —ni siquiera probable— que Descartes alquilara una habitación a un sastre. Su tío René Brochard II, quien era su padrino y hermano de su madre, y que luego nombraría heredero a René Descartes (aunque René no recibió ningún dinero) vivía en Poitiers. Había sido decano del Présidial, decano de regidores y alguaciles, y alcalde de Poitiers, así que quizá tuviera una vivienda con tamaño suficiente como para ofrecer una habitación a su sobrino y ahijado.

Era un momento interesante para estar en Poitiers. Los protestantes se rebelaban y en ocasiones tomaban la ciudad. En los escritos de Descartes no hay una palabra sobre estos asuntos.

¡Pero basta de estudios y estudiantes! Es hora de que nuestro héroe se enfrente con la vida.

CAPÍTULO TRES

Isaac Beeckman

VOS ME HABÉIS DESPERTADO

Después de diplomarse en Derecho en noviembre de 1616, Descartes se dirigió a Rennes para discutir con su padre lo que haría en la vida. Su título de abogado era un paso, como él mismo señalaría, en el camino hacia la fortuna, la distinción y el poder. Sin embargo, la edad mínima para ingresar en el Parlamento era de veintisiete años. Si Descartes tenía ambiciones en ese sentido, tendría que esperar siete años. Sin embargo, podía ingresar en el tribunal como jurista, como había hecho su hermano Pierre antes de la mayoría de edad, y como hicieron muchos de sus tíos y primos. Prefirió no hacerlo. Se quedó en casa por un tiempo. En octubre y diciembre de 1617 firmó como padrino en Sucé, cerca de la finca campestre de su padre. La finca incluía el vasto e imponente castillo de Chavagne-en-Sucé, compuesto por dos alas amuralladas que formaban ángulo recto, con una veintena de habitaciones, importantes construcciones externas y un gran estanque. Hoy el castillo se divide en varios apartamentos, pero todavía es muy elegante. La finca está compuesta por bosques y una campiña fecunda y ondulante. Quizá Descartes remoloneaba y leía novelas de caballerías, como su querido *Amadís de Gaula*. Pero sin duda su padre esperaba que tomara medidas para ganarse el sustento.

Joachim Descartes poseía un cargo de jurista en el Parlamento de Bretaña, además del título de señor de Chavagne que había adquirido por matrimonio, y, puesto que el primogénito heredaba tanto el título como el cargo de su padre, si es que era hereditario o pertenecía a la familia —como es el caso—, en 1618, Pierre, a los veintisiete años, heredó el puesto del padre. Por ley, dos hermanos no podían estar en el mis-

mo parlamento, aunque siempre cabía la negociación. De hecho, después de entregar su puesto a Pierre, Joachim Descartes pronto buscó otro puesto a su propio nombre, y no destinado a René sino a su hijo Joachim II, primogénito de su segundo matrimonio. Un segundo primogénito. René Descartes era segundogénito por partida doble.

Los segundogénitos, por tradición, estaban destinados a ocupar cargos eclesiásticos o al ejército. René optó por este último. Y era un ejército romántico, uno de los legendarios regimientos franceses al servicio de Mauricio de Nassau, príncipe de Orange, comandante en jefe de esa diminuta república protestante, las Provincias Unidas, que había obtenido su libertad luchando contra los españoles del Imperio Católico. Cuando le preguntaron quién era el mejor general del mundo, el poderoso Mauricio respondió, en un acto de magnanimidad, que Spinola de España era el número dos. Descartes usaba una brillante bufanda naranja, como todos los efectivos de Mauricio.

Descartes se alistó con el vigoroso Saint-Simon, barón de Courtmour, o bien con el gallardo Gaspard de Chastillon, los comandantes de los dos regimientos franceses. Las listas de los regimientos de esa época se han perdido, así que desconocemos en cuál lo hizo. Sabemos, en cambio, que cada uno de estos regimientos tenía un pastor protestante. Uno de ellos, Jean de Nérée, traducía para las tropas las actas del Sínodo de Dordrecht. El sínodo se convocó para resolver el conflicto entre los calvinistas ortodoxos, que querían un estado teocrático, y los calvinistas liberales, que pensaban que los asuntos de la Iglesia debían permanecer relativamente separados de los asuntos del Estado y, sobre todo, de los asuntos comerciales. La capital comercial de las Provincias Unidas era Amsterdam, donde Oldenbarnevelt, «padre de la patria», ocupaba el poder. El príncipe Mauricio, que no era religioso, esperaba que los calvinistas ortodoxos lo nombraran rey, así que —con cinismo— dio la orden de ejecutar a Oldenbarnevelt, a quien se decapitó el 13 de mayo de 1619. Al príncipe Mauricio no lo coronaron rey.

Dos semanas después de la ejecución, Descartes se fue de Holanda. No hay pruebas de que la partida de Descartes se relacione con el intento del príncipe Mauricio de subvertir la república. Descartes nunca escribió una palabra al respecto. En todo caso, Descartes sólo regresó a las Provincias Unidas diez años después, cuando el príncipe Mauricio había muerto y su liberal hermanastro, el príncipe Federico Enrique, permitió que los calvinistas liberales volvieran a opinar con libertad.

A los veintidós años, Descartes aún pensaba como un estudiante,

pues el campamento de Mauricio en Breda era conocido como un campo de entrenamiento donde matemáticos e ingenieros enseñaban rudimentos de arquitectura militar, fortificaciones e ingeniería. Además de estos temas, Descartes señaló que también estudiaba pintura y holandés. Años más tarde, aunque se disculpara por su poco nivel, lo hablaría y escribiría con gran fluidez.

No es que un joven francés careciera de campañas militares en su propio país. Pudo haber ido a la guerra en Francia. El 25 de noviembre de 1616, se designó a otro nativo de Poitou, el cardenal Armand-Jean du Plessis de Richelieu, secretario de Estado para la Guerra y Asuntos Extranjeros al servicio de la regente, la reina madre María de Médicis. El 25 de junio de 1617, su hijo Luis XIII, de dieciséis años, dio un golpe de Estado con la ayuda de su consejero, el duque de Luynes. Los duques protestantes Enrique de Rohan y De Bouillon se rebelaron, y Luis XIII prometió restablecer el catolicismo en el Béarn y Navarra (lugar en que su padre Enrique IV había nacido y se había criado como protestante). Poitiers, donde Descartes se diplomó en Derecho, estaba en medio de las revueltas protestantes. Pero en febrero de 1618, en vez de tomar partido en las guerras religiosas francesas, Descartes fue a las Provincias Unidas.

Aunque constituían una república protestante, eran aliadas de la Francia católica contra la España católica y el Sacro Imperio Romano Germánico. El cardenal Richelieu guiaba a Francia hacia la separación entre la Iglesia (al menos la imperial Iglesia de Roma) y el Estado, para forjar una nación independiente. De este modo, luchar a favor de las Provincias Unidas era luchar a favor de Francia. Más aún, durante la primera mitad del siglo XVII, las Provincias Unidas eran el lugar ideal para los jóvenes franceses errantes y amantes de la libertad. No sólo porque aquél fuese el estado más liberal de Europa (donde un joven podía escapar de las restricciones eclesiásticas y familiares), sino porque también era el más próspero en cuestiones comerciales, y superaba por momentos a España por sus riquezas (parte de las cuales llegaban como botín, cuando los buques holandeses capturaban naves de la flota mercante española). Había (entonces como ahora) muchachas holandesas rechonchas y rubias, joviales y amistosas, rubicundas. Había carreras de caballos y apuestas, prostitutas y bebida, caza de liebres con sabuesos. Y, como en 1609 se había firmado una tregua de doce años con España, no había peligro de entrar en combate y perder la vida.

Descartes debía de recibir una asignación de su padre. Sólo después vendería la propiedad que él, su hermano Pierre y su hermana Jeanne

heredaron de su madre, su abuela materna y una tía materna. Una de las propiedades era una pequeña granja llamada Le Perron, que Descartes vendió por sólo dos mil quinientas libras. Incluía una casa encantadora, que todavía hoy está ocupada. Una atractiva e imponente escalinata (que en francés se denomina *perron*) conduce en el exterior a un porche en la planta alta, sobre la entrada principal. Pat y yo estábamos fisco-neando en lo que parecía ser una casa inhabitada cuando un estentóreo «*Vous! Entrez!*» me sorprendió desde el interior mientras atisbaba a través del cristal de una puerta. La abrí y accedimos a un dormitorio donde una enorme anciana yacía en cama. Con una mano aferraba un grueso bastón. Le expliqué por qué estábamos allí, cabeceó dando muestras de haber comprendido y exclamó: «*Sieur du Perron.*» Señor del Perron: así se hacía llamar Descartes en el campamento de Breda y, en ocasiones, durante el resto de su vida. La anciana nos explicó que su hijo regresaría pronto. Si esperábamos, nos serviría algo de beber. Dijimos que no, pues habíamos ido a pie desde Châtellereault y debíamos seguir nuestro camino. Sólo después se nos ocurrió que si nos hubiéramos ofrecido para llevarle la botella, ella habría estado dispuesta a beber un sorbo.

El título «*sieur du Perron*» es desconcertante cuando vemos cuán pequeña es la granja. Baillet afirmaba que en la zona era una de las fincas más grandes entre las pertenecientes a la nobleza, pero creo que lo inventó. Es casi inevitable sospechar que Descartes sacaba partido del título del cardenal Jacques Davy du Perron, quien falleció en París ese año, 1618. Había nacido protestante, pero a los veinte años se convirtió al catolicismo en la corte de Enrique III. Se dice que no era muy sincero en sus creencias religiosas. Y se cuenta la siguiente anécdota; un día, frente al rey, formuló un ataque devastador contra el ateísmo y dio varias pruebas de la existencia de Dios. Enrique III consideró que su exposición era excelente y así se lo hizo saber. Du Perron objetó, con modestia, que no tenía importancia, y ofreció regresar al día siguiente y usar las mismas pruebas para argumentar a favor del ateísmo y demostrar que Dios no existía. Enrique III se escandalizó y expulsó a Du Perron de la corte. No por largo tiempo, porque su lengua áurea era útil. Tengamos presente esta anécdota cuando lleguemos al encuentro que Descartes tendría diez años más tarde, en 1628, con un alquimista llamado Chandoux, en la residencia parisina del cardenal Bagni.

Tras la muerte de Enrique III, Du Perron fue el instructor católico de Enrique IV, quien se convirtió para acceder al trono de Francia. Se nombró a Du Perron cardenal en 1604, después de negociar en Roma para

popularizar la monarquía de Enrique IV. Y surge aquí otra anécdota que debemos tener en cuenta, citada en el *Grand Dictionnaire Universel du XIXe siècle*: «Se ha señalado como curiosidad bibliográfica que el cardenal Duperron siempre publicaba sus obras dos veces. La primera edición estaba destinada sólo a los amigos, cuyas observaciones y críticas le servían para corregir la edición que entregaba al público» (VI, p. 1495).

Baillet aseguraba que Descartes desdefiaba su título y que su padre se lo había impuesto, pero esto es muy improbable. Descartes usó con frecuencia su título en su juventud, y también en 1648, cuando pidió al embajador francés ante las Provincias Unidas que lo liberase de una acusación. Todos los que eran alguien en Francia, al conocer al señor «du Perron», pensarían en el astuto cardenal del mismo nombre.

El joven René Descartes, ahora señor del Perron, tenía suficiente dinero (y orgullo) como para no alistarse como un soldado auténtico, que tendría que recibir órdenes o entrar en combate. Esto quedaba descartado de todos modos, porque las Provincias Unidas estaban en el noveno año de la citada tregua de doce que se había firmado en 1609 con España. Baillet sostenía que Descartes sólo aceptó una moneda simbólica —un soberano— al alistarse y que la guardó como recuerdo. Era un gesto galante, así que Baillet se lo atribuyó a nuestro héroe.

Resulta que no había escuela militar en Breda durante los quince meses de residencia de Descartes. Ni siquiera estaba el príncipe Mauricio, pues se había ido para consolidar su herencia en el castillo de su difunto hermano, sin duda llevando consigo a los distinguidos ingenieros y matemáticos con quienes le gustaba codearse. Pero aún quedarían en Breda otros ingenieros y matemáticos con quienes Descartes podía estudiar, tal como declaró haber hecho.

Es probable que además persiguiera mujeres, bebiera, fumara, peleara, jugara, cabalgara, practicara esgrima y quizás, incluso, insultara a otro oficial lo suficiente para justificar el gran alboroto de un duelo.

El duelo era un juego peligroso. Los reyes y generales lo detestaban porque así perdían a muchos de sus mejores hombres. En Francia, Luis XIII proscribió los duelos definitivamente en 1627, después que el gran espadachín François de Montmorency, conde de Bouteville, y su primo Rosmaduc, conde de Chapelles, desobedecieron su orden inicial. El 21 de junio de 1627, en París, lucharon contra el marqués de Beauvon y el marqués de Bussy, tres contra tres (es decir, cada equipo tenía un segundo, así que se realizaban tres enfrentamientos simultáneos), al mediodía en la Place Royale (hoy llamada Place des Vosges). Rosmaduc mató a su oponente.

¡Un duelo al mediodía! ¡Y con la presencia de todos los cortesanos! Debía de ser emocionante: los combatientes vestidos a la última moda con sus capas, botas y sombreros emplumados, mofándose e insultándose mientras hacían gala de su noble orgullo francés. Y qué manera de desafiar al rey, que a fin de cuentas era sólo otro noble más. Y no tan buen espadachín, llegado el caso.

En fin, uno no ejecuta a nobles de tan rancia estirpe, pero Luis XIII ordenó ajusticiar a Bouteville y Rosmaduc, a pesar de las súplicas de toda la nobleza. Aunque, eso sí, permitió que las familias se llevaran los cuerpos para sepultarlos. Beauvon escapó y recibió el indulto dos años después. Pero las ejecuciones demostraron que Luis XIII se había propuesto abolir esa costumbre tradicional. El rey tenía buenos motivos, en definitiva. Estaba perdiendo demasiados hombres capaces. Cientos de sus mejores lugartenientes morían en duelos todos los años. Bouteville tenía veintiocho años cuando se le condenó a la pena de muerte. Se inició en los duelos a los quince años, y había participado en veintidós. Billy *el Niño* no superaba a Bouteville, ni en su sangre fría de duelista ni en su gran notoriedad.

En cuanto a las apuestas, el juego preferido de aquellos días eran los naipes, con los que se podía perder o ganar mucho dinero. Los nobles jóvenes y ricos llegaban a disipar así toda su herencia. Descartes no era rico, pero parece indudable que era jugador. En una carta a Isabel de Bohemia de noviembre de 1646, hablando del famoso demonio que según Sócrates le hablaba al oído en ocasiones cruciales para indicarle qué hacer, Descartes escribió que siempre le iba mejor en el juego cuando tenía la dichosa sensación de que ganaría. Está claro que creía en el poder del optimismo, pero lo cierto es que ganaba porque era un genio matemático que sabía calcular las probabilidades. Sin duda Descartes contaba las cartas, un método tan viejo como el juego. Todo en su vida (excepto el final) sugiere que era demasiado cauto para arriesgarse a perder.

Como habrán apreciado, no sé qué hacer con las anécdotas tradicionales sobre las cuales no hay pruebas o, si las hay, sólo demuestran que son falsas. El problema es que algunas de estas anécdotas falsas son tan pintorescas que si uno las cuenta y luego las refuta, la mayoría de la gente recuerda la anécdota y olvida la refutación. Ya conocemos el viejo truco de las campañas políticas: Mi contrincante hizo algo malo por demás (descripción detallada). Al día siguiente: Lo lamento, yo estaba equivocado; fue otra persona.

Por otra parte, si no cuento estos lances falsos con la excusa de no

perpetuarlos, los especialistas me acusarán de no conocerlos. Puestos sobre aviso, paso a referirles otra anécdota tradicional, seguida (como un perro ululante) por mi inmediata, vehemente e implorante refutación.

El hecho crucial en la vida de Descartes, el eje alrededor del cual giró toda su carrera, el momento en que vio el futuro y lo hizo suyo, el golpe fulminante que hizo que Descartes fuera Descartes, fue su reunión con Isaac Beeckman. Y gran parte de la historia es cierta por completo. Hela aquí. La venerable tradición es que se encontraron en una calle de Breda, mirando el cartel en el que un joven matemático dispuesto a ganar dinero desafiaba a los aficionados a resolver el problema que él planteaba. Era un deporte popular entre los jóvenes nobles. El interesado anotaba su nombre en el cartel y, si resolvía el problema, el retador le pagaba una suma fija. En caso contrario, había que pagarle a él. Pero sólo una vez que él había demostrado que era capaz de resolverlo. En aquellos días había matemáticos comparables a tahúres.

Se supone que Descartes le pidió a un hombre que estaba allí que tradujera el problema. El hombre era Isaac Beeckman, quien accedió de buen humor y pidió con socarronería al joven soldado que le mostrara el resultado si lo resolvía. Horas después, Descartes fue a ver a Beeckman y le mostró la prueba. Beeckman se quedó de una pieza, reconoció el genio de Descartes, lo adoptó como discípulo y demás.

Pero disponemos de los diarios privados de Beeckman y la anécdota debe de ser falsa, porque Beeckman abunda en detalles en sus diarios, y su descripción de su primer encuentro con Descartes, el 10 de noviembre de 1618 en Breda, no contiene una sola palabra acerca de un cartel con un problema matemático. Lo cierto es que es una vieja historia. Baillet mismo observó, sin más comentarios, que era exactamente igual a la historia de cómo el gran predecesor matemático de Descartes en la generación anterior, François Viète, había resuelto en tres horas el problema que Adrien Roman había planteado en un reto a todos los matemáticos del mundo. Sin duda les dio una lección...

Lo que Beeckman consignó en su diario fue que su nuevo amigo Descartes, a quien en un momento, dicho sea de paso, llamó Duperron (que es el modo en que solía firmar el cardenal), era un bromista. Explicó a Beeckman que un ángulo no puede existir porque una línea trazada a través del punto donde se juntan las dos líneas de un ángulo necesariamente dividiría el ángulo en dos. Pero esto es imposible, porque el punto carece de dimensión. Descartes sostenía haber demostrado que un ángulo no puede existir. También afirmaba que si pudiera instalarse de

forma adecuada dentro de un gran trompo hueco y giratorio, sería capaz de flotar en el aire con total libertad.

«Seguro», debió de replicar Beeckman. Luego, pidió a Descartes que dedujera matemáticamente a qué distancia caería un cuerpo en un período de tiempo dado. Y Descartes dio una solución gráfica algo incorrecta del problema de los cuerpos en caída, la cual Beeckman corrigió.

Beeckman propuso otro proyecto a Descartes, describir y explicar las proporciones matemáticas de las vibraciones armónicas de las cuerdas. Al parecer Descartes trabajó en este problema día y noche, y al cabo de unas semanas, el 31 de diciembre de 1618, presentó a Beeckman su *Compendio de música* (en latín), con una efusiva dedicatoria y disculpa:

Ahora que avisto tierra, me muevo de prisa hacia la costa. Aquí omito muchas cosas, en gran medida por concisión, en gran medida porque las he olvidado, muchas más por ignorancia. Sin embargo, amorfo como está, entrego a las fieras este vástago de mi mente, para enviarlo a vos como recuerdo de nuestra intimidad y como sólida afirmación de mi afecto, a condición de que lo mantengáis eternamente oculto en las gavetas de vuestro escritorio para que no ofenda el juicio de los hombres. Ellos no pasarían por alto sus imperfecciones, como sin duda vos haréis, para concentraros en las páginas donde he vertido algunas peculiaridades de mi mente. Ante todo, no sabrían que fue compuesto con prisa sólo para vos, en medio de la soldadesca ignara, por un hombre ocioso sometido a un modo de vida del todo opuesto a sus inclinaciones.

Muchos años después, tras la muerte de Descartes, se halló entre sus efectos una libreta que incluía importantes recuerdos de juventud y que comenzaba con la fecha 1 de enero de 1619. Quizá fuese el regalo con que Beeckman correspondió al obsequio de Descartes. Beeckman salió para Middelberg el 4 de enero de 1619, en busca de un puesto docente y una esposa. Descartes se marchó hacia tierras alemanas el 19 de abril de 1619, y no se reencontraron hasta el 8 de octubre de 1628.

Isaac Beeckman nació en Middelberg el 10 de diciembre de 1588. Asistió a la Universidad de Leiden de 1607 a 1609. En 1612 fue a Francia, donde el 18 de agosto de 1618 obtuvo su bachillerato y licenciatura en Medicina en la Universidad de Caen. Llegó a Breda el 16 de octubre de 1618, justo a tiempo para ser el tábano que con su aguijonazo daría vida a Descartes. Beeckman fue también uno de los primeros en practi-

car la física matemática. Además de su desarrollo de la ley de los cuerpos en caída (al margen de Galileo), los cuadernos de Beeckman, cuidadosamente redactados e ilustrados (y sólo publicados en 1939) contienen la primera formulación conocida de la ley de la inercia. Beeckman escribió que el problema de muchos científicos naturales jóvenes era que estaban demasiado ansiosos de publicar y proteger todo pequeño descubrimiento que hicieran. Era preciso contenerse, integrar los descubrimientos y, luego, publicarlos. Él nunca publicó los suyos. Pero en enero de 1630, alardeó ante Mersenne, que visitaba las Provincias Unidas (y que manejaba la correspondencia de Descartes en París), de haber sido maestro de Descartes. Baillet sostenía que le mostró a Mersenne el *Compendio de música* como obra propia. Y aquí la historia vuelve a ofrecernos dudas.

Es verdad que Beeckman escribió, en agosto de 1629: «Hace diez años comuniqué a Descartes lo que había escrito sobre las causas de la dulzura de la armonía.» Sin duda lo hizo cuando encomendó a Descartes la tarea de escribir el *Compendio de música*. Pero es improbable que Beeckman confesase a Mersenne que él mismo lo había escrito, como Mersenne se apresuró a revelar a Descartes.

No obstante, la historia sostiene que Beeckman mostró a Mersenne el *Compendio* presentándolo como propio. Más aún, Adam aseguró que Beeckman mostró a Mersenne otros trabajos que él definía como propios y que estaban repletos de proposiciones que pertenecían a Descartes. Llama la atención: Beeckman había prestado sus diarios a Descartes, así que quizá los diarios de Descartes contenían proposiciones de Beeckman.

Hay otra cosa molesta en todo esto. Mersenne era un maestro en el juego que mi padre llamaba «riñamos tú y él». Mersenne (como mi padre) amaba liar a la gente en disputas; al controlar la información que la gente enviaba a los demás, podía instigar y prolongar discusiones entre ellos casi a voluntad. Lo hacía con frecuencia, es de suponer que para impulsar el conocimiento y la ciencia. Mersenne logró encolerizar a Descartes, quien, como bien sabía Mersenne, tenía muy poco aguante.

«Os estoy sumamente agradecido —escribió Descartes a Mersenne el 8 de octubre de 1629— por prevenirme acerca de la ingratitud de mi amigo.» En primer lugar, Descartes recobró la copia del *Compendio de música* que había entregado a Beeckman en 1619. Después, en septiembre u octubre de 1630, escribió a Beeckman una carta insidiosa por demás:

El año pasado recobré mi compendio, no porque lo necesitara, sino porque alguien afirmó que hablasteis de él como si yo lo hubie-

ra aprendido de vos [...] Ahora que he confirmado que preferís el estúpido alarde a la amistad y la verdad, os digo en pocas palabras que, aunque fuera verdad que habéis enseñado algo a alguien, sería odioso de vuestra parte decirlo y, si fuera falso, sería aún más odioso. Pero es harto más ruin cuando vos habéis aprendido de esa persona [...] En cuanto a mí, no me importa, pero en nombre de nuestra amistad, os advierto que perjudicáis sobremanera vuestra reputación al ufanaros de ese modo ante quienes me conocen. Y os prevengo que no mostréis mis cartas como prueba, porque ellos saben que estoy habituado a aprender aun de hormigas y gusanos.

Esto debería haber bastado, pero Descartes estaba furioso. Cuando Beeckman le escribió para que se reuniera con él y discutieran su trabajo, el 17 de octubre de 1630 Descartes estalló con esta réplica:

Afirmáis que merecéis gran alabanza por enseñarme las hipérboles. Con toda certeza, si no me compadeciera de vos porque estáis enfermo, no podría contener la carcajada, porque ni siquiera sabéis qué es una hipérbole, excepto en su sentido gramatical [...] No sospechaba que vuestra estupidez e ignorancia son tan grandes que de veras pensáis que he aprendido más de vos de lo que estoy acostumbrado a inferir de otras cosas naturales. ¿Acaso no recordáis que cuando yo estaba abocado a estudios que no comprendíais [...] me importunabais y queríais saber más sobre ellos? [...] Ahora me resulta obvio, por vuestra última carta, que no pecáis por malicia sino por demencia.

Éste era el mismo hombre a quien Descartes había dirigido la siguiente misiva el 23 de abril de 1619:

Si, como espero, me detengo en alguna parte [estaba en viaje hacia Alemania], os prometo que me esmeraré para poner orden en mis conocimientos de mecánica y geometría, y os honraré como el primer motor de mis estudios y su primer autor. Pues vos, en verdad, me habéis despertado de mi ocio, evocando en mí una ciencia que casi había olvidado. Me habéis devuelto a ocupaciones serias y habéis mejorado una mente que se había distanciado de ellas. Por tanto, si produzco algo que no sea despreciable, tenéis derecho a reclamarlo como vuestro. En cuanto a mí, no olvidaré que os lo envié, no sólo para que saquéis provecho de ello, sino para que podáis corregirlo. (Cole, p. 121.)

El hiperbólico exceso de este mordaz exabrupto escrito once años después es embarazoso. Pero Baillet habría de salir en defensa de Descartes. El perverso y plagiaro Beeckman, el imbécil e ingrato Beeckman, recibió su merecido.

Sin duda hubo un malentendido. O bien Mersenne interpretó mal lo que comentó Beeckman, o bien Beeckman interpretó mal las palabras de Descartes. Lo más probable es que Descartes no entendiese el orgullo de Beeckman, quien le impulsó a resolver el problema musical. Y cualquiera estaría orgulloso —como lo estaba justificadamente Beeckman— de haber tenido un discípulo como Descartes.

Dudo mucho que Beeckman confesase a Mersenne que él había escrito el *Compendio de música*. En todo caso, Beeckman habría dicho a Mersenne que él había impulsado el proyecto. Pero aún no hemos llegado al origen del insidioso ataque de Descartes.

Cuando se lee la correspondencia entre Descartes y Beeckman de enero a mayo de 1619, la explicación es clara: Descartes se enamoró de Beeckman. Descartes escribió en una carta del 24 de enero de 1619: «Amadme y sabed que olvidaría a las musas antes que olvidaros a vos, porque me unen a vos con un lazo de eterno afecto.» Descartes hizo todo lo posible para complacer a Beeckman, siempre preocupado por lo que Beeckman pensara de él, y durante nueve años se había conciliado con la moderada calidez con que Beeckman correspondía a su afecto.

La posibilidad de que este amor por Beeckman fuera de índole erótica inquietó tanto a Baillet como a Adam. Citaron las cartas en las que Descartes manifestaba a Beeckman su amor y pedía ser amado a su vez, y explicaron que estas frases parecían más íntimas y sugestivas en la traducción francesa que en latín, donde semejantes exhortaciones eran meros formulismos. Pero esta explicación resulta ingenua, porque el latín de Descartes era llano y directo.

A mi entender, lo único que deseaba Descartes era que Beeckman lo amara como la figura paterna que para él era (y como, quizá, no lo amaba su propio padre). Beeckman era ocho años mayor que Descartes. Tenía una profesión, la física matemática, y poseía unos cuadernos con refinados problemas y maravillosos dibujos. Descartes, que hasta entonces había demostrado talento pero carecía de rumbo, ansiaba ser como Beeckman. Pronto comprendió que se podía lograr algo grandioso mediante la aplicación de la matemática a los problemas mecánicos. Esta idea no era nueva en el mundo, pero algo cuajó cuando Descartes vio el trabajo de Beeckman, pues comprendió que los fragmentos de análisis

matemático que ya usaba para resolver problemas geométricos podían aplicarse a problemas prácticos en física.

Descartes escribió a Beeckman desde Copenhague el 29 de abril de 1619, pidiendo que le enviara una carta. No importaba la dirección, pues en el puerto nadie desconocía que él esperaba correspondencia de Beeckman. Todos los días se acercaba a buscarla. Y el 6 de mayo de 1619, Beeckman escribió una carta a Descartes y la copió en su diario. No sabemos si Beeckman la envió o si Descartes la recibió, pero si se efectuó la entrega, el mensaje pronto habría enfriado el entusiasmo del joven. Beeckman escribía como pedagogo, con todo el engreimiento y la condescendencia de un catedrático, haciendo irónicas exhortaciones para que el joven recobrara la compostura, y finalizando con esta parábola:

Desde vuestras tierras vino aquí un francés que se ufanaba en público de las artes más bellas: desde fuentes de donde el agua mana perpetuamente, hasta la guerra y la medicina, e incluso modos de multiplicar la provisión de pan cotidiano, aunque él estaba en la miseria. Fui a verle y, cuando lo examiné, resultó ser por completo ignorante en todo, incluso en aquellas cosas que proclamaba en público. Y, puesto que no resistió la prueba, debemos enviarlo más al norte, donde los necios dan la bienvenida a ilusionistas y charlatanes. (Cole, p. 125.)

Si Descartes recibió esta carta, no pudo menos que montar en cólera. Pero las pasiones se enfrían con el paso del tiempo, de modo que cuando regresó a las Provincias Unidas en octubre de 1628, lo primero que hizo fue ir a Middelberg, donde se había despedido de Beeckman. Esto demuestra que no se habían comunicado en nueve años, pues Beeckman había pasado a la Escuela de Latín de Utrecht en una fecha posterior a 1619, y en 1627 se le nombró rector de la Escuela de Latín de Dordrecht, donde Descartes lo encontró el 8 de octubre de 1628. La orgullosa anotación de Beeckman en su diario indica que en el caso de que se hubiera producido una brecha en su admiración mutua, ésta ya se había cerrado:

Después de haber viajado por Alemania, Francia e Italia, afirmaba que no había podido hallar a nadie, con excepción de mí, con quien pudiera discutir a gusto y de quien pudiera esperar asistencia en sus investigaciones. Halló por doquier una escasez de auténtica filosofía, de lo que él llama el trabajo de los valientes. Por mi parte, lo prefiero a todos los aritméticos y geómetras que he visto o leído.

Pero luego Mersenne inflamó la furia de Descartes con su absurda historia de que Beeckman presentaba el *Compendio de música* como propio. Cabe sospechar que Descartes recibió la horrenda carta de Beeckman y, a pesar de profesarle afecto, sólo esperaba —como cualquier amante despedido— la oportunidad de devolverle el golpe.

Esta situación hace que me estremezca porque soy profesor y me identifico con Beeckman, pues en ocasiones los enseñantes nos sentimos incómodos ante algún raro estudiante que nos idolatra como si fuésemos la inspiración para sus vagas aspiraciones. Y todos hemos herido el amor propio de algún alumno al hablar o escribir con tanta pompa y crueldad como Beeckman lo hizo a Descartes, todo con la finalidad de mejorar e instruir al neófito que necesita una sacudida que logre desparbilarlo. Ojalá tan sólo uno de aquellos a quienes hemos lastimado encendiera con nuestra chispa una pequeña luz, siquiera fuese diez veces menos brillante que la de Descartes.

Pero estoy empezando a parecerme a Baillet. La realidad es que Descartes era perezoso y se merecía una filípica. Beeckman se la dio e hizo al joven mucho bien.

Descartes lo sabía, aunque le costase admitir que lo había impulsado alguien que no fuera él mismo. Además, Descartes conocía la propensión de Mersenne a provocar discusiones. Al cabo de un año de su pérdida carta a Beeckman, cenaron juntos. El hombre mayor, maestro magistral, sin duda se mostró paciente y calmó a Descartes.

Descartes tuvo su venganza y, por tanto, perdió interés. Había superado a Beeckman y ya no estaba encaprichado con él. Cuando Beeckman falleció el 20 de mayo de 1637, Descartes escribió al pastor protestante Andreas Colvius, quien le había dado la noticia, que lamentaba enterarse de ello. A continuación afirmaba que había sido (nótese la precisión del tiempo verbal) uno de los mejores amigos de Beeckman y, luego, añadía este lugar común: «Pero, Monsieur, usted sabe mejor que yo que el tiempo que vivimos en esta tierra es tan breve, en comparación con la eternidad, que no debe importarnos demasiado si partimos unos años antes o después.» Un consuelo alentador por demás, y total e hipócritamente opuesto a la convicción de que el mayor trabajo que Descartes podía realizar en beneficio de la humanidad era la investigación médica destinada a la prolongación de la vida. Unos años de más o de menos quizá no deban importarnos, pero eran muy importantes para Descartes.

CAPÍTULO CUATRO

Reinos mágicos

HE REALIZADO UN DESCUBRIMIENTO MARAVILLOSO

En los tres años siguientes —de 1618 a 1620— nuestro héroe cayó en un agujero negro, esto es, en la zona de guerra del norte de Europa central. De esos años sólo nos quedan tres referencias. En su *Discurso del método*, Descartes refiere que al regresar de la coronación del emperador Fernando II (así que debió de estar en Fráncfort entre el 20 de julio y el 9 de septiembre de 1619), se detuvo a principios del invierno para meditar en una habitación caldeada entre Fráncfort y Viena. Digamos Ulm, una ciudad imperial que tenía su escuela de ingeniería y era un centro de estudios matemáticos. Sin duda Descartes querría ver al gran matemático rosacruz Johannes Faulhaber, que vivía en Ulm. En la correspondencia de Faulhaber existen ciertos indicios de que Descartes estuvo allí.

Por los diarios de Descartes, sabemos en qué pensaba en esa habitación caldeada. Mejor aún, sabemos que allí, en la noche del 10 de noviembre de 1619, tuvo tres sueños. Los anotó. En sus escritos también refiere un acto temerario que cometió durante el viaje. Pero en todos aquellos años, no aparece ni una sola referencia a la guerra.

Luego hay otra laguna de más de dos años, desde el momento en que deja Ulm «antes del final del invierno», en 1620, hasta que firma un contrato con su hermano Pierre en Rennes, el 3 de abril de 1622 (y en el cual promete no vender la propiedad que heredó sin consentimiento del hermano). Quizás había regresado a Rennes para estar allí el 31 de marzo de 1623, cuando cumplió veinticinco años, alcanzando la mayoría de edad legal. También era un año importante para su padre, pues en 1623

Joachim Descartes llegó a decano de la cámara alta del Parlamento de Bretaña, lo que le hacía delegado del rey.

En el *Discurso*, Descartes aseguraba que se había propuesto ponerse a prueba, así que los biógrafos han tenido la amabilidad de situarlo en diversas batallas. Pero lo único que sabemos con certeza es que Descartes se hallaba en alguna parte de la Europa central septentrional mientras se libraban esos combates, y que el *Tratado de las pasiones del alma* presentaba como ejemplo el caso de un soldado al que herían sin que lo notase. No está documentado que Descartes participase en batalla alguna. No obstante, él se dirigió a la zona de guerra. Y más tarde sostendría que en su juventud tuvo fuego en el vientre.

Era una buena época para un amante de la guerra. La madurez de Descartes coincide con la Guerra de los Treinta Años, una guerra religiosa en la que los protestantes aliados con la Francia católica se enfrentaron con la España católica y el Sacro Imperio Romano Germánico. El conflicto se desencadenó el 23 de mayo de 1618 cuando algunos nobles protestantes arrojaron a varios representantes del católico rey Fernando por la ventana de un castillo de Praga. (La ceremonia que se celebró cuando Descartes estaba en Fráncfort en 1619 era la elevación de Fernando II a emperador del Sacro Imperio.) La Guerra de los Treinta Años comenzó con esta famosa defenestración (estaban en la planta baja, así que sólo les lastimaron el orgullo) y finalizó el 24 de octubre de 1648 con el Tratado de Westfalia. Francia entró en la guerra (del lado protestante, contra la España católica) en 1635. El tratado de 1648 puso fin a ochenta años de conflicto entre España y las Provincias Unidas, cuyos representantes, al pactar una paz por separado y obtener la independencia definitiva en 1648, dejaron que Francia combatiera a solas contra España. (Francia, al fin, triunfó en 1659.)

Descartes disponía de varios ejércitos para elegir. Podía sumarse a las fuerzas católicas de Fernando, en apoyo de España, o a las fuerzas protestantes respaldadas por Francia. Protestantes y católicos se enfrentaban en la Europa septentrional al menos desde 1582. Las fuerzas se regularizaron con la formación de la Unión Protestante en el Palatinado en 1608 y de la Liga Católica en Baviera en 1609. Enrique IV de Francia apoyaba a la Unión Protestante y murió asesinado en 1610, cuando se disponía a declarar la guerra a España. Esto demoró el ingreso formal de Francia en la guerra durante veinticinco años, pero en el ínterin Francia respaldó a toda luz a las Provincias Unidas y a Suecia contra España. Y no con meras palabras, sino con dinero. Sin duda Descartes sabía todo

esto, que sería el tema de conversación de los oficiales jóvenes de Breda. Y allí todos estarían a favor de Francia. La misión militar francesa en las Provincias Unidas tenía como fin, precisamente, ayudar al primer ministro, el cardenal Richelieu, a afianzar la independencia de Francia frente al Sacro Imperio encabezado por España. No importaba que Francia también fuera católica. Era hora de emanciparse del Sacro Imperio Romano Germánico, de consolidar un poder estatal exento de todo control religioso y de aliarse con las Provincias Unidas y Suecia, cuyo poder e independencia también soportaban la amenaza de España. El hecho de que fueran protestantes era secundario. Richelieu lo entendía, pero Felipe III, de España, no. Así, a fines del siglo XVII, mientras Francia era el estado más fuerte de Europa, España era un país relegado. Richelieu comprendía que el poder comercial, industrial y mercantil es más importante que la religión en el mundo moderno. El Sacro Imperio gastó su fortuna (todo aquel oro del Nuevo Mundo, que hizo de España el país más rico del planeta en el siglo XVI) en su empeño por liberar Europa de protestantes y judíos, para hacerla, así, católica. Pero los estadistas de Francia, Suecia y las Provincias Unidas, apelando a lo que se llamaba razón de Estado, redujeron la religión a un recurso que se usaría sólo según la ventaja táctica que brindara en sus relaciones con el extranjero. En decisiones de política exterior, el hecho de que Richelieu fuera cardenal era tan irrelevante en el siglo XVII como el catolicismo del presidente John F. Kennedy en el siglo XX.

Descartes sabía que la filiación religiosa cedía terreno frente a la importancia del comercio y de los asuntos de Estado. Las Provincias Unidas, un oasis de tolerancia intelectual y religiosa, eran independientes y comercialmente prósperas. En Breda, Descartes era un ciudadano católico francés alistado en un regimiento de Francia que pertenecía a un ejército holandés opuesto a España. Su rey lo aprobaba.

Pero cuando los biógrafos han encuadrado a Descartes en un ejército alemán, lo han unido a las fuerzas católicas del emperador Fernando II, respaldadas por España, quizá porque estaba en Fráncfort durante la coronación del emperador. Pero en caso de unirse a un ejército, a buen seguro Descartes habría escogido el de los protestantes respaldados por Francia. Por otra parte, si no se proponía luchar, lo cual parece más que probable, quizá no le importase demasiado en qué ejército estaba. Se ha sugerido que su pertenencia a un ejército sólo equivalía a un pasaporte, un salvoconducto, para conservar los derechos y la protección de un oficial, y para obtener albergue en las guarniciones.

Descartes debió de haber visto, al menos, el resultado del conflicto. Durante la Guerra de los Treinta Años, la población de Europa septentrional se redujo de veinte millones de personas a siete. Trece millones de muertos. La Europa septentrional no recuperó la cifra de población que tenía en 1600 hasta 1750. La pérdida de trece millones de personas (además de las pérdidas anteriores) no se debía sólo a la guerra, pues los soldados perecían en batalla, pero los civiles sufrían hambre porque las cosechas quedaban arrasadas; además la peste y otras enfermedades eran endémicas en toda Europa.

Más aún, a mediados del siglo XVII se alcanzó la cima de la «mini era glacial» o Pequeña Edad de Hielo, el Mínimo de Mander, por usar el término geológico. El mínimo estaba en las manchas solares, pues casi no había ninguna, lo cual reduce el calor que el sol irradiaba. La temperatura media anual de Europa llegó a descender tres grados centígrados y hubo años sin verano. De haber bajado seis grados, podría haberse hablado de plena glaciación. De aquella época son esos cuadros que recogen escenas en las que pintorescos ciudadanos holandeses con bombachos patinan sobre el hielo de los canales, una época en que los glaciares avanzaban sobre las aldeas alpinas. Una época de pésimas cosechas, hambruna y muerte.

Cualquiera podía morir. No sólo soldados y ciudadanos, sino viajeros, turistas, peregrinos, mercaderes, mensajeros, estadistas. Un alud en los Alpes, la peste, los salteadores: había muchas maneras de convertirse en un cadáver perdido o anónimo. Cuando Descartes partió hacia la guerra en 1619, le escribió a Beeckman: «No os preocupéis, vos que me amáis. Estaré bien.» Y describió un tortuoso itinerario que había de permitirle evitar el corazón de las tinieblas. Aunque no sabemos qué ruta tomó en realidad; sólo que evitó que lo mataran.

No por falta de agallas. Por lo que podemos determinar, el acto temerario de Descartes se produjo cuando él regresaba de la guerra. Baillet refirió la historia a partir de las notas de Descartes. Él regresaba por la ruta septentrional, al parecer rumbo a las Provincias Unidas. En la costa de Frisia, contrató a un marino con un bote para que los llevara a él y a su ayuda de cámara de un lugar a otro. Los marineros, convencidos de que los dos pasajeros sólo sabían francés, hablaron entre sí en frisio, alemán u holandés, confabulándose para asaltar y matarlos y arrojar sus cuerpos por la borda. Pero Descartes entendía y... Y en estos episodios es donde la pluma de Baillet brillaba, así que le daremos la palabra:

M. Descartes, viendo lo que se requería hacer, se irguió bruscamente, mudó su semblante, desenvainó su espada con una arrogancia que ellos no habían previsto y les habló en su propia lengua, con una voz que les dio a entender que los ensartaría de inmediato si intentaban hacerle daño. (B I 103.)

Baillet hizo un panegírico del brío y la osadía de Descartes, para llegar a la conclusión de que esto surtió «un maravilloso efecto en el ánimo de esos míseros rufianes».

Quizás hubiera algo parecido en las notas de Descartes, aunque lo dudo. Tengamos en cuenta el estilo de esta historia cuando, más adelante, cite el relato de Baillet sobre el encuentro de Descartes con Faulhaber. El grave problema es que Baillet, aunque a veces reprodujo páginas enteras de las obras publicadas de Descartes, sólo citó un par de estrofas de los diarios de Descartes de 1618-1621. El resto lo parafraseó y los diarios se han perdido. Es posible que Baillet repitiera algunas palabras de Descartes, pero no hay modo de discernir en qué medida las adornó. Creo que, en muchos casos, Baillet inventó. En definitiva, escribió una versión edificante de la vida de un hombre a quien se promovía entonces como el mayor filósofo francés que hubiera vivido. Pintó la imagen de un dechado de virtud, piedad, heroísmo y genio. Presentó a Descartes según sus propias reglas.

Camino a Alemania, en 1619, Descartes escribió a Beeckman que había pasado tres días en una posada hablando con un anciano acerca de las técnicas mnemotécnicas de Ramón Llull y le pidió que analizara el libro de Llull para verificar si en verdad existía una clave secreta. Beeckman respondió lacónico que la clave estaba en el libro y que no era gran cosa. Descartes también sentía curiosidad por las afirmaciones de los astrólogos, alquimistas y magos, y por los rumores que corrían en Alemania acerca de la nueva orden protestante de los rosacruces. Se suponía que los miembros de esta fraternidad poseían ciertos poderes mágicos y que una de sus metas era la mejora de las ciencias naturales para el progreso práctico de la humanidad. Ante todo, les interesaba la investigación médica para contrarrestar los estragos de la vejez y prolongar la longevidad.

Como más tarde éste sería también el objetivo de Descartes, algunos han sospechado que Descartes fue rosacruz cuando estaba en Alemania. Casi todos los especialistas sostienen que no pudo haberlo sido porque en el siglo XVII no existía una fraternidad formal de la Rosacruz. Pero

esto es jugar con la lógica, pues, aunque así fuera, eran muchos los que se consideraban rosacruces y es posible que, al menos por un tiempo, Descartes se incluyera entre ellos. Pero, dado que eran protestantes, la certeza supondría un terrible golpe para la Sociedad Protectora de san Descartes. Baillet sentía tanto temor de que la gente pudiera pensar que Descartes había sido rosacruz que tradujo un comentario latino en el que Descartes declaraba no tener ninguna certidumbre acerca de los rosacruces, pues no sabía nada sobre ellos.

Descartes debió de haber leído la literatura rosacruz; además, el paralelismo entre los objetivos y normas vitales de Descartes y los que expresan los textos rosacruces es tan marcado que parece muy probable que Descartes sufriera su influencia. Un indicio de ello es que en sus diarios anotó el título de un libro que al parecer pensaba escribir, con una dedicatoria «a los Hermanos de la R. C.». Los estudiosos cartesianos siempre han alegado que fue una broma: Descartes se mofaba de los rosacruces.

La bibliografía sobre los rosacruces puede ser bastante descabellada, pero gran parte de lo que afirmo aquí surge de obras de erudición impecable, *El iluminismo rosacruz* (1972) de Frances A. Yates y *Rose Cross Over the Baltic* (1998) de Susanna Åkerman. Yates arroja una luz extravagante sobre la posterior amistad de Descartes con la princesa Isabel, hija del Rey de Invierno y la reina de Bohemia, esto es, de Federico V y de Isabel Estuardo, exiliados en La Haya. Aquí tenemos la historia del reino mágico de Federico V, de su relación con los rosacruces y de cómo fue rey durante sólo un invierno. La excitación rosacruz comenzó con la publicación de dos manifiestos en Cassel, un principado protestante de Alemania: *La fama de la Orden de la Rosacruz* (1614, en alemán) y *La confesión de la Orden de Rosacruz* (1615, en latín). Se reeditaron en Fráncfort en 1615 y 1617, y en 1617 se publicaron traducciones holandesas en Leiden. El autor es anónimo.

En *La fama*, se afirmaba que los miembros de la Orden de Rosacruz poseían una vasta enciclopedia que contenía gran sabiduría. Su objetivo era alabar a Dios y alcanzar un «perfecto conocimiento de Su Hijo Jesucristo y de la naturaleza» para beneficio de la humanidad. Para lograrlo, aplicaban la matemática a la naturaleza y desarrollaban instrumentos científicos. Con esta finalidad, los hermanos se atenían a seis reglas:

1. Su única profesión debía consistir en curar de forma gratuita a los enfermos.

2. No debían usar ropas distintivas, sino la vestimenta propia o común del país donde habitasen.
3. Cada año, en determinado día, debían reunirse, y quienes no pudieran asistir estaban obligados a enviar una esquela que explicase la causa de su ausencia.
4. Cada hermano había de buscar una persona digna que lo sucediera a su muerte.
5. Las siglas «C. R.» debían ser su sello, marca y carácter.
6. La hermandad había de permanecer secreta cien años.
(Yates, p. 243; mi traducción no es literal.)

Tengamos presentes la primera y segunda reglas, que son muy cartesianas.

En *La confesión*, los hermanos condenaban tanto al papa como a Mahoma, invocaban la sabiduría de Dios y la ayuda de los ángeles, y proponían un nuevo lenguaje con el que expresar la naturaleza de todas las cosas. Se afirmaba en él que la verdad de la filosofía natural era sencilla, fácil y evidente, siempre que se buscara. El libro concluía con la promesa implícita de hallar una medicina para curar todas las enfermedades, lo cual habría de enriquecer el mundo, beneficiar a todos y complacer a Dios.

En 1616 se publicó en Estrasburgo el tercer libro de la serie, *Las bodas químicas de Christian Rosencreutz* de Johann Valentin Andreae (en alemán). Como Yates sostiene, se trata de «un romance acerca de un esposo y su esposa, que moran en un fantástico castillo repleto de maravillas e imágenes de leones, pero también es una alegoría de los procesos alquímicos interpretados de forma simbólica como una experiencia de las nupcias místicas del alma» (p. 60). La rosa es un símbolo alquímico de la Virgen María, y forma parte del emblema de Lutero. Además, la cruz de san Andrés, con rosas, es el escudo de armas de Andreae, el autor. Por último, la cruz roja con rosas es símbolo de san Jorge de Inglaterra y la Orden de la Charretera. Además, la cruz, como se sabe, pertenece a Jesús. En otro simbolismo, la rosa es la carne y es el poder creativo de la naturaleza que abraza la cruz, la cual, a su vez, representa la muerte y la resurrección.

Yates muestra que *Las bodas químicas* están claramente inspiradas en Federico V del Palatinado y su esposa Isabel Estuardo, hija de Carlos I de Inglaterra (y madre de la princesa Isabel, que sería amiga de Descartes). En su castillo y jardín de Heidelberg había infinidad de órganos de

agua y estatuas mecánicas móviles que hablaban a través de tubos parlantes como los que aparecen en el relato. Por ejemplo, a través de la arboleda podía arisbarse a Diana bañándose desnuda, pero si alguien intentaba acercarse para mirarla, se activaba un mecanismo que hacía que Poseidón se abalanzase sobre él blandiendo su tridente. Algunos sostienen que Descartes visitó y presenció estas maravillas, pero no hay pruebas de ello, salvo que conocía su existencia y su funcionamiento. El mensaje de *Las bodas químicas* es que aguardaba a la humanidad un futuro glorioso y que todos los buscadores de la verdad y la sabiduría, de la religión y la ciencia, deberían congregarse bajo el estandarte de la Rosa Cruz.

Esto, según Yates, no era sino propaganda protestante que promovía a Federico V como candidato para el cargo electivo de rey de Bohemia y para el trono del Sacro Imperio. Otro elemento de esa propaganda sería una stampa conmemorativa de la coronación que muestra a Federico V y a su esposa Isabel como monarcas de Bohemia. En ella aparecen cuatro leones, los cuales representan, respectivamente, al propio Federico, al Palatinado, a Bohemia y a Gran Bretaña, todos protestantes. Éstos se oponen a las fuerzas católicas de Austria y Fernando II, que fue elegido emperador del Sacro Imperio Romano el 5 de septiembre de 1619, dando por tierra con las aspiraciones de Federico V. El aire fabuloso del relato queda realzado por la ilusa noción de que el protestante Federico V tuviera alguna posibilidad de ser emperador del católico Sacro Imperio Romano.

Federico V del Palatinado e Isabel Estuardo se casaron en Inglaterra el 14 de febrero de 1613, día de San Valentín. Los entretenimientos fueron asombrosos. Los fuegos de artificio fueron maravillosamente satisfactorios, dado que entusiasmaron a muchas personas. Se representaron obras de Shakespeare (*La tempestad* era un apropiado heraldo del inminente exilio) y otras recreaciones que concibió Francis Bacon. Por último, Federico V y su tío materno Mauricio, príncipe de Nassau, se iniciaron en la británica Orden de la Charretera.

La pareja real se mudó a su castillo de Heidelberg, donde Salomon de Caus, el máximo ingeniero de la época, construyó aquel asombroso jardín, promovido como la octava maravilla del mundo. Lo más conmovedor de todo esto, como afirma Yates, es que Federico V e Isabel se enamoraron de veras. Pasaron cinco años idílicos en el Palatinado. (Tuvieron catorce hijos y puede que hubiesen tenido más si la peste no hubiera matado a Federico el 19 de noviembre de 1632, mientras negociaba para

recobrar parte de su reino perdido. Sólo tenía treinta y seis años, la misma edad que Descartes.)

En 1618 se produjo la famosa defenestración de Praga, que desencadenó la Guerra de los Treinta Años. Los funcionarios protestantes cometieron un acto de suma gravedad al arrojar a los emisarios del católico Fernando II por una ventana del castillo, teniendo en cuenta que Fernando había ascendido al trono de Bohemia el año anterior. La primera batalla de la Guerra de los Treinta Años sólo se produjo un año después, pero la defenestración significaba que los bohemios se habían rebelado contra su rey, Fernando II. Alegaban que el trono de Bohemia era un puesto electivo, y el 26 de agosto de 1619 se lo ofrecieron a Federico V del Palatinado.

Federico V deseaba aceptarlo. Su suegra (viuda de Guillermo el Silencioso de las Provincias Unidas y hermana de Jacobo I de Inglaterra) le aconsejó, al igual que la Unión de Príncipes Protestantes, que lo rechazara. Pero tanto Federico como Isabel (al igual que los bohemios y muchos ingleses) pensaban que Jacobo I, padre de Isabel, apoyaría la causa. El príncipe Mauricio de Nassau también le recomendó que aceptara, pues pensaba que así aumentaría sus probabilidades de que lo eligiesen rey de las Provincias Unidas. El 28 de septiembre de 1619 Federico V aceptó, sólo veintitrés días después que Fernando II, el rey que ocupaba el trono de Bohemia, recibiese el título de emperador del Sacro Imperio Romano.

El rey Federico V y la reina Isabel pronto estuvieron en Praga, y la tragedia bohemia (Yates no es la primera en designarla así) comenzó a fraguarse. Federico V y los bohemios se habían equivocado con Jacobo I. Él había desposado a su nieta Isabel con el príncipe protestante Federico V del Palatinado, pero su intención era equilibrar sus relaciones con las potencias, desposando a su hijo Carlos con una princesa católica de España. (Carlos sólo se casó después de su ascenso al trono inglés en 1625, pero con otra católica, Enriqueta, hermana de Luis XIII; a diferencia de su padre, Carlos respaldó la oposición de Francia al Sacro Imperio.)

Jacobó I no quería la guerra, y pensaba que estas alianzas le brindarían una excusa para no respaldar a ninguna de ambas partes. Federico V y los bohemios no lo comprendieron. Pensaban que Jacobo I acudiría en ayuda de su nieta y el esposo de ésta, y que los demás príncipes protestantes lo seguirían. El emperador Fernando II estaba furioso. Envío al duque de Baviera a tomar Praga. Jacobo I les dio la espalda y los demás príncipes protestantes se abstuvieron de intervenir. El 8 de noviembre

de 1620, en la famosa Batalla de la Montaña Blanca, los católicos arrasaron a los protestantes. Federico V e Isabel huyeron, Praga sufrió el saqueo y la devastación, se exterminó a muchos ciudadanos y ejecutó a no pocos funcionarios, y la que había de ser una de las guerras más cruentas de la historia comenzó a diezmar la población de Europa central.

En aquel preciso instante, sostiene Yates, el movimiento rosacruz se vino abajo. Empezaron a salir tratados con títulos tales como *Advertencia contra las alimañas rosacruces*, publicado en Heidelberg en 1621. La propaganda católica presentaba a los rosacruces como practicantes de la magia negra, y tuvo tanto éxito que en 1623 provocó gran conmoción en París, presentando a la hermandad, señala Yates, como una «sociedad diabólica, mágica y secreta». Sin embargo, el movimiento rosacruz no desapareció por completo, sino que persistió como una fuerza positiva en el Báltico.

Descartes no pudo haber evitado tener noticias de los rosacruces. El hombre que abordó a Beeckman como una especie de embaucador, que habló con un viejo experto en Ramón Llull en una posada, y que ardía en deseos de hallar la clave de las ciencias naturales, ese hombre, Descartes, estaría desesperado por hablar con un rosacruz si podía encontrarlo. Y lo encontró.

Era fácil, pues Yates y muchos otros especialistas se equivocan al afirmar que no había rosacruces. Durante su estancia en las Provincias Unidas, uno de los mejores amigos de Descartes, Cornelius van Hogeland, era rosacruz. No quiero decir que perteneciera a una organización provista con placas de identificación ni nada por el estilo. Los rosacruces se limitaban a considerarse como tales y no ocultaban su adscripción, lo cual atentaba contra la ley, pero un conocido refrán refería (y refiere) que los holandeses crean las reglas para poder romperlas. Combinado con su legendaria terquedad, esto contribuye a crear personalidades bastante enérgicas, como era evidente para cualquiera por el modo en que derrotaron a España y contuvieron el mar.

El 8 de noviembre de 1620, las fuerzas del emperador católico Fernando II vencieron al rey protestante Federico V de Bohemia en la Batalla de la Montaña Blanca. ¡Qué gran batalla para que participara Descartes, sin importar en qué ejército estuviera! La mayoría de los biógrafos consignan que formaba parte del ejército imperial contra Federico V. Pero aun Baillet titubeó, pues Descartes había pasado más de un año en el ejército del príncipe protestante Mauricio, en las Provincias Unidas y sabía muy bien que éste era el tío del rey Federico V de Bohemia. Más

aún, la política francesa apoyaba a los protestantes para oponerse a la amenaza del Sacro Imperio. Si Descartes se alistó en el ejército del duque de Baviera en respaldo del emperador Fernando II, es que fue un sujeto cínico. Quizá lo fuese. Pero aun en ese caso, habría gozado de la misma independencia que en Breda. Es decir, no debería entrar en combate a menos que quisiera. Suponiendo que Descartes se alistase, ¿dónde se hallaría el 8 de noviembre de 1620, el fatídico día de la Batalla de la Montaña Blanca? Baillet sostiene que Descartes sólo observó la batalla. Pero quizá Baillet hubiera afirmado que Descartes luchó en la batalla si no hubiera sabido que, más tarde, Descartes entabló íntima amistad con la princesa Isabel, hija de Federico V. A fin de cuentas, desde la perspectiva de Baillet, el bando católico tenía la razón.

Pero en los diarios de Descartes, la fecha 10 de noviembre de 1620 sólo aparece para referir que ha realizado un descubrimiento maravilloso, quizás aludiendo a la geometría analítica. No menciona en absoluto la Batalla de la Montaña Blanca. Más aún, en los escritos de Descartes no se cita ninguna batalla.

Descartes estaba en Bohemia en busca de los rosacruces. Los biógrafos han consignado que encontró sólo uno, el matemático Faulhaber. Baillet narró la historia adornando una anécdota que tomó de Lipstorp. Lo único que Baillet sabía con certeza era que Descartes sólo mencionó en una ocasión a Faulhaber, sin comentarios. Corría el invierno de 1620 y Descartes estaba encerrado en su habitación caldeada, tal vez en Ulm:

Allí M. [Monsieur] Descartes se ocupó de asuntos propios de un hombre honesto, y ante todo procuró trabar conocimiento con personas célebres por su talento para la filosofía y la matemática. La principal de estas personas a quienes visitó fue el honorable Jean Faulhaber, quien lo recibió con gran cortesía. Notando en más de una conversación que M. Descartes no era ignorante en matemática, y que hablaba con pertinencia cuando se trataba de cuestiones matemáticas, Faulhaber decidió un día preguntar a Descartes si había oído hablar del análisis de los géometras. El tono contundente con que M. Descartes respondió de forma afirmativa provocó las dudas de Faulhaber. Tomó esa respuesta inmediata como propia de un joven presuntuoso y, con la intención de abochornarlo, le preguntó si se creía capaz de resolver ciertos problemas. M. Descartes volvió a responder de modo afirmativo, con mayor aplomo que antes, y sin titubeos prometió resolver los problemas más arduos. Faulhaber,

viendo en M. Descartes sólo un joven soldado, soltó una carcajada, y para mofarse de él recitó unos versos de una obra de Plauto, a fin de demostrarle que lo consideraba un gascón, tan valiente como el soldado fanfarrón. [Años después, Descartes diría del gran matemático Fermat: «M. Fermat es gascón, yo no.»] Descartes se enfadó ante esta comparación tan impropia y, ofendido por el insulto, desafió al alemán. Faulhaber, que descollaba sobre todo en aritmética y álgebra, sobre las cuales había publicado hacía poco tiempo un libro en alemán, primero hizo a M. Descartes algunas preguntas comunes. Viendo que M. Descartes no vacilaba al responder, propuso algunas más dificultosas, que M. Descartes contestó con tanta celeridad como las más fáciles. Faulhaber comenzó a cambiar de actitud y, tras disculparse por la desconsideración con que había tratado a M. Descartes, le rogó con afabilidad que lo acompañara a su estudio, donde departieron en voz baja durante algunas horas. Faulhaber puso en manos de M. Descartes el libro sobre álgebra que había escrito en alemán. Éste contenía sólo los problemas mismos, en términos muy abstractos, sin explicaciones. Lo había redactado así con el designio de poner a prueba el ingenio de los matemáticos de Alemania, a quienes planteaba problemas que sirvieran de estímulo para hallar soluciones. La rapidez y facilidad con que M. Descartes resolvía los problemas que encontraba a medida que hojeaba el volumen asombraron a Faulhaber. Pero se sorprendió aún más al oír que M. Descartes recitaba, al mismo tiempo, reglas generales y teoremas para derivar las auténticas soluciones de estos problemas y de otros de la misma índole. Esto era nuevo para Faulhaber, quien cambió por completo de actitud. Admitió a toda luz su ignorancia sobre la mayoría de las cosas que M. Descartes le había mostrado y requirió fervientemente su amistad. (B I 68-69.)

Lo más interesante de esta historia inventada es que Descartes, cuando publicó *La geometría*, tampoco presentó las soluciones. Pero esto no era insólito. Ya he señalado que la matemática era un competitivo deporte de clase alta en aquellos tiempos. Por desgracia, no existen pruebas fehacientes de que Descartes conociese a Faulhaber y conversase con él. No obstante, no hace mucho se ha hallado la mención, en la correspondencia de Faulhaber, de una reunión con un joven francés llamado «Polybius», el nombre que Descartes usó en una nota de su diario hacia 1619, como autor de un libro de matemática que dedicaría a los

hermanos rosacruces. También existen algunos paralelismos entre los compases que Faulhaber y Descartes utilizaban para trisecar los ángulos, de modo que cualquiera de ellos puede inspirarse en el otro para desarrollar sus ideas geométricas. Más aún, cuando Pat y yo visitamos Ulm en pos del rastro de Descartes, nos señalaron la posada donde se había alojado. Y donde solía comer. Es posible. Pero en la cercana localidad de Neuburg hay quienes sostienen que la habitación caldeada que Descartes citó en su *Discurso* estaba allí. Hay aún menos pruebas de que Descartes estuviera en Neuburg (en rigor, ninguna) y no en Ulm. Departí con dos personas que han escrito libros sobre Faulhaber y pasé un día con cada una. Las conversaciones fueron maravillosas. Kurt Hawlitschek, profesor de matemática en Ulm, está convencido de que Descartes estuvo allí. Fue él quien me mostró el lugar donde Descartes se alojaba y comía. Por otra parte, Ivo Schneider, profesor de historia de Múnich, cree más probable que Descartes estuviera en Neuburg. Ambos parten de los mismos datos. Actualización 2001: Schneider cree ahora que fue en Ulm.

Los especialistas niegan que Faulhaber fuera rosacruz, pues la hermandad era un aparato de propaganda político-religiosa. Pero quienes se identificaban como rosacruces lo hacían en aras del progreso de la ciencia y la medicina, unos objetivos que no eran ajenos a Descartes. El manifiesto de los rosacruces tenía un contenido literal que era inspirador en sí mismo. Francis Bacon hablaba en nombre de sus tiempos cuando en 1605 publicó *El avance del saber*. Aprendamos más acerca de la naturaleza, de modo tal que podamos controlarla en beneficio del género humano, declaró Bacon. En verdad, la expresión de esta intención se remonta a su tocayo del siglo XIII Roger Bacon. El aristotelismo estaba estancado, moribundo. La escolástica no conducía al conocimiento. El gran fermento de los alquimistas, astrólogos y magos entusiasmaba a los jóvenes como Descartes, que deseaban penetrar los misterios del mundo natural. Quizás hubiera secretos escondidos por los antiguos. Descartes recibió la influencia de Bacon y de los rosacruces, ya fuera de modo directo, ya porque el virus de la nueva ciencia flotaba en el aire intelectual que él respiraba. El contagio era, en cualquier caso, inevitable.

Y en Alemania o Bohemia, parece que Descartes se consideró rosacruz durante un tiempo o que, cuando menos, jugaba con la idea. Más adelante, cuando se fijó sus propias metas y sus normas de vida, éstas contenían principios sólidos que parecen inspirados en tratados rosacruces.

La prueba más directa del contacto de Descartes con los escritos rosacruces es el título de un libro futuro que anotó en su diario, quizás en 1619: *Diccionario matemático de Polibio el Cosmopolita, dedicado a los sabios del mundo, especialmente a la famosa H[ermandad] de la R[osa] C[ruz] de A[lemania]*. Como hemos señalado, Polibio (Polybius) es el nombre que Faulhaber usó para aludir a la visita, en Ulm, de un joven matemático que según algunos era Descartes. El nombre Polibio sugiere el objetivo cartesiano y rosacruz de establecer la unidad de las ciencias. Pero no hay manera de saber si éste es el título de un libro que Descartes pensaba escribir o si lo inventó en broma.

Descartes usó las denominaciones Olimpia y Parnaso para sendas partes de sus cuadernos. Una parte de los *Avisos del Parnaso* de Traiano Boccalini (traducida del italiano) se publicó junto con *La Fama* de 1614. Y en un libro acerca de la Rosacruz llamado *Temis áurea* (Temis es la diosa del orden), publicado en Fráncfort en 1618, Michael Maier, uno de los autores más prolíficos sobre temas rosacruces, describió casas olímpicas en las que los hermanos podían morar y trabajar, una idea que Descartes luego habría tenido para albergar y formar artesanos en el Louvre. Pero esta idea no es original de los rosacruces.

En esta época Descartes adoptó un lema tomado de Ovidio: «Quien vive bien oculto vive bien.» Los rosacruces también se atenían a él. En cuanto a las reglas rosacruces establecidas en *La Fama*, Descartes debió de haber notado que las iniciales que han de emplearse como emblema según la quinta norma («C. R.», escrito con mayor frecuencia «R. C.») coinciden con las iniciales de René Descartes (Renatus Cartesius). Las usó en toda su correspondencia, espléndidamente festoneadas.

Y más adelante Descartes obedecería la primera regla, esto es, ejercer la medicina sin fines de lucro, sobre todo en colaboración con su amigo Cornelius van Hogeland, quien se consideraba rosacruz y preparaba toda suerte de pociones químicas y las administraba sin cobrar, no sólo en aras de la caridad sino de la experimentación. Al parecer Descartes también conocía a Jacques de Wassenaer, quien publicó una colección de escritos relacionados con los rosacruces entre 1624 y 1625. Además, tanto Descartes como los rosacruces se proponían aumentar la longevidad humana mediante la investigación médica de las causas del envejecimiento.

También está la segunda regla, es decir, no usar ropas distintivas sino vestirse como los demás, y seguir las costumbres del país donde habitaran. Es una mera cuestión de prudencia y sentido común. Como una

vez le aconsejé a un estudiante durante la presidencia de Reagan: «Si quieres un empleo, córtate la cola de caballo.» Se la cortó y consiguió un puesto de trabajo. Años después me complacía y divertía ver que hacía ostentación de su melena, eso sí, una vez que lo confirmaron en su cátedra.

Descartes hace una recomendación similar en su *Discurso*, en su regla moral más controvertida. Mientras buscamos la verdad, debemos ganarnos el sustento, así que la primera regla es:

Obedecer las leyes y costumbres de mi país, conservando siempre la religión en que Dios tuvo la gracia de hacerme instruir en mi juventud, y regirme en todo lo demás por aquellas opiniones más equilibradas y moderadas, las cuales son comúnmente recibidas y respetadas por las personas más sensatas entre quienes he vivido. (AT VI 22-23.)

Los estudiosos católicos encuentran aquí un obstáculo, pues ¿qué habría ocurrido si Descartes hubiera nacido protestante o judío? Aseguran que Descartes destinó esta regla sólo a personas como él, que habían tenido el buen tino de nacer dentro de la religión verdadera.

Según la autobiografía de Descartes, todo alcanzó su culminación en una habitación caldeada por una estufa de porcelana, en alguna parte de Polonia o Alemania. Allí, en la noche del 10 de noviembre de 1619, tuvo sus tres famosos sueños. Baillet parafraseó largamente la descripción que Descartes hizo de ellos. Sin duda dilató el contenido de las notas de Descartes tal como solía con cada ínfimo detalle (al igual que en la historia de Faulhaber). Pero los especialistas en Descartes han sido casi unánimes en aceptar la enjundiosa descripción que efectuó Baillet de los sueños del pensador como fiel a las palabras de Descartes, entre otros motivos porque estos eruditos los consideran demasiado anómalos para no ser ciertos. Pero en todos los pasajes que podemos cotejar con otras fuentes, vemos que Baillet se explaya en demasía, inventando detalles. Y hay una sola fuente que podemos consultar acerca de los sueños. Leibniz hizo notas sobre los cuadernos y en una de ellas refirió: «Sueño 1619, nov., con el poema 7, cuyo comienzo es: “¿Qué rumbo seguiré en la vida?” — Auson[io].» Este verso aparecía en la descripción de los sueños de Baillet. Pero ningún otro elemento de los sueños toma cuerpo en las notas de Leibniz. No confío en la larga descripción de Baillet, que me parece puro invento. Pero los sueños son atractivos, y las diversas inter-

pretaciones resultan ingeniosas y esclarecedoras. De modo que nos tendremos en ellos, aunque sin tomarlos muy en serio.

En el primer sueño, a Descartes lo intimidaban unos fantasmas o espíritus y se sentía muy débil del lado derecho, así que hubo de inclinarse a la izquierda para andar por la calle que lo llevaba hacia donde deseaba ir. Se avergonzaba de caminar así, pero cada vez que intentaba enderezarse, ráfagas de viento lo hacían girar tres o cuatro veces sobre el pie izquierdo. Continuó la marcha, temiendo caerse, y al ver una escuela en el camino, entró en ella en busca de refugio y socorro. Trató de llegar a la capilla de la escuela para rezar sus oraciones, pero advirtió que se había cruzado con un conocido, así que intentó regresar para saludarlo. El viento se lo impidió, empujándolo de vuelta hacia la iglesia. Al mismo tiempo, en medio del patio de la escuela, alguien lo saludó con amabilidad y le explicó que, si le apetecía, debería encontrar a un tal señor N., quien tenía algo para darle. Descartes pensó que se trataba de un melón procedente de tierras extranjeras. También se sorprendió de ver gente de pie y bien erguida, mientras que él todavía estaba encorvado y desequilibrado, aunque el viento que había estado a punto de hacerlo caer había amainado bastante.

Descartes despertó de este sueño con un dolor en el costado izquierdo, de modo que se volvió hacia la derecha y permaneció despierto, reflexionando un par de horas sobre el bien y el mal. Baillet sostenía que Descartes pensaba que un espíritu maligno intentaba seducirlo, así que rogó a Dios que lo protegiera de los efectos malvados del sueño y del castigo de sus pecados, los cuales, reconocía, eran tantos como para provocar rayos celestes, aunque su vida fuera más o menos inocente a ojos de la mayoría de los hombres.

El segundo sueño llegó con estruendo. En él, Descartes oyó un ruido intenso que tomó por un trueno y despertó aterrado; pero de inmediato vio chispas esparcidas por la habitación, pues acababa de contemplar algo tan brillante que la luz le permitía discernir los objetos más cercanos. En otras ocasiones había visto chispas como aquéllas. Pronto se calmó y se durmió de nuevo.

En el tercer sueño, Descartes no tenía miedo, y hallaba una enciclopedia sobre la mesa, lo cual le complacía porque creía que le sería útil. Luego, aparecía un libro en latín, titulado *Corpus poetarum*, que él había leído. Lo abría al azar en el verso: «¿Qué rumbo seguiré en la vida?» Entonces, un desconocido le recomendaba un poema que comenzaba: «Sí y no.» Descartes respondía que el verso pertenecía a uno de los *Idilios* de

Ausonio que figuraba en esa antología, y que él conocía el libro al dedillo. Pero cuando buscó el poema, no lo encontró. El hombre le preguntó dónde había conseguido el libro, a lo que Descartes contestó que no sabía, pero que existía otro volumen que había desaparecido y él ignoraba quién había traído uno y quién se había llevado el otro. La enciclopedia reaparecía en el extremo de la mesa, aunque no estaba tan completa como antes.

Descartes encontró los poemas de Ausonio, pero el que comenzaba «Sí y no» tampoco aparecía. Le dijo al hombre que conocía un poema mejor de Ausonio, que empezaba: «¿Qué rumbo seguiré en la vida?» El hombre le pidió que lo buscara, pero Descartes encontró, en cambio, varios retratos grabados. Comentó que era una excelente edición, pero no la que él conocía. Tanto el hombre como los libros desaparecieron.

Según Baillet, Descartes comprendió, sin despertar, que estaba soñando y, de inmediato, interpretó que la enciclopedia representaba las ciencias unificadas y el libro de poesía significaba la unidad de la sapiencia filosófica. Quizá los poetas no fuesen muy brillantes ni sirviesen demasiado, pero había en ellos semillas de sabiduría capaces de encender ciertas chispas. Y el poema que comenzaba «¿Qué rumbo seguiré en la vida?» contenía buenos consejos, incluso en teología moral.

Cuando Descartes despertó al fin, consideró que los poetas representaban la revelación y el entusiasmo. El «Sí y no» pertenecía a Pitágoras, y aludía a la verdad y la falsedad en el entendimiento y las ciencias humanas. Descartes decidió que el espíritu de la verdad había querido abrirle las ciencias. E interpretó que la visita de un pintor italiano al día siguiente confirmaba que los retratos eran una señal y que esta revelación venía de Dios.

Según Baillet, Descartes entendió que los dos sueños intimidatorios le advertían acerca de sus pasados desvíos respecto de la senda verdadera, pero el tercero le mostraba cómo debía encarar el resto de su vida. El melón representaba los encantos de la soledad. El viento era un espíritu maligno que lo impulsaba en la dirección que quería seguir, hacia la iglesia, pero Dios impedía que el demonio triunfara, aunque Dios había conducido a Descartes por ese camino. El sueño del trueno se relacionaba también con sus pecados, pero además era el espíritu de la verdad que descendía para poseerlo.

Baillet observó que era la víspera de San Martín, fecha en que la gente sabía embriagarse, pero Descartes llevaba tres meses sin beber vino.

Hacía varios días que se hallaba en un estado de entusiasmo y había predicho que los sueños le llegarían desde lo alto.

Opinaba Baillet que después de aquella revelación Descartes juró realizar una peregrinación a Nuestra Señora de Loreto, en Italia, y que prometió también que para la Semana Santa de 1620 concluiría un tratado que estaba escribiendo. No tenemos pruebas de que cumplierse estas promesas. Más aún, en Loreto está la casa donde se supone que María fue transportada de forma milagrosa. Cuesta imaginar a este joven de inclinaciones científicas haciendo esa peregrinación, pero quién sabe.

Los sueños han resultado embarazosos para los cartesianos que han enfatizado la razón y no han aceptado que la filosofía de Descartes se iniciara con una serie de sueños místicos que él tomaba como revelación divina. Pero no comprendo por qué alguien que conociera las conversaciones y el trabajo de Descartes con Beeckman habría de pensar que los sueños le revelaban el rumbo de su vida. Baillet situó estos sueños en el marco de la vida de un santo. Episodios semejantes son el gran momento de inspiración que han tenido todas las personas auténticamente religiosas. Al caso, Pascal habría tenido una revelación parecida en medio de su desesperación. Se supone que habría escrutado el firmamento cuajado de estrellas y el espacio infinito lo habría aterrado. Entonces, habría recibido la visita de Jesús. Pascal anotó esta revelación en un papel que, al parecer, llevó prendido en su camisa el resto de su vida. Descartes también llevaría siempre consigo el diario de sus sueños.

Pero, aun concediendo que el contenido básico de los sueños esté presentado con cierta precisión, uno se pregunta si Descartes les atribuiría origen divino. Quizá pasó un par de horas rezando y reflexionando sobre sus pecados y acerca del bien y del mal, pero en ninguno de los escritos que nos han llegado hallamos prueba alguna de que así fuera. En cuanto a la plegaria, sólo comentó que no debía pedirle a Dios que alterase Su voluntad para modificar el mundo en conformidad con nuestros propósitos. Si se deseaba rezar, había de rogar a Dios que hiciese lo que ya había decidido hacer cuando creó el mundo.

Aun Baillet señaló que Descartes comentó que había hecho un descubrimiento maravilloso ese día del 10 de noviembre de 1619, antes de tener los sueños, y que esperaba los sueños a causa del entusiasmo por su descubrimiento. Los sueños no le indicaron el rumbo. Los sueños se produjeron porque él ya seguía el rumbo de su vida. O bien, como sospecho, Baillet adornó cuanto quiso los sueños de Descartes.

Y así eran las cosas hasta que Cole escribió su brillante libro. La interpretación de los sueños que hizo Cole es la mejor de cuantas conozco.

Pero antes de pasar a la interpretación de Cole, quiero detenerme a examinar una circunstancia muy curiosa. Durante el período de más de cuatro años que va desde enero de 1618, cuando Descartes partió de las Provincias Unidas, hasta abril de 1622, en que firmó un documento con su hermano Pierre en Rennes, sólo tenemos noticia del nombre de una persona a quien Descartes conoció (o pudo haber conocido) fuera de Francia: Faulhaber. Más aún, en los quince meses previos a su estancia en las Provincias Unidas, sólo conocemos el nombre de una persona con la que trató: Isaac Beeckman. No sabemos nada sobre sus compañeros de armas de las Provincias Unidas y Alemania, sobre los amigos y camaradas que tuvo mientras seguía a los ejércitos. Quizá conoció a Faulhaber, pero aunque así fuese no dejó constancia de ello. En años posteriores escribiría cartas a varios ingleses, pero nunca a un alemán. Lo mismo vale para el tiempo que estuvo después en Italia, alrededor de un año y medio, sobre el cual no tenemos documentación. Empiezo a sospechar que esos nueve años que Descartes pasó recorriendo mundo, según sus declaraciones, transcurrieron en gran medida en Bretaña, Poitou y París, pues conocemos los nombres de muchas personas que frecuentó en Francia durante ese tiempo. En fin, como ya he comentado, es un agujero negro.



El poeta Guez de Balzac (1579?-1654),
amigo de Descartes en París
Fotografía de Zbigniew Janowski (de un grabado)

CAPÍTULO CINCO

El rebelde

NO ESTOY PREPARADO PARA UNA MAGISTRATURA

Descartes conoció a Beeckman el 10 de noviembre de 1618 y se inspiró en él para aplicar la matemática a los problemas de la ciencia natural. Esta idea no era nueva, pero los ordenados cuadernos de Beeckman, con dibujos, cálculos y descripciones, entusiasmaron a Descartes. ¡Sensacional! Él quería un cuaderno como aquél.

El 10 de noviembre de 1619, Descartes señaló en su propio cuaderno que ese día estaba lleno de entusiasmo y había descubierto los cimientos de una ciencia nueva y maravillosa. Esa noche tuvo los tres sueños que todos sus biógrafos, desde Baillet, han presentado como cruciales para determinar el rumbo que Descartes seguiría en la vida. Un año después, justo el 11 de noviembre de 1620, cuando todavía estaba en Alemania, Descartes añadió una apostilla al texto en la que comentó que ese día había comenzado a entender los fundamentos de su maravilloso hallazgo.

La mayoría de los comentaristas piensan que en noviembre de 1620 Descartes había avanzado bastante en el método de análisis matemático que, en parte, conocemos como geometría analítica. Su utilidad consistía en exponer y resolver problemas en las cuatro ciencias matemáticas tradicionales conocidas como cuádrivio —geometría, aritmética, astronomía y música—, así como en óptica, mecánica e, incluso, en fisiología y medicina.

Este método de análisis matemático brindaba el fundamento para la ciencia unificada que Descartes buscaba, impulsado por Beeckman. En vez de clasificar las ciencias según su objeto (la física para los cuerpos no

vivientes, la biología para los cuerpos vivos, etcétera), como había hecho Aristóteles, Descartes trataba todos los cuerpos de la misma manera, ya que en la naturaleza todo era un cuerpo en movimiento que podía describirse y mensurarse. La ciencia cartesiana, pues, es una mecánica universal donde es posible formular representaciones matemáticas de cómo todo funciona y se relaciona con todo lo demás. Un resultado incidental de esta labor es que Descartes, que ya era un genio para resolver problemas geométricos, ahora podía resolver casi de manera automática aun los problemas más arduos. Como he señalado, sin duda ganó apuestas y competiciones de este modo, y lo imagino como una especie de tahúr que no perdía la oportunidad de vaciar bolsillos ajenos. Pero los dueños de esos bolsillos habrán tenido que avisparse porque, al menos en 1628, Descartes tenía fama de ser invencible.

Es muy probable, pues, que durante los dos años transcurridos entre el 10 de noviembre de 1618 y el 11 de noviembre de 1620 Descartes realizara el trabajo que lo ha situado entre los más grandes genios matemáticos de todos los tiempos. Pero no publicó su método analítico hasta 1637, en *La geometría*.

Descartes se fue de Alemania antes del final del invierno de 1620, y su paradero no está documentado hasta dos años después, esto es, hasta el 3 de abril de 1622, fecha en la que firmó en Rennes un acta que regulaba sus cuentas con su hermano Pierre. Durante ese período de dos años, Baillet sostenía que Descartes había abandonado el servicio del duque de Baviera (tras la Batalla de la Montaña Blanca) para sumarse al ejército imperial que conducía el conde de Bucquoy, a fin de participar en el sitio y destrucción de Hradisch en Moravia, y en la devastación de otros poblados a cuyos habitantes se masacró por simpatizar con Federico V de Bohemia. Hablo de asesinatos, violaciones y muerte de niños. No existe ninguna prueba de que Descartes interviniera en esa orgía genocida. (Y ni siquiera pertenezco a la Sociedad Protectora de san Descartes. Pero nótese que es anacrónico deplorar el exterminio de protestantes por parte de los católicos; Baillet pensaba que al enviarlo en esta sagrada y mortífera misión, ensalzaba a Descartes por su piedad y su ortodoxia religiosa.) Descartes mismo citó el genocidio como uno de los mayores crímenes, junto con la traición contra las ciudades, el magnicidio y la ejecución de príncipes o reyes.

El 31 de marzo de 1621, René Descartes tenía veinticinco años, la mayoría de edad. Es razonable situarlo en Rennes en su cumpleaños y no en el norte de Alemania, con fuego en el vientre y sangre en la espa-

da. El 31 de marzo de 1621 recibió la herencia de su madre, una casa en Poitiers y cuatro pequeñas granjas cerca de Châtellereault, en Poitou: La Bobinière, la Grand Maison, La Petit-Marais y Le Perron, de la cual sabemos que tomó su título de señor de Perron. La mayoría de edad era todo un acontecimiento. El padre de Descartes esperaba que su hijo estuviera presente para saber lo que él planeaba para su segundogénito. Es seguro que Descartes, al irse de Alemania, fue a ver a su familia en Rennes, donde solicitó a su padre autorización para vender las propiedades que había heredado. Esta autorización no era necesaria legalmente, pero habría sido inconcebible que Descartes vendiera las propiedades sin ella. Y sin duda lo sacó de quicio tener que avenirse a no vender sin la aprobación de su hermano mayor. Al menos, obtuvo autorización para echarles un vistazo.

El 22 de mayo de 1622 Descartes firmó contratos de venta en Poitiers, y le escribió a su padre al respecto. Quizás obtuvo autorización para vender partiendo de la premisa de que Descartes invertiría el dinero en comprar un puesto. Con esa finalidad, el 21 de marzo de 1623, Descartes le escribió a su hermano y a su padre desde París, mencionando la muerte de René Sain, hijo de su madrina (o esposo o sobrino de ella, según otras fuentes). René Sain había fallecido en Turín cuando era un oficial de intendencia que se encargaba del avituallamiento del ejército francés de los Alpes. Podía ganarse mucho dinero en estos puestos. La propuesta de ir a Italia para encargarse de los asuntos de René Sain, según los deseos de la madrina, sin duda sugeriría a la familia que él compraría el puesto ahora vacante. Había estado con los militares en Breda y Alemania, así que tenía sentido permitirle vender sus propiedades para que fuera oficial de intendencia. En julio de 1623, Descartes había vendido las cinco propiedades por una suma total de entre veinticuatro mil a veinticinco mil libras, que no se le pagaron al contado, sino al menos en parte como intereses, a tanto por año. El interés sobre las fincas e inversiones constituía el ingreso de muchos propietarios que, como Descartes, carecían de empleo. La mayoría de los hombres de la edad, la educación y la condición social de Descartes tenían puestos u oficios que generaban un ingreso. Descartes era una excepción, lo cual sin duda irritaba a su hermano. El *cadet* vendía propiedades familiares, gastaba las rentas para vivir, no compraba un puesto lucrativo en el gobierno, no se casaba con una mujer rica: René Descartes era un zángano, un parásito de la familia.

Baillet afirmó que las propiedades y ventas brindaban a Descartes

un ingreso anual de seis mil o siete mil libras, pero Cohen señaló, con acierto, que esa cifra resulta excesiva. Lo más probable es que fueran seiscientas o setecientas libras, lo cual sería suficiente para que Descartes viviera en modesta independencia. Claro que las pautas familiares a buen seguro eran más exigentes y tanto su padre como su hermano esperarían que avanzara en el mundo. Sin duda lo autorizaron para ir a Italia, encargarse de los asuntos de René Sain y, quizá, comprar su puesto.

Descartes no fue a Italia de inmediato, sino que al parecer viajó primero a París. Baillet escribió que la llegada de Descartes a París se produjo en febrero de 1623, durante la gran histeria provocada por la «amenaza» rosacruz. Alguien había puesto un letrero en el que podía leerse que los hermanos rosacruces se acercaban. ¡Se desplazarían invisibles en medio de la población! Había canciones satíricas y entremeses sobre los rosacruces, y Baillet afirmó que corrían rumores de que Descartes era rosacruz porque acababa de llegar de Alemania. A continuación, Baillet contó que, en un golpe maestro destinado a disipar esos rumores, «Descartes se hizo visible para todos». Una magnífica historia, pero Adam no se dignó repetirla, ni me dignaría yo sino fuera porque es una de esas historias inventadas que se repiten con frecuencia en la bibliografía cartesiana y que sin duda se contaba en esa época acerca de muchas lumbreras que estaban en la ciudad. Como Whistler respondió a Oscar Wilde (quien había observado: «Ojalá yo hubiera dicho eso»): «Lo dirás, Oscar, lo dirás.»

En opinión de Baillet, los asuntos de René Sain eran sólo un pretexto para ir a Italia. Pero en cuanto al destino y las actividades de Descartes en ese país, Cohen lo explicó sin rodeos: «En lo concerniente a este viaje, no sabemos nada, salvo que lo realizó» (C 412). Baillet describió la gira habitual, el trayecto que siguió Montaigne en 1581. Era la ruta convencional. Todos iban a Venecia para ver las nupcias del dux con el Adriático, el día de la Ascensión, en mayo. Parece probable que Descartes estuviera en Roma para la inauguración del año del jubileo, 1625. Y Descartes debió de visitar a Galileo. (En una carta del 11 de octubre de 1638 escribió que nunca lo conoció, pero podría tratarse de una actitud elusiva, ya que acababa de recibir la pasmosa noticia de que la Iglesia había condenado al astrónomo italiano.) Sin duda el estudiante de arquitectura militar iría a presenciar el gran sitio de Gavi. Y una persona piadosa realizaría la peregrinación a Loreto. *El peregrino de Loreto* del padre Richeome, publicado en 1604, contiene instrucciones para ello. El libro fue en aquel tiempo muy popular, los jesuitas lo usaban, y es inconcebible que Descartes no lo leyese en La Flèche. En cuanto a Loreto,

Adam realizó un comentario agudo: «Por último, habría sido un pequeño escándalo que un viajero francés en Italia, católico y antiguo alumno de los padres jesuitas, no hubiera ido a Loreto, y Descartes nunca fue propenso a escandalizar a nadie» (A 64). Adam olvidó que Descartes se mofó de Beeckman al conocerle. Pero, en esencia, estoy de acuerdo. Sin duda Descartes quiso ir a Loreto para ver el espectáculo, puede que porque había hecho una promesa, o sólo porque la gente va, tal como Pat y yo (que carecemos de formación católica) hemos ido a Lourdes varias veces, para ver el espectáculo. La procesión de los tullidos es fabulosa.

En los escritos de Descartes, sin embargo, Italia sólo figura dos veces. El 15 de abril de 1631, Descartes le escribió a Balzac diciendo que el aire de Italia era malo, que el clima era demasiado tórrido, que había demasiados asesinos y carteristas; en general era un sitio digno de visitar pero no apto para vivir si un hombre buscaba salud, paz y seguridad. Cruzó los Alpes cerca de Mont-Cenis en mayo, durante la temporada de avalanchas, pues comentó el estruendo que producían y, luego, planteó la hipótesis de que el trueno lo causaban nubes que descendían de las zonas superiores del aire a las inferiores.

Sin duda Descartes cogió el paso principal del Mont-Cenis, que es muy antiguo. Se supone que Aníbal cruzó por allí con sus elefantes. Y Carlomagno también lo atravesó con sus ejércitos. Las avalanchas a las que aludía Descartes se produjeron allí. Hay vistas espectaculares de escarpadas cimas con vestigios de ejemplos clásicos de aludes. Descartes pudo haber visto y oído avalanchas en esa ruta en 1623 y 1625 (es decir, a la ida y a la vuelta), cuando el clima de la Pequeña Edad de Hielo estaba en su cúspide y los glaciares avanzaban por los Alpes. Mayo sería mucho más frío que en la actualidad.

El 23 de mayo de 1998 Pat y yo caminamos desde Lanslebourg-Mont-Cenis, en los Alpes, por el paso principal de Mont-Cenis, hasta el desfiladero del Petit Mont-Cenis, otra ruta que desciende al río Ambion y a la localidad de Bramans, sobre la principal entre Grenoble (Francia) y Turín (Italia). Fue un trayecto de treinta kilómetros y nos llevó nueve horas.

Pat y yo bajamos desde el desfiladero del Petit Mont-Cenis hasta el río Ambion y cogimos la vereda —a estas alturas, una carretera— que conducía a Bramans. A lo largo del camino, pasamos por la capilla de Nuestra Señora de la Liberación. Al lado, indicando una senda herbosa con anchura suficiente para un automóvil, había un letrero en el que podía leerse «Bramans Direct»; un atajo. Lo tomamos.

Pronto descendíamos por una cuesta abrupta entre los árboles, cada vez más empinada. Llegamos a una vasta cantera, una pared que bajaba casi trescientos metros en vertical a nuestra derecha. Pero la senda seguía el descenso por la abrupta ladera de la izquierda. Y, de pronto, nos encontramos en un risco de seis metros de anchura con un precipicio de más de cien metros a la izquierda y casi trescientos a la derecha.

Pat y yo estamos habituados a las excursiones de montaña. Y contamos con cuarenta años de experiencia en escalada, ya que somos aficionados a la exploración de cavernas. A medida que continuábamos, el ascenso en sí no presentaba problemas. Pero el risco era de tierra, arena y roca poco firme.

—Esto es una locura —exclamó Pat.

—Ya no hago cosas así —añadí yo—. Me adelantaré para echar un vistazo.

Pronto regresé.

—Creo que está bien —observé.

Pat no respondió: el «creo» la había puesto en guardia.

Miramos la cuesta terrosa por donde habíamos llegado. Con los declives a ambos lados, sin sostenes sólidos, no nos convenía escalarlo a la vuelta.

La pared en la que nos hallábamos era muy abrupta, sin nada que detuviera un resbalón en esos cien metros. Pat estaba detrás de mí, a mayor altura. Echó a andar por la cima, apoyándose en la ladera, con el torso inclinado sobre el borde de aquel precipicio de trescientos metros.

—Baja, baja —le indiqué, con voz tan suave como pude.

Era una pequeña cornisa artificial, abierta con explosivos. Veía fisuras en la roca, y temí que se desprendiera. Y Pat con ella.

—Allá abajo no hay ningún apoyo —me explicó.

—Baja —respondí—. No podrás continuar desde allí.

Pat descendió despacio, hacia mí. Estiré los brazos y le sujeté un pie, luego el otro, ayudándola hasta que llegó a mi nivel. Ahora sólo debíamos preocuparnos por el precipicio de cien metros, tres metros cuesta abajo sin nada en el medio salvo la arena terrosa y pedregosa. Nos desplazamos hasta una pared de roca donde descendimos tres metros hasta una cuesta más suave, donde había árboles y arbustos en los que sujetarse. Yo ya lo había hecho una vez, y había dejado allí la mochila, que ahora recogí.

Llevaba en ella quinientas páginas manuscritas de este libro, y cuatro voluminosos diarios con todas mis notas acerca de las cartas de Descartes y la obra de sus tres biógrafos principales, Baillet, Adam y Cohen. No se lo

confiaba a la consigna de equipajes de la estación ferroviaria. Si perdía la mochila, perdería este proyecto. Me la ceñí a la espalda y exclamé:

—Creo que podemos bajar por allá.

Pat había enmudecido. Luego me explicó que estaba segura de que resbalaría en esa pendiente terrosa, me arrastraría por el borde y rodaríamos cien metros hasta el suelo del valle.

Continuamos ladera abajo a la izquierda y, al fin, por una pared de roca de treinta metros, a veces sujetándonos en la roca, a veces en árboles y arbustos, hasta llegar al valle.

El suelo del valle era de roca árida. Caminé cien metros, hasta donde la cantera lo cortaba. Podríamos haber virado hacia la izquierda por una roca combada sobre el gran declive, pero no habíamos pensado en ello.

Siempre creí que moriría, tan sólo porque había comenzado a hacer algo y me obstiné en seguir en vez de detenerme, para terminar lo que había empezado. Muy cartesiano. Antes que Descartes se dispusiera a encontrar la verdad, se fijó tres máximas de conducta. La segunda es:

Ser tan firme y resuelto en mis actos como me sea posible, y atenerme con igual constancia aun a las opiniones más dudosas, una vez que haya decidido aceptarlas, como si su solidez fuera incuestionable. (AT VI 24.)

A estas alturas, ambos lados del valle eran paredes de roca. Pat y yo caminamos valle arriba. Treinta metros a la derecha (ahora en dirección contraria a la cantera) parecía haber un bosque. No podíamos distinguirlo porque la pared era muy abrupta. Eché a andar por un arenal y Pat por otro. Al cabo de veinte metros eran demasiado empinados, de modo que ambos regresamos deslizándonos ladera abajo. Continuamos de nuevo valle arriba, esperando no toparnos con la pared seca de una cascada que nos cortase el paso. Pronto llegamos a unas raíces colgantes. Trepamos por ellas en la abrupta ladera, ahora de tierra y roca, pendiendo de árboles y arbustos, treinta metros, hasta que alcanzamos un prado verde en suave declive. Subimos varios cientos de metros hasta un sendero que nos llevó a un camino de tierra que conducía a la continuación del sendero, a lo largo de la carretera pavimentada que habíamos dejado una hora atrás. A partir de entonces nos atuvimos al sendero principal.

Esperaba que nuestra excursión me brindara otra anécdota acerca de mi busca de Descartes. Pero no sospechaba que arrojaría una luz tan estremecedora sobre su vida. Creo que al fin de su vida Descartes fue a

Suecia tan a regañadientes como nosotros descendimos ese risco. Después de los primeros pasos, no había vuelta atrás. Y él estaba aterrorizado. «Aquí no estoy en mi elemento», le escribió a De Brégy el 23 de diciembre de 1649. Seis semanas después había muerto. Aún no había cumplido cincuenta y cuatro años.

—Una mujer de sesenta y seis años y un hombre de sesenta y siete no deberían hacer estas cosas —le confesé a Pat cuando hacía un rato que caminábamos por la senda principal. Me miró de hito, con esa cara que pone cuando expreso una obviedad.

Mientras andábamos por la carretera, recordé que además de escribir en su *Discurso del método* que uno debería atenerse al rumbo que ha tomado, Descartes también recomendaba «aquellas grandes carreteras que serpentean por las montañas, que en virtud de ser recorridas tan despacio se tornan tan suaves y transitables que es mucho mejor ir por ellas que tratar de coger un trayecto más directo, trepando rocas y bajando al fondo de los precipicios» (AT VI 14).

Entre el 21 de marzo de 1623 y el 24 de junio de 1625, esto es, durante veintisiete meses, existe otra laguna. Hacia el 24 de junio de 1625, hacía tiempo que Descartes estaba de regreso en Francia, pues ese día le escribió a su padre sobre el puesto de comisionado general que estaba en venta en Châtellereault. Era el cargo que había ocupado su tío abuelo Michel Ferrand II, así que la familia aprobaría que Descartes lo comprara. Le pedían cincuenta mil libras, un precio razonable. Descartes informó de que sólo tenía treinta mil libras. (Interesante. De las propiedades que había vendido dos años antes sólo había obtenido veinticuatro o veinticinco mil libras. De modo que al regresar de Italia no sólo era más sabio sino también más rico.) Señaló que sus amigos, es decir, sus familiares, estaban dispuestos a cubrir la diferencia.

En julio de 1625, Descartes se alojaba en el Hotel l'Image Saint-André de Châtellereault. Parece obvio que contaba con la aprobación paterna, porque vendió más propiedades familiares: La Brétallière, La Braguerie, La Durrandie, Courgère, el feudo de Montbaudon y La Parentière. Así obtendría dinero suficiente para comprar el cargo. Y seguro que pensó en hacerlo. Pero al final, Descartes escribió que incluso su padre convendría en que su segundogénito aún no tenía experiencia suficiente para asumir una magistratura; para cerciorarse de que lo entendiera, añadía que cuando él obtuviera más formación, sería demasiado mayor para aquel puesto.

Esto debió de sacar de quicio al padre de Descartes. ¿Qué tenía que

ver la experiencia con un puesto comprado? Uno pagaba el precio, se prestaba a la farsa de los exámenes de rigor y asumía el puesto. Luego, amasaba con discreción una fortuna. No era tan difícil de entender.

El padre de Descartes se hallaba en París. Pero aun antes que él recibiera la carta, su hijo también había partido hacia París. Cuando llegó Descartes, su padre se había marchado a Rennes. Y ésta es la última vez en que nos llegan noticias de una carrera legal para el segundogénito de Joachim Descartes. Pero quizás el asunto no terminó ahí. En París, Descartes se alojó con Vasseur d'Étoiles, amigo de su padre y recaudador general del rey, que viajó con Descartes en la primavera de 1626, una vez a Poitiers y Châtellereault, y otra a Rennes. Cabe suponer que ése fue el último intento de persuadir a Descartes de comprar el puesto, y que el viaje a Rennes era para que D'Étoiles explicara al padre de Descartes que uno podía darle un consejo a René, pero no obligarlo a seguirlo.

Descartes cogió el dinero y salió corriendo.

Aquella suma sería la base de su independencia el resto de su vida. Una vez más, la única fuente conocida de sus ingresos es el juego. Hablando de Descartes en París en 1624, Baillet afirmó: «Estaba curado por completo de esa inclinación al juego que antes lo impulsaba» (B I 131). Traducción: el hombre era un fullero.

La dinastía familiar se consolidó en Bretaña, a pesar de la fuga de Descartes. Joachim entregó su primer puesto de letrado a Pierre en 1618, y pronto compró otro para sí mismo. El 2 de diciembre de 1625, Joachim renunció a su segundo puesto para entregarlo a su hijo Joachim II, de veintitrés años, pero con la estipulación de que el padre lo conservara cuatro años más. Y así continuó desde entonces, con detalles que no suministraré aquí porque son posteriores a la muerte de Descartes.

En 1625, pues, Joachim Descartes estaba tramitando el puesto del primogénito de su segundo matrimonio, y el segundogénito de su primer matrimonio, de veintinueve años, carecía de ocupación. ¿Cuándo sentaría cabeza? Cole expresó la opinión del padre de Descartes: «Un hombre honorable debía luchar para conseguir tres cosas: la propiedad de fincas con tierras; un puesto judicial o, en su defecto, una carrera legal; y un matrimonio honorable» (p. 95). René Descartes era la oveja negra de la familia.

Si Descartes quería holgazanear, ¿por qué no se casaba con una mujer rica? Así se libraría de su parentela. Joachim tenía una modesta fortuna, propiedades y un título procedente de su segundo matrimonio. Cualquiera diría que su hijo René tendría la astucia de imitarlo. En defi-

nitiva, el hombre no era cura ni rosacruz —Naudé afirmaba que los rosacruces hacían votos de celibato—, así que nada le impedía casarse.

En ese aspecto, sólo disponemos de otra anécdota, un chisme recogido por un presbítero oratoriano, el padre Nicolas Poisson, quien era asistente de Baillet. Baillet lo citó con frecuencia. Poisson compilaba todas las anécdotas que podía encontrar sobre Descartes, la mayoría de las cuales Baillet usó sin discernimiento. Ésta se relaciona con Madame du Rosay, quien, al llegar a cierta edad, solía contar que Descartes la había cortejado en su juventud. Un día, mientras caminaba con ella, lo atacó un rival que competía por las atenciones de la dama. Descartes desarmó al hombre, pero en vez de devolver el golpe al impetuoso galán, le devolvió caballerosamente la espada, asegurándole que debía la vida a la damisela por quien la había arriesgado. Ecos de *Amadís de Gaula*. Baillet (a través de Poisson) comentó que más tarde, en una conversación cuartelaria sobre mujeres, Descartes, «tras expresar su asombro de ver a tantos embobados por el amor, les aseguró que él nunca había sido afectado de esa manera, y que en su propia experiencia (por no mencionar la exquisitez de sus gustos), entre las cosas más difíciles de hallar en el mundo estaban una bella mujer, un buen libro y un predicador perfecto» (B II 501). Esta frase no es original de Descartes, si es que alguna vez la pronunció. No me fío en absoluto de esta historia, aunque no dudo que Madame du Rosay contara la suya.

El puesto de comisionado general de Châtellereault habría sido perfecto para el segundogénito de Joachim Descartes. Era modesto pero digno. Sería apropiado que la familia lo recobrara. Conduciría a un matrimonio respetable y a la adquisición de propiedades en Châtellereault. Más aún, la vieja casa Ferrand-Descartes todavía estaba allí, lista para que la ocupasen. Su padre la había legado a Pierre y René, aunque sin duda se la habría dado sólo a René si él hubiera comprado el puesto. Luego René tuvo que presionar a Pierre para que le diera parte del dinero, cuando Pierre vendió esa vieja finca.

La oveja negra se fue a París. El 16 de julio de 1626, Descartes escribió desde allí una carta a su hermano Pierre sobre cuestiones económicas. Y allí conoció al padre Marin Mersenne, el sacerdote mínimo que manejaría la correspondencia de Descartes cuando el filósofo viviera en las Provincias Unidas. Los mínimos eran vegetarianos. No consumían ningún producto animal, sólo frutas y verduras. San Francisco de Paula, que fundó el orden de los mínimos en 1435, los llamó así para que fueran aún más humildes que los franciscanos, que se denominaban «me-

nores». No obstante, Mersenne tenía dinero suficiente para pagar una inmensa correspondencia, libros y experimentos científicos.

A estas alturas, Descartes había afianzado su reputación frente a tres prestigiosos matemáticos de la época: Claude Hardy, magistrado en Châtelet; Claude Mydorge, tesorero de Francia en Amiens, y Florimond de Beaune, abogado del Présidial en Blois. Mydorge también construía lentes, de modo que quizá despertó el interés de Descartes por la óptica. Es asombroso que todos los amigos de Descartes (excepto sus ayudas de cámara y el constructor de lentes Ferrier) fueran ricos. Es posible que alguno de sus amigos docentes tuviera menos dinero que él, pero eso tampoco está claro. Mydorge supone un maravilloso ejemplo. A la hora de su muerte, había gastado cien mil escudos (unos diez millones de dólares en el 2000) en lentes, espejos parabólicos y experimentos en matemática y física, para angustia de sus herederos.

También pertenece a este período una anécdota que refirió Baillet de la que quizá nazca la idea de que Descartes se quedaba meditando en la cama hasta las once de la mañana. Hela aquí.

En 1628 Descartes se alojaba en París con un amigo de su padre, Nicolas Le Vasseur d'Étoiles, recaudador general del rey (obviamente, un hombre a quien convenía conocer). Baillet afirmó que Descartes encontraba la vida social tan perjudicial para su tiempo y sus pensamientos que se marchó sin decirle a nadie adónde iba. Una mañana, cinco o seis semanas después, Le Vasseur se topó con el ayuda de cámara de Descartes en la calle y lo sobornó para que lo condujera hasta Descartes.

Eran las diez y media cuando Le Vasseur se agachó en silencio para espiar por el agujero de la cerradura de la habitación donde Descartes aún estaba acostado. Estaba en cama, con las ventanas abiertas de par en par, las cortinas recogidas. Varios papeles cubrían la mesilla de mármol redonda, cerca de la cabecera de la cama. Le Vasseur observó: Descartes se incorporaba en ocasiones para escribir y luego se recostaba de nuevo para pensar.

Al cabo de media hora, Descartes se levantó. Le Vasseur golpeó la puerta como si acabara de llegar y a Descartes lo absorbió de nuevo el torbellino social, y se contaba que presentó con gran donaire sus disculpas a Madame Le Vasseur.

Es el único dato que tenemos en dieciocho meses. El 22 de enero de 1628 Descartes estaba de vuelta en Bretaña como padrino de Joachim, hijo de su hermano Pierre, en Kerleu de Elven. Y el 30 de marzo de 1628,

Balzac le envió una carta dirigida a Bretaña. Pero quizá pasó mucho tiempo en París, de 1626 a 1628.

Además de sus tratos con matemáticos, Descartes pudo conocer a un famoso poeta de la época, Théophile de Viau, y, como hemos señalado, era amigo de Guez de Balzac, el mejor estilista de esos tiempos. El 15 de abril de 1631, una vez que se estableció en las Provincias Unidas, Descartes le escribió a Balzac exhortándolo a regresar. Théophile y Balzac habían visitado las Provincias Unidas juntos en 1615, cuando Théophile tenía dieciocho años y Balzac veinticinco. Luego, Théophile escribiría que su asociación con Balzac, a quien consideraba un hombre de raras inclinaciones, era lo más repulsivo que había hecho. Théophile era autor de versos satíricos, eróticos, licenciosos, sacrílegos e irreverentes que hacían furor hacia 1620. Contaba con el apoyo del duque de Luynes, principal asesor de Luis XIII, y escribía propaganda para el duque.

La obra *El Parnaso de los poetas satíricos*, que incluye algunos poemas de Théophile, se publicó en 1622 y 1623, y de nuevo en 1625 bajo el nombre de Théophile. Al parecer, esta edición fue obra de sus enemigos, para incriminarlo. Otro amigo de Descartes, Jacques Vallée Desbarreaux, había publicado obras de Théophile en 1621 y 1623. Théophile sufrió el destierro en 1619, se lo quemó en efígie en 1623 y lo emprisionaron en 1625. Aquél fue uno de los grandes juicios del siglo, y en 1625 lo desterraron de nuevo. Pero en Francia contaba con la protección del duque de Montmorency, hasta que murió de tuberculosis a los treinta y seis años, en 1626. El duque organizó un pomposo funeral al cual asistieron, según Adam, por lo menos dieciocho sacerdotes.

La relación de Descartes y Théophile está documentada de varias maneras. Desbarreaux, el primer editor de Théophile, visitó a Descartes en 1641. En 1647, en una carta a Chanut, Descartes citó varios versos de Théophile. Por último, como señalábamos, Théophile había estado en las Provincias Unidas con Balzac (quien lo abandonó cuando se encontraba en apuros, lo cual puede explicar el insidioso comentario que Théophile hizo sobre él) y la correspondencia entre Descartes y Balzac demuestra que se conocían bastante.

En 1628, Descartes escribió una carta en latín (quizás a su amigo común, Jean de Silhon) en defensa de la segunda compilación de cartas publicadas de Balzac. Tres de las cartas del volumen estaban dirigidas a Descartes, y contenían, como apuntó Adam, «moderadas máximas morales estoicas, muy similares a las que nuestro filósofo adoptó en 1619» (A 80). En una carta fechada el 30 de marzo de 1638, Balzac pedía a Des-

cartes la prometida biografía. En su respuesta del 14 de junio de 1637, Descartes satisfizo la petición, pues adjuntó un ejemplar del *Discurso del método*.

Además de estas escaramuzas literarias, un acontecimiento de gran importancia ocurrió a Descartes entre el 24 y el 25 de agosto de 1624 en París. Tres hombres, Jean Bitault, Étienne de Claves (conocido como «el doctor químico») y Antoine Villon (conocido como «el soldado filósofo») habían pegado letreros que anunciaban dos días de debates —un sábado y un domingo— en oposición a Aristóteles. Adam escribió que «se había reservado una de las salas más bellas de París y ya había casi mil personas reunidas» (A 86) cuando el primer presidente del Parlamento envió la orden de evacuar. El Parlamento condenó al exilio a los tres sospechosos y prohibió enseñar contra los autores antiguos so pena de muerte. Sólo se apresó y arrestó a De Claves. Villon y Bitault huyeron.

Durante este alboroto, se presume que Descartes estaba en Italia, pero se habría enterado de los detalles a su regreso.

El hijo de Joachim Descartes tuvo que prestar atención a los decretos oficiales: no oponerse a Aristóteles. En julio de 1626, Joachim Descartes estaba en una comisión de magistrados de Bretaña que conducía el juicio por traición contra el conde de Chalais, quien había conspirado con Gaston, hermano de Luis XIII, para derrocar a Richelieu. El 18 de agosto de 1626 se condenó al conde a la tortura, la decapitación y el descuartizamiento; su cabeza sería clavada en una pica y los trozos de su cuerpo colgados en la calle, sus residencias demolidas y sus bosques talados. Su madre logró evitar el descuartizamiento. Como decano del Parlamento, Joachim Descartes informó (de su puño y letra) todo esto al rey, y en 1628 recibió la debida recompensa: una carta de recomendación del monarca, quien se hallaba en el campo de batalla de La Rochelle.

Es hora de analizar los resultados que obtenemos al observar otro conjunto de coincidencias. En *The Olympian Dreams and Youthful Rebellion of René Descartes* (1992), John R. Cole se detuvo en un dato que ningún otro especialista había investigado. Así, Cole hizo referencia a la serie de tres sucesos ocurridos entre el 10 y el 11 de noviembre (día de San Martín) que fueron significativos en la vida de Descartes: 10 de noviembre de 1616, encuentro con Beeckman; 10 de noviembre de 1619, descubrimiento y sueños; 11 de noviembre de 1620, nota sobre los fundamentos. Cole comentó que el 10 de noviembre de 1616, «Descartes logra completar su formación profesional en derecho en Poitiers y recibe su licenciatura con honores» (p. 79). La clave para la interpretación de

los sueños que realizó Cole es la recurrencia de la víspera del día de San Martín, santo patrono de los abogados.

«Mi hipótesis —afirmó Cole— es que los sueños olímpicos de Descartes se relacionaban con su rechazo del derecho y su afán de consagrar una vida a la busca de la verdad» (p. 129). Los sueños se produjeron en la noche de la festividad de San Martín, que se celebra el 11 de noviembre, y por tradición el año judicial comienza el 12 de noviembre, cuando se renuevan los contratos y los abogados y jueces prestan su juramento.

He aquí la interpretación de Cole. Descartes estaba de viaje, buscando el camino acertado en la vida. En el primer sueño caminaba por una calle, perdía la fuerza del lado derecho y no lograba mantenerse erguido. Se inclinaba sobre la izquierda y, luego, esto le causaba preocupaciones sobre el castigo por sus pecados y temía que un espíritu maligno tratase de seducirlo. La izquierda es la siniestra. Pero un significado claro de «derecho» en francés (*droit*) es el relacionado con las leyes. En ese primer sueño, Descartes rechazaría, pues, el derecho y giraría hacia la izquierda. «Sólo se requiere otro paso —afirmó Cole—, y por cierto no demasiado grande, para sostener que vemos al hijo menor del *conseiller* Joachim Descartes, un abogado que no se decide a ser abogado, diciendo que no al derecho en el aniversario de su licenciatura» (p. 138).

En el sueño, Descartes se hallaba en el patio de la escuela con Beeckman, quien lo había irritado al exhortarlo a recobrar la compostura y trabajar en la nueva ciencia. Es probable que Beeckman fuese tanto la figura sombría como el conocido del sueño, así como el señor N., que tenía un melón para Descartes. Cole explicó en detalle por qué Descartes podría pensar que el melón significa los encantos de la soledad. Beeckman lo había reprendido con dureza por perder el tiempo. Quizá Descartes pensaba en el proverbial amigo, que es tan difícil de hallar como un buen melón. Pero Cole llegó a la conclusión de que la interpretación del melón como representación del encanto de la soledad «tendría sentido si se lee como referencia a las exhortaciones de Beeckman para que Descartes se consagrara a las serenas satisfacciones del logro intelectual» (p. 145).

El sueño avanza: Descartes no tenía equilibrio suficiente para reunirse con los demás alrededor de la figura de Beeckman, y se despertaba. En las dos horas que permaneció despierto, se preocupó (según Baillet) por «el castigo de sus pecados, que él reconocía que eran tan grandes como para atraer sobre su cabeza rayos celestiales» (B I 82). En cuanto volvía a dormirse, su padre le asestaba un bofetón que lo despertaba. Al principio

Descartes estaba aterrorizado. Era culpable de desafiar a su padre. Pero luego alejaba su culpa concentrándose en las chispas del aire y decidía que el estruendo había provenido del «espíritu de la Verdad», el cual, lejos de desviarlo del rumbo que había escogido en la vida, santificaba su elección. Un sueño que comenzaba cuando su padre lo castigaba por renunciar al ejercicio de las leyes (o por pensar en hacerlo) terminaba con Dios Padre bendiciendo su elección de la busca de la verdad.

El tercer sueño resulta, así, obvio. Sería un cumplimiento de deseos. Beeckman llamaba «libros de mesa» a sus diarios. En el sueño de Descartes había una mesa con dos libros. Uno de ellos era una enciclopedia, que sugeriría la unidad de las ciencias. Estaba inconclusa: Descartes tendría que completarla. Luego, aparecía el *Corpus poetarum*, una antología de poetas latinos que era un libro real que Descartes conocía. Cole hizo una inferencia que suena muy creíble en el contexto de su interpretación general: «para un francés del siglo XVII tan recientemente educado en el derecho, el gran corpus era el *Corpus juris civilis*, la compilación de derecho civil romano codificado bajo Justiniano y corregido por juristas modernos» (p.154). Descartes habría estudiado este libro para diplomarse de abogado. Semejante asociación le fortalecería el hecho de que Descartes, en el sueño, abría el libro al azar y se encontraba con el verso de Ausonio: «¿Qué rumbo seguiré en la vida?» Abrir la Biblia al azar en busca de consejos es una práctica muy antigua, y Descartes seguiría el consejo de reflexionar en serio sobre su futuro modo de vida. Pero hay algo más. «El formato convencional de los exámenes de competencia legal en los tribunales —señaló Cole— consistía en seleccionar leyes *ad aperturam libri* para hacer una exposición» (p. 155). Quizá Descartes se examinó de este modo el 9 y 10 de noviembre de 1616 en Poitiers, lo cual daría explicación a este elemento del sueño.

En su sueño, Descartes también recuerda el verso «Sí y no». Baillet señaló que era una frase pitagórica, que significaba «verdad y falsedad en las ciencias humanas y profanas» (B I 84). Cole también observó que la égloga 2 de Ausonio, después del verso «¿Qué rumbo seguiré en la vida?», continúa con: «En los tribunales reina el alboroto; en el hogar acucian las preocupaciones; los problemas domésticos nos siguen al exterior» (p. 157). Y en la égloga 4, que comienza con «Sí y no», Ausonio llega a la conclusión de que «Sí y no» es la respuesta a todas las preguntas. La respuesta de Descartes a los problemas familiares de su hogar, a su padre, a una carrera en leyes, es no. Pero la respuesta a su propia carrera y sus problemas hogareños privados es sí: sí a la busca de la verdad y una carrera

en las ciencias naturales. Cole comentó que era una decisión en la que debía optar «entre el rumbo de su padre, puesto judicial y honores, y el de su amigo [Beeckman], filosofía, matemática y libertad» (p. 162).

Como destacó Cole, sin embargo, Descartes aún no estaba convencido. Los retratos en miniatura del sueño serían severos recordatorios de distinguidos juristas como su padre, o imágenes con las que cumpliría el deseo de su propio retrato futuro como autor. Es improbable que las tomara, como afirmó Baillet, por una señal divina que profetizaba la visita de un pintor italiano al día siguiente.

Los biógrafos, de Baillet a Cole, han demostrado amar los sueños. Les han atribuido gran importancia, entre otras razones, porque Descartes rara vez bajó la guardia, aun en sus cartas privadas, y el deseo de entrar en su inconsciente en una ocasión como ésta es difícil de resistir. A decir verdad, Descartes se expuso bastante en sus conflictos posteriores con Voetius y otros pastores protestantes holandeses de las Provincias Unidas. Pero pocos estudiosos cartesianos se han abstenido de interpretar los sueños.

Ambas interpretaciones tienen sentido. Si, como Baillet, partimos de la premisa de que Descartes era un hombre piadoso que de verdad esperaba que Dios le ayudara a tomar una decisión difícil acerca del rumbo que debía seguir en la vida, la utilería religiosa —rayos celestiales, signos proféticos, la promesa de hacer una peregrinación— encaja a la perfección. Si partimos, como Cole, de un estudio de la relación de la familia Descartes con el derecho, la interpretación de Baillet (o la de Descartes, si de eso se trata) queda enriquecida al introducir la culpa de Descartes frente a su padre y su ambigüedad frente a Beeckman.

Algunos estudiosos han desestimado los sueños, al incomodarles que el sistema de este gran racionalista comenzara con algo tan irracional. Pero los sueños no son irracionales. De todos modos, el sistema no comienza con ellos, porque Descartes realizó su gran descubrimiento antes de tener los sueños. Tanto la interpretación de Baillet como la de Cole han mostrado una mente dormida trabajando sobre una gran decisión vital.

Por lo demás, aunque Descartes asegurara que él tuvo tres sueños, es casi seguro que Baillet inventó la mayor parte de su descripción. Si figuraban en el diario con tanto detalle, cabe preguntarse por qué Leibniz copió sólo esto: «Sueño 1619, nov., con el poema 7, cuyo comienzo es: “¿Qué rumbo seguiré en la vida?” — Auson[io].» Cole apuntó que Leibniz no los detalló porque desdénaba el análisis de los sueños, pero lo

cierto es que Leibniz se interesaba en todo; si los sueños figuraban en los cuadernos de Descartes tan pormenorizados como sugirió Baillet, creo que Leibniz los hubiera transcrito. Por ejemplo, Leibniz consignó detalles sobre una obra dramática que encontró en los papeles de Descartes. Era peculiar, como señaló Leibniz:

Ítem, una comedia en francés que se extiende hasta el cuarto acto. Los personajes son Alixan y Parthenie, que se aman. Ambos son hijos de príncipes, aunque cada cual cree que el otro es pastor. Pero una cosa me asombró al hojearla, y es que al principio él revela lo que debería ocultarse hasta el final, es decir, Parthenie, tras enterarse de que es una princesa, se pregunta si aún debería amar a Alixan, y llega a una conclusión favorable. Alixan está escondido en las inmediaciones y oye esto, y le declara de inmediato lo que ha oído. Ella era princesa de la venturosa isla de Islandia, que le había sido arrebatada por el tirano de Estocolmo. (AT XI 661-662.)

Quizás esta comedia sea una obra juvenil (el manuscrito se ha perdido) de los días en que Descartes se asociaba con Balzac en París. Algunos comentaristas han afirmado que la escribió en Suecia, por el personaje del tirano de Estocolmo. Pero ni siquiera sabemos con certeza si es obra de Descartes. Figuraba en sus papeles, pero Leibniz no dice que la letra de éstos fuera la de Descartes. Como todos, Leibniz se limitó a dar por sentado que Descartes la había escrito.

Cole argumentó a favor de la precisión de Baillet, asegurando que «no elimina la irracionalidad de los sueños ni el interés del soñante con tal de que concuerden mejor con el pensador racional del *Discurso*» (p. 198). Pero Baillet tomó o copió de Descartes una interpretación que resulta muy racional en un contexto religioso, así como la interpretación de Cole es obvia una vez que describe el contexto familiar.

Estas dos no son las únicas interpretaciones persuasivas de los sueños. Paul Arnold señaló que los tres sueños podían derivar del gran libro rosacruz *Las bodas químicas de Christian Rosencreutz* de Andreae, publicado en alemán en 1616. La obra causó sensación y, sin duda, Descartes la leyó. Rosencreutz escuchó el toque de una trompeta y, acto seguido, se halló en presencia de un ángel de la Verdad. Luego, un violento viento detuvo su avance, pero logró escapar de él refugiándose en un castillo, en el cual vio gente conocida y encontró una enorme esfera dentro de la cual podían verse las estrellas a plena luz del día. Rosencreutz también

observó una lluvia de chispas, como Descartes en su sueño. El espíritu preguntó a Rosencreutz adónde se dirigía. Rosencreutz reconoció una enciclopedia incompleta que allí había, la cual, al poco, desapareció. Más tarde, se presentó un desconocido que le formuló diversas preguntas y lo guió.

Si sólo contáramos con esta interpretación, aseguraríamos que Descartes estaba leyendo *Las bodas químicas de Christian Rosencreutz*.

Por otra parte, podemos tener la certeza de que tanto Descartes como Baillet sabían que Ignacio de Loyola, el fundador de la Compañía de Jesús, tuvo tres sueños que determinaron el rumbo de su vida. Esta coincidencia se enfatiza en una de las interpretaciones más osadas y completas de los sueños de Descartes. En *La Nuit de songes de René Descartes*, Sophie Jama relacionó cada imagen de los sueños con las historias y mitos que Descartes debió de haber aprendido en su hogar y en la escuela. Su mayor acierto ha consistido en destacar que Descartes nació en Semana Santa, el domingo de Pascua. Esto cobra gran significación cuando advertimos que en 1596, el año del nacimiento de Descartes, la yuxtaposición del sol y la luna era la misma que en el año 1, cuando nació Cristo. Este acontecimiento celeste se produce sólo cada 532 años, es decir, tuvo lugar en los años 1, 532, 1064 y 1596, y se repetirá en 2128. Jama sostenía que Descartes se llamaba René no por su tío René Brochard, sino por Saint René (San Renato), como corresponde a la extraordinaria significación del año del nacimiento de Descartes. El nombre francés René —al igual que Renato— significa renacido.

Jama también observó muchos paralelismos entre la vida de Descartes y la vida de san Martín y de Ignacio de Loyola. Descartes tuvo sus sueños en vísperas de San Martín, y Loyola fundó la orden de los jesuitas, que fueron maestros de Descartes en La Flèche. Cada una de estas existencias giró sobre la decisión de continuar una vida secular o seguir la vía de la devoción. Jama trazó paralelismos tan extremos que resultan ridículos y todo su esquema se desmorona en el momento en el que trató de explicar por qué Descartes había elegido la vía secular y no la religiosa, aunque se manifestó convencida de que los maestros jesuitas debieron de preparar a Descartes para la Iglesia, dada la profética fecha de su nacimiento.

En cuanto a las interpretaciones generales, Alan Gabbey y Robert Hall se concentraron en el melón. Arguyeron que no era un símbolo del pecado original, mediante la representación de los senos y las caderas de una mujer, ni tampoco un símbolo de la amistad o la soledad. A su juicio,

era más probable que se tratase de un retruécano con la lengua griega, un símbolo del futuro no desvelado que anhelaba Descartes; también era un globo, como el propio mundo, que contenía todo el conocimiento y estaba abierto al estudio. En el sueño, al melón lo sustituye un diccionario, así que Gabbey y Hall se remitían al *Lexicon philosophicum* de Rudolf Goclenius, de 1613 y 1615, que Descartes pudo haber visto en la escuela de La Flèche. El *Lexicon* versaba sobre filosofía natural, metafísica, matemática y lógica, y podía constituir un símbolo del deseo de Descartes de brindar un sistema que englobase y unificase todas las ciencias.

Pero dejemos de lado los sueños. Desconfío de ellos porque no confío en Baillet. La interpretación de Cole es brillante, y sin duda es correcta, siempre que los sueños fuesen tal como los describió Baillet. Y aunque no fuese así, la inferencia de Cole —según la cual Descartes desafiaba a su padre y su familia al no adoptar el ejercicio de las leyes— es irrefutable.

¿Qué rumbo seguiría en la vida?



El padre Marin Mersenne (1588-1648),
encargado de la correspondencia de Descartes en París
Fotografía de Zbigniew Janowski (de un grabado)

CAPÍTULO SEIS

Fuga

NO REVELÉIS MI DOMICILIO A NADIE

La fe religiosa de Descartes siempre ha sido objeto de controversia. Su discípulo Regius y su enemigo Voetius lo acusaron de presentar sus pruebas metafísicas de la existencia de Dios tan sólo para aplacar a la Iglesia o para ocultar su ateísmo. La Sociedad Protectora de san Descartes, a partir de Chanut y Clerselier en 1650, año de la muerte del filósofo, se concentró en su piedad y su metafísica, tratando su interés en las ciencias naturales como secundario, subordinado e, incluso, incidental.

Los creyentes siempre observan que mi indiferencia a lo sagrado me impide comprender que en el siglo XVII todos eran religiosos y creían en Dios. Pero resulta obvio que esta afirmación es falsa. Sí, es cierto que la noción de ateísmo queda diluida por el hecho de que los integrantes de una secta religiosa calificaban de ateos a los miembros de todas las demás, y también lo es que se quemó en la hoguera a un panteísta como Vanini por ser ateo. Pero en el siglo XVII existían auténticos escépticos. Y eran eminentes. El príncipe Mauricio de Nassau era uno de ellos y Théophile de Viau, otro. Uno de los mejores amigos de Descartes, Claude Picot, era conocido como «el cura ateo». Ya he descrito la escena de su muerte. Los versos sacrílegos y la prosa libertina eran populares. Descartes se codeaba tanto con creyentes como con escépticos. Pudo haber sido cualquiera de ambas cosas, al margen de lo que escribió.

Sin embargo, hay pocos motivos para pensar que no era un verdadero creyente, aunque lo fuese a su manera, esto es, de un modo cosmopolita y correcto. Le parecía apropiado que uno se atuviera a la religión de su infancia, pero en su *Carta a Voetius* destacó que tanto los protestantes

como los católicos adoraban al mismo Dios (AT VIII-2 180). Si había buenos motivos para convertirse, él no desdeñaba a la persona que se convertía. En una carta de enero de 1646, escribió a la princesa Isabel de Bohemia que su hermano Eduardo seguía una justificable tradición al convertirse para desposar a la católica Ana de Gonzaga, hermana de la reina de Polonia. ¿Por qué irritarse tanto, preguntaba a Isabel, cuando los antepasados católicos de la princesa se habían convertido al protestantismo?

En las Provincias Unidas, Descartes casi siempre vivió cerca de enclaves católicos donde se celebraba misa y, al parecer, procuraba asistir a los oficios religiosos para exhibir su catolicismo, aunque las únicas ceremonias sobre las cuales comentó haber asistido fueron protestantes. Y era muy receloso con estos asuntos. En una carta a Mersenne del 13 de noviembre de 1639, escribió:

Quando dicen que asisto a los sermones de los calvinistas, se trata de una calumnia infame. Al examinar mi conciencia para deducir en qué pretexto podría estar basada, no encuentro nada salvo que una vez, por curiosidad, fui con M. de N. y M. Hesdin a un lugar en Leiden para ver la congregación de cierta secta de personas que se hacen llamar profetas, y entre quienes no hay pastor, sino que cada hombre o mujer predica lo que cree es su inspiración, de modo que en una hora escuchamos el sermón de cinco o seis campesinos o comerciantes. Y en otra oportunidad, escuchamos el sermón de un pastor anabaptista que refirió cosas que eran tan absurdas, y hablaba en un francés tan extravagante, que no logramos contener una carcajada; y pensé que se trataba antes de una farsa que de un sermón. Pero en cuanto a las iglesias calvinistas, jamás en mi vida he estado en ninguna, salvo ese día en que vuestra carta me encontró en La Haya el nueve de este mes, que era la fecha en que todos agradecían a Dios y preparaban fogatas para celebrar la derrota de la flota española en Duins [el 21 de octubre de 1639]. Fui a oír a un pastor francés de quien todos hablaban con admiración. Pero me comporté de manera tal que nadie que me viera pudiera pensar que yo estaba allí como creyente, pues ingresé sólo cuando se inició el sermón y permanecí en el umbral, y me marché en cuanto el sermón hubo concluido, pues no quería participar en ninguna de sus ceremonias. Si hubiera recibido vuestra carta antes de esto, ni siquiera habría asistido, pero es imposible evitar las habladurías de quienes se empeñan en decir necedades.

Descartes ofreció pruebas de la existencia de Dios, pero también comentó a Mersenne que su metafísica, donde aparecían estas evidencias, era ante todo el fundamento de su física. Un Dios de fiar había de mantener uniformes las leyes de la naturaleza. Descartes también estaba convencido de que el alma humana era una sustancia inmaterial de existencia independiente capaz de sobrevivir a la muerte y al deterioro del cuerpo, lo cual constituía un argumento a favor de la inmortalidad del alma, aunque, desde luego, Dios tenía el poder para extinguirla cuando lo deseara.

La cuestión de las creencias religiosas de Descartes es crucial para comprender el segundo gran punto de inflexión de su vida. El primer giro que transformó a Descartes en Descartes lo había impulsado su encuentro con Beeckman, el 10 de noviembre de 1618, que alcanzó su culminación justo un año después, cuando Descartes realizó su gran descubrimiento. Después de una noche de zozobra, supo qué rumbo quería seguir en la vida. Sería un filósofo natural y su meta, buscar la verdad en las ciencias. Con esta finalidad, desarrolló su método analítico en matemática, escribió sobre mecánica e inició sus *Reglas para la dirección del espíritu*. Pero su decisión no estaba confirmada del todo. Su padre y su familia aún esperaban que se dedicara al derecho, y ya he mostrado cómo se prolongó esa tribulación. Descartes escapó por un tiempo a Italia, pero cuando regresó a Francia se encontró envuelto en una confabulación familiar destinada a nombrarlo comisionado general en Châtellereault. Tras escapar de ello en 1625, fue a París, quizá con viajes periódicos al hogar de su padre en Rennes. Y Baillet afirmó que entre 1626 y 1628 viajó con Villebressieu a La Rochelle para observar la maquinaria militar y el dique que Richelieu y Luis XIII habían mandado construir para someter el último baluarte protestante.

Descartes conocía a Villebressieu al menos desde 1627. Villebressieu era inventor del equipo de escalada que ya he mencionado (ese ingenio que permite que una esfera de madera ascienda y descienda entre dos varillas), también lo era de un puente portátil, de una silla de ruedas para evacuar soldados heridos del campo de batalla y de un artilugio capaz de crear ilusiones ópticas por medio de espejos y refracción. Villebressieu podía lograr que aparecieran llamaradas en medio de la nada y proyectar imágenes de soldados de juguete en la pared, de tal suerte que parecían crecer, avanzar por la habitación y retroceder. Baillet atribuyó a Descartes el mérito de instalar esos espejos.

El dique de La Rochelle se construyó sobre la entrada del puerto para

impedir que la flota inglesa avituallara a los habitantes. Era de piedra y tenía seis metros de anchura en la base y dos en la parte superior, con una abertura en el medio para que pasara el agua. Los cañones de las fortificaciones de ambos flancos y de los buques del puerto protegían la entrada. En torno a La Rochelle había quince kilómetros de líneas de comunicaciones, incluidos tres kilómetros cubiertos —tres metros de altura por dos de anchura— para que la caballería pudiera atravesarlas con protección. Había una docena de fuertes y dieciocho reductos. Era el mayor sitio y la más espectacular muestra de ingeniería militar de la época: un espectáculo maravilloso (con un propósito siniestro) que atraía a centenares de nobles turistas. No sería sorprendente que Descartes y Villebressieu quisieran verlo. El propio Descartes nunca lo mencionó.

Baillet enumeró una larga lista de personas con quienes Descartes se reunió en París. Es probable que fuese así, pero todo se basa en inferencias a partir de las cartas que escribió después. Como he señalado, entabló amistad con el sacerdote mínimo, Marin Mersenne, autor de *Preguntas y comentarios sobre el Génesis* (1623), *La impiedad de los deístas, ateos y libertinos* (1624) y *La verdad de las ciencias contra los escépticos o pirrónicos* (1625), todos enormes volúmenes en folio. En el tercer libro, Mersenne sostenía que había cincuenta mil ateos en París (es decir, uno de cada cinco habitantes debía de serlo). A pesar de su ataque contra el ateísmo, Mersenne era un nuevo científico mecanicista que se oponía al aristotelismo. Y al escribir miles de cartas, en correspondencia con cientos de personas de toda Europa, Mersenne era una suerte de revista de un solo autor que versaba sobre literatura, filosofía, matemáticas y ciencias. Informaba a todo el mundo acerca de lo que hacía todo el mundo, difundía problemas y sugerencias, trababa a los oponentes en disputas al comunicar a cada cual lo que el otro había dicho y administraba la correspondencia de Descartes. Aunque parece razonable deducir que Descartes conoció en persona a muchos corresponsales con quienes Mersenne lo mantenía en contacto, no es seguro en todos los casos.

El año 1628 supuso el segundo punto de inflexión de Descartes. El 22 de enero de 1628 actuó como padrino del hijo de su hermano Pierre en Bretaña. El 30 de marzo de 1628, Balzac le envió un ejemplar de su flamante *Discurso de un Sócrates cristiano* y una carta en la que agradecía a Descartes una mantequilla que le había enviado. Comentaba que ésta tenía «apenas menos aroma que la mermelada portuguesa» y añadía que a su juicio Descartes debía alimentar sus vacas con «mejorana y violetas». De esa época es la carta en la que Descartes se oponía a los ataques

contra las cartas de Balzac. Es muy probable que Descartes viviera en una granja conocida como Petit-Marais («pequeña marisma»), pocos kilómetros al sudoeste de Châtellereault, en una pronunciada ladera que daba sobre el río Vienne. Manifestó que deseaba tratar de vivir aislado en la campiña, y allí inició sus *Reglas para la dirección del espíritu*. Pero pronto vendió Petit-Marais y se puso en marcha. A partir de ese momento, tenemos referencia de buen número de acontecimientos. Beeckman explicó que Descartes fue a verlo en Dordrecht el 8 de octubre de 1628, y le dijo que le enviaría un ejemplar de *La geometría* desde París. Por tanto, Descartes había ido a las Provincias Unidas y viajaba de regreso a París. Tendría que darse prisa si quería asistir al encuentro con Chandoux en noviembre. Baillet opinaba que Descartes entró en la derrotada ciudad protestante de La Rochelle con las tropas de Luis XIII, el 29 de octubre de 1628, pero las fechas son demasiado próximas y, en todo caso, cuesta imaginar a Descartes regodeándose en la derrota de los hambrientos habitantes de aquel lugar desdichado.

Quien sí se hallaba en La Rochelle el día de la capitulación fue el cardenal Pierre de Bérulle, al mismo que fundara la Congregación del Oratorio de París en 1611 y fuera la voz de la Liga Católica que con más ahínco exhortara a Richelieu y a Luis XIII a aplastar a los protestantes en Francia. La derrota de La Rochelle lo logró y Bérulle regresó a París triunfante.

Y aquí comienzan a sonar los acordes de esa clásica melodía acerca de la reunión personal de Descartes con Bérulle, que ha sido tan importante como los sueños para generaciones de estudiosos de Descartes. En este caso, primero presentaré las pruebas —y estamos muy satisfechos de tenerlas (aunque la carta se ha perdido)— de que esa reunión se produjo en realidad. Luego, veremos la versión que ofreció Baillet de la historia.

En una carta sin fecha dirigida a Étienne de Villebressieu, Descartes escribió (y Baillet intercaló comillas):

Has visto estos dos frutos de mi bella regla o método natural. Fui obligado a presentarlas en la conversación que entablé con el nuncio papal [Guido di Bagni], el cardenal de Bérulle, el padre Mer-senne, y toda esa digna y docta compañía que se había reunido en la residencia del nuncio para oír la presentación de la nueva filosofía de M. de Chandoux. Fue allí donde confesé a todos los presentes lo que el arte del buen razonamiento puede lograr para los que son moderadamente cultos y en qué medida mis principios son más só-

lidos, verdaderos y naturales que otros que los cultos han aprendido. Tú estabas convencido de ello, al igual que todos, y me exhortaste a escribirlos y enseñarlos al público. (Cole, p. 84.)

Pero parece poco probable que Descartes escribiera una carta contando a Villebressieu algo que éste ya sabía por haber estado presente. Tengo sospechas vehementes de que Clerselier redactó esta carta (sabemos que redactó al menos otra) para llenar una laguna.

Baillet tomó la siguiente anécdota de la dudosa *Vida de René Descartes* (1656) de Pierre Borel y la adornó con una referencia a un manuscrito (perdido) de Clerselier que citó por doquier. Este manuscrito sería, a toda luz, el inconcluso intento de Clerselier de escribir una biografía de Descartes. También existía un manuscrito similar (perdido) de Chanut, amigo de Descartes y embajador francés en Suecia, y es muy probable que Baillet trasladase este material a su biografía, tal como lo encontró.

La anécdota Borel-Bagni-Bérulle-Chandoux en versión Baillet es la siguiente. A fines de noviembre de 1628, en compañía de Mersenne, Villebressieu, el cardenal Bérulle y muchos otros, en la residencia del nuncio Di Bagni, representante del papa en París, Descartes escuchó la presentación del señor Chandoux. Chandoux, que trabajaba en química y mecánica, se explayó de forma extensa a fin de refutar la filosofía escolástica y, luego, propuso su nuevo sistema de filosofía, es decir, de ciencia natural.

Cuando Chandoux concluyó —en opinión de Baillet—, todos aplaudieron salvo Descartes. El cardenal Bérulle reparó en ello y pidió a Descartes su opinión acerca de esta disertación. Éste trató de excusarse, alegando que todos los demás eran más capaces de juzgarla que él, pero lo dijo en un tono que instó a Di Bagni y otros a insistir en que diera su opinión. No queriendo ser grosero, Descartes alabó la elocuencia y la capacidad retórica de Chandoux. Aprobó su ataque contra la filosofía escolástica y la ciencia aristotélica, pero añadió que no le satisfacía que Chandoux reemplazara la verdad por la probabilidad y, menos aún, que tantas personas juiciosas del público aceptaran ese probabilismo. Al caso, éstas fueron las palabras de Baillet:

Añadió que cuando la gente era tan tolerante como para contentarse con probabilidades, como sucedía con la ilustre compañía ante la cual tenía el honor de hablar, no era difícil confundir lo falso con lo verdadero y, asimismo, hacer que lo verdadero pasara por falso debi-

do a las apariencias. Para probarlo de inmediato, pidió a los presentes que alguien se tomara el trabajo de proponer la verdad que le apeteciera, una de aquellas que parecen más indiscutibles. Algunos lo hicieron, y con una docena de argumentaciones a cual más probable; al cabo, demostró a los presentes que la proposición era falsa. Luego propuso una falsedad de aquellas que uno toma como evidentemente falsas y, por medio de otras argumentaciones probables, llevó al público al trance de tomar esa falsedad por una verdad plausible. Los presentes se sorprendieron del vigor y la amplitud del genio que M. Descartes exhibió en su razonamiento, pero quedaron aún más atónitos de entender con tal claridad en qué medida la probabilidad era capaz de ofuscar la mente. (B I 162-163.)

Todos quisieron saber si existía algún medio infalible de evitar estos sofismas. Descartes, comentó Baillet, respondió que él no conocía mejor manera que seguir sus propios principios y su propio método, basados en la matemática, y su regla general, y demás.

Esta anécdota ilustra el procedimiento básico de Baillet: el autor relleno sus narraciones con material doctrinal de las obras publicadas de Descartes, de manera que cada anécdota constituyese una ilustración ejemplar del método y los resultados cartesianos.

Esto me preocupa. En esa carta a Villebressieu, un viejo amigo con quien había viajado y que había vivido con él, se supone que Descartes escribió lo siguiente: «El primer fruto de este método es demostrar al principio si la proposición es posible o no, porque el método lo examina y asegura (por utilizar estos términos) con un conocimiento y certidumbre iguales a los que pueden obtenerse mediante las reglas de la aritmética» (B I 163). ¿Por qué incluyó este comentario en una carta a un viejo compañero y amigo que a buen seguro estaba harto de oírlo? Es sospechoso.

Continuemos con la historia. A partir de aquí, Baillet se basó en el manuscrito perdido de Clerselier. Descartes comentó que la filosofía de Chandoux no era muy diferente de la escolástica y ofrecía algunos detalles para demostrarlo. Llegó a la conclusión de que le parecía posible establecer algunos principios claros y distintos con los cuales podía darse explicación a todos los efectos en la naturaleza. A estas alturas, afirmó Baillet, algunas personas a quienes Chandoux había convencido de abandonar el aristotelismo para adherirse a su filosofía ahora se pasaban al bando de Descartes. Y es probable que aquí Baillet se basase en otro pasaje del manuscrito de Clerselier:

El cardenal Bérulle, en especial, apreció sobremanera lo que había oído, y pidió a M. Descartes que le hablara en otra ocasión, y en privado, sobre el mismo tema. M. Descartes, sensible al honor que suponía una propuesta tan halagüeña, visitó al cardenal pocos días después y le habló acerca de sus primeras reflexiones sobre filosofía, que le habían permitido percibir la futilidad de los medios comúnmente empleados en ella. Indujo al cardenal a comprender los resultados que podían tener sus pensamientos si eran bien dirigidos, y la utilidad que obtendría el público si su manera de filosofar se aplicaba a la medicina y la mecánica, por lo cual la primera produciría la recuperación y conservación de la salud, y la segunda, la disminución y alivio de las labores humanas. (B I 165.)

Cualquiera que conozca el *Discurso* de 1637 verá que Clerselier tomó este material de allí. (Y también de la carta a Newcastle de octubre de 1645, en la que Descartes escribió: «La conservación de la salud ha sido siempre la finalidad principal de mis estudios.») Clerselier preparó la historia para que el cardenal Bérulle pudiera exhortar al pensador a desistir de todo lo demás e irse a alguna parte a escribir para gloria de Dios. Clerselier escribió:

El cardenal no tuvo dificultades en comprender la importancia de este plan, y juzgó muy apropiado que Descartes lo llevara a cabo, así que recurrió a la autoridad que ejercía sobre la mente de Descartes para inducirlo a realizar esta gran obra. Incluso la transformó en obligación de conciencia para Descartes, a quien Dios había otorgado un poder y penetración mental para iluminar la naturaleza tal como no había dado a otros. (B I 165.)

Clerselier (con la mediación de Baillet) explicó a continuación que el cardenal había causado una profunda impresión en Descartes. Luego, Baillet citó el *Discurso*, en el cual se inspiraba esta descripción, y los *Comentarios sobre Descartes* (1653) de Lipstorp, sosteniendo que los amigos de Descartes ya lo habían conminado a publicar. He aquí la conclusión de Baillet:

Ahora Descartes sólo deliberaba sobre el modo de ejecutar su plan con mayor comodidad, y habiendo señalado los dos principales obstáculos que le impedirían el triunfo, a saber, el tórrido clima y la

muchedumbre de la alta sociedad [en París], resolvió retirarse para *siempre* [la cursiva es mía] a un lugar que le procurase una soledad perfecta, en una tierra moderadamente fría donde nadie lo conociera. (B I 166.)

Yo no puedo llenar lagunas de esa manera (el pasaje se basa en cartas que Descartes escribiría más tarde para justificar su elección del exilio en las Provincias Unidas). Mejor dicho, podría hacerlo, pero eso sería sucumbir a la tentación de reelaborar (o inventar) un período juvenil que desconocemos a partir de los muy afinados comentarios que Descartes haría en su madurez. Además, Descartes nunca afirmó que París fuera demasiado calurosa. Lo comentó de Italia. En cuanto a París, escribió que el aire —refiriéndose al ambiente— no le sentaba bien. Y veamos cómo sigue la historia. Parece increíble, pero Baillet afirmó:

Descartes siempre había sentido gran veneración por el mérito [del cardenal Bérulle] y deferencia por sus consejos. Consideraba que [Bérulle] era, después de Dios, principal autor de sus planes, y después de la muerte [de Bérulle] tuvo la satisfacción de hallar a algunos de sus discípulos, es decir, presbíteros oratorianos, en cuyas manos encomendó la dirección de su conciencia todo el tiempo que vivió en Holanda. (B I 194.)

Frédérrix indicó que esto es «pura fantasía» (p. 97), pero por desgracia también explicó que era así porque no había oratorianos en las Provincias Unidas. Frédérrix, que insistía en la piedad de Descartes, añadió que «por otra parte, es perfectamente creíble que fuera Bérulle quien, exhortando a un Descartes casi decidido a retirarse en Holanda, lograra impulsarlo a ir» (p. 98). Frédérrix es uno de esos biógrafos que ha reprochado con severidad las exageradas adiciones de Baillet, pero lo llamó «el honesto Baillet» (p. 59), quien no podía cometer errores cuando sus anécdotas congeniaban con el propósito edificante de Frédérrix.

Esta larga historia acerca de Bérulle es lo que Clerselier, Baillet y Lips-torp creían que tendría que haber ocurrido. Descartes se fue de Francia más o menos para siempre —y escribió toda su obra publicada en las Provincias Unidas—, lo cual tiene difícil explicación si lo que se desea es escribir el panegírico del mayor filósofo de Francia. Era preciso que existiera una poderosa inspiración procedente de un lugar más elevado. Si no de Dios, entonces del cardenal Bérulle, que tenía fama de hablar con

El todos los días. Suponiendo la autenticidad de la carta extraviada de Descartes a Villebressieu, Descartes refirió algo sobre su método en la charla de Chandoux. Como le gustaba citar nombres, siempre que no pertenecieran a personas cuyas ideas nadie pudiera acusarlo de robar, señaló que Bagni y Bérulle también estaban allí. No mencionó que entabló una conversación privada con Bérulle. Sólo incluyó a Bérulle entre los presentes. Aseguró que lo alentaron a escribir sus ideas, pero hacía años que la gente se lo reclamaba. Quizá Clerselier y Baillet pensaron que era oportuno incluir una charla privada con Bérulle. Clerselier era un devoto —se decía que iba a misa más que cualquier hombre de París— y respaldaba fervientemente las aspiraciones totalitarias de Bérulle para la Liga Católica. Qué magnífica idea: el cardenal Bérulle marcando el rumbo de la vida de Descartes. Así Descartes tendría una razón aceptable para irse a las Provincias Unidas. ¿Beeckman? Un don nadie. El hombre significativo e importante en la vida de Descartes tenía que ser un notable. Los miembros de la Sociedad Protectora de san Descartes comenzaron a referirse a Bérulle como el director de la conciencia de Descartes. ¿Ese maniático genocida —y no exagero— dirigiendo la conciencia de Descartes? Más que improbable. Descartes no quería eliminar a los protestantes ni aniquilar el protestantismo. Algunos de sus mejores amigos profesaban esa fe. Se llevaba muy bien con ellos.

El cardenal Bérulle es un ejemplo por antonomasia del exceso en el entusiasmo religioso. He comentado que era fanático en su oposición a los protestantes, y consideraba que expresaba la voluntad de Dios al exhortar a Richelieu y Luis XIII a imponer los horrores de la muerte y el hambre a las almas perdidas de La Rochelle. Descartes buscaba la verdad, pero Bérulle conocía la verdad, y estaba dispuesto a matar a todos los que se negaran a doblarse ante ella. Permítaseme echar mano de las obras posteriores de Descartes. Nuestro filósofo sostenía que los soldados eran, en esencia, bravucones y que, en el fondo, no eran sino saqueadores y asesinos. Para él, exterminar a un pueblo entero constituía uno de los mayores crímenes. Y antes de conocer a Bérulle había visto sitios, o al menos sabía muy bien lo que eran. Sabía lo que pasaba con las mujeres, niños y ancianos que padecían hambre en una ciudad sitiada (todos los hombres jóvenes habían perecido en la lucha). Quizá fue a ver el dique de La Rochelle. Pero no creo que Descartes hubiera simpatizado con el cardenal Bérulle. Menciona su nombre de pasada. Eso es todo.

Pero volvamos a la anécdota. Hay en ella algo familiar. Recordemos al cardenal Du Perron, cuya reputación René Descartes sin duda cono-

cía cuando decidió adoptar el título de señor del Perron. Esa historia de cómo el cardenal Du Perron atacó el ateísmo y presentó varias pruebas de la existencia de Dios ante el rey. Y cuando se le aplaudió, comentó al monarca que podía brindar argumentos igualmente válidos para la posición contraria. Es la misma historia. Sospecho que de algún modo Baillet y Clerselier la tenían presente.

¿Pudo haber sucedido tal como Baillet, partiendo del manuscrito de Clerselier, sostenía que sucedió? No. En el prólogo de este libro, describo cuál sería la reacción de Descartes después de una conversación privada con Bérulle. Nadie reclutaría a Descartes en un ejército civil y privado para aniquilar protestantes. Descartes partió de inmediato para Frisia.

En el contexto de Descartes renunciando al derecho, Cole citó un pasaje publicado en el *Discurso* de 1637, pero que reflejó un viejo anhelo de libertad e independencia. Suponía un elocuente pronunciamiento contra la prestación de juramentos:

Particularmente incluía yo entre los excesos todas las promesas por las cuales renunciamos a cualquiera de nuestras libertades [...] Pensaba que habría cometido una grave ofensa contra el sentido común si, por haber aprobado algo en alguna ocasión, me considerase obligado a considerarlo bueno para siempre. (Cole, p. 88.)

Es improbable que este hombre adoptara a un director de conciencia y, en todo caso, nunca a un demente como Bérulle.

Siempre es satisfactorio que un villano encuentre un mal fin. Así Baillet consignó con evidente buen humor que Chandoux más tarde trató de hacer circular oro falso y se le ejecutó por falsificación. Refirió con mayor sobriedad la muerte de Bérulle, ocurrida menos de un año después de su presunta conversación con Descartes. Baillet escribió que Bérulle sufrió un ataque ante el altar mientras decía misa y falleció poco después. Ésta es la digna muerte convencional de un sacerdote, y se narra sobre cientos de ellos. También se cuenta que Bérulle se descompuso mientras comía, y puede que fuera envenenado. Era el confesor y consejero de la reina madre, María de Médicis, conspiradora perenne contra su hijo, el rey Luis XIII. El cardenal Bérulle instó a la reina a respaldar a los enemigos del rey, esto es, a los españoles y al Sacro Imperio. Ella era una defensora de los ultramontanos, la Liga Católica, en oposición a los principios de razón de Estado a los que Richelieu apelaba en su afán de lograr que el rey y la nación de Francia se independizaran del papa, del

Sacro Imperio Romano, de los nobles de la Liga Católica, de España y de la Iglesia católica.

Bérulle era un agitador. En 1625 había concertado la boda de Enriqueta, hermana de Luis XIII, con el rey Carlos I de Inglaterra, y Richelieu quería que Inglaterra fuera su aliada. Pero luego Bérulle se las apañó para hacerse expulsar de Inglaterra, junto con la mayor parte del séquito de Enriqueta, por conspirar y hacer proselitismo católico. Richelieu creía que los protestantes podían ser buenos ciudadanos si la religión dejaba de constituir una facción política para ser una mera práctica. Ésta es la justificación redentora de la moderna separación entre Iglesia y Estado. Bérulle, como el turco proverbial, se desvivía por convertir o degollar. (De hecho, uno de los planes más descabellados de Bérulle consistía en liberar Europa de los turcos, es decir, los musulmanes.)

El 15 de septiembre de 1629, Bérulle se opuso enérgicamente en la corte francesa a la campaña italiana de Richelieu contra la Liga Católica y Roma. El 2 de octubre falleció.

Quizá fuese una de las célebres operaciones de Richelieu, satisfactoria hasta para algunos funcionarios eclesiásticos, pues Bérulle era un elemento desestabilizador aun dentro de la Iglesia. En todo caso, los rumores acerca del envenenamiento de Bérulle gozaron de gran difusión y, al parecer, nadie investigó demasiado.

Si Descartes se reunió con Bérulle, y si el cardenal intentó reclutarlo, resulta más verosímil que fuese para el ejército laico de la Liga Católica, opuesto a los protestantes, que para el desarrollo de una nueva filosofía natural (un tema de escaso interés para la mentalidad mística de Bérulle; era Bagni, el nuncio papal, quien sentía afición por la física, no Bérulle). Sabiendo cuán poderoso era el cardenal Bérulle en la corte francesa, Descartes pudo haber visto la fuga como su única salida.

Si Descartes era religioso, lo era con un criterio cosmopolita y pragmático. Nunca ocultó su catolicismo y en ocasiones se ufanó de él. Pero no soportaba a la mayoría de los sacerdotes (hubo excepciones notables) y consideraba que la mayoría de los predicadores protestantes eran imbeciles. La pugnacidad religiosa estaba en primer plano en Francia. En las Provincias Unidas, al menos por un tiempo, Descartes podía olvidarse de las cuestiones religiosas y de personas como Bérulle.

Descartes parecía sentirse amenazado. Más de una vez pidió a Mersenne que no revelara su domicilio a nadie. Más aún, le pedía que mintiera a la gente acerca de su paradero. Para evitar la indeseada visita de Ferrier, constructor de lentes, Descartes rogó a Mersenne, el 2 de diciem-

bre de 1630, que indicase a Ferrier que se había marchado a Inglaterra. Con los años, Descartes urdió varias patrañas para que Mersenne desorientase a los demás. No quería que la gente supiese que estaba trabajando en dióptrica o en el arco iris. En el verano de 1632, le pidió que explicase que no estaba escribiendo nada, que se dedicaba a aprender esgrima.

Descartes proclamó piadosamente y, sí, religiosamente, que su objetivo en la vida era la busca de la verdad; aunque, en la práctica, estaba más que dispuesto a difundir falsedades siempre que fuesen beneficiosas. Los especialistas alegan que, en rigor, eso no sería mentir. Se trataría sólo de sentido común. La reina Cristina de Suecia sostenía que no poder disimular era no poder vivir. La buena vida que Descartes defendió mediante el ocultamiento requería mucho disimulo.

Permítaseme citar de nuevo a Cole. En 1625 se dispuso que Joachim II, hermanastro de Descartes, ocuparía el segundo puesto del padre en el Parlamento de Bretaña en julio de 1629, para que Joachim I pudiera retirarse. Ya lo había hecho en 1618, cuando Pierre, hermano de Descartes, ocupó su primer puesto, pero esta vez era para siempre. Aunque todavía no estaba satisfecho.

Joachim II contó esta incisiva historia mucho después de la muerte de Descartes. Al parecer, su padre exclamó: «De todos mis hijos, sólo estoy insatisfecho con uno. ¿Cómo pude traer al mundo a un hijo tan ridículo como para hacerse encuadernar en cuero de becerro?» El padre de Descartes sabía que no se ganaba dinero escribiendo libros. Esto se opone a la dulce anécdota familiar referida por Catherine, hermanastra de Descartes, según la cual, cuando René era niño, su padre lo llamaba «mi pequeño filósofo», porque era brillante e inquisitivo. Es dudosa la veracidad de ambas anécdotas.

Joachim Descartes logró establecer a dos de sus hijos varones en los tribunales. El 21 de abril de 1613, su hija Jeanne (hermana de René) se casó con Pierre Rogier, señor de Crévis. Su hija Anne (hermanastra de René) se casó con Louis d'Avaugour de Kergrois en julio de 1628. Ésos eran todos sus hijos, con la excepción del inepto René, que vivía ociosamente en París con el dinero de la familia. No tenía puesto ni esposa. En 1628 Descartes tenía treinta y dos años. Era hora de saldar esa cuenta.

Descartes se marchó. La última vez documentada que vio a su padre fue el 22 de enero de 1628, en el bautismo del hijo de su hermano Pierre en Bretaña. Quizá volvió a ver a su padre ese año. Puede que Joachim realizase un viaje a París para lograr que su holgazán y desvergonzado hijo

entrara en razón. Los hechos conocidos son los siguientes. Descartes se fue a las Provincias Unidas en diciembre de 1628 o en enero de 1629, y no regresó a Francia hasta 1644. Su padre falleció en 1640. Descartes no vio a su padre en los últimos doce años de la vida del anciano.

Descartes aseguró que necesitaba marcharse para pensar. Tenía un borrador de sus *Reglas para la dirección del espíritu*, proyectaba escribir obras sobre geometría y mecánica, y quería trabajar en un tratado de metafísica, que luego se publicó en parte en su *Discurso del método* (1637) y plenamente en sus *Meditaciones metafísicas* (1641). En París, el alboroto y las obligaciones sociales con amistades y parientes le robaban tiempo. Y lo acuciarían para que se casara y comprara un puesto. Había demasiados parientes en Rennes, Châtellereault y Poitou. Aun así, como los franceses han sostenido desde entonces, sin duda pudo hallar un refugio en Francia.

Algunos han afirmado que Descartes estaba preocupado porque se proponía atacar la filosofía escolástica y el aristotelismo. En 1624 se había emitido esa orden judicial que condenaba los ataques contra Aristóteles con la pena de muerte. Pero Gassendi había publicado un devastador ataque contra Aristóteles en 1623, *Ejercicios paradójicos en oposición a Aristóteles*. Y *La verdad de las ciencias contra los escépticos o pirrónicos* (1625) de Mersenne era mecanicista y antiaristotélica. Nadie les tocó un pelo. Claro que Gassendi y Mersenne eran sacerdotes, protegidos por sus órdenes. Y Descartes era un laico. Aun así, la gran familia Ferrand-Brochard-Descartes incluía muchos respetables burócratas que estaban al servicio del rey. Descartes no habría tenido problemas. El panteísta Lucillio Vanini, sin embargo, murió en la hoguera en Toulouse en 1619, y el deísta Jean Fontanier, en París en 1621. Por ser ateos.

Existe sin embargo otro contexto, más amplio y universal que las ambiciones personales de Descartes, la presión familiar y la filosofía escolástica. Es el contexto de la política. Los eruditos católicos franceses nunca han presentado el traslado de Descartes a las Provincias Unidas en este marco más amplio, pero es interesante analizarlo a la luz de la historia y del tiempo transcurrido.

En 1628, con la derrota de La Rochelle, quedó aplastada la última resistencia protestante en Francia. El convenio del Edicto de Nantes, por el cual los protestantes podían disponer de ciudades fortificadas, quedó revocado. Ya no existía una facción protestante en Francia, ni ejércitos protestantes, ni guerras religiosas internas. Miles de protestantes emigraron a las Provincias Unidas. Según Cohen, en la libérrima cor-

te del príncipe Federico Enrique, en La Haya, se hallaban todos aquellos desterrados de Francia: «El príncipe de Bouillon, Frédéric de la Tour y su hermano menor Turenne, el mariscal de Chastillon, el marqués de Hauterive, Alphonse de Pollot [luego amigo de Descartes] y el fiel escudero Deschamps, sin mencionar a señores de menor importancia» (C 425).

En Francia, se condenó a los dirigentes protestantes Bouillon y Rohan. Richelieu se hallaba sometiendo no sólo a los protestantes sino a toda la nobleza. Se estaba constituyendo el estado absolutista, en oposición a la vieja jerarquía católica. Del lado del papa, España y la Inquisición estaban el cardenal Bérulle, la Liga Católica y los miembros de la nobleza que intentaban mantener el poder del Antiguo Régimen. En semejante confusión había un lugar para René Descartes; podía ser burócrata como su padre y sus hermanos, soldado real, o, incluso, un científico naturalista que trabajase como ingeniero militar en artillería, como hizo Galileo en Italia.

Pero Descartes huyó de todo esto. No sólo escapaba de la responsabilidad familiar y social. Su migración a las Provincias Unidas —para siempre— era un acto político revolucionario. Abandonó Francia justo cuando ésta comenzó a ser el primer estado moderno. Descartes pudo haber participado del comienzo del reinado de Luis XIV, el Rey Sol, y ser un cortesano encumbrado. Al margen de sus motivos, lo cierto es que optó por lo contrario.

No sé si Descartes lo vio de esta manera (la mayoría de los estudiosos franceses de Descartes no lo han visto así), pero está claro que la migración de Descartes a las Provincias Unidas a fines de 1628 fue un acto de solidaridad con el protestantismo republicano francés contra la opresión totalitaria católica y realista, y del cristianismo liberal contra la Inquisición española. Él no se oponía a la religión católica sino al estado católico. Recelaba de la naturaleza y los actos opresivos de un catolicismo que era la religión estatal de Francia.

Tanto Baillet como Adam aludieron con frecuencia a la claridad y al uso de la razón en Descartes para demostrar que había sido un auténtico francés. Pues bien, cuando menos fue un francés moderno hasta la médula. Escogió la libertad, aunque ello significara abandonar Francia. Cogió el dinero que la familia había destinado a la adquisición de una posición en Francia y huyó. No reveléis mi domicilio a nadie. A nadie.

CAPÍTULO SIETE

El perro de Descartes

VOY CASI TODOS LOS DÍAS AL MATADERO

Ahora llegamos a un auténtico cambio en la marea. En los cuadernos de 1619, Descartes escribía lo siguiente: «Como los actores que, para representar su papel, se ponen máscaras que ocultan su rostro ruborizado, en este momento, cuando entro en escena en un mundo donde hasta ahora he sido espectador, camino enmascarado.» Recordemos que Descartes también adoptó el lema: «Quien vive bien oculto vive bien.» Y hemos visto que largos períodos de la vida de Descartes, durante los diez años que van de 1619 a 1629, aunque no estuviesen bien ocultos, sí resultaron bastante ignotos. Pero cuando se mudó a las Provincias Unidas, Descartes se quitó la máscara. Aún mantenía algún secreto, y, con frecuencia, pedía a Mersenne que no revelase su domicilio. Pero escribía varias cartas por semana —algunas muy extensas—, así que, en términos generales siquiera sabemos dónde estuvo y qué hizo desde 1629 hasta su muerte en 1650. Y si nuestro conocimiento de sus contactos personales antes de 1629 ha requerido a menudo de la inferencia, a partir de ahora se nos presenta un elenco de cientos de personas. (Las cartas de Descartes a Mersenne de los primeros nueve meses de 1631, sin embargo, se han extraviado. La explicación es que después de la muerte de Descartes, Chanut envió las cartas a París. La embarcación se hundió en el Sena y los papeles de Descartes estuvieron sumergidos tres días. Mientras los criados secaban los documentos —en burdas cuerdas para colgar ropa—, la mayor parte de su correspondencia de ese período, al parecer, se perdió.)

Reunámonos con Descartes en Dordrecht, el 1 de febrero de 1629, día en que Beeckman anotó en su diario que Descartes tenía una nueva

prueba de un problema matemático. «Nuestro filósofo galo» también aparecía mencionado en una carta que Henry Reneri escribió en Amsterdam el 28 de marzo de 1629. Luego Descartes fue a Franeker. El 26 de abril de 1629 se registró en la universidad como «René Des Cartes, filósofo francés». El único profesor de allí con quien sabemos que entabló alguna relación es Adrien Metius, autor de *Aritmética y geometría prácticas*. Su hermano Jacques Metius es uno de los diversos aspirantes al título de inventor del telescopio en 1608 (aunque los telescopios se conocían antes de esa fecha).

Más tarde, en Franeker, Descartes se encontró con Anna Maria van Schurman, una mujer, brillante, a la que había conocido en Utrecht, al hermano de ésta, Jean Godschalk, que no era precisamente una lumbre, y a su madre viuda, que demostraba gran iniciativa para promover a su hija.

Esa primavera, según anotó en su autobiografía, Descartes trabajaba en un opúsculo de metafísica. Pero parecía necesitar compañía con desesperación el 18 de junio de 1629, cuando le escribió a Jean Ferrier de París, constructor de lentes y fabricante de instrumentos y de máquinas científicas y ópticas. Descartes declaró haber aprendido muchas cosas nuevas sobre lentes e invitó a Ferrier a viajar a Franeker para vivir y trabajar con él. Descartes había diseñado una máquina para cortar lentes hiperbólicas. Pensaba que su máquina tallaría una lente en quince minutos. Todos los demás trabajaban con lentes esféricas, pero Descartes dedujo que una lente hiperbólica tendría mejor focalización. Esta carta del 18 de junio de 1629 suele citarse para demostrar el buen trato que Descartes daba a sus subalternos.

«Si tan sólo hubiera pensado en ello cuando estaba en París —escribió Descartes a Ferrier—, habría intentado traeros conmigo.» Ferrier debía ir cuanto antes. Tenían que trabajar juntos en la máquina, Descartes el teórico y Ferrier el artesano, porque un diálogo personal resolvería los mil pequeños contratiempos que jamás hallarían solución a través de la correspondencia. «En nada —continuaba Descartes— estaréis peor que yo. Viviremos como hermanos.» Aseguraba que pagaría todos los gastos y que enviaría a Ferrier de vuelta a París cuando él quisiera. Le daba instrucciones detalladas para llegar a Dordrecht, pero no enviaba dinero con una excusa que Ferrier debió de considerar peculiar por demás, alegando que, en tal caso, la gente averiguaría su dirección. (He intentado deducir qué significa esto. Descartes tuvo la opción de enviar una letra de crédito que pudiera cobrarse en París, pero quizá requiriese la firma

de alguien de Franeker, lo cual lo delataría. Al parecer, aún no había nombrado a nadie para administrar sus finanzas en París, pues de lo contrario podría haber indicado a Ferrier que viera a esta persona.)

Ferrier tenía que llevar sus propias herramientas y un catre de campaña para Descartes, «porque aquí las camas son muy incómodas y no tienen colchón». Pero era necesario que fuese, aunque no llevara nada. Cuando llegara a Dordrecht, Beeckman le daría dinero e instrucciones para encontrar a Descartes. En esta carta, Descartes escribió en dos ocasiones que Ferrier había de partir de inmediato si quería hacer algo que superase todo lo que se había hecho. Y le prohibía contar nada a Mydorge. Descartes y Mydorge habían trabajado con Ferrier en 1627-1628, en un frustrado intento de pulir una lente hiperbólica. Descartes no deseaba que Mydorge se le avanzara ahora.

Me place en especial la parte donde Descartes ofrecía a Ferrier vivir como si fueran hermanos. Uno sabe quién sería el *cadet*.

En otra larga carta del 8 de octubre de 1629, Descartes escribió a Ferrier desde Amsterdam y le describió la máquina para construir lentes. Le pedía que respondiera con una descripción detallada de la misma, para asegurarse de que Ferrier había comprendido. El 26 de octubre de 1629, Ferrier le contestó con una misiva de estilo ampuloso y elegante, en la que sugería mejoras y problemas. Descartes, el 13 de noviembre de 1629, le envió otra carta aún más larga, repleta de diagramas. Llegaba a la conclusión de que si Ferrier decidía dedicar mucho tiempo a esa máquina, «oso esperar que veremos, por vuestro intermedio, si hay animales en la luna».

Pero Ferrier no tenía la menor intención de ir a las Provincias Unidas. Gaston, hermano de Luis XIII, lo había contratado para fabricar algunos instrumentos, y había solicitado uno de los aposentos del Louvre que estaban reservados para los artesanos calificados. Varias personas trataron de prestarle ayuda para que lo consiguiera, pero se desconoce si tuvo éxito. Más tarde, Mydorge echaría en cara a Ferrier que era un artesano inferior. La documentación nos indica que era un buen artesano si trabajaba bajo la supervisión continua de alguien como Descartes, pero también que tenía dificultades para terminar tareas por su cuenta.

Ferrier vaciló y dejó de escribir durante seis o siete meses, pero luego, según Mersenne, decidió ir a trabajar con Descartes. Por desgracia, éste ya había perdido el entusiasmo. El tono afectado y melindroso de la carta donde se deshacía de Ferrier nos muestra un rasgo de la personalidad de Descartes que Baillet siempre mitigó, presentando al otro sujeto

como villano. El hecho alimenta la perfidia de las cartas a través de las cuales Descartes rompía con Beeckman, envenenaba sus relaciones con su discípulo Henry Regius y le creaba más problemas de los necesarios tanto con Gisbert Voetius como con otros sacerdotes protestantes que luego se opondrían al cartesianismo.

En una carta del 2 de diciembre de 1630, Descartes respondió a una carta de Ferrier, que no tenemos, en la cual Ferrier lamentaba haber perdido tiempo en el invento de Descartes. Éste replicaba que le había advertido que sería dificultoso, y continuaba: «Os especificué que si perdáis el tiempo tal como lo habéis perdido, no debáis culparme ni quejaros ante mí.» Le recordaba que lo había invitado a trabajar con él con todos los gastos cubiertos. Añadía —a sañas— que había tenido el propósito de ceder todas las ganancias a Ferrier si la máquina funcionaba.

Aun así, Descartes ayudó a Ferrier a obtener otros encargos, para evitar que éste pensara que Descartes regresaría a París y, también, para impedir que cambiara de parecer y viajara a las Provincias Unidas, algo que Descartes ya no deseaba. Descartes señala que Ferrier se engañaba a sí mismo. Hay un gran cambio respecto de lo que Descartes escribió a Mersenne el 18 de marzo de 1630, cuando le explicaba que, como preparativo para la llegada de Ferrier para fabricar lentes, había contratado a un mozo que cocinaba a la francesa, y que estaba dispuesto a alquilar aposentos para que ambos vivieran juntos tres años.

Ferrier trató de recobrar la buena voluntad de Descartes transmitiéndole una invitación de M. de Marcheville para acompañarlo a Constantinopla. El 4 de noviembre de 1630 Descartes escribió a Mersenne que se burlaban de él, que él no conocía a Marcheville y que, aunque esto fuera cierto, debería invitar a Gassendi. Luego, más calmado, pedía que comunicasen a De Marcheville que cuatro o cinco años atrás opinaba que conocerlo había sido una de las mejores cosas que pudieran ocurrirle, pero ya no. Mersenne podía notificar a todos que Descartes no necesitaba viajar para buscar su fortuna.

El asunto de Descartes con Ferrier parece un calco de su encuentro con Beeckman. Descartes cortejaba al hombre mayor, se vio rechazado cuando Beeckman decidió casarse y, al fin, se ensañó con el amigo que antaño había amado. Con Ferrier, Descartes era el mentor que cortejaba al joven, pidiéndole que fuera a vivir con él como un hermano. Y Ferrier no aceptó. Al cuerno con aquel ingrato.

Cabe destacar que la ira de Descartes siempre terminaba por aplacarse. Se reconcilió con Beeckman al año de la ruptura, y volvió a alabar

la destreza de Ferrier. Después de renegar de su discípulo Regius, terminó por reconocer que éste había realizado buenos trabajos. Y en cuanto a su acérrimo enemigo Voetius, observó que incluso aceptaría su amistad, si es que éste se la ofrecía de corazón (aunque, teniendo en cuenta cuánto se despreciaban uno al otro, es posible que esta declaración fuera sarcástica, con el conocimiento de que no existía la menor probabilidad de que Voetius ofreciera una conciliación). En cuanto a Ferrier, en 1638 Descartes, quien se planteaba de nuevo construir lentes hiperbólicas, le escribió: «¡Si alguien puede conseguirlo en este mundo, sois vos!»

Mucho después, en 1669, la Royal Society de Gran Bretaña encargó a Robert Hooke que fabricara la máquina cartesiana para pulir lentes no esféricas. Hooke objetó que no funcionaría y, de hecho, no funcionó. No sabemos si llegó a probarla con precisión. Y no tenía al lado a Descartes para resolver todos los pequeños problemas que surgirían durante su construcción. El 5 de diciembre de 1635 Huygens indicó a Descartes que algunos constructores de lentes de Amsterdam, que habían visto el diseño de la máquina, aseguraban que, si ésta funcionaba, comerían vidrio. Es obvio que hasta el propio Descartes albergaba dudas; en cartas del 25 de enero y del 1 de marzo de 1638 a Mersenne, afirmaba que no deseaba aceptar la oferta de Richelieu de construir la máquina, temiendo un fracaso que redundase en perjuicio de su filosofía.

En octubre de 1629, Descartes se había mudado de Franeker a Amsterdam, ciudad que había de ser su principal lugar de residencia hasta 1635. Vivió en Kalverstraat, en Dam y en Westerkirkstraat. Pasó un tiempo en Leiden, en cuya universidad se registró como matemático el 27 de junio de 1630, y es muy probable que allí asistiera al curso de matemática de Jacob Golius. También se reunió con el astrónomo Martin Hortensius y con el filósofo Henry Reneri, que sería partidario y amigo personal de Descartes, y el primero de sus discípulos que llegaba a ser profesor universitario. En la Universidad de Leiden estaba en boga la enseñanza de lenguas orientales —árabe, persa, turco—, muchos misioneros calvinistas viajaban a países del Mediterráneo oriental. Obtenían diplomas de medicina que les permitían ingresar en esa doctrina y, luego, predicaban el cristianismo. Descartes también pasó muchos meses de 1632 y 1633 en Deventer, donde Reneri fue profesor de la École Illustre. Cuando Reneri se hallaba en su lecho de muerte en marzo de 1639, Descartes corrió para acompañarlo en sus últimas horas y lamentó haber llegado demasiado tarde.

Durante su estancia en las Provincias Unidas, la mayoría de sus re-

laciones con los franceses fueron, por fuerza, epistolares; pero hay indicios de que conoció en persona a todos los notables holandeses. En especial, está ese hombre que había conocido en 1630, quien llegó a ser su mejor amigo en las Provincias Unidas, Constantijn Huygens, primer secretario y asesor de dos sucesivos *stadhouders* (comandantes en jefe) de las Provincias Unidas, los príncipes Nassau de Orange, Mauricio y Federico Enrique (tal como su padre lo había sido de sus predecesores). Huygens tenía la misma edad que Descartes, pero él falleció en 1687, esto es, vivió noventa y un años (una vez preguntó a Descartes cómo arribar hasta los cien). Huygens se convirtió en el mayor promotor y protector de Descartes en las Provincias Unidas. Era elegante, apuesto, brillante, ingenioso, jovial, rico y poderoso. Alto, de rostro angosto y enérgico, y de mentón prominente, escribía poesía y poseía amplios conocimientos de pintura, matemática y música. Era amigo y mecenas de Rembrandt. En 1645, Corneille le dedicó su obra *El mentiroso*. Huygens leía, comprendía y defendía la filosofía de Descartes. Con amigos como Huygens, Descartes no necesitaba preocuparse demasiado por sus enemigos. Al mismo tiempo, Descartes conoció al cuñado de Huygens, David Le Leu de Wilhelm, quien pronto sería el banquero que guiase sus inversiones.

Descartes estaba muy satisfecho consigo mismo en esos años. En una carta a Mersenne del 15 de abril de 1630, comentaba sobre su futuro:

Temo la reputación antes que desearla, sospechando que siempre disminuye de algún modo la libertad y el ocio de quienes la obtienen. La libertad y el ocio son dos cosas que poseo tan a la perfección, y que valoro a tal punto, que ningún monarca de la Tierra tiene riquezas suficientes para comprármelas.

Tengamos presente este pasaje más adelante, cuando la reina Cristina de Suecia entre en escena.

Había visto París. Vivió en esa capital por lo menos tres años, pero no le agradó. En una carta a Mersenne del 4 de noviembre de 1630, Descartes observó: «Nada es más contrario a mis propósitos que la atmósfera de París, a causa del sinfín de distracciones que allí resultan inevitables. Mientras pueda vivir como me plazca, siempre moraré en la campiña, en alguna comarca donde ningún vecino pueda importunarme con sus visitas más que aquí, en un rincón del norte de Holanda.» En mayo de 1648 describió a Chanut su rechazo por la atmósfera y el

ambiente de París: «El aire me induce a tener pensamientos quiméricos, más que filosóficos. En París veo a tantas personas que están engañadas en sus opiniones y cálculos que creo que debe de ser una enfermedad universal. La inocencia del desierto donde vivo me resulta mucho más grata que París.»

El 15 de abril de 1631, en una carta a un viejo amigo, el poeta Guez de Balzac, Descartes afirmaba que en los dos años que había estado ausente de París ni una vez había sentido la tentación de regresar. Estaba pletórico de felicidad con su vida campestre:

Aquí duermo diez horas por noche sin una preocupación que me desvele. Una vez que mi mente dormida se ha paseado largo tiempo por los bosquecillos, jardines y palacios encantados donde disfruto de todos los placeres imaginados en las fábulas, mezclo insensatamente mis ensoñaciones diurnas con las nocturnas. Y cuando percibo que estoy despierto, mi satisfacción crece y mis sentidos participan en esos sueños, porque no soy tan estricto como para rechazar cualquier cosa que un filósofo pueda consentirles sin ofender su conciencia.

De hecho, Descartes vivió la mayor parte del resto de su vida en la campiña. Menos de un mes después, no obstante, residía en Amsterdam, la ciudad más cosmopolita del mundo por aquel entonces, con más de ciento veinticinco mil habitantes, una cuarta parte de ellos extranjeros, como Descartes. El 5 de mayo de 1631 volvió a escribir a Balzac, dejando constancia de la primera y más cabal expresión de la liberación que halla el individuo en la vida anónima de una gran ciudad. Ya he citado un fragmento, pero he aquí el pasaje completo:

En esta gran urbe [Amsterdam] donde estoy ahora, no hay hombre excepto yo que no esté consagrado al comercio. Y cada cual está tan preocupado por sus propias ganancias que yo podría vivir aquí toda mi vida sin que nadie me viese. Camino todos los días en medio de la barahúnda de un gran pueblo, con tanta libertad y serenidad como las que disfrutas en tus sendas campestres, y no presto más atención a las gentes que veo que la que tú dedicas a los árboles de tus bosques o a los animales que los habitan. Ni siquiera el bullicio de sus actividades interrumpe mis ensoñaciones más que el canto de un arroyo. Y al reflexionar sobre esas actividades, siento el mis-

mo placer que sentirías al ver los campesinos que cultivan tus campos, porque veo que toda su labor sirve para embellecer el lugar donde vivo, para que nada me falte. Así como tú te deleitas en ver el crecimiento de tus frutos y viñas, y en disfrutar de tal abundancia, piensa que siento lo mismo cuando veo llegar a puerto navíos cargados con una plétora de productos de las Indias y todo lo que es raro en Europa.

Luego, viene la declaración fundamental de Descartes acerca de la ciudad, la política, el orden, el estado y la civilización:

¿En qué otro lugar del mundo sería tan fácil hallar todos los bienes de la vida y todas las curiosidades que uno podría desear? ¿Hay otra tierra donde pueda disfrutarse de una libertad tan plena y dormir con menos inquietud, con ejércitos siempre alerta para custodiarlos, donde los envenenamientos, la traición y las calumnias sean menos conocidas, donde se conserve la inocencia de antaño?

En el anonimato de la ciudad, el individuo es libre de pensar y actuar a su antojo, sin que nadie lo vigile ni lo controle. Pero Descartes disfrutaba ante todo de la carencia de vínculos del expatriado. En las Provincias Unidas, tanto la cultura y la política, como la religión y el idioma le eran ajenos. No tenía compromisos, así que podía aislarse, gozar del paisaje, sumirse en sus propios pensamientos. En una carta de junio de 1648, cuando Descartes contaba cincuenta y dos años, escribió a la princesa Isabel de Bohemia que tenía un pie en cada tierra y que la libertad que esta condición conllevaba le hacía feliz por demás.

Descartes trataba de emular al gran estilista literario Guez de Balzac. O quizás, incluso, pretendía superarlo. Lo cierto es que ninguna otra carta de Descartes es tan lírica. Pero Balzac no se prestó al juego y contestó la florida carta de Descartes en estilo llano. No obstante, Balzac correteaba al filósofo al incluir tres cartas a Descartes en su compilación. Por lo demás, otra carta de Balzac, enviada a Hydaspe el 1 de enero de 1624, nos sugiere otra posibilidad. Balzac se refería a los interlocutores tediosos: «Pero en verdad me matan de aburrimiento cuando son recién llegados de Holanda, donde han comenzado a estudiar matemática.»

Aunque Ferrier había desertado, Descartes consiguió otro compañero de trabajo, el ingeniero Étienne de Villebressieu. En mayo de 1631 viajaron juntos a Dinamarca para observar una obra hidráulica, pero

Descartes enfermó y regresó antes que Villebressieu. Indicó a Villebressieu que estaría en sus aposentos del Viejo Príncipe. En 1631 vivieron juntos en Amsterdam, y quizás en París entre 1627 y 1628, pero no se vieron hasta mucho después de 1634.

Hay muchas teorías acerca de por qué Descartes se fue de París. Me gusta la chanza de Leibniz: «Descartes se fue de París para no toparse más con Roberval» (Frédérrix, p. 100). Roberval siempre refutaba las demostraciones matemáticas de Descartes. París no era una gran ciudad. Quizá Descartes fuera como mi suegro, quien vivía en una localidad de mil doscientos habitantes en Iowa, y un día espetó a un vecino: «Quisiera que dejaras de pararte para hablarme en la calle. La gente creará que somos amigos.» Al parecer, había muchas personas que Descartes no quería encontrar en la calle.

Aun así, llama la atención que Descartes se empeñara tanto en ocultar su domicilio en las Provincias Unidas. Sospecho que se escondía de Bérulle y los católicos fanáticos. O quizá de su padre y su hermano mayor. Había vendido la granja, había cogido el dinero y huido. Pero ellos no emitirían una orden de arresto, ni siquiera si se quedaba en Francia. Sin embargo, en Francia podían visitarlo, o enviar a viejos amigos como Vasseur d'Étoiles para importunarlo. Era improbable que lo siguieran a las Provincias Unidas, aunque conocieran su domicilio. Y las cartas no podían causarle daño.

Sea como fuere, Descartes pronto olvidó el problema que lo había impulsado a ocultarse. Al cabo de tres o cuatro años, era uno de los filósofos más visibles y mejor conectados de las Provincias Unidas. Más tarde, cuando realizó tres visitas a Francia, y cuando viajó a Suecia, sus amigos de Amsterdam y La Haya constituyeron una especie de club de admiradores en la Cámara de Comercio, con el afán de retenerlo en las Provincias Unidas.

Los estudiosos se preguntan por qué Descartes viajaba tanto dentro de las Provincias Unidas. Pero a mi juicio el hecho tiene justificación razonable: unas veces viajaba para visitar amigos, estudiosos, editores, universidades, y otras —parece obvio— para tratar de escapar de epidemias de peste en Leiden y otras zonas. Del 23 de junio al 31 de diciembre de 1635, la peste de Leiden mató a catorce mil quinientas ochenta y dos personas, mil quinientas en sólo una semana. Y estos viajes le permitían conocer —además de matemáticos, científicos y catedráticos— a muchas personas de relevancia del gobierno local y provincial.

Descartes tenía un plan. Era un hombre de inmensa autoestima e

inconmensurable ambición. En 1628 ya hablaba de reemplazar la filosofía y la ciencia aristotélicas por la suya. Para ello, tendría que convencer a los jerarcas de la Iglesia católica de abandonar la filosofía y los libros de texto escolásticos, que se habían usado durante siglos, para sustituirlos por la filosofía cartesiana y un libro de texto que él se proponía escribir. Aunque había una predisposición favorable a una ciencia natural observacional y experimental, promovida por filósofos tales como Bacon y Gassendi en oposición a Aristóteles, la ambición de Descartes era asombrosa. Podía interpretarse como el delirio de un lunático, y eso es lo que muchos hicieron. Este filósofo laico decía que convencería a los jesuitas de usar su libro de texto en vez de las exposiciones de santo Tomás de Aquino y de Aristóteles. No estaba en sus cabales.

Recordemos que hablamos de alguien que tenía reputación como geómetra pero nunca había publicado nada, y mucho menos un tratado filosófico o científico. Aspiraba a unificar las ciencias con un método basado en la matemática, y había escrito el borrador de algunas reglas para la dirección de la mente. También había desarrollado algunas teorías en óptica. Era descabellado que este hombre se fuera a las Provincias Unidas para iniciar una campaña con miras a reemplazar las enseñanzas de Aristóteles por su propia filosofía.

Pero Descartes tenía que iniciar su revolución en alguna parte. En contraste con las viejas y tradicionales universidades francesas, las universidades holandesas eran flamantes. La de Leiden se había fundado en 1575, la de Franeker en 1585, la de Groningen en 1615 y la de Utrecht en 1636. Descartes observó que la Universidad de Utrecht aún no estaba corrompida. Lo cierto es que hacia 1635 había cartesianos enseñando en tres de esas instituciones. Si Descartes no emigró a las Provincias Unidas pensando que sería más fácil imponerse en las universidades holandesas que en las francesas, lo descubrió poco después de su llegada. Cuantas más personas importantes conociera, más aceptación hallaría su filosofía.

Si Descartes trabajó en metafísica durante sus primeros nueve meses en las Provincias Unidas, un período para el cual sólo disponemos de su carta del 18 de junio de 1629 a Ferrier, luego se concentró en la dióptrica, que se relaciona con la reflexión y refracción de la luz. El fenómeno de los cuatro soles falsos, observado en Roma el 10 de marzo de 1629, lo llevó a una explicación, y a trabajar en *Los meteoros*, obra publicada en 1637.

Aparte de la dióptrica y la matemática, hacia 1630 Descartes sentía pasión por la anatomía. Diseccionaba animales con Fortunatus Vopis-

cus Plempius (quien se mudó a la Universidad de Louvain en 1633) y vivía en Kalverstraat —«calle de las vacas»—, una calle de carniceros. «Hubo un invierno en Amsterdam —declaró— en el que iba casi todos los días a casa de un carnicero para verle sacrificar los animales y hacerme llevar a mi alojamiento las partes que quería anatomizar con mayor tranquilidad.» La anatomía era un tema candente en esa época. Lo vemos en *La lección de anatomía del doctor Tulp*, el cuadro que Rembrandt pintó en Amsterdam en 1632, donde el artista mostró la disección de un cadáver humano en un anfiteatro.

En 1632 Descartes entregó a Golius parte del manuscrito de *La dióptrica* para que lo revisara. Y señaló que había pasado cinco o seis semanas resolviendo el antiguo problema matemático de Pappus de Alejandría. Luego trabajó a toda marcha en lo que consideraba su obra máxima, *El mundo o El tratado de la luz*. Como confesó a Mersenne, su metafísica contenía el cimiento sólido que aseguraba la certeza de su física. Una vez que se demostraba la existencia de Dios y se revelaba que el mundo sólo consistía en materia en movimiento que seguía las leyes naturales garantizadas por Dios, todo lo que Dios necesitaba para poner el mundo en movimiento era darle un empujón. Descartes afirmaba que, entonces, las estrellas y los planetas, la Tierra y todo lo que contenía, se formarían mediante la unión y separación de los cuerpos a medida que giraban uno alrededor del otro. Para eludir la objeción de que se alejaba de lo descrito en el Génesis, calificó su historia de fábula. Pero una fábula muy útil, porque una vez que sabemos que la materia se mueve en conformidad con las leyes eternas de la naturaleza, podemos controlar estos movimientos para el bien de la humanidad.

Descartes pasó de los cuerpos celestes a los fenómenos atmosféricos, tales como el arco iris, y de ahí a las explicaciones acerca de los cuerpos vivientes. La culminación de la fábula sería la descripción de cómo podía formarse un cuerpo humano en forma mecanicista. Luego, todo lo que ese cuerpo necesitaba para ser humano era su unión con un alma humana. Descartes daba por sentado que cada ser humano constituía dicha unión. Pero los demás animales eran máquinas, autómatas que se movían por estímulos y respuestas, incapaces de expresar pensamientos o sentimientos, y de experimentar placer o dolor. No tenían alma.

Debemos tomar estas convicciones seriamente, aunque Descartes tenía un perro llamado *Monsieur Grat* (traducido, algo así como Señor Rasco), lo cual suena encantador. Pero el apego de Descartes a *Monsieur Grat* no debía de ser muy grande, pues en febrero de 1648 envió el perro

a Claude Picot, que vivía en París, junto con una hembra de la misma especie, para iniciar esa raza en Francia. Uno se pregunta qué clase de perro era. El perro que hoy es típico de la campiña holandesa tiene unos cuarenta y cinco centímetros de altura, es de pelaje corto y negro con manchas blancas, y se emplea para arrear a las vacas. Rembrandt mostró la misma clase de perro en las pinturas que hizo en tiempos de Descartes. *Monsieur Grat* y su novia debían de ser perros de pastoreo. Y aunque Descartes sintiera apego por *Monsieur Grat*, también era el hombre que practicaba la vivisección en conejos y perros. He aquí un pasaje de su *Descripción del cuerpo humano*:

Si seccionamos el extremo del corazón de un perro viviente, y a través de la incisión insertamos el dedo en una de las concavidades, sentiremos claramente que el corazón presiona el dedo cada vez que se contrae, y deja de presionarlo cada vez que se dilata. (AT XI 241-242.)

Quizá *Monsieur Grat* fue afortunado cuando Descartes lo envió a Francia.

El mejor amigo del hombre. Descartes habla de los perros en otras dos ocasiones. Una vez en el *Tratado de las pasiones del alma*, señalando que si es posible adiestrar a los perros de caza para que no teman el estruendo de las armas de fuego, y para quedarse quietos y aguzar los sentidos en vez de perseguir a las aves, también podemos adiestrar seres humanos. Y el 18 de noviembre de 1630, en la primera descripción conocida del fenómeno del reflejo condicionado, explicó a Mersenne que después de azotar a un perro seis u ocho veces al son de un violín, el sonido del violín bastaría para que el perro gimiese y temblase de miedo. Descartes cazaba aves con su amigo Van Zurk. Cabe presumir que también experimentó con el truco del violín.

A mediados de 1633 Descartes casi había terminado su libro de filosofía natural, *El mundo*. El 22 de julio de 1633 prometió a Mersenne que se lo enviaría a fin de año. Pero de pronto sucedió lo inesperado. Ese mismo día se enteró de que en Roma la corte del papa Urbano VIII había condenado un trabajo de Galileo, el *Diálogo sobre los dos máximos sistemas del mundo ptolemaico y copernicano* (1632), por contener la tesis de que la Tierra giraba alrededor del Sol. El 22 de junio de 1633 Galileo abjuró de sus afirmaciones y se le condenó a arresto domiciliario por el resto de su vida. Descartes tuvo noticia de ello en noviembre de 1633. Presa del pánico y la desesperación, escribió a Mersenne:

Esto me asombra tanto que casi estoy decidido a quemar todos mis papeles o, al menos, a no mostrárselos a nadie. Pues me cuesta imaginar que Galileo, que es italiano y bien recibido por el papa, según he oído, pueda haber comparecido ante un tribunal penal tan sólo por haber querido establecer el movimiento de la Tierra, aunque sé que esto fue censurado hace un tiempo por algunos cardenales. Pero pensé que aun en Roma esto era aceptado si no se enseñaba públicamente. Y confieso que si esto es falso, también lo son los fundamentos de mi filosofía, que obviamente deriva de estos principios.

Descartes sabía que Mersenne intentaría persuadirlo de publicar, de modo que añadió: «Por nada del mundo publicaría un discurso que contuviera una sola palabra reprobada por la Iglesia.»

No obstante, consternado pero esperanzado, escribió a Mersenne en febrero de 1634:

El conocimiento que tengo de vuestra virtud me alienta a creer que tendríais mejor opinión de mí al ver que he decidido desechar totalmente el tratado que he escrito, y perder casi todo mi trabajo de cuatro años, con la finalidad de prestar total obediencia a la Iglesia, que ha proscrito la opinión de que la Tierra se mueve. Sin embargo, como todavía no he visto que el papa o el concilio ratificaran esta proscripción, lanzada sólo por la Congregación de Cardenales constituida para censurar libros, me gustaría saber qué se piensa de ella en Francia y si la autoridad de los cardenales ha bastado para que sea artículo de fe.

Observamos en una carta que Descartes escribió a Mersenne seis años después, en diciembre de 1640, que todavía no se había rendido:

Si escribís al doctor del cardenal Bagni [Gabriel Naudé], agradecería le dijerais que nada me impide publicar mi filosofía excepto la prohibición contra el movimiento de la Tierra, que no sé cómo separar de mi filosofía, pues toda mi física depende de ello. Pero también que quizá pronto me vea compelido a publicarla a causa de las calumnias de varias personas que, al no entender mis principios, desean convencer a todos de que tengo opiniones muy alejadas de la verdad. Os pido que sopeséis la opinión del cardenal, pues siendo su

servidor, mucho me afligiría disgustarle, y siendo muy celoso de la religión católica, siento inmenso respeto por todos sus adalides. No añadiré que no deseo ponerme a merced de la censura, pues creyendo con firmeza en la infalibilidad de la Iglesia, y sin tener dudas sobre mis pruebas, no temo que una verdad contradiga la otra.

El cardenal Bagni nunca dio su opinión.

En cuanto a publicar que la Tierra giraba alrededor del Sol, Descartes estaba a salvo de la Inquisición en las Provincias Unidas, y también lo habría estado en Francia. Tanto Mersenne como Gassendi, entre otros, hicieron pública su creencia en el sistema heliocéntrico después de la condena de Galileo. En 1634, Mersenne publicó la *Mecánica* de Galileo y una síntesis del *Diálogo*. Y, a pesar de sus declaraciones y votos de obediencia a la Iglesia, Descartes seguía buscando un modo de sortear la prohibición. No obstante, nunca publicó *El mundo*. En cambio, siguió ocupado en *La dióptrica* y *Los meteoros*, obras que publicó en vida en 1637, y en *El tratado del hombre*, que vio la luz tras su muerte.

Dada su aspiración de que *El mundo* reemplazara los textos aristotélicos de ciencias naturales en las escuelas católicas, el pánico de Descartes y su afán de no irritar a la Iglesia son del todo comprensibles, pues ningún colegio jesuita adoptaría jamás un libro condenado.

Por el momento, sin embargo, Descartes pareció ceder. «De todos modos, nunca pensé en mí como un creador de libros», escribió a Mersenne en noviembre de 1633. Nuestro pensador no las tenía todas consigo.

A fines de marzo de 1634, Descartes tenía treinta y ocho años. Ninguna documentación indica que hasta el momento hubiera tenido una relación romántica con una mujer, salvo la anécdota de Madame Rosay que refería que Descartes había desarmado al rival que competía por el afecto de aquella dama. El 15 de octubre de 1634, consignó en la solapa de un libro que ese domingo, en una casa que aún se yergue en la Westerkerksstraat de Amsterdam, concibió con Helena Jans a su hija Francine. Como disculpa, Baillet señaló que para Descartes, una persona tan interesada en la anatomía, había sido difícil eludir semejante tentación. ¡Faltaría más! Imagino a Helena como la doncella holandesa más bonita, más rubicunda, más rubia y más retozona que jamás haya ordeñado una vaca.

CAPÍTULO OCHO

Francine Descartes

NO SOY UNO DE ESOS FILÓSOFOS QUE CREEN QUE UN HOMBRE NO
DEBE LLORAR

En el registro bautismal de la Iglesia reformada de Deventer correspondiente al 7 de agosto de 1635, consta lo siguiente:

Vader Renér Jochems (Padre: René, hijo de Joachim)

Moeder Helena Jans (Madre: Helena, hija de Jans)

Kint Fransintge (Niña: Francine)

Sí, fui a verlo, aunque con cierto bochorno. El joven encargado tardó media hora en encontrarlo. Otros estudiosos ya habían analizado los archivos de Deventer, y habían autenticado, transcrito e impreso este documento. ¿Para qué quería ver yo ahora el original? No pude darle una respuesta precisa. Son cosas que hacen los biógrafos. También existe un registro bautismal de una Helena Jansen, fechada el 17 de abril de 1614. Si ésta es la Helena de Descartes, tenía veintiún años cuando nació Francine. Descartes contaba treinta y nueve.

Han desaparecido las partidas matrimoniales de una parte del período durante el cual Descartes y Helena pudieron contraer enlace. Pero es muy improbable que se casaran. Descartes habría tenido que convertirse al calvinismo y, en tal caso, los predicadores habrían publicado las amonestaciones, y no lo hicieron, de modo que deduzco que Descartes y Helena no se casaron.

Helena Jans era la madre de la hija de René Descartes. Antes que haga algunas conjeturas sobre ella, hablemos de la apariencia de Descar-

tes y la clase de hombre que era en la flor de la vida. Según Baillet, quien habló con gentes que habían conocido a Descartes en persona, «nuestro filósofo» era delgado y de cabeza grande.

He sostenido en las manos el presunto cráneo de Descartes que se encuentra en el sótano del Museo del Hombre de París. Se envió de Suecia a París en 1821, tras haber estado, al parecer, en manos privadas desde fechas próximas a 1650, año de la muerte de Descartes. Puedo asegurar que la historia de cómo el presunto cráneo de Descartes viajó desde una tumba de Estocolmo hasta el sótano de un museo parisino ofrece muchos cabos sueltos. Pero eso sucedió mucho después de su muerte, así que no nos ocuparemos de ello.

Se trata de un cráneo muy pequeño, sin prominencias en la zona de las cejas y sin las rugosidades que habitualmente se encuentran en los varones. Más aún, las suturas no están cerradas del todo. «Se parece al cráneo de una niña adolescente», observó Pat, que es miembro de la Academia Nacional de Ciencias, pero es arqueóloga, no antropóloga física, así que traspasó el asunto a un colega que sí lo es. Erik Trinkaus también es miembro de la Academia Nacional de Ciencias pero, ante todo, es una de las principales autoridades internacionales en el hombre de Neanderthal. Y el museo parisino ha guardado el presunto cráneo de Descartes en el mismo gabinete que los cráneos Neanderthales. Erik le echó un vistazo y llegó a la conclusión de que hay un ochenta por ciento de probabilidades de que el cráneo sea masculino, pero sólo un veinte por ciento de que pertenezca a alguien de más de cuarenta años. Descartes tenía casi cincuenta y cuatro cuando falleció.

Tenemos, pues, un cráneo de pequeñas dimensiones. ¿Baillet afirmaba que Descartes tenía la cabeza grande? Sí, pero también sostenía que Descartes estaba por debajo de la altura media. Un detalle notable es que, aunque faltan los dientes, las cavidades indican que estaban en excelentes condiciones. Y el propio Descartes aseguraba que tenía buena dentadura. Hay un modo fácil de averiguar si el cráneo es en realidad de Descartes: puesto que existen descendientes de la familia Descartes en la Francia actual, y podría compararse su ADN con el ADN del cráneo. Sería una prueba irrefutable. He sugerido que se realice el análisis y, quizás, un día se haga.

La altura media de un francés durante la primera mitad del siglo XVII rondaba el metro sesenta (las fuentes difieren). Si nos parece que era escaza, echemos un vistazo a las armaduras del siglo XVII que guarda más de un museo. Quedaremos asombrados. Parecen hechas para niños. Con



Westermarkt 6, Amsterdam. Casa en la que Descartes
y Helena concibieron a su hija Francine

Fotografía de Raymond Lécuyer y Paul-Émile Cadhilac

una talla inferior a la media, Descartes debía de tener un metro cincuenta y cinco. Incluso menos, pues Baillet enfatizó que, a pesar de ser menudo, Descartes tenía un cuerpo bien proporcionado. En otras palabras, a pesar de su «cabeza grande», no era enano.

Cuando era joven, llevaba espada y sombrero emplumado, como correspondía a un caballero, pero al llegar a los cuarenta años los cambió por un sombrero de piel de castor y una capa. Su voz era suave y gozaba de buena vista. Siempre usaba medias de seda y, además, se ponía medias de lana cuando iba a la calle. El tiempo era fresco y húmedo en Holanda.

Cuando salía, estaba entre holandeses. Los holandeses ya eran corpulentos en el siglo XVII. Tanta leche y miel, mantequilla, huevos y cerveza... También lo eran los suecos, esos superhombres nórdicos. La talla

menuda de Descartes pudo haber contribuido a que sus amigos holandeses ansiaran protegerlo, pero también a que los enemigos que se granjeó en aquellas tierras lo vieran como un listillo. Descartes siempre se mostraba seguro de sí y, al parecer, no tenía pelos en la lengua. Por otra parte, su baja talla debe de haber sido una ventaja en su juventud, cuando apostaba con soldados fornidos y viriles.

Baillet afirmaba que Descartes tenía el cabello negro, entrecano después de los cuarenta, y que tanto la frente como el labio superior le sobresalían levemente. También sus ojos eran negros, y su gran nariz tenía una longitud —especificó Baillet— proporcionada. En el pliegue de la mejilla derecha tenía un pequeño bulto que desaparecía de vez en cuando, pero siempre volvía a crecer. Se dejaba un bigote fino que descendía más allá de las comisuras de la boca, y una barba pequeña y puntiaguda, desde abajo del labio inferior hasta por encima de la barbilla, que seguía el estilo de Luis XIII. Es indicio de la difusión de la cultura francesa que el rico y poderoso amigo holandés de Descartes, Constantijn Huygens, usara el bigote y la barba de la misma manera. También los usaba así otro amigo de Descartes, el poeta Guez de Balzac.

La descripción que hizo Baillet de Descartes se parece mucho al retrato que de él pintó Frans Hals, que también parece ser su fuente cuando comentó que Descartes prefería el paño negro y que el pelo siempre le caía sobre la frente. (Y nadie tiene ojos negros salvo en las pinturas.) El grave problema es que este retrato tan conocido, tan icónico, no es obra de Frans Hals ni representa a Descartes. Existe una docena de copias de este retrato. El que se exhibió tantos años en el Louvre de París se ha retirado a causa de su falta de autenticidad por partida doble. He tratado de averiguar cuándo se afirmó por primera vez que éste era un retrato de Descartes pintado por Frans Hals, pero no he tenido suerte. Sólo hay dos retratos de Descartes autenticados con certeza: un dibujo de Frans Schooten II y una pintura de Jan-Baptist Weenix. Schooten dibujó su retrato para incluirlo en la traducción latina de *La geometría* de Descartes, en 1644. Mostraba en él a un hombre más delgado que el del falso retrato de Hals. A los amigos de Descartes no les gustaba, pero éste sólo comentó que la barba y la ropa no estaban bien. También pidió que no se publicara, y no se publicó hasta la segunda edición de 1659, después de su muerte. El falso retrato de Frans Hals parece la concepción heroica de cómo habría lucido un Descartes mayor a partir del dibujo de Schooten. Al menos, la ropa y la barba son las mismas.

Weenix pintó su retrato después de 1647. Jan Lievens hizo en la

misma época un dibujo que sin duda representa a Descartes, aunque no está autenticado en forma fehaciente. El retrato de Weenix muestra que Descartes no se parecía en nada al hombre de la misma edad del falso retrato de Frans Hals. El «Descartes de Hals» muestra rasgos faciales firmes y un semblante heroico. En cambio, en los retratos de Weenix y Lievens, Descartes presenta ojeras y un rostro poco terso, y tanto su boca como su barbilla son débiles. El hombre del falso cuadro de Hals es fornido y alto, pero los de Weenix y Lievens muestran que Descartes era un hombre menudo y rechoncho de brazos cortos y doble papada. Y en el retrato de Weenix, Descartes parece un campesino. Constantijn Huygens era amigo y mecenas de Lievens, y es probable que encargase el retrato de Descartes. Lievens pintó también un magnífico retrato de Huygens.

En agosto de 1649, antes que Descartes partiera para Suecia, su amigo Bloemaert encargó un retrato de él. Sospecho que los estudiosos cartesianos han asegurado que Bloemaert encargó un retrato a Frans Hals porque Hals es el pintor más famoso de la época. Creo que Bloemaert habría querido el retrato de Weenix, en el que Descartes sostiene un libro abierto en dos páginas donde está escrito, en grandes caracteres: «El mundo es una fábula.» Esto se refiere a la descripción cartesiana de cómo el mundo pudo haber evolucionado a partir de la mera materia en movimiento. Como he comentado, él definió esta historia de fábula porque no coincide con la que se describe en el Génesis.

Entre los retratos presuntamente auténticos de Descartes, existe además el que David Beck pintó en Estocolmo después de su muerte, por encargo de la reina Cristina de Suecia. En esta pintura, Descartes muestra un rostro menos joven y más carnoso que en el falso retrato de Hals, de donde parece copiado.

El antojadizo grabado del siglo XVIII obra de C. Hellemans, que muestra a Descartes con un pie apoyado en las obras de Aristóteles, le presenta con un torso desproporcionadamente largo, pero, por lo demás, muestra a un hombre de talla escasa, casi un enano pisoteando a Aristóteles. Otra prueba de que Descartes tenía fama de hombre bajo la constituye el libro *Nuevas memorias para la historia del cartesianismo*, publicado por Pierre-Daniel Huet en 1692, una sátira en la que el autor sostenía que Descartes no había muerto, sino que se había ido a Lapponia, donde de inmediato lo aceptaron como lapón por su exigua estatura, y devino un dios entre ellos.

Podríamos inferir que Descartes era menudo por su trabajo sobre el arte de la esgrima, cuyo manuscrito poseía Baillet. Según éste, Descartes

descubría en él los movimientos que debían realizarse para aproximarse al oponente cuando se era alto y, también, explicaba cómo superar de forma infalible al adversario cuando se era bajo. A un hombre bajo de brazos cortos le correspondería estar siempre cerca, para no ser superado en alcance. Por descontado, no correría peligro alguno si la distancia fuera muy grande. En ese caso no debería luchar. Este distanciamiento fue un motivo constante en la vida de Descartes. Quería vivir en un desierto.

Incluso sabemos qué aspecto tenía Descartes durante la noche. En sus *Meditaciones metafísicas* (1641), Descartes presentó varias razones para poner en duda aquello que se cree conocer. «Cuántas veces —escribió— he soñado en la noche que estaba aquí, vestido junto al fuego, aunque estaba en la cama, por completo desnudo.» Generaciones de estudiantes han hecho mofa de ese pasaje: ¡Descartes dormía desnudo!

No sólo Descartes dormía desnudo, sino que Frédéric Pagès sostiene de modo muy persuasivo que fumaba marihuana. El hábito de fumar estaba muy arraigado en las Provincias Unidas. Ningún visitante podía evitar la tentación, y menos un soldado joven como era Descartes cuando estuvo en Breda en 1618. La mayor parte del tabaco de esa época se combinaba con marihuana. Así que Descartes fumaba marihuana. Quizás estuviera bajo su influencia cuando tuvo los sueños. Más adelante, en cambio, Descartes sería un fanático de la salud que criticaba el tabaco como droga estupefaciente. Y no hay pruebas de que fumara con asiduidad.

Descartes tenía un huraño sentido del humor. Recordemos que llamaba *Monsieur Grat* a su perro. Me gusta aquella frase de su carta del 23 de abril de 1649 a Brasset, alegando que no deseaba ir a Suecia:

Confieso que un hombre que nació en los jardines de Turena y ahora habita una tierra en la que, si bien no hay tanta miel como Dios prometió a los israelitas, es creíble que haya más leche, no puede decidirse fácilmente a partir para irse a vivir en una tierra de osos, entre rocas y hielo.

Y Descartes se burló de Clerselier cuando le indicó que no había nada mejor que una tortilla de huevos que se hubieran empollado ocho o diez días. ¿Se imaginan a qué puede saber un huevo así?

Pero he aquí la que quizá sea la mejor anécdota de Descartes, y que él contó en una carta del 1 de noviembre de 1644 a Chanut, cuando lo hostigaba el predicador calvinista Voetius de Utrecht:

Ojalá hubiera sido tan sabio como al parecer los salvajes consideran a los monos; es decir, los salvajes se imaginan que los monos podrían hablar si quisieran, pero no hablan para que nadie los ponga a trabajar. Como no he tenido la prudencia de abstenerme de escribir, no tengo tanto ocio y reposo como tendría si hubiera tenido el buen tino de guardar silencio.

Hay otro comentario perspicaz en una carta a Huygens del 27 de agosto de 1640, donde Descartes repetía la vieja historia de que los indígenas del Nuevo Mundo se negaron a convertirse al cristianismo por temor a tener que compartir el cielo con los españoles.

Y el 12 de marzo de 1640, en otra carta a Huygens, Descartes afirmaba que Pierre Petit era tan indigno de confianza que «si me contara que los chinos tienen dos ojos como nosotros, creería que en China sólo viven cíclopes». Lo escribió al comentar algunas historias que Petit había contado a Mersenne, una de las cuales se refería a una muchacha de Colonia que tenía los estigmas de Cristo. Descartes la puso en duda y aseguró que Mersenne era tan incauto que se creería cualquier cosa. Por cierto, ésta es una de las pocas menciones de Cristo en los escritos de Descartes, aunque lo cita contra Voetius varias veces.

Como hemos visto, Descartes se reía de ciertas extravagancias de los predicadores protestantes. En una carta a Mersenne de marzo de 1637, observó: «No pude contener la risotada al leer el pasaje donde comentáis que alguien tendría que matarme para que la gente pudiera ver mis escritos.» El 27 de mayo de 1638, le escribió a Mersenne que la carta con las peroratas de Roberval le había hecho reír de veras, porque éste no tenía buenas respuestas para los comentarios de Descartes. En la misma carta, Descartes sostenía que el libro *Geostática* de Jean de Beaugrand, acerca de la inmovilidad de la Tierra, era digno de risa, y que prestaba tanta atención a los insultos de personas como Beaugrand como a los de un loro. El 27 de julio de 1638 escribió a Mersenne que responder a Petit sería casi lo mismo que perseguir a un perro que le ladrara en la calle. Usó la misma frase para indicar que no replicaría tampoco a Beaugrand.

El primer libro de Descartes, el *Discurso del método*, comienza con una broma. Montaigne la usó y Charron la repitió:

El sentido común está mejor distribuido que cualquier cosa en este mundo, porque todos creen estar tan bien provistos de él que ni

siquiera los que son más exigentes en todo lo demás desean más del que ya tienen.

Descartes añadió que «la facultad de juzgar bien y distinguir lo verdadero de lo falso, que es en esencia aquello que llamamos sentido común o razón, es naturalmente el mismo en todos los hombres». Así, las diferencias entre los individuos surgirían de su aplicación. Está claro que algunas personas usan su razón mejor que otras. Descartes ideó un método que todos podían utilizar para aplicar la razón, evitar el error y alcanzar la certidumbre.

El giro que Descartes imprimió a esta vieja broma era que él creía que era verdad. Opinaba que todos nacemos con igual capacidad de razonamiento. Así que no se trataba de una broma, y comenzamos a comprender que incluso cuando Descartes sonreía, reconociendo el potencial humorístico de sus palabras, hablaba muy en serio. El chiste acerca de cuántas feministas se requieren para desatornillar una bombilla de luz debió de haber sido antaño: ¿Cuántos cartesianos se necesitan para apagar una bujía? Uno, y no tiene la menor gracia.

El 6 de octubre de 1645 Descartes escribió a la princesa Isabel de Bohemia que «las grandes alegrías suelen ser solemnes y serias; las alegrías mediocres y transitorias son las que provocan risa». Nuestro filósofo no era un hombre jovial. En el *Tratado de las pasiones del alma* afirmaba que muchos hombres que guardaban luto por su esposa lamentarían que ésta resucitara. No creo que Descartes repitiera ese viejo y manido dicho para provocar una sonrisa, sino porque lo consideraba un ejemplo de juiciosa historia natural. Y me recuerda con dolor la carta de presunta confortación que dirigió a Huygens, cuya esposa falleció el 10 de mayo de 1637. Diez días después, Descartes le escribió:

No teniendo la menor duda de que os regís estrictamente por la razón, estoy persuadido de que os será más fácil hallar consuelo y recobrar vuestra habitual serenidad de espíritu, ahora que no hay más remedio, que antes, cuando había ocasión de sentir temor y esperanza. En verdad, cuando se elimina la esperanza, el deseo cesa, o al menos se debilita y cede, y cuando uno siente poco o ningún deseo de ver de nuevo lo que ha perdido, no padece gran aflicción.

Huygens, que amaba a su esposa con pasión (y Descartes lo sabía), apostilló en la margen de esta carta: «Desgarrado por la pasión, aunque

mis esperanzas han muerto.» (Una cita de Petrarca.) Descartes finalizó su carta con una mezquina queja personal, indicando que Mersenne aún no le había enviado la autorización para publicar el *Discurso*. Luego sentiría fastidio al recibirla, porque Mersenne, contra sus instrucciones expresas, había incluido el nombre de Descartes en la autorización, e incluso un panegírico en alabanza de Descartes y el libro. Pero peor aún era el hecho de que la autorización se extendía a otras obras, dando la impresión de que Descartes se dedicaba a vender libros, una imagen que él detestaba.

Descartes hacía gala de un talento manifiesto para el sarcasmo. Su «Carta a Dinet» (1642) y su *Carta a Voetius* (1643) están abarrotadas de comentarios mordaces. Ya he señalado que se regodeaba en recordarle a Beeckman —por tener la pretensión de creerse el maestro de Descartes— que sus amigos sabían que él, Descartes, aprendía cosas aun de las hormigas y los gusanos. Descartes afirma con acritud que preferiría creer que Beeckman trataba de modo deliberado de dar la falsa impresión de que había enseñado a Descartes cosas importantes, a creer lo que indicaban las apariencias, es decir, que Beeckman era estúpido. Beeckman era un amigo. Voetius nunca lo fue. Y cuando trato de evocar un buen sarcasmo con el que Descartes atacara a Voetius, más me ratifico en que Descartes era menos sarcástico que insidioso con su enemigo, el teólogo calvinista ortodoxo. Por ejemplo, en sus cartas a los funcionarios de Utrecht señaló varias veces que les hacía un favor al darles motivos para liberarse del fraudulento Voetius. Los funcionarios de Utrecht ignoraron la sugerencia de Descartes.

Aunque no siempre fuera tan gracioso, Descartes siempre era demoníacamente inteligente. En la *Carta a Voetius*, sus respuestas a los ataques contra su persona y su filosofía juegan a menudo con el sentido más estrecho y literal de las palabras. En definitiva, era alumno de los jesuitas. Ellos podían entretener argumentos apropiados incluso para anular los matrimonios de los reyes. He aquí como respondió Descartes a la acusación de tener hijos ilegítimos. Primero arremetió con fuerza para merecer la aclamación: «No ha pasado tanto tiempo desde que era joven [tenía cuarenta y siete años cuando escribió esto]; soy hombre, y nunca hice votos de castidad ni he fingido ser más sabio que los demás.» Recordando que tuvo la nobleza de reconocer que era el padre de Francine en la Iglesia reformada de Deventer, donde la niña recibió el bautismo el 7 de agosto de 1635, lo cierto es que nos enorgullecemos de él. No se casó con la madre de Francine, o al menos no existe docu-

mentación que lo demuestre. Y jamás lo acusaron en serio de casarse con una calvinista en una iglesia ortodoxa (eran rumores que pretendían difamarlo). Sin embargo, para que un hijo fuera legítimo no era necesario que los padres se casaran, sólo que el padre lo reconociera. Sin duda éste fue uno de los mejores momentos de Descartes, pues brindaba sólida munición contra la insinuación de que Descartes —quien estaba escribiendo sobre el desarrollo del feto— sólo se permitía un experimento anatómico. Dudo que se propusiera practicar la vivisección con Helena, o con Francine (aunque su bisabuelo diseccionó a su abuelo). Lo irónico es que estas insinuaciones convinieron tanto a sus enemigos como a los miembros de la Sociedad Protectora de san Descartes. Sería el caso de Clerselier, quien (según Baillet) declaró que Descartes lo había hecho una sola vez. ¿«Nuestro filósofo» en la cama con una mujer? Clerselier estaba horrorizado. Cuando Clerselier tenía dieciséis años, se casó con una mujer de veintiuno que le dio trece hijos. Pero ¿un filósofo fornicando? ¡Jamás! Aun en 1910, la imagen de Adam acerca de un gran filósofo era todavía la de un hombre célibe y casto que se hallaba por encima de las tentaciones de la carne. El modelo perfecto lo brindan los sacerdotes católicos. Ésta es la transcripción que hizo Baillet del solemne informe de Clerselier:

El error que [Descartes] había cometido una vez en su vida contra el honor de su celibato [...] es menos una prueba de su inclinación hacia las mujeres que de su debilidad: y Dios lo elevó muy pronto por encima de ella, para que el recuerdo de su caída pudiera ser tema de continua humillación para él y su arrepentimiento constituyera un saludable remedio que elevase su espíritu. Por este glorioso restablecimiento reingresaría en una filosofía perfectamente cristiana y [...] en la inocencia de su vida. (B II 502.)

Si Descartes explicó esto a Clerselier, cosa que dudo mucho, es otra prueba de que tenía un gran sentido del humor, al menos cuando hablaba con Clerselier, el hombre más pío de París.

Pero, por desgracia, después de declarar de modo orondo que era un hombre como los demás, Descartes añadió: «Pero yo no.» ¿Él no qué? Voetius lo acusaba de tener hijos ilegítimos. Él no tenía hijos (varones), pero tenía una hija, y era legítima, y había muerto un año atrás. Ateniéndose en rigor a la letra de la acusación, Descartes podía mantener su dignidad y afirmar que no tenía hijos ilegítimos, ni si-

quiera una hija legítima viviente. Es obvio que Voetius no conocía los detalles específicos acerca de Helena y Francine. Descartes había sabido ocultarlos.

El deseo de este biógrafo es que Descartes, Helena y Francine se lo pasaran muy bien. Ojalá Descartes hubiera mecido a ambas sobre sus rodillas. Pienso en aquel famoso retrato de Pourbus el Joven, que muestra a Enrique IV de rodillas, rodeado de hijos —legítimos e ilegítimos— que brincan a su alrededor jugando al caballito. En lo concerniente a las mujeres Descartes no era con Enrique IV, pero tenía a Helena. Y consiguió la fecha de la concepción de Francine en la solapa de un libro.

—¿Cómo supo que aquélla era justo la fecha de la concepción? —preguntó Pat.

—Bien —respondí—, si sólo lo hizo una vez...

Descartes habría quedado por completo aturdido con la noticia de la condena de Galileo en 1633, y, hallándose en tal estado de colapso emocional, se dejó seducir un domingo por la tarde en una aireada habitación por aquella apetitosa doncella holandesa (me limito a desarrollar la hipótesis de la única vez). Más que dudoso. En realidad, creo que Descartes tenía tanto espíritu científico que habría repetido el experimento varias veces, al menos para verificar si la experiencia era similar la segunda y la tercera vez.

Descartes pronto se repuso de la conmoción de la condena de Galileo. Durante los tres años siguientes, Descartes echó mano de todo lo que había escrito en *El mundo*. Sintetizó su trabajo sobre las lentes en un ensayo que tituló *La dióptrica*. El trabajo sobre los fenómenos atmosféricos desembocó en *Los meteoros*. Lo que había esbozado sobre las reglas para la dirección de la mente lo incorporó al *Discurso del método*, así como una condensación de su trabajo sobre metafísica. Más aún, satisfizo el requerimiento de Balzac para la historia de su desarrollo intelectual al incluir una autobiografía, hábilmente elaborada para respaldar y ejemplificar la vida racional en la busca de la verdad. Luego, según el propio Descartes, hacia el final de esta tarea de escritura y reescritura, dio forma definitiva a *La geometría*, que también existía en forma fragmentaria.

En 1637 esta gran efervescencia creativa derivó en la publicación del *Discurso del método*, ilustrado con los tres ensayos que demostraban los resultados de su método en *La geometría*, *La dióptrica* y *Los meteoros*. Más aún, mientras revisaba sus manuscritos, decidió presentar su filosofía en francés, en parte, alegó, para que las mujeres pudieran leerla. Su hija se llamaba Francine. Su filosofía hablaba francés.

Esto no era del todo innovador. Montaigne escribió sus *Ensayos* en francés. Y dos obras que ejercieron una influencia directa sobre Descartes también estaban escritas en esa lengua: *Sobre la sabiduría* de Pierre Charron (1601), una cristianización del escepticismo relativista de Montaigne, y el libro de Jean de Silhon, *Dos verdades, una de Dios y Su Providencia, la otra de la inmortalidad del alma* (1626). Silhon era buen amigo de Descartes en París, y en su libro hay opiniones que se reflejan en las *Meditaciones metafísicas* (1641). En la época, nadie le daba gran importancia, ni siquiera Descartes y Silhon.

Si uno quería llamar la atención de los eruditos y catedráticos, escribía en latín. Quizá Descartes pensó que si los católicos condenaban a Galileo, más le convenía evitar que su filosofía se adoptara en las escuelas católicas. ¿De qué otro modo justificar la insultante explicación que daba a los eruditos por escribir en francés?

Si escribo en francés, que es la lengua de mi país, y no en latín, que es la lengua de mis maestros, es porque creo que quienes sólo usan su razón natural pura juzgarán mejor mis opiniones que quienes sólo creen en libros antiguos.

Envío ejemplares a tres de sus sobrinas y a las esposas de algunos amigos. Quizás incluso Helena lo leyó. Sabemos que sabía leer y escribir porque ella y Descartes intercambiaron correspondencia, aunque desconocemos en qué idioma.

Descartes era un hombre de recta conciencia, de modo que dispuso que Helena y Francine vivieran con él o cerca de él. Se lo contamos con una carta, ésta, escrita el 30 de agosto de 1637 —quizá dirigida a Renée—, en la que se refirió a ambas:

Aquí todo va mejor de lo que podríamos haber deseado. Ayer hablé con mi casera para averiguar si estaba dispuesta a alojar aquí a mi sobrina [Francine], y cuánto costaría. Sin detenerse a pensarlo, afirmó que la niña podía venir cuando yo deseara, y me indicó que acordaríamos el precio con facilidad porque le era indiferente tener un crío más o menos para cuidar. En cuanto a la criada, mi casera espera que vos proveáis una, y como hace tiempo que la necesita, y para no molestarla demasiado, por favor enviad aquí, o mejor enviad a Mr. Godfroy, una carta que explique que estáis buscando una, que quisierais hablar con dos o tres para informaros mejor sobre

ellas, pero que aún no habéis decidido, y que no es preciso que nos tomemos la molestia, ya que ciertamente os decidiréis por una o por otra. En efecto, es necesario que Helena venga aquí cuanto antes, y sería mejor que viniera antes de San Víctor [el día en que tradicionalmente se firmaban los contratos de la servidumbre], consiguiendo otra persona que ocupe su puesto presente. Como temo que nuestra anfitriona se moleste si tiene que esperar demasiado para conseguir una criada, contadme si habéis hablado con Helena de todo esto [...]. La carta que he escrito a Helena no es urgente, y preferiría que, en vez de dársela a vuestro criado para que se la lleve, la retengáis hasta que Helena vaya a vuestro encuentro, lo cual creo que hará al final de esta semana para daros las cartas que me ha escrito.

«Las cartas que me ha escrito.»

Nótese que Descartes vuelve a su viejo truco de inventar una historia para que la cuente otro, como aquella mentira que Mersenne debía explicar a Ferrier acerca de un viaje a Inglaterra. Pero lo tiene todo planeado. Y no debemos tomar con sarcasmo su decente actitud de conseguir a Helena un buen puesto de criada. Descartes era realista. No estaban casados. A ambos preocupaba mantener las apariencias. Era una fornida y hacendosa muchacha holandesa, y quería trabajar. Y él deseaba que tanto ella como Francine estuvieran con él.

Por otra parte, aunque Descartes no era tan rico como para mantener a una querida en el suntuoso estilo de la nobleza, tenía suficiente dinero para que Helena no trabajara de criada. Pero, mientras tanto, logró al menos que Helena tuviera colocación en la casa donde él se alojaba. De 1637 a 1640 vivió en casas de campo cerca de Santpoort y Amersfort, donde tenía jardines, y tanto Helena como su hija pudieron haber vivido abiertamente con él en esos lugares. Nadie se opondría.

Lo único que sabemos con certeza acerca de Helena es que era criada, que fue la madre de Francine, que sabía leer y que le escribió cartas a Descartes, casi con seguridad en holandés. Parece más que probable que amamantase a Francine, pues las madres holandesas solían criar solas a sus hijos, a diferencia de las francesas, que contrataban nodrizas. Muchos amigos de Descartes debían de conocer esta relación, pero ninguno de ellos la mencionó en carta alguna. No podía ser de conocimiento público, porque Saumaise y Voetius, los enemigos de Descartes, comentaron que sólo habían oído rumores acerca de un vástago de su oponente.

Sospecho que había cartas de Helena en el baúl que Descartes dejó

en Amsterdam cuando se fue a Suecia. Indicó a sus amigos que, si él moría, podían quemar la correspondencia que guardaba en él, y quizá lo hicieron, con excepción de las cartas de Huygens, a quien se le retornaron. Más tarde, cuando Clerselier quiso preparar su biografía de Descartes y pidió ayuda a Jean de Raey, quien había estado presente cuando se había abierto el baúl, éste se negó. Alegó De Raey que no quería cooperar porque a su juicio «M. Descartes vivió una vida sencilla» y «los franceses la arruinarán» (B I xxx).

Lo más triste es que no hay nada sobre Helena en ninguno de los papeles de Descartes que quedaron tras la muerte de Francine. Quizás Helena murió de fiebre, junto con Francine. Sea como fuere, Descartes vivió el resto de su vida solo (es decir, sin compañía femenina; Descartes nunca vivió a solas del todo porque siempre tuvo empleado a un criado o a un ayuda de cámara).

Al principio Descartes pretendía publicar sólo algunos ejemplares de sus ensayos sobre geometría, dióptrica y meteorología, y en forma anónima, de modo que pudiera sentarse detrás de un biombo (como debió de hacer Anna Maria van Schurman para asistir a clases en la Universidad de Utrecht) a fin de oír lo que decía la gente. Pero todos conocían al autor. Así que en 1637 decidió publicar una tirada grande.

Los tres ensayos tuvieron gran éxito y no tardaron en traducirse al latín. La reputación de Descartes estaba asegurada en geometría (solución del problema de Pappus y exposición del método analítico), dióptrica (ley de refracción) y meteorología (explicación de los falsos soles y el arco iris). El *Discurso del método* que oficiaba de introducción fue muy influyente, sobre todo entre algunos profesores jóvenes —en general en las Provincias Unidas— que veían en él una base metodológica para avanzar en las ciencias naturales. Pero Descartes no estaba satisfecho del todo, porque los fundamentos metafísicos de la certidumbre, que él brindaba con sus pruebas de la existencia de Dios, fueron muy criticados y —peor aún, a su juicio— ignorados como irrelevantes por su mejor discípulo de las Provincias Unidas, Henry Regius de la Universidad de Utrecht.

A partir del éxito del *Discurso* y de los *Ensayos*, Descartes inició la preparación de sus *Meditaciones metafísicas*, con miras a brindar un sólido fundamento metafísico de su física, según explicó a Mersenne. Y una vez más —como su tocayo el cardenal Du Perron (que, como ya he indicado, no era pariente suyo)— quiso una tirada de pocos ejemplares a fin de obtener comentarios que pudieran servirle de cara a una revisión previa a la edición para el público. Adjuntaba algunas objeciones de un sa-

cerdote jesuita de Louvain, Johannes Caterus, que le habían conseguido sus amigos de Harlem, los sacerdotes católicos Bannius y Bloemaert.

Mersenne siguió con este plan. Compiló dos remesas de objeciones, y algunas de Thomas Hobbes, el materialista inglés que había escrito sobre el Estado, de Antoine Arnauld, un teólogo jansenista (antijesuita) de Port-Royal, y de Pierre Gassendi, un atomista epicúreo. Mersenne reunió todas estas objeciones y las publicó junto con las réplicas de Descartes en las *Meditaciones*, en un solo volumen. En 1642 apareció una segunda edición con un séptimo conjunto de objeciones de Pierre Bourdin, un sacerdote jesuita, y una «Carta a Dinét» de Descartes, en la que deploraba las objeciones de Bourdin y también de Voetius, el sacerdote calvinista ortodoxo de Utrecht que atacaba a Descartes y el cartesianismo. Descartes imploraba obsequiosamente a Dinét —quien, a la sazón, era provincial de los jesuitas en Francia y confesor de Luis XIV—, que aclarase que Bourdin no hablaba en nombre de todos los jesuitas. Los comentarios a Dinét acerca de Voetius parecen gratuitos, a menos que Descartes deseara enfatizar de forma contundente y sin sutilezas —y eso hacía— que él era un católico leal acuciado por un perro rabioso calvinista en un país extranjero.

Dios sabrá cómo interpretó Dinét esa carta. Respondió con algunos comentarios vagos, quizá redactados por su secretario personal. Pero, al parecer, Dinét reprendió a Bourdin, quien se concilió con Descartes. Ya aquí tenemos otro ejemplo del profundo humor cartesiano. En 1644, cuando Descartes publicó *Los principios de la filosofía*, envió veinte o treinta ejemplares a Bourdin para que los distribuyera. Tengamos en cuenta que todavía estaban circulando las *Meditaciones metafísicas* que incluían las *Objeciones* y las *Respuestas*, en las que Descartes aclaraba que a su entender Bourdin era un soberano imbécil. ¡El hombre que ahora realizaba quehaceres para Descartes, distribuyendo libros acerca de una filosofía que había criticado y rechazado sólo seis años antes! Descartes estaba dispuesto a entablar amistad con sus críticos y enemigos más acérrimos, pero, eso sí, con la condición de que ellos capitularan y se prosternaran para que él pudiera limpiarse los pies sobre ellos.

Descartes era un hombrecillo orgulloso, irascible y egocéntrico. Su ingenio era acre, se mostraba dogmático en cuanto a sus propios puntos de vista y acusaba a quienes disentían de interpretarlo mal o de ser imbéciles. Era suspicaz, rápido para ofenderse y encolerizarse, lento para aplacarse. Proclamaba que no lo afectaban los ataques personales, pero jamás olvidaba un insulto, un desaire o una injuria. A pesar de su iguali-

tarismo acerca de la razón humana, consideraba que la auténtica nobleza (no la nobleza del tercer estado, adquirida por juristas como su padre y su hermano) era de estofa más digna que el común de los hombres. Ante todo, era un romántico. Le halagaba ser el preceptor de una princesa y a pesar de ser juicioso, abrigaba la esperanza de enseñar su filosofía a una reina.

Descartes se hallaba en Leiden para ver a su editor cuando, el 1 de septiembre de 1640, lo llamaron con urgencia desde Santpoort. Partió de inmediato, sin siquiera despachar la correspondencia que tenía lista para enviar a París. Francine estaba enferma de escarlatina. Tenía un exantema por toda la piel y una fiebre muy elevada. Falleció el 7 de septiembre de 1640. (Sólo un año antes, en una carta del 20 de febrero de 1639 a Mersenne, Descartes lamentaba que, a pesar de todo su trabajo en medicina, nunca había aprendido a curar una fiebre.)

Descartes permaneció en Santpoort otra semana, y luego regresó a Leiden. Sin duda tenía a Francine en mente cuando, en una carta de enero de 1641 a Pollot, declaró que no era uno de esos filósofos que creían que los hombres no debían llorar, y que en fechas recientes había perdido a dos personas muy allegadas. Es posible que la otra fuera Helena, pues no hay más palabras sobre ella.

Muchas personas sabían acerca de Helena y Francine. Henry Renéri sin lugar a dudas, ya que fue el intermediario entre Descartes y Helena. También Constantijn Huygens y Antoine Studler van Zurk, compañero de cacería y banquero de Descartes. Saumaise y Voetius habían oído rumores. Después de la muerte de Descartes, Louis de la Voyette, Frans Schooten II, Jean de Raey, y Cornelius van Hogeland examinaron el baúl que el filósofo había dejado en Amsterdam: ellos también sabían de la existencia de Helena y de Francine. Al parecer, Descartes nunca tiraba papeles. La correspondencia con Helena habría estado en aquel baúl. Destruyeron las cartas, sin duda como Descartes les había indicado.

Es asombroso cuán mezquinos han sido algunos biógrafos franceses con Helena. Petit la describió como una «criatura humilde» y citó este otro comentario de Barrès sobre la muerte de Francine: «Descartes no podía hallar consuelo por la muerte de su hijita. La veía constantemente con su dulce sonrisa, su aire de animalillo que necesita protección [pero sabemos lo que Descartes piensa de los animales: meras máquinas sin sensibilidad] y sufría porque su madre era tan vulgar que no podía compartir su pesadumbre con ella [estaría muerta de pena, pues los holandeses aman de verdad a los niños]» (p. 266). Petit aceptó la validez de todo

esto (su libro se publicó en 1969) y citó una frase de Rousseau (quien mandó a sus propios hijos a un orfanato) acerca de cuán terrible resultaba que un pensador tuviese una mujer vulgar e inculta, con quien no pudiera compartir sus reflexiones. El caso de Karl Marx sentado a la mesa de la cocina, rodeado de hijos mientras escribía sus obras maestras, sería una demostración cabal para Petit.

En una carta del 23 de agosto de 1638 a Mersenne, Descartes hablaba de divertir a una niña. Una fábula: se encontraban en el jardín; ella tenía tres años y estaba sentada sobre sus rodillas. Él batía palmas y el eco reverberaba en un rincón en el que la maleza había alcanzado la altura de un hombre. El eco regresaba... ¡Como el gorjeo de un ave! La niña corría al rincón, pero no había ave alguna. Volvía corriendo junto a su padre. Él, con toda solemnidad, batía palmas de nuevo. El eco regresaba. La asombrada niña reía a carcajadas, daba palmadas también, pero no con la fuerza suficiente. Su padre volvía a batir las palmas. El eco del gorjeo se repetía. La niña miraba admirada el rostro de su padre. Una y otra vez. Él batía las palmas y el eco regresaba.



Pierre Gassendi (1592-1655),
uno de los objetores de las *Meditaciones* de Descartes
Bibliothèque Nationale de France

CAPÍTULO NUEVE

Los geómetras

EN MATEMÁTICA HE LLEGADO TODO LO LEJOS QUE PUEDE IR LA
MENTE HUMANA

Bob Cratchit, padre de Tiny Tim, pasaba cada largo día sentado en un alto taburete de la oficina de Ebenezer Scrooge, sumando y restando, incluso una famosa Nochebuena. Y pobre del contable que cometiera un error. Lo asombroso de esta escena* es que está ambientada más de dos siglos después que el joven Blaise Pascal inventase una máquina de sumar y restar. La tecnología computacional avanzó muy despacio en los siglos XVII, XVIII y XIX. En tiempos de Descartes, un campesino o un don nadie que fuera hábil en matemática podía ganarse la vida con sumas y restas. Pero era una tarea desagradable y tediosa. Cuando el 27 de mayo de 1635 Descartes recomendó a su joven amigo y antiguo ayuda de cámara Jean Gillot ante M. de Sainte-Croix de París, alegó que Gillot sabía aritmética y geometría a la perfección, y ante todo podía enseñar el método cartesiano. Descartes lo había tratado más como protegido, amigo y camarada que como criado; lo consideraba un hermano. Gillot, pues, estaba habituado a hablar con personas de rango elevado en calidad de igualdad. Podía conseguir empleo como letrado o secretario. Pero Descartes advertía que si se contrataba a Gillot como contador, para realizar cálculos largos, sin duda se rebelaría por indignación y aburrimiento.

La *bête noire* de Descartes, Gilles Personne de Roberval, demostró hasta dónde podía llegar un don nadie con talento matemático (*personne sig-*

* Perteneciente a *A Christmas Carol* (*Cuento de Navidad*, 1843) de Charles Dickens. (*N. del T.*)

nifica «nadie» en francés). Y sabemos que Roberval estaba destinado a ser un gran matemático; si se cuenta que Descartes nació en una zanja, Roberval realmente nació en un campo mientras su madre, una campesina, intentaba llegar a la casa. Se consideraba a Roberval el tercer geómetra de sus tiempos y nadie (excepto Roberval) negaba que Descartes fuera el número uno. (Pierre de Fermat era el número dos.) En 1632, Roberval ganó la cátedra Ramus de Matemática en el Collège de France. La palabra «ganó» es correcta, pues se trataba de un concurso y tuvo que defender la cátedra contra todos los contrincantes, cosa que hizo hasta su muerte en 1675.

La gran pregunta es cuándo Descartes llegó a ser el número uno. Contamos con un dato que nos indica una fecha límite. El 8 de octubre de 1628, Beeckman señaló en su diario que Descartes lo había visitado ese día y le había comunicado que en matemática ha llegado todo lo lejos que podía ir la mente humana. Toda la gente importante sabía que Descartes era el más grande. No publicó su método de análisis hasta 1637, en su obra *La geometría*, pero en una carta a Mersenne del 15 de abril de 1630 ya se quejaba de la gente que le enviaba problemas para resolver. Y en otra misiva de 1638 rogaba a Mersenne que no le enviara más problemas matemáticos. Era mucho trabajo pedestre sobre proposiciones inútiles que cualquiera que conociera su método podía solucionar. Descartes estaba interesado en una forma más fructífera de la matemática que en meros ejercicios mentales.

En cambio, Descartes consideraba útil algo que Beeckman le había mostrado en Breda el 10 de noviembre de 1618, esto es, una forma de física matemática que consistía en la construcción de modelos geométricos de los fenómenos naturales, tales como la presión del agua. Como ya he señalado, Beeckman pidió a Descartes que elaborase la ley de los cuerpos en caída y un estudio de las vibraciones armónicas de las cuerdas, que Descartes expuso en su *Compendio de música* el 31 de diciembre de 1618.

La matemática aplicada no era desconocida para Descartes. Estaba en Breda para estudiar la arquitectura militar de las fortificaciones, sitios y campamentos en la informal escuela militar del príncipe Mauricio. Pero Descartes atribuía a Beeckman el mérito de haberle mostrado la posibilidad de aplicar las matemáticas —en concreto, la geometría— a todos los fenómenos físicos, incluidas la anatomía y la fisiología.

Entonces llegó la noche de los sueños, el 10 de noviembre de 1619. En su diario, Descartes escribió que había descubierto «la base de una ciencia maravillosa». Justo un año después, el 10 de noviembre de 1620, escribió que había comenzado a concebir «la base de una invención ad-

mirable». Esa ciencia maravillosa era la noción de una ciencia unificada, de modo tal que todos los fenómenos naturales podían estudiarse y comprenderse con un solo método, que era una generalización del procedimiento analítico que utilizaba para resolver problemas matemáticos y que incluyó en el *Discurso del método*, esbozado en cuatro pasos:

1. Nunca asumir como verdadero aquello que no conozca evidentemente por tal.
2. Dividir cada dificultad que examino en tantas partes como sea posible y como se requiera para una mejor resolución.
3. Dirigir mis pensamientos en orden, empezando por los objetos más simples, y después de conocerlos de forma adecuada, ascender lenta y gradualmente al conocimiento de los más complicados, y asumir un orden entre aquellos que no se preceden entre sí de un modo natural.
4. Efectuar enumeraciones tan completas, y reseñas tan generales, que esté seguro de no haber omitido nada. (AT VI 18-19.)

La invención admirable era su método más específico de geometría analítica, a saber, representar cantidades mediante líneas y líneas mediante símbolos algebraicos. Con este método los problemas geométricos podían representarse y resolverse algebraicamente, y los problemas algebraicos, mediante la geometría. La combinación de todo ello permitió a Descartes ver la física y la fisiología como la mera matemática de los cuerpos móviles.

Descartes realizó estos descubrimientos a los veintitrés y veinticuatro años. Como matemático, estaba en la flor de la vida. Y al igual que muchos otros genios matemáticos —y con excepción de algunas reglas aritméticas numéricas que envió a París el 17 de mayo de 1639—, a los veinticuatro ya había llevado su gran descubrimiento tan lejos como podía. (Como hemos señalado, Leibniz y Newton lo aplicaron al cálculo infinitesimal en la generación siguiente.) En lo concerniente a sus objetivos más serios, la vida de Descartes como matemático creativo había concluido. Más aún, habiendo llegado, según sus palabras, todo lo lejos que podía ir la mente humana, sin duda no se le ocurrió explorar más. Pero durante otros veinte años impresionó a la gente con su habilidad para resolver problemas matemáticos.

No le interesaba aplicar su método matemático a la resolución de problemas de óptica y mecánica. Explicó el fenómeno de la refracción (la proporción entre los senos de los ángulos de incidencia y refracción para

dos medios dados cualesquiera es una constante), conocida como Ley de Snell, y elaboró la matemática de las cinco máquinas simples: palanca, tornillo, plano inclinado, cuña y torno. Dio la descripción matemática correcta de la formación del arco iris mediante la refracción en las gotas de agua. Pero nunca elaboró una física matemática dinámica, como Newton. Al igual que Beeckman, Descartes señaló la dirección correcta al fomentar la aplicación de la matemática a la física, pero él se consagró a estudios no matemáticos de anatomía y fisiología, aunque las abordaba como una clase de mecánica. En una carta a Mersenne fechada el 3 de junio de 1638, declaró que si debía extraer una raíz cuadrada, tendría que buscar cómo hacerlo o —mejor dicho— tendría que inventar un modo de hacerlo. Y esa anécdota acerca del problema colgado en la pared —que se cuenta tanto de Viète como de Descartes— resulta uno de esos inventos dignos del adagio *se non è vero, è ben trovato*: no iluminan la verdad fáctica de un hombre sino su naturaleza esencial.

Los matemáticos están divididos acerca de la oposición general entre descubrimiento e invención en matemática. Si la matemática es inventada, se trata de una construcción de la mente humana, y cada innovación ocupa un lugar nuevo en el mundo. Si es descubierta, estaba allí antes que nosotros, bien en un reino eterno de ideas platónicas, bien en la mente de Dios. Descartes creía descubrir las relaciones y pruebas matemáticas. Dios las creó y son eternamente verdaderas porque Él las hizo así. Para Descartes, la matemática era la obra más cierta y más útil de Dios. Pero aun los ateos como el príncipe Mauricio amaban las matemáticas, tanto en sí mismas como por su aplicación a la ingeniería militar. Mauricio también las cultivaba como admirador y se rodeaba de grandes matemáticos. La geometría con regla y compás era la reina de las ciencias matemáticas en la primera mitad del siglo XVII, y muchos miembros de la nobleza la practicaban como pasatiempo, como pasión e, incluso, como juego obsesivo. La mayoría de los amigos geómetras de Descartes, pues, eran ricos y nobles. (Roberval no era nada de ello, ni amigo ni rico ni noble. Tenía que ganarse el sustento enseñando matemática. Cuando Descartes señaló en el *Discurso* que por fortuna no tenía que trabajar para ganarse el sustento, estaba despreciando a los pobres como Roberval y se situaba en la misma clase que sus amigos matemáticos nobles, como Claude Mydorge.)

Había otros juegos matemáticos que apasionaban, igual que hoy, a las gentes de todas las condiciones sociales: los juegos de naipes. Descartes hizo varias referencias a su amor por el juego. Recordemos esa carta de noviembre de 1646, en la que contaba a la princesa Isabel de Bohe-

mia que había ganado con más rapidez tras adoptar una actitud positiva frente al juego. Y, tal como lo haría Pascal, sabía barajar las probabilidades. Sospecho que algunos de sus amigos ricos de las Provincias Unidas contribuían a mantenerlo con sólo jugar a los naipes con él.

Cuando Descartes publicó *La geometría* en 1637, tras haber agotado todo interés que hubiera tenido en la resolución de problemas, impuso a su texto una forma derivada de algunos elementos básicos de la competitiva atmósfera de juego del mundo de las matemáticas del siglo XVII. En primer lugar, planteó el problema de Pappus (un problema geométrico concerniente a los puntos de un plano), que los géometras intentaban en vano resolver desde fines del siglo III de nuestra era. He aquí el problema en el enunciado de Shea:

El problema es el siguiente. Hay «n» rectas dadas. A partir del punto «c», se trazan rectas que forman ángulos con las anteriores. Si «n = 3», obtenemos la proporción del producto de dos de las rectas que parten de «c» con el cuadrado de la tercera. Si «n» es par y mayor que dos, obtenemos la proporción del producto de «n/2» de las líneas que nacen en «c» con el producto de las otras líneas «n/2». Si «n» es impar y mayor que tres, obtenemos la proporción del producto de «(n + 1)/2» de las líneas con el producto de las otras líneas «(n - 1)/2» junto con una línea dada. Se requiere encontrar el lugar geométrico de «c». (p. 60.)

No es fácil lograrlo con regla y compás. Descartes tardó cinco o seis semanas, aun con su geometría analítica. Bosquejó una solución, incluyendo, como él decía, la mayoría de los pasos esenciales, pero obviando las partes fáciles, que incluían lagunas que debían llenarse con varias páginas de cálculos. Descartes afirmaba que hacía esto tanto para brindar a los buenos matemáticos la emoción de realizar descubrimientos por sí mismos como para impedir que los malos géometras (pensaba en Roberval) se precipitaran a la demostración y luego sostuvieran que ya la sabían. De haberse tratado de un reto proclamado en un cartel —te daré cien libras si puedes resolverlo, y tú me darás cien libras si no puedes—, los retadores habrían tenido que demostrar que de verdad eran capaces de resolverlo, llenando las lagunas. Pero Descartes no sólo dejó inconclusa la solución del problema de Pappus: también dejó lagunas en la exposición de su método. El resultado es que muy pocos matemáticos de la época —y de la actualidad, llegado el caso— podían leer *La geometría* de Descartes y

comprenderla sin vuelta de hoja. En 1639, Descartes asesoró a Desargues sobre la redacción de un libro popular de matemática. Todo debe explicarse en forma clara y distinta, para que los lectores tengan tan pocas dificultades como las que tendrían para comprender la descripción de un palacio encantado en una novela. El libro de Descartes no es de esta clase.

El método cartesiano no era del todo nuevo. Había un antiguo método de análisis matemático atribuido a Apolonio de Perga, que Descartes pulió. Y, además, estaba el mayor matemático de la generación anterior, François Viète, que inventó el sistema moderno de representación de cuadrados, cubos, etcétera, con números volados (« a^2 », « a^3 », etcétera). Descartes partió del viejo análisis y pulió el uso de los números volados, pero negó haber leído a Viète. Luego, alguien le ofreció el libro y objetó que no quería verlo. Al fin, cuando le pusieron un ejemplar en la mano, aseguró que lo había dejado después de leer sólo unas páginas porque no tenía nada que aprender de él. Pero, de hecho, ya había aprendido de él. No hay que leer un libro para aprender de él, y el análisis de Viète ya se conocía entre los matemáticos. En cualquier caso, concedamos su capricho a Descartes, aunque no tenía por qué ser tan celoso con su genio. Como él mismo proclamaba, no importan las piezas y las partes, sino las relaciones que se establecen entre ellas y cómo las combinamos. Descartes elaboró la idea de representar cantidades y proporciones a través de líneas y mediante el trazado de una figura geométrica sobre lo que llamamos coordenadas cartesianas, de modo que un triángulo, por ejemplo, puede expresarse tanto geométrica como algebraicamente. Descartes dio un paso fundamental en el desarrollo de la matemática moderna, y lo sabía. El hombre tenía una exasperante conciencia de su absoluta superioridad en matemática. Esto sacaba de quicio a Roberval (geómetra número tres). Pero Fermat (número dos) había sido humilde al preguntar a Descartes qué lugar le cabía a él por sus aptitudes. Cuando preguntaran al príncipe Mauricio quién era el mejor general de su tiempo, declaró que Spinola era el segundo; asimismo, el 11 de octubre de 1638 Descartes aseveró a Fermat que nunca había conocido a nadie que supiera más geometría. Es decir, a nadie más. Aún más mordaz era un comentario anterior de Descartes a Fermat: el 27 de julio de 1638 le indicó que escribía como un poeta. En el *Discurso*, Descartes observó que los poetas producían efectos brillantes, como chispas arrancadas del pedernal, pero sin sistema y sin acertar a comprender cómo lo hacían. Descartes a menudo destacaba que, a diferencia de Fermat y muchos otros, él trabajaba de un modo sistemático, y sabía cómo y por qué obtenía sus resultados.

Lo cierto es que Descartes acabó con el juego de plantear y resolver problemas geométricos individuales, pues no le interesaban lo más mínimo. En *La geometría* describió un método para elaborar soluciones generales para tipos específicos de problemas. Era simpático que Roberval y Fermat tuvieran gran ingenio para resolver cualquier problema individual que les plantearan, y métodos generales para resolver ciertas clases de problemas. Pero Descartes concibió su propio método como totalmente general y, con ello, eliminó la competencia. Después de *La geometría*, cualquiera que se tomara el trabajo de aprender su método podía resolver problemas aún como el planteado por Pappus.

Pronto hubo varias guías a *La geometría* de Descartes. De entre ellas, hay que destacar en particular una muy acertada obra de su joven amigo Frans Schooten II y de su maduro amigo Florimond de Beaune. Descartes recomendaba estos refritos, donde todo lo que él había excluido se presentaba con detalles elementales. Descartes sostenía que él no escribía para escolares. También comentó a Mersenne, en diciembre de 1637: «Mi geometría es a la geometría común lo que la *Retórica* de Cicerón es al abecé del niño.» Pero Descartes no era tan displicente como pretendía. Le interesaba tanto que todos comprendieran bien que en 1640 postergó una visita a su padre de setenta y seis años (a quien no había visto en los últimos doce) para supervisar la respuesta a un ataque contra *La geometría*. Al terminar esa escaramuza, escribió una carta a su padre el 28 de octubre de 1640, explicando por qué no había podido viajar ese otoño y asegurando que iría después. Su padre había fallecido dieciséis días antes que Descartes escribiera esta carta.

La demora de Descartes se debió a un desafío planteado por Johan Stampioen II, de veintinueve años, que en 1638 hizo público un cartel con un problema matemático que, según afirmaba, sólo él podía resolver. Esto era ridículo, pero lo que más irritaba a Descartes era que Stampioen anunciara su *Nuevo método de álgebra* (¡con el retrato del autor!), el cual contenía reglas metódicas opuestas a *La geometría* cartesiana. Descartes no estaba dispuesto a soportarlo.

El libro de Stampioen se publicó en 1639. De inmediato, Jacques de Wassenauer II, un protegido de Descartes, publicó una prueba del problema de Stampioen usando el método cartesiano, y criticó el nuevo método de Stampioen. Luego éste retó a Wassenauer a una competencia que incluía la resolución de ecuaciones de tercer grado. Cada cual debía depositar seiscientos *gulden*, y los seiscientos del perdedor se destinarían a los pobres de Leiden. (En aquella época, un buen sueldo anual de un

profesor universitario ascendía a seiscientos *gulden*.) Se escogió a cuatro matemáticos como jueces: Jacob Golius y Frans Schooten I, amigos de Descartes en la Universidad de Leiden; y dos amigos de Stampioen, Andreas van Berlikum de Rotterdam y Bernard Schotanus de Utrecht. Los jueces se designaron en enero de 1640, las soluciones se presentaron en febrero de 1640 y se declaró vencedor a Wassenauer en abril de 1640. Descartes instruyó a Wassenauer durante todo el proceso. Estaba indignado, y el 17 de noviembre de 1639 escribió a Huygens que era preciso proteger al público de impostores como Stampioen: «Las calumnias e insultos proclamados en público por alguien que trata de ganar crédito por medio de la afrenta y los embustes no han de tolerarse con honestidad en una tierra tan bien gobernada como ésta.» El 26 de noviembre de 1639 Descartes escribió a Huygens: «Este asunto es tan estúpido que, si Stampioen gana, no estaré menos asombrado que si él anunciara que es Dios Padre.» Huygens organizó la competición, pero pidió que su nombre quedara excluido.

Descartes consultó a Huygens durante todo este episodio, pues Stampioen era profesor de matemáticas del hijo del príncipe Federico Enrique, así como de la princesa Isabel de Bohemia. Huygens (como secretario de Federico Enrique) indicó a Descartes que no se preocupara. Más tarde, Huygens contrataría a Stampioen como profesor de sus dos hijos, uno de los cuales, Christiaan (el segundogénito) sería conocido como el gran Huygens que inventó el reloj de péndulo y fue uno de los científicos más distinguidos de la segunda mitad del siglo XVII. Más aún, Descartes quedó muy impresionado por las aptitudes matemáticas de Isabel, quien había sido alumna de Stampioen.

Después de la victoria, Descartes aún estaba preocupado por Stampioen, quien usaba algo similar al método cartesiano, y de inmediato envió copias de los problemas y soluciones a Mersenne para que los distribuyera, pues quería impedir que Stampioen cambiara las pruebas y repartiera las de Wassenauer —es decir, las de Descartes— como propias.

Ni siquiera entonces terminó el asunto. El dinero se había encomendado al rector Dedel de la Universidad de Leiden. El rector, en vez de entregar el depósito de Stampioen a los pobres, donó los seiscientos *gulden* a un hospital. Descartes estaba fuera de sí. ¿Con qué derecho Dedel desviaba esos fondos? «Un depósito es algo sagrado», pontificaba Descartes, una actitud llamativa en un hombre que en el *Discurso* aconsejaba no prestar juramentos, para no comprometerse con opiniones que podrían cambiar en el futuro. Descartes exigió que el dinero se entregara a

los pobres. Pero el 17 de octubre de 1640 le comunicaron que se había donado de forma oficial al hospital Pestehuis. Eso sí tenía sentido, pues ese hospital atendía a los apestados, y todos recordaban las quince mil muertes de Leiden en 1635.

En tiempos de Descartes hubo muchas epidemias de peste en toda Europa. Descartes nunca mencionó la peste de forma expresa en sus escritos, pero practicaba el método típico de precaución: vivir en la campiña. Entonces se pensaba que la peste se propagaba por el mal aire. A esto se refería Descartes cuando sostenía que el aire era malo en Italia y, aunque el contexto sugiere que se refería al entorno social, quizá también se refiriese a la amenaza de la peste cuando afirmó que le disgustaba el aire de París, donde la plaga causó estragos de 1621 a 1623. Aunque en algo no erraba: la peste se propagaba en ciudades donde vivía gran cantidad de gente.

Descartes rezongaba cada vez que Mersenne le remitía problemas y críticas. Pero cuando Pierre de Fermat envió algunos de sus escritos matemáticos y también algunas críticas a *La dióptrica*, Descartes supo que tenía que responder. Como de costumbre, envió una larga misiva a Mersenne, esperando que él la hiciera llegar a Fermat. Pero Mersenne, siempre ansioso de comprometer a la mayor cantidad posible de contrincantes (como ese gran duelo de tres contra tres que se había librado en el Palais Royal), entregó la carta a dos matemáticos amigos de Fermat, Roberval y Étienne Pascal. Prepararon una réplica a Descartes que Mersenne de inmediato entregó a Claude Mydorge y Claude Hardy, dos matemáticos amigos de Descartes que respondieron en nombre de él. Si alguna vez hubo en la historia de la humanidad dos matemáticos que no necesitaron paladines que los defendieran, eran Descartes y Fermat. Aunque esos cuatro mosqueteros fueran excelentes en matemáticas, sólo enlodaron las aguas. El 27 de julio de 1638, al cabo de una serie de finas y malentendidos, Descartes escribió a Fermat con gran alivio y sinceridad, aceptando con alegría su ofrecimiento de amistad, aunque ya he comentado que Descartes era proclive a esperar que sus amigos tomaran sus escritos como dogma de fe. Fermat no creía que Descartes fuera el Dios Padre de la Matemática, pero resolvió este problema discipular rechazando todo requerimiento de criticar las obras de Descartes. Mersenne le pidió que aportara un conjunto de objeciones a las *Meditaciones*, pero él se negó. Así evitó nuevos debates con Descartes.

Roberval era otra cuestión. Roberval amaba los debates y despreciaba a Descartes. A su vez, Descartes no soportaba a Roberval. Cada cual era un geómetra superlativo y cada cual tenía un ego colosal. Al margen

de eso, Baillet nos relató por qué riñeron, legándonos una de sus mejores historias (y quizás hasta sea cierta).

En 1637, se imprimieron tres mil ejemplares del *Discurso del método* y los ensayos adjuntos —*La dióptrica*, *Los meteoros* y *La geometría*—, una gran tirada para esa época. Descartes recibió doscientos ejemplares para distribuir. Además, hizo imprimir una docena de ejemplares de *La geometría* en papel fino con elegante encuadernación. Entregó la mayoría de estos libros a Mersenne para que los repartiese y éste optó por no facilitar ninguno de los ejemplares especiales a Roberval, quien merecía uno no sólo por su rango de gran matemático, sino también porque ocupaba la cátedra Ramus de Matemática en el Collège de France. Peor aún, Mersenne ni siquiera dio a Roberval uno de los doscientos ejemplares comunes. Roberval, por descontado, estaba furioso. Antes de esta ofensa, él y Descartes prácticamente no se hablaban. Descartes aseguraba que sólo había conversado con él una vez, cuando Roberval había asumido su Cátedra de Matemática. Así que no había motivos especiales para que Descartes pidiera a Mersenne que entregara un ejemplar a Roberval, o que no se lo entregara. La única conclusión posible es que Mersenne aprovechó lo que Baillet definió como la «inmortal animosidad» de Roberval hacia Descartes con la finalidad de fomentar el avance de las ciencias mediante el recurso de iniciar debates entre hombres brillantes. Roberval era un sujeto eminente y muy visible. Era, pues, imposible que Mersenne se olvidara de entregarle un ejemplar de *La geometría*.

A partir de entonces, Roberval no perdió oportunidad de criticar a Descartes. Atacó *La geometría*, argumentó que Descartes no había resuelto de veras el problema de Pappus, sostuvo que había tomado sus ideas de Viète y de otros, y lo acibilló con nuevos problemas para resolver.

Al principio Descartes trató de aplacar a Roberval, pero pronto rogó a Mersenne que no le enviara nada más de ese hombre. «Estoy cansado de Roberval —escribió—. Por favor, no me involucréis en otro revuelo con él.» Incluso intentó el elogio. Roberval resolvió el problema de hallar la superficie de la curva (llamada ruleta) trazada por un punto de una rueda que efectúa una rotación sin deslizarse sobre un plano. Mersenne había inventado este problema después de observar ruedas de carros que rodaban por el suelo. Descartes declaró (correctamente) que la demostración de Roberval era brillante. Pero cuando surgió la cuestión de construir tangentes a la curva descrita por el punto móvil, Roberval lo abordó como un problema individual, aplicando su método general de composición de movimientos. Descartes, en cambio, aportó una re-

gla general para construir tangentes no sólo de esta curva, sino de cualquier otra, superando sin duda a Roberval.

Roberval era insistente, parlanchín y beligerante. Descartes era resuelto y firme, pero prefería que las matemáticas hablaran en su nombre. Por cierto, no moderaba su talento para el insulto y el sarcasmo. (En septiembre de 1641, por ejemplo, indicó a Mersenne que no le enviara más cartas de otro de sus críticos, Jean de Beaugrand, «porque aquí ya tenemos bastante papel higiénico».)

En una carta fechada el 17 de julio de 1638, escribió a Mersenne que Roberval le parecía tan vanidoso como una mujer que se prende una cintilla en el cabello para parecer más bonita. En una carta a Mersenne del 2 de noviembre de 1646, afirmó que Roberval le recordaba a un enano con una cabeza del doble del tamaño del cuerpo, que tenía tan poca sensatez que creía que esto es una ventaja. Más aún, Roberval le recordaba al capitán fanfarrón de una farsa italiana, «que después de haberse puesto en ridículo y haberse dejado insultar y avasallar, se obstina en jactarse de sus triunfos». Descartes añade que preferiría recibir el mismo trato antes que ser obligado a leer más escritos de Roberval. En una carta a Isabel de Bohemia de junio de 1648, se manifiesta sorprendido de que la gente pague a Roberval por sus clases. Con más saña aún, el 19 de junio de 1638 escribió a Mersenne: «Me asombra que este hombre pueda hacerse pasar por un animal racional.»

Roberval conocía la existencia de estas misivas. Mersenne se aseguraba de ello. Poco después de la muerte de Mersenne, Roberval entró en su habitación, se hizo con todas las cartas de Descartes y se las llevó. Es muy probable que Mersenne quisiera que él las tuviera. Después de la muerte de Descartes, cuando Clerselier estaba compilando su edición de la correspondencia, Roberval se negó a entregar las cartas de Descartes a Mersenne. Había setenta y cinco. Qué hombre tan terrible, describió Baillet. Pero Roberval terminó por ser el héroe de un biógrafo, ya que a su muerte, en 1675, legó esas cartas a la Real Academia de París, donde Baillet pudo consultarlas al escribir su biografía de 1691. Gracias a Dios estaban a buen recaudo y no se hizo con ellas, pues todos los documentos que conservaba Baillet han desaparecido. Tenemos quinientas sesenta cartas de Descartes, entre ellas ciento ochenta y siete de puño y letra del propio Descartes, y de las cuales Roberval rescató setenta y cinco. Roberval no era tan malo como Descartes lo pintaba. Era un gran matemático y su frustración estaba en cierto modo justificada, pues en cualquier otra época habría sido el número uno.



Isabel de Bohemia (1618-1679), princesa del Palatinado,
obra de Guillaume van Honthorst
Nationalmuseum, Estocolmo

CAPÍTULO DIEZ

La princesa Isabel de Bohemia

NADIE ME HA COMPRENDIDO MEJOR

A principios de octubre de 1642, Alphonse de Pollot, amigo de Descartes en la corte de La Haya, le escribió acerca de la princesa Isabel de Bohemia, de veintitrés años. En 1635, cuando la princesa tenía diecisiete, el rey Ladislao IV de Polonia había pedido su mano. Pero él era católico y ella una devota calvinista, así que lo rechazó. Ahora vivía en La Haya con su madre, cuatro hermanos varones y tres hermanas, respaldados por la caridad de los primos de su madre, los sucesivos príncipes de Nassau. Su padre, Federico V, el Rey de Invierno, había sucumbido a la peste en 1632, en una visita a las tierras palatinas que el emperador Fernando II del Sacro Imperio Romano le había arrebatado en la Batalla de la Montaña Blanca, el 8 de noviembre de 1620. Isabel había leído el *Discurso*, los *Ensayos* y las *Meditaciones*, y quería conocer al filósofo. El 6 de octubre de 1642, Descartes respondió a Pollot que le agradaría conversar con la princesa. Fue a verla en aquella ocasión y también poco después en La Haya, a fines de abril de 1643. Descartes tenía la misma edad que el padre de la princesa habría tenido si hubiera estado vivo.

Isabel hablaba inglés, alemán, francés, holandés e italiano, y conocía latín. Era muy buena en matemáticas, y sus críticas a la metafísica de Descartes son perspicaces por demás. Más aún, Descartes respondió a la princesa, aunque evadía e insultaba a muchos otros críticos.

Descartes sostenía que sólo hay dos sustancias en el mundo, a saber: mentes y cuerpos. Cada cual era capaz de existir a solas, con independencia de la otra (y, así, la mente o alma podía ser inmortal). La esencia de la mente era el pensamiento activo, infinito. La esencia del cuerpo era

la extensión irreflexiva y pasiva. Así, las dos sustancias devenían opuestas por completo. Ahora bien, continuaba Descartes, un ser humano era la unión de mente y cuerpo, de tal modo que los cuerpos finitos actuaban sobre los órganos del hombre para generar imágenes sensoriales en su mente. Y ésta podía causar que el cuerpo se moviera, caminase y hablase.

He aquí la objeción que planteaba Isabel: si la naturaleza de la mente y del cuerpo era tan opuestas, ¿cómo podían interactuar? ¿Cómo conseguía un cuerpo finito e inactivo actuar sobre una mente infinita? Y, a la inversa, ¿cómo lograba una mente infinita actuar sobre un cuerpo finito? Los cuerpos se movían chocando y recibiendo empujones. Pero las mentes no podían conducirse así. Así pues, Isabel preguntaba cómo era posible la interacción de la mente y el cuerpo humanos.

Descartes no podía resolver el problema y tuvo que explicar a Isabel que sabía que era posible porque los seres humanos así lo experimentaban y Dios lo hacía posible. Esta respuesta no satisfizo a la princesa.

Isabel planteó este clásico problema mente-cuerpo en una carta a Descartes del 16 de mayo de 1643, en la que también lamentaba no haber podido reunirse con Descartes cuando él había visitado La Haya en fechas recientes. Vale la pena citar la respuesta del filósofo de cuarenta y siete años, del 21 de mayo de 1643, a la joven princesa:

El favor con que vuestra alteza me honra al enviarme vuestras órdenes por escrito es mayor del que yo osaría esperar, y en cierto sentido es mejor que lo que deseaba apasionadamente, que era recibirlas de vos en persona, si se me hubiera permitido el honor de reverenciaros cuando visité La Haya por última vez, y ofreceros mis humildísimos servicios. Pues si tal hubiera ocurrido, habría tenido muchas maravillas para admirar al mismo tiempo, y viendo el discurso sobrehumano procedente de un cuerpo semejante al que los pintores dan a los ángeles, habría quedado tan embelesado como deben de quedar quienes entran en el cielo al abandonar esta tierra. Esto me tornaría menos capaz de responder a vuestra alteza, que sin duda ya ha reparado en este defecto mío cuando he tenido el honor de hablar con vos en el pasado. Vuestra misericordia, pues, me exime de esa falta, y como vos me enviasteis vuestros pensamientos por escrito, puedo releerlos y analizarlos varias veces, y estoy menos deslumbrado, aunque sin por ello admiraros menos, pues ahora veo que no sólo resultan agudos al principio, sino más juiciosos y sólidos cuanto más los examino.

A pesar de este magistral despliegue de obsecuencia cortesana, no parece que Descartes sintiese gran interés en conocer a Isabel, pues estaba viviendo en Endegeest, en las afueras de Leiden y a sólo diez kilómetros de La Haya, pero se mudó a Egmond aan den Hoef, que distaba cincuenta kilómetros, a finales de abril de 1643 —cuando conoció a Isabel—. Desde Endegeest, Descartes podía ir a La Haya para visitar a Isabel y regresar a casa en el mismo día, pero desde Egmond significaba un viaje de tres días, dos de ellos para cubrir el trayecto de ida y vuelta. La documentación indica que Descartes e Isabel hablaron en persona en muy pocas ocasiones. También existen largos intervalos en la correspondencia.

Sofía, hermana de Isabel, nos legó a sus doce años un retrato de la princesa:

Mi hermana, que se llama Madame Isabel [...] tiene pelo negro, tez brillante, ojos castaños y chispeantes, cejas negras y pobladas, una frente noble, una bella boca bermellón, finos dientes y una nariz delgada y aquilina que se torna roja con facilidad. Ama el estudio, pero su filosofía no puede evitarle cierta aflicción cuando la circulación de la sangre le enrojece la nariz. Entonces se oculta del mundo [...] Conoce todos los idiomas y todas las ciencias, y con regularidad entabla correspondencia con Monsieur Descartes, pero este pensador le provoca distracciones, lo cual con frecuencia nos mueve a risa. (A 403.)

Sofía se casó con Ernesto Augusto de Hanover y, en 1714, su hijo Jorge Luis pasó a ser Jorge I, rey de Gran Bretaña. Sofía era una mujer muy aguda que bien merece su propia biografía. Me permitiré una anécdota. En su madurez, estando en Roma en 1644, Sofía escribió en su diario:

Fui a la [iglesia] de María de la Victoria, antes llamada Júpiter de la Victoria, adonde el emperador Fernando había enviado su cetro y su corona, dedicados a un pequeño retrato de la Virgen al que consideraba responsable por su triunfo en la batalla de Praga contra el rey, mi padre. El monje que me mostró este bello presente me indicó que una gran princesa como yo también debería donar algo. Sin duda, le repliqué, si la Virgen hubiera estado de nuestra parte. (A 556.)

Con el tiempo la fortuna familiar mejoró, pues la tocaya de Isabel (descendiente de Sofía) ocupa hoy el trono en el Palacio de Buckingham.

El 20 de junio de 1643 Isabel escribió a Descartes lamentando que

la vida que llevaba «no me deja suficiente tiempo libre para adquirir un hábito de meditación acorde con vuestras reglas». El 28 de junio de 1643 Descartes le respondió con su famosa (y falsa) afirmación de que nunca había pasado «más que unas horas por día sumido en pensamientos que ocupan la imaginación y pocas horas por año en aquellos que ocupan sólo el intelecto». Y añadía que había dedicado «todo el resto de mi tiempo a la relajación de mis sentidos y el reposo de mi mente», que es justo lo que la activa princesa no podía hacer, y Descartes tampoco.

La vida cortesana era todo un ajetreo para Isabel, al extremo de que se hallaba en un estado de leve depresión. Descartes recomendaba que Isabel tuviera pensamientos alegres, pues así sería feliz. En una carta del 1 de septiembre de 1645, incluso sostenía que él jamás tenía pesadillas porque se había habituado a «ahuyentar los pensamientos tristes». En enero de 1646, para aconsejar a Isabel sobre su depresión, le escribió que uno no debía permitir que «los problemas que nos llegan desde fuera, por graves que sean, entren en la mente más que la tristeza causada por los actores cuando representan acciones muy penosas frente a nosotros». Descartes usó metáforas teatrales toda su vida, al extremo de que cabe sospechar que creía en verdad que el mundo era un escenario. Quizás esto nos revele su grado de distanciamiento ante la mayoría de las preocupaciones de la vida común. Isabel, en un entorno de real seducción, reales asesinatos y reales decapitaciones, pensaba que el consejo de encarar la vida como un teatro no sólo era imposible sino absurdo.

En un maravilloso intercambio, Descartes pontificaba haciendo alarde de su autoridad (casi como un padre) e Isabel le replicaba airada y lo ponía en su lugar (casi como una hija). El 6 de octubre de 1645, Descartes escribió:

Si vuestra alteza sólo tuviera en cuenta los motivos por los cuales ha tenido más ocio para cultivar su razón que la mayoría de las personas de su edad, y si también tuviera en consideración cuánto más que otros ha sacado partido de ello, estoy seguro de que se sentiría dichosa. Y no veo por qué, al compararse con ellas, no debería sentir gran satisfacción, en vez de lamentarse.

El padre de Isabel, el Rey de Invierno, había sido el hazmerreír de Europa desde que perdiera Baviera en 1620, y tuvo la mala suerte de morir de peste en 1632. Más aún, la familia de Isabel era tan pródiga que con

frecuencia no tenía dinero para pagar al carnicero y al panadero. Pero Descartes le explicó que ella se hallaba en mejor situación que muchas mujeres. El 20 de octubre de 1645, Isabel le espetó una soflama:

Me asombra que me comparéis con las gentes de mi edad, sobre todo en cosas que me son desconocidas, con la idea de que esto me resultaría más provechoso que concentrarme en problemas que no puedo pasar por alto. ¿Y qué si he tenido más ventajas para cultivar mi razón que otras? El conocer lo que han hecho otras no me ayudará a saber si he sacado más provecho al cultivar mi razón. Y no me cabe duda de que si tuviera el tiempo que mi cuerpo requiere para relajarse, estaría más avanzada de lo que estoy.

Descartes no sabía nada sobre las cargas que Isabel debía sobrellevar. Su madre pecaba de frivolidad y sus hermanos la importunaban a menudo, y además estaban las exigencias del protocolo cortesano. Isabel no estaba en libertad de pensar en «el verdor de los bosques, el color de las flores o el vuelo de un ave» cada vez que una hermana soltera quedaba encinta, un hermano cometía un asesinato o un tío se hacía decapitar. En su carta del 9 de febrero de 1649, Descartes señalaba que su tío Carlos I de Inglaterra había sufrido menos con la decapitación que si hubiera muerto de fiebre, y además había tenido la ocasión de ofrecer un gran espectáculo de gallardía. Lo cierto es que Carlos I estaba aterrado, aunque mostró una actitud digna cuando fue llevado hasta el tajo.

Descartes empezaba a parecerse a Cándido, aquel personaje de Voltaire que proclamaba que éste era el mejor de los mundos posibles sin importar lo que le ocurriera. El 2 de marzo de 1646, Descartes afirmó: «Siempre hay más cosas buenas que malas en esta vida.» Su carta del 6 de octubre de 1645 contenía una declaración que comenzaba así: «A veces me pregunto si es mejor estar alegre y contento, imaginando que nuestros bienes son mayores y más valiosos de lo que son, sin conocer nuestras carencias ni preocuparse por conocerlas, o si es mejor analizar y conocer el auténtico valor de nuestra condición, y así estar tristes.» Por cierto, llegaba a la conclusión de que era mejor ser sabio y desdichado que tonto y feliz. Pero añadía que «como casi todo en el mundo puede observarse desde un punto de vista que lo haga parecer bueno [...] Debemos mirar las cosas desde la perspectiva que las presente más a nuestro favor, siempre —precisaba con petulancia— que ello no implique autoengaño». En *Cándido*, Voltaire parodió a Leibniz, pero el blanco de su ironía bien pudo haber sido Descartes.

Isabel era la horma del zapato de Descartes. Mi carta favorita es la del 1 de agosto de 1644, donde le agradecía la dedicatoria de *Los principios de la filosofía*. La princesa no se detuvo en las frases de adoración que, según Petit, constituían una declaración pública de amor por parte del filósofo. Le agradecía que hubiese dejado constancia de su amistad y aprobación, y que le hubiera hecho partícipe de su gloria. Luego, replicó a Descartes con sus propias palabras —un hábito tan reiterado que, por fuerza, debió de ser consciente, incluso irónico—, asegurando que ella lo comprendía mejor que otros porque, a diferencia de los escolásticos, no estaba corrompida por el aristotelismo. Por último, en esa breve esquela, incluyó dos astutas objeciones críticas a detalles sumamente técnicos de los *Principios* que él acababa de dedicarle, citando número de página y destacando sus argumentaciones. También añadió desinhibidos comentarios —algo muy holandés— acerca de las obstrucciones de Isabel en el bazo, que le provocaban densidad en la sangre y, en definitiva, estreñimiento. (En una pintura de Jan Asselyn, realizada entre 1647 y 1652, puede verse en primer plano y en el centro a un perro defecando y, no lejos de él, a un hombre orinando en una pared. Hay muchas escenas similares en la pintura holandesa de la época. Sin duda, esto debe de tener algún significado, pero los historiadores del arte sólo me indican que los holandeses hacían gala de un humor escatológico.)

Las aguas residuales se vertían en las cloacas, por donde bajaban a los canales; en verano todas las ciudades hedían. La gente era menos exigente que ahora con esas cuestiones, pero aun así es bastante sorprendente leer la correspondencia entre Isabel y Descartes, similar a la de una paciente que discutiera sus problemas femeninos con un médico. Descartes recetaba como un doctor, asegurándole que las aguas de Spa eliminarían las obstrucciones. Descartes subrayaba que la dieta y el ejercicio eran mejores que los medicamentos. En julio de 1647, Descartes realizó su máximo pronunciamiento estoico en cuanto al poder de la mente sobre la materia: «No conozco nada más adecuado para la conservación de la salud que la fuerte persuasión y la firme creencia de que nuestra constitución corporal es tan buena que cuando uno está sano no es fácil enfermarse.» Pero acotó este consejo, añadiendo: «A menos que uno incurra en notables excesos o el aire u otras causas externas nos deterioren.»

Descartes también conversaba con Isabel sobre cuestiones políticas, y algunos de sus consejos son muy sagaces. El destino del Palatinado se decidió el 24 de octubre de 1648, con el Tratado de Münster. El hijo

mayor y heredero, Carlos Luis, hermano de Isabel, recibió el Bajo Palatinado, mientras que el emperador Fernando II conservó el Alto Palatinado. Descartes aconsejó a Isabel que le dijera a Carlos Luis —quien pretendía todo el Palatinado— que aceptara lo que le ofrecían y agradeciera gentilmente a Suecia, Francia y el Imperio por darle algo. Los mendigos no podían escoger y, a fin de cuentas, se lo cedían a él sólo para evitar que lo obtuviera uno de los aliados, de modo que no convenía darles tiempo para pensar.

En su *Descartes et la Princesse Elisabeth*, Léon Petit se mostró poco tolerante con cualquiera que dudase que Isabel de Bohemia había sido el gran amor de Descartes. ¡Qué emoción si hubiera habido un romance entre el filósofo y la princesa! En cuanto a la moral de la corte bohemia, no había ningún impedimento grave. En 1646 un cortesano francés, Jacques de l'Espinay, después de que lo hubieran expulsado de Francia por seducir a la querida del hermano del rey, hizo lo propio con Luisa, hermana de Isabel (después de haberse liado con la madre, según las habladurías; se decía que Luisa no era demasiado atractiva, pero la especialidad de este seductor, al parecer, era la sangre azul). Este deporte, sin embargo, no contaba con la aprobación del miembro más joven de la familia, el príncipe Felipe, de diecinueve años, quien decidió vengar la honra familiar haciendo liquidar a L'Espinay por una docena de matones ingleses, en la plaza del mercado y en pleno día. El príncipe Felipe huyó de la ciudad a caballo (moriría en batalla en 1655, durante el sitio de Rethel).

La madre de Isabel pensaba que su hija había instado a Felipe a organizar este asesinato, así que exilió a la princesa Isabel, enviándola a Alemania, a vivir con su tía Catalina, electora de Brandeburgo. Isabel se fue de La Haya el 15 de agosto de 1646 y nunca regresó a las Provincias Unidas. Descartes la visitó en La Haya durante el verano previo a su viaje a Berlín, pero nunca más volvió a verla.

Petit basó su teoría del romance en los febriles, fervientes y tiernos cumplidos de Isabel hacia Descartes, y en el hecho de que Descartes afirmase que su felicidad consistía en conocer a Isabel, verla de nuevo y disfrutar de su amistad. El 31 de enero de 1648, Descartes escribió: «Nada podría impedirme preferir la dicha de vivir donde vive vuestra alteza, si la ocasión se presentara, en mi propio país u otro lugar, fuera donde fuese.» Y el 22 de febrero de 1649: «No hay lugar en el mundo tan tosco o incómodo como para que no me sintiera feliz de pasar el resto de mis días, si vuestra alteza estuviera allí.» Todo esto está muy bien, pero Descartes había leído *Amadís de Gaula*. Conocía las convenciones galantes.

En vez de mudarse a tres días de distancia de su amada en cuanto la conoció —y Petit creía que un «rayo» lo había fulminado en esa primera ocasión, tal como lo testimonia el panegírico incluido en la primera carta que le envió—, Descartes tendría que haberse mudado a La Haya para estar a disposición de Isabel. Cuando la exiliaron, él debería haber hecho el equipaje y haberla seguido a Berlín. Al menos, no debió dejar pasar meses sin escribirle.

No obstante, durante sus visitas a Francia en 1644, 1647 y 1648, Descartes dedicó sólo dos cartas a Isabel. Regresó de París en noviembre de 1644 pero no le escribió hasta el 18 de mayo de 1645, y sólo porque Pollot le explicó que había estado enferma. Estaba dispuesto a viajar a La Haya para interesarse por su salud, añadió, cuando se enteró con gran alivio de que se había recuperado, así que se quedó en casa y, en cambio, le escribió una bonita carta. La última misiva de Descartes a Isabel está fechada el 14 de octubre de 1649 en Suecia, donde habría de morir sólo cuatro meses después. Esa carta de octubre está llena de alabanzas a la reina Cristina. Isabel no respondió hasta el 14 de diciembre de 1649, y con esa carta concluye la relación.

Es indudable que Isabel y Descartes simpatizaban. Hasta es concebible que él hablara en serio cuando comentaba que se iría a vivir de buen grado cerca de Isabel en el Palatinado. Pero sospecho que, dadas sus experiencias de ese año en la corte sueca, si hubiera vivido más tiempo se habría hartado de la realeza, y en la primavera de 1650 habría regresado de prisas a Egmond para no abandonar su casa nunca más.

Lo más increíble de la relación de Descartes con Isabel, sin embargo, es que él le dedicara sus *Principios*. Era el libro con el que se proponía reemplazar los textos aristotélicos en las escuelas jesuíticas, un objetivo que él había tenido en mente durante no menos de veinte años, y se lo dedicó a una princesa protestante. Aunque ella se casara con un rey (lo cual era improbable, pues no tenía propiedades), ya había dado muestras de que elegiría a un rey protestante. Carecía de poder y de bienes, y era improbable que llegara a obtenerlos. Es aún más desconcertante porque, de dedicarle un libro a Isabel, tendría que haber escogido el *Tratado de las pasiones del alma*, que ella le pidió que escribiera, y que en buena medida fue tomando cuerpo en su correspondencia con la princesa. En todo caso, la dedicatoria de Descartes a Isabel fue muy poco sutil. A pesar de su interés por lograr que su física y su filosofía se enseñaran en las escuelas católicas, Descartes se desvivía por insultar a los docentes católicos.

No suscribe la hipótesis de que la censura eclesiástica sufrida por Gali-



Retrato de Descartes, grabado obra de Frans Schooten II,
a partir de un dibujo anterior (1644)

Rijksmuseum, Amsterdam

leo indujera a Descartes a creer que ese juego había terminado. Por cierto, él no había desistido. Fue a Francia en 1644, en parte para reafirmar su presencia, para que la gente lo viera y le oyera hablar, para que asociara sus libros y su filosofía con una persona de carne y hueso, y no le resultase tan fácil desecharlos.

Dada esa circunstancia, volvamos a cuestionarnos por qué dedicó una detallada exposición de su filosofía a una protestante, un hecho que me deja por completo desconcertado. Desde luego, no le había servido

de mucho dedicar las *Meditaciones* a los doctores de La Sorbona (que no eran jesuitas, por otra parte). Pero de entrada éstos eran maestros católicos, como los jesuitas, y aprobaron las *Meditaciones* o, al menos, guardaron silencio y se abstuvieron de condenarlas. La dedicatoria a Isabel debió de suponer una auténtica bofetada en la cara para los católicos. Para colmo, la princesa era, además de protestante, mujer.

Cinco años después, Descartes dedicó el *Tratado de las pasiones del alma* a otra mujer protestante, la reina Cristina de Suecia. ¿Acaso pensó en serio en convertirse y unir la suerte de su filosofía a la suerte de los luteranos? Cuesta creerlo, por mucho que nos empecemos. Si Descartes se apartaba del rumbo trazado por la ortodoxia católica, el respaldo de un monarca protestante no sería suficiente para sacarlo del aprieto. Me cuesta imaginar qué se proponía. Era tímido por demás y no deseaba irritar a la Iglesia publicando que la Tierra giraba alrededor del Sol, pero en ocasiones era proclive a los gestos grandilocuentes, aunque el cielo se derrumbara (sobre él).

En 1644, cuando Descartes regresaba a Holanda desde Francia, fuertes vientos lo obligaron a demorarse quince días en Calais. Allí, el 10 de noviembre de 1644, escribió en el libro de huéspedes de su anfitrión, Cornelis de Glarges, este epigrama de Séneca: «Desventurado el hombre que es conocido por todos, pero muere sin conocerse a sí mismo.» Tanto le gustó esta frase que la repitió en una carta a Chanut del 1 de noviembre de 1646.

En la época en que Descartes respondía con vehemencia a los ataques del pastor ortodoxo Voetius, aconsejaba a Isabel de Bohemia cómo dominar las pasiones. En junio de 1645 le escribió que tenía mayor interés en saber cuál era el estado de salud de la princesa que en «saber qué sucede para mi ventaja o desventaja en Groningen y Utrecht», donde amenazaban con arrestarlo por difamar a Voetius. Descartes era un gran pensador, sin duda, pero con frecuencia sus palabras se contradecían con sus actos, como sucede con todos los seres humanos.

Durante los últimos siete años de la vida de Descartes, rara vez disfrutó de la serenidad que —según confesaba a Isabel y a todo el mundo— era la única razón que lo había movido a mudarse a las Provincias Unidas. Pero su fortuna avanzó. Los *Principios* se publicaron en versión latina en 1644, así como el *Discurso*, *La dióptrica* y *Los meteoros*. Supervisó la traducción francesa de los *Principios*, las *Meditaciones* y las *Objeciones y Respuestas*, todo publicado en 1647. En su correspondencia, daba a conocer al jesuita Mesland que la filosofía cartesiana podía usarse para

explicar la transustanciación. Aseguraba a William Cavendish, marqués de Newcastle, que los animales eran máquinas sin alma, sin sentimientos, sin pensamientos y sin conciencia, lo cual quedaba demostrado por su incapacidad para hablar, cuando aun el ser humano más idiota podía usar el lenguaje. Se oponía a la opinión de Henry More de que Dios era ilimitado, aunque no lograba responder a la pregunta de More de cómo la mente era capaz de mover el cuerpo sin atentar contra las leyes deterministas de la física. En su correspondencia con Isabel de Bohemia, comenzó a analizar las pasiones. Él había sugerido el asunto, pero pronto la princesa tomó la iniciativa y le pidió que escribiera el *Tratado de las pasiones del alma*, que vería la luz en 1649.

En 1644 Descartes estuvo seis meses en París, de junio a noviembre. En 1647, permaneció cuatro meses, de junio a septiembre; en 1648, cuatro meses, de mayo a agosto. Buscaba un sitio adonde ir, pues temía que los teólogos calvinistas lo expulsaran de las Provincias Unidas. El 1 de enero de 1648, en una triste carta a Picot, declaraba que temía estar disfrutando (en Egmond) del último período de tranquilidad de su vida. Tenía razón.

La busca de paz y serenidad fue un tema recurrente en los escritos de Descartes. Podríamos alegar que las suyas fueron palabras huecas, pues su carácter no se avenía con la actitud de quedarse sentado, dejando que la vida transcurriese a su alrededor, mientras trataba de hallar siempre el aspecto agradable de los acontecimientos. Aun así, desde 1634 hasta septiembre de 1649, fecha en que partió para Suecia, excepto por sus visitas a París, Descartes vivió sobre todo en la campiña de las afueras de Santpoort, Leiden, Egmond aan den Hoef y Egmond-Binnen. Pero sus publicaciones lo comprometían en continuas polémicas y no había manera de que este hombre se quedara tranquilo, dedicándose a la jardinería.

No obstante, la vida de Descartes fue, ante todo, una vida de escritor. Durante largos períodos de tiempo permanecía sentado en su habitación, escribiendo. Y sus obras filosóficas están redactadas en un estilo denso por demás. Más de tres siglos y medio después de la aparición de las *Meditaciones*, todos los años se publican cientos de artículos y muchos libros con nuevas e intrincadas descripciones de los detalles del cartesianismo. Para dar semejante profundidad a un texto, un filósofo debe pensar cómo cada parte se integra con las demás. Descartes no dejó manuscritos de sus borradores. Pero es evidente que trabajaba como un matemático, revisando sus ideas mentalmente una y otra vez. A despe-

cho de lo que escribiera a Isabel de Bohemia, no pensaba en la metafísica sólo unas horas por año, sino días, semanas, meses y años enteros. Luego, de forma minuciosa, sin prisas, pasaba sus pensamientos en limpio.

Es obvio que Isabel admiraba a Descartes y agradecía de corazón la atención que él le prestaba. Pero no era pasiva. Sin duda alguna sabía que él no podía responder la pregunta de cómo interactuaban la mente y el cuerpo, una flaqueza crucial en el meollo de su metafísica. Y, además de reprimendas por la imposibilidad de aplicar sus máximas acerca de la serenidad, los buenos pensamientos y la actitud optimista, sus cartas estaban llenas de ironía a costa de Descartes. O de sarcasmo. En la última misiva que le envió, el 14 de diciembre de 1649, sostiene que el viaje de Descartes a Suecia sin duda será un éxito, y que «encontraréis en la reina de Suecia aún más maravillas de aquellas por las que es célebre». Había planes para que Isabel visitara Suecia, pero Cristina no tenía el menor interés en que una beldad de treinta años, una princesa y una prima, visitara su corte.

Una de las observaciones más agudas de Isabel seguía a la descripción de un malestar que ella y su tía padecieron después de caminar bajo unos robles en Berlín. Quedaron cubiertas por unas erupciones rojas que les producían fuertes picores. Los campesinos les explicaron que la causa era un polen venenoso. Isabel concluía su relato del 23 de agosto de 1648 aclarando a Descartes: «Os cuento esta historia porque presumo que en ella hallaréis algo para confirmar una de vuestras doctrinas.» En otras palabras: veamos cómo te las apañas para ahuyentar esa picazón con dulces pensamientos. Y de paso, ¿cuál es el lado bueno de esta experiencia, ya que en tu opinión todo tiene una faceta positiva? ¿Quizá sea que habría sido peor que el roble se nos cayera encima y nos aplastara? En octubre de 1648 Descartes respondió sin afectarse que la picazón se habría curado si se hubieran lavado de inmediato con aguardiente.

Isabel ya había empleado el sarcasmo para aludir al tema de los buenos pensamientos en su carta del 29 de noviembre de 1646, en la que afirmaba que todos la trataban bien y que el aire era tan bueno para su tez (en Berlín, antes de los robles) que «me encuentro en óptimo estado para practicar vuestras lecciones acerca de la alegría». Ese mismo mes Descartes le había escrito que los pensamientos alegres parecían facilitarle las cosas.

La princesa Isabel no se casó nunca y, con el tiempo, llegó a ser abadesa de Herford, un monasterio luterano de Westfalia donde, ironías de la vida, tenía considerable propiedad y poder. Allí dio albergue a gentes

problemáticas procedentes de diversas sectas protestantes, entre ellas a Anna Maria van Schurman, que estaba obsesionada con el místico Jean de Labadie. Tiempo atrás Descartes había advertido a Anna Maria que estaba desperdiciando su intelecto en la teología. Van Schurman falleció en 1678, habiendo renunciado a toda empresa intelectual. Isabel murió en 1680.

No, no hubo romance, pero sí un coloquio entre iguales, un diálogo intelectual entre dos seres humanos excepcionales. Isabel desafió a Descartes y lo instó a escribir una de sus primeras obras sobre psicología fisiológica, el *Tratado de las pasiones del alma*. Quiso conocer a Descartes porque era uno de los mayores pensadores de su época. Y conocemos a Isabel porque ella lo conoció a él.



Henry Regius (1598-1679),
primer discípulo de Descartes en Utrecht
Bibliothèque Nationale de France

CAPÍTULO ONCE

Los predicadores

NO SOY ATEO

Un buen modo de buscarse problemas en las Provincias Unidas era discutir sobre religión o publicar —como hizo Descartes— algunas opiniones metafísicas que estuvieran en conflicto con el calvinismo ortodoxo. Descartes sabía muy bien que el temperamento holandés, presumiblemente flemático, podía acalorarse con la religión. Cuando estaba en Breda en 1618, los teólogos holandeses batallaban por el tema de la predestinación. Los calvinistas ortodoxos compartían la perspectiva de Franciscus Gomarus, quien sostenía que la elección divina de los predestinados que habían de ir al cielo era arbitraria por completo desde el punto de vista humano. La fe, las buenas obras, nada de lo que el ser humano pudiera hacer habría de garantizarle un lugar. Sólo la gracia de Dios sería capaz de guiarlo al cielo. Por otra parte, los calvinistas remonstrantes —del latín *remonstrans*, protesta— creían, con Jacob Arminius, que Dios predestinó a los elegidos a partir de su precognición de cómo habrían de portarse en libertad las personas, de modo que tanto la fe como las buenas obras pesarían en la elección divina. Cabía la posibilidad, pues, de que todos llegaran a salvarse. Los remonstrantes o armínianos pensaban que los caminos de Dios tenían que parecer razonables a los seres humanos, mientras que los ortodoxos sostenían que las vías del Señor trascienden la comprensión humana.

Las dos facciones también se enfrentaban en el aspecto político. Ambos grupos opinaban que el Estado debe combinarse con la religión para mantener el orden, pero los ortodoxos —conservadores y teocráticos— pensaban que los gobernantes debían subordinarse a la Iglesia,

mientras que los remonstrantes —liberales y republicanos— sostenían que era la Iglesia la que tenía que subordinarse al Estado.

En 1619 el conflicto se agudizó en el Sínodo Nacional de Dordrecht, donde los representantes de las siete Provincias Unidas votaron para imponer la visión ortodoxa. Como hemos señalado, contaban con el respaldo del príncipe Mauricio, que era *stadhouder* (comandante en jefe) de las Provincias Unidas. La Unión era una república informal donde cada provincia era políticamente independiente salvo por un cuerpo representativo denominado Estados Generales, que se encargaba sólo de los asuntos exteriores y de la defensa nacional. El *stadhouder* era importante porque las Provincias Unidas libraban una prolongada guerra de independencia contra España, que duró desde 1560 hasta la victoria de 1648.

El príncipe Mauricio era un ateo que respaldaba a los ortodoxos por oportunismo, pues pensaba que lo coronarían rey o lo tratarían como tal. Los ortodoxos, por su parte, también respaldaban al príncipe Mauricio por mero interés, pues pensaban que aplastaría a los remonstrantes, que contaban con el apoyo de ricos y liberales empresarios de Amsterdam. Ya sabemos que el príncipe Mauricio tomó la decisión del Sínodo de Dordrecht como una ocasión para decapitar al más poderoso dirigente del país, Johan van Oldenbarnevelt, encargado del sistema judicial de Amsterdam (que administraba la mitad de la riqueza de las Provincias Unidas).

El príncipe Mauricio falleció en 1625. Su hermanastro liberal, el príncipe Federico Enrique, pasó a ser *stadhouder* y los remonstrantes reanudaron su ascenso al poder. Los debates religiosos se reiniciaron. Pero nada de esto pareció preocupar a Descartes desde su regreso a las Provincias Unidas, a fines de 1628, hasta 1638, cuando su discípulo Henry Regius, cuyos padres habían muerto durante la plaga de 1604, tuvo problemas con el pastor Gisbertus Voetius, que había asistido al Sínodo de Dordrecht de 1618-1619 en representación de los ortodoxos. Voetius sospechaba que Regius tenía simpatías hacia los remonstrantes.

Al analizar la filosofía de Descartes, Voetius entendió que su énfasis en el poder de la razón humana respaldaba peligrosamente la perspectiva liberal remonstrante. Descartes sostenía que cualquiera que tuviese fe podía ir al cielo, como si la gracia se concediera a cualquiera que la deseara. Y su visión optimista de la bondad humana se oponía por completo a la doctrina de la Caída del Hombre y la visión calvinista ortodoxa de una predestinación arbitraria.

Descartes pensaba en la teología católica de los jesuitas, no en los calvinistas. Con su elevado objetivo de dar explicaciones cartesianas del

dogma católico (existencia de Dios, inmortalidad, transustanciación), Descartes tropezó con el avispero calvinista que, hasta entonces, había ignorado o desdenado.

La introducción de la filosofía cartesiana en las universidades holandesas había comenzado sin problemas. Descartes conoció a Henry Reneri en 1629, y en 1631 pasó un año con él en Deventer, donde Reneri enseñaba. Es posible que Helena Jans fuera criada en casa de Reneri y que Francine recibiera el bautismo en Deventer.

Cuando en 1634 se nombró a Reneri profesor de filosofía en la Universidad de Utrecht, Descartes se mudó allí para vivir cerca de su amigo un año más, durante el cual trabajó en *Los meteoros*. El invierno de 1634-1635 fue muy crudo, ofreciendo buenas condiciones para estudiar la nieve y los halos de las estrellas, causados por la luz refractada en el aire por los cristales de hielo.

En Utrecht, Reneri enseñaba el método cartesiano de investigación y explicación científica sin problemas. En su discurso inaugural de 1634, enfatizó la observación y la experimentación. Y en 1638 dictó un curso sobre el *Discurso del método* y los ensayos científicos de Descartes. Reneri nunca habló acerca de la metafísica cartesiana, y nunca tuvo problemas por enseñar el cartesianismo.

Reneri falleció en 1639. En su funeral, su amigo Antonius Aemilius pronunció una oración que incluía un panegírico de Descartes. Aemilius proclamaba que Descartes era el Arquímedes del siglo, el Atlas del universo, el confidente de la naturaleza, un poderoso Hércules, Ulises, Dédalo, etcétera. Al parecer esto contaba con la aprobación de los funcionarios de la ciudad, pero no con la de los profesores de teología.

En 1638 Reneri había presentado a Descartes y Regius. Descartes estaba encantado con Regius y solía invitarlo para que acudiera con su esposa e hijo a la campiña a comer cerezas y peras maduras. Reneri era un buen amigo, pero Regius era un auténtico discípulo, el primero de Descartes. El filósofo explicó con orgullo a Mersenne que este joven profesor a quien nunca había conocido en persona (lo cual es falso) le había escrito para darle las gracias por haberlo ayudado a conseguir su designación en Utrecht, donde Descartes no conocía a nadie (una mentira lisa y llana). Pero Regius en realidad le confesó que había avanzado porque había aprendido mucho del *Discurso* y de los *Ensayos*. Y por un tiempo —antes de expulsarlo del nido— Descartes cloqueaba por Regius como una mamá gallina con un solo pollito. Aunque Regius se mostró díscolo casi desde el principio.

Regius deseaba publicar un libro sobre física y Descartes le objetaba que no seguía su visión con exactitud. Más aún, Descartes se proponía publicar su propia física algún día. Sin embargo, Regius publicó su física en 1646. Sostenía que la unión del alma humana con el cuerpo humano era accidental, no sustancial como afirmaban Descartes y la Iglesia católica. Descartes entendió que debía distanciarse de Regius. El modo de replicar a los oponentes en aquellos días era publicar una invectiva. Los rivales acudían a la imprenta con tanta naturalidad como hoy acudimos a la fotocopiadora o a Internet. A principios de 1648, Descartes renegó de su discípulo Regius cuando publicó *Notas dirigidas contra un cierto programa*.

Regius era profesor de medicina teórica y de botánica, pero quería enseñar filosofía natural. Procedía de una rica familia de cerveceros de Utrecht, de modo que contaba con el respaldo de los notables de la ciudad. Voetius, a quien habían traído de fuera como profesor de teología, y a quien acababan de elegir para que ejerciera el rectorado durante un año, estaba prendado de Regius, así que le permitió dictar una cátedra sobre la filosofía natural como fundamento de la medicina. En noviembre y diciembre de 1641, Regius organizó una serie de disertaciones sobre física. Todo fue bien hasta que Regius arguyó que el alma y el cuerpo del hombre no los había unido Dios como un solo ser, sino que su unión era accidental. Esta afirmación ya era bastante grave de por sí, pero lo que convenció a Voetius de que Regius era enemigo de la religión ortodoxa fue su abierto apoyo a la teoría heliocéntrica.

Cada cual tomó partido y, el 8 de diciembre de 1641, un debate universitario formal derivó en una gresca espectacular con taconazos en el suelo, abucheos, silbidos, bancos volcados, empujones y puñetazos. Fue estupendo y los estudiantes quedaron encantados.

El meollo del argumento era el siguiente: si el alma y el cuerpo estaban unidos como un solo ser, la resurrección del cuerpo era necesaria para vivir en el Paraíso. Pero si la unión era accidental, sólo el alma necesitaba morar en el Paraíso y no se requería, por tanto, la resurrección del cuerpo.

Voetius organizó debates para atacar las opiniones de Regius. Descartes, a pesar de que no se sentía demasiado feliz con la situación, aconsejó a Regius que respondiera, pues de lo contrario la gente pensaría que Voetius lo había derrotado. Descartes también dio a Regius el mal consejo de argumentar que la perspectiva aristotélica de Voetius conducía al concepto de que el alma era material, lo cual no era sino ateísmo. Era

demasiado. En marzo de 1641, se prohibió que Regius opinara sobre física y se proscribió la enseñanza de la nueva filosofía. Aun así, Regius siguió profesando la ciencia cartesiana —según su propia adaptación— en Utrecht hasta su muerte en 1679. Y, al igual que Reneri, ignoró la metafísica cartesiana.

A Descartes le irritó que Utrecht prohibiera la enseñanza del cartesianismo, así que en su «Carta a Dinert», publicada en Amsterdam con la segunda edición de las *Meditaciones*, lanzó un violento ataque personal contra Voetius que en el contexto de las *Meditaciones* resulta del todo gratuito.

Descartes aseguraba que Voetius era un pendenciero. Pero lo cierto es que Descartes tampoco iba en zaga y se comportaba como un perro rabioso. E imprudente, además. Descartes era un laico católico y extranjero, y publicaba en Amsterdam un ataque contra un distinguido pastor calvinista ortodoxo holandés que, para colmo, era profesor y rector de la Universidad de Utrecht. Más aún, sin duda Descartes previó que Jean Batelier, el acérrimo enemigo remonstrante de Voetius, traduciría de inmediato el ataque de Descartes del latín al holandés y lo publicaría para que todos lo leyeran. Descartes buscaba pelea, aunque alegara que Voetius había pegado primero. (Una de las consignas de Descartes era que quien golpeaba primero llevaba ventaja.)

En su «Carta a Dinert», Descartes declaró que Voetius era un necio engreído que se servía del sarcasmo para azuzar al vulgo contra los mejores: Voetius no argumentaba, sólo insultaba a sus adversarios; era un enemigo de la verdad (es decir, de la perspectiva cartesiana); era un hipócrita que sólo deseaba conservar su poder en la universidad atacando a un profesor popular (Regius) que convocaba a más alumnos que él.

Como cabe suponer, Voetius montó en cólera. De inmediato pidió a Martin Schoock que atacara a Descartes en un largo volumen titulado *El método admirable*, publicado en 1643. La acusación más fuerte era que Descartes era un ateo que rechazaba las pruebas tradicionales de la existencia de Dios para aportar una prueba tan débil que cualquiera que leyese sus obras incurriría en el ateísmo. Lo mismo que, en opinión de Mersenne y de otros, había hecho Vanini. Y en 1619 lo habían quemado en Toulouse. En varios pasajes del libro se comparó a Descartes con Vanini.

En su *Carta a Voetius* de 1644, Descartes respondió que esta comparación con Vanini era la más páfida de las difamaciones. En parte, ello se debía a la acusación de que Descartes trataba, con perversión, de con-

vertir a la gente al ateísmo. Pero, además, estaba furioso porque Vanini no sólo había perecido en la hoguera por su teología herética, sino también por sus actos homosexuales.

Schoock diría luego que fue idea de Voetius comparar a Descartes con Vanini por su ateísmo, para que todos lo asociaran también con Sodoma y Gomorra. La furia que demostró Descartes evidencia que Voetius dio en el blanco. Una y otra vez, Descartes alegó que el ataque de Voetius era cruel, calumnioso, difamatorio, impúdico, insolente, maligno, falso e ilícito. Descartes reclamaba a los superiores de Voetius en la universidad y al gobierno de la ciudad de Utrecht que castigasen el libelo. Más aún, sostenía que les hacía un favor al denunciar a tan ruin villano. En una carta fechada el 6 de julio de 1643, dirigida al ayuntamiento de la ciudad, afirmaba que al atacar a Voetius no sólo defendía su honor personal, sino también el bienestar de la ciudad y la universidad.

El mayor error que cometió Voetius durante aquel conflicto fue escribir a Mersenne para que lo ayudara contra Descartes, cuyos discípulos, a juicio de Voetius, lo consideraban un dios. Mersenne, que había escrito un voluminoso libro contra los ateos, sin duda querría ayudar a Voetius en su denuncia. Mersenne pidió más información y, luego, envió a Descartes las misivas de Voetius. Descartes dictó una réplica a Voetius que Mersenne copió y envió sin sello a Descartes (tal como él pedía). Como cabe presumir, esa carta ensalzaba la valía suprema de la ciencia y la filosofía cartesianas. Descartes la leyó, la selló y se la mandó a Voetius. En el baúl de documentos que Descartes dejó a Hogeland cuando se fue a Suecia en 1649, las únicas cartas que especificó debían conservarse y no quemarse eran las de Voetius a Mersenne, para evitar malentendidos.

Voetius ha tenido muy mala prensa entre los estudiosos cartesianos, que casi siempre lo han caracterizado como un calvinista dogmático, fanático, pendenciero, obtuso y testarudo. Daba la impresión, como afirmaba Descartes, de que buscaba discusiones, sobre todo con los remonstrantes más acérrimos del ala más liberal del calvinismo holandés. Aun así, cuando comparamos la *Carta a Voetius*, que tiene casi doscientas páginas, con la retórica de Voetius (y la de Schoock en *El método admirable*, al que Descartes respondía), difieren sobre todo por la riqueza de las citas de Schoock y Voetius, en comparación con el desdén de Descartes por todos los autores antiguos, excepto los evangelistas san Mateo y san Juan. Por ejemplo, Descartes citó las palabras

de Jesús en Mateo 7: «No juzguéis si no queréis ser juzgados.» Pero en cuanto a diatribas, quejas e insultos, Descartes y Voetius están a la par.

Podría haber sido una cuestión meramente local y personal. El estudioso holandés Theo Verbeek observó que Descartes no entendía. Los funcionarios del ayuntamiento y la Universidad de Utrecht no querían inmiscuirse, así que su modo de zanjar el asunto fue prohibir la impresión o discusión —a favor o en contra— de todo lo relacionado con Descartes y el cartesianismo. En los años siguientes, fueron discretos al nombrar a profesores cartesianos e hicieron la vista gorda cuando se infringían las reglas. Descartes no entendía que si bien estos funcionarios no eran sus amigos (aunque él estaba irritado porque algunos sí lo eran, como el burgomaestre Gisbert van der Hoolck, para quien las exigencias de Descartes resultaban embarazosas), tampoco eran sus enemigos.

Utrecht es una ciudad deliciosa, rodeada por un canal donde pueden realizarse excursiones en barco. Cuando Pat y yo fuimos allí, nos alojamos en el hotel Maliebaan, porque Descartes había vivido en una casita de las inmediaciones. El Maliebaan es un terreno de deporte de hierba, de cincuenta metros de anchura por quinientos de longitud. Se construyó —en aquel entonces fuera de la ciudad— para estudiantes universitarios que jugaban al *paille-maille*. El *paille-maille* es una especie de *croquet* glorificado, con grandes mazos que se usan para impulsar bolas de madera a través de aros clavados en el terreno. Se dice que Descartes poseía un mazo.

En cuanto a las relaciones de Descartes con los funcionarios públicos, Saumaise comentó, en una carta a Rivet de abril de 1640, una gran cena que Descartes dio para los magistrados y profesores de Leiden, a la cual Saumaise y su esposa fueron invitados pero no asistieron. Éste es un aspecto de la vida social de Descartes sobre el cual no hay el menor comentario en su correspondencia. Saumaise lamentaba que Descartes le hiciese cumplidos extravagantes en persona, pero que se mostrase sarcástico a sus espaldas. Saumaise no confiaba en Descartes. En esa carta, repitió un rumor que corría acerca de la hija ilegítima de Descartes, el cual le había llegado a través del ayuda de cámara del filósofo, quien se quejaba de ir a la campiña con tanta frecuencia para ver a la niña. Ese ayuda de cámara habría sido Gillot (de quien Descartes afirmó, al recomendarlo para un puesto, que lo consideraba un hermano). Por su parte, Descartes pensaba que Saumaise —según una carta que remitió a Mersenne en diciembre de 1640— era «demasiado fácil de ofender».

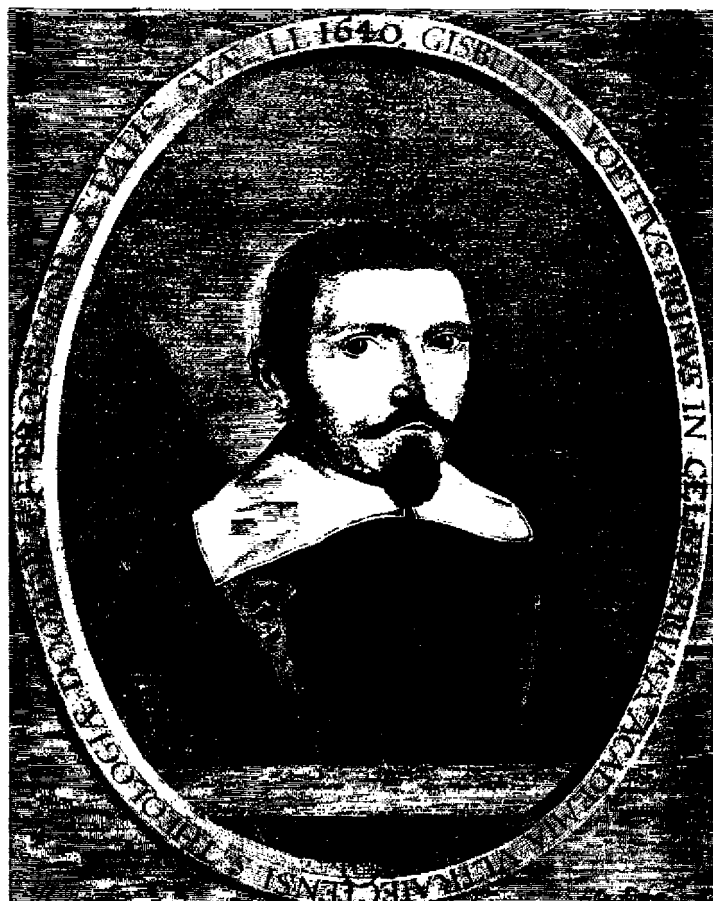
Saumaise escribió dos volúmenes en defensa de la usura, y se los envió a Descartes, quien coincidía en que debía permitirse que uno ganara intereses sobre las inversiones, algo a lo cual los calvinistas ortodoxos se oponían, pero que aprobaban todos los notables de la ciudad.

Los poderes constituidos de Utrecht promovían la tolerancia holandesa, que consistía en llevarse bien con las personas con quienes debían convivir (Voetius, algunos profesores cartesianos) sin perjudicar en exceso a los extranjeros que quizá sufrieran algún mal trato (Descartes). Pero Descartes no se conformaba con eso. Dio nivel internacional a la disputa al publicar su arrollador ataque contra Voetius en su «Carta a Dinet».

Como he señalado, Voetius replicó pidiendo a Schoock que escribiera *El método admirable*, publicado en 1643. En 1644 Descartes respondió con la *Carta a Voetius* y éste demandó a Descartes por difamación. El gobierno de Utrecht debió de examinar tanto la «Carta a Dinet» como la *Carta a Voetius* y llegó a la correcta conclusión de que Descartes había desacreditado a Voetius. No importaba que primero Voetius hubiera difamado a Descartes, pues era Voetius quien entablaba el juicio. La causa llegó al tribunal de la policía. Allí se habría detenido, pues la república holandesa era una confederación muy informal. Las provincias, recordemos, sólo estaban unidas para los asuntos exteriores y la defensa nacional. Un proceso legal iniciado en Utrecht en teoría no podía tocar a Descartes, quien era residente de Holanda. Existía un convenio de extradición entre las dos provincias para juzgar en una lo que se decretaba en la otra, pero nadie lo aplicaba. No obstante, Descartes fue presa del pánico. Pidió ayuda al embajador francés, el marqués Gaspard Coignet de la Thuillerie, y éste habló con el príncipe de Orange, quien pidió a los funcionarios de Utrecht que anularan el pleito y, aunque no lo hicieron, tampoco lo continuaron.

Descartes no se conformó con eso. Proclamó que se había insultado el honor de Francia. Él era un noble francés. (Por aquellas fechas, se hacía llamar señor del Perron.) No sólo quería que lo dejaran en paz, sino que deseaba aplastar a Voetius. Voetius debía retractarse o, de lo contrario, los funcionarios tenían que castigarlo. Descartes apeló de nuevo al embajador francés, pero esta vez para pedir que se enjuiciase a Schoock, lugarteniente de Voetius, por difamarlo. Optó, pues, por dar la réplica con otro pleito.

A Schoock, que era profesor de Groningen (y autor de un maravilloso libro titulado *El huevo y la gallina*), se le arrestó y hubo de pasar dos



Gisbertus Voetius (1586-1676),
 rector de la Universidad de Utrecht en 1641
Centraal Museum, Utrecht

días en la cárcel. Culpó a Voetius por *El método admirable*, amparándose en comprometedoras cartas del predicador, y logró la exoneración. Descartes recopiló todos los detalles del asunto y, en febrero de 1648, envió su «Carta de disculpa a los magistrados de Utrecht». Ellos la ignoraron. Y así finalizó la disputa de Utrecht.

Descartes tendría que haberse alejado de esta riña en que su discolo discípulo Regius se había metido. Hasta él coincidía con Voetius en que las nociones de Regius acerca del cuerpo y el alma eran heréticas, y se distanció de Regius por este motivo. El 6 de junio de 1643, Huygens le aconsejó que ignorase a Voetius: «Los teólogos son como cerdos. Cuan-

do les tiran de la cola, todos chillan.» (Parece una broma, aunque era una advertencia: los cerdos son muy irritables, y una pira que se pone a chillar puede atacar, matar, devorar y triturar huesos.) Pero Descartes no pudo abstenerse. Como observó con solemnidad Verbeek: «El tacto no figuraba entre las virtudes de Descartes» (D&D 20). Verbeek llegó a esta conclusión: «Si al final el cartesianismo conquistó las universidades de las Provincias Unidas, en cierto sentido puede decirse que fue a pesar de Descartes, que constituía el mayor obstáculo para la difusión de su propia filosofía» (Q 66).

Cuesta simpatizar con Descartes en estas disputas. Baillet, sin embargo, no mostró reservas. Describió a Regius como un ingrato y a Voetius, como un ignorante. Ninguna de ambas acusaciones es atinada. Descartes dio pruebas de la existencia de Dios, pero Regius replicó que no se precisaban pruebas si uno tenía fe. Descartes también argumentó la inmortalidad del alma y, una vez más, Regius replicó que holgaban razones, pues la promesa divina de la inmortalidad era suficiente. Había que atenerse a la física.

He aquí un factor crucial para determinar si Descartes era un «celoso católico», como lo describió Saumaise —su compatriota en las Provincias Unidas, el más grande filólogo de la época, calvinista converso—, o si era un ateo encubierto, como afirmaba Voetius, o bien un materialista encubierto (pero no bien escondido), como arguyó el estudioso cartesiano Hiram Caton. En una carta del 2 de noviembre de 1630 a Mersenne, Descartes escribió: «Me enfurezco cuando veo gentes tan osadas e impúdicas que atacan a Dios.» Es decir, ateos. Desde luego, le escribía a un sacerdote que era autor de un voluminoso tratado que fustigaba el ateísmo. Y me pregunto si Clerselier no añadiría esa oración, aunque después de leer la larga diatriba de Descartes contra la acusación de ateísmo, me parece que en verdad creía que el ateísmo era el peor crimen. Sostenía, por ejemplo, que ningún Estado debía tolerarlo y, de hecho, era un crimen que se castigaba con la muerte, tanto en las Provincias Unidas como en Francia. La gente ardía en la hoguera por ser atea. Cuando menos, Descartes se defendía de esa amenaza, pero no sólo por el peligro personal. Su ambición de sustituir el aristotelismo por el cartesianismo también estaba en entredicho. Ninguna universidad adoptaría la filosofía de un ateo.

A Descartes le causó gran desconcierto la acusación de que él era ateo y su filosofía conducía al ateísmo. Varias veces declaró que la gente lo tachaba de escéptico porque había refutado el escepticismo y de ateo

porque había demostrado la existencia de Dios. Sostenía que lo interpretaban mal. O que distorsionaban sus ideas para atacarlo. Fortunatus Plempius, amigo de Descartes, observó que el problema del pensador era que nunca admitía sus errores. Y una vez que Descartes no respondió a una crítica, Roberval afirmó que había sido la única ocasión, que él supiera, en que Descartes había tenido el buen tino de callarse. (En realidad, Descartes trataba de obligar a Roberval a consignar por escrito sus objeciones a la noción cartesiana de que el vacío no existía, sino que todo el espacio estaba repleto de materia sutil. Roberval nunca escribió estas objeciones. Después de la muerte de Descartes, Clerselier inventó una carta de Descartes que contenía una respuesta a las críticas de Roberval, aunque tuvo que disculparse porque todos sabían que la carta era falsa.)

También hubo una crisis en Leiden. Adriaan Heereboord, profesor de lógica, zanjó una serie de debates de 1641 a 1646, los cuales eran cartesianos en su defensa de la razón en filosofía y teología. Heereboord también defendió el método mecanicista cartesiano en las ciencias naturales. Nadie protestaba contra sus disquisiciones sobre la nueva filosofía. El 18 de septiembre de 1646, el teólogo Jacob Trigland atacó un principio defendido por un estudiante de Golius, según el cual «la duda es el comienzo de una filosofía indubitable», una reflexión que derivaba directamente de las *Meditaciones*. Para Descartes, una vez que se sabía que todo podía ponerse en duda, se llegaba de pronto a la certeza del *Cogito, ergo sum* y, a partir de ella, se pasaba a la demostración de la existencia de Dios. El ser humano tenía que venir de alguna parte, pues estaba claro que no se había causado a sí mismo. Pero Trigland sostenía que esta duda conduciría a los estudiantes al escepticismo y al ateísmo. El senado de la universidad compartía su opinión y decretó que a partir de entonces sólo se enseñaría filosofía aristotélica en Leiden. No obstante, Heereboord pronunció luego una alocución en la que argumentaba que incluso Aristóteles y santo Tomás de Aquino se habían servido del método de la duda para excluir las falsedades, y alababa el método cartesiano como un modo de llegar a la verdad liberando la mente de prejuicios.

Este embate contra el aristotelismo molestó a Jacob Revius, regente de la Facultad de Teología. En Deventer, Revius había sido amigo de Renneri y había tratado de convertir a Descartes. Además de comentar que creía en la religión de su rey y su nodriza, Descartes quizá replicase al converso Revius que el catolicismo era la religión verdadera, la religión madre. Pero quizá, también, lo aplacase con perogrulladas, pues estaba

convencido de que «todos adoramos al mismo Dios» (AT VIII-2 180). Una evasiva amable hubiera requerido tacto, pero Descartes sabía exhibir esta cualidad —con transparente perspicacia— cuando interpelaba a jesuitas importantes.

Las opiniones de Descartes sobre religión fueron más allá de su ocurrencia acerca del rey y la nodriza. Su primera máxima para funcionar en la vida era:

Obedece las leyes y costumbres de tu tierra, conservando la religión en la cual Dios tuvo la gracia de hacerte instruir en tu infancia, y rígete en todo lo demás siguiendo las opiniones más moderadas y equilibradas, que son comúnmente recibidas y practicadas por los más sensatos entre quienes vives. (AT VI 22-23.)

A partir de esta máxima, muchos comentaristas han sostenido que Descartes era conservador en política y religión, lo cual era cierto.

En febrero y marzo de 1644, Revius atacó el método de la duda cartesiana, alegando que conducía de forma inevitable a cuestionar la existencia de Dios. Trigland añadió que la hipótesis cartesiana de que Dios podía engañarnos era blasfema.

El 4 de mayo de 1647, Descartes escribió a los directores administrativos de la Universidad de Leiden, pidiéndoles que zanjaran su disputa con Revius y Trigland. Insinuaba, de manera velada, que de lo contrario promovería un escándalo público. Quería una disculpa y una retractación ante la acusación de que era un blasfemo y un pelagiano, es decir, alguien que negaba la transmisión del pecado original.

Lo cierto es que Descartes negaba la doctrina del pecado original al enfatizar la bondad natural del hombre. Y en una carta dirigida a Huygens el 10 de octubre de 1642, también parecía negar el infierno. Es una de esas cartas donde tenemos pruebas documentales de las modificaciones que introdujo Clerselier. Descartes afirmó: «Soy de aquellos que aman la vida ante todo.» En cambio, Clerselier transcribió: «Siento bastante estima por la vida.» Y cuando Descartes indicó sin retaceos que nuestras almas han «nacido para deleites mucho mayores de los que disfrutamos en este mundo», Clerselier añadió: «Siempre que sepamos moderarnos y no incurramos en indignidad, y que no nos exponamos a los castigos que aguardan a los pecadores.» Sin embargo, Descartes expresó sin ambages: «No puedo sino concebir que quienes mueren pasan a una vida más agradable y serena que la nuestra, y que un día iremos a

su encuentro.» Además, en una carta del 10 de octubre de 1642 a Huygens, Descartes refirió que preferiría compartir el cielo con los holandeses que con sus parientes franceses.

Los directores administrativos de Leiden (como los de Utrecht) decidieron que ningún profesor debía argumentar «a favor ni en contra» de Descartes y que Heereboord debía atenerse a la filosofía aristotélica. Enviaron una copia de esta decisión a Descartes, quien, en un acto de tozudez, respondió que no era cuestión de argumentaciones, sino que él necesitaba una disculpa y una retractación. Como de costumbre (ya era la tercera vez), apeló al embajador francés, quien habló con el *stadhouder*, el príncipe de Orange.

Pero en el ínterin, el 23 de diciembre de 1647, Johannes de Raey, quien había sido alumno de Regius en Utrecht, atacó al teólogo Adam Stuart, quien presentaba un debate contra la nueva filosofía. La sesión terminó con otra gresca formidable. ¡Qué divertidos debían de ser aquellos debates! Los holandeses son sumamente tercos y aman las discusiones, sobre todo si son explosivas.

Entre tanto, en 1647, Revius había publicado un *Estudio teológico del método cartesiano*, donde (sintetizó Verbeek) llegó a la conclusión de que «quizá sea cierto que Descartes intenta liberarse de todos los prejuicios, pero hay uno al que permanece apegado en especial, la convicción de que está absolutamente acertado en todo. [...] Lo que Descartes quiere decir con ciertas palabras nunca es lo que quieren decir otras personas, así que de manera invariable responde que lo interpretan mal» (D&D 49). Además de su astuto análisis, Revius acertaba en varios puntos sustanciales. Heereboord saltó a la defensa de Descartes, organizando un debate contra Revius.

El *stadhouder* ordenó a los directores de la universidad que zanjaran la cuestión de forma pacífica. En tres ocasiones, por mediación del embajador francés, Descartes recibió el apoyo del príncipe de Orange, quien como comandante en jefe era, por tradición, el noble más encumbrado de las Provincias Unidas, casi un rey. La habilidad de Descartes para obtener apoyo en tan altas esferas era impresionante.

Lo cierto es que Descartes no llegó a Franeker, Amsterdam o Leiden sólo como un noble francés menor que tenía dinero suficiente para vivir bien en una casa de campo alquilada. Ya era Descartes, el geómetra más grande del mundo. Esto le brindaba acceso a todos los matemáticos aficionados o profesionales, y a todos los que se interesaban en tales cuestiones. Era una especie de Kasparov en un mundo donde todos jugaran un

poco al ajedrez. Esto explica, al menos en parte, el hecho de que Descartes tuviese conocidos en los ayuntamientos de Utrecht, Groningen y Leiden.

Descartes también conocía a Henri Brasset, secretario de sucesivos embajadores franceses durante muchos años. Incluso obsequió un ejemplar del *Tratado de las pasiones del alma* a la hija de Brasset, que tenía poco más de veinte años. Desde 1638, tenía la amistad de Alphonse Pollot, gentilhombre del príncipe de Orange. Y desde 1630 su mejor amigo en las Provincias Unidas había sido Constantijn Huygens, secretario de tres sucesivos príncipes de Orange. Está claro que Descartes sabía elegir sus amistades.

Pero también mantenía relaciones cordiales con sus vecinos de la campiña. Se implicó por completo en un caso de homicidio. Refirió una buena historia en una carta a Huygens de enero de 1646, en la que expuso las causas para pedir un indulto:

Monsieur, sé que tenéis muchas ocupaciones demasiado importantes para perder tiempo leyendo los cumplidos de un hombre que aquí sólo frecuenta campesinos, así que no oso escribiros sino cuando tengo ocasión de pedir algo. Escribo la presente para daros la oportunidad de ejercer vuestra caridad con un pobre campesino de mi vecindario que ha tenido la desventura de matar a alguien. Sus parientes se proponen apelar a la clemencia del príncipe para tratar de obtener su gracia, y también me pidieron que os escribiera a vos para requerir que secundarais esta solicitud con una palabra favorable, en caso de que se presentara la ocasión. Para mí, no busco nada sino seguridad y reposo, y me alegra estar en una tierra donde los crímenes se castigan con rigor, pues los delincuentes se toman muchas libertades cuando hay impunidad. Mas como los movimientos de nuestras pasiones no siempre están en nuestro poder, a veces sucede que los mejores hombres cometen errores mayúsculos y, en tales casos, la concesión de gracia es más útil que la ley. Es mejor la salvación de un hombre bueno que el castigo de mil perversos. Además, el más glorioso y augusto acto que puede realizar un príncipe es conceder el perdón. El campesino por quien intercedo tiene aquí reputación de no ser pendenciero y nunca ha hecho nada para disgustar a nadie antes de este infortunio. Lo más grave que puedo afirmar en su contra es que su madre estaba casada con el hombre que ahora está muerto. Pero cabe añadir que el difunto la había golpeado con saña durante varios años de vida en común, hasta que decidió sepa-

rarse y no considerarlo su marido sino su perseguidor y enemigo. Para vengarse de ella por esta separación, él amenazó con matar a uno de sus hijos (el que ahora está en desgracia). Así que podemos ver que hay muchos motivos para excusar al homicida. Y como sabéis que acostumbro filosofar sobre todo lo que se me presenta, os confesaré que he examinado la causa que podría impulsar a este desdichado a cometer un acto tan alejado de su humor habitual. Y he descubierto que, cuando sucedió este hecho aciago, estaba sumamente afligido porque tenía un hijo enfermo cuya muerte esperaba en cualquier momento. Mientras se hallaba junto al niño, alguien fue a llamarlo para que ayudara a su cuñado, a quien lo atacaba su enemigo común. De modo que no me resulta extraño que no fuera dueño de sí mismo en dicho enfrentamiento. Pues cuando padecemos gran pesadumbre, y cuando la tristeza nos impulsa a la desesperación, es seguro que la ira puede dominarnos de un modo tal como no lo haría en otras circunstancias. Así es como los mejores hombres, viendo por una parte la muerte de un hijo y por la otra el peligro para un hermano, son los más proclives a la violencia. Por eso los delitos cometidos sin violencia premeditada son, a mi entender, los más excusables. En este caso, los principales parientes del difunto concedieron su perdón el homicida el mismo día que se reunieron para sepultar al finado. Más aún, el juez local lo ha absuelto, pero con demasiada precipitación, lo cual ha obligado al Tribunal Superior a sobreseer el indulto. El campesino teme comparecer ante el Tribunal Superior, que aplica el rigor de la ley sin contemplación por los individuos. Pero suplica el perdón del príncipe, alegando la inocencia de su vida pasada. Sé bien que a veces resulta útil poner ejemplos para inculcar temor a los criminales, pero entiendo que esta causa no es apropiada para ello. Porque, al margen de que el reo ha huido y sólo se le podría impedir que regresara a casa, castigando así a su esposa e hijos más que a él, hay muchos otros campesinos de estas provincias que han cometido homicidios menos excusables y cuyas vidas son menos inocentes, y no obstante permanecen aquí sin tener indulto del príncipe (el difunto era uno de ellos). Ello me induce a pensar que, si pusiéramos como ejemplo a mi vecino, los que están más habituados que él a desenvainar el cuchillo afirmarán que sólo los inocentes y los idiotas caen en poder de los tribunales, y persistirán en sus costumbres delictivas. Por último, si hacéis algo para ayudar a este pobre hombre a reunirse con sus hijos, os aseguro

que habréis realizado una buena acción, y que será una nueva obligación que tendré para con vos.

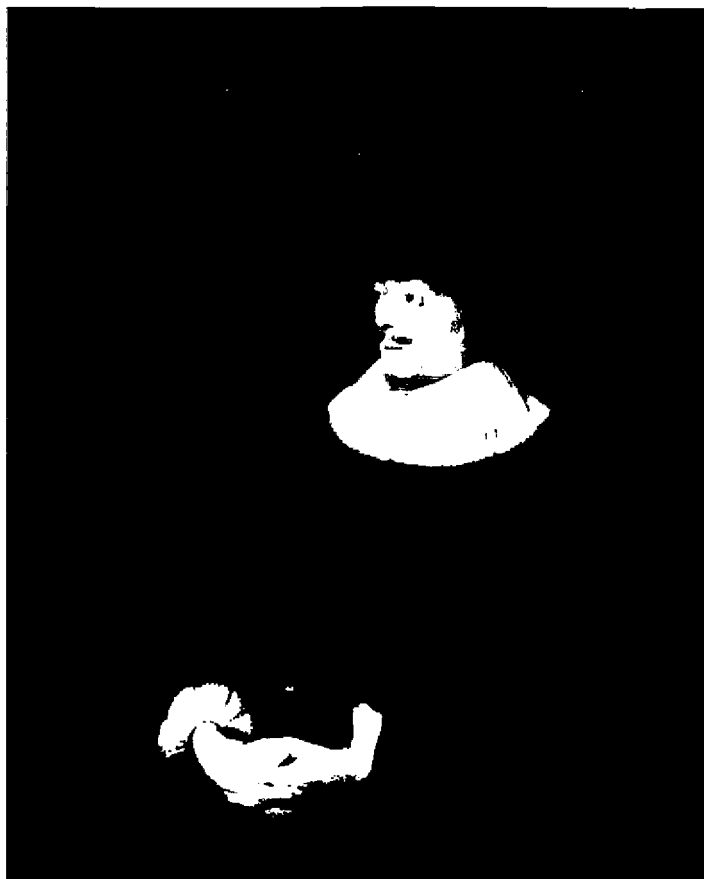
No sabemos qué le sucedió al campesino, pero sabemos qué le sucedió al juez local, pues Descartes escribió esta carta a Huygens casi un año después, el 27 de diciembre de 1647:

Con anterioridad os pedí clemencia para un pobre campesino de este vecindario que había matado a su padrastro. Ahora, el mismo asunto me da ocasión para pedir asistencia similar para el magistrado de este vecindario, que no está acusado de haber matado a alguien, sino sólo de haber otorgado con su propia autoridad el indulto que deseamos obtener del príncipe [...] Una razón más grave y más urgente, que convencería al príncipe de perdonarlo, y al Tribunal Superior de no encarcelarlo, es que tiene gran cantidad de hijos que lo necesitan, de modo que castigarlo a él sería castigar también a varios niños inocentes.

No sabemos qué pasó a continuación, porque ésta es la última carta de la correspondencia entre Descartes y Huygens. Hagamos una breve pausa para lamentar la pérdida de otra importante remesa de papeles relacionados con la vida de Descartes.

Las cartas de Descartes a Huygens se retornaron a éste tras la muerte de Descartes, y él las encuadernó en varios volúmenes con copias de sus propias cartas. Pero la última carta de estos volúmenes es la citada con anterioridad, la del 27 de diciembre de 1647. Entre ambos circuló una voluminosa correspondencia y a buen seguro debió de continuar mientras Descartes residió en Suecia hasta su muerte. Pero faltan los volúmenes que contienen la correspondencia de enero de 1648 a febrero de 1650. No sólo eso, sino que Huygens mantenía diarios detallados de toda su vida, y ha desaparecido el que corresponde al período que va del 18 de enero de 1650 al 30 de abril de 1650, que contendría los comentarios sobre la muerte de Descartes. Parece obvio que alguien robó esos tomos. Los volúmenes encuadernados que tenemos se hallaban en la biblioteca de Harry Wilmot Buxton de Inglaterra, quien en principio las recibió de Charles Babbage, inventor de la calculadora moderna. Quizás un día se encuentren los volúmenes faltantes.

Es indudable que Descartes sentía rechazo por la vida cortesana. A pesar de sus amigos cortesanos y su dependencia respecto de ellos, nun-



Constantijn Huygens (1596-1687),
obra de Jan Lievens
Rijksmuseum, Amsterdam

ca vivió en La Haya, que albergaba las cortes del príncipe de Orange, de los Estados Generales (senado) y de la depuesta realaleza de Bohemia. En una carta del 8 de abril de 1644 a Pollot, se disculpó por el siguiente episodio: salía de los aposentos de la princesa Isabel de Bohemia en La Haya cuando vio a Pollot y varios franceses que se dirigían a ver a la reina, la madre de Isabel. Se dio cuenta de que habían reparado en él, pero fingió no verlos y se marchó deprisa —explicó a Pollot— temiendo que lo retuvieran hasta altas horas.

Descartes era bien conocido en la corte. En 1644, Brasset lo llamó a requerimiento de la madre del príncipe Federico Enrique, para que le

ayudara a zanjar un conflicto limítrofe concerniente a los derechos de pesca de un lago. Se habían arrojado piedras al fondo del lago para fijar los límites, y su alteza sostenía que las piedras se habían desplazado corriente abajo. Era evidente que se habían desplazado, dictaminó Descartes. Esta disputa se remontaba a 1552.

Descartes no era tímido cuando se trataba de pedir favores en la corte. En 1647 logró que Huygens abriera un coto de caza para su amigo Antoine Studler van Zurk, quien compró la señoría de Bergen, en el norte de Holanda, cerca de la residencia de Descartes. Otro servicio que Descartes realizó para Van Zurk fue obtener planos de diversos jardines franceses. A su vez, Van Zurk actuaba como banquero de Descartes.

Estos contactos en la corte, y el hecho de que en tres ocasiones Descartes convenciera al *stadhouder* de intervenir a su favor en tres capitales provinciales—Utrecht, Groningen y Leiden—, nos insta a preguntarnos si es correcta la interpretación habitual de que Descartes fue presa del pánico en su enfrentamiento con el Ayuntamiento de Utrecht. Henrik Bruno, secretario literario de Huygens y preceptor de sus hijos, era amigo de Descartes. En una carta fechada el 15 de diciembre de 1647, Bruno informó que Descartes «se reía con estruendo de un espantoso panfleto que un teólogo de Leiden [Revius] había escrito contra él en fechas recientes, pero no lo consideraba digno de respuesta». Lo cierto es que no le respondió directamente. En una carta a Huygens del 20 de septiembre de 1643, proclamó que el asunto apenas le molestaba y añadió: «Le aseguro que no he perdido peso, a diferencia de Voetius, de quien se comenta ha perdido trece libras [casi seis kilogramos], pero no de grasa, pues nunca la ha tenido.» En su respuesta del 5 de octubre de 1643, Huygens afirmó que para Regius sería muy fácil salvarse. Sólo tenía que disculparse y seguir adelante con su trabajo. Descartes debería olvidarlo y regresar a sus asuntos también. Teniendo en cuenta que la citación de Utrecht del 13 de septiembre de 1643 fue archivada de inmediato por orden del *stadhouder*, y que éste intervino cuando Descartes solicitó que Groningen juzgara a Schoock por libelo, lo cual se zanjó a favor de Descartes el 10 de abril de 1644, cabe imaginar que Descartes se repuso de su temor inicial para reírse del ataque de Revius en 1647. Y cuando decidió exigir que Leiden lo liberase de Revius, confiaba en que el *stadhouder* amenazara a los funcionarios de Leiden con un escándalo público si no se disculpaban. El 12 de enero de 1648, el príncipe de Orange mandó llamar a Frederick Spanheim, rector de la Universidad de Leiden, para hablarle del asunto. Spanheim prohibió el debate entre Heereboord y Revius.

El 14 de junio de 1648, se prohibió que Johannes de Raey, un discípulo de Regius de veintiséis años, enseñara cartesianismo. Y Stuart y Ravius se quejaron de que se les impidiese discutir y refutar las peligrosas opiniones de Descartes. El método del rector Spanheim para evitar que estos teólogos aristotélicos se enfrentaran con los filósofos cartesianos consistió en prohibir toda enseñanza de metafísica. Sin embargo, se siguió enseñando la ciencia cartesiana. Aun un teólogo ortodoxo como Abraham Heidanus —designado en Leiden en 1648, y a quien Descartes conocía al menos desde 1639— era tolerante. Si Descartes no era, pues, un histérico, sí era sin duda un entrometido. Pero nada de ello impidió que el cartesianismo echara raíces en las universidades holandesas poco después de la muerte de Descartes en 1650.

Descartes era conocido y respetado donde importaba: entre los altos funcionarios municipales y estatales, y entre los directores de las universidades de Utrecht, Groningen y Leiden. Muchas personas debían de visitarlo aparte de aquellas de las que tenemos testimonio. Hay un texto que ofrece una interesante perspectiva sobre el hombre y el filósofo, pues prácticamente equivale a una entrevista similar a la que hoy publicarían *Le Monde* o la revista del *New York Times* si se tratara de un nuevo pensador.

Frans Burman, un estudiante de teología de veintitrés años (Descartes conocía a su padre), visitó a Descartes el 16 de abril de 1648 y tomó extensas notas sobre el diálogo que mantuvieron. Durante los cinco años anteriores, Burman había estudiado teología en Leiden, de manera que estaba al corriente de los debates. Después de su conversación con Descartes, la comunicó a Johannes Clauberg, quien la transcribió en latín. El original se ha perdido y sólo existe una copia en letra desconocida que se descubrió en la biblioteca universitaria de Gotinga en 1895. Los eruditos cartesianos la han considerado auténtica a partir del contenido (es decir, no existen pruebas externas de que las conversaciones con Burman constituyan una transcripción). No obstante, el propio Descartes consignó que había recibido la visita de Burman. Este texto nos presenta a un Descartes simpático, directo, agradable y sumamente razonable, interesado en instruir al joven y en explicar su posición frente a varios críticos. Todo parece indicar que ambos lo pasaron muy bien. No estoy de acuerdo, sin embargo, con tomar una presunta copia de la transcripción que hizo Clauberg de las notas de Burman como una sacrosanta verdad cartesiana, como han hecho muchos estudiosos, aunque muestre a Descartes en su mejor momento.

La disputa de Utrecht, así como su riña con Beeckman, muestra a Descartes en su peor aspecto personal. También sugiere que prestaba gran atención a la política y los asuntos locales. Era tan mundano como para conocer a las personas indicadas y ayudaba a sus vecinos, pero defendía su ocio, como hacen todos los expatriados, absteniéndose de compartir muchas preocupaciones sociales y políticas cruciales para la vida de los lugareños. (Una de sus pocas observaciones políticas consta en una carta a Mersenne del 4 de enero de 1643, en la que afirmaba que si el cardenal Richelieu «os diera tres de sus millones para realizar los experimentos necesarios para descubrir la naturaleza de diferentes cuerpos, no dudo de que el conocimiento obtenido sería mucho más útil para el público que todas las victorias que pueden conseguirse en la guerra».)

Descartes pensaba que ponía a los imbéciles en cintura. Entre sus críticos, Descartes fue decente con Mersenne (quien hizo preguntas fundamentales), con Arnauld (un teólogo católico que se entendía bien con él) y con Isabel (una princesa). Los demás no tenían remedio. Interpretaban mal a Descartes, que podía admitir que a veces no era claro (quizá con la intención de ahuyentar a los ignorantes), pero que nunca se equivocaba. En 1641, cuando Descartes perdió los estribos ante las objeciones de Gassendi, éste respondió: «¿Qué se puede hacer? Es su temperamento.» En aquella ocasión que Descartes declaró que Voetius azuzaba a las clases inferiores contra los mejores, que corrompía a la juventud cuando le pagaban para educarla y que su conducta constituía sedición contra el Estado, por lo que el ayuntamiento debía expulsarlo e incluso enjuiciarlo, creía de veras que prestaba un servicio a Utrecht al expresar sin rodeos aquello que los funcionarios callaban por protocolo. Descartes esperaba que le estuvieran agradecidos por su denuncia, que les permitiría liberarse de Voetius. Ellos ignoraron la sugerencia.

Al parecer, se amedrentó cuando los funcionarios de Utrecht le enviaron la policía, pero se envalentonó de nuevo en cuanto intervino el *stadhouder*. El *stadhouder*, por motivos relacionados con el equilibrio entre Iglesia y Estado, quería restringir el poder de los predicadores.

Descartes se mantuvo en sus trece, negando que fuera ateo. En 1648 fue a París y en 1649 a Suecia, donde falleció a principios de 1650. De haber vivido, es muy probable que hubiera continuado el enfrentamiento con los predicadores hasta obtener la justicia que exigía, es decir, la humilde admisión de que ellos estaban errados y él tenía razón.

CAPÍTULO DOCE

La Fronda

COMO QUIEN INVITA A ALGUIEN A CENAR CUANDO EN LA COCINA
REINA EL ALBOROTO Y LA CAZUELA ESTÁ VOLCADA

Joachim Descartes cumplió setenta y cinco años el 2 de diciembre de 1638. Hacía diez que René, su segundo hijo, no lo visitaba. Quizás el cumpleaños de su padre dio que pensar —aunque despacio— a Descartes, pues el 30 de julio de 1640 explicó a Huygens que en cinco o seis semanas iría a Francia por cuestiones familiares. Pero de nuevo postergó el viaje, pues el 30 de septiembre de 1640 refirió a Huygens que, al final, no acudiría a Francia ese año.

De 1636 a 1640, Descartes vivió en Egmond-Binnen, Santpoort y Amersfort con Helena y Francine. Escribió el *Discurso* y los *Ensayos*, publicados en 1637, y trabajó en las *Meditaciones*, que vieron la luz en 1641. Tenía dos amigos en la cercana Haarlem, Jean Albert Bannius y Augustin Aelstein Bloemaert, sacerdotes católicos que se interesaban en la matemática y la música. Bannius era un buen músico que tocaba para ellos su nueva espineta.

El padre de Descartes falleció el 17 de octubre de 1640, sólo cuarenta días después de Francine. Descartes, que no sabía del deceso, escribió una carta dirigida a su hermano y a su padre el 28 de octubre de 1640, en la que les notificaba que se proponía viajar a Bretaña para visitarlos. Según Baillet, les explicaba también que vivía en Holanda para evitar que los aristotélicos lo persiguieran por sus ideas. No sabemos qué más les contaba en ella, pues la carta se ha perdido.

Poco después, Descartes se enteró de la muerte de su padre. Se comunicaba con su hermano Pierre y su hermanastra Anne por medio de

Mersenne. Su familia, pues, no conocía su domicilio en Holanda. En cuanto a los asuntos familiares, los únicos que preocupaban a Descartes se relacionaban con el dinero. Vivía de los intereses devengados por la venta de las propiedades. Así, cuando falleció su padre, Descartes dispuso que Claude du Bouëxic de Rennes, que en 1645 sería miembro del Parlamento de Bretaña, gestionara su herencia, el devengo de intereses y los contratos. Baillet tenía los contratos que Descartes llevó consigo a Suecia, pero ahora quizá se hayan perdido, y lo mismo una carta del 3 de diciembre de 1640 de Descartes a su hermano Pierre, relacionada con estos asuntos. Tan sólo en efectivo, su padre le dejó ciento veintiséis mil ochocientos cuarenta libras. Legó a su hijo René Descartes una cantidad desconocida de dinero, las fincas de Courgère, cerca de Oyré y de Beauvis, y —compartida con su hermano Pierre— la casa de los Descartes en Châtellereault. Pierre se encargó de inmediato de estas propiedades y efectuó un pago inicial de cuatro mil libras con un interés de quinientas libras anuales para Descartes. No consta durante cuántos años debía abonarse ese interés. Descartes usó el dinero para alquilar el castillo de Endegeest, en las afueras de Leiden, donde vivió desde marzo de 1641 hasta mayo de 1643, cuando se mudó a Egmond aan den Hoef. (En la actualidad, el castillo de Endegeest es un manicomio. Allí cuentan la historia de un antiguo interno que saludaba a los visitantes en la puerta, les informaba que era el director y les mostraba el lugar. En algún punto, se quitaba la gorra de lana que llevaba tanto en verano como en invierno, se acariciaba la calva y decía: «No tenéis idea de lo que cuesta mantener un lugar como éste.»)

Con su padre muerto, y con cuatro mil libras enviadas por el hermano, Descartes alquiló este costoso castillo y volvió a postergar su viaje a Francia. Trabajó en las respuestas a las objeciones presentadas a sus *Meditaciones*, que publicó Michel Soly en París en 1641. Para la segunda edición, publicada por Ludovicum Elzevirium en Amsterdam en 1642, trabajó en la «Respuesta a la séptima objeción» de Bourdin, y escribió la «Carta a Dinet», donde atacaba a Voetius. En 1643, Shooock y Voetius publicaron sus ataques contra Descartes, para los cuales preparó las correspondientes respuestas. También preparó *Los principios de la filosofía* para que Ludovicum Elzevirium los publicara en Amsterdam en julio de 1644.

En medio de todo esto, Descartes tenía tres huéspedes en Endegeest. Su viejo amigo el padre Picot, Jacques Vallée Desbarreaux, quien era jurisconsulto en el Parlamento de París, y el joven De Touchelaye, un fraile

que en 1642 permaneció seis meses junto a él. En cierta ocasión, cuando le preguntaron cuál era su profesión, Desbarreaux respondió: «Buscar buen vino por tierra y por mar.» En su viaje para ver a Descartes, se dice que Picot evitó llevar a Desbarreaux por la región vinícola del Languedoc, pues hubiera podido pensar que al hallar buen vino había hallado la verdad. Desbarreaux y Picot alabaron la cocina en Endegeest.

A raíz de esta visita, Descartes escribió un diálogo inconcluso, *La investigación de la verdad por la luz natural*. En el diálogo, Descartes es Eudoxo, con su esclarecido método de razonar según la luz natural de la razón, Picot es el erudito y sabio Epistemón, y Desbarreaux es el campesino y sensato Poliandro, a quien los procedimientos prácticos cartesianos redimirán de su admiración por la sabiduría antigua. El diálogo es espantoso. Por otra parte, varios estudiosos cartesianos han negado que Descartes agasajase al notorio libertino Desbarreaux. Ya era bastante malo que fuese obvio que el libertino Picot era íntimo amigo de Descartes. Aunque, al menos, Picot era sacerdote.

Toda esta actividad mantenía ocupado a Descartes, pero al final partió para Francia en mayo de 1644. Llegó a París a principios de junio, y se alojó con Picot en la Rue des Écouffes. Picot manejaba los asuntos económicos de Descartes desde 1626, recaudando los intereses que devengaban las propiedades que Descartes había vendido en Poitou en 1625. Parece extraño que Descartes escogiera a un sacerdote católico para manejar sus asuntos financieros. Pero Claude Picot pertenecía a una familia experta en finanzas. Su padre, sus dos hermanos y sus dos cuñados eran recaudadores, auditores o maestros de cuentas del rey. Picot podía acudir a ellos, caso de necesitar ayuda con las finanzas de Descartes.

En París, Descartes renovó su amistad personal con Mydorge y Mersenne. Baillet afirmó que Descartes y Picot también fueron a Blois para ver a Florimond de Beaune, quien había escrito la mejor introducción a *La geometría*, luego a Tours para ver a los hermanos De Touchelaye. Según Baillet, todo esto constaba en una carta escrita por Picot (que se ha perdido). Después, Descartes habría viajado a Nantes y Rennes para tratar con sus hermanos.

Lo cierto es que Descartes partió de París para Bretaña el 10 de julio de 1644 y fue directamente a Rennes, donde vivía su hermano Pierre. Para completar el viaje, Descartes pasó del 29 de julio al 25 de agosto en Crévis, en el hogar de su cuñado, aunque su hermana Jeanne había fallecido en 1640, poco después de su padre. Luego regresó a Chavagne-en-Sucé, cerca de Nantes, para permanecer en casa de su hermanastro Joa-

chim II, donde el 9 de septiembre de 1644 firmó como padrino de su sobrino, llamado René.

Procedió a rectificar los convenios que su hermano Pierre había hecho con las propiedades que Descartes había heredado de su padre en 1640. Y sin duda exigió otra parte de las ciento veintiséis mil ochocientas cuarenta libras que su padre había dejado (Pierre le había mandado cuatro mil). En cuanto a los tratos definitivos, el 18 de agosto de 1644 escribió a Picot que no eran tan buenos como cabía esperar, pero mejores que si hubiera litigado. En este caso, Descartes tuvo en cuenta su propio consejo al príncipe Carlos (que le convenía aceptar el Bajo Palatinado sin regatear). De todos es sabido que cuando tenemos poco poder para imponer nuestros argumentos, conviene aceptar con una sonrisa lo que nos dan.

Pierre y Joachim II eran distinguidos juristas en el Parlamento de Bretaña. Descartes nunca había ganado un céntimo. Tenía cuarenta y ocho años y había vivido siempre del dinero de la familia. Ese capital con sus intereses, todo ese dinero, podría haberlo usado para pagarse un lucrativo puesto en el gobierno y la posición social lograda con ello habría permitido a Descartes casarse con la hija de una rica e influyente familia de la nobleza. Fue lo que hizo su padre en su segundo matrimonio, y lo que habían hecho sus hermanos. Así que aquí tenemos a un holgazán, autor de varios libros controvertidos, que aparece tras quince años de ausencia y cuatro años después de la muerte del padre para reclamar parte de la herencia. Los hermanos sabían que Descartes era un famoso filósofo y matemático, pero ¿qué tenía que ver eso con el precio de las habichuelas, con la riqueza, la propiedad o la posición?

Los buenos hermanos no podían negarle sus derechos. Pero eran expertos hombres de leyes. Se encargarían de velar por la fortuna familiar y no cederle más de lo que estuvieran obligados a darle.

De la cantidad total de la herencia, treinta y siete mil seiscientas veinticinco libras estaban destinadas a los hijos del segundo matrimonio. En consecuencia, Pierre, René y el viudo de Jeanne podían reclamar, a lo sumo, ochenta y ocho mil setecientas setenta y cinco. El hijo mayor recibía más que el *cadet* o hijo menor y el heredero de la hija. Ése era la perspectiva cuando, cuatro años después de la muerte de su padre, Descartes se presentó con la mano extendida. Quizá le dieran veinte mil libras. Dudo que recibiese más, incluso puede que fuera menos. De un modo u otro, Descartes aceptó, dio las gracias a sus hermanos y se despidió.

Desde Bretaña, al parecer, fue directo a Châtellereault, en Poitou, para encargarse de las propiedades que había heredado del padre. Baillet tenía una copia, hoy perdida, de un poder firmado ante un notario de Angers el 19 de septiembre de 1644, donde Descartes autorizaba a su representante en Rennes, Claude du Bouëxic, a encargarse de las propiedades que él había heredado del padre y que su hermano había tomado, y a transferirle a él cada año los intereses devengados. Ése fue el origen de su carta a Picot del 7 de diciembre de 1648, en la que declaró sin rodeos que su hermano Pierre no era su representante en cuestiones de negocios:

En cuanto a la queja de mi hermano, me parece muy injusta. En Poitou sólo manifesté que no le encomendé que actuara en mi nombre en mis asuntos, y que si intenta hacer algo en mi nombre o como si yo lo hubiera solicitado, negaré que así sea. Cuando alega que esto lo perjudica, muestra su afán de ser mi apoderado a pesar de mi voluntad, como hizo con los bienes de la sucesión de mi padre, para robarme con este pretexto, con la certeza de que yo preferiría perder antes que litigar. Su queja es como la de un lobo que alegara que las ovejas lo perjudican al huir, temiendo que él las devore. Pero el asunto no merece que se lo mencionéis al padre Ferrand [primo de los hermanos Descartes por vía de la abuela Descartes], a menos que él os pregunte directamente.

Descartes regresó a París a fines de septiembre de 1644. Mientras estaba en Bretaña con sus parientes, llegaron a la capital francesa ejemplares de sus *Principios*. Mersenne y Picot, al igual que el humillado Bourdin, se dedicaron a distribuir ese libro, que Descartes esperaba fuera aceptable para los jesuitas. En una carta de junio de 1645 a Huygens, Descartes señaló que el padre Dinet, que estaba en La Flèche cuando él estudiaba allí, había sido confesor de Luis XIII y Luis XIV. Más aún, su pariente, el padre Charlet, que había sido rector de La Flèche cuando Descartes era estudiante, era asistente del general de los jesuitas en Roma. Dinet y Charlet eran muy importantes. De nuevo nos preguntamos por qué, si Descartes buscaba el respaldo de los jesuitas, dedicó los *Principios* a la princesa Isabel de Bohemia. ¿Por qué no a sus viejos y poderosos mentores jesuitas, Dinet y Charlet? Ninguno de ambos era un escolástico aristotélico dogmático. Eran gente refinada y mundana que entendía que la nueva ciencia mecanicista de Mersenne, Galileo y Des-

cartes —por no mencionar a Copérnico, Harvey y Gassendi— se estaba imponiendo sobre la vieja ciencia animista de las escuelas. No sólo eran inteligentes, sino que ejercían gran influencia en las escuelas, la Iglesia y la corte. Dadas las expresas ambiciones de Descartes para su filosofía, Dinet y Charlet eran los más indicados para una dedicatoria de los *Principios*. Pero Descartes les envía —con obsequiosas manifestaciones de admiración personal, deuda profesional y lealtad religiosa, llamando a Charlet «segundo padre»— este libro dedicado a una princesa protestante, Isabel de Bohemia, una calvinista exiliada en Holanda porque su padre había desafiado al emperador Fernando II, quien lo había derrotado.

Cuanto más lo analizo, menos entiendo la conducta de Descartes en lo concerniente a esta dedicatoria. Quizás estuviera loco de amor, a pesar de todo. Aunque creo que no se trataba de eso, sino sólo de que era extravagante, y tan difícil de interpretar como cualquier otro en la historia del pensamiento humano.

A primera vista, Descartes no parecía uno de esos hombres que atentan contra sus propias ambiciones. Y, con el tiempo, el cartesianismo se impuso sobre el aristotelismo. Pero volvamos de nuevo a valorar su «Carta a Dinet», publicada en la segunda edición de las *Meditaciones* (1642). Allí, Descartes no sólo atacó de forma táctica a los protestantes de las Provincias Unidas, con sus acusaciones contra Voetius, sino que también cuestionó la probidad intelectual de los jesuitas franceses al explayarse sobre la estupidez del padre Bourdin. Quería que su física y su filosofía se enseñaran en colegios y universidades de las Provincias Unidas y de Francia, por tanto, cabría esperar alguna adulación. En cambio, atacó tanto a los calvinistas como a los jesuitas.

Descartes no podía decidir si los jesuitas estaban de su lado o no. Dudo que en realidad creyera que había probabilidades de obtener su respaldo. En una carta a Picot fechada el 9 de febrero de 1637, declaraba que había recibido cartas de Charlet, Dinet, Bourdin y otros dos jesuitas, «lo cual me hace creer que la Compañía desea estar de mi parte». Pero el 31 de julio de 1640 refería a Huygens que pensaba que estaba por «entrar en guerra con los jesuitas», porque Bourdin había presentado debates contra su filosofía en el Colegio Clermont. Y el 11 de noviembre de 1640 escribió a Mersenne que pensaba que quizá los jesuitas le pedirían que escribiera un libro de texto para ellos.

Descartes nunca fue profesor. Quería formular una nueva filosofía de la naturaleza —física y fisiología— para que los profesores la enseñaran. Expuso sus *Principios* de 1644 como lecciones para el debate y la

discusión, para reemplazar los textos escolásticos que se usaban en las escuelas jesuitas. En 1640 preguntó a Mersenne qué texto jesuita contemporáneo podía usar como contraste para el suyo. Se decidió por la *Summa philosophia quadripartita* de Eustache de Saint-Paul, en parte porque Eustache aún vivía y Descartes creía que podría obtener su autorización para exponer una versión abreviada de la *Summa*. El plan de Descartes consistía en publicar sus refutaciones de las posturas escolásticas junto con una síntesis del texto de Eustache que ilustrara esas posturas. Para desgracia de Descartes, Eustache falleció antes que pudiera solicitarle la autorización. Después de eso, Descartes perdió interés en su plan de publicar una refutación de un texto escolástico proposición por proposición, aunque alegaba que la mera presentación de su nueva filosofía era refutación suficiente de la vieja. Una idea refrescante, por cierto. Ojalá los filósofos manifestaran sus posturas de manera clara y distinta, y terminaran con el asunto. Pero la mayoría de los escritos filosóficos, aún hoy, continúan siendo confusos —«ellos dijeron pero yo digo»—, pues cada cual toma algo del otro.

El 26 de abril de 1642, Descartes repetía a Huygens que para lograr que los pastores protestantes de las Provincias Unidas y los jesuitas de Francia lo dejaran en paz, «es preciso que yo libere una pequeña guerra».

Descartes envió ejemplares de sus *Principios* a Jean François, su viejo maestro de matemática de La Flèche, y a varios otros sacerdotes jesuitas, entre ellos Vazier, Fournier y Mesland. Y también a los padres oratorianos Condren y Gibieuf, quienes estaban desarrollando su congregación como una orden educativa que rivalizaba con los jesuitas. Quizá Descartes depositara sus esperanzas en ellos, aunque los oratorianos eran insignificantes en comparación con los jesuitas.

Picot había empezado a traducir los *Principios* del latín al francés, y el joven duque de Luynes ya había traducido las *Meditaciones* al francés. Descartes pasó parte de su estancia en París corrigiendo estas traducciones. Y en este punto la trama se complica. El duque de Luynes, de veintidós años, era el hijo de Charles d'Albert, primer duque de Luynes y de Marie de Rohan, duquesa de Chevreuse. A Luis XIII lo había criado D'Albert, quien se inició como cetrero pero luego ascendió al rango de duque de Luynes, asesor del rey y par del reino (un puesto equivalente a ser hermano del rey). Luynes conquistó al príncipe soltando pequeñas aves en los salones del Louvre para que el joven pudiera cazarlas con sus halcones. En 1617, cuando Luis XIII tenía dieciséis años, organizó un golpe de Estado con la complicidad del duque de Luynes (algunos autores

han opinado que el duque lo incitó), contra su madre María de Médicis, la regente, y su primer ministro Concino Concini, quien fue asesinado como paso crucial del golpe. También en 1617, el primer duque de Luynes desposó a la bella Marie de Rohan, de dieciséis años. Los Rohan pertenecían a la más rancia nobleza, una vieja familia hugonote. Hercule de Rohan, padre de Marie, era amigo de Enrique IV, había asistido al nacimiento de Luis XIII y compartía el carruaje con el rey Enrique IV cuando, en 1610, éste fue asesinado. El padre y los tíos de Marie eran pares del reino. Algunos se habían convertido por motivos políticos, junto con Enrique IV, con lo cual Marie era católica, pero sus tíos Henri de Rohan y Soubaise de Rohan eran cabecillas de la revuelta protestante que Luis XIII y el cardenal Richelieu aplastaron en La Rochelle en 1628. Los dos tíos protestantes de Marie eran padrinos de Carlos I de Inglaterra, el tío decapitado de la princesa Isabel. Era un mundo pequeño, pues, y justo a eso me refería.

El viejo duque de Luynes murió de una escarlatina de la que se contagió en el campo de batalla en 1621. Cuatro meses después, su viuda se casó con el duque de Chevreuse. Él tenía cuarenta y cuatro años, y Marie tenía veintidós. El duque de Chevreuse era un mujeriego melifluyo y mundano. Era muy bien visto en la corte de Luis XIII, y se había distinguido en la batalla contra los protestantes en 1621 y 1622. Cuando era joven, en un acto de lealtad con su monarca, había cedido su amante, Henriette d'Estragues, a Enrique IV. Henriette pasó a ser la favorita del rey y le dio varios hijos.

Marie regresó a la corte. Causó gran sensación entre los hombres, y cobró notoriedad como la seductora e irresistible Madame Chevreuse. Su cabello era del color de la miel, y los hombres devaneaban sobre la belleza de sus senos, que mostraba con frecuencia según la moda cortesana de la época. Era la mejor amiga de la reina Ana, y era una intrigante, una aventurera política de aguda inteligencia. Carecía de escrúpulos, era temeraria y tenía nervios de acero. Se regía por el lema de los Rohan que, en una traducción libre, vendría a decir: «Al cuerno con el rey, y no necesito un ducado. Soy una Rohan.»

El primer problema de Chevreuse surgió cuando la reina Ana de Austria quedó encinta por primera vez. Ana, Mademoiselle Verneuil y Chevreuse (todas tenían alrededor de veintidós años) jugaban como niñas en el Louvre, corriendo y patinando por los suelos encerados, cuando Ana se cayó y tuvo un aborto natural. Su principal propósito en la vida, por cierto, era brindar un heredero. Luis XIII expulsó de la corte a

Chevreuse; aunque pronto regresó. También se cuenta que el aborto fue deliberado, por temor de que el padre del niño fuera en realidad el príncipe Enrique de Montmorency, quien era tuerto.

Al parecer, Luis XIII tenía cierta aversión a cumplir con sus deberes maritales, y pasaron catorce años hasta que Ana de Austria concibió de nuevo y tuvo al hijo que sería el futuro Luis XIV, el Rey Sol, gloria de Francia. La alegría que el nacimiento causó en la corte, como cabe suponer, inspiró a Luis XIII, y Ana pronto pudo dar un hermano al príncipe Luis, Gastón, a quien se conocería como Monsieur, y que pasó su vida de adulto conspirando contra la corte.

Después de la muerte de Luis XIII en 1643, la reina madre Ana devino regente del joven Luis XIV, de cinco años. El cardenal Mazarino era su primer ministro. Se dice que Chevreuse y Mademoiselle Verneuil intentaron seducir al cardenal Mazarino. Cuando fracasaron, propagaron el rumor de que el cardenal era impotente. No obstante, Chevreuse seguía siendo la mejor amiga de la reina Ana.

Madame Chevreuse causó casi tantos problemas en las cortes de Luis XIII y Luis XIV como sus tíos protestantes. Fue una de las grandes mujeres cortesanas de la historia francesa y, casi siempre, resultó inmune a la censura. No sólo la familia Rohan era casi tan poderosa como el rey, sino que su marido era el duque de Lorena, un principado independiente, de modo que, técnicamente, estaba fuera de las leyes del reino. Además (¿habrá mentido la historia?) era una de las mujeres más atractivas de todos los tiempos.

Existe un retrato de la duquesa de Chevreuse, pintado por Moreelse, que perteneció a Carlos I de Inglaterra. Sí, también causaba sensación del otro lado del Canal. Cuando visitó Inglaterra, estaba en avanzado estado de gestación de la hermana del joven duque de Luynes, pero eso no detuvo sus conquistas entre los hombres de la corte. Lo que más escandalizó a los ingleses, sin embargo, fue que Chevreuse cruzó el Támesis a nado dos semanas después del nacimiento de la niña.

En el retrato, sus ojos son oscuros y tuerce la comisura izquierda de la boca en una leve sonrisa. La comisura derecha está recta en esta visión de tres cuartos de perfil. Su mirada es francamente inquisitiva. Envuelve la angosta asta de un tridente con el brazo derecho. El pezón del pecho izquierdo asoma sobre el bajo escote de la blusa. Sostiene un grueso bucle de su cabello color miel en la mano izquierda, y el índice apunta hacia una rosa roja sin abrir, que anida en un extravagante despliegue de plumas de pavo real dispuestas sobre el gran turbante que se

ladea con provocación sobre su cabeza. ¡Toda una hechicera! ¡Cuidado con ella!

Pues bien, el hijo que Chevreuse tuvo en 1620, durante su matrimonio anterior con el duque de Luynes, se había sumado al séquito cartesiano para traducir las *Meditaciones*. El joven duque de Luynes era del todo diferente a sus padres. Era erudito y piadoso, y más tarde donó dinero a los jansenistas de Port-Royal. (Frente al edificio principal de Port-Royal hay un inmenso roble, tan viejo como los tiempos que nos ocupan, a la sombra del cual uno puede sentarse aún en un banco y mirar, a través de la larga cuesta, el profundo y tupido bosque de Chevreuse.) La madre del joven duque comentó de la piedad de su hijo: «Totalmente atípico.»

Durante su visita a París de 1644, Descartes dio pasos decisivos para el resto de su vida. Conoció a Claude Clerselier, quien estaba preparando una traducción francesa de las objeciones y respuestas de las *Meditaciones*, y a Hector-Pierre Chanut, cuñado de Clerselier, quien orquestaría la visita a Suecia en 1649. Clerselier era conocido como el hombre que tomaba la comunión con mayor frecuencia que cualquier otro en París. Chanut era un diplomático de carrera en ascenso. Clerselier tenía treinta años, y Chanut cuarenta y cuatro, cuando conocieron a Descartes, quien contaba cuarenta y ocho. Descartes simpatizó con ellos de inmediato, quizá porque Clerselier estaba traduciendo las *Objeciones* y las *Respuestas*, y porque Chanut había ayudado a Mersenne en un (fallido) intento de repetir los experimentos de Torricelli con la presión del aire. Quizá Chanut se contara entre quienes presionaron al primer ministro, el cardenal Mazarino, para que otorgara una pensión a Descartes. Pero Chanut no era matemático, filósofo ni científico. Más tarde, cuando Descartes le preguntó qué pensaba de los *Principios*, Chanut desvió la estocada alegando que no le interesaba la filosofía natural, sino la filosofía moral, claro que entonces ignoraba que Descartes había incursionado en este campo.

Hablando de Clerselier, Baillet afirmó que «Descartes puso la adquisición de semejante amigo entre las mejores fortunas de su vida. Le reveló los secretos más íntimos de su corazón» (B II 242). Baillet no refirió en qué basaba esa afirmación, aunque supongo que Clerselier mismo comentó este sentimiento en su manuscrito perdido. Los «secretos íntimos» a que aludió Baillet, citando el manuscrito perdido de Clerselier, se relacionan con la «caída» de Descartes y su relación con Helena, en un pasaje que ya hemos mencionado (el error cometido «contra el honor de su celibato»).

Para un hombre mayor es difícil tener buen ojo crítico cuando se trata de hombres jóvenes que admiran su obra. Si Chanut (más cerca de la edad de Descartes) lo tentó hacia el infierno blanco de la muerte sueca, tanto Chanut como Clerselier se desvivieron después de su muerte para fomentar su inmortalidad, compilando cartas y manuscritos para publicarlos, y estableciendo la biografía canónica escrita por Baillet. La Sociedad Protectora de san Descartes comenzó a formarse durante esa visita de 1644. Quizá Descartes tuviera en mente algo similar. La influencia de Clerselier y Chanut, en cualquier caso, resultó tenaz por demás.

El 15 de noviembre de 1644 Descartes estaba de vuelta en Holanda. Mientras él visitaba Francia, falleció Bannius, su amigo músico. Pero Descartes debió de deleitarse en la alegría con que lo recibieron sus amigos Regius, Van Zurk, Huygens y Van Hogeland, quien aseguró que había regresado «la luz brillante de nuestras tierras». Cuando Descartes se marchó para Francia, todos temían que nunca regresara.

Nada más llegar a las Provincias Unidas, Descartes se fue casi de inmediato a Egmond-binnen, tres kilómetros al sur de su anterior residencia de Egmond aan den Hoef. Egmond-binnen habría de ser su residencia permanente hasta su partida para Suecia en septiembre de 1649.

La tradición local sostiene que Descartes vivía en un sitio aislado, contra las dunas, a medio camino entre las dos Egmonds, en una casa que hoy ha desaparecido. Esto lo situaría a menos de un kilómetro del mar, y a un kilómetro y medio de Egmond aan Zee, que entonces era un puerto, aunque la ancha playa que está frente a las dunas es en la actualidad recta como una regla. Hoy en día, Egmond aan Zee es una atractiva localidad balnearia, y uno puede caminar por las dunas durante kilómetros en cualquiera de ambas direcciones, como Pat y yo hicimos durante varios días sin el menor peligro de caer por un acantilado. En tiempos de Descartes, el filósofo y su amigo Van Zurk habrían ido con sus sabuesos a cazar liebres en las dunas, e incluso venados.

En una arboleda del lado interior de las dunas, existe hoy una casona rodeada por fecundas tierras de labranza. Es un sitio encantador, un lugar tan ideal que, tras haberlo visto, uno deja de preguntarse por qué Descartes escogió ese lugar para vivir.

Desde noviembre de 1644 hasta junio de 1647, Descartes permaneció cerca de Egmond. Terminó de revisar la traducción francesa de los *Principios* y las *Meditaciones*, y escribió a Pollot acerca de sus problemas con los predicadores. Entabló correspondencia con la princesa Isabel de Bohemia acerca de la vida y las pasiones, con lord Newcastle acerca

de las máquinas animales, y con Chanut acerca de la reina Cristina de Suecia. Y, con nefastas consecuencias, escribió cartas a un joven jesuita, Denis Mesland, ofreciéndole su explicación de la transustanciación.

Vino a decirle que cuando los seres humanos comían pan y bebían vino, éstos eran absorbidos por la carne y la sangre de sus cuerpos. Y esos cuerpos estaban unidos a su alma. En la ceremonia de la eucaristía, el alma de Cristo se unía con el pan y el vino que se hallaban en las manos del sacerdote, transformándose así en parte del cuerpo de Cristo. De modo que cuando los hombres comían y bebían ese pan y ese vino, en verdad participaban del cuerpo y la sangre de Cristo.

Eso fue demasiado para los superiores de Mesland (que, por cierto, revisaban la correspondencia), así que en 1645 lo enviaron a la Martinica para convertir a los nativos. Mesland murió en el Nuevo Mundo. Descartes entendía por qué se deshicieron de Mesland, pero no dio muestra alguna de sentirse responsable. Sin embargo, no cabe duda de que estaba conmovido por el destino de su corresponsal, pues inició su última carta a Mesland, fechada en 1645, con estas palabras: «He leído con gran emoción vuestra despedida definitiva.» Luego añadió con cierta irritación que «me parece que el talento que Dios os ha dado sería más útil aquí, convirtiendo a nuestros propios ateos» en vez de convertir salvajes en el Nuevo Mundo. A buen seguro Mesland pensaba lo mismo, pero partió obediente hacia el destino ignoto que sus superiores le habían asignado. Clerselier temía publicar estas cartas después de la muerte de Descartes, pero no se perdieron porque otras personas las copiaron.

Fue durante ese período cuando Samuel Sorbière contó la historia de un amigo suyo que visitó a Descartes y quiso ver su biblioteca. Descartes le pidió que lo acompañara y lo llevó a un establo donde colgaba un novillo muerto, listo para la disección. Esta historia siempre se repite con aprobación, para demostrar que Descartes estaba decidido a examinar la naturaleza de primera mano, y no a leer y repetir lo que contenían los viejos libros. Pero Sorbière era un discípulo de Gassendi que se oponía a Descartes. Publicó en Holanda los ataques de su maestro contra la filosofía cartesiana. También declaró que Descartes era irritable, huraño, pendenciero, inconstante, incoherente, alborotador, despectivo, malévolo, ofensivo y prejuicioso. De modo que cabe la posibilidad de que Sorbière inventara esta anécdota: sabiduría en los libros encuadernados de los auténticos eruditos frente a vísceras hediondas en la biblioteca de Descartes.

En su segundo viaje a París, Descartes llegó la ciudad a fines de junio de 1647. La traducción francesa de las *Meditaciones* se había publicado en febrero. Con Picot, Descartes dispuso que la traducción francesa de los *Principios* se publicara en julio. Descartes y Picot fueron a Bretaña, donde Descartes y su hermano Pierre firmaron documentos autenticados el 27 de julio de 1647. El sentido de lo que contó Baillet parece ser que Picot entregó a Pierre papeles de transferencia de tres contratos con compradores de la propiedad de Poitou, mostrando que se adeudaban a René Descartes once mil cuatrocientas libras de intereses. La apostilla marginal de Baillet indicaba: «Véase los papeles del inventario» (lo cual no podemos hacer porque se han perdido). Pero esta transacción parece una nueva rectificación de los convenios que Pierre había hecho a la muerte de su padre, por los cuales recibiría él mismo el producto de la venta de la propiedad de René. El hecho de que Descartes no tuviera que litigar para recobrar este dinero demuestra que su hermano no negaba la validez de su demanda. Pero es obvio que Pierre no estaba dispuesto a pagar hasta que René se presentara para exigirlo, lo cual había hecho en 1644, y ahora en 1647. Si el pago anual de intereses requería la mediación de Pierre, y él no los enviaba, quizá Descartes necesitara fondos, aunque había rechazado el dinero ofrecido por el conde de Avaux para llevar a cabo experimentos. Quizá no le interesaran esos experimentos, aunque, sin duda, no quería asociarse con el conde.

De vuelta en París en 1647, Descartes se alojó de nuevo con Picot y se dejó arrastrar por una espiral de actos sociales. El padre César d'Estreés, un sacerdote de dieciocho años, organizó una cena de conciliación con Hobbes y Gassendi, quienes habían atacado con suma dureza a Descartes en sus objeciones a las *Meditaciones*. (En una carta del 4 de marzo de 1641, Descartes escribió a Mersenne que pensaba que Hobbes trataba de ganarse una reputación a sus expensas.) Hobbes, Clerselier, Mersenne y Roberval asistieron a la cena, pero Gassendi se quedó en casa, postrado por una enfermedad. Después de la cena, todos visitaron a Gassendi para abrazarlo y desearle la mejoría, y así se reconcilió con Descartes, a pesar de que cada cual pensaba que el otro estaba equivocado.

El 23 de septiembre de 1647, Descartes visitó a Blaise Pascal, que entonces tenía veintiún años y también guardaba cama por enfermedad. Para su protección, Pascal había llamado a su maestro de matemática Roberval (el viejo enemigo de Descartes), quien mostró la calculadora que Pascal había diseñado y construido, una máquina que hoy se exhibe

en el escaparate de un banco parisino como primerísimo antepasado de los ordenadores modernos. Era un auténtico invento, una de las primeras calculadoras destinadas a la aritmética, aunque sus principios los habían desarrollado los artesanos que construían tejedoras.

Descartes llegó con una comitiva integrada por René de Montigny, señor de Beauregard (quien había organizado la reunión) y su joven hijo François; Germaine Habert, autor de una biografía del cardenal Bérulle; Charles Vion de Dalibray, poeta báquico y erótico; y el matemático Le Pailleur.

Descartes habló varias horas con Pascal. Luego, sostendría que fue él quien sugirió el experimento del Puy-de-Dôme, por cuya realización Pascal sería famoso. Se trataba de ver si la columna de mercurio de un tubo cerrado en un extremo, con el extremo abierto colocado en un recipiente de mercurio, ascendía más en la cima de una montaña que al pie de ella. Pascal y Roberval estaban seguros de que el experimento fracasaría, pero Descartes estaba seguro de que tendría éxito. Y lo tuvo, lo cual demuestra que el peso del aire en la atmósfera —que decrece a medida que ascendemos— presiona el mercurio del recipiente para elevar la columna del tubo. Sobre esta base se inventó el barómetro.

Descartes y Pascal disentan en cuanto a si queda o no un vacío en la parte superior del tubo. En el experimento, llenamos el tubo de 1 cm^2 de sección de mercurio, apoyamos el pulgar en el extremo abierto, le damos la vuelta, lo colocamos en un recipiente de mercurio y retiramos el pulgar. El mercurio del tubo desciende a un nivel donde la columna de mercurio del tubo pesa lo mismo que la columna de aire externa en la atmósfera. La presión atmosférica equilibra la columna del tubo de mercurio a 760 mm de altura a nivel del mar, de modo que cuanto más nos elevamos, más bajará la columna, porque la presión del aire será menor. (No intenten este experimento, ya que el mercurio es venenoso y se absorbe a través de la piel.) Pascal sostenía que el espacio que queda en la parte superior del tubo es un vacío. Descartes lo negaba y aseguraba que estaba lleno de materia sutil que se filtraba por los poros del vidrio.

Jacqueline, hermana de Pascal, consignó el encuentro entre ambos pensadores. Durante la conversación, Descartes y Roberval se enzarzaron en una discusión en la que Descartes acusó a Roberval de mala fe. Jacqueline nos legó una exquisita descripción del fin de la controversia:

Descartes, viendo en su reloj que era mediodía, se levantó porque tenía una cita para cenar en Saint-Germain. Monsieur de Roberval también se levantó, tan rápidamente que Monsieur Descartes lo llevó consigo en un suntuoso carruaje, donde ambos estaban totalmente a solas, insultándose mutuamente, aunque con mayor estridencia que aquí. (AT V 72.)

Al día siguiente, Descartes regresó a solas para ver de nuevo a Pascal, pero para nuestra desgracia Jacqueline no estaba presente y no pudo consignar el contenido de la charla. Descartes había regresado, entre otras cosas, para aconsejar a Pascal acerca de su dolencia. Le indicó que se quedara en cama.

En este punto, nos hallamos frente a un asunto muy confuso. Baillet aseguró que Descartes recibió cédulas de patente del rey Luis XIV, con fecha de 6 de septiembre de 1647, «selladas con el gran sello y verificadas por la cámara, que acompañaban la dádiva de una pensión de *tres mil libras* de interés». La cursiva la marcó Baillet. Los amigos de Descartes habían obtenido estos beneficios del cardenal Mazarino y, según la inscripción, se otorgaron por los «grandes méritos» de Descartes, «y por la utilidad de su filosofía, y las investigaciones emprendidas en sus extensos estudios sobre la humanidad, y también para ayudar a cubrir los gastos para sus magníficos experimentos, etcétera» (B II 327). Baillet hizo alusión, en una actuación marginal, al inventario faltante de documentos que Descartes tenía en Suecia. Baillet anotó que la pensión se pagó durante dos años, desde septiembre de 1647 hasta septiembre de 1649. Para esta información, Baillet se basó en una carta a Picot del 13 de noviembre de 1648 y en otras misivas que Descartes escribió al mariscal Charles de la Porte de la Meilleraye, quien era el encargado de pagarla. No contamos con tales cartas.

Pero Baillet añadió que sólo meses después, en marzo de 1648, Descartes recibió un segundo certificado con el sello real calado en un bello pergamino que le ofrecía una pensión del rey, y que incluía muchas alabanzas. El propio Baillet refirió que le costaba creer que el cardenal Mazarino otorgara «dos pensiones con sólo siete meses de diferencia a un filósofo, es decir, a un hombre de tan escasa importancia, tan poco cortesano, tan poco conocido como lo era M. Descartes, y con el mismo pretexto». Y continuó: «Por otra parte, vemos dos cartas con fechas muy diferentes.» Por lo demás, Baillet apostilló que «en aquella época era común dar dos o tres pensiones en diferentes ocasiones a la misma persona y por los mismos motivos» (B II 339).

Baillet agregó que se pagaron tres mil libras en septiembre de 1647, pero que todas las pensiones se suspendieron antes que pudiera abonarse nada para el año siguiente, lo cual contradice su aserto anterior de que la pensión se pagó durante dos años. En una carta a Chanut del 31 de marzo de 1649 (el día en que cumplió cincuenta y tres, su último cumpleaños), Descartes explicó con disgusto que había ido a París en 1648 para «comprar un pergamino, el más costoso e inservible que jamás haya tenido en las manos», que no había recibido nada y que incluso había tenido que reembolsarle a un pariente el coste de habérselo enviado a Holanda.

Adam sospechó que Descartes se fue de París a fines de septiembre de 1647, sin saber nada sobre la pensión, y que sólo tuvo noticia de ella en enero de 1648 (A 459). De modo que, por lo que se deduce, hubo una sola pensión. Esto concuerda con el hecho de que la primera mención que Descartes hizo de una pensión figura en su carta del 31 de enero de 1648 a Isabel, en la que escribe que tendrá que regresar a Francia para obtenerla. Jacques Le Tenneur, un amigo de Pascal que vivía en Tours, mencionó en una carta a Mersenne del 16 de enero de 1648 que la suma era de tres mil libras. En febrero de 1648, Descartes hacía planes para regresar a París. En marzo recibió la cédula oficial que confirmaba la pensión.

Baillet también mencionó un pergamino procedente de Holanda y escrito en holandés, el cual otorgaba a Descartes una pensión de ochocientas libras, pero indicó que desconocía la fecha (B II 460-461). Ni Baillet ni ningún otro autor que yo haya leído añade otra palabra sobre la pensión de Holanda. Dados los esfuerzos que hicieron los holandeses para atraer al filólogo Claude de Saumaise a las Provincias Unidas y retenerlo, no sería sorprendente que otorgaran una pensión a Descartes. Pero Descartes no se refirió a ella y, en mi opinión, lo habría hecho de haberla recibido.

Descartes se benefició, al menos, de una pensión. Quizá Chanut tuvo algo que ver en todo ello, pero en la época en que se negociaba la pensión Chanut ya era el residente francés en Estocolmo, y en su correspondencia con Mazarino jamás se hizo alusión a pensión alguna para Descartes. Adam escribió que Descartes mencionó a De Martigny, de lo cual dedujo que ello se debía al «gran distribuidor de pensiones de esa época [...] Jean de Silhon, secretario del cardenal Mazarino» (p. 463). Silhon había concebido y organizado la Académie Royal des Sciences, fundada por Richelieu en 1634. Descartes conoció a Silhon en París entre 1626 y 1628, y man-

tuvieron correspondencia después de que Descartes se mudase a las Provincias Unidas. Recordemos que en 1626 Silhon publicó un libro sobre Dios y la inmortalidad del alma, *Las dos verdades*, que contiene algunos conceptos que Descartes trató en sus *Meditaciones* de 1641, de manera que las ideas de Silhon bien pudieron haber influido en Descartes. Quizá Silhon considerase a Descartes un colega en filosofía, incluso un discípulo.

En 1637, Descartes publicó en su *Discurso* el argumento de que si pensamos a conciencia que existimos, no podemos dudarlo. Pienso, luego existo. Repitió el argumento en sus *Meditaciones* de 1641. En *Las dos verdades* (1626), Silhon sostenía que «es imposible que un hombre que posea la capacidad, como poseen muchos, de escrutar su interior y formular el juicio de que él existe, pudiera engañarse a sí mismo en este juicio, y no existir» (A 465). A partir del conocimiento de la propia existencia, afirmó Silhon, podía pasarse a la demostración de que Dios existía, lo cual es justo lo que planteó Descartes en las *Meditaciones*. Nunca he comprendido por qué los especialistas han prestado tan poca atención a este detalle. Baste decir que Descartes nunca citó *Las dos verdades*, pero que Silhon tenía en gran estima la obra de Descartes. Y Descartes comentó que estaba de acuerdo con Silhon.

Descartes, pues, sería uno de esos pensionistas en quienes la reina Ana de Austria y el primer ministro Mazarino derrochaban dinero del Estado, aunque el cardenal Mazarino también gastaba grandes sumas de los fondos estatales casando a sus sobrinos con miembros de familias nobles. En 1644 Silhon ofreció a su común amigo Guez de Balzac una pensión de seis mil libras anuales. Nótese que el poeta valía el doble del filósofo. Balzac la rechazó, al igual que Claude de Saumaise, el gran filólogo que Silhon intentó traer de vuelta desde Holanda. Silhon habría aprobado el otorgamiento de una pensión a Descartes y hasta es posible que fuese en inicio idea suya.

En septiembre de 1647, Picot acompañó a Descartes a Egmond y permaneció con él hasta enero de 1648. El 20 de noviembre de 1647, Descartes envió a la reina Cristina de Suecia copias de sus cartas a la princesa Isabel de Bohemia y del manuscrito de lo que había redactado hasta entonces sobre las pasiones. El envío de copias de cartas sin pedir autorización del primer destinatario era común, al igual que hoy sucede con los correos electrónicos. Con sólo pulsar una tecla, uno puede comunicarse con el mundo entero. El 15 de mayo de 1634, hablando sobre unas cartas perdidas que había enviado a Mersenne, Descartes aseveraba: «No escribas nada que no quieras que todo el mundo sepa.»

En una carta del 31 de enero de 1648 a Picot, Descartes explicaba que el resto del invierno sería, quizás, el momento más tranquilo al que podía aspirar por el resto de su vida. El 4 de abril de 1648 escribió de nuevo a Picot, indicando que no se alojaría con él cuando fuera a París y pidiendo que le encontrara un apartamento próximo a la corte. Descartes quería estar cerca para no necesitar un carruaje. Picot le encontró un apartamento que tenía un bonito comedor, una sala para recibir invitados, un estudio y una habitación para su criado.

Ningún especialista que yo conozca ha encarado las implicaciones de esta carta. A nadie le gusta la idea de que Descartes renunciase a su vida tranquila (la vida de un filósofo, decimos ingenua o ingeniosamente, en nuestra inveterada mitificación romántica de la vida intelectual) para iniciarse en la vida cortesana. Pero está claro que Descartes se preparaba entonces, metódicamente, para eso. Recordemos esos consejos que dio a Isabel acerca de su hermano, recomendándole que Carlos Luis debía aceptar lo que le ofrecían las grandes potencias. Y luego proponía a la princesa ser su defensor en Suecia. ¿Quién se creía que era? Mejor dicho, ¿qué se creía que iba a ser, acaso un diplomático?

Si en 1637 Descartes afirmaba en el *Discurso* que prefería «ser un observador y no un actor en las comedias de la vida», diez años después se ponía finos guantes de encaje de cortesano.

Retomemos la trama que se había complicado varias páginas atrás. Descartes llegó a París alrededor del 10 de mayo de 1648. Ocupó su apartamento, se puso su traje de seda verde y, acompañado por su criado, fue caminando hasta la corte, para descubrir que se libraba una verdadera guerra entre el Parlamento y la reina regente, Ana de Austria (Luis XIV tenía sólo diez años). En los cinco años transcurridos desde la muerte de Luis XIII, el 14 de mayo de 1643, la reina Ana había gobernado con el consejo del cardenal Mazarino, su primer ministro (y amante).

La reina Ana y Mazarino habían diezmado las arcas del Estado. A fines de 1643, las recaudaciones proyectadas para 1645 se habían dilapidado en una vida fastuosa y en los regalos entregados a tal o cual noble. Y en las pensiones. En mayo de 1648, la situación era desesperada. Mazarino desempolvó una vieja ordenanza que prohibía construir a cierta distancia de las murallas de París, e impuso un gravamen sobre los miles de edificios que se habían construido en ese espacio. El 17 de febrero de 1648, el gobierno suspendió el pago de intereses (notemos que esto habría incluido la pensión o pensiones de Descartes). El sueldo de

miles de empleados del gobierno (excepto los parlamentarios) se suspendió o se redujo de forma drástica. El 13 de mayo de 1648, el Parlamento se negó a aprobar una nueva serie de impuestos. Uno de los planes de Mazarino para recaudar dinero amenazaba la naturaleza hereditaria de la nobleza adquirida por juristas como el padre de Descartes. Esta maniobra provocó la oposición unánime del cuerpo administrativo del gobierno. Entre tanto, los nobles conspiraban contra la reina Ana y Mazarino, y la burguesía de París almacenaba armas desde principios de año, temiendo una guerra civil.

Descartes bien pudo dar media vuelta y regresar a Holanda. Nadie pagaría una pensión a nadie; además, en esa agitada corte nadie tenía tiempo para la filosofía. No obstante, los amigos de Descartes lo convencieron de quedarse por un tiempo. La situación podía cambiar para mejor. Descartes se quedó, pero desocupó su apartamento cercano a la corte para volver a vivir con Picot.

En 1648, el contacto más próximo de Descartes en la corte era la famosa Madame Chevreuse, aquella mujer arrolladora y seductora que causaba estragos entre los hombres dondequiera que fuese. Era, como sabemos, la madre del traductor de las *Meditaciones* de Descartes, pero hay algo más. Descartes no pudo sino recordar que en 1626, el 14 de mayo, Madame Chevreuse se involucró en una complicada conspiración para asesinar al primer ministro, el cardenal Richelieu. Los conspiradores incluían a Gaston, hermano de Luis XIII, a sus hermanastros bastardos César y Alejandro, al duque de Vendôme y a Henri de Talleyrand-Périgord, conde de Chalais, que tenía entonces veintiocho años y estaba prendado de Madame Chevreuse. Su objetivo era eliminar al cardenal Richelieu para que la regente Ana de Austria (Luis XIV tenía en ese momento sólo cinco años) pudiera hacerse con el poder.

Era una conspiración inútil por demás (como muchas conspiraciones en que participó Gaston) sobre la cual Richelieu sabía todo, pues tenía espías por doquier. El mostrenco conde de Chalais era el encargado de disparar, y falló. Richelieu no sufrió un rasguño. El principal obstáculo para imponer castigos en estas confabulaciones era que muchos conspiradores pertenecían a la alta nobleza y era imposible ejecutarlos. Se expulsó de la corte a varios de ellos, incluida Madame Chevreuse. El conde de Chalais, de rango relativamente bajo, cargó con toda la culpa.

Chalais huyó a Bretaña, donde pronto se lo capturó. El decano del Parlamento donde lo juzgaron era Joachim Descartes, padre de René, el

cual cumplió las instrucciones que, a la sazón, tenía y ordenó la decapitación de Chalais. Luis XIII envió al padre de Descartes una carta de reconocimiento desde el campo de batalla de La Rochelle.

Descartes, a buen seguro, recordaba todo esto. La mujer que había conspirado contra el rey y había seducido al conde de Chalais —lo cual condujo a su condena a muerte en el tribunal del padre de Descartes— era la madre del joven duque de Luynes, que había traducido las *Meditaciones*. Y esta mujer, Madame Chevreuse, encabezaba ahora una conspiración contra Mazarino.

El 20 de agosto de 1648 el príncipe de Condé, primo de Luis XIV, obtuvo un importante triunfo sobre el ejército español en Lens. Luego avanzó hacia París, al parecer en respaldo de Ana de Austria y Mazarino, aunque no entró en la ciudad. El 26 de agosto de 1648, Mazarino arrestó al presidente y a dos de los más populares juristas del Parlamento. El día siguiente, 27 de agosto de 1648, fue el famoso día de las Barricadas, cuando la gente levantó mil doscientas sesenta barricadas en las calles de París. (¿Quién las contó? Historiadores prestigiosos repiten estas cifras, pero ¿de qué fuente las obtuvieron?) El pueblo se había alzado contra la corte y se rumoreaba que el príncipe de Condé se apoderaría tanto de París como del trono.

La guerra civil parecía a punto de estallar. En la mañana del 27 de agosto, Descartes huyó de París.

Mersenne, el viejo amigo de Descartes, estaba en su lecho de muerte, pero Descartes no se detuvo. Mersenne falleció el 1 de septiembre, cuatro días después de la huida de Descartes. Algunos biógrafos han señalado que Descartes actuó de un modo ruin y cobarde al abandonar a su viejo amigo. Ciertamente; no lo defenderé. Pero he acumulado argumentos que nadie ha ofrecido antes para explicar su pánico.

Descartes corría peligro dondequiera que mirase. La corte y Mazarino le habían otorgado la pensión que lo había llevado a París. Años atrás, su padre había condenado al amante de una importante conspiradora que también era la madre del joven que acababa de traducir las *Meditaciones* al francés. Y Descartes se preparaba para ser cortesano. Por otra parte, tenía por lo menos un pariente cercano en el Parlamento de París, su primo Michel Ferrand II. El sobrino de Descartes, François Rogier, quizás estuviera también en París y es posible que fuera jurista del Parlamento en aquella época. En Bretaña, su hermano Pierre y su hermanastro Joachim II estarían del lado del Parlamento, contra la reina y Mazarino. Pero los amigos nobles de Descartes en París —como Silhon

y Chanut— jugaban su suerte del lado de la corte, con la reina y Mazarino. Las cosas se le habían ido de las manos, así que el pájaro huyó del nido.

Este episodio de 1648 se conoce en la historia francesa como la Fronda. Una *fronde* es una honda para arrojar piedras.* En París, pandillas de jóvenes luchaban con hondas en las calles. Se lo consideraba ante todo un juego, pero uno podía perder un ojo e incluso la vida. A fin de cuentas, David mató a Goliat con una honda. La insurrección del Parlamento contra la corte se veía bajo esta luz juguetona. Y el 28 de agosto de 1648, un día después de la huida de Descartes, se liberó al presidente del Parlamento (uno de los dos juristas arrestados escapó y el otro murió en prisión). Se dismantelaron las barricadas y el Parlamento obtuvo un triunfo momentáneo. Con el tiempo, el Gran Condé apoyaría con todo su poder a Mazarino y la reina Ana, quienes salieron victoriosos en 1652.

Tras regresar a Holanda, Descartes enviaría a Chanut dos cartas llenas de indignación:

26 de febrero de 1649: Os ruego me excuséis por no haber respondido las cartas que me enviasteis en París, las cuales no he contestado en más de cinco meses después de mi regreso a Holanda, pero en cuanto a lo que sucedió en Francia, suponía que Monsieur Clerselier os había escrito, como a menudo me escribe a mí con vuestras noticias. Y me pareció apropiado no escribir nada desde mi regreso, para no aparentar que hacía reproches a quienes me llamaron a Francia. Pero debo indicar que actuaron como quien invita a alguien a cenar cuando en la cocina reina el alboroto y la cazuela está volcada, y por eso he regresado sin decir una palabra, para no abochornarlos. Pero este episodio me ha enseñado a no emprender nunca más un viaje sólo a partir de promesas, aunque estén escritas en pergamino. Y aunque nada me apeg a este lugar, salvo que no conozco otro que sea mejor, me veo en gran peligro de pasar el resto de mi vida aquí, pues me temo que las tormentas de Francia no amainarán pronto, y día a día me volveré más perezoso, de tal modo que me resultará difícil decidirme a padecer de nuevo las incomodidades de un viaje.

* En castellano, una fronda es un vendaje de lienzo con forma de honda. (*N. del T.*)

31 de marzo de 1649 [el día en que Descartes cumplió cincuenta y dos años]: Parece que la fortuna siente celos de que yo nunca haya deseado nada de ella y haya tratado de conducir mi vida de tal modo que aquélla nunca me frustrara si tenía ocasión de hacerlo. Lo he probado en los tres viajes a Francia que he efectuado desde que me retiré a estas tierras, pero sobre todo en el último, que el rey ordenó. Para convencerme de realizarlo, me enviaron cartas en pergamino, finamente selladas, que contienen espléndidos elogios que no merezco y la dádiva de una generosa pensión. Más aún, las cartas de quienes me enviaron la misiva del rey me prometían mucho más si yo retornaba a Francia. Mas, ay, cuando llegué allá, me topé con problemas inesperados y, en vez de encontrar lo que me habían prometido, descubrí que tenía que pagar a uno de mis parientes por los sellos de las cartas que me habían enviado y, al parecer, fui a París sólo para comprar un pergamino, el más costoso e inservible que jamás haya tenido en las manos. Esto, sin embargo, me molestó muy poco. Lo habría atribuido a las tribulaciones que encontré en los asuntos públicos, y lo habría olvidado, si hubiera comprobado que mi viaje podía ser de algún provecho para quienes me invitaron. Pero lo que de verdad me indigna es que ninguno de ellos manifestó el menor deseo de conocer nada, salvo mi apariencia, de tal modo que llegué a creer que sólo querían tenerme en Francia como un elefante o una pantera, a causa de mi rareza, no para ser útil en nada.

El pariente a quien Descartes debió reembolsar el envío de la correspondencia puede que fuera su primo segundo Michel Ferrand II, quien había sido decano del Parlamento de París en 1646. Era hijo de Michel Ferrand I, quien según creo crió a Descartes en Châtellereault.

La fuga de Descartes el día de las Barricadas, pues, no fue el acto más valiente en la vida del filósofo soldado, pero es comprensible dada su obvia ingenuidad política. Quizá debió prever (según la escuela romántica de biógrafos) que su intento de sumarse a la corte sueca de la reina Cristina resultaría peor aún. Pero aquí no nos interesa su capacidad de previsión. Lo que debe evaluar todo biógrafo serio del hombre (en contraste con aquello que los hagiógrafos serios del filósofo han ignorado fielmente) es qué significa para el hombre y su vida el hecho de que él mismo saque todas las conclusiones filosóficas correctas (para la interpretación romántica) acerca de su aventura parisina de 1648. Esa gran carta a Chanut donde se describe como un espécimen zoológico, y

la que menciona que lo invitaron a cenar cuando en la cocina reinaba el alboroto, contiene la frase: «Pero este episodio me ha enseñado a no emprender nunca más un viaje sólo a partir de promesas.»

La reina Cristina de Suecia, sin embargo, no le ofreció otra cosa que promesas, y ni siquiera eran de ella, sino de Chanut. Toda historia romántica necesita un villano y Chanut fue en esta ocasión, a mi juicio, el candidato. He aquí la cuestión en pocas palabras: Descartes estaba decidido a ser cortesano; se alejaría de la pintoresca campiña holandesa, renunciaría a la soledad (empezaba a causarle hastío) y escaparía de los teólogos protestantes (que chillaban como marranos).

Descartes cambiaría de vida.

Antes yo tenía una hipótesis acerca de por qué Descartes aceptó la invitación de la reina Cristina a su corte de Estocolmo. Descartes, especulaba yo, era como un profesor varado en una universidad apartada que espera la fabulosa llamada de Harvard. Y un día esa llamada llega. Pero es demasiado tarde. Él ya no es joven, ya no está en la flor de la edad, es un volcán extinguido. El reconocimiento no es sólo una alegría sino un lastre, pero tiene que ir de todos modos, y tratar de destacarse entre hombres jóvenes aunque no le interese.

No era tan malo, pero en comparación con la corte francesa, Estocolmo, a pesar del poder y la riqueza de Suecia y de la capacidad de la reina Cristina para atraer a algunos astros, ocupaba un lugar menor. Descartes se había preparado para ocupar su legítimo lugar en el séquito del cardenal Mazarino y Luis XIV, no en el Círculo Ártico.

Si Descartes titubeó antes de ir a Suecia, fue porque todavía lamentaba el desdichado desenlace de la anterior invitación a la corte francesa. Le apenaba que las cosas no hubieran sido de otro modo, pero le parecía obvio que en París todo había concluido. En realidad no era así. Si Descartes hubiera aguantado unos años más, habría podido regresar, quizás hacia 1655, y si hubiera logrado vivir hasta los cien años, como él consideraba posible, habría sido un haz rutilante en la corte del Rey Sol. Pero era demasiado impaciente, de modo que apretó las mandíbulas y subió a bordo del barco que había de conducirlo a Suecia a principios de septiembre de 1649. Un mes después, a inicios de octubre llegó a Estocolmo, donde habría de comenzar su último acto.



La reina Cristina de Suecia (1626-1689),
obra de Sebastien Bourdon (circa 1648)

Statens Konstmuseum, Estocolmo

CAPÍTULO TRECE

La reina Cristina de Suecia

AQUÍ LOS PENSAMIENTOS DE LOS HOMBRES SE CONGELAN COMO
EL AGUA

Los engranajes crujen y chirrían mientras giran las ruedecillas, el escenario rota y la escena cambia para el último acto, el último año de la vida de Descartes. ¡Un poco de hielo! ¡Mucha nieve! ¡Osos! Y frío, frío, un frío hiriente que cala los huesos y revuelve las entrañas. La Reina de los Escitas, la Reina Blanca, la Reina de las Nieves, la hija del León del Norte.

¡Que resplandezca su luz boreal!

Enfrentaba el vendaval con la cabeza descubierta, indiferente al frío. Podía caminar descalza en la nieve. Su padre, Gustavo Adolfo, había perecido el 16 de noviembre de 1632 al frente de sus tropas, en la batalla de Lutzen. Los suecos no se detuvieron. No, esos condenados suecos no se dejaban arredrar por la mera muerte de un rey. Su primer ministro Axel Oxenstiern asumió el mando y obtuvo el triunfo. Los suecos alteraron el equilibrio. En 1648 la Suecia protestante y la Francia católica, aliadas por razones de Estado, derrotaron a Prusia y el Sacro Imperio Romano, y pusieron fin a la Guerra de los Treinta Años. Fue la guerra más espantosa que jamás se conoció. La Europa septentrional quedó devastada y despoblada, y tardó cincuenta años en recobrase.

Cristina tenía seis años cuando murió su padre. Él la había criado como un varón, y el canciller Oxenstiern continuó con el plan del monarca de criar a la niña para que fuese reina.

¿Por qué Gustavo Adolfo no había engendrado otro hijo, un varón, un príncipe? Por desgracia, la reina no estaba en sus cabales. María Leo-

nor de Brandeburgo era hermana del padre de la princesa Isabel de Bohemia, Federico V. Nunca había brillado por su lucidez, pero ahora estaba un poco loca, y era una charlatana compulsiva que contaba a todo el mundo cuanto sabía. En una ocasión, cuando le pidieron que guardara un secreto, su sobrina, la princesa Isabel, comentó con tristeza: «Ella, que nunca tuvo ninguno.» No se corre el riesgo de tener un hijo destinado al trono con una mujer así, de modo que la expulsaron de la corte. Al menos, su hija Cristina era lúcida y muy inteligente. Mejor quedarse con la princesa, quien, por otra parte, rara vez tuvo ocasión de volver a ver a su madre.

Cristina era una niña brillante, y aquí no hay mitificación romántica. Era aguda por demás. A los once años, escribió en su diario que Oxenstiern había inventado el concepto de Dios con el propósito de intimidarla para que se portara bien. En la adolescencia, andaba a caballo un día entero sin fatigarse, a horcadas como un hombre. Podía acertar un balazo en la cabeza de un conejo a la carrera. Pero, además, se llevaba libros para leer cuando iba de cacería, para los momentos de tedio. Por lo que se ve, era una niña avispada.

Cristina era menuda, baja, con rostro y cuerpo asimétricos. Su voz se tornaba de pronto viril y, al momento, recobraba el timbre femenino. En las pinturas que se conservan de ella, sus ojos no lucen del todo bien; no son estrábicos, pero están demasiado juntos y uno es más grande que el otro. Extraño. A los franceses les escandalizaba que sólo tardara quince minutos en vestirse, siendo una reina. Y que sólo se recogiese el cabello con un pasador. Y que usara calzado plano, como un hombre. Confesó a Descartes que nunca había experimentado el sentimiento del amor y abdicó poco después de la muerte de Descartes, en parte porque aborrecía la idea de casarse y someterse al deber de engendrar herederos.

Thuilletie, el embajador francés, le regalaba perfumes. El residente francés en Estocolmo, Hector-Pierre Chanut, amigo de Descartes, era más perspicaz. A la reina le gustaban los libros y él le mandaba finos ejemplares encuadernados en cuero y grabados con los escudos de Suecia y Francia. Pidió a Gabriel Naudé, bibliotecario del cardenal Mazarino, que enviara a la reina un catálogo de libros. El 25 de enero de 1648 (ella tenía veintiún años), Chanut comunicó a Mazarino: «La reina ha visto el catálogo de los libros impresos en Francia en los últimos cinco años y lo ha examinado con gran deleite. Se ha prometido un grato *divertissement* de varias horas para escoger los que querría comprar» (A 527).

A Cristina le gustaba que le leyeran. Y que le explicaran las cosas. Pidió a su bibliotecario Johannes Freinshemsius y a Chanut que le leyeran las *Meditaciones* y los *Principios* de Descartes y le explicaran su filosofía. En septiembre y octubre de 1648, Chanut realizó un viaje con ella, y le leyó a Tácito, a Virgilio, a Séneca y a Epícteto en voz alta durante los largos trayectos en carruaje. Ella visitaba minas de cobre en Cupreberg y minas de plata en Salzberg, y bajó a los túneles. Con morbosos humor, Chanut declaró que quizá pereciera en su misión como otros en batalla, porque debía mantener la cabeza expuesta al frío cuando estaba con ella.

Pero sin duda el hombre usaba peluca. Descartes siempre usaba una peluca hecha de cabello humano, del color del suyo. Cuando Descartes tenía cuarenta y dos años, pidió que le agregaran mechones grises, como los que aparecían en su propia cabeza. Consideraba que era saludable usar peluca, y no dudo que lo fuera en el caprichoso clima de Holanda, la tierra que según Saumaise tenía cuatro meses de invierno y ocho de frío. En Suecia era a la inversa. Quizá tuvieran habitaciones caldeadas allí, pero casi todos los cuartos de la mayoría de las casas y los edificios públicos carecían de calefacción y eran gélidos. Puede que las pelucas nos parezcan ridículas, y en cierto modo lo son, pero mantienen la cabeza templada, sobre todo en situaciones donde hay que quitarse el sombrero.

La coronación de Cristina tuvo lugar en 1644; tenía dieciocho años. Muy pronto habría de imponer su voluntad a Oxenstiern en las reuniones del consejo. Cuando Suecia resultó victoriosa en la Guerra de los Treinta Años, los suecos lograron recobrar parte del Palatinado para Carlos, hermano de la princesa Isabel de Bohemia. No en la medida en que él quería, según recordaremos, pero al menos la familia volvía a tener un reino.

Además de regodearse en su amor por los libros, los viejos manuscritos y el viejo conocimiento, Cristina invitaba a poetas, gramáticos, retóricos y filósofos a su corte. Amaba aún más el teatro, y en 1646 envió al conde Magnus Gabriel de la Gardie a París, donde él contrató al arquitecto Antonio Brunati para que fuera a Suecia a construir un teatro de ballet que respondiese al último estilo italiano. En enero de 1647, Brunati se puso a trabajar en una sala de ballet de unos dos mil seiscientos cuarenta metros cuadrados, con un considerable equipo técnico que incluía mecanismos para un escenario escalonado con siete niveles de profundidad: montañas, jardines, mares y, quizá, grandes rodillos que gira-

ban imitando el oleaje. Tecnología punta, y nada menos que en Suecia. La reina Cristina estaba fascinada.

Descartes vacilaba al meditar en el silencio de las brumosas mañanas otoñales, mientras el invierno de 1648 se aproximaba a Holanda. Cuando llegó, todos estuvieron de acuerdo al afirmar que era el peor en cuarenta años.

Descartes tenía cincuenta y dos. Ahora podía evocar su adolescencia, cuando había reparado en sí mismo como persona y comenzando a tener sus propios deseos y a fijarse sus propias metas en la vida. Poco tiempo atrás se sentía pletórico. El 9 de julio de 1639 explicó a Mersenne que no había estado enfermo en treinta años (otra mentira piadosa). El 6 de junio de 1639 notificó a Huygens que su dentadura estaba bien, y que se sentía más vigoroso y mejor que nunca. Quizá viviera hasta los cien años o, al menos, otros treinta. Pero el 15 de junio de 1646 estaba tan desalentado en cuanto a la posibilidad de prolongar la vida por medio de la medicina que confesó a Chanut que había encontrado un modo mejor, «no temer la muerte». Es bien cierto que después de los cincuenta, todo hombre modera sus pretensiones.

Tras el ignominioso regreso de su último viaje a Francia, ese intento (visto ahora) ridículo y tonto de desempeñar el papel de cortesano, Descartes no se sentía tan bien. No era una dolencia en particular, afirmaba. Sólo se sentía fatigado y necesitaba tomarse las cosas con calma.

¿Por qué uno de sus amigos parisinos —Picot, por ejemplo— no le había escrito una carta sincera de antemano, informándole que la corte estaba en bancarrota, que no se pagaban los salarios, y mucho menos las pensiones, y que no era el mejor momento para que Descartes entrara en el escenario de la vida cortesana? Ah, sus amigos parisinos. Querían verle. Querían que fuera. Juntos lo pasarían bien. Podría evaluar mejor las circunstancias. Quizá pudieran persuadirlo de quedarse, aunque no le pagaran la pensión. Ya se buscarían soluciones. El noble francés Montmort estaba dispuesto a ofrecerle una casa de campo y una pensión.

Descartes regresó a Egmond, se sentó en una silla, miró por la ventana las dunas de arena que contenían el mar. Había alcanzado esa edad que nos llega a todos, cuando el futuro ya no parece extenderse por tiempo indefinido. Es bien cierto que todos sabemos que vamos a morir. Pero durante muchos años nuestra mente y nuestro cuerpo no lo creen. Nos portamos como si fuéramos a vivir para siempre, como si tuviéramos todo el tiempo del mundo. Hasta que un día se produce un cambio sutil: de pronto miramos hacia atrás y nos llaman la atención

esos largos años en que hacíamos todas esas cosas sin siquiera pensar que estábamos agotando un tiempo que llegaría a su fin. Despilfarrábamos las horas y los días como si... En fin, ustedes ya me entienden. Descartes, a buen seguro, compartía la opinión.

Una vez que se adquiere esta percepción, es imposible recobrar la atemporalidad, ni siquiera en los momentos más idílicos. Esos horizontes que de un modo irreflexivo creíamos vastos e ilimitados se han desvanecido para siempre. La transición acontece en diferentes tiempos para diferentes personas. Yo tengo sesenta y nueve años (ya he superado en más de doce a Descartes) y me parece que entre los cuarenta y cinco y los cincuenta años empecé a calcular cuánto tiempo dedicaba a hacer esto y aquello. Comencé a eliminar proyectos que en el pasado, antes del cambio, había emprendido sin pensar. Llega un momento en que empezamos a temer que no haya tiempo, no sólo para hacer todo lo que deseamos, sino para terminar incluso una última cosa buena, como escribir este libro.

Sabemos exactamente cuándo se produjo la transición para Descartes. Tras regresar de su primer viaje a París en 1644, éste escribió a Pollot, el 18 de mayo de 1645:

Desde mi viaje a Francia, he envejecido veinte años más de los que tenía hace un año, así que ahora ir desde aquí [Egmond] a La Haya representa un viaje más largo de lo que antes era ir hasta Roma. No es que sufra una indisposición específica, gracias a Dios. Pero me siento más débil y tengo más necesidad de cuidar de mi comodidad y mi reposo.

En 1644 iba tirando, pero en 1647, cuando fue a París por segunda vez y se enfrentó con un genio llamado Pascal que apenas salía de la adolescencia, se paró en seco. Roberval lo hostigaba con sus peroratas y su hermano lo engañaba. En 1648, en su tercer viaje, sufrió un auténtico bombardeo. Se puso en ridículo ante sus amigos de la corte y se portó como un cobarde el día de las Barricadas, cuando echó a correr con el rabo entre las piernas. Ya no podía escapar de sí mismo, no había más fantasías. Cuando regresó a Egmond, el envejecimiento de su mente había alcanzado el de su cuerpo. Tenía cincuenta y dos años, y en 1648 tener cincuenta y dos años significaba ser viejo. Algunas personas alcanzan la misma edad longeva que muchas alcanzan hoy. Pero la expectativa de vida media para la generación de Descartes era inferior a los cua-

renta años. Descartes ya había vivido doce años más de la cuenta. Había muchos modos de morir sobre los cuales nada podía hacerse. La fiebre de Francine a los cinco años, neumonía, diarrea... Uno podía levantarse por la mañana sintiéndose bien y morir dolorosamente de peste al mediodía. Un ladrillo podía caer de un edificio y matar a cualquiera mientras caminaba, tal como el apesadumbrado Descartes refirió a Pollot en una carta de 1648.

El matemático Pierre de Carcavi, uno de los bibliotecarios del rey, se había ofrecido para manejar la correspondencia de Descartes en París, pero con la muerte de Mersenne había terminado una época para los eruditos. Nadie más asumió el papel de mantener a todos los practicantes de las artes y las ciencias informados sobre lo que el resto de colegas hacía. Más aún, Carcavi estaba demasiado cerca de Gassendi y Roberval. Descartes pronto se deshizo de él y entregó su correspondencia a Picot.

La vida era apacible en Egmond. El correo llegaba el lunes y Descartes casi podía olvidar cuán viejo estaba mientras se pasaba todo el día escribiendo cartas. Aun así, Descartes cuestionaba y recriminaba. Él mismo sostenía que esto era lo peor que podía hacer un hombre que deseaba conservar la salud física y mental. Pero se preguntaba si no se habría precipitado al irse de París. La corte y el Parlamento pronto habían llegado a un acuerdo. Las barricadas apenas duraron veinticuatro horas. Quizá debía haberse quedado. De haberlo hecho... ¿Quizás entonces...?

Sentado en su estudio, el anciano analizaba su vida.

Las reglas vitales de Descartes nos muestran lo que él consideraba sus defectos más profundos. Había amado la poesía en su juventud. Leía novelas de caballerías y tenía cierta tendencia al romanticismo. Lo sabía, así que toda su vida procuró regirse por la razón, no por las pasiones. No era tonto. Conocía sus flaquezas. No temía lidiar con abstrusidades matemáticas y habría enfrentado a Dios en una competencia, pero conociendo la profundidad de esas aguas, sabía qué sucedía cuando la gente se metía en camisa de once varas en otras cuestiones. A fin de no inmiscuirse con desacierto en las cuestiones comunes de la vida, dictaminó que uno (él mismo) debía saber en qué podía influir y en qué no. En pocas palabras: si no puedes vencer, relájate y disfruta. Ya hemos visto los consejos de Descartes a la princesa Isabel de Bohemia. Eran consejos que él se daba a sí mismo una y otra vez.

Cuando ya se ha tomado una decisión, afirmaba en el *Discurso del método*, había que atenerse a ella con firmeza, como si se tuviera una certeza absoluta. No cabía la vacilación; no debía pensarse más. Lo propio

era actuar, sin mirar atrás. Si se hacía algo que la razón indicaba era lo mejor, entonces se estaba haciendo lo correcto, aunque resultase equivocado. La moral quedaba a salvo y no había ninguna justificación posible para el remordimiento. Tampoco para las recriminaciones. En el *Tratado de las pasiones del alma*, Descartes afirmó que el arrepentimiento por lo que pudo haber sido no sólo era inconducente sino devastador. El remordimiento era, pues, la emoción más destructiva que podía tener un ser humano. Comparto que podemos destruir nuestra vida sufriendo por lo que pudo haber sido, pues esto es aún peor que anhelar lo que no puede ser.

Por tanto, era correcto haber ido a París para cobrar la referida pensión. Visto ahora, resulta quizás ingenuo e ignorante, pero, entonces, no era una estupidez por su parte, lo que ocurrió es que recibió una mala información. Sus presuntos amigos eran los culpables. Ya los conocía bien: «Querían tenerme en Francia —escribió en la carta del 31 de marzo de 1649 a Chanut— como un elefante o una pantera, a causa de mi rareza, no para ser útil en nada.» Lo habían engañado, pero nada podía haber hecho de antemano para averiguar lo que ocurría en realidad en París. De modo que no lamentaba haber ido.

Esa pensión...

¡Basta!

Deja de pensar en ello.

Deja de volver una y otra vez a lo mismo.

Sigue adelante.

¿Por qué no apartas esos pensamientos?

Ojalá pudiera haber seguido su propio consejo. Pero vacilaba, analizaba, recriminaba. Y vivió en, al menos, dieciocho lugares durante sus veintidós años en las Provincias Unidas. El hombre era incapaz de estar-se quieto.

Descartes aseguraba que la mente no podía dominar las pasiones directamente. Pero en el *Tratado de las pasiones del alma* dio instrucciones para lograrlo. Supongamos, por ejemplo, que soy un soldado presa del pánico al entrar en combate. No basta con decirme que soy valiente. Así que extendiendo las manos trémulas y digo: «Manos, quedaos quietas.» Respiro más despacio. Reduzco las palpitaciones de mi corazón. Puedo hacer estas cosas una por vez. Adopto una postura desafiante. Empuño la espada con vigor. Pongo una expresión fiera en el rostro. Pienso en el orgullo que sentiré después. Lanzo un grito de batalla. ¡Más fuerte! ¡De nuevo! ¡Ya! Como un valiente me lanzo a la batalla. Hoy día, los soldados se entrenan a la manera cartesiana.

Hector-Pierre Chanut, diplomático de carrera, sentía simpatía por Descartes. Chanut no era un devoto admirador de su filosofía, como Burman, ni un devoto discípulo como el duque de Luynes, sus jóvenes seguidores. Chanut sólo tenía cinco años menos que Descartes, no había leído su filosofía y no era matemático.

Descartes no era sino el gran filósofo que admiraba Clerselier, el cuñado de Chanut. Clerselier había traducido las *Objeciones y Respuestas* a las *Meditaciones* al francés. Chanut estaba complacido de conocer al filósofo, de que todos supiesen que era su amigo, y, al modo de la gente influyente, tenía en cuenta —ni siquiera debía de pensar en ello, sino que era una reacción automática en un diplomático en ascenso— que un día encontraría un sitio para Descartes en sus propios planes.

A su torpe manera, Descartes también buscaba su provecho. Se conocieron en 1644, cuando Descartes regresó a Francia por primera vez. El filósofo buscaba un puesto. Tal vez aún no había compilado todos los datos que consideraba necesarios para tomar la decisión, pero se planteaba la opción de regresar a Francia. Chanut, como Clerselier, era un hombre de una especie que él conocía bien, pues todos los hombres de su familia estaban al servicio del gobierno. Descartes mismo se había diplomado en Derecho. Habían pasado muchos años, pero él conocía como pocos a esa clase de personas. Debió de pensar que quizá Chanut pudiera ayudarlo algún día.

Descartes no se anduvo con sutilezas e informó a Chanut de que pretendía un puesto, aunque me cuesta discernir si Descartes era obtuso o sarcástico cuando el 21 de febrero de 1648 escribió a Chanut que iría a París el 1 de marzo, pero «no quiero un trabajo agotador que me aparte del ocio de cultivar mi mente, aunque me dé mucho dinero y provecho». A continuación comentó que el puesto de Chanut ofrecía, precisamente, ese ocio. Sin duda Descartes sabía cuánto tiempo pasa de manera habitual un diplomático sin hacer nada, esperando su oportunidad. Y cuánto tiempo dedica a pensar estrategias y tácticas, qué pudo haber sido, qué podría ser. Chismes, intrigas, rivalidades. Esperas. Pero Descartes aún podía soñar con un puesto administrativo simbólico que le dejase tiempo para pensar y escribir.

Estaba, por ejemplo, el puesto de bibliotecario, como el de Naudé con Mazarino. Ha sido —es— una sinecura tradicional para todo pensador. A Leibniz le fue bien como bibliotecario. Pero quizá no fuera el puesto indicado para Descartes: cabía la posibilidad de que hubiera estado tentado de precipitar la sustitución de Aristóteles por el cartesianismo, quemando todos los libros antiguos e inservibles.

A principios de octubre de 1645, en su camino hacia la corte de la reina Cristina en Estocolmo, Chanut y su familia se detuvieron cuatro días en Amsterdam. Descartes fue desde Egmond para pasar varias jornadas con Chanut. No se ha consignado de qué hablaron. Me pregunto adónde fueron a cenar.

Fue en esta ocasión que Porlier, sobrino de Chanut, religioso por demás, quiso verificar si Descartes era devoto. Lo tranquilizó un maestre de armas, quien le indicó que Descartes era muy piadoso. Pero lo interesante de la cuestión es que ese maestre de armas sostuvo que quizá conociera a Descartes mejor que nadie en Holanda, porque había practicado esgrima con él muchas veces en muchos lugares. Para que esto fuera cierto, Descartes tenía que haber frecuentado los salones de esgrima.

La primera carta conocida de Descartes a Chanut tiene fecha de 6 de marzo de 1646; en ella comentó que, aunque era el invierno más crudo desde 1608, sabía que «allí hay más protección contra el frío [estufas de porcelana] que en Francia». Descartes disponía de lo mismo que en Holanda.

El 1 de noviembre de 1646, en respuesta a la propuesta de Chanut de entregar a la reina Cristina de Suecia una copia de la traducción francesa de las *Meditaciones*, y quizá también con la idea de que Chanut influyera en la corte francesa o sueca para que le concediesen una pensión, Descartes escribió:

Nunca he tenido tanta ambición como para desear que gentes tan encumbradas conocieran mi nombre [...] Pero como [...] ya soy conocido por un sinfín de eruditos que interpretan mal mis escritos y buscan maneras de perjudicarme a toda costa, siento gran afán de ser conocido también por gentes del mayor rango, que tengan el poder y la virtud de ser capaces de protegerme.

La referencia inmediata parece aludir a los buenos oficios del cardenal Mazarino, que dispensaba pensiones y protección en nombre de Luis XIV y Ana de Austria. Pero Descartes repitió de inmediato el elogio de la reina Cristina realizado por el ex embajador francés ante Suecia, Thuillierie, quien había regresado a La Haya. Recordemos que Descartes estuvo en Francia de junio a septiembre de 1647. El 6 de junio de 1647, en el trayecto, escribió a Isabel de Bohemia diciendo que aunque cambiaba su lugar de residencia, su devoción por ella no se alteraría. En realidad, planeaba regresar a Francia. Aunque no hay nada sobre ello en su

carta a Chanut del mismo día. Descartes cubría todas las opciones. Buscaba una pensión de la corte en París. Ya le había insinuado a la princesa Isabel que, si su hermano Carlos lo mantenía, iría al Palatinado para vivir en la misma corte que ella o, cuando menos, en las cercanías. Y también pensaba en los beneficios que podía otorgarle la reina Cristina. Aseguraba que disfrutaría de las conversaciones privadas con Chanut sobre filosofía moral, pero (era una insinuación) dudaba que alguna vez fuese a donde estaba Chanut. En esa carta del 1 de noviembre de 1646 a Chanut, Descartes señaló: «Desde la primera hora en que he tenido el honor de conoceros, he sido enteramente vuestro [la expresión francesa significa “vuestro servidor fiel”, e incluso “vuestro esclavo”] y como desde entonces he osado depender de vuestra buena voluntad, os ruego creáis que no podría estar más inclinado hacia vos [la expresión francesa significa “en vuestro bando”], aunque hubiera vivido con vos toda mi vida.»

Chanut comprendió de inmediato. En su carta del 1 de diciembre de 1646, afirmó que Thuillerie tenía razón, que Cristina era un prodigio. Estaba interesada en serias cuestiones intelectuales y quería conocer la opinión de Descartes sobre la interrogante de qué era más dañino, caso de ser mal empleado, el odio o el amor. En un largo discurso del 1 de febrero de 1647 (enviado a Chanut para la reina), Descartes diferenció, al caso, el amor racional del amor sensual (ambos implicaban a su juicio el deseo de unirse con el objeto amado, pero de maneras obviamente diferentes). Descartes llegó a la conclusión de que el amor podía usarse para causar mucho más daño que el odio, puesto que el amor era, por su propia naturaleza, mucho más fuerte que el odio. Y, para demostrarlo, citó algunos versos de un poema («Estrofas para Mademoiselle M...») de Théophile de Viau.

*¡Oh dioses!
¡Qué bella presa obtuvo Paris, ese apuesto doncel!
¡Que el joven amante tenga pues su fama,
aunque haya arrasado Troya
para extinguir su propia flama!*

Mucho se enfatiza que Descartes citó estos versos de memoria al cabo de más de veinte años, pero no entiendo por qué. Quizá los buscó en un libro.

A principios de noviembre de 1647, Descartes recibió una carta de

Chanut que le notificaba que la reina Cristina estaba interesada en oír cuál era la posición del filósofo acerca de la naturaleza del bien soberano. No sólo Descartes envió de inmediato a Chanut una carta dirigida a la reina, con un tratado sobre el asunto, sino que incluyó copias de las seis cartas que había enviado a Isabel de Bohemia sobre el tema de las pasiones. Todos han opinado que esto es insensible (necio) por parte de Descartes, pero nadie ha pensado en la tontería que cometió Chanut al dárselas a la reina. (De hecho, después de la muerte de Descartes, Chanut escribió a Isabel preguntándole si quería recuperar esas cartas. Claro que las quería.) Pero Chanut dio a Cristina la copia del manuscrito del *Tratado de las pasiones del alma*, que Descartes incluyó. Cristina remitió una carta de agradecimiento a Descartes, de su puño y letra, el 12 de diciembre de 1648, casi un año después de recibir la obra. No existe indicio alguno de que la leyera.

Descartes respondió a Cristina el 26 de febrero de 1649, con una misiva que bien pudo haber copiado de un manual de estilo, como ejemplo de obsecuencia en su expresión más extrema:

Si una carta me hubiera llegado desde el cielo [comienza], y la hubiera visto descender de las nubes, no habría estado más sorprendido, ni la habría recibido con mayor respeto y veneración de los que he sentido al recibir aquella que vuestra majestad ha consentido escribirme.

Tras comparar a Cristina con Dios, Descartes peroraba sobre cuán honrado se sentía de que ella hubiera apartado tiempo de sus importantes asuntos para leer sus libros, ella «cuyas mínimas acciones hacen tanto bien en general al mundo entero». Cualquiera que pudiera prestarle algún servicio debía considerarse dichoso:

Y como soy uno de ellos, aquí oso expresar a vuestra majestad que nada podría ordenarme que me resultara tan difícil como para no estar siempre dispuesto a hacer todo lo posible para ejecutarlo, y que aunque hubiera nacido sueco o finlandés, no podría ser más respetuoso ni más devoto [de vos] de lo que soy, etc.»

Inmoral. De acuerdo, diréis que no tengo por qué ser tan sarcástico con la carta de Descartes, pues era así como se escribía a una reina en el siglo XVII. Sin duda. Pero aun los cortesanos de la época se burlaban de

ese lenguaje en sus invectivas y en el teatro. No es tanto lo que dice y cómo lo dice, sino el hecho de que lo diga. Descartes ni siquiera tenía por qué escribir a la reina, a menos que deseara algo. ¿Qué deseaba?

Si Descartes no quería ir a Suecia, más le hubiera valido no haber escrito esa carta. En consecuencia, está claro que deseaba ir a Suecia. La fortuna, esa arpía voluble, lo alumbraba de nuevo con su luz incierta, pues el 27 de febrero de 1649, un día después del envío de esa carta rastrea, Chanut le escribió para transmitirle la ferviente orden de la reina Cristina: Ven a Estocolmo, muchacho, que la reina quiere aprender filosofía contigo.

Descartes no había sido instructor de Luis XIV, pero la princesa Isabel había estudiado sus obras. Ahora, la reina Cristina, por derecho de conquista una de las monarcas más fuertes de Europa, con ejércitos tan poderosos como Francia (y con finanzas igualmente caóticas), lo llamaba a su corte. Y no sólo como espécimen zoológico, sino como profesor particular de filosofía, algo que, desde un planteamiento objetivo, era la gloria para un filósofo. Y una compensación por los ataques sufridos. En una época, además, en que él admitía que su trabajo en medicina no andaba tan bien como habría querido. Descartes debía de estar eufórico. Siempre que esto fuera lo que quería.

Así pues, tras haber demostrado de un modo bastante satisfactorio que Descartes solicitaba el mecenazgo de la princesa Isabel de Bohemia, la corte de Francia y la reina Cristina de Suecia, debo indagar por qué Descartes no estaba tan complacido con la invitación de Estocolmo. A fin de cuentas, la había solicitado.

Tenía cincuenta y dos años, cincuenta y dos años reales que lo agobiaban con el auténtico peso de la vejez. Estaba cansado. Y con buenos motivos. Dos viajes a París en dos años consecutivos, en busca de una pensión que había derivado en menos que nada. Sus perspectivas se habían desmoronado. Su último acto en la escena parisina había sido de cobardía, y lo habían puesto en ridículo.

También estaba un poco magullado en la zona de la autoestima. Se exhortaba a sí mismo a ser resuelto, tenaz, a sacar el mejor partido de sus oportunidades. Ah, si uno supiera el rumbo correcto. Ya había escrito el libreto para su nueva vida de cortesano pensionado en París, con un elegante apartamento donde preveía largas pláticas con doctos y jóvenes simpatizantes, ávidos de traducir sus escritos más recientes, quizá de compilar y publicar sus mejores cartas. No era sino el honor que merecía.

Meras fantasmagorías.

Ni siquiera conocía la disposición de la cancha, y mucho menos las reglas del juego.

Chanut le escribió una segunda carta de invitación el 6 de marzo de 1649. El almirante sueco Hermann Flemming navegaría a Holanda para trasladar la biblioteca de Gerhard Johannes Vossius, vendida a la reina Cristina por su hijo, Isaac Vossius, que había ido como bibliotecario a la corte sueca. Descartes podía viajar a Suecia con el almirante y los libros. Ambas cartas de invitación se han perdido, de modo que se desconoce su contenido exacto.

En otra carta perdida del 27 de marzo de 1649, Chanut (refirió Baillet) explicó que Cristina deseaba que Descartes fuera en abril. Así podría estar allí durante la mejor parte del año, y regresar a Egmond a fines del verano, sin sufrir los rigores del invierno sueco.

El 31 de marzo de 1649, al cumplir cincuenta y tres años (¡otro año que se iba!), Descartes remitió dos cartas a Chanut, una para mostrarla a Cristina, la otra no. En la primera, ardía en ansias de decorar la corte de la reina.

Siento tanta veneración por las elevadas y raras cualidades de esta princesa que el menor de sus deseos es una orden absoluta para mí. Así, ni siquiera he reflexionado sobre este viaje, sino que sólo he resuelto obedecer.

Pero aclaró que dudaba que el verano fuese tiempo suficiente para satisfacer a la reina, por lo que sugería partir para Suecia en el verano y quedarse todo el invierno, a fin de regresar el verano siguiente. En invierno uno siempre puede quedarse en una habitación caldeada por una estufa de porcelana.

Ominoso redoble de tambores entre bastidores.

Recordémoslo: era su propia decisión.

Cristina le ofrecía una temporada, un par de meses (el verano es breve en el norte). Pero Descartes quería un año. Explicó a Chanut que veintiún años de retiro lo habían debilitado (antes era su fuente de vigor), que la primavera y el otoño eran malas épocas para viajar (demasiadas tormentas y lodo en los caminos), que en pleno verano el tiempo era más propicio. También le indicó que debía resolver ciertos asuntos importantes antes de partir. Se trataba de publicar el *Tratado de las pasiones del alma* con una dedicatoria a Cristina, para poder obsequiárselo.

En una segunda carta personal a Chanut del mismo día, Descartes comunicó otro mensaje, a saber: ¡Libérame de esto! La misiva comenzaba así: «He tenido más dificultades para decidirme a realizar este viaje de las que nunca pude haber imaginado.» Sí, sí, él querría prestar servicios a la reina. Y confiaba en Chanut, en todas las maravillas que éste le había contado sobre el intelecto de Cristina y su deseo de aprender la filosofía cartesiana. Si al menos hubiera tenido la certeza de que habría de ser útil... Lo cual significa que no confiaba de veras en lo que Chanut y Thuillier le explicaban acerca de Cristina, pues —antes y ahora— las palabras son tan precarias como el papel donde están escritas. A pesar de su traspíe de París, Descartes no era un ingenuo. Pero ya había incluido su carta de aceptación para Cristina. ¡Estaba hecho! No debería haber vacilado, pero era lo que hacía. Titubeaba ante Chanut:

La experiencia me ha enseñado que ni siquiera las personas más inteligentes y ávidas de aprender [como el propio Chanut] tienen ocio suficiente para internarse en mis pensamientos, así que no abrigó muchas esperanzas de que una reina, con un sinfín de ocupaciones, tenga tiempo para ellos.

Más aún, la diosa Fortuna le daba la espalda. Esos tres viajes a Francia fueron desastrosos, «sobre todo el último». Si tan sólo ese último viaje hubiera servido para algo... He aquí de nuevo ese maravilloso pasaje:

Pero lo que de verdad me indigna es que ninguno de ellos manifestó el menor deseo de conocer nada, salvo mi apariencia, de tal modo que llegué a creer que sólo querían tenerme en Francia como un elefante o una pantera, a causa de mi rareza, no para ser útil en nada.

En esta ocasión continuaré con lo que sigue, el último párrafo de la carta escrita a Chanut el día en que Descartes cumplió cincuenta y tres años, el grito patético de un hombre desesperado:

No creo que sea así donde vos estáis, pero el funesto desenlace de todos los viajes que he emprendido durante estos últimos veinte años me hace temer que en éste seré asaltado por ladrones o perderé la vida en un naufragio. No obstante, esto no me detendrá si consideráis que esta reina incomparable persiste en su deseo de exami-

nar mis opiniones, y que podrá tomarse el tiempo para ello. Entonces seré feliz de poder servirle. Pero si no es así, si tan sólo sentía una curiosidad que ahora se ha disipado, preferiría, sin desairarla, ahorrarme este viaje.

He aquí un hombre que tenía muchas dificultades para relajarse y disfrutar. El tono de zozobra de esta carta demuestra que sabía muy bien que Chanut era un diplomático de carrera, un alcahuete casi que ni siquiera se inmutaría ante sus ruegos de misericordia. Chanut era el residente francés en Suecia y pronto lo ascenderían a embajador. La reina sueca quería a Descartes, y a Chanut poco le importaba si se trataba o no de un capricho. Él podía darle lo que ella deseaba y cumpliría su promesa.

Entre tanto, el almirante Flemming había ido y regresado. Descartes fingió ignorar quién era Flemming, y aunque fuera quien decía que era, no podía creer que lo hubieran enviado tan sólo para buscarlo a él. Es obvio que no era así: Flemming tenía el encargo de llevar consigo a Suecia la biblioteca de Vossius, unos dos mil volúmenes. Cristina quería libros viejos y, en el último momento, había añadido un viejo filósofo a ese cargamento.

A fines de mayo de 1649, Chanut, a su paso por Holanda camino de París, donde iba a recibir el nombramiento de embajador en Suecia, se detuvo para ver a Descartes. Le indicó que no se preocupara, que si tenía preguntas escribiese a Johannes Freinshemsius, bibliotecario y asesor intelectual de la reina, pues él había leído su libro.

Chanut era amigo de Henri Brasset (perenne secretario de diversos embajadores franceses en las Provincias Unidas) y se carteaba con él. Por tanto, cabe la posibilidad de que Chanut supiera que Descartes, después de escribir esa carta a Cristina («vuestro menor capricho es mi orden») y la histérica misiva a Chanut, el mismo día en que cumplió cincuenta y tres años, escribió dos cartas más, una para Isabel de Bohemia y otra para su viejo amigo Henri Brasset. En las cartas a la princesa Isabel y a Brasset, Descartes se ufanaba de la invitación de Cristina y apuntaba, aunque sin concretar cuándo, que pensaba ir.

Descartes contaba a Isabel que demoraba su viaje para aguardar cualquier orden que ella decidiese darle. Esta afirmación ha alimentado toda una industria de eruditos que han argüido que Descartes fue a Suecia como agente de Isabel, para promover la causa de la casa de Brandeburgo. Pero Isabel no tenía órdenes para el filósofo, y el destino de la casa de Brandeburgo quedó sellado el 17 de octubre de 1648, cuando

Carlos, hermano de Isabel, recibió el Bajo Palatinado. Descartes se limitó en esa ocasión a adornar las cosas, como hacía siempre que escribía a la princesa, a la reina y a jesuitas poderosos. Ya había puesto su espada y su escudo al servicio de la reina Cristina, y el mismo día indicó a la princesa Isabel:

Ruego muy humildemente a vuestra alteza el favor de instruirme en todo aquello en que pueda ser servicial, por vos y para vos, y os aseguro que ejerceré sobre mí tanto poder como si toda mi vida hubiera sido vuestro criado.

En mi opinión, Chanut también tenía noticias de la carta que Descartes escribió a Brasset el 23 de abril de 1649, con bonitas figuras retóricas destinadas a ser transcritas:

A nadie le extraña que Ulises abandonara las islas encantadas de Calipso y Circe, donde podía disfrutar de toda la voluptuosidad imaginable, y que también desdeñara el canto de las sirenas para ir a vivir en una tierra pedregosa y árida porque era su patria. Pero confieso que a un hombre que nació en los jardines de Turena y ahora habita una tierra donde, si bien no hay tanta miel como Dios prometió a los israelitas, es creíble que haya más leche, le cuesta decidirse a partir para ir a vivir en una tierra de osos, entre rocas y hielo.

El mismo día, 23 de abril de 1649, Descartes respondió la carta de Chanut del 6 de marzo de 1649, que al fin acababa de recibir. Descartes mentía cuando aseguró que la carta llegó a tiempo para notificarle que el almirante Flemming era quien era y decidir que se pondría en camino a Suecia. Pero no sabía que el hombre era almirante. De cualquier modo, aguardaba una respuesta a su carta del 31 de marzo de 1649, en la que pedía que lo eximieran del viaje.

Cuando, por recomendación de Chanut, Descartes escribió a Freinshemsius en junio de 1649, no le preguntó sobre el estado de ánimo de la reina. En cambio, aseguró que preferiría morir en un viaje a Estocolmo que causar problemas a la soberana por las cosas malas que algunos enemigos de Descartes dirían sobre él en la corte, o porque alguien pudiera criticar la actitud de ella por agasajar a un católico. Descartes, a mi entender, se aferraba a estos últimos pretextos sabiendo que serían desestimados y, de inmediato, preguntaba si debería esperar, y acompañar a

Chanut cuando regresase a Estocolmo, o partir de inmediato. También quería saber si era correcto dedicar el *Tratado de las pasiones del alma* a Cristina. Claro que era correcto.

A mediados de agosto, Descartes estaba casi preparado para partir. No deseaba irse, pero se fue.

Creo que Descartes tomó la decisión de ir a Suecia porque su situación económica era precaria.

El 30 de agosto de 1649, dos o tres días antes de zarpar, Descartes puso sus asuntos en orden con Picot en París y Van Zurk en Holanda. Aseguró que había recibido dos anulaciones de tres contratos por intereses que tenía en Bretaña. Carecían de valor, pero Van Zurk los utilizó para saldar deudas de Descartes. En otra carta a Picot del mismo día, Descartes escribió:

Estando a punto de partir para Estocolmo, y teniendo en cuenta que podría morir en el viaje, escribo esta carta para informaros que, tras haber pedido dinero prestado en varias ocasiones a Monsieur Antoine Studler van Zurk, señor de Bergen, he revisado mis cuentas con él, y descubro que le debo exactamente nueve mil libras holandesas, lo cual suma más de diez mil quinientas libras francesas; no obstante, para complacerme, él se conforma con recibir en pago tanto el capital como el interés de dos contratos que os he enviado, uno de los cuales es por cinco mil libras contra el señor de Trenand, Malescot y asociados, que está por amortizarse, si no lo han amortizado aún; el otro es de cuatro mil libras, pero ha circulado dos años desde que Monsieur de la Chappelle Boüexic, jurista del Parlamento de Bretaña, ha recibido, como vuestro apoderado, las cuatro mil libras más otras ochocientas libras por retraso en los pagos, y ha retenido este dinero sin vuestro consentimiento ni el mío. Él nos cuenta que ha prestado tres mil doscientas libras a uno de sus amigos y mil seiscientas libras a otro, y que ellos pagarán el interés, que asciende a seiscientas libras, en dos años. Con el dinero que pronto deberé recibir por estos dos contratos, que suma diez mil cuatrocientas libras, os pido en nombre de nuestra amistad que hagáis lo posible por saldar mis deudas.

A continuación Descartes hacía mención a otros contratos, y en todos había problemas. Al final, afirmaba que, caso de que no bastasen para saldar sus deudas, Picot debía apelar a sus hermanos para que ellos

lo hiciesen. Como se ve, la situación económica de Descartes era caótica y desesperada, y concuerda con lo que dejó escrito acerca de la sucesión en caso de que muriese: «Que cada quien consiga lo que pueda.» Lo cual sugiere que no había mucho para conseguir. Lo cierto es que Van Zurk subsidiaba a Descartes.

Descartes había visto pasar mucho dinero por sus manos. Samuel Sorbière, que había visitado a Descartes en el castillo de Endegeest en 1642, refirió que el filósofo recibía dos mil libras de interés anual del banco de Amsterdam. A la tasa de interés convencional del cinco por ciento, esto significaría que tenía cuarenta mil libras en el banco. Pero si sus banqueros invertían en el mercado de las Indias Orientales Holandesas, las ganancias podían haber sido muy elevadas, de modo que el capital pudo ser menos. En ese mercado también cabía la posibilidad de perder todo. Descartes vendió propiedades por veinticinco mil libras en 1623, y en 1625 puede que lo hiciese por quince mil libras (lo cual sumaría las cuarenta mil). Y su capital pudo haber crecido (o decrecido) en las partidas de naipes con sus amigos ricos. Sus posesiones aumentaron con las cuatro mil libras en efectivo y las quinientas libras de interés anual que recibió al fallecer su padre. Además, en 1644 se sumó el convenio adicional de (según mis cálculos) hasta veinte mil libras, que quizá no se abonaba en efectivo sino como interés anual.

A su muerte, Descartes tenía doscientos *rischedales* en efectivo, lo cual no era mucho. La mitad se entregó a su criado Schultzer junto con el guardarropa de Descartes, y la otra mitad sirvió para pagar su funeral.

Qué hombrecillo extraño. En una carta dirigida a Chanut el 7 de septiembre de 1649, Brasset bromeaba al relatar que Descartes se había puesto su nuevo traje de seda verde, con collar blanco, guantes revestidos de encaje, peluca rizada y botas de punta curva cuando había subido al buque que, tras un mes de navegación, recalaría en Estocolmo. Sin duda vestía prendas más marineras cuando zarpo. No consta quién fue el capitán del barco, pero Baillet nos legó una encantadora anécdota acerca de cómo Descartes lo asombró con su conocimiento de la navegación. Según Baillet, el capitán habría explicado a la reina, cuando le preguntaron por su pasajero, que Descartes era un semidiós, y que en un mes con el filósofo había aprendido más acerca de navegación que en todos sus años de capitán. Lo cual parece ridículo, pues las ideas de Descartes sobre navegación eran poco acertadas.

Septiembre en el mar del Norte. El plan original de Descartes no había sido navegar durante el templado tiempo estival. Las tormentas de

otoño habían comenzado a mediados de septiembre, aunque, claro, no disponemos de los informes meteorológicos de aquellas fechas. Octubre puede ser hermoso en Estocolmo. Pero, como hemos señalado, en aquellos años se estaba en plena Pequeña Edad de Hielo. Y nuestro héroe se dirigía hacia el norte. Ése era el hombre que el 4 de septiembre de 1646 había escrito a Mersenne que «los viajes son incómodos y los cambios de vida siempre son peligrosos para la salud».

Descartes llegó a Estocolmo la primera semana de octubre de 1649, a principios de un invierno muy frío. Nada más llegar, lo recibió la reina Cristina, y la vio por segunda vez esa primera semana. Luego se le excusó por seis semanas, para aclimatarse, como si fuera a escalar el Everest. Freinshemius se ocupó de que él no necesitara asistir a la ronda diaria de funciones en la corte. En definitiva, no sería un cortesano. No me llames, que yo te llamaré a ti.

En una carta del 9 de octubre de 1649, Descartes aseguraba a la princesa Isabel que, después de ver dos veces a Cristina, en nada había cambiado ni había disminuido su devoción y afán de servirla. Sostenía que la reina de Suecia era aún más deslumbrante de lo que se contaba (como Isabel había predicho con sarcasmo). Pero, por desgracia, Cristina no daba indicios de haber estudiado filosofía, se dedicaba a aprender griego con el apuesto Isaac Vossius, de treinta y dos años, y estaba «juntando muchos libros antiguos». «Quizás esto cambie», añadía en la carta Descartes de mal humor. Pero si los intereses de la reina no variaban, le diría lo que pensaba aunque a ella no le gustase oírlo.

Era, sin duda, uno de los viejos sonsonetes de Descartes. En 1640 había comentado a Anna Maria van Schurman —un prodigio en pintura, poesía, matemática, filosofía e idiomas— que aprender hebreo para leer el Antiguo Testamento era un derroche de talento, porque aun el campesino más ignorante podía alcanzar el cielo por medio de la fe ciega. Lo cual significaba que nadie necesitaba estudiar teología, ni siquiera leer la Biblia. En una carta a Mersenne de agosto de 1638, Descartes sostenía que aun los idiotas y los retardados tenían el cielo a su alcance a través de la fe y de la gracia, aunque se precisaba cerebro para entender la ciencia. Pero Voetius, el enemigo de Descartes, había fascinado a Schurman. Descartes lamentaba que Voetius hubiera arruinado («podrido», escribió en francés, como si hablase de carne podrida) a Madame Schurman al liarla en debates teológicos que, según Descartes, eran un juego obsesivo que excluía a una persona de la conversación con hombres honestos. A su vez, Schurman anotó en su diario privado que agra-

decía a Dios el haberla alejado afectivamente de aquel hombre tan blasfemo.

Visto lo cual, me siento inclinado a aceptar esta anécdota que contó Sorbière en su carta a Petit del 20 de febrero de 1659:

He oído decir que esta princesa [Cristina] no sentía gran estima por las especulaciones de M. Descartes porque él, en su detrimento, reprobaba los estudios de la reina, que en esa época estaba por completo fascinada por la lengua griega que le enseñaba el joven Vossius. Alguien me aseguró que M. Descartes comentó a la reina que le asombraba que su majestad se entretuviera con semejantes bagatelas, que él ya se había hartado de ello cuando estudiaba en la escuela, pero se alegraba de haberlo olvidado todo al llegar a la edad de la razón. (AT V 460.)

Descartes escribió a Isabel de Bohemia que si a la reina no le gustaban sus palabras, «al menos tendré la satisfacción de haber cumplido con mi deber, y quizá me dé la ocasión de regresar a mi soledad, sin la cual es difícil avanzar en la busca de la verdad, lo cual constituye mi bien primordial en esta vida».

Estos comentarios, que circulaban aunque él no los hubiera dirigido a la reina, no contribuyeron a granjearle el afecto del distinguido filólogo que, por invitación de Cristina, se había establecido en la corte mucho antes de la llegada de Descartes.

Alguien que, a buen seguro, no sentía simpatía por Descartes era Isaac Vossius, el profesor de griego de la reina, los libros de cuyo difunto padre habían arribado a Estocolmo en el mismo barco que luego llevó a Descartes. (Isaac se los había vendido a Cristina.) Gerhard Vossius, padre de Isaac, había sido profesor de elocuencia en Amsterdam. Es probable que Descartes lo conociera.

Otro de los profesores de griego de Cristina debía de detestar aún más a Descartes. Me refiero a Nicholas Heinsius, hijo de Daniel Heinsius, un profesor de historia de Leiden. Daniel Heinsius se había enzarzado en una amarga disputa con Guez de Balzac, y Descartes, en una carta a Mersenne de diciembre de 1640, refirió que Heinsius lo consideraba enemigo porque él era amigo de Balzac. Heinsius, que había presentado una tesis contra Descartes en la Universidad de Leiden, era un adversario acérrimo de la nueva filosofía. Lo más divertido es que, una vez que los funcionarios de Leiden desembolsaron la enorme suma de cuatro mil li-

bras para persuadir al gran filólogo Claude de Saumaise de dictar cátedra, Heinsius, bibliotecario de la universidad y antiguo filólogo reinante, se negó a permitir que Saumaise sacara libros de la biblioteca. También es famoso por su campaña contra el cabello largo y las pelucas.

Pero además de estos antecedentes, es probable que el joven Nicholas Heinsius sintiera antipatía por Descartes porque en una carta (abierta) a Mersenne del 29 de enero de 1640, Descartes contó la siguiente historia. Cuando el astrónomo Martin Hortensius estaba en Italia, se hizo confeccionar su horóscopo y le revelaron que moriría en 1639, lo cual se cumplió. También le vaticinaron que los dos jóvenes que lo acompañaban morirían poco después. Descartes continuó: «Estos dos jóvenes sentían tanta aprensión que uno de ellos ya ha fallecido, y el otro, que es el hijo de Heinsius, está tan lánguido y triste que parece estar haciendo todo lo posible para demostrar que el astrólogo no mentía. Valiente ciencia aquella que provoca la muerte de personas que sin ella no se habrían enfermado.» Es obvio que Nicholas Heinsius se recobró, quizá para diversión de Descartes y para bochorno del joven cuando se reunieron de nuevo en Estocolmo.

Diversiones aparte, Descartes estaba dispuesto a partir de nuevo casi en cuanto llegó. El 9 de octubre de 1649 escribió a la princesa Isabel: «Ahora creo que nada logrará retenerme en esta tierra después del verano próximo, pero no puedo hablar en absoluto de lo que el futuro me depara.»

Ese mismo día escribió a Picot una carta (que se ha perdido), en la que según Baillet afirmaba que había visto a la reina sólo para saludarla, y que el conde de Brégy-Flexelles se alojaba en la residencia de Chanut, adonde también se había mudado Descartes. De Brégy era embajador francés en Polonia, y en 1645 había arreglado el matrimonio del rey Ladislao IV de Polonia con Luisa María de Gonzaga de Francia (era el segundo matrimonio de Ladislao). Recordemos que Ladislao había pedido la mano de Isabel en 1636, que ésta lo había rechazado, aunque luego se rumoreó que el ofrecimiento sólo había sido una artimaña en el largo proceso de negociación con los ricos Gonzaga. El conde de Brégy era bien conocido por la madre de Isabel, por Isabel misma, por Brasset y por la corte de La Haya, así como por Chanut y Picot en Francia. Descartes pudo haberlo conocido en Holanda. Así que cuando Descartes preguntó a Picot, el 4 de diciembre de 1649, qué opinaba acerca del tal De Brégy, sólo podía estar tratando de averiguar los chismes que circulaban. ¿Qué estaba haciendo aquel artero sujeto cerca de la reina? Cristina

parecía deslumbrada por De Brégy. ¿Él actuaba en nombre de Francia, de Polonia o en su propio beneficio?

En la perdida carta a Picot, Descartes comentaba que en el segundo encuentro con Cristina, la reina hablaba de conceder a Descartes la ciudadanía sueca, «pero él respondió sólo con cumplidos y fortaleció su resolución de vivir en Francia una vez que se resolvieran los problemas allí, o en el Palatinado sobre el Rin, o regresar a su viejo reducto del norte de Holanda» (B II 388).

Baillet añadió que en esa reunión Descartes recibió órdenes de estar «en la biblioteca de la reina cada mañana a las cinco» (B II 389). Descartes tuvo la galantería de no comentar que esto atentaría contra su costumbre de permanecer en cama hasta altas horas de la mañana. Fuera o no su hábito invariable (y quizá lo fuera), las cinco de la mañana parece excesivo. Pero hay pocos testimonios de que se reuniera con la reina a esa hora en más de media docena de ocasiones. Quizá Cristina pensaba que no hacía al caso reunirse con Descartes hasta que Chanut estuviera allí para quedar impresionado por la reunión.

Lo único que sabemos con certeza acerca de las actividades de Descartes en Estocolmo entre su segunda reunión con la reina, el 7 de octubre, y la llegada de Chanut, el 20 de diciembre de 1649, salvo que escribió algunas cartas, es que consignó la lectura del barómetro de Chanut todas las mañanas para transmitirle la información a Pascal, que estaba comparando los datos de diversas latitudes.

A fines de noviembre Elzévier publicó el *Tratado de las pasiones del alma* en Holanda y Descartes envió instrucciones a Picot (en una carta fechada el 4 de diciembre de 1649 que también se ha extraviado) para que entregase ejemplares al «canciller, al gran maestro, al duque de Luyne, al padre D'Estrées, al abogado general Bignon, a De Montmort, a De Verthamont, etcétera. También encomendó a De Martigny que distribuyera algunos en la corte» (B II 393).

Así pues, Descartes todavía cuidaba sus contactos franceses. De nuevo nos preguntamos —si aún buscaba, con racional prudencia, favores en Francia— por qué no dedicó el *Tratado de las pasiones del alma* al cardenal Mazarino, a Ana de Austria o al rey Luis XIV. Por segunda vez dedicó un libro a una mujer protestante, un libro destinado a causar revuelo entre los eruditos y los poderosos docentes de la Francia católica.

¡Qué período desdichado para Descartes! Era enero, la época más oscura del año. Quizá planeara seguir su sugerencia a Picot del 9 de octubre de 1649 (una semana después de su llegada) y regresar por vía te-

restre en enero, cuando el suelo estuviera congelado. Estaba aislado del mundo.

Lejos de Suecia, la historia familiar de Descartes se repetía. Al igual que su padre, Pierre Descartes había legado su puesto del Parlamento bretón a su hijo Joachim. Retenido por tercera generación, el estatus hereditario de la nobleza familiar de los Descartes quedaba asegurado. También como su padre, Pierre había comprado otro puesto para sí y lo había asumido de forma oficial el 10 de enero de 1650. Y, de igual modo, lo había vendido con notables beneficios. Ésa era la vida de riquezas y honores que René Descartes había eludido. No tenía un hijo varón, aunque en más de una ocasión se refirió a sus libros como hijos.

El 15 de enero de 1650, Descartes escribió a De Brégy que había visto a la reina sólo cuatro o cinco veces desde el 18 de diciembre de 1649, «siempre por la mañana en su biblioteca, en compañía de Monsieur Freinsheimsius». También señalaba que Chanut, ahora embajador, había estado con Cristina en una sola ocasión desde su regreso el 20 de diciembre de 1649. No había noticias que comunicar.

La carta de Descartes a De Brégy también inspiró esta curiosa anécdota que nos legó Baillet:

M. Descartes estaba en Estocolmo, fatigado por el ocio que le imponía la reina, que parecía haberle hecho ir tan sólo para divertirla. La corte estaba ocupada con la celebración de la paz de Münster, y la reina, que quería que él cumpliera su papel, viendo que no podía lograr que él bailara en los ballets, lo comprometió para que al menos compusiera versos franceses para uno de ellos. [Nota al margen: Descartes dedicó estos versos a la paz de Münster, y han sobrevivido algunos fragmentos.] Él se sumió en la tarea de manera tan juguetona como para complacer a la corte, que ya se enorgullecía de imitar los modales franceses. Pero estos versos no le van en zaga a la sabiduría de un filósofo de su categoría. Se los hallará demasiado bellos para ser fruto de tan avanzada edad, producto de una imaginación que pareciera haber sofocado durante cuarenta años su genio poético bajo el peso del álgebra y de ciencias aún más lúgubres. Lo que queda disponible [Nota al margen: a juzgar por fragmentos compilados por Henri Estienne] nos permite deducir que M. Descartes habría sido tan capaz de volcar la filosofía al verso como lo fueron Tales, Jenofonte, Empédocles y Epicuro entre los griegos, y Lucrecio, Varrón y Boecio entre los latinos. Este pequeño éxito, aunque

considerado por M. Descartes como un episodio pueril más destinado a rebajar que elevar su prestigio, contribuyó quizá, y a pesar de todo, a la envidia de los gramáticos y pedantes que adulaban a la reina, y que habrían obtenido gran ventaja de una gloria que para M. Descartes resultaba frívola y desdeñable.

El título de este ballet era *El nacimiento de la Paz*. Era una celebración alegórica de los tratados de Paz de Westfalia, firmados en Münster el 24 de octubre de 1648 para poner fin a la Guerra de los Treinta Años entre Suecia y Francia (la parte vencedora) y Alemania y el Sacro Imperio Romano (los vencidos). Se representó el 9 de diciembre de 1649 (el día anterior, Cristina había cumplido veintitrés años). Los bailarines profesionales usaban máscaras y hacían pantomimas. Cristina desempeñó el papel de Palas Atenea, diosa de la paz. El público leía los versos en folletos durante la representación, pues los danzantes no los recitaban.

Esta anécdota me fascinó cuando supe de ella y, al advertir que la última obra de Descartes publicada durante su vida, no se había editado en lengua inglesa, me decidí a traducir hace unos años los trescientos cuarenta y cuatro versos que lo conforman. He aquí una muestra:

EL NACIMIENTO DE LA PAZ

Terror Pánico, que ejecuta la tercera danza:

*Yo, que ladro poco y muerdo mucho,
yo, que soy hijo de la noche,
frío, pálido y de temblorosas manos,
cuando quiero aterrar a un hombre
o infundir debilidad a mil soldados
para pisotear sus laureles,
tan sólo necesito una quimera,
un sueño, una sombra, un corcel fantasma,
para que en la mente de aquéllos brinquen monstruos,
y tiemblen cual rebaño de ovejas.
Huyen, palidecen, ven espectros,
y arrojándose al filo de la espada
encuentran un sino más funesto
del que intentaban evadir.*

Los Soldados Tullidos, que bailan la séptima danza:

*Quien vea cómo nos han destruido
y aún alabe la belleza de la guerra,
atribuyendo a la Paz menor valía,
muy tullido está de la sesera.*

La psicología de los soldados en combate tiene un neto sabor cartesiano, así que decidí verificar qué pruebas tenía Baillet para atribuir *El nacimiento de la Paz* a Descartes. Helas aquí. En la posdata de esa carta del 8 de diciembre de 1649 a Flessel, conde De Brégy, consejero del rey de Francia y embajador de Francia ante Polonia, Descartes escribió:

Para engordar este paquete de tal modo que no resulte fácil de perder, he añadido los versos de un ballet que se representará aquí mañana por la noche.

Eso es todo. Ni siquiera mencionó el ballet.

Si Descartes llegó a escribir versos en Suecia, es que había olvidado lo que había escrito a Huygens el 17 de febrero de 1645:

El poema con que me habéis halagado mediante vuestro envío es tan excelente, y contiene un silogismo expresado con tanto ingenio a la usanza y manera de la escolástica, que viendo que filosofáis tan bien en verso, casi me encuentro también del humor para hacerlo yo en un intento de responder a vuestra cortesía. Pero recordando que Sócrates escribió versos sólo cuando se aproximaba a la muerte, y temiendo que esto sea mal augurio para mí, y que alguien pudiera decir en flamenco que estoy *veygh* [a punto de morir], me he abstenido.

Baillet sacó la apresurada conclusión de que los versos con que Descartes había engrosado ese paquete eran de su autoría. Pero no comparó su opinión. He aquí por qué.

Se rumoraba que De Brégy, el embajador francés ante Polonia, trataba de persuadir a la reina Cristina de crear un cuerpo de élite de guardias franceses encabezado por él. Podrían usar sombreros elegantes, bufandas de colores llamativos y espadas rutilantes, generando la envidia de la milicia de la corte sueca. Esta conducta provocadora complacía a Cristina. Los suecos se alarmaron también ante el rumor de que De Bré-

gy quería ser el asesor y primer ministro de la reina, como Mazarino lo era en Francia. Nada resultó de ello, quizá porque De Brégy tuvo que irse de Estocolmo antes de lo planeado, pues su padre falleció en París. Pero se demoró hasta que pudo ver la *Diana victoriosa* de Hélié Poirier, un ballet representado en noviembre de 1649. Poco faltó para que el hielo que cubría el puerto le impidiera zarpar.

El conde De Brégy quería ver esta pieza porque era el segundo de cinco ballets escritos en francés (*El nacimiento de la Paz* era el tercero) y representados entre abril de 1649 y enero de 1651, cuyos temas reflejaban las opiniones políticas de Cristina. Estas obras eran, a toda luz, manifiestos políticos de la soberana (lo cual era común en los ballets cortesanos de la época). Los cinco ballets son los siguientes:

1. *Victoria y derrota de las pasiones* (de autor desconocido): se representó en abril de 1649 y hacía alusión a la subordinación de las pasiones amorosas para que la reina pudiera gobernar con mayor honestidad y competencia.
2. *Las conquistas de Diana* o *Diana victoriosa*, del parisino Hélié Poirier: se representó dos veces en noviembre de 1649 y trataba acerca de la decisión de la reina de no casarse. Cabe ver en este ballet una prefiguración de la abdicación de Cristina en 1655.
3. *El nacimiento de la Paz* (se desconoce el autor de la versión francesa, aunque Freinshemsius figura como autor de la versión alemana y Stiernhielm de la sueca): se representó el 9 de diciembre de 1649 (la reina Cristina había cumplido veintitrés años el día anterior) y versaba sobre el triunfo de Palas, diosa de la sabiduría, sobre Marte, dios de la guerra, y la imposición de la paz por parte de la reina. Baillet atribuyó su autoría a Descartes.
4. *La pompa de la felicidad*, de Charles de Beys: se representó en octubre de 1650 y hacía referencia a la sumisión de Marte, dios de la guerra, a Cupido, dios de la vida, y a la dominación de ambos por Felicidad, quien sostenía la paz.
5. *Parnaso triunfante* (versión francesa de Hélié Poirier y sueca de Stiernhielm): se representó en enero de 1651 y trataba de los beneficios de la paz. Celebraba, en suma, la coronación de Cristina en 1650.

Dado el estilo, las rimas, el humor, la naturaleza de los personajes y el desarrollo de los temas, cualquiera de los dos ballets publicados sin

indicación de autor pudo ser obra de cualquiera de los autores profesionales de versos franceses, Hélié Poirier o Charles de Beys, que compusieron tres de las cinco obras.

Las probabilidades de que Cristina encomendara la realización de estos versos a un filósofo extranjero, poco docto en cuestiones políticas y al cual sólo había visto media docena de veces, un hombre mayor a quien había excusado de los deberes cortesanos, son poco menos que ninguna. Le gustaba mofarse de los ancianos distinguidos, pero un ballet cortesano no era una trivialidad, sino algo muy serio.

Tras comparar la obra con *Diana victoriosa*, me he convencido de que *El nacimiento de la Paz* también fue obra de Hélié Poirier. Sabía que Poirier estuvo en Suecia en aquellas fechas, pues en una carta del 9 de diciembre de 1649 a Thuillierie, Brasset destacó que Poirier había perecido en un naufragio cuando regresaba de Estocolmo. Brasset añadió que Poirier era un hombre de quien «yo esperaba se ahogara en vino antes que en el mar Báltico» (Brasset, f. 857v). Pero, para apoyar mis suposiciones, necesitaba encontrar una prueba fehaciente, de modo que tendría que viajar a Estocolmo.

—Me niego —exclamó Pat—. No iré contigo.

Yo quería realizar el viaje en pleno invierno, a fin de averiguar qué sintió Descartes en sus últimos días.

—Al menos Descartes fue por invitación de la reina —apostilló Pat—. Y mira lo que le pasó.

—Podríamos tomar un barco de Amsterdam a Estocolmo en septiembre, por el mar del Norte, igual que Descartes. —Había verificado si eso era posible—. ¿Te gustaría?

—Podría gustarme —respondió Pat—, pero tú te mareas. ¿El mar del Norte en septiembre? Ni lo pienses.

Por desgracia, Pat tenía razón.

—Podríamos ir en avión —repliqué—, llegar allí a principios de octubre, como él, ver cómo se alargan las noches, sentir la melancolía que él debió de sentir.

—Estás loco. Además, ¿acaso Descartes llevó consigo a su esposa?

Una excursión de veintidós días: Tal vez Descartes habría aprovechado la oportunidad. Él tardó casi un mes para llegar a Estocolmo en un velero de quilla curva.

Pat me condujo al aeropuerto de St. Louis. El tiempo era templado, como suele ser a finales de enero en Missouri. En Newark, tomé otro avión de la Scandinavian Airlines que estaba casi vacío. Di con tres

asientos desocupados en la parte trasera, me acosté y me dormí. Desperté la mañana del 16 de enero de 1993 cuando aterrizábamos en Estocolmo. Brillaba el mismo sol y el tiempo era igual de templado que en St. Louis.

Me recibió Susanna Åkerman, una autora sueca que había presentado su tesis sobre el entorno intelectual de la reina Cristina en la Universidad de Washington, donde yo enseñé, y la había publicado como libro. Yo había estado en el tribunal al que leyó su tesis. Ahora estaba en Suecia, pues acababan de darle un puesto en la Universidad de Estocolmo. Su padre nos condujo hasta una casa muy bien situada en los alrededores de la ciudad. Nada más llegar, me calcé las zapatillas de deporte y corrí varios kilómetros por el bosque: el ejercicio intenso es un buen modo de burlar el *jet lag*. Cuando regresé, la madre de Susanna me dio una bebida fresca que se prepara sumergiendo flores de tilo en agua azucarada. Se habían olvidado de preguntar al piloto del avión qué impresión le había causado yo, pero, de todos modos, él y yo no habíamos hablado.

Era el cuarto invierno sin nieve en Estocolmo. Al menos, sólo había seis horas de luz diurna pero ésta se alargó en casi dos horas en las tres semanas que estuve allí. Descartes ya habría superado ese deprimente período en que avanza la oscuridad invernal: el 22 de diciembre, el sol del mediodía apenas despunta sobre el horizonte. Pero el regreso de la luz no es lento. Los días corren hacia el sol de medianoche de mediados del verano. A buen seguro, en fechas similares, Descartes debió de pensar que había rebasado el obstáculo: debía de estar eufórico, podía vislumbrar la llegada de la primavera. El hielo se rompería en el puerto y él podría regresar a Holanda.

Pero en 1650 el tiempo no era templado, sino que hacía mucho frío. El invierno que Descartes pasó en Suecia fue uno de los más crudos jamás registrados en Europa, con temperaturas muy por debajo de cero. Reinaba el viento, el hielo y la nieve. No sólo se congelaron los puertos, sino todo el mar del Norte.

El día siguiente a mi llegada comenzó una racha de frío de tres días, con ráfagas de nieve. Luego la temperatura volvió a subir, pero todos los días se mantenía apenas por encima de cero, y todas las noches apenas por debajo. Un sol brillante con una encantadora luz sesgada. Las condiciones para el patinaje sobre hielo eran perfectas en los lagos de Estocolmo. Padres jóvenes con la cabeza descubierta paseaban a sus bebés en cochecitos mientras compraban frutas y verduras en mercados al aire li-

bre. Cualquiera hubiera asegurado que era verano. Me encontraba en los sesenta grados de latitud Norte, y bien pude haberme quedado en los treinta y ocho de St. Louis, ya que ese invierno la ciudad de Estocolmo no parecía tan nórdica ni tan temible. Claro que había menos luz diurna, pero estaba bien iluminada, como podía ver a través de la ancha ventana de mi habitación del Sindicato de Escritores Suecos, que me proveía de una máquina de escribir eléctrica.

Se llega a Uppsala mediante un corto viaje en tren. La reina Cristina fue allí durante el invierno de 1649-1650, pero no consta que Descartes hubiera ido. Quizá no. En mi caso, fui para trabajar en la Carolina Rediviva, una maravillosa biblioteca de investigación. Dispone de un hermoso ejemplar de *El nacimiento de la Paz* en impecable estado. Transcribí a mi cuaderno correcciones a los errores publicados en la versión revisada de las obras de Descartes editada por Adam y Tannery. Si ellos creían que Descartes era autor del ballet, ¿por qué incluyeron una versión incorrecta tomada de un artículo publicado en 1920, en vez de una copia original? Tampoco para la nueva edición se realizaron otras investigaciones sobre el ballet.

En mis lecturas, me había topado con un artículo de William M. C. Stewart en el que el autor aseguraba que en la Carolina Rediviva *El nacimiento de la Paz* estaba catalogado como perteneciente a Hélié Poirier. Y allí estaba, en el catálogo de una colección adquirida en 1724. A toda luz, Poirier resulta un magnífico candidato. Había sido sacerdote en Chenevières-sur-Marne, Francia, y en 1625 había publicado un libro de poesía religiosa y amorosa, *Los amores de Melissa*. En 1640, cuando tenía cuarenta años, se había pasado de listo con alguna Melissa, había huido a Amsterdam, se había convertido al protestantismo y, en 1649, había escrito versos para Axel Oxenstiern, el canciller sueco. Unos años antes, en 1646, también había dedicado un libro de poemas a la reina Cristina, *Los suspiros saludables* (todos los poemas están en francés). Por último, como he señalado, nos consta que Poirier estaba en Suecia en el momento en que se escribió *El nacimiento de la Paz*, gracias a esa carta de Brasset a Thuillierie.

Yo estaba acostumbrado a trabajar en la Bibliothèque Nationale de París, donde uno debe justificar el pedido de material de archivo y resignarse a que alguien lo supervise con atención mientras trabaja con él. En la Carolina Rediviva, en cambio, tenía que impedir que los bibliotecarios realizaran la investigación por mí. No sólo hallaron ejemplares de los cinco ballets, sino también el catálogo que mostraba a Hélié Poirier

como autor de *El nacimiento de la Paz*. Uno de ellos señaló una marca de agua que identificaba el papel del catálogo como holandés. Al fin me dejaron a solas con las dieciocho cajas de documentos de Johan Nordström, quien había publicado el artículo sobre *El nacimiento de la Paz* en 1920. Existía el rumor de que en esos documentos había una nota de puño y letra de Nordström en la que afirmaba que Poirier era el autor de *El nacimiento de la Paz*. Me tomé un par de días para revisar con sumo cuidado cada una de las cajas. Nordström había copiado algunas cartas de Poirier, pero aunque pensara que éste había sido el autor de *El nacimiento de la Paz*, no había dejado ninguna nota, por lo que pude comprobar.

Susanna conocía a la perfección el Archivo del Castillo de Estocolmo, y me llevó allí cuando regresé a la ciudad. Está construido en las murallas del viejo castillo y, al menos cuando fui, atendía los martes de una a cuatro de la tarde. A las once almorzamos en el restaurante Queen Kristina, contiguo a la casa donde falleció Descartes. No había nada que ver dentro de esa antigua embajada francesa, pues la habían destruido para transformarla en edificio de oficinas. Aun así, uno podía salir a contemplar el agua y pensar en Descartes, quien todos los días se dirigía al exterior a fin de consignar la temperatura, la humedad, la presión barométrica y la dirección del viento para el joven Pascal, que se hallaba en París. Habrían tenido sus diferencias acerca del vacío, pero la ciencia cooperativa ya estaba en marcha.

Fueron puntuales y a la una abrieron la puerta del archivo, de modo que Susanna y yo pronto tuvimos en nuestras manos los documentos de la casa real sueca correspondientes a diciembre de 1649. Las páginas de aquellos grandes tomos encuadernados tenían los bordes tiznados a causa del incendio que afectó el castillo el 7 de mayo de 1697. Hojeamos los recibos día a día y, oh maravilla, encontramos el registro de pago por el ballet representado en diciembre de 1649. Era un recibo largo, en el que cada músico figuraba con nombre, instrumento y monto del pago.

En cuanto al ballet en sí, por lo que vimos, se abonó una gran suma al maestro de ballet, Antoine Beaulieu, pero no constaba en parte alguna el nombre del autor. Era dinero consignado, era cantidad suficiente para pagar a los bailarines y al autor; a pesar de ello, sólo constaba el nombre del maestro de ballet. Necesitamos sus registros y recibos. No se conoce ninguno.

¿Qué hay de los documentos del editor Jean Janssonius, que publicó *El nacimiento de la Paz*? Inexistentes. Era holandés, con su oficina principal en Amsterdam. ¿Documentación holandesa para la casa edi-

torial? Tampoco se conserva. ¿Papeles de Poirier en Suecia u Holanda? No los hay.

En mi vuelo de regreso a Estados Unidos me dormí y soñé que encontraba todos los papeles de los que Baillet se había servido para escribir su voluminosa biografía de Descartes en 1691. Estaban en una vieja casona que había pertenecido a la madre de Legrand, quien los había guardado en un aparador cuando falleció su hijo, a quien Baillet se los había devuelto. Y en una pared falsa de Amsterdam se encontraba el baúl repleto de documentos que Descartes había dejado a Hogeland, quien no los había destruido. Encima había un gran fajo de cartas, la correspondencia entre Descartes y Helena. De paso, encontraba en la editorial Janssonius, que había publicado el ballet, el manuscrito de *El nacimiento de la Paz* en letra de Poirier. Mientras aún dormía, interpreté mi sueño como expresión de deseos.

«Creo que en el invierno —escribió Descartes— aquí los pensamientos de los hombres se congelan como el agua.» Por otra parte, su relación con la reina tampoco debía de ser muy cálida, pues Descartes añadía que «ella me demuestra toda la benevolencia que en razón cabría esperar». No obstante, agregaba:

Pero aquí no estoy en mi elemento, y deseo sólo tranquilidad y reposo, que son bienes que los reyes más poderosos de la Tierra no pueden dar a quienes no pueden obtenerlos por sí mismos.

Concluía proyectando en De Brégy lo que pensaba acerca de sí mismo: «Ruego a Dios que os conceda vuestros deseos.»

Como diría un novelista, nuestro héroe ni siquiera sospechaba que diecisiete días después se resfriaría y que en menos de un mes estaría muerto. O, como ha escrito más de uno de sus biógrafos, tenía premoniciones, expresadas en su resistencia a viajar, en su afán de ordenar sus asuntos antes de partir, en su renuencia a hablar sobre el futuro en la carta a la princesa Isabel y, ahora, en esta amarga crítica a su propio destino: Descartes rogaba que se cumplieran los deseos de De Brégy porque había desesperado de que se cumplieran los suyos.

No creo demasiado en las premoniciones, aunque uno pueda interpretarlas y enlazarlas para, pasado el tiempo, lograr cierto efecto. Sin embargo, resulta interesante yuxtaponer la observación dirigida a De Brégy con la máxima adoptada por Descartes: «Desventurado el hombre que es conocido por todos pero muere sin conocerse a sí mismo.»

Como mínimo desde los veinticuatro años, desde la tibieza de aquella habitación caldeada de Alemania, Descartes buscó de forma consciente la serenidad y el reposo con el propósito de impulsar la mecánica, la medicina y la moral en aras de la humanidad.

Alcanzó esa paz en ocasiones, incluso durante varios meses consecutivos. Pero nunca se asentó. Habían transcurrido veintiún años desde su llegada a las Provincias Unidas, pero en ese tiempo había vivido por lo menos en los dieciocho lugares que conocemos, y había viajado tres veces a Francia y una a Dinamarca. Al parecer llevaba sus papeles consigo dondequiera que iba. Y escribió sus profundas *Meditaciones*. Pero a los cincuenta y tres años, en esa carta a De Brégy, miró en su interior y vio un fracaso y, en cierto modo, un fraude. Se equivocaba, pues nadie estaba más lejos que él de ser ni lo uno ni lo otro. Claro que éste es el juicio de la historia, y él lo desconocía.

Descartes no dudaba del valor de su obra; pero yo no me refiero ahora a su obra sino a su vida: al hombre, a sus máximas, a sus ideales, a su yo interior. Supongamos que de verdad deseaba serenidad y reposo. A menudo las personas quieren lo que dicen que quieren, aunque sus actos y las apariencias indiquen lo contrario. Una parte de Descartes anhelaba esa paz, quería creer que de verdad podía pretender ante sí mismo y los demás que se regía por ese credo interior. Podía haber evitado los enfrentamientos con los predicadores holandeses, el coqueteo con las cortes de Francia y Suecia. En sus últimos días, debió de lamentar no haber sido más listo y cerrar la boca a tiempo, debió de preguntarse si él, que había escrito libros y era conocido por todos, moriría sin llegar a conocerse a sí mismo.

Pero Descartes no murió sin saber quién era. Esa última carta a De Brégy era su confesión, la única que nos ha quedado. Se preguntaba por qué se hallaba en aquel infierno helado, y la respuesta que se dio era muy simple: quería que todos lo conociesen. Al descubrir esto, nuestro héroe se conoció a sí mismo.

El final, como suele ocurrir, llegó de manera brusca. Chanut se resfrió el 18 de enero de 1650. Desarrolló una neumonía, pero Chanut estaba bien atendido, de modo que nueve días después ya estaba en pie y recuperado. Se cuenta que Descartes ayudó a cuidarlo. Es probable. Descartes jugaba al doctor y daba consejos médicos cada vez que tenía ocasión.

El 1 de febrero de 1650, presuntamente a las cinco de la mañana, Descartes entregó a la reina los estatutos para la formación de una Real

Academia Sueca que ella le había encomendado. La estipulación número dos (aportación de Descartes, no especificación de la reina) rezaba con firmeza que sólo podían ser miembros de la misma los ciudadanos suecos nativos.

El 2 de febrero de 1650, Descartes participó en ceremonias de la Candelaria en la residencia de Chanut, donde tomó la comunión (única ocasión documentada) con el padre Viogné. Luego se acostó con escalofríos. Había referido a Burman que cuando un hombre llega a los treinta, debería saber lo suficiente para ser su propio médico. Descartes se recetó unas cucharadas de aguardiente, una dosis potente para alguien que casi nunca bebía más de un sorbo de vino. Luego durmió durante dos días. Al parecer, contrajo fiebre cerebral. Cuesta afirmarlo, pues siempre se ha alegado que no estaba en sus cabales porque se negó a que lo sangraran. No obstante, hacía tiempo que Descartes pensaba que la sangría destinada a reducir la fiebre era perniciosa. Tenía razón. Pero también se negó a comer y beber, y sabía que esto era un error. Descartes creía que era bueno tener algo en el estómago en todo momento, para mantener la máquina en funcionamiento. Si no comía, no pensaba.

El médico personal de la reina, François du Ryer, era francés, un antiguo monje dominico convertido al protestantismo. Descartes pudo haber seguido sus recetas, pero Du Ryer estaba en Alemania examinando una propiedad. Se trataba de un convento —un botín de guerra— cuyos ingresos la reina había transferido a Du Ryer (en perjuicio de las monjas), el tipo de dádiva que el propio Descartes podía esperar de Cristina. El otro médico de la corte era un holandés llamado Wullen, con quien Descartes no quería saber nada porque lo consideraba un enemigo. Aun así, la reina le enviaba a Wullen cada dos días. Chanut, su esposa o Henry Schultet, criado de Descartes, describían el estado del enfermo y Wullen recetaba, pero Descartes se resistía a cualquier medicación. Después de la muerte del filósofo, Chanut escribió que durante varios días Descartes había negado que tuviera fiebre, asegurando que sólo sufría el malestar propio de un resfriado.

Wullen insistía en sangrarlo. Él mismo, en una carta escrita el día de la muerte de Descartes, consignó la patética imploración del filósofo: «Ahorrad esta sangre francesa» (AT V 477). Al comentar esto, Wullen citó a Horacio: «Salvar a alguien a pesar de sí mismo es matarlo.» En cuanto a la aversión que Descartes sentía por él, Wullen observó con filosofía: «Si debe morir, morirá más feliz si no me ve» (AT V 478). En cualquier caso, nada habría cambiado de haber estado Du Ryer allí. Él

también habría recetado una sangría, porque la sangría era para él la panacea universal.

Chanut acababa de recobrase de una neumonía. Si Descartes hubiera hecho lo que se le indicaba, podría haber sobrevivido incluso a la sangría. Al cabo de una semana (según cuentan) recobró el conocimiento y entonces permitió que lo sangraran. François Belin, que estaba presente, observó que la sangre de Descartes parecía aceite.

¡Demasiado tarde! ¡Demasiado tarde!

Wullen consignó que Descartes estaba tan lleno de flema que apenas podía toser. Siempre tratándose a sí mismo, Descartes pidió un remedio de comadres, un poco de vino donde habían sumergido tabaco, para vomitar la flema. Wullen pensaba que eso lo mataría pero, puesto que iba a morir de todos modos, accedió.

El quinto día, el mundo seguía girando. El 7 de febrero de 1650, mientras Descartes agonizaba, su viejo oponente Pierre Gassendi escalaba el monte Faron de Toulon para repetir el experimento que el cuñado de Pascal había realizado el año anterior en Puy-de-Dôme para demostrar la presión del aire. «Oh carne», como Descartes lo llamó en sus réplicas a las objeciones de Gassendi a las *Meditaciones*, vivió cinco años más. (Gassendi se había referido a Descartes, con cierta ironía pero también con afán de elogio, «Oh espíritu». La réplica de Descartes no era amigable.) Gassendi había aceptado la pensión y la finca campestre que le había ofrecido Montmort, de manera que éste, al fin, consiguió su filósofo residente. Otro viejo oponente, Roberval, el más acérrimo de los enemigos de Descartes, obtuvo otra cátedra y vivió hasta 1675.

El día noveno, según Belin, Descartes pidió a su criado Schuler que le preparase una sopa de chirivía, pues temía que se le encogiesen las tripas y quería algo para que su estómago trabajara. Estaba sentado en un sillón cuando de pronto se desplomó y susurró entre jadeos: «Ah, querido Schuler, es el golpe definitivo y debo partir» (B II 422). Schuler lo llevó de vuelta a la cama, pero Descartes no volvió a hablar. No pudieron administrarle la extremaunción, pero —según la clásica descripción de Baillet— el moribundo ladeó la cabeza y elevó los ojos al cielo cuando el sacerdote le habló. ¡Absolución! Toda la familia Chanut estaba arrodillada alrededor del lecho. Así nos presentó Baillet la muerte que convenía a un católico piadoso.

Por las cartas de Descartes, está claro que le disgustaban tanto su padre como su hermano Pierre (y hay pruebas de que el sentimiento era mutuo). Sentía afecto por su sobrina Catherine, la hija de Pierre, quien



Retrato de Descartes,
obra de Jan Lievens (poco después de 1647)
Groningen Museum, Groningen

sólo tenía nueve años cuando él le envió un ejemplar de la traducción francesa de las *Meditaciones* en 1646. Catherine fue la única integrante del clan Descartes que escribió algo sobre el filósofo, aunque, por desgracia, inventó la mayor parte.

Por ejemplo, Catherine escribió, cuarenta años después del hecho, que pocas horas antes de su muerte Descartes dictó una carta a Chanut destinada a su hermano y su hermanastro, donde les pedía que mantuviesen con la pequeña pensión que él pagaba a su vieja nodriza. El pro-

blema es que su criado Henry Schulter consignó que Descartes murió sin pronunciar una palabra. Y Pierre Chanut refirió, en su carta a la princesa Isabel, que Descartes no podía hablar la noche de su muerte (falleció a las cuatro de la mañana, a la hora en que se habría levantado para su cita de las cinco con la reina, si hubiera gozado de buena salud). Chanut se desvivió por contar cuán piadoso fue Descartes el día previo a su muerte, enfatizando que no hacía mucho había cumplido con los deberes de un buen católico, lo cual significa que se confesó y tomó la comunión.

Si Descartes hubiera realizado el noble acto de pedir a sus hermanos que siguieran pagando la pensión de su vieja nodriza, Chanut sin duda se lo habría mencionado a Isabel, y no lo hizo. Y en ninguna de sus cartas Chanut consignó, como Baillet, las últimas palabras de Descartes: «Ah, querido Schulter, es el golpe definitivo y debo partir.» O Clerselier: «Ah, alma mía, has estado cautiva largo tiempo; ahora es el momento en que puedes escapar de tu prisión y abandonar el abrazo del cuerpo; afronta esta desunión con alegría y coraje.» Recordemos que Clerselier fue el encargado de publicar las cartas de Descartes, y las retocó bastante.

La anécdota de Catherine Descartes acerca de la nodriza tiene todos los elementos de una historia familiar inventada, sobre todo porque añade que Descartes pasó las cinco o seis horas previas a su muerte con su confesor, en actos continuos de piedad y religión. No obstante, Samuel Sorbière conocía la historia, pues en una carta fechada el 20 de febrero de 1657 a Pierre Petit, escribió que «el cuidado que tuvo [Descartes] para la provisión de su nodriza es prueba convincente de su bondad». Sorbière añadió que había oído varias anécdotas acerca de la bondad de Descartes cuando estaba en La Haya. Por supuesto, Sorbière también apuntó que creía que los envidiosos gramáticos de la corte de Estocolmo habían envenenado a Descartes, un rumor comparable al de que Lyndon Johnson y Richard Nixon conspiraron para asesinar al presidente Kennedy y su hermano Robert.

Me intriga esa nodriza. Sabemos que Helena amamantó a Francine y que cuando la pequeña murió, Helena siguió su propio camino, trabajando de criada en alguna parte. Tanto se ha escrito acerca de esta improbable historia sobre Descartes en su lecho de muerte, pidiendo a sus hermanos que siguieran pagando la pensión de la vieja nodriza, que me pregunto si Helena tendría algo que ver en el asunto. ¿La anécdota de la nodriza surgiría del hecho de que Descartes quizá quisiera dejar algún legado para Helena? A uno le gustaría pensar que sí.

Schulter, el criado de Descartes, escribió una carta sobre la muerte de Descartes a Schooten, quien envió una copia a Dirck Rembrantz, el zapatero a quien Descartes había enseñado matemática y que llegaría a ser un famoso astrónomo. He aquí su informe:

El 3 de febrero a las cuatro de la mañana, cuando Monsieur Descartes se preparaba para presentarse en la biblioteca de la Reina, como lo hacía todas las mañanas a la misma hora, aun con el mayor frío (los suecos afirmaban que hacía largo tiempo que no era tan crudo, lo cual quizá fue causa de su muerte), tuvo un violento ataque de fiebre, originada, observó él, por la flema. Al mismo tiempo, se enfrió mucho y padecía una terrible jaqueca, y durante el día sólo ingirió tres o cuatro cucharadas de aguardiente, después de lo cual durmió dos días enteros. El viernes pudimos darle un poco de sopa con vino, pero empezó a quejarse de violentos dolores en el costado, así que no podía respirar, y estos dolores se agudizaron, degenerando en una fiebre violenta y pleuresía [neumonía], aunque él no quería creerlo. El lunes la reina envió a su médico, quien recetó algunos buenos remedios y una sangría; pero Monsieur Descartes le indicó que no tenía sangre para perder y que no quería ningún remedio que no viniera de la cocina. Al fin, sin embargo, se dejó sangrar tres veces, pero la sangría sólo dio sangre ya corrompida y por completo amarilla, y no sirvió de nada. Falleció ayer, entre las tres y las cuatro de la mañana. (AT V 577.)

Pero dejemos para Baillet la última palabra y añadamos que comentó de manera lacónica:

Falleció el once de febrero a las cuatro de la mañana; tenía cincuenta y tres años, diez meses y once días. (B II 423.)

CONCLUSIÓN

EL FANTASMA EN LA MÁQUINA LIBRA LA BATALLA FINAL POR EL ALMA HUMANA

El *Discurso del método* se publicó en 1637 y las *Meditaciones metafísicas*, en 1641. Ambos libros siguen reeditándose desde entonces. Hace tres siglos y medio que el método matemático y la metafísica dualista de Descartes rigen el curso tanto de la filosofía como de la ciencia occidentales. En la Introducción, he señalado que la cultura occidental —tanto humanista como tecnológica— es cartesiana hasta la médula. No es sorprendente, pues, que las ideas cartesianas también marquen el rumbo del siglo XXI, preparando el terreno para una gran batalla, cuyo desenlace conducirá a la mayor revolución que sufrirá la humanidad. Será la batalla final por el alma humana.

La revolución más reciente en esta cuestión aconteció en vida de Descartes, cuando Kepler y Galileo desplazaron al hombre del centro del cosmos. Se demostró que la Tierra no era el centro del universo, sino un planeta menor en órbita de una estrella menor en los límites de una galaxia. Más aún, este despoblado linde está en penumbras en comparación con el resplandor de esa compacta aglomeración de estrellas que hay en el centro de la Vía Láctea.

Dios, si existe, sin duda habita ese caliente núcleo central de estrellas, mucho mayor que el nuestro. Afirmar que Dios se preocupa por los habitantes humanos de nuestro insignificante planeta es tanto como sostener que se interesa por unos pequeños gorrones. Pero averiguar que la humanidad no ocupa el centro del universo fue sólo el comienzo de la destitución del hombre. El lugar del ser humano en el cosmos no

hizo sino empeorar a medida que los conocimientos astronómicos se hacían más precisos y descubrimos que aun nuestra galaxia de miles de millones de astros es trivial y fútil por tamaño y ubicación en comparación con miles de millones de otras galaxias que constituyen nuestro universo. Es más, ahora se habla incluso de otros universos posibles.

Entonces ¿qué hay de mí, un mero ser humano, el más minúsculo de los gorriones? ¿Qué hay de mí en ese vasto cosmos? ¿Cuál es mi lugar y propósito en el universo? Bien, aunque la diminuta luz de mi conciencia parezca reducirse a nada en esta vastedad, es posible que Dios se interese por mí a pesar de todo. Si la situación de la humanidad en el universo no es tan elevada como creíamos por fuerza, no nos hemos apartado del mensaje del buen libro, el mensaje de que los pueblos que reverencian el libro —judíos, cristianos y musulmanes— son especiales a los ojos de Dios.

Podría decirse que, en realidad, hemos descubierto la auténtica inmensidad y magnificencia de la creación divina. Aunque confirmáramos la existencia de otras criaturas tan inteligentes como nosotros en un planeta remoto, incluso si vinieran a visitarnos, aún podrían guarecerse bajo el manto de la gracia divina y ser bienvenidos como hermanos. Descartes consideraba muy probable que Dios hubiera poblado otros planetas y esperaba construir un telescopio tan potente que nos permitiera ver si hay criaturas como nosotros en la Luna. Si las hubiera, y si pudiéramos dialogar con ellas tal como lo hacemos entre nosotros —y tal como no podemos hacerlo con los simples animales—, entonces tendríamos la certeza de que son conscientes y poseen alma como tú y yo.

Pero la batalla final por el alma humana no habrá de dilucidar si los extraterrestres nos convierten a sus dioses o nosotros los convertimos a los nuestros. Se trata, en cambio, de averiguar si tenemos alma o no. Descartes preparó el escenario para esta batalla con su dualismo de dos sustancias que son diametralmente diferentes. Según Descartes, cada ser humano consiste en una mente-alma espiritual, pensante, activa, ilimitada, unida a un cuerpo material, irreflexivo, pasivo y limitado. La mayoría de los habitantes del mundo occidental cree que esto es cierto, que estamos dotados de cuerpo y de alma.

Uno de los temas principales del dualismo cartesiano está resumido en un dicho de su época: Si es inmaterial, es inmortal. Como el alma no es ilimitada y no tiene partes, no puede desintegrarse. Cuando nuestro cuerpo muere y se descompone, nuestra alma se libera ya que no puede pudrirse como el cuerpo. Si es inmaterial, es inmortal. Éste es el principio en que se sustenta la noción cartesiana —la noción occidental— de

que el alma está separada por completo del cuerpo, y de que el alma no se ve afectada en modo alguno cuando el cuerpo muere.

Es una doctrina poderosa. Es la principal promesa y atracción del cristianismo. El dualismo cartesiano, con el alma separada del cuerpo, respalda la creencia cristiana en la vida después de la muerte y en la inmortalidad del alma humana. Del ser humano, esto es, tú y yo. Tras la muerte del cuerpo, Dios somete al alma al juicio universal y, a partir de entonces, existe por siempre en el éxtasis del cielo o en los padecimientos del infierno.

Este dualismo cristiano compromete a Descartes con otra perspectiva, la cual prepara la batalla del siglo XXI por el alma humana. Una batalla que, por lo demás, ya ha comenzado.

Descartes era un viviseccionista. Examinemos algunos resultados de su investigación en el cuerpo viviente de los animales, los cuales, en su opinión, carecen de alma, no son conscientes de sí y no sienten dolor. Todos los animales son máquinas insensibles.

Descartes fue el primer fisiólogo que elaboró en detalle la teoría del arco reflejo de estímulo y respuesta. Es un paso esencial para comprender los mecanismos cibernéticos de estado continuo y la evolución. Veamos cómo funciona.

Las máquinas vivientes reaccionan cuando se estimulan sus órganos sensoriales. Estos órganos se activan por contacto directo con cuerpos grandes para el tacto, con partículas pequeñas para el olor y el sabor, y con ondas lumínicas para la vista y sonoras para el oído. Según Descartes, cada impacto en un órgano sensorial produce un tirón de características únicas en las fibras de los nervios, que son huecos. Por ejemplo, las fibras de los nervios oculares sufren un tirón diferente por cada longitud de onda de luz que incide en el ojo.

Las fibras nerviosas se extienden, sostenía Descartes, hasta una cavidad del cerebro. En ese punto final, terminan en válvulas llamadas ventrículos. Cuando una fibra nerviosa conectada con un ventrículo sufre un tirón, la punta del nervio apunta en cierta dirección, el ventrículo se abre hasta cierto punto y brota cierta cantidad de fluido sutil. En esta cavidad del cerebro reside la glándula pineal, con forma de lágrima. La dirección exacta en que apunta el ventrículo, la magnitud de su abertura y la cantidad de fluido que brota son propias y específicas de cada tipo y grado de estímulo que afecta cada órgano sensorial, tira de las fibras para apuntar y abrir los ventrículos, y libera un torrente de fluido que se dirige a la glándula pineal. Esto es el estímulo.

El próximo paso de la máquina animal es la respuesta. Según Descartes, la glándula pineal no está conectada con rigidez. Lo que sucede es que el fluido entrante dirige la glándula pineal hacia otros ventrículos. La glándula pineal puede producir fluido por sí misma. Así impulsada y orientada por el flujo entrante de un conjunto de ventrículos, la glándula pineal apunta y dispara un flujo saliente hacia otro conjunto de ventrículos. Este disparo es tan potente que agita los haces de fibras nerviosas y activa los nervios a los que están ligados. Entonces el cuerpo corre, salta o realiza otros movimientos. Esto es la respuesta.

Así, si una luz brillante nos deslumbra, al instante cerramos los párpados, porque las fibras del ojo abren los ventrículos cerebrales que lanzan fluido hacia la glándula pineal, que efectúa otro disparo que tira de las fibras de los músculos del párpado. Todo es automático.

Hoy sabemos que los nervios no son huecos y que no hay ventrículos cerebrales al final. La glándula pineal no está suspendida en una cavidad del cerebro y no dispara un fluido para activar los músculos.

Pero la teoría, el modelo mecanicista, la descripción de cómo el cuerpo recibe estímulos y responde como una máquina, ¡esto es genio de la mayor magnitud! En esencia, Descartes no erraba. Fue el primero en describir el principio del arco reflejo. Y se anticipó a Pavlov en lo concerniente a los reflejos condicionados. Recordemos el perro apaleado al son de un violín. No importa si Descartes cometió errores en neurofisiología. Al menos para los filósofos, carece de importancia, pues lo que cuenta es el principio. En términos generales, Descartes tenía razón en cuanto al funcionamiento de la máquina animal. La biología, pues, ha sido cartesiana desde entonces.

La teoría cartesiana del estímulo y la respuesta es la misma que se enseña hoy en las facultades de Medicina y en los departamentos de Biología y Psicología. Los detalles son diferentes, pero los principios son los mismos. Por cada estímulo sobre los órganos sensoriales, los nervios transportan esa energía hasta el cerebro, donde se registra como un estado cerebral o una configuración de red neuronal propia de ese estímulo. Este acontecimiento cerebral provoca reacciones nerviosas que causan una respuesta muscular. Un detalle importante de esta teoría es el siguiente. Pensemos, por ejemplo, en la cadena causal que va desde un gong que vibra hasta su impacto interno en el cerebro. Si mirásemos sólo el registro cerebral —una orientación específica de la glándula pineal, la red neuronal o lo que fuere—, en teoría podríamos deducir, a partir de sus características específicas, que ha

sonado un gong: qué nota, con qué intensidad, dónde y muchos otros detalles afines.

Este modelo mecanicista del cuerpo y del cerebro es una explicación de cómo funciona la máquina animal de acuerdo con las leyes físicas. Así puede usarse para predecir y controlar el movimiento de los cuerpos animales. El método cartesiano constituye un inmenso avance sobre la noción aristotélica y escolástica de que todo se comporta tal como lo hace porque está en la naturaleza de cada cosa hacerlo de ese modo. La crítica clásica a estas explicaciones animistas, que apelan a los deseos de una cosa o de la naturaleza, la realizó Molière. En su obra *El enfermo imaginario*, el médico explica que el opio nos duerme porque tiene poder dormitivo. Es decir, el opio nos duerme porque el opio tiene poder para dormirnos. Fin de la explicación. Pero al usar los modelos mecanicistas cartesianos, podemos demostrar que el opio desactiva interruptores cerebrales para poner el cuerpo en ese estado inactivo que llamamos sueño. Desde la perspectiva aristotélica, sólo cabe afirmar que está en la naturaleza del opio hacer que durmamos, pero no sabemos cómo. Con la explicación mecanicista de Descartes, podemos producir otros compuestos dormitivos y diseñar defensas contra las sustancias que producen sueño. Al entender el cuerpo como una máquina, podemos controlarlo sin haber de valernos de la noción de espíritu, alma o naturaleza. La explicación mecanicista sólo recurre al modo de interacción entre las partes de las cosas. En este sentido, es por completo conductista. Hasta aquí llegamos, pues, con la explicación mecanicista del cuerpo y el cerebro materiales. Es hora de hablar de la principal manzana de la discordia en esta batalla por el alma humana: el fantasma en la máquina.*

¡Luz! ¡Cámara! ¡Acción! El modelo clásico de la percepción sensorial humana es como un cinematógrafo, con un hombrecillo dentro de la cabeza que ve en una pantalla lo que sucede en el exterior. Ese hombrecillo es el alma humana, el fantasma en la máquina. Está conectado con la glándula pineal (o, en términos actuales, con todo el cerebro). Pero veamos con atención: la pantalla no está en el cerebro, sino que se halla en el alma o la mente. Está en el hombrecillo mismo y éste tiene la capacidad —libre albedrío— para cancelar las respuestas naturales del cuerpo y obligarlo a hacer lo que él desee. Funciona de esta manera.

* Un concepto desarrollado por el pensador británico Gilbert Ryle en el siglo xx: el «operador» que se encarga de conducir el cuerpo humano en el dualismo cartesiano es un «fantasma en la máquina» (*ghost in the machine*). (N. del T.)

Los movimientos de la glándula pineal o las activaciones de la red neuronal del cerebro causan la proyección en la pantalla de la mente, que no es otra cosa que la representación o imagen de lo que acontece en el mundo externo. Esta representación está en todo modelo sensorial: pasional, cinético, visual, táctil, auditivo, olfativo y gustativo. Y sólo el alma humana del animal humano tiene esta proyección de pasiones, placeres y dolores, orientación corporal, imágenes coloreadas, sentimientos táctiles, sonidos, olores y sabores. Sólo el alma humana es consciente. Allí está, alerta en el cerebro, como el capitán de un barco o el piloto en la cabina de su avión, mirando la pantalla y apoyando manos fantasmales en los controles para impartir órdenes al cuerpo. En rigor, Descartes no afirmó de hecho que el alma estuviese en el cuerpo como un capitán en un barco, sino que estaba en unión con el cuerpo. Pero su descripción del sentido de esta unión evoca el modo en que un conductor percibe los movimientos del automóvil que dirige. Así que Descartes se queda con el fantasma en la máquina, a pesar de todo. Y entonces aparece el revésado problema mente-cuerpo, con el cual han lidiado los filósofos desde que Descartes lo formuló, que surge del hecho de que la mente y la materia son del todo disímiles. Además, el problema tiene dos partes: causación y conciencia.

Primero, causación. Recordemos que la princesa Isabel de Bohemia pilló a Descartes en ese renuncio. Si el alma es ilimitada, como sostenía el buen filósofo cristiano Descartes, ¿cómo puede actuar sobre un cuerpo limitado? He aquí un modo de encarar el problema. ¿Recuerdan ustedes esa vieja pregunta medieval acerca de cuántos ángeles pueden bailar en la cabeza de un alfiler? Tengan en cuenta que la primera respuesta a cualquier pregunta filosófica debe ser: depende. Los ángeles son almas ilimitadas. No están hechos de materia, sino que son espíritus inmateriales. Así que la respuesta a la pregunta de cuántos ángeles pueden bailar en la cabeza de un alfiler es o bien un número infinito, porque no ocupan espacio, o bien ninguno, porque no tienen pies. Cualquiera de ambas respuestas deja claro que un alma ilimitada no puede pisar un cuerpo material, y como los cuerpos materiales sólo se pueden mover por un impacto corporal, las almas inmateriales no son capaces de empujar cuerpos porque no pueden chocar contra ellos. Y los cuerpos no pueden chocar contra las almas. Así como el alma no es capaz de actuar sobre el cuerpo mediante un impacto, porque el alma no puede chocar cosas, al cuerpo tampoco le resulta posible actuar sobre el alma mediante un impacto, porque el alma no puede recibir impacto alguno. En con-

secuencia, ni las almas pueden mover cuerpos, ni los cuerpos pueden hacer que las almas sientan nada. La interacción causal entre la mente y el cuerpo es, por tanto, imposible. Pero supongamos que existe una interacción causal y, como Descartes arguyó, concluyamos que, puesto que es obvio que tenemos cuerpo y alma, y también lo es que éstos interactúan, entonces, está claro que Dios tiene poder suficiente para lograr que esto ocurra. Así pues, ¿cuál es el problema?

Esto me recuerda una explicación que una vez ofreció Ring Lardner. Vemos a Descartes enfrentado con este enigma de la interacción mente-cuerpo. Y podemos describir su respuesta de esta manera: «¡Cierra el pico!, explicó.»

Para exponer la segunda parte del problema mente-cuerpo (conciencia), supongamos que la mente (o alma) y el cuerpo pueden interactuar, porque de hecho interactúan y Dios así lo quiere. Ahora tenemos que perfeccionar el modelo del fantasma en la máquina. Lo que sin duda sucede es lo siguiente. No sólo los movimientos de la glándula pineal (o las activaciones de la red neuronal) actúan para causarle una acción muscular refleja, sino que también actúan sobre la mente-alma para provocarle experiencias sensoriales de vista, tacto, sonido, sabor y olor. Como consecuencia de esta proyección sensorial en el cine de la mente, de manera automática creemos ver cosas en el mundo externo. Pero esto es ingenuo, pues sólo vemos representaciones de las cosas del mundo material. Recordemos que la imagen visual del sol que vemos ahora no es el sol tal como es ahora, sino el sol tal como era hace ocho minutos. Todo lo que experimentamos en el cine de la mente es una proyección de representaciones de cómo eran las cosas en el mundo una fracción de segundo atrás (si las estamos tocando) o millones de años atrás (si estamos mirando las estrellas). Por fortuna, la mayoría de nuestras representaciones son tan cercanas en el tiempo a las cosas externas que ni siquiera apreciamos la diferencia.

Esta teoría de la percepción ha inducido a científicos chiflados a especular acerca del modo de programar este cine interior para que podamos tener las gloriosas sensaciones que queramos. En su novela *Brave New World* (*Un mundo feliz*, 1932), Aldous Huxley predijo que podía hacerse con drogas. El opio y el LSD causan experiencias fabulosas, pero las drogas son difíciles de controlar. En su novela de ciencia ficción *The Big Ball of Wax* («La gran bola de cera», 1954), Shepard Mead sugería una manera mejor: los sensores electrónicos. Hoy contamos con expertos en informática que perfeccionan la realidad virtual y dentro de poco

podremos conectarnos para recibir punzadas electrónicas en cada órgano sensorial del cuerpo, y así tener experiencias en el cine de la mente (yo Tarzán, tú Marilyn Monroe). Tiemblo con sólo pensarlo.

He aquí la imagen. Dios logra que la mente tenga experiencias sensoriales correlacionadas con la interacción causal entre nuestro cuerpo y otros cuerpos del mundo externo. Toda experiencia sensorial acontece en el cine de la mente, donde el alma —el fantasma en la máquina— aprende a interpretar lo que vemos en la pantalla. Y con esta información ordenamos al cuerpo —en general— que busque interacciones corporales que nos causen placer y evite aquellas otras que nos provoquen dolor.

Ésta es una teoría causal de la percepción representacional, según la cual no tenemos experiencia directa de los cuerpos, sólo de las sensaciones que éstos originan. Este representacionalismo da lugar a la muy difícil segunda parte del problema mente-cuerpo. ¿El mundo es en realidad como las imágenes sensoriales que tenemos de él en el cine de la mente? Descartes lo negaba de modo categórico. Por ejemplo, la extensión visual no se corresponde con la extensión real porque la primera no es extensa de verdad. No puede serlo, porque está en la mente, y la mente no tiene límites. Es algo tan complejo que mejor será aceptar la palabra de Descartes. Pero puede tener sentido para un matemático que piensa que las representaciones sensoriales, aunque no sean espaciales en sí mismas, se relacionan entre sí de un modo que es isomórfico al modo en que los puntos se relacionan en el espacio.

No obstante, John Locke e Immanuel Kant afirmaron que nunca podemos saber si el mundo real de los cuerpos es como las imágenes sensoriales exhibidas en el cine de la mente. Para averiguar si estas imágenes muestran el mundo externo tal cual es, deberíamos ser capaces de comparar las imágenes internas con las cosas externas, pero sólo podemos conocer éstas de manera indirecta, es decir, por medio de las imágenes internas. En definitiva, si fuéramos capaces de percibir el mundo externo sin que nada intermediase entre él y nosotros, entonces, no necesitaríamos un sistema a través del cual percibir el mundo externo de manera indirecta, esto es, por medio de imágenes.

Pero dejemos de lado los detalles y continuemos con la lucha. La batalla final por el alma humana enfrenta a los mentalistas religiosos, que arguyen que el alma humana existe con independencia del cuerpo, con los científicos materialistas ateos —neurofisiólogos, psicólogos que trabajan en inteligencia artificial y especialistas en informática que se ocu-

pan en teoría de las redes—, quienes arguyen que la mente o el alma es sólo el cerebro. Es una batalla de dualistas religiosos que abogan por la existencia independiente de un alma humana espiritual contra monistas ateos que sostienen que el alma es sólo el cerebro material. Y lo asombroso es que los materialistas están ganando.

La victoria de los materialistas es paradójica porque la prueba cartesiana de la existencia de una mente-alma independiente parece ser muy consistente. Tanto en el *Discurso* como en las *Meditaciones*, Descartes sostenía que estamos seguros de existir porque uno se experimenta a sí mismo de manera directa, pero no podemos tener la certeza de que el cuerpo existe porque sólo lo conocemos por medio de representaciones mentales. Luego, Descartes presentaba su prueba demoníaca de la independencia de la mente respecto del cuerpo y afirmaba que aunque no hubiera cuerpos en el mundo, Dios o un demonio podrían hacernos tener experiencias sensoriales en el cine de la mente, tal como si existieran.

Toda nuestra experiencia es interior, subjetiva, privada, y nunca podemos saber si el mundo externo es como nuestra experiencia interior, ni siquiera tener la certeza de que hay mundo externo. Pero yo puedo saber a ciencia cierta que existo. Mejor dicho, puedo tener la total convicción de que existo en cuanto cosa pensante. Por lo que a usted respecta, tendrá que decidirlo por su cuenta, como aquel angustiado alumno del profesor Cohen.

La respuesta materialista al argumento mentalista es la siguiente. Convenimos en que nadie puede estar seguro por completo de que nadie está pensando, salvo él mismo. Pero sería bastante necio (más aún, del todo descabellado) actuar como si no existieran otras mentes.

En cuanto al mundo externo, puede demostrarse que con probabilidad sepamos que existe, y describirlo con tal grado de verosimilitud que sería descabellado negarlo. Aprendemos cómo es el mundo externo mediante la formulación de teorías e hipótesis mecanicistas—tal como nos enseñó Descartes— acerca de sus componentes más pequeños, sus átomos y partículas subatómicas. Luego, predecimos cuáles serán los resultados si realizamos ciertos experimentos a partir de estas teorías e hipótesis. Si nuestras predicciones se sostienen, esto ayuda a confirmar nuestra creencia de que existe un mundo material y sabemos cómo es. La prueba consiste en preguntarse si funciona. Sí, funciona. Miremos lo que somos capaces de hacer: puentes, bombas atómicas, dentaduras postizas. Somos, como Descartes predijo que seríamos, dueños y señores de la naturaleza. Podemos controlar el mundo material.

Los mentalistas tienen su objeción. Bobadas, objetan, vuestras teorías e hipótesis son sólo instrumentales. Son útiles para hacer cosas, pero nada más. No describen el mundo tal cual es.

Por supuesto que sí, responden los materialistas. Ése es el ardid que Galileo empleó para evitar que lo condenara la Iglesia. Se avino a la argucia de que su teoría heliocéntrica era sólo un dispositivo de cálculo. Aceptó que la Tierra estaba en el centro del universo, pero que desde una óptica instrumental era más fácil calcular la posición de los planetas si se fingía que el Sol se hallaba en el centro. ¿Y qué pensamos de eso ahora?

En cuanto a la mente o alma, los neurocientíficos de hoy están descubriendo cómo funciona el cerebro material. Con el tiempo, afirman los materialistas, quizá dentro de un siglo, todo lo que sucede en la red neuronal estará cartografiado de tal modo que sólo necesitaremos proyectarlo en una pantalla para leer lo que cualquier cerebro (cerebro, y no alma!) está pensando. En la Facultad de Medicina de la Universidad de Washington, el profesor Raichel ya puede concretar qué partes del cerebro se iluminan bajo el escáner cuando nos dicen tal o cual palabra. Es tosco, pero representa un progreso inmenso. No tengo dudas de que, con el tiempo, los neurocientíficos lograrán mostrarnos qué acontecimientos cerebrales se corresponden con todos nuestros pensamientos. Y, como buenos científicos cartesianos, de paso habrán descubierto cómo controlar todos nuestros pensamientos. Hasta la menor de las investigaciones cerebrales de esta índole se origina en el modelo cartesiano y mecanicista del cuerpo —y, por tanto, del cerebro— en cuanto máquina. Los materialistas llegan a la conclusión de que el alma es sólo el cerebro y de que las sensaciones no son sino acontecimientos cerebrales.

El modelo cartesiano del cerebro suscita un grave problema para los mentalistas como el propio Descartes. Él demostró que la mente-alma (el fantasma en la máquina) sabe lo que sucede en el exterior sólo al observar el espectáculo sensorial en el cine de la mente. Estas proyecciones interiores las originan acontecimientos cerebrales que dejan huellas en el cerebro. Así, cuando la mente-alma quiere recordar algo, revisa las huellas trazadas en el cerebro por acontecimientos pasados. Louis de La Forge, un discípulo de Descartes, destacaba la perturbadora implicación de que al morir el cuerpo y desintegrarse el cerebro, la mente-alma sobreviviente ya no tiene acceso a las huellas de memoria dejadas en el cerebro. Así, tras la muerte, el alma no puede acordarse de su vida terrenal. Un alma incorpórea es incapaz de recordar la persona que era cuando estaba unida a un cuerpo.

Este resultado brinda una justificación para la doctrina cristiana del éxtasis y la resurrección del cuerpo después del juicio universal. Lo importante no es que vuelvan a levantarse los huesos, sino que el cerebro debe ser reconstituido y la mente-alma debe reunirse con él. Pues si hemos de disfrutar del cielo (o sufrir en el infierno), es preciso que nuestra mente-alma tenga la facultad de recordar que somos quienes somos.

Los materialistas comentan que si podemos creer que los cuerpos desintegrados resucitarán y ascenderán al cielo, en verdad somos, como afirmó Kierkegaard, Caballeros de la Fe Infinita. Y si no aceptamos esta doctrina absurda, alegan, sólo demostramos que hemos aceptado que la mente-alma es el cerebro. Sin embargo, los neurocientíficos materialistas aún no han probado de manera cabal que la mente es el cerebro. Una cosa que podría detener sus avances hacia dicha demostración sería un resurgimiento religioso y una revolución contra la ciencia. No creo que fuesen los judíos, pero quizá sí los cristianos o los musulmanes ortodoxos podrían barrer la Tierra y poner fin a nuestras investigaciones sobre el cerebro. Los mentalistas religiosos conseguirían ganar la batalla por el alma humana imponiendo una regla tradicional: si no te conviertes, te degollamos.

Pensémoslo. ¿Y si el siglo XXI es un siglo de guerras religiosas, al igual que lo fue el siglo XVII de Descartes? Quizá ya ha comenzado en Bosnia, Herzegovina y Kosovo, o en Israel, Irlanda, Pakistán o Chechenia. O en la ciudad de Nueva York. Otra batalla por el alma humana. Cristianos versus musulmanes, musulmanes versus judíos, hinduistas versus sijs, Oriente versus Occidente. Pero un momento, las guerras religiosas nunca han detenido el avance de la ciencia. No hay nada como la guerra para estimular la inventiva. El rey Gustavo Adolfo de Suecia inventó el ejército moderno y ganó la Guerra de los Treinta Años contra los católicos en tiempos de Descartes. Al caso, los ayatolás de hoy aprueban las ametralladoras.

Volvamos a los argumentos. Ninguna actividad material del cerebro, sostienen los mentalistas, es como la experiencia sensorial subjetiva que tenemos en el cine de la mente. Es obvio que una sensación de dolor no es un acontecimiento cerebral. Ese ocaso en technicolor que vemos es, a toda luz, diferente de un patrón de neuronas activándose en una red neuronal. Sí, existen correlaciones entre los acontecimientos cerebrales y la experiencia sensorial, pero no demuestran que éstas sean idénticas a aquéllos. Una forma coloreada tal como se ve, un cosquilleo o un pinchazo tal como se sienten, un sonido tal como se oye, un aroma tal como se

huele, un gusto tal como se saborea, cualquier experiencia sensorial, en definitiva, es diferente por completo de los acontecimientos materiales que se producen en el cerebro, por íntima y detalladamente que la experiencia sensorial se correlacione con acontecimientos cerebrales. Esta diferencia cualitativa demuestra que la mente es del todo distinta del cerebro.

Más revelador aún, añaden los mentalistas, la mente es consciente de su propia experiencia sensorial. Sabemos que tenemos una experiencia subjetiva. Una mera máquina animal no es consciente. Ninguna máquina animal se conoce a sí misma. Sólo la mente-alma humana tiene conciencia de sí. Nunca puede haber una explicación mecanicista ni un equivalente material de la conciencia. Si alguna vez hay un ordenador consciente, no será porque la máquina lo sea, sino porque una mente la ha ocupado. En la película *2001, una odisea del espacio* HAL se ha ido al cielo; el ordenador que ocupaba dejó de funcionar.

Por cierto, la experiencia sensorial tal como se percibe no parece ser idéntica a los acontecimientos cerebrales, ni la conciencia, por ejemplo, a ondas cerebrales moduladas en el rango de los cuarenta hertzios. Pero aunque tanto los materialistas como los mentalistas convienen en que quizá se descubran los nexos cerebrales de todas las experiencias sensoriales, los mentalistas todavía arguyen que esto no demostrará que el cerebro es la mente. Así que los materialistas vuelven al problema de la causación mental. Todos los acontecimientos cerebrales nos originan interacciones causales entre cuerpos materiales. No se trata de meros choques, claro que no. Todo radica en interacciones subatómicas y electroquímicas que se atienen a leyes físicas. Cualquier acontecimiento cerebral puede remitirse a causas materiales. No hay modo de que una mente inmaterial dé lugar a movimientos corporales. La mente de los mentalistas es sólo un ángel que baila en vano en la cabeza de un alfiler. Por último, aunque la mente pudiera provocar movimientos corporales, de hacerlo, perturbaría y contrarrestaría la cadena de causas materiales, lo cual sería un milagro. Y lo cierto es que no vemos muchos milagros en los últimos tiempos. Es más, de atenernos en rigor a la ciencia, no vemos ninguno.

Recordemos que los mentalistas no explican cómo las almas mentales o mentes ilimitadas pueden actuar de manera causal sobre los cuerpos materiales. Se limitan a sostener que de todos es sabido que la mente actúa sobre el cuerpo. Pero esto, replican los materialistas, es sólo suponer que hay una mente separada del cerebro, lo cual es justo el problema.

He aquí el fondo de la cuestión: si una mente actúa sobre un cuerpo para lograr que el cuerpo haga lo que la mente desea, entonces, la acción de esa mente tiene que superar las causas materiales que inciden en el cuerpo. Por ejemplo, mi brazo puede estar colgando de manera natural, esto es, de acuerdo con la ley de gravedad, pero cuando mi mente hace que mi brazo se eleve en un saludo, mi mente tiene que superar las fuerzas materiales de la atracción física que, de manera natural, provocan que mi brazo cuelgue. ¿Cómo puede la mente hacer eso?

Los materialistas poseen complejos modelos mecanicistas que muestran cómo el cerebro opera de acuerdo con leyes físicas. En cambio, los mentalistas carecen de modelos que demuestren en qué modo la mente es capaz de actuar sobre el cuerpo. Los materialistas tienen complejas teorías acerca de cómo el cerebro evolucionó a través de las eras geológicas en contacto con el mundo material, de modo que opera mediante estímulo y respuesta. Los mentalistas afirman que Dios creó la mente y le otorgó poder para actuar sobre el cuerpo, pero no saben en qué forma la mente lo hace. Los mentalistas no poseen modelos explicativos ni diagramas de cómo actúa la mente sobre el cuerpo. Sólo aseguran que está en la naturaleza de la mente tener el poder de actuar sobre el cuerpo.

Y eso, afirman los materialistas, es magia. La mente independiente no tiene manera de actuar, salvo la magia. Cada vez que la mente actúa sobre el cuerpo (si lo hace), supera de manera milagrosa las leyes de la física. Siempre que el cuerpo se mueve siguiendo órdenes de la mente, ocurre un milagro. Malebranche, el religioso cartesiano famoso por dar patadas a una perra, incluso aceptaba que esto era verdad. La mente y el cuerpo no interactúan, opinaba. Sólo aparentan hacerlo. Cuando deseamos levantar el brazo, por ejemplo, Dios lo hace de forma milagrosa. La mayoría de los mentalistas modernos no resuelven el problema de la causalidad con esta solución ocasionalista. Pero todavía invocan a Dios para explicar la interacción.

Los materialistas destacan que, al apelar a Dios para que lleve a cabo la voluntad de la mente, los mentalistas admiten que el concepto de una mente independiente que actúa sobre el cuerpo es un sinsentido. Y si la mente no puede hacer nada, ¿quién la necesita?

Por cierto, la experiencia sensorial, el pensamiento y la voluntad existen. Pero toda actividad mental tiene su origen en acontecimientos cerebrales. Es ilusorio creer que los sucesos cerebrales o corporales los causen acontecimientos mentales. Al caso, algunas controvertidas investigaciones tomográficas evidencian que el cerebro se activa en áreas cuyas ac-

ciones causan ciertos movimientos corporales antes que una persona (la mente) «decida» de manera consciente ejecutarlos. Ejemplo de ello sería cuando el cerebro de alguien se activa para lograr que su cuerpo se levante de una silla, justo antes que esa persona decida de manera consciente incorporarse de ella. Y, al estimular ciertas partes del cerebro, en teoría podríamos lograr que una persona no sólo haga algo sino que «decida» hacerlo.

En tal caso, nuestros pensamientos conscientes no son la causa de nuestros actos, sino que son informes casi instantáneos —pero, aun así, posteriores— de las respuestas del cuerpo a los estímulos ambientales. No hay un yo mental consciente separado del cuerpo que toma decisiones y origina las acciones corporales; más bien, las respuestas y acciones del cuerpo causan el surgimiento de pensamientos conscientes.

Pero ¿qué ocurre cuando una decisión nos inquieta y no sabemos qué hacer? Entonces nuestro cuerpo titubea, se paraliza, inicia y detiene rápidamente una acción, y hasta que nuestro cuerpo responda con firmeza al estímulo ambiental, en un sentido u otro, experimentaremos ese estado consciente que conocemos como indecisión. Pero en cuanto el cuerpo actúe, el informe de su acto inundará nuestra autoconciencia cobrando la forma de la decisión de realizarlo. En realidad, sabemos cómo superar la indecisión nerviosa. Sólo hay que tomar una píldora.

Los materialistas, pues, sostienen que es el cuerpo quien está al mando y que sólo somos conscientes de los informes de cómo éste reacciona ante el medio ambiente. ¿Toda nuestra experiencia consciente de tomar decisiones es, entonces, una ilusión?

No. En rigor no lo es. Nuestro cuerpo hace lo que queremos hacer porque somos nuestro cuerpo.

Aunque nuestra sensación consciente de estar al mando sólo consista en informes acerca de una acción corporal, somos nosotros quienes actuamos. Nuestra experiencia, nuestro modo existencial de estar en el mundo, no cambia, no puede cambiar, sólo porque aprendemos que la causación acontece en nuestro cuerpo y no tenemos una mente-alma que imparta órdenes para que el cuerpo actúe.

He aquí el cuadro general.

La batalla final por el alma humana se generó a partir de dos doctrinas centrales de la filosofía de Descartes. La primera de ellas, que nuestro yo real, nuestra persona, es una mente-alma que tiene una existencia independiente del cuerpo, y que esta mente-alma ordena y controla el cuerpo como un fantasma en una máquina.

La segunda doctrina crucial de Descartes es que todos los animales —incluidos los humanos— son máquinas que se comportan de un modo u otro porque responden a estímulos externos del ámbito material, en estricto acuerdo con las leyes de la física y la neurofisiología.

Estas dos doctrinas cartesianas se contradicen mutuamente. Si nuestro cuerpo lo rigen estas leyes naturales, entonces ninguna mente-alma independiente puede actuar sobre él para causar que se comporte de modos contrarios a aquéllas. Si mi cuerpo es una máquina, parece que no soy libre de seguir escribiendo o dejar de escribir. Hago lo que mi cuerpo debe hacer. Pero si soy mi cuerpo, hago lo que quiero hacer.

Parece un acertijo. Spinoza fue uno de los discípulos de Descartes famosos por argumentar que todos nuestros actos son absoluta y totalmente determinados, y que eso nos hace libres. Cuanto más ejercitemos la voluntad para hacer lo que de todos modos debemos hacer, más libres seremos. Desde luego, también está determinado ese ejercicio de la voluntad que nos lleva a hacer (o no) lo que de todos modos debemos hacer (o no). Y así *ad infinitum*. No concuerda con la doctrina del libre albedrío que profesa la mayoría, y parece descabellada. Pero, apuntan los materialistas, es todo lo que tenemos.

En el siglo XXI, así es como se librará la batalla final por el alma humana. Los materialistas perfeccionarán cada vez más sus descubrimientos acerca del funcionamiento del cerebro. Por su parte, los mentalistas nunca podrán demostrar cómo funciona una mente independiente. Un día, dentro de cien o doscientos años, todos comprenderán que los materialistas han vencido y los mentalistas han perdido esta batalla final por el alma humana. Cuando la humanidad reconozca que la mente es el cerebro, que no hay un alma mental que exista con independencia del cuerpo para sobrevivir a la muerte, que los gorriones no somos inmortales, cuando se esfume el fantasma en la máquina y triunfe la máquina animal, habrá una revolución en el pensamiento humano como no la hubo jamás.

AGRADECIMIENTOS

Agradezco a Patty Jo Watson la ayuda que me brindó y el entusiasmo que demostró mientras seguíamos las huellas de Descartes. También doy las gracias a Richard H. Popkin, Jean-Henri Roy, Susanna Åkerman, Theo Verbeek y Jean-Robert Armogathe, quienes facilitaron en sumo grado mi investigación.

Anna Watson, Steven Nadler, Thomas Lennon, Justin Leiber, Charles Newman, Eric Simonoff, Eric Chinski y Carl W. Scarbrough leyeron una u otra versión del manuscrito completo e hicieron muchos comentarios perspicaces por los cuales estoy agradecido por demás.

Entre muchos otros que me prestaron su colaboración destacan: Roger Ariew, Jean-Marie Beyssade, Erik-Jan Bos, Harry Bracken, Hiram Caton, Claude Chabert, Daniel Garber, Eldon Dryer, Sharon Dreyer, William H. Gass, Lars Gustafsson (de Örebro), Kurt Hawlitschek, Patrick Henry, John Iacuzzo, Zbigniew Janowski, Geir Kirkebøen, Paule Kleingeld, Elisabeth Labrousse, José-Raimundo Maia Neto, Kenneth Manders, Jean-Luc Marion, Att McDowell, Philippe Mensier, Fenella Middleton, Georges Moyal, Dugald Murdoch, Matthijs van Ortegem, Geneviève Rodis-Lewis, Susan Rosa, Maya Rybalka, Michel Rybalka, Jerome Schiller, Alexandre Shimmelpenninck, Ivo Schneider, Paul Schuurman, Gregor Sebba, Susan H. Sims, Emma Lewis Thomas, Erik Trinkaus, Steven Voss y Gerhardus Wiersma.

Doy las gracias a los bibliotecarios de la Carolina Rediviva de Uppsala, la Kungl Biblioteket y el Slottsarkivet de Estocolmo, las bibliotecas universitarias de Amsterdam y Leiden, la Herzog August Bibliothek de Wolfenbüttel, la Bibliothèque Nationale de París, y la Washington University Library de St. Louis. También agradezco la hospitalidad del Sindicato de Escritores Suecos.

El ocio que según Descartes necesita todo pensador lo obtuve gracias a becas de investigación de la National Science Foundation, la Universidad de Michigan y la Universidad de Washington, y las becas del American Council of Learned Societies, el Center for Advanced Study in the Behavioral Sciences, la Camarago Foundation y la Bogliasco Foundation.

Del Center for Advanced Study in the Behavioral Sciences, agradezco a tres directores sucesivos: Ralph W. Tyler, Gardner Lindzey y Philip E. Converse; y dos directores adjuntos sucesivos: Preston S. Cutler y Robert A. Scott. Tanto ellos como su amable personal hicieron posible una atmósfera intelectual que cumplió aquellos sueños románticos que yo tenía en mi juventud acerca de la vida de un estudioso. También doy las gracias a Michael Pretina, director, y su asistente Anne-Marie Franco, de la Camarago Foundation, donde redacté el primer borrador de este libro. Del mismo modo, agradezco a James Harrison, presidente; Anna Maria Quaiat, directora; y Alan Rowlan, director adjunto, de la Bogliasco Foundation, donde lo rehice por completo.

En la Universidad de Washington, agradezco al personal del Departamento de Filosofía y a mis colegas en el mismo, los jefes de cátedra Roger Gibson y William Bechtel, los decanos de Artes y Ciencias Martín Israel y Edward Macias, y los rectores William Danforth y Marc Wrighton.

Una versión diferente del prólogo («On the Zeedijk») se publicó en *The Georgia Review* y fue incluida en *The 1990/1991 Pushcart Prize: Best Of the Small Presses*. Agradezco a los directores Stanley W. Lindberg, Stephen Cory y Bill Henderson la autorización para usar de nuevo este material. Una versión diferente de la conclusión («The Ghost in the Machine Fights the Last Battle for the Human Soul») se publicó en *Kriterion*. Agradezco al director José R. Maia-Neto la autorización para usar de nuevo este material.

Finalmente, le doy las gracias al más independiente de los editores, David R. Godine.

BIBLIOGRAFÍA

Citas entre paréntesis en el texto: A = Adam 1910, B = Baillet 1691, C = Cohen 1920, AT = Adam and Tannery *Oeuvres de Descartes*, D&D = Verbeek *Descartes and the Dutch*, Q = Verbeek *Descartes et Martin Schoock, la querelle d'Utrecht*. Las cartas citadas por fecha en el texto están sacadas de AT.

- Adam, Antoine: *Théophile de Viau et la libre pensée française en 1620*, E. Druz, París, 1935.
- Adam, Charles: *Descartes: ses amitiés féminines*, Boivin, París, 1937.
- «Descartes: ses correspondants anglais», *Revue de littérature comparée*, 17 (1937), 437-460.
- «Quelques questions à propos de Descartes», *Revue bimensuelle des cours et conférences Series II*, 38 (15-7-1937), 577-589; 39 (15-12-1937), 3-8.
- Adam, Charles, y Paul Tannery (eds.): «Descartes: sa vie et ses oeuvres, étude historique», *Oeuvres de Descartes*, 12, Léopold Cerf, París, 1910.
- Åkerman, Susanna: *Queen Christina of Sweden and Her Circle*, Brill, Leiden, 1991.
- *Rose Cross Over the Baltic: The Spread of Rosicrucianism in Northern Europe*, Brill, Leiden, 1998.
- Alexander, Tangren: *Kristina, So Far*, 1991 (inédito).
- Anderson, Daniel E.: «Descartes and Atheism», *Tulane Studies in Philosophy*, 29 (1980), 11-24.
- Ariès, Philippe: *L'Enfant et la vie familiale sous l'ancien régime*, Plon, París, 1960. [Versión en castellano: *El niño y la vida familiar en el antiguo régimen*, Taurus, Madrid, 1988.]
- *Centuries of Childhood: A Social History of Family Life*, Alfred A. Knopf, Nueva York, 1962.

- Ariew, Roger: *Descartes and the Last Scholastics*, Cornell University Press, Ithaca, 1999.
- Ariew, Roger, y Marjorie Grene (eds.): *Descartes and His Contemporaries: Meditations, Objections, and Replies*, University of Chicago Press, Chicago, 1995.
- Armogathe, Jean-Robert: «Descartes, philosophe des lumières, ou l'effet Baillet», *Enlightenment Essays In Memory of Robert Shackleton*, Voltaire Foundation at the Taylor Institution, Oxford, 1988, 1-28.
- «L'Approbation des *Meditationes* par la Faculté de Théologie de Paris (1641)», *Bulletin cartésien*, 21, 1-3, *Archives de philosophie*, 57 (1994), 1-3.
- Armogathe, Jean-Robert, Vincent Carraud, y Robert Feenstra: «La Licence en droit de Descartes, un placard inédit de 1616», *Nouvelles de la république des lettres*, 2 (1988), 125-145.
- Arnold, Paul: «Descartes et les Rose-Croix», *Mercure de France*, 1166 (octubre de 1960), 266-284.
- *Histoire des Rose-Croix et les origines de la Franc-Maçonnerie*, Mercure de France, París, 1955.
- «Le 'Songe' de Descartes», *Cahiers du sud*, 312 (1952), 274-291.
- Bacon, Francis: *The Twoo Bookes of Francis Bacon. Of the Proficience and Advancement of Learning, Divine and Humane*, Henrie Tomes, Londres, 1605.
- Baillet, Adrien: *La Vie de monsieur Des-Cartes*, 2 vols., Daniel Horthemels, París, 1691; Garland, Nueva York, 1987.
- *La Vie de Mr. Des-Cartes réduite en abrégé*, Daniel Horthemels, París, 1692.
- Balzac, Jean-Louis Guez de: *Oeuvres de Balzac*, vol. 2, *Dissertations chrestiennes et morales* (1627-1629), tres cartas dedicadas a Descartes, V. Le Sophiste chicaneur, VI. Le Chicaneur convaincu de faux, VII. La Dernière objection du chicaneur réfutée, T. Jolly, París, 1665.
- Barbier, Alfred: «Sur le lieu ou est né Descartes», *Mémoires de la société des antiquaires de l'ouest*, serie 2, vol. 20 (1897-1898), 775-803.
- «Trois médecins Poitevins au xvi^e siècle ou les origins Châtelleraudaises de la famille Descartes», *Mémoires de la société des antiquaires de l'ouest*, serie 2, 19 (1897-1898), 51-250.
- Barr, Mirjam de, Machteld Löwensteyn, Marit Monteiro y A. Agnes Sneller (eds.): *Choosing the Better Part: Anna Maria van Schurman (1607-1678)*, Kluwer, Dordrecht, 1996.
- Baret, Eugène: *De L'Amadis de Gaule, et son influence sur les moeurs et la littérature au xvi^e et au xvii^e siècle*, Firmin-Didot, París, 1873.
- Barnouw, A. J.: *The Making of Modern Holland*, W. W. Norton, Nueva York, 1944.
- Bates, E. S.: *Touring in 1600: A Study in the Development of Travel as a Means of Education*, Constable & Houghton Mifflin, Londres, 1911.
- Batiffol, Louis: *La Duchesse de Chevreuse: une vie d'aventures et d'intrigues sous Louis XIII*, Hachette, París, 1913.

- Beaussire, M. E.: «Deux étudiants de l'université de Poitiers, François Bacon et René Descartes», *Mémoires de la société des antiquaires de l'ouest*, 32 (1807), 65-87.
- Beeckman, Isaac: *Journal tenu par Isaac Beeckman de 1604 à 1634* (ed. Cornelis de Waard), 4 vols., Nijhoff, La Haya, 1939-1953.
- Behn, Irene: *Der Philosoph und die Königin: Renatus Descartes und Christina Wasa, Briefwechsel und Begegnung*, Karl Alber, Friburgo/München, 1957.
- Beijer, Agne: «La Naissance de la paix: ballet de cour de René Descartes», en Jean Jacquot (ed.): *Le Lieu théâtral à la Renaissance*, Centre National de la Recherche Scientifique, Paris, 1964, 409-422.
- Bertrand, Joseph: «Une Amie de Descartes, Élisabeth, princesse de Bohême», *Revue des deux mondes*, 102 (1890), 93-121.
- Betts, C. J.: *Early Deism in France*, Martinus Nijhoff, La Haya, 1984.
- Beyer, Charles Jacques: «Comment Descartes combattit Gassendi», *PMLA*, 59 (1944), 446-455.
- Beys, Charles de: *La Pompe de la félicité*, Jean Janssonius, Estocolmo, 1650.
- Beyssade, Jean-Marie: «Descartes et Corneille ou les démesures de l'ego», *Laval théologique et philosophique*, 47 (1991), 63-82.
- «La Mort de Descartes selon Baillet. Du récit édifiant à ses composantes philosophiques», *Review des sciences philosophiques et théologiques* (1992), 14-28.
- Biegel, Heidi: *La Naissance de la Paix: A Ballet by René Descartes*, MS. Department of Dance, University of California, Los Angeles.
- Billacois, François: *Le Duel dans la société française des XVI^e-XVII^e siècles: Essai de psychosociologie historique*, École des Hautes Études en Sciences Sociales, Paris, 1986.
- Bitton, Davis: *The French Nobility in Crisis, 1560-1640*, Stanford University Press, Stanford, 1969.
- Blom, John J.: *Descartes: His Moral Philosophy and Psychology*, New York University Press, Nueva York, 1975.
- Blondel, Maurice: «Le Christianisme de Descartes», *Revue de Métaphysique et de Morale*, 4 (1896), 551-567.
- Bordonove, Georges: *Louis XII le juste*, Pygmilion/Gerard Watelet, Paris, 1981.
- Borel, Pierre: *Vitae Renati Cartesii, Summi Philosophi, Compendium*, Joannem Billaine, y otros, Paris, 1656.
- Bos, Erik-Jan: «Descartes's Lettre Apologétique aux Magistrats d'Utrecht: New Facts and Materials», *Journal of the History of Philosophy*, 37 (1999), 415-433.
- Bosseboeuf, Louis: «Les Ancêtres de René Descartes», *Bulletin de la société de Touraine*, 12 (1900), 50-68, 248-264.
- «L'Iconographie de Descartes», *Bulletin Trimestriel de la société archéologique de Touraine (Tours)*, 9 (1897), 68-82.

- Bougerel, Joseph: *Vie de Pierre Gassendi*, Jacques Vincent, Paris, 1738.
- Bourke, Vernon J.: «An Illustration of the Attitude of the Early French Jesuits Towards Cartesianism», *Cartesio nel Terzo Centenario nel «Discorso del Metodo»*, Vita e Pensiero, Milán 1937, 129-137.
- Brassett, Henri: *Registre des lettres et des despaches que j'ay escrites en l'année 1649 durant ma Residence en Holland*, Brasset à de la Thuillierie de 9 December 1649, BN.fr.17901, f857v.
- Braudel, Fernand: *Les Structures du quotidien: le possible et l'impossible*, Armand Colin, Paris, 1979.
- *The Structure of Everyday Life: The Limits of the Possible*, Harper & Row, Nueva York, 1981.
- Brugmans, Henri L.: «Descartes et les pasteurs de Hollande», *Revue de littérature comparée*, 17 (1937), 499-521.
- Brunschvicg, Léon: *René Descartes*, Rieder, Paris, 1937.
- Buzon, Frédéric de.: «Un Exemple de la Sagesse de Pierre Charron offert à Descartes en 1619», *Bulletin Cartésien XX, Archives de philosophie*, 55, cahier 1 (1992), 1-3.
- Campbell, Dorothy de Brissac: *The Intriguing Duchess, Marie de Rohan, Duchesse de Chevreuse*, Covici, Friede, Nueva York, 1930.
- Cantecor, G.: «L'Oisive adolescence de Descartes», *Revue d'histoire de la philosophie*, 4 (1930), 1-38, 354-396.
- «La Vocation de Descartes», *Revue philosophique de la France et de l'étranger*, 95 (1923), 372-400.
- Carmona, Michel: *La France de Richelieu*, Fayard, Paris, 1984.
- *Les Diables de Loudun, sorcellerie et politique sous Richelieu*, Fayard, Paris, 1988.
- *Marie de Médicis*, Fayard, Paris, 1981.
- *Richelieu*, Fayard, Paris, 1983.
- Carraud, Vincent: «Descartes et l'écriture sainte», *L'Écriture sainte au temps de Spinoza et dans le system spinoziste*, Presses Universitaires de Paris, Paris (1992), 41-70.
- Cassirer, Ernst: *Descartes, Corneille, Christine de Suède*, J. Vrin, Paris, 1942.
- Caton, Hiram: «Descartes' Anonymous Writings: A Recapitulation», *Southern Journal of Philosophy*, 20 (1982), 299-310.
- *The Origin of Subjectivity, an Essay on Descartes*, Yale University Press, New Haven, 1973.
- «The Problem of Descartes' Sincerity», *The Philosophical Forum*, 2 (1971), 355-370.
- Champigny, Robert: «Corneille et le Traité des passions», *The French Review*, 26 (1952), 112-120.
- Chappell, Vere, y Willis Doney (eds.): *Twenty-Five Years of Descartes Scholarship, 1960-1984: A Bibliography*, Garland, Nueva York, 1987.

- Chartier, Roger, Marie-Madeleine Compère, y Dominique Julia: *L'Éducation en France du xvi^e au xviii^e siècle*, Société d'Édition d'Enseignement Supérieur, París, 1976.
- Chevalier, Jacques: «La Spiritualité de Descartes», *xvii^e siècle*, 19 (1953), 155-172.
- Chusman, Robert E.: «Barth's Attack Upon Cartesianism and the Future in Theology», *The Journal of Religion*, 36 (1956), 207-223.
- Clarke, Jack Alden: *Huguenot Warrior: The Life and Times of Henri de Rohan, 1579-1638*, Martinus Nijhoff, La Haya, 1966.
- Cochos, Paul: *Bérulle et l'école française*, Seuil, París, 1963.
- Cohen, Gustave: «Descartes et le ballet de cour», *Revue internationale de musique*, 9 (1950), 233-237.
- *Écrivains français en Hollande dans le première moitié de xvii^e siècle*, Édouard Champion, París, 1920. (El libro III se titula *La Philosophie indépendante, Descartes et Hollande*.)
- Cohen, Gustave, y G. Lucas de Pesloüan: *Le Dernier projet littéraire de Maurice de Barrès: Descartes et la Princesse Élisabeth*, F. Paillart, Abbeville, 1929.
- Cole, John R.: *The Olympian Dreams and Youthful Rebellion of René Descartes*, University of Illinois Press, Urbana, 1992.
- Comar, Philippe: *Mémoires de mon crâne René Des-Cartes*, Gallimard, París, 1997.
- Cottingham, John: *Descartes*, Basil Blackwell, Oxford, 1986.
- Couderc, Camille: «Nouveau documents sur la situation de fortune de la famille de René Descartes», *Bibliothèque de l'École des Chartes revue d'érudition*, 78 (1917-1918), 269-293.
- Cousin, Victor: «La Conspiration de Henri de Talleyrand, Comte de Chalais», *Journal des savants* (abril de 1862), 197-221.
- *Madame de Chevreuse et Madame de Hautefort*, Didier, París, 1856.
- «Vanini ou la philosophie avant Descartes», *Fragments philosophiques pour servir à l'histoire de la philosophie*, vol. 3, Didier, París, 1886; Slatkine Reprints, Ginebra, 1970, 1-92.
- Crété, Liliane: *La Vie quotidienne à La Rochelle au temps du grand siège 1627-1628*, Hachette, París, 1987.
- Dainville, F. de: *Les Jésuites et l'éducation de la société française, la naissance de l'humanisme modernes*, Beauchesne, París, 1940.
- Davidenko, Dimitri: *Descartes le scandaleux*, Robert Laffont, París, 1988. (Esta obra, presentada como estudio histórico, estaría mejor clasificada como novela.)
- Davies, Penny: *Growing Up in Medieval Times*, B. T. Batsford, Londres, 1977.
- Dear, Peter: *Mersenne and the Learning of the Schools*, Cornell University Press, Ithaca, 1988.
- D'Haucourt, Xavier: «Une Dynastie de 'non-originares' au parlement de Bretagne, la famille Des-Cartes (1585-1736)», *Annales de Bretagne (Rennes)*, 44 (1937), 408-432; 45 (1938), 3-24.

- Delblanc, Sven: «Balletten som glorifierade Kristina», *Svenska Dagbladet* (6-6-1985), 14.
- De Sacy, Samuel S.: *Descartes par lui-même*, Seuil, París, 1956, 1996.
- Descartes, René: *Discours de la méthode pour bien conduire sa raison, et chercher la verité dans les sciences. Plus la dioptrique, les météores, et la géométrie, qui sont des essais de cette methode*. Jan Maire, Leyde, 1637. [Versión en castellano: *El discurso del método*, Ediciones B, Barcelona, 1989.]
- *Epistola RENATI DESCARTES, Ad celeberrimum virum D. Gisbertum Voërtium. In quâ examinantur duo libri, nuper pro Voetio Utrajecti simul editi, unus de Confraternitate Marianâ, alter de philosophiâ Cartesianâ*, Ludovicum Elzevirium, Amsterdam, 1643.
- *Magni Cartesi Manes ab ipsomet defensi, sive N. V. RENATI DES-CARTES Querela Apolgetica ad Amplissimum Magistratum Ultrajectinum, Quâ technae, calumniae, mendacia, falsorum testimoniorum fabricae, aliaque crimina Voetiorum & Demantii, plenè reteguntur. Opusculum antea ineditum, nunc verò opponendum quotidianis Voetii & Voetianorum criminationibus, Us nominatim quas sub Theologiae Naturalis Reformatae titulo haud ita pridem emiserunt*, Lancelotum Misopodem, Vristadii, 1656.
- *Les Méditations métaphysiques de René Descartes touchant la première philosophie, dans lesquelles l'existence de Dieu, & la distinction réelle entre l'âme & dans le corps de l'homme sont démontrées*. [Versión en castellano: *Meditaciones metafísicas de Renato Descartes*, Orbis, Barcelona, 1985.] Traducido del latín por M. de D.D.L.N.S. *Et les Objections faites contre ces Méditations par diverses personnes très-doctes, avec les réponses de l'Auteur*. Traducido por M. C.L.R. Jean Camusat et Pierre le Petit, París, 1647.
- *Meditationes de prima philosophia, in qui del existentia et animae immortalitatis demonstrantur*, Michaellem Soly, París, 1631.
- *Les Passions de l'âme*, Henry Le Gras, París, 1649. [Versión en castellano: *Las pasiones del alma*, Península, Barcelona, 1972.]
- *Principia philosophiae*, Ludovicum Elzevirium, Amsterdam, 1644. [Versión en castellano: *Sobre los principios de la filosofía*, Gredos, Madrid, 1989.]
- *RENATI DES-CARTES Notae in Programma quoddam, sub finem anni 1647 in Belgio editum, cum hoc Titulo: Explicatio Mentis humanae, sive Animae rationalis, ubi explicatur quid fit, & quid esse possit*, Ludovici Elzevirii, Amsterdam, 1648. [Versión en castellano: *Observaciones sobre un programa impreso hacia el fin del año 1647 bajo el siguiente título: Explicación de la mente humana o del alma racional, que incluye la exposición de lo que es y de lo que puede ser*, Revista Teorema, 1981.]
- Charles Adam, Paul Tannery, y otros (eds.): *Oeuvres de Descartes*, 11 vols., J. Vrin, París, 1996.
- *The Philosophical Works of Descartes*, 2 vols., Cambridge University Press, 1934.

- *The Philosophical Writings of Descartes*, 3 vols., Cambridge University Press, Cambridge, 1984-1991.
- Descartes, René [?]: *La Naissance de la paix*, Jean Janssonius, Estocolmo, 1649 y Louis Aragon: *La Naissance de la paix*, Bibliothèque Française, París, 1946.
- Deviosse, Jen, y Jean-Henri Roy: *Châtellerault*, NR Éditions, Tours, 1986.
- Dickerman, Edmund H.: «The Conversion of Henry IV: 'Paris is well worth a Mass' in Psychological Perspective», *The Catholic Historical Review*, 63 (1977), 1-13.
- Dimier, Louis: *La Vie raisonnable de Descartes*, Librairie Plon, París, 1926.
- Dulmet, Florica: «Voyage autour de Descartes», *Écrits de Paris*, 240 (1995), 88-102.
- Dulong, Claude: *Anne d'Autriche*, Hachette, París, 1980.
- Du Perron, Jacques Davy: *Les Ambassades et négociations*, A. Estienne, París, 1623.
- Du Port, François: *La Décade de médecine ou le médecin des riches et de pauvres*, Laurent d'Houry, París, 1694. *The Decade of Medicine or The Physician of the Rich and the Poor in which all the Signs, Causes, and Remedies of Disease Are Clearly Expounded* (ed. H. Diehl), Springer-Verlag, Berlín, 1988.
- Eddy, John A.: «The Maunder Minimum», *Science*, 193 (1976), 1189-1192.
- Espinass, Alfred: *Descartes et la morale*, vol. 1, Bossard, París, 1925.
- Fagan, Brian: *The Little Ice Age: How Climate Made History, 1300-1850*, Basic Books, Nueva York, 2000.
- Féret, Abbé: *Le Cardinal Du Perron*, Didier, París, 1877.
- Ferrand, Jean I: *De eo habentur: de nephritis et lithiasis, seu de renum, et vesicae calculi definitione, causis, signis, praedictione, praecautione & curatione. Ex Hippocrate, Discoride, Galeno, Avicenna, Aetio, & Paulo Aegineta, aliisque celeberrimis medicis, collectis*, Michaellem Sonnum, París, 1570.
- Ferrand, Jean II: *De febris libellus ex variis auctoribus collectis*, Michaellem Sonnum, París, 1602.
- Ferrier, Francis: *La Pensée philosophique du Père Guillaume Gibieuf, 1583-1650*, Atelier Reproduction de Thèses, Lille, 1976.
- *Un Oratorien ami de Descartes: Gaillaume Gibieuf, et sa philosophie de la liberté*, J. Vrin, París, 1980.
- Ferrier, Jacques: *Un Gentilhomme nommé Descartes, soldat, philosophe et mathématicien, 1596-1650*, Cahiers de la Fondation Nicolas-Claude Fabri de Peiresc, Bruselas, 1996.
- Fitzgerald, Desmond J.: «Descartes: Defender of the Faith», *Thought, Fordham University Quarterly*, 34 (1959), 383-404.
- Foucher de Careil, A.: *Descartes et la Princesse Palatine*, August Durand, París, 1862.
- Frédéric, Pierre: *Monsieur René Descartes en son temps*, Gallimard, París, 1959.

- Friedrich, Carl J.: *The Age of the Baroque, 1610-1660*, Harper & Row, Nueva York, 1952.
- Gabbey, Alan: «Gilles Personne de Roberval (1602-1675). Un savant révélé par ses archives: Catalogue des manuscrits et des documents. Documents inédits», *Archivos de la Academia de Ciencias*, París, inédito.
- «Henry More lecteur de Descartes, philosophie naturelle et apologétique», *Archives de philosophie*, 58 (1995), 355-369.
- «Mersenne et Roberval», en Marie Constant y Anne Fillon (eds.): *1588-1988, Quatrième centenaire de la naissance de Marin Mersenne*, Université du Maine, Le Mans, 1994.
- Gabbey, Alan, y Robert E. Hall: «The Melon and the Dictionary: Reflections on Descartes's Dreams», *Journal of the History of Ideas*, 59 (1998), 651-668.
- Gäbe, Lüder: *Descartes' Selbstkritik, Untersuchungen zur Philosophie des jungen Descartes*, Felix Meiner Verlag, Hamburgo, 1972.
- Galard, Jean: «Descartes en Nederland», en Paul Blom, y otros (eds.): *La France aux Pays-Bas*, Kwadraat, Vianen, 1985, 51-88.
- Gambier, Paul: «Un Autre ennemi de Descartes, le Pasteur André Rivet», *Revue du Bas-Poitou et des provinces de l'ouest*, 75 (1964), 184-194.
- Garrison, Janine: *L'Édit de Nantes*, Fayard, París, 1998.
- Gaukroger, Stephen: *Descartes: An Intellectual Biography*, Oxford University Press, Oxford, 1995.
- Gaultier, Jules de: «Le Problème de Descartes», *La Revue des idées*, 2 (1905), 89-107.
- Georges-Berthier, A.: «Descartes et les Rose-Croix», *Revue de Synthèse*, 18 (1939), 9-30.
- Germe, Jean-Marie: «Origines paternelles de René Descartes», *Les Amitiés généalogiques canadiennes-françaises* (1996), 3-40.
- Gilson, Étienne: «Descartes en Hollande», *Revue de métaphysique et de morale*, 28 (1921), 545-556.
- *La Liberté chez Descartes et la théologie*, Libraire Félix Alcan, París, 1913.
- Gouhier, Henri: *L'Anti-humanisme au XVII^e siècle*, J. Vrin, París, 1987.
- *Descartes essais*, J. Vrin, París, 1949.
- «Descartes et la religion», *Cartesio, nel terzo centenario nel «Discorso de metodo»*, Vita e Pensiero, Milán (1937), 417-424.
- *La Pensée religieuse de Descartes*, J. Vrin, París, 1924.
- *Les Premières pensées de Descartes, contribution à l'histoire de l'antirenaissance*, J. Vrin, París, 1958.
- Goupille, André Haya: *La Haye en Touraine, La Haye Descartes, Descartes, des origines à nos jours*, Chavanne, Tours, 1980².
- Grandmaison, Louis de: «Actes relatifs à la famille Descartes», *Bulletin de la société archéologique de Touraine*, 13 (1901), 45-49.

- *Nouvelles recherches sur l'origine et le lieu de naissance de Descartes*, Paris, 1899.
- Greengrass, Mark: *France in the Age of Henri IV: The Struggle for Stability*, Longman, Londres, 1984.
- Grove, Jean M.: *The Little Ice Age*, Routledge, Londres, 1988.
- Guenancia, Pierre: *Descartes bien conduire sa raison*, Gallimard, Paris, 1996.
- *Lire Descartes*, Gallimard, Paris, 2000.
- Guerrieri, Lorenzo: «Cartesio, Maestro di Christina di Svezia», *Actas del XXII Congreso Nazionale di Storia della Medicina de Roma*, Florencia (1966), 260-280.
- Gustafsson, Lars: «Amor et Mars vaincus: allégorie politique des ballets de cour de l'époque de la Reine Christine», en Magnus von Platen (ed.): *Queen Christina of Sweden: Documents and Studies*, Nationalmusei skriftserie nr. 12, Analecta Reginesia 1, P. A. Norstedt & Soner, Estocolmo (1966), 87-99.
- Haldane, Elizabeth S.: *Descartes: His Life and Times*, John Murray, Londres, 1905.
- Harth, Erica: *Cartesian Women: Versions and Subversions of Rational Discourse in the Old Regime*, Cornell University Press, Ithaca, 1992.
- Hawlitsek, Kurt: «Die Deutschlandreise des René Descartes», *Ulm and Oberschwaben: Zeitschrift für Geschichte und Kunst*, inédito.
- *Johan Faulhaber, 1580-1635, Eine Blütezeit der Mathematischen Wissenschaften in Ulm*, Stadtbibliothek Ulm, Ulm, 1995.
- «Niederländische Mathematik und Technik. Ihr Einfluss auf Ulm im 17. Jahrhundert.», *Zeitschrift für Geschichte und Kunst*, 51 (Ulm y Oberschwaben, 2000), 23-41.
- Herman, Arthur: «The Huguenot Republic and Antirepublicanism in Seventeenth-Century France», *Journal of the History of Ideas*, 53 (1992), 249-269.
- Héroard, Jean: *Journal de Jean Héroard sur l'enfance et la jeunesse de Louis XIII, (1601-1628)*, 2 vols., Firmin-Didot, Paris, 1668.
- Hervey, Helen: «Hobbes and Descartes», *Osiris*, 10 (1952), 67-90.
- Houssaye, M.: *Le Cardinal de Bérulle et le Cardinal de Richelieu, 1625-1629*, E. Plon, Paris, 1875.
- Huet, Pierre-Daniel: *Nouveaux mémoires pour servir à l'histoire du cartésianisme*, Mercure Gallant, Lyon, 1692.
- Hunt, David: *Parents and Children in History: The Psychology of Family Life in Early Modern France*, Basic Books, Nueva York, 1970.
- Huppert, George: *Les Bourgeois Gentilshommes. An Essay on the Definition of Elites in Renaissance France*, University of Chicago Press, Chicago, 1977.
- *Public Schools in Renaissance France*, University of Illinois Press, Urbana, 1984.

- Huxley, Aldous: *The Devils of Loudun*, Harper & Brothers, Nueva York, 1953. [Versión en castellano: *Los demonios de Loudun*, Planeta, Barcelona, 1972.]
- Jacquot, Jean: «Un Amateur de science, ami de Hobbes et de Descartes, sir Charles Cavendish, 1591-1654», *Thalès*, 6 (1949-1950), 81-88.
- Jama, Sophie: *La Nuit de songes de René Descartes*, Aubier, París, 1998.
- James, Susan: *Passion and Action, the Emotions in Seventeenth-Century Philosophy*, Oxford University Press, Oxford, 1997.
- Janet, Paul: «Descartes: son caractère et son génie», *Revue des deux mondes*, 73 (1865), 345-369.
- Jolibert, Bernard: *L'Enfance au xvi^e siècle*, J. Vrin, París, 1981.
- Judovitz, Dalia: «Autobiographical Discourse and Critical Praxis in Descartes», *Philosophy and Literature*, 5 (1981), 91-107.
- Lachèvre, Frédéric: «Hélie Poirier», *Glanes bibliographiques et littéraires*, vol. 2, L. Giraud-Badin, París (1929), 124-137.
- *Le Libertinage au xvi^e siècle, disciples et successeurs de Théophile de Viau, la vie et les poésies libertines inédites de des Barreaux (1599-1673) - Saint-Pavin (1595-1670)*, Librairie Ancienne Honoré Champion, París, 1911.
- *Le Prince Des libertiens au xvi^e siècle, Jacques Vallée des Barreaux (1599-1673)*, Librairie Ancienne Honoré Champion, París, 1907.
- Lalanne, Abbé: «Notice sur l'origine de la famille Descartes», *Bulletins de la société des antiquaires de l'ouest et de musées de Poitiers* (1857), 233-251.
- Lalot, J.-A.: *Essai historique sur la conférence tenue à Fontainebleau entre Duplessis-Mornay et Duperron le 4 mai 1600*, Fishbacher & Grasart, París, 1889.
- Lanson, Gustave: «Le Héros cornélien et le 'généreux' selon Descartes», *Revue d'Histoire littéraire de la France*, 1 (1894), 397-411.
- Larousse, Pierre: *Grand dictionnaire universel du xix^e siècle*, 17 vols., Administration du Grand dictionnaire universel, París, 1866-1890.
- Lécuyer, Raymond: «René Descartes, gentilhomme et propriétaire Châtelleraudais», en Raymod Lécuyer, y Paul-Émile Cadilhac (eds.): *Demeures inspiées et sites romanesques*, Éditions S.N.E.P., París, 65-76.
- Lefèvre, M. H.: «De la morale provisoire a la générosité», *Descartes, Cahiers de Royaumont*, Les Éditions de Minuit, París (1957), 237-272.
- Lefèvre, Roger: *La Vocation de Descartes*, Presses Universitaires de France, París, 1956.
- *L'Humanisme de Descartes*, Presses Universitaires de France, París, 1957.
- «Quand Descartes dîne à Douai», *Revue des sciences humaines*, fasc. 107, nueva serie (1962), 314-326.
- Lenoble, Robert: «La Vocation et l'humanisme de Descartes», *Revue de métaphysique et de morale*, 63 (1958), 349-357.
- Lenoble, Robert: *Mersenne ou la naissance du mécanisme*, J. Vrin, París, 1943.
- Leroy, Maxime: *Descartes le philosophe au masque*, 2 vols., Rieder, París, 1929.

- «Descartes, précurseur du social moderne», *Revue de synthèse*, 63 (1948), 59-67.
- Leroy, Pierre, y Hans Bots: *Claude Saumaise (1588-1653) & André Rivet (1587-1651), correspondance échangée entre 1632 et 1648*, Holland University Press, Amsterdam, 1987.
- Lewis, Hine William: *The Interrelationship of Science and Religion in the Circle of Marin Mersenne*, University of Oklahoma, 1967.
- Ligou, Daniel: *Le Protestantisme en France de 1598 à 1715*, Société d'Édition d'Enseignement Supérieur, París, 1968.
- Lindborg, Rolf: «Filosofen Descartes och Kristina vasa», *Svenska Dagbladet* (29-5-1985), 14.
- Lindeboom, G. A.: *Descartes and Medicine*, Rodopi, Amsterdam, 1978.
- «Dog and Frog: Physiological Experiments at Leiden in the Seventeenth Century», en Th. H. Unsingh Scheurleer, y G. H. M. P. Meyjes (eds.): *Leiden University in the Seventeenth Century: An Exchange of Learning*, Leiden University, Leiden (1975), 279-293.
- Lipstorp, Daniel: *Specimina Philosophiae Cartesianae*, Johannem & Danielem Elsevier, Lugduni, 1653.
- Livet, Georges: *La Guerre de trente ans*, Presses Universitaires de France, París, 1983⁴. [Versión en castellano: *La guerra de los Treinta Años*, Villalar, Madrid, 1977.]
- Lot, Germaine: *René Descartes: esprit-soleil*, Seghers, París, 1966.
- Louise, Gilbert: «Une Oeuvre poétique de Descartes, les vers du ballet 'La Naissance de Paix'», *Mémoires de l'Académie Nationale des Sciences, Arts et Belles-lettres de Caen*, 20 (1982), 175-203.
- Maar, Vilhelm: *Lidt om Descartes og Danmark*, Copenhagen, H. H. Thieles, 1931.
- MacDonald, Paul S.: «The Lost Episodes», *Journal of the History of Philosophy*, inédito.
- Mahmood, Cynthia Keppley: *Frisian and Free: Study of an Ethnic Minority in the Netherlands*, Waveland Press, Prospect Heights, 1989.
- Mandrou, Robert: *Des Humanistes aux hommes de science, xvi^e et xvi^e siècles*, Seuil, París, 1973.
- Maritain, Jacques: *Three Reformers: Luther - Descartes - Rousseau*, Thomas Y. Crowell, Nueva York, 1929. [Versión en castellano: *Tres reformadores*, Ediciones y Publicaciones Españolas, Madrid, 1948.]
- Marvick, Elizabeth Wirth: «Nature Versus Nurture: Patterns and Trends in Seventeenth Century French Child-Rearing», en Lloyd de Mause (ed.): *The History of Childhood*, Psychohistory Press, Nueva York (1974), 259-301.
- *The Young Richelieu: A Psychoanalytic Approach to Leadership*, University of Chicago Press, Chicago, 1983.
- Mause, Lloyd de: «The Evolution of Childhood», en Lloyd de Mause (ed.): *The History of Childhood*, Psychohistory Press, Nueva York (1974), 1-73.

- Méchoulan, Henry: *Amsterdam au temps de Spinoza: argent et liberté*, Presses Universitaires de France, Paris, 1990.
- Mersenne, Marin: *Correspondance du P. Marin Mersenne, religieux minime*, Presses Universitaires de France, CNRS, Paris, 1932.
- Mesnard, Pierre: *Essai sur la morale de Descartes*, Boivin, Paris, 1936.
- Méthivier, Hubert: *La Fronde*, Presses Universitaires de France, Paris, 1984.
- *Le Siècle de Louis XII*, Presses Universitaires de France, Paris, 1987⁶.
- Meyer, Jean: *La Naissance de Louis XIV*, Complexe, Paris, 1989.
- Michel, Erich: «Descartes und Prinzessin Elisabeth von Böhmen», *Sudentland*, 22 (1980), 250-254.
- Milhaud, Gérard: «Chronologie de Descartes», *Europe revue littéraire mensuelle*, 56 (1978), 147-155.
- Milhaud, Gaston: «La Question de la sincérité de Descartes», *Revue de métaphysique et de morale*, 26 (1919), 297-311.
- «Une Crise mystique chez Descartes en 1619», *Revue de métaphysique et de morale*, 23 (1916), 607-621.
- Moore, A. Lloyd: *Louis XII The Just*, University of California Press, Berkeley, 1989.
- Morgan, Vance G.: *Foundations of Cartesian Ethics*, Humanities Press International, Atlantic Highlands, 1994.
- Morhof, Georgi: *Polyhistor*, vol. 2, Petri Beeckmanni, Lubeciae, 1747.
- Morris, John M.: «Letter commenting on Richard A. Watson's note and translation "Descartess Ballet?"», *American Philosophical Association Proceedings*, 63, núm. 5, 61.
- Mousnier, Roland: *La Famille, l'enfant et l'éducation en France et en Grande-Bretagne du xv^e et xviii^e siècle*, 2 vols., Center de Documentation Universitaire, Paris, 1975.
- *The Assassination of Henry IV: The Tyrannicide Problem and the Consolidation of the French Absolute Monarchy in the Early Seventeenth Century*, Faber and Faber, Londres, 1973.
- Neel, Marguerite: *Descartes et la Princesse Élisabeth*, Elzévir, Paris, 1946.
- Nelson, Robert J.: «Descartes and Pascal: A Study of Likenesses», *PMLA*, 69 (1954), 542-565.
- Nerlich, Michael: *Kritik der Abenteuer-Ideologie: Beitrag zur Erforschung der bürgerlichen Bewusstseinsbildung, 1110-1750*, Akademik-Verlag, Berlín, 1977; *Ideology of Adventure: Studies in Modern Consciousness, 1100-1750*, University of Minnesota Press, Minneapolis, 1987.
- Nordström, Johan: «Till Cartesius' Ikonografi», *Lychonos*, 17 (1957-1958), 194-250.
- Nye, Andrea: *The Princess and the Philosopher: Letters of Elisabeth of the Palatine to René Descartes*, Rowman & Littlefield, Lanham, 1999.
- Orcibal, Jean: *Le Cardinal de Bérulle: Évolution d'une spiritualité*, Cerf, Paris, 1965.

- Otegem, Matthijs van: *A Bibliography of the Works of Descartes (1637-1704)*, 2 vols., Zeno, Utrecht, 2002.
- Ouvré, Henri: «Essai sur l'histoire de la Ligue à Poitiers», *Mémoires de la Société des Antiquaires de l'ouest* (Poitiers), serie 1, t. 21 (1854), 85-245.
- «Essai sur l'histoire de la ville de Poitiers, depuis la fin de la Ligue jusqu'au Ministère de Richelieu», *Mémoires de la Société des Antiquaires de l'ouest* (Poitiers), t. 22 (1855), 567-728.
- Pagès, Frédéric: *Descartes et le cannabis*, Éditions Mille et Une Nuits, Paris, 1996.
- Parker, Geoffrey, y Lesley M. Smith (eds.): *The General Crisis of the Seventeenth Century*, Routledge & Kegan Paul, Londres, 1978.
- Payot, Roger: *René Descartes (1596-1650) et le primat de la raison*, LUGD, Lyon, 1996.
- Pelseneer, Jean: «Gilbert, Bacon, Galilée, Kepler, Harvey et Descartes: leur relations», *Isis*, 17 (1932), 171-208.
- Perrot, Maryvonne: «Descartes, Saumaise et Christine de Suède», *Les études philosophiques*, 1 (1984), 1-9.
- Petit, Léon: «Descartes en Italie sur les pas de Montaigne», *Bulletin de la société des amis de Montaigne*, serie 3, núm. 13 (1960), 22-33.
- *Descartes et la Princesse Elisabeth: roman d'amour vécu*, A.-G. Nizet, Paris, 1969.
- «Descartes et trois poètes au siège de La Rochelle», *Cahiers de l'ouest*, 21 (Paris, enero-febrero de 1958), 39-49.
- Pickman, Edward Motley: «Libertine Ideas in the Time of Richelieu and Mazarin», *Proceedings of the Massachusetts Historical Society*, 68 (1994-1996), 3-41.
- Pintard, René: *Le Libertinage érudit dans le première moitié du xvi^e siècle*, Boiven et Cie., Paris, 1943.
- Pirro, André: *Descartes et la musique*, Feschbacher, Paris, 1907.
- Poirier, Hélié: *La Diane victorieuse*, Jan Janssonius, Estocolmo, 1649 (*Le Vaincu de Diane*, Jan Janssonius, Estocolmo, 1649.)
- «Letters to Saumaise», en *Johan Nordström collection in the Carolina Rediviva*, caja 10, 3 N ms. fr. 3970.128 & 130.
- *La Naissance de la paix*, Jan Janssonius, Estocolmo, 1649.
- *Parnasse triomphant*, Jan Janssonius, Estocolmo, 1651.
- *Les Passions victorieuses et vaincues*, Jan Janssonius, Estocolmo, 1649.
- Popkin, Richard H.: *The History of Skepticism from Erasmus to Spinoza*, University of California Press, Berkeley, 1964.
- *The Third Force in Seventeenth-Century Thought*, E. J. Brill, Leiden, 1992.
- Porschnew, B. F.: «Descartes und die Fronde», en Werner Bahner (ed.): *Beiträge zur Französischen Aufklärung und zur Spanischen Literatur, Festgabe für Werner Krauss zum 70. Geburtstag*, Akademie-Verlag, Berlín (1971), 281-287.

- Prawdin, Michael: *Marie de Rohan, Duchesse de Chevreuse, 1600-1679*, Allen & Unwin, Londres, 1971.
- Ranum, Orest: *Parisians in the Seventeenth Century*, John Wiley, Nueva York, 1968.
- Rébelliau, Alfred: «Un Épisode de l'histoire religieuse du xvii^e siècle: La Compagnie du Saint-Sacrement», *Revue des deux mondes*, 16 (1903), 49-82.
- Rée, Jonathan: *Descartes*, Allen Lane, Londres, 1974.
- Reinhard, Marcel: *Henri IV ou la France sauvée*, Hachette, Paris, 1943.
- Reith, Herman R.: *René Descartes, the Story of a Soul*, University Press of America, Lanman, 1986.
- Richeome, Louis: *Le Pèlerin de Lorette*, Millanges, Burdeos, 1604.
- Ripault, Louis: «La Naissance de René Descartes», *Le Glaneur Châtellerauldais*, 14 (1937), 5-9.
- Rochemonteix, Camille de: *Un Collège de Jésuites aux xvii^e et xviii^e siècles: Le Collège Henri IV et de La Flèche*, 4 vols., Leguicleux, Le Mans, 1899.
- Rochot, Bernard: «A propos des Rose-Croix, de Descartes et des rêves de 1619», *Revue de synthèse*, 77 (1956), 351-361.
- Rodis-Lewis, Geneviève: «Descartes' Life and the Development of His Philosophy», en John Cottingham (ed.): *The Cambridge Companion to Descartes*, Cambridge University Press, Cambridge (1992), 21-57.
- *Descartes: Biographie*, Calmann-Lévy, Paris, 1995. [Versión en castellano: *Descartes: biografía*, Península, Barcelona, 1996.]
- *Descartes: His Life and Thought*, Cornell University Press, Ithaca, 1998.
- *Descartes: Textes et débats*, Librairie Générale Française, Paris, 1984.
- «Quelques questions disputées sur la jeunesse de Descartes», *Archives de philosophie*, 46 (1983), 613-619.
- Roger, Jacques: «L'Univers médical de Guy Patin», *Travaux de linguistique et littérature Strasbourg*, 12 (1975), 91-101.
- Rondeau, J.: «Le Lieu de naissance de Descartes», *L'Illustration*, 4929 (21-8-1937), 531-532.
- Ropartz, Sigismond: *La Famille Descartes en Bretagne, 1586-1762*, Verdier, Rennes, 1877.
- Rosa, Susan: «Pierre Chanut and the Conversion of Queen Christina of Sweden», MS. 15.
- Roth, Leon (ed.): *Correspondence of Descartes and Constantyn Huygens, 1635-1647*, Oxford University Press, Oxford, 1926.
- Roy, Jean-Henri: *Descartes et Châtellerauld*, inédito, 22 pp.
- «Sur la date et le lieu de la naissance de René Descartes», MS, 18.
- Saumaise, Claude: *Correspondence*, MS, Bibliothèque Nationale, Paris, 13n fonds lat. 8596.
- Scarre, Geoffrey: «Demons, Demonologists, and Descartes», *Heyforth Journal*, 31 (1990), 3-22.

- *Witchcraft and Magic in Sixteenth- and Seventeenth-Century Europe*, Humanities Press International, Atlantic Highlands, 1987.
- Schama, Simon: *The Embarrassment of Riches: An Interpretation of Dutch Culture in the Golden Age*, Alfred A. Knopf, Nueva York, 1987.
- Scheurleer, Th. H. Lunsingh, y G. H. M. P. Meyjes (eds.): *Leiden University in the Seventeenth Century: An Exchange of Learning*, Leiden University, Leiden, 1975.
- Schilte, Pierre: *La Flèche intra-muros*, Farré et Fils, Cholet, 1980.
- Schneider, Ivo: *Johannes Faulhaber 1580-1635, Rechenmeister in einer Welt des Umbruchs*, Birkhäuser Verlag, Basilea, 1993.
- Sebba, Gregor: *Bibliographia Cartesiana: A Critical Guide to the Descartes Literature: 1800-1960*, Martinus Nijhoff, La Haya, 1964.
- *The Dream of Descartes*, Southern Illinois University Press, Carbondale, 1987.
- Serrurier, Cornelia: *Descartes: Leer en Leven*, Nijhoff, s'Gravenhage, 1930.
- «Descartes l'homme et le croyant», en E. J. Dijksterhuis (ed.): *Descartes et le cartésianisme hollandais*, Presses Universitaires de France, París (1950), 45-70.
- *Descartes: l'homme et le penseur*, Presses Universitaires de France, París, 1951.
- «Saint-François de Sales - Descartes - Corneille», *Neophilologus*, 3 (1918), 89-99.
- Shapin, Steven: «Descartes the Doctor: Rationalism and Its Therapies», *British Journal for the History of Science*, 33 (2000), 133-154.
- Shea, William R.: «Descartes and the Rosicrucian Enlightenment», en R. S. Woolhouse (ed.): *Metaphysics and Philosophy of Science in the Seventeenth and Eighteenth Centuries*, Kluwer, Leiden (1988), 73-99.
- *The Magic of Numbers and Motion: The Scientific Career of René Descartes*, Science History Publications, Canton, 1991. [Versión en castellano: *La magia de los números y el movimiento: la carrera científica de Descartes*, Alianza, Madrid, 1993.]
- Sirven, J.: *Les Années d'apprentissage de Descartes (1596-1628)*, Imprimerie Coopérative du Sud-Ouest, Albi, 1928; J. Vrin, París, 1930; Garland, Nueva York, 1987.
- Six, Karl: «Descartes im Jesuitenkolleg von La Flèche», *Zeitschrift für Katholische Theologie*, 38 (1914), 404-508.
- Snelders, H.A.M.: «Descartes et les Pays-Bas», *Septentrion, revue de culture néerlandaise*, 11 (1982), 19-25.
- Snyders, Georges: *La Pédagogie en France aux XVII^e et XVIII^e siècles*, Presses Universitaires de France, París, 1965.
- Sortais, Gaston: «Descartes et la Compagnie de Jésus, menaces et avances (1640-1646)», *Estudios*, 57 (1937), 441-468.

- *Le Cartésianisme chez les Jésuites Français au xvii^e et au xviii^e siècle*, Gabriel Beauchesne, Paris, 1924.
- Stewart, William McC.: «Descartes and Poetry», *The Romanic Review*, 29 (1938), 212-242.
- Stiernhielm, Georg: *Samlade Skrifter* (eds. Johan Nordström, Bernt Olsson y Poetiska Skrifter), vol. 8, Carl Bloms, Lund, 1976.
- Stolpe, Sven: *Christina of Sweden*, Burns & Oates, Londres, 1966.
- Suchodolski, Bogdan: «La Solitude de Descartes», *Mélanges de littérature comparée et de philologie offerts à Mieczysław Brahmner*, PWN-Éditions Scientifiques de Plogne, Varsovia, 1967, 511-520.
- Swarte, Victor de: *Descartes, directeur spirituel, correspondance avec la Princess Palatine et la Reine Christine de Suède*, Félix Alcan, Paris, 1904.
- Tabaraud, M.: *Histoire de Pierre de Bérulle*, 2 vols., Adrien Égron, Paris, 1817.
- Tallon, Alain: *La Compagnie du Saint-Sacrement*, Cerf, Paris, 1990.
- Tanaka, Hitohiko: «Où se situe le 'poète' de Descartes?» *Études de langage et littérature françaises*, 34 (Tokio, 1979), 11-18.
- Temple, William: *Nature, Man, and God*, Macmillan, Londres, 1934.
- Thibaudet, Albert, y Johan Nordström: «Un Ballet de Descartes: La Naissance de la paix», *La Revue de Genève*, 1 (1920), 163-185.
- Thouverez, Émile: «La Famille Descartes d'après les documents publiés par les sociétés savantes de Poitou, de Touraine et de la Bretagne», *Archiv für Geschichte der Philosophie*, 12 (1899), 505-528; 13 (1900), 550-577.
- «La Vie de Descartes d'après Baillet», *Annales de philosophie chrétienne*, 117 (1899-1900), 646-667; 118 (1899), 58-78, 160-176, 440-452, 523-542, 618-630.
- Tillinac, Denis: *L'Ange du désordre: Marie de Rohan, Duchesse de Chevreuse*, Robert Laffont, Paris, 1985.
- Tricht, H. W.: «Hélie Poirier, Translator of Erasmus», *Quaerendo*, 10 (1980), 153-155.
- Van der Wal, Th. Oenema: *De Mens Descartes*, A. Manteau, Bruselas, 1960.
- Van Veen, Joh: *Dredge, Drain, Reclaim! The Art of a Nation*, Martinus Nijhoff, La Haya, 1955.
- Vauciennes, Lingage de (ed.): *Mémoires de ce qui s'est passé en Suède et aux provinces voisines, depuis l'année 1645 jusques en l'année 1655: ensemble le demêlé de la Suède avec la Pologne, tirez des depeschés de Monsieur Chanut Ambassadeur pour le Roy en Suède*, 3 vols., Pierre du Marteau, Paris, 1677.
- Verbeek, Theo: *Descartes and the Dutch: Early Reactions to Cartesian Philosophy 1637-1650*, Southern Illinois University Press, Carbondale, 1992.
- «Regius et Descartes, histoire d'une rupture», *MS*, 18.
- «Regiuss *Fundamenta Physices*» *Journal of the History of Ideas*, 55 (1994), 533-551.

- *Une Université pas encore corrompue, Descartes et les premières années de l'Université d'Utrecht*, Universiteit Utrecht, Utrecht, 1993.
- Verbeek, Theo (ed.): *Descartes et Regius, autour de l'explication de l'esprit humain*, Rodopi, Amsterdam, 1993.
- *René Descartes et Martin Schoock, la querelle d'Utrecht*, Les Impressions Nouvelles, Paris, 1988.
- Vértes, Augusta O.: «Descartes chez les Lapons», *Revue de littérature comparée*, 17 (1937), 488-498.
- Villard, F.: «Le Séjour à Châtellerault des enfants Descartes», *Bulletin de la société des antiquaires de l'ouest et des musées de Poitiers*, 7 (1964), 465-466.
- Vrooman, Jack R.: *René Descartes: A Biography*, G. P. Putnam's, Nueva York, 1970.
- Wang, Leonard J.: «A Controversial Biography: Baillet's *La vie de monsieur Des-Cartes*», *Romanische Forschungen*, 75 (1963), 316-331.
- Watson, Richard A.: *The Breakdown of Cartesian Metaphysics*, ed. rev., Hackett, Indianapolis, 1998.
- «Descartes and Cartesianism», *Encyclopaedia Britannica*, vol. 15, Encyclopaedia Britannica, Chicago, 15 (1989), 588-595.
- «Descartes's Ballet?», *American Philosophical Association Proceedings*, 63, núm. 1 (1989), 10-12.
- *Descartes's Ballet: His Doctrine of the Will and His Political Philosophy*, St. Augustine's Press, South Bend, 2003.
- «The Ghost in the Machine Fights the Last Battle for the Human Soul», *Kriterion*, 94 (1996), 55-63.
- *The Downfall of Cartesianism*, Martinus Nijhoff, La Haya, 1966.
- «On the Zeedijk», *The Georgia Review*, 43 (1989), 19-32.
- *The Philosopher's Demise: Learning French*, University of Missouri Press, Columbia, 1995.
- *The Philosopher's Diet: How to Lose Weight and Change the World*, Atlantic Monthly Press, Boston, 1985; David R. Godine, Boston, 1999.
- «René Descartes n'est pas l'auteur de 'La naissance de la paix'», *Archives de philosophie*, 53 (1990), 389-401.
- *Representational Ideas from Plato to Patricia Churchland*, Kluwer Academic Publishers, Dordrecht, 1995.
- Weibull, Curt: *Christina of Sweden*, Svenska Bokförlaget Bonniers, Estocolmo, 1966.
- Williams, H. Noel: *A Fair Conspirator*, Methuen, Londres, 1913.
- Wootton, David: «Lucien Febvre and the Problem of Unbelief in the Early Modern Period», *Journal of Modern History*, 60 (1988), 695-730.
- Yates, Frances A.: *The Rosicrucian Enlightenment*, Routledge and Kegan Paul, Londres, 1972. [Versión en castellano: *El iluminismo rosacruz*, F.C.E. de España, Madrid, 1999.]

Zack, Naomi: *Bachelors of Science: Seventeenth-Century Identity, Then and Now*, Temple University Press, Philadelphia, 1996.

Zumthor, Paul: *La Vie quotidienne en Hollande au temps de Rembrandt*, The Hague Hachette, Paris, 1959.

ÍNDICE ONOMÁSTICO

- Abraham, 26
 Adam, Charles, 87, 89, 116, 117, 118,
 124, 125, 147, 172, 242, 279
 Aemilius, Antonius, 209
 Agrippa von Nettisheim, 75
 Åkerman, Susanna, 98, 278, 280, 305
 Alejandro (hermanastro de Luis XIII),
 245
 Alixan, 129
Amadis de Gaula, 66, 74, 79, 122, 199
 Ana de Austria, 234, 235, 243-247, 259,
 272
 Andreae, Johann Valentin, 99, 129
 Aníbal, 117
 Apolonio de Perga, 186
 Aquiles, 21
 Aquino, santo Tomás de, 33, 158, 217
 Ariew, Roger, 305
 Aristóteles, 16, 36, 114, 125, 139, 146,
 158, 162, 167, 198, 210, 216-219,
 232, 258
 Armand, Ignace, 71
 Arminius, Jacob, 207
 Armogathe, Jean-Robert, 305
 Arnauld, Antoine, 177, 226
 Arnold, Paul, 129
 Arquímedes, 209
 Asselyn, Jan, 198
 Atlas, 209
 Ausonio, 73, 107, 109, 127, 128
 Avaugour de Kergrois, Louis d', 145
 Avaux, conde de, 239
 Babbage, Charles, 222
 Bacon, Francis, 66, 100, 105, 158
 Bacon, Roger, 105
 Bagni, Guido di, 82, 137, 138, 142, 161
 Baillet, Adrien, 24, 47, 50, 69, 71, 72, 83,
 85, 89, 91, 96, 98, 103, 107-110,
 114, 115, 116, 118, 121, 123, 128,
 129, 135-143, 147, 151, 164, 165,
 166, 167, 172, 190, 191, 216, 228,
 229, 231, 236, 241, 263, 271-273,
 275, 284, 286, 287
 Balzac, Jean-Louis Guez de, 33, 41, 42,
 46, 112 (ilus.), 117, 124, 129,
 136, 155-156, 166, 173, 243, 270
 Bannius, Jean Albert, 177, 227, 237
 Barbier, Alfred, 62
 Barrès, Maurice, 178
 Barthélemy de la Vau, 48
 Batelier, Jean, 211
 Baviera, duque de, 101, 103, 114
 Beaugrand, Jean de, 169, 191
 Beaulieu, Antoine, 280
 Beaune, Florimond de, 123, 187, 229
 Beauvon, marqués de, 83, 84
 Bechtel, William, 306
 Beck, David, 167
 Beeckman, Isaac, 54, 85-91, 96, 97, 102,
 111, 113, 126-128, 135, 142, 149,
 152, 171, 182, 184, 206
 Belin, François, 284
 Berlikum, Andreas van, 188
 Bérulle, Pierre de, 29, 35, 58, 137-138,
 140-144, 147, 157, 240

- Beys, Charles de, 276, 277
 Beyssade, Jean-Marie, 305
 Bignon, 272
 Billy *el Niño*, 84
 Bitault, Jean, 125
 Bloemart, Augustin Aelstein, 167, 177, 227
 Bocalini, Traiano, 106
 Boecio, 273
 Bonenfant, Jacques I, 53
 Bonenfant, Jacques II, 53
 Borel, Pierre, 138
 Bos, Erik-Jan, 305
 Bossuet, Jacques Bénigne, 58
 Boüexic, Claude du, 228, 231, 267
 Bouillon, Henri de la Tour, 147
 Bourdin, Pierre, 177, 228, 232
 Bourdon, Sebastien, 250
 Bouteville, François de Montmorency, conde de, 84
 Bracken, Harry, 305
 Brahe, Tycho, 65
 Brasset, Henri de, 46, 168, 220, 223, 265, 268, 277, 279
 Brégy-Flexelles, conde de, 120, 271-273, 276-277, 281-282
 Brochard, Aymé, 48
 Brochard, Jean, 48
 Brochard, Jeanne; *véase* Jeanne Brochard Descartes,
 Brochard, Jeanne Sain (abuela de R. D.), 49, 52-54, 67
 Brochard, Prégente, 48
 Brochard, René I (abuelo y padrino de R. D.), 49, 52
 Brochard, René II, 49, 52, 77, 130
 Brunati, Antonio, 253
 Bruneau, Pierre, 49
 Bruno, Giordano, 65
 Bruno, Henrik, 224
 Bucquoy, conde de, 114
 Buda, Gautama, 23
 Burman, Frans, 225, 258, 283
 Bussy, marqués de, 83
 Buxton, Harry Wilmot, 222
 Cadhilac, Paul-Émile, 165
 Calipso, 266
 Calvino, Juan, 26, 163, 172, 177, 193, 203, 207-209, 211, 212, 214, 232
 Cándido, 197
 Carcavi, Pierre de, 256
 Carlomagno, 117
 Carlos I, rey de Inglaterra, 99, 101, 144, 197
 Carlos V, rey de Francia, 47
 Carlos Luis, príncipe del Palatinado, 199, 230, 253, 260, 266
 Catalina de Médicis, reina de Francia, 50
 Catalina, electora de Brandemburgo, 199
 Caterus, Johannes, 177
 Caton, Hiram, 216, 305
 Caus, Salomon de, 100
 Cavendish, William; *véase* Newcastle
 Cervantes, Miguel de, 66, 74
 César (hermanastro de Luis XIII), 245
 Chabert, Claude, 305
 Chalais, Henri de Talleyrand-Périgord, conde de, 125, 245-246
 Chandoux, 82, 137-139
 Chanut, Hector-Pierre, 27, 45, 65, 124, 133, 138, 149, 154, 168, 202, 236-238, 242, 247, 248, 249, 252-254, 257-267, 268, 271-273, 283-286
 Chapelles, Rosmaduc, conde de, 84
 Charlet, Étienne, 48, 68, 69, 232
 Charlet, Radegonde, 48
 Charron, Pierre, 74, 169, 174
 Chastillon, Gaspard de, 80, 147
 Chenault, René, 77
 Chevreuse, Claude de Lorraine, duque de, 234
 Chevreuse, Marie de Rohan, duquesa de, 234-236, 245, 246
 Chinski, Eric, 305
 Cicerón, 73, 187
 cíclope, 169
 Circe, 266
 Clauberg, Johannes, 225
 Claves, Étienne de, 125
 Clavius, Christopher, 76
 Clerselier, Claude, 27, 133, 138, 139, 140, 141, 143, 168, 172, 176, 191, 216, 217, 218, 236-238, 239, 247, 258, 286
 Cohen, Gustave, 116, 118, 146
 Cohen, Morris Raphael, 14
 Cole, John R., 88, 90, 111, 121, 125, 127-129, 131, 138, 143, 145

- Colvius, Andreas, 91
 Comenius, Jan Amos, 58
 Concini, Concino, 234
 Condé, primo de Luis XIV, 246
 Condren, Charles de, 233
 Converse, Philip E., 306
 Copérnico, Nicolás, 232
 Corneille, Pierre, 154
 Cory, Stephen, 306
 Coton, Pierre, 71
 Cratchit, Bob, 181
 Cristina, reina de Suecia, 40, 145, 154,
 167, 202, 238, 243, 248, 249, 250
 (ilus.), 251-253, 259, 260-264,
 270, 271-274, 276, 278-279, 282,
 283
 Cupido, 276
 Cutler, Preston S., 306
- d'Estragues, Henriette, 234
 d'Estrées, César, 239, 272
 d'Étoiles, Madame Vasseur, 123
 d'Étoiles, Vasseur, 121, 123, 157
 Dalibray, Charles Vion de, 240
 Danforth, William, 306
 David, 247
 Dédalo, 209
 Dedel, rector, 188
 Des Broses, Pierre, 73
 Desargues, Gérard, 76, 186
 Desbarreaux, Jacques Vallée, 124, 228,
 229
 Descartes, Anne (hermanastra de R. D.),
 46, 65, 227
 Descartes, Anne Morin (madrastra de
 R. D.), 59, 64, 67
 Descartes, Catherine (hija de Pierre),
 145, 285, 286
 Descartes, Claude (hermanastro de R. D.),
 65
 Descartes, Claude Ferrand (abuela de
 R. D.), 47-49, 51, 60, 63
 Descartes, Francine (hija de R.D.), 162,
 163, 171-176, 178, 209, 227, 256,
 286
 Descartes, François (hermanastro de
 R. D.), 65
 Descartes, Giles, 47
 Descartes, Jeanne (hermana de R. D.),
 46, 49, 52, 60, 81, 145, 230
 Descartes, Jeanne Brochard (madre de
 R. D.), 45, 47-49, 52-53, 59-60,
 115
 Descartes, Joachim (hijo de Pierre), 49,
 65, 123, 136, 273
 Descartes, Joachim I (padre de R. D.),
 47, 49, 51, 52, 59, 64, 67, 68, 70,
 74, 79, 80, 120-122, 125-128,
 145, 178, 227, 239, 246, 273
 Descartes, Joachim II (hermanastro de
 R. D.), 46, 49, 65, 67, 80, 121,
 145, 230, 246
 Descartes, Pierre (abuelo de R. D.), 47,
 48, 50
 Descartes, Pierre (hermano de R. D. fa-
 llecido durante el parto), 52
 Descartes, Pierre (hermano vivo de R.
 D.), 46, 49, 52, 60, 67, 68, 70, 72,
 79, 81, 111, 114, 122, 136, 145,
 178, 228-231, 239, 246, 273, 284
 Descartes, René (hijo de Joachim II), 230
 Descartes, René, *passim* e índice temático.
 Deschamps, escudero, 147
 Deschartes, 47
 Desmons, Antoine, 49
 Desquartes, Gilles I, 47
 Desquartes, Gilles II, 47
 Desquartes, Pierre, 47
 Dewey, John, 15, 77
 Diana, 100, 276, 277
 Dinet, Jacques, 171, 177, 211, 214, 228,
 231, 232
 Du Perron, Jacques Davy, 82, 85, 143,
 176
 Du Perron, sieur —o señor del Perron—
 (René Descartes), 82, 83, 115, 143,
 214
 Duhesme, señor, 53, 54
 Duvau, Jules, 53
- Eduardo, príncipe de Bohemia, 134
 Einstein, Albert, 19
 Elzevirium, Ludovicum, 228
 Empédocles, 273
 Enrique de Navarra; véase Enrique IV
 Enrique III, príncipe de Orange, 154
 Enrique III, rey de Francia, 82, 154, 193
 Enrique IV, rey de Francia, 61, 62, 65,
 67, 70-71, 73, 81, 82, 83, 94, 173,
 234

- Enriqueta, reina de Inglaterra, 101, 144
 Epicteto, 253
 Epicuro, 273
 Epistemón, 229
 Ernesto Augusto, rey de Hanover, 195
 Estienne, Henri, 273
 Eudoxo, 229
 Eustache de Saint-Paul; *véase* Feuillant

 Faulhaber Johannes, 93, 97, 103-105, 107, 111
 Federico Enrique, príncipe de Orange, 80, 147, 154, 188, 208, 214, 219, 220, 223, 224
 Federico V, rey de Bohemia, 98, 99, 100-103, 114, 193, 196, 252
 Felicidad, 276
 Felipe III, rey de España, 95
 Felipe, príncipe del Palatinado, 199
 Fermat, Pierre de, 182, 186, 189
 Fernando II, emperador del Sacro Imperio, 93-95, 101, 103, 193, 195, 199, 232
 Ferrand, Antoine I, 48
 Ferrand, Antoine II, 49
 Ferrand, Claude; *véase* Claude Ferrand Descartes
 Ferrand, Jacques, 49
 Ferrand, Jean I, 48, 50-51
 Ferrand, Jean II, 50, 51
 Ferrand, Louis, 49
 Ferrand, Martine, 48
 Ferrand, Michel I (padrino de R. D.), 49, 51-52, 60, 61, 62 (ilus.), 63, 67, 248
 Ferrand, Michel II, 49, 120, 246, 248
 Ferrand, padre, 231
 Ferrand, Pierre, 49
 Ferrier, Jean, 77, 151-153, 156, 158, 175
 Feuillant, Estache de Saint-Paul, 65, 233
 Flemming, Hermann, 263, 265, 266
 Flessel, de, 275
 Fonseca, Petrus, 75
 Fontanier, Jean, 146
 Fortuna, diosa, 264
 Fournet, François, 75
 Fournier, Georges, 233
 Francisco I, rey de Francia, 48
 Franco, Anne-Marie, 306
 François, Jean, 75-76, 233
 Frédérrix, Pierre, 141, 157
 Freinshemsius, Johannes, 253, 265, 266, 269, 273, 276

 Gabbey, Alan, 131
 Galeno, 57
 Galileo Galilei, 73, 75, 87, 116, 147, 160, 162, 173, 174, 200-201, 231, 289
 Garber, Daniel, 305
 Gardie, Magnus Gabriel de la, 253
 Gass, William H., 305
 Gassendi, Pierre, 146, 152, 158, 162, 177, 180 (ilus.), 226, 232, 238, 239, 256, 284
 Gaston, señor, 125, 151, 235, 245
 Gaukroger, Stephen, 27
 Gibieuf, Guillaume, 74, 233
 Gibson, Roger, 306
 Gillot, Jean, 76, 181, 213
 Glarges, Cornelis de, 202
 Goclenius, Rudolf, 131
 Godine, David R., 306
 Goliat, 247
 Golius, Jacob, 153, 159, 188
 Gomarus, Franciscus, 207
 Gonzaga, Ana de, 134
 Gonzaga, Luisa María de, 271
 Grison, cura, 52
 Guillermo I el Silencioso, príncipe de Orange, 101
 Gustafsson, Lars (de Orebro), 305
 Gustavo Adolfo, rey de Suecia, 251, 299
 Gutschovven, Gérard, 76

 Habert, Germaine, 240
 Haldane, Elizabeth S., 73
 Hall, Robert E., 130, 131
 Hals, Frans, 166-167
 Hardy, Claude, 189
 Harrison, James, 306
 Harvey, William, 232
 Hauterive, marqués de, 147
 Hawlitschek, Kurt, 105, 305
 Heereboord, Adriaan, 217-219, 224
 Heidanus, Abraham, 225
 Heinsius, Daniel, 270
 Huxley, Aldous, 295
 Heinsius, Nicholas, 270, 271
 Hellemans, C., 167

- Henderson, Bill, 306
 Henry, Patrick, 305
 Héroard, Jean, 57
 Hipócrates, 57
 Hobbes, Thomas, 177, 239
 Hogeland, Cornelius van, 102, 178, 212, 237, 281
 Hooke, Robert, 153
 Hoolck, Gisbert van der, 213
 Horacio, 73, 283
 Hortensius, Martin, 153, 271
 Hubaille, Marie, 47
 Huet, Pierre-Daniel, 167
 Huygens, Christiaan, 188
 Huygens, Constantijn, 153, 154, 166, 167, 169-170, 178, 188, 215, 218-220, 222, 223 (ilus.), 224, 227, 231-233, 237, 254, 275
 Hydaspe, 156

 Isabel Estuardo, reina de Bohemia, 98-102, 223, 271
 Isabel II, reina de Inglaterra, 195-196
 Isabel, princesa de Bohemia (princesa del Palatinado), 45, 77, 84, 98, 103, 134, 156, 170, 184-185, 188, 191, 192 (ilus.), 193-202, 203-205, 223, 226, 231, 234, 237, 242, 243, 252, 259, 261, 262, 265, 269, 270, 271, 281, 286, 294
 Israel, Martin, 306

 Jacobo I, rey de Inglaterra, 65, 101
 Jama, Sophie, 130
 Janowski, Zigniew, 305
 Jans, Helena, 37, 162, 163, 173-176, 178, 209, 237, 286
 Janssonius, Jean, 280
 Jenofonte, 273
 Jesucristo, 26, 45, 99, 110, 169, 213, 238
 Johnson, Lyndon, 286
 Jorge I, rey de Inglaterra, 195
 Justiniano, 127

 Kant, Immanuel, 296
 Kasparov, Gary, 219
 Kennedy, John F., 95, 286
 Kennedy, Robert, 286
 Kepler, Johannes, 289
 Kierkegaard, Søren, 299
 Kirkebøen, Geir, 305
 Kleingeld, Pauline, 305

 l'Espinay, Jacques de, 199
 La Bruyère, Jean de, 58
 La Fontaine, Jean de, 17
 La Forge, Louis de, 298
 Labadie, Jean de, 205
 Labrousse, Elisabeth, 305
 Ladislao IV, rey de Polonia, 193, 271
 Lalanne, abate, 53
 Lardner, Ring, 295
 Lécuyer, Raymond, 165
 Legrand, 27, 281
 Legrand, Jean-Baptiste, 27
 Leiber, Justin, 305
 Leibniz, Gottfried Wilhelm von, 20, 107, 128, 129, 183, 197, 258
 Lennon, Thomas, 305
 Leonor de Austria, reina de Francia, 48, 50
 Lievens, Jan, 167, 223, 285
 Limousin, 76
 Lindberg, Stanley W., 306
 Lindzey, Gardner, 306
 Lipstorp, Daniel, 103, 140
 Llull, Ramón, 75, 97, 102
 Locke, John, 296
 Luis XIV, rey de Francia, 147, 177, 231, 235, 241, 244, 245, 249, 262, 272
 Lucrecio, 273
 Luis XIII, rey de Francia, 57-59, 65, 81, 83, 101, 124, 135, 137, 142, 143, 151, 166, 231, 233-235, 244-246
 Luisa, princesa del Palatinado, 199
 Lutero, Martín, 26, 99
 Luynes, Charles-Louis d'Albert, duque de, 233, 235, 246, 258, 272
 Luynes, Charles-Louis d'Albert, hermana de, 235
 Luynes, Honoré d'Albert, duque de, 81, 124, 233, 234

 M..., Mademoiselle, 260
 Macias, Edward, 306
 Mahoma, 26
 Maia-Neto, José-Raimundo, 305
 Maier, Michael, 106
 Malebranche, Nicolas, padre, 16, 301
 Malescot, señor de, 267
 Manders, Kenneth, 305

- Marcuse, Herbert, 25
 Marcheville, M. de, 152
 María de Médicis, reina de Francia, 65, 81, 143, 234
 María Leonor de Brandeburgo, reina de Suecia, 251-252
 Marion, Jean-Luc, 305
 Marte, 276
 Martigny, de, 272
 Marx, Karl, 23, 179
 Mauricio de Nassau, príncipe de Orange, 35, 80, 81, 83, 100, 101, 102, 133, 154, 182, 184, 186, 193, 208, 220
 Mause, Lloyd de, 57
 Mazarino, Jules o Giulio, 235, 236, 241, 242, 244-247, 249, 252, 258, 259, 272, 276
 McDowell, Att, 305
 Mead, Shepard, 295
 Meilleraye, Charles de la Porte de la, 241
 Melissa, 279
 Mensier, Philippe, 305
 Mersenne, Marin, 33, 74, 87, 89, 91, 122, 132 (ilus.), 134, 135, 136, 144, 146, 149, 151, 153, 154, 159, 160-161, 169, 175, 176, 178, 179, 182, 184, 189-191, 211, 212, 226, 228, 229, 231, 232, 239, 243, 246, 254, 256, 269
 Mesland, Denis-Pierre, 233, 238
 Metius, Adrien, 150
 Metius, Jacques, 150
 Middleton, Fenella, 305
 Milan d'Astis, Jules de, 53, 55
 Moisés, 26
 Molière, 293
 Monroe, Marilyn, 296
Monsieur Grat (perro de R. D.), 159, 160, 168
 Montaigne, Michel Eyquem de, 74, 169, 174
 Montbazon, duque de, 71
 Montigny, François, 240
 Montigny, René de, señor de Beauregard, 240
 Montmorency, François de; véase Bouteville,
 Montmorency, Henri de, 124, 235
 Montmort, Habert de, 254, 272, 284
 Montpensier, Henri de, 50
 More, Henry, 203
 Moreelse, Paulus, 235
 Morin, Anne; véase Anne Morin Descartes,
 Morin, Jean, 59
 Moulins, Jean de, 49
 Moulins, Jeanne Brochard de, 49, 53
 Moyal, Georges, 305
 Murdoch, Dugald, 305
 Mydorge, Claude, 123, 151, 184, 189, 229
 N., señor (en el sueño de R. D.), 108
 N., señor (en Leiden), 134
 Nadler, Steven, 305
 Napoleón Bonaparte, 10
 Naudé, Gabriel, 122, 161, 252, 258
 Nérée, Jean de, 80
 Newcastle, William Cavendish, marqués de, 140, 203, 237
 Newman, Charles, 305
 Newton, Isaac, 19, 20, 37, 184
 Nixon, Richard, 286
 Nordström, Johan, 280
 Oldenbarendvelt, Jan van, 80, 208
 Ortegem, Matthijs van, 305
 Ovidio, 73, 106
 Oxenstiern, Axel, 251-253, 279
 Pagès, Frédéric, 168
 Pailleur, le, 240
 Palas Atenea, 274, 276
 Pappus de Alejandría, 159, 176, 185, 190
 París, 260
 Parthenie, 129
 Pascal, Blaise, 19, 20, 58, 59, 76, 110, 181, 185, 239, 240, 255, 280, 284
 Pascal, Étienne, 76, 189
 Pascal, Jacqueline, 240
 Petit, Pierre, 169, 178, 199, 270, 286
 Petrarca, 171
 Picot, Claude, 36, 133, 160, 203, 228-231, 233, 239, 243, 244, 254, 256, 267, 271-272
 Pitágoras, 109, 127
 Plauto, 104
 Plempius, Fortunatus Vopiscus, 158-159, 217
 Poirier, Hélié, 276, 277, 279-281

- Poisson, Jeanne, 47
 Poisson, Nicolas, 122
 Poliandro, 229
 Polibio, 104, 106
 Pollot, Alphonse de, 147, 193, 200, 220, 223, 237, 255, 256
 Popkin, Richard H., 305
 Porlier, 259
 Porta, Giambattista della, 75
 Poseidón, 100
 Pourbus el Joven, 173
 Pretina, Michael, 306

 Quaiar, Anna Maria, 306

 Racy, Jean de, 176, 178, 219, 225
 Ramus, 182
 Raichel, Marcus, 298
 Rapin, René, 49
 Rasseteau, Louise, 48
 Rasseteau, Pierre, 48
 Ravailac, François, 70
 Reagan, Ronald, 107
 Regius, Henry, 152, 153, 176, 206 (ilus.), 208-211, 215, 216, 219, 224, 237
 Rembrandt Harmensz van Rijn, 20, 154, 159, 160
 Rembrantsz, Dirck, 77, 287
 Reneri, Henry, 150, 153, 178, 209
 Revius, Jacob, 61, 217, 219, 224
 Richelieu, Armand Jean du Plessis, du-
 que de, 29, 37, 81, 95, 135, 137, 142-144, 147, 153, 226, 234, 242, 245
 Richeome, Louis, 65-66, 116
 Ripley, Robert Leroy, 39
 Rivet, André, 213
 Roberval, Giles Personne de, 157, 169, 181, 182, 184-187, 189-191, 217, 239, 240, 255, 284
 Rodis-Lewis, Geneviève, 27, 305
 Rogier, François, 49, 246
 Rogier, Pierre de Crévis, 145, 229, 230
 Rohan, Henri de, 174, 234
 Rohan, Hercule de, 234
 Rohan, Marie de; véase Chevreuse, du-
 quesa de,
 Rohan, Soubaise de, 234
 Roman, Adrien, 85
 Rorty, Richard, 15

 Rosa, Susan, 305
 Rosay, Madame du, 122, 162
 Rosencreutz, Christian, 99, 129, 130
 Ross, David, 72
 Rousseau, Jean-Jacques, 179
 Rowlan, Alan, 306
 Roy, Jean-Henry, 44, 55, 62, 305
 Russell, Bertrand, 11
 Rybalka, Maya, 305
 Rybalka, Michel, 305
 Ryer, François du, 283

 Sain, Claude, 49, 52
 Sain, Jean, 49, 52
 Sain, Jeanne Proust (madrina de R. D.), 49, 52
 Sain, Pierre, 49, 52
 Sain, René, 49, 115, 116
 Saint-Croix, M. de, 181
 Sainte Susanne, barón de, 71
 Saint-Simon, barón de Courtmour, 80
 san Andrés, 99
 san Francisco de Paula, 122
 san Francisco de Sales, 58
 san Ignacio de Loyola, 130
 san Jorge, 52, 99
 san Juan (evangelista), 212
 san Martín, 125, 130
 san Mateo (evangelista), 212
 san Renato, 130
 Saumaise, Claude de, 32, 175, 178, 213, 216, 242, 243, 253, 271
 Scarbrough, Carl W., 305
 Schiller, Jerome, 305
 Schimmelpenninck, Alexandre, 30, 305
 Schneider, Ivo, 105, 305
 Schoock, Martin, 211-214
 Schooten, Frans I, 188
 Schooten, Frans II, 52, 166, 178, 187, 201 (ilus.), 287
 Schotanus, Bernard, 188
 Schulter, Henry, 268, 283, 284, 287
 Schurman, Anna Maria van, 150, 176, 205, 269
 Schurman, Jean Godschalk, 150
 Schurman, Madame, 150
 Schuurman, Paul, 305
 Scott, Robert A., 306
 Sebba, Grebor, 305
 Séneca, 73, 202, 253

- Shakespeare, William, 100
 Shea, William R., 185
 Silhon, Jean de, 124, 174, 242, 243, 246
 Simonoff, Eric, 305
 Sims, Susan H., 305
 Sjaerdemas, 30
 Snell van Royan, 184
 Sócrates, 26, 45, 84, 136, 275
 Soffa, princesa del Palatinado, 195
 Soly, Michel, 228
 Sorbière, Samuel, 238, 268, 270, 286
 Spanheim, Frederick, 224
 Spinola, Ambrogio di, 80, 186
 Spinoza, Baruch, 303
 Stampioen, Johan II, 187, 188
 Stewart, William M. C., 279
 Stiernhielm, Georg, 276
 Striksma, 35
 Stuart, Adam, 219
 Sully, Maximilien de Béthune de, 62
 Switzer, 34

 Tácito, 253
 Tales, 273
 Talleyrand-Périgord, Henri de; *véase* Chalais,
 Tannery, Paul, 279
 Tarin, Jean, 68
 Tarzán, 296
 Temis, 106
 Tenneur, Jacques Le, 242
 Thomas, Emma Lewis, 305
 Thuillerie, Gaspard Coignet de la, 214, 252, 259, 264, 279
 Tiny Tim, 181
 Toletus, Francisco, 75
 Torricelli, Evangelista, 236
 Touchelaye, 229
 Touchelaye, M. de, 229
 Tour, Frédéric de la, 147
 Tour, Tourenne de la, 147
 Trenandan, señor de, 267
 Trigland, Jacob, 217, 218
 Trinkaus, Erik, 164, 305
 Tulp, Claes Pieterszoon, 20, 159
 Tyler, Ralph W., 306

 Ulises, 209, 286
 Urbano VIII, papa, 160

 Vanini, Lucillio, 146, 211
 Varenne, Guillaume Fouquet de la, 71
 Varrón, 273
 Vatie, Antoine, 233
 Vendôme, duque de, 245
 Verbeek, Theo, 213, 216, 219, 305
 Verneuil, Gabrielle de, 234
 Verthamont, de, 272
 Viau, Théophile de, 124, 133, 260
 Viète, François, 85, 184, 186, 190
 Villebressieu, Étienne de, 64, 135, 137-139, 142, 157
 Villon, Antoine, 125
 Virgen María, 99, 110, 195
 Virgilio, 73, 253
 Voetius, Gisbertus, 128, 133, 152, 153, 168, 169, 171, 175, 177, 178, 202, 208, 210-214, 215 (ilus.), 216, 224, 228, 232, 269
 Voltaire, François Marie Arouet, 197
 Voss, Steven, 305
 Vossius, Gerhard Johannes, 263, 265, 270
 Vossius, Isaac, 262, 263, 270
 Voyette, Louis de la, 178

 Wassenaer, Jacques de I, 106, 188
 Wassenaer, Jacques de II, 187, 188
 Watson, Anna, 305
 Watson, Patty Jo, 30, 41, 63, 72-73, 82, 105, 117-119, 120, 164, 173, 213, 277, 305
 Weenix, Jan-Baptist, 166, 167
 Whistler, James Abbott McNeill, 116
 Wiersma, Gerhardus, 305
 Wilde, Oscar, 116
 Wilhelm, David Le Leu de, 154
 Wrighton, Marc, 306

 Yates, Frances A., 98, 99, 102

 Zenón de Elea, 21
 Zurk, Antoine Studler van, 160, 178, 224, 237, 267, 268

ÍNDICE TEMÁTICO

- abdicación de la reina Cristina, 252, 276
- aborto natural de Ana de Austria, 234-235
- aborto, 19
- abuela de RD, 48, 49-50, 52, 53, 54, 60, 82
- abuelo de RD, 47, 50, 51
- Académie Royal des Sciences, 191, 242
- actores, 149, 196, 244
- ADN, 19, 164
- Advertencia contra las alimañas rosacruces*, 102
- aguardiente, 204, 283, 287
- aire malo, 39, 42, 117, 155, 189
- Alemania, 35, 41, 86, 90, 95, 97, 104, 105, 111, 114, 115, 199, 274, 282, 283
- álgebra, 21, 273
- Alkmar, 33
- alma y espíritu, 13, 16, 17-19, 23, 47, 99, 126, 135, 159, 172, 174, 203, 210, 216, 284, 286, 289-291, 293-297, 298-300, 302, 303
- almas incorpóreas, 13, 298, 302-303
- Alpes, 96, 115, 117-118
- alquimia y alquimistas, 37, 75, 97, 99, 105
- Amadís de Gaula*, 66, 74, 79, 122, 199
- ambientalistas y ambientalismo, 23, 24
- Amersfoort, 33, 175, 227
- amor y odio, 260
- amor, 89, 199, 252, 260
- amores de Melissa, Los* (Poirier), 279
- Amsterdam, 20, 33, 80, 150, 151, 153, 157, 159, 165, 176, 208, 219, 228, 268, 277, 279, 280, 281
- anabaptistas, 134
- análisis lingüístico, 15
- análisis matemático, Apolonio de Perga, 186
- anatomía, 18, 20, 77, 158-159, 182, 184
- androides, 16
- anestesia, 50
- ángeles, 29, 99, 294
- Angers, 68
- ángulos, división de, 85
- ángulos, trisección de, 105
- animales en la Luna, 151, 290
- animales no humanos, 18, 23
- animales, 17-19, 58, 159-160, 178, 290
- animismo, 293
- anonimato, 156
- Antiguo Régimen, 147
- Antiguo Testamento, 12, 269
- apologética, tradición, 27
- apuestas, 81, 83, 114, 121, 166, 268
- arco iris, 32, 145, 159, 176, 184
- arco reflejo, 292
- Archivos Nacionales de Francia, 48
- aristotelismo, 23, 36, 105, 136, 138, 139, 146, 158, 162, 198, 200, 210, 216, 217, 219, 231, 258, 293
- Aritmética y geometría prácticas* (Metius), 150
- aritmética, 12, 77, 90, 113, 139, 181
- arquitectura militar, 35, 74, 81, 116

- arte de la esgrima (RD), 167-168
 artesanos, 77
 Ártico, 249
 asesinato de Enrique IV, 65, 70, 71
 asesinato de Jacques de l'Espinay, 199
 asesinato o ejecución de príncipes y reyes, 114
 asignación de RD, 81
 astrología y astrólogos, 23, 37, 75, 97, 105, 271
 astronomía y astrónomos, 77, 113, 271, 287, 289-290
 ateos y ateísmo, 19, 25, 26, 36, 133, 136, 143, 146, 208, 210, 216, 217, 238, 297
 atomismo, 177
 átomos, 11, 22
 atrabilis, 57
 Austria, 35
 autobiografía de RD, 107, 150, 173
 autómatas, 17
 autopsia, 50
 autoridad, 9-10
 avalanchas, 117
avance del saber, El (Bacon), 66, 105
Avisos del Parnaso (Boccalini), 106
 ayudas de cámara, 69, 76, 77, 96, 123, 181, 213, 244, 283
 azotaina, 57
- ballet, 253-254, 273-281
 bancarrota, RD en, 267
 baños fríos, 57
 barba y bigote al estilo Luis XIII, 166
 barómetro, 240, 272, 280
 barras paralelas, 70
 baúles que RD dejó en Amsterdam, 175-176, 212, 281
 bautismo, 37, 52-53, 65, 163, 209
 Baviera, 35, 101-102, 114, 196
 Béarn, 81
 Beauvis, 228
 bebida, 81, 82, 83
 Berlín, 199, 200, 204
 Biblia, 33, 167
 biblioteca de RD, 238
 bibliotecarios, 252, 253, 258, 263, 271, 279-280
 Bibliothèque Nationale, 279-280
 bien soberano, 261
- Big Ball of Wax, The* (Mead), 295
 bilis, 57
 biografía, 26, 27
 biología molecular, 9
 biología, 292
 bizca, 45-46, 61
 Blois, 123, 229
 Bobinière, La, 115
 bodas del dux con el mar Adriático, 116
bodas químicas de Christian Rosencreutz, Las (Andreae), 99, 100, 129-130
 Bohemia, 35, 45, 98, 100, 101, 102, 105, 114, 193, 223, 231, 232
 bolos, 70
 bomba atómica, 9, 45, 297
 Bosnia, 299
 Bourdin, «R a la séptima objeción» de (RD), 228
 Braguerie, La, 120
 Bramans, 117
 Brandeburgo, 199, 252, 265
Brave New World («Un mundo feliz», Huxley), 295
 Breda, 54, 81-83
 Bretaña, 35, 49, 111, 124, 125, 136, 145, 227, 228, 229, 230, 231, 239, 245, 246, 267
 Brétallière, La, 120
 Buckingham, palacio, 195
 budismo, 23
 buena voluntad, 74
 buenos pensamientos, 196, 197, 204
 busca de la verdad en RD, 229
- Caballeros de la Fe Infinita (Kierkegaard), 299
 caballeros, 74
 caballos, 63, 68, 199, 252, 274
 cadáveres humanos, 20, 159
cadet (hermano menor), 64, 115, 151, 230
 Caída del Hombre, 208
 Calais, 202
 calculadora, 181, 222, 239-240
 cálculo, 21, 43, 183
 cálculos biliares, 50
 Calipso, 266
 calvinistas ortodoxos, 171, 207, 208, 214

- calvinistas y calvinismo, 38, 80, 134,
163, 168, 172, 177, 193, 203,
207, 208, 211, 212, 214, 216, 232
- cámaras de gas, 23, 25
- canales, 96, 198, 213
- Candelaria, 283
- Cándido* (Voltaire), 197
- capitalismo, 24, 38
- carestía, 25, 96
- Carolina Rediviva, 279
- Carta a Voetius de RD*, 133, 171, 211-214
- «Carta de disculpa a los magistrados de Utrecht» (RD), 215
- carta de RD a Dinert, 171, 177, 211, 214, 232
- cartas de Balzac, 136-137
- cartas de Helena a RD, 175, 176, 281
- cartas de Huygens a RD, devueltas y perdidas, 222
- cartesianismo, 25, 152, 208-209, 216, 258, 291
- casa natal de RD, 44
- casas olímpicas, 106
- castidad, 171
- catedral de Tours, 47
- católicos y catolicismo, 10, 20, 27, 29, 37, 46, 52, 61, 62, 63, 70, 74, 81, 82, 94, 95, 101-103, 107, 114, 117, 134, 177, 193, 200, 202, 208, 211, 217, 226, 234, 251, 266
- causación, 294-295, 300
- cavernas, 64, 118
- caza, 33, 81, 237
- cebada, 41
- celibato, 172
- cementerio luterano, 27
- cenizas de Enrique IV y María de Médici, 73
- cerebro, 9, 12, 25, 291-294, 297, 298-301
- certidumbre, 10, 13-16
- cielo, 13, 207, 261, 284, 299
- ciencia, 9, 12, 22, 24, 25, 87, 100, 106, 109, 113, 126, 127, 136, 231, 232, 299
- ciencias naturales, 87, 97, 102, 113, 128, 133, 217
- cine de la mente, 293, 295, 296, 297
- City College, Nueva York, 14
- ciudadanía sueca, 272, 283
- ciudades libres, 61
- civilización, 156
- clima, 24, 42, 117, 140, 141
- Código de Justiniano, 127
- Cogito, ergo sum* (Pienso, luego existo), 14, 30, 217, 243
- colegio de La Flèche, 59, 60, 65, 69-70, 72-75, 116, 231, 233
- colegio jesuita de Clermont, 70, 233
- Collège de France, 182, 190
- combate, entrar en, 22, 81, 94, 103, 257
- comedia, 129
- Comentarios sobre Descartes* (Lipstorp), 140
- comercio, 24, 95
- Compañía del Santo Sacramento, 29
- Compañía Holandesa de las Indias Orientales, 65, 268
- compás, 105, 184
- compasión, 25
- Compendio de música* (RD), 87-89, 182
- comunidad, 24, 25
- comunión, 236, 283, 286
- concepción de Francine, 162, 172-173
- concepción de Luis XIV, 235
- conciencia (de sí), 14, 16, 17-18, 23, 203, 291, 294, 295, 300, 302
- conciencia (moral), 140, 142, 143
- conductismo, 18, 293
- confesión de la Orden de Rosacruz, La*, 98, 99
- confesión, 286
- conservación de la energía, 20
- conservación del movimiento, 19, 20
- conspiración, 143, 234, 245-246
- Constantinopla, 152
- control de la naturaleza, 16, 18, 22, 105, 159, 293, 297-298
- conversaciones entre Burman y RD, 225
- coordenadas cartesianas, 21, 76, 186
- Copenhague, 90
- copernicana, tesis, 65
- corazón de Enrique IV, 61, 70, 71, 73
- corazón, 18, 23, 25, 61, 70, 71, 73
- coronación de Fernando II, 93, 95
- coronación de la reina Cristina, 276
- Corpus juris civilis*, 127
- Corpus poetarum*, 73, 108-109, 127
- corte bohemia, 199, 223
- corte francesa, 244, 249, 255, 256, 259, 260, 262, 272

- cortesano, RD como, 147, 244, 249, 254, 261-263, 269
- cosificación, 24
- costumbres, respeto por las, 106
- Courgère, 120, 228
- cráneo de RD, presunto, 164
- Crévis, 145, 229
- criaturas y creación, 290
- cristianos y cristianismo, 10, 18, 58, 74, 153, 290, 291, 299
- cruz de San Andrés, 99
- cruz, 99
- cuadrivio, 113
- cuerpos en caída, 86
- cuerpos en movimiento, 71, 114, 159, 300
- cuerpos, 10, 11, 16-20, 45, 86, 113-114, 193, 210, 238, 286, 290-296, 298-303
- cultura occidental, 289
- Cupreberg, 253
- cura ateo, 36, 133
- Château Neuf, 73
- Châtellerault, 47, 48, 49, 50, 55, 60, 61, 62, 63, 65, 67, 68, 82, 120, 121, 135, 137, 146, 228, 231, 248
- Chavagne-en-Sucé, 65, 79, 229
- Chechenia, 299
- Chenevières-sur-Marne, 279
- China, 169
- chispas, 108, 109, 186
- Dam, 153
- De la inflamación del riñón y los cálculos biliares* (Ferrand I), 50
- debates, 76, 125, 210, 232-233
- decapitación de Carlos I, 234
- decapitación de Oldenbarnevelt, 80, 208
- dedicatoria de libros de RD, 200, 201-202, 231, 232, 273
- defenestración de Praga, 94, 101
- deístas y deísmo, 136, 146
- democracia, 9
- demonio, 12, 43, 84, 109, 297
- Demonología* (Jacobo I), 65
- derecho y abogados, 50, 51, 67, 77, 81, 125, 126, 127, 135, 230, 258
- derechos de la naturaleza, 23
- derechos de los animales, 24
- desacralización, 16
- Descartes - His Life and Thought* (Rodis-Lewis), 27
- Descartes et la Princesse Elisabeth* (Petit), 199
- Descartes: An Intellectual Biography* (Gaukroger), 27
- Descripción del cuerpo humano* (RD), 160
- descubrimiento maravilloso de RD, 110, 113-114, 135
- descubrimiento vs. invención en matemática, 184
- deseos, 16, 170
- desierto, 33, 155, 168
- desobediencia civil, 26
- destete, 57
- determinismo, 301, 302, 303
- deudas de RD, 267-268
- Deventer, 37, 153, 163, 171, 209, 217
- día 10 de noviembre, 77, 85, 93, 107, 110, 113, 114, 125, 127, 182, 202
- Día de la Ascensión, 116
- día de las Barricadas, 246, 248, 255
- Día de San Martín, 126
- Día de San Valentín, 100
- Diálogo sobre los dos principales sistemas del mundo* (Galileo), 160
- Diana victoriosa* (Poirier), 276
- Diana victoriosa* (Poirier), 277
- diarios de Beeckman, 85, 89, 90, 113
- diarios de RD, 87, 93, 96, 97, 107, 110, 113
- diarrea, 256
- dicción, 73
- Diccionario matemático de Polibio el Cosmopolita* (RD), 106
- dignidad, 74
- Dinamarca, 35, 156-157, 282
- Dióptrica* (RD), 162, 173, 189, 203
- dióptrica, 145, 158, 162, 173, 176, 189, 190
- Dios, 10, 12, 13, 14-16, 19, 26, 29, 47, 82, 98, 99, 107, 108-110, 127, 128, 134, 141-142, 159, 169, 172, 174, 176, 184, 188, 189, 191, 194, 203, 210, 216, 217-218, 238, 243, 252, 256, 261, 281, 289, 290, 295, 301
- Dios, adoración del mismo, 133-134, 217-218
- Dios, inventado, 252

- Dios, prueba de la existencia de, 15, 26, 82, 159, 174, 176, 216-217, 243
- diosa Fortuna, 264
- diplomas en leyes de RD, 77, 81, 126, 127, 258
- dique de La Rochelle, 135-136, 142
- diques, 30, 39
- Discurso de un Sócrates cristiano* (Balzac), 136
- Discurso del método* (RD), 14, 46, 64, 75, 93, 94, 120, 125, 140, 146, 171, 173, 176, 183, 184, 188, 190, 193, 202, 209, 227, 243, 244, 256, 297
- disección, 20, 33, 50, 172, 238
- dolor, 13, 18, 159, 291, 294, 296, 299
- Domingo de Pascua, 130
- dominico, 283
- Don Quijote* (Cervantes), 66, 74
- Dordrecht, 80, 90, 137, 149-151, 208
- dormitorios, 68, 69-70
- Dos verdades, una de Dios y Su Providencia, la otra de la inmortalidad del alma* (Silhon), 174, 243
- dote de la madre de RD, 51
- drogas, 24, 168, 295, 302
- drop*, 34, 35, 38
- dualismo mente-cuerpo, 10, 18, 193-194, 203, 210, 290, 293-297, 300-303
- duda blasfema, 218
- duda, 10, 12, 13, 217, 218
- duelo en la Place Royale, 83-84, 189
- duelos, 83-84
- dueños y señores de la naturaleza, 9, 16, 17-18, 22, 297
- Duins, 134
- Durrandie, La, 120
- École Illustre de Deventer, 153
- ecología profunda, 23, 24
- ecologistas, 24
- Écouffes, Rue des, 229
- ecumenismo, 26
- Edicto de Nantes, 62, 65
- eficiencia, 23-24
- églogas de Ausonio, 109
- Egmond aan den Hoef, 195, 200, 203, 228, 237, 243, 254, 255, 263
- Egmond-Binnen, 203, 227, 237
- ejecución, 80, 84, 114, 143
- Ejercicios paradójicos en oposición a Aristóteles* (Gassendi), 146
- ejército español, 246
- ejército francés en los Alpes, 115
- ejército holandés, 95
- ejércitos de Carlomagno, 117
- electricidad, 22, 25
- elitismo, 24
- elocuencia, 64, 138, 270
- Elven, 123
- embajador francés en las Provincias Unidas, 83, 219
- embajador francés en Polonia, 271, 275-276
- embajador francés en Suecia, 27, 65, 138, 252, 264, 265
- emociones, 11, 22, 23, 24
- empatía, 25
- enciclopedia, 108, 109, 127, 130
- enciclopedistas, 25
- Endegeest, castillo, 30, 195, 228, 229, 268
- enemas, 57
- enfermedad, 56, 57, 96
- enfermo imaginario, El* (Molière), 293
- Ensayos* (Montaigne), 74, 174
- entendimiento, 109
- entusiasmo, 109
- equitación, 33, 74, 81, 83
- eras geológicas, 301
- error de Descartes, El* (Damasio), 25
- error, 12
- escarlatina, 26, 37, 178
- escepticismo, 26, 27, 74, 216
- escolásticos y escolasticismo, 16, 23, 65, 105, 138, 139, 146, 158, 198, 231, 233, 275
- Escuela de Ingenieros de Leiden, 76
- escuela latina de Dordrecht, 90
- escuela latina de Utrecht, 90
- esencias, 23
- esgrima, 70, 73-74, 83, 145, 167-168, 259
- espacio, 20, 217
- España, 70, 80, 81, 94, 95, 102, 144, 147, 208
- españoles, 80, 143, 169
- espejos, 123, 135
- espineta, 227
- espíritu de la Verdad, 127

- espíritu maligno, 126
 espiritualismo, 23
 estado absolutista, 147
 estado continuo (cibernética), 291
 Estado, 25, 37, 81, 95, 143, 147, 207, 208, 216
 Estados Generales, 208, 223
 Estados Generales, 49
 Estados Unidos, 42
 estalinismo, 26
 estatuas de Descartes, 55
 estatuas mecánicas, 100
 estímulo y respuesta, 17, 291-292, 301, 302
 Estocolmo, 27, 45, 129, 249, 252, 259, 262, 268, 270, 271, 276, 277-280, 286
 estoicos y estoicismo, 22, 75, 198
 estrellas, 289
 estreñimiento, 198
 «Estrofas para Mademoiselle M» (Théophile de Viau), 260
Estudio teológico del método cartesiano (Revius), 219
 etnicismo, 25
 Europa, 25, 39, 41, 81, 93, 96, 136, 189, 196, 251, 278
 Evangelio, 212-213
 evolución, 291, 301
 exilio de Federico V, 98
 expatriado, 156
 expectativa de vida media, 255-256
 experiencia directa, 14, 297
 experiencia sensorial y sensaciones, 9-12, 18, 117, 119, 300-301
 experimentación, 77, 106, 123, 209, 236, 239, 240, 284
 extensión, visual vs. real, 296
 extraterrestres, 290
 extremaunción, 36
 fábulas, 17, 159, 167, 179
 fajas, 55, 56
 falso por verdadero, 82, 83, 138, 139, 142
fama de la Orden de la Rosacruz, La, 98, 106
 fantasma en la máquina, 289, 293-296, 302
 fantasmas, 23, 108, 289, 293-296, 302
 fe, 15, 75, 208, 269, 299
 fiebre, 26, 51, 57, 176, 178, 256, 283, 287
 figura paterna, 90
 filólogos y filología, 216, 270, 271
 filosofía moderna, 9, 30, 40
 filósofo, 64, 97
 física, 19, 20, 36, 75, 86-87, 89, 90, 123, 183, 210, 211, 216, 300, 301, 303
 fisiología, 18, 20, 113, 182, 183, 184, 205, 291
 flema, 57, 284, 287
 flota española, 134
 flota inglesa, 136
 fortificaciones, 74, 81, 136
 Fráncfort, 93, 95, 106
 Francia, 35-37, 41, 49, 61, 62, 81, 90, 94, 95, 111, 117, 120, 124, 135, 146-147, 157, 160, 162, 182, 199-202, 227, 232, 233, 237, 242, 247, 248, 251, 252, 258, 259, 271, 272, 274, 275, 276, 282
 franciscanos, 122
 Franeker, 29, 33, 38, 43, 150-151, 153, 158, 219
 Frisia, 29, 31, 33, 96, 143
 Fronda, La, definición, 247
 fuerza electroquímica, 19
 fuerza gravitatoria, 19
 fuerza vital, 23
 fuerzas nucleares, 19, 301
 fuerzas ocultas, 23
 funeral de Descartes, 268
 funeral de Enrique IV, 71
 funeral de Renier, 209
 Galileo, 173, 174, 200-201
 genealogía, 47
 genocidio, 114
 genoma, 20, 25
 geografía, 74
Geometría (RD), 104, 114, 137, 166, 173, 176, 182, 185-187, 190, 193, 209, 227, 229
 geometría analítica, 21, 43, 76, 90, 103, 113, 183, 185
 geometría como pasatiempo de la nobleza, 184
 geometría y geómetras, 77, 88, 90, 103, 113, 146, 181, 186, 187, 219
Geostática (Beaugrand), 169
 gitanos, 23

- glaciares, 96
 glándula pineal, 291, 292, 295
 golpe de estado de Luis XIII, 81, 233-234
 Gomorra, 212
 gorriones, 290, 303
 gracia, 207, 208, 269, 290
 gramática, 73
 Gran Bretaña, 100, 195
Grand Dictionnaire Universel du XIXe Siècle, Le (Larousse), 83
 Grand Maison, La, 115
 granjas de la familia Descartes, 54, 63, 82, 115, 120
 Grenoble, 117
 Groningen, 158, 202, 214, 220, 225
 guerra (de RD) con los jesuitas, 232, 233
 Guerra de los Treinta Años, 39, 94, 96, 101, 251, 253, 274, 299
 guerra, 25, 39, 41, 81, 93, 94, 96, 101, 251, 253, 274, 275, 299
 guerras religiosas, 61, 299
 habitación caldeada, 93, 105, 107, 253, 259, 263, 282
 Hanover, 195
 Hardewijic, 33
 Haya. Véase La Haye
 hegelianismo, 23
 Heidelberg, 99-100, 102
 Helena como criada, 175, 209
 heliocentrismo, 160, 161, 162, 202, 210, 298
 herejía, 37, 65, 212, 215
 herencia de RD, 115, 116, 120, 239
 Herford, 204
 Herzegovina, 299
 hidrografía, 74
 hielo, 32, 96, 168, 251, 266
 hijos ilegítimos, 171, 172-173, 213
 hinduistas, 299
 hipérbole, 88
 histeria ante los rosacruces en París, 102, 116
 historia, 64
 Hobbes, Thomas, 177
 hoguera, Bruno quemado en la, 65
 hoguera, Fontanier quemado en la, 146
 hoguera, Vanini, quemado en la, 36, 146
 Holanda, 141, 154, 165-166, 202, 214, 227, 232, 237, 238, 242, 245, 247, 253, 254, 259, 265, 271, 272, 278, 281
 holandeses, 39, 102, 165-166, 178, 198, 219
 holismo, 24
 hombre como máquina, 17, 18, 19, 71, 299-303
 hombre occidental, 26
Hombre unidimensional (Marcuse), 25
 hombrecillo en el interior de la cabeza, 293
 homicidio, 114, 142, 220-222
 homosexual, 212
 honor, 172
 hormigas, 88, 171
 horóscopos, 37, 271
 hotel l'Image Saint-André, 120
 hotel Maliebann, 213
 Hradisch, 114
huevo y la gallina, El (Schoock), 214
 hugonotes, 61, 234
 humanidades, 73
 humanismo, 25, 289
 humanos, 17, 18, 20, 23, 24, 25, 26, 42, 45, 105, 135, 159, 160, 289-291, 297, 299, 300, 302, 303
 humores, 57
 Hungría, 35
 ideas platónicas, 184
 Iglesia católica, 144, 158, 161, 162, 202, 210
 iglesia de Nuestra Señora de Loreto, 110
 iglesia de Saint-Georges, La Haye, 52
 iglesia del Júpiter de la Victoria, 195
 iglesia María de la Victoria, 195
 iglesia Notre Dame, La Haye, 52, 61
 iglesia ortodoxa, 172
 Iglesia reformada, 33, 37
 Iglesia y Estado, 226
 igualitarismo, 15, 69, 177-178
Iluminismo rosacruz, El (Yates), 98
 ilusiones ópticas, 135
 ilusiones, 10
 Ilustración (Iluminismo), 9, 25
 imágenes, 10-11, 194, 294-297, 301
impiedad de los deístas, ateos y libertinos, La (Mersenne), 136
 Indias, 156

- indígenas, Nuevo Mundo, 169, 238
- individualismo, 9, 24, 25
- industria, 24
- infalibilidad, 10, 162
- infancia como enfermedad, 57
- infanticidio, 56
- infierno, 13, 218, 299
- Informática, 295-296
- ingeniería genética, 19, 25
- ingeniería, 67, 74, 81, 136
- Inglaterra, 99, 101, 145, 175, 197, 235
- ingleses, 111, 199
- inhumanidad del hombre hacia el hombre, 23-24
- inmaterial, 135, 290, 294
- inmortalidad, 45, 135, 174, 193, 209, 216, 243, 290-291, 303
- inocencia, 172
- Inquisición, 147, 162
- instintos, 25
- instrumentalismo, 298
- instrumentos científicos, 150
- inteligencia artificial, 296
- interés, 115, 228, 239, 268
- intuición, 14-15, 22
- invención admirable de RD, 103, 182-183
- Iowa, 35, 157
- ironía, 204, 284
- Islandia, 129
- isomorfismo, 296
- israelitas, 31, 168, 266
- Italia, 35, 42, 49, 90, 111, 115, 117, 125, 135, 141, 147, 189, 271
- jansenistas, 177
- jesuitas, 29, 65-68, 70, 71, 73-76, 116, 117, 130, 162, 171, 177, 200, 208, 218, 231, 232, 233, 238, 266
- jubileo, 116
- judíos, 25, 95, 107, 290, 299
- juegos, 70, 184-185
- Júpiter, lunas de, 73, 75
- juramentos, 143, 188
- jurisprudencia, 67
- justicia, 74
- Kalverstraat, 153, 159
- Kerleu, 123
- Kluwer, editorial, 30
- koek*, 36
- Kosovo, 299
- La Flèche, 48, 60, 65-75, 130
- La Haya, 35, 134, 147, 157, 193-195, 199, 200, 223, 255, 259
- La Haye, 52-55, 60, 62, 63, 67
- La Rochelle, 29, 125, 135-137, 142, 146, 246
- Lágrimas de La Flèche*, 73, 76
- lagunas en la exposición de la *Geometría* de RD, 185
- Languedoc, 229
- Lanslebourg, 117
- Laponia, 167
- latín, 36, 50, 73, 98, 174
- Le Monde*, 225
- lección de anatomía del doctor Tulp*, La (Rembrandt), 20, 159
- Leeuwarden, 38
- Leiden, 30, 32, 42, 54, 76, 86, 98, 134, 157, 158, 178, 187, 188, 189, 195, 203, 213, 217, 219, 220, 224, 225, 270-271
- lengua alemana, 34, 96, 99, 104, 276
- lengua árabe, 153
- lengua flamenca, 275
- lengua francesa, 39, 73, 75, 96, 129, 173-174, 233, 258, 276, 279
- lengua griega, 73, 269, 270
- lengua hebrea, 269
- lengua holandesa, 33, 81, 96-97
- lengua inglesa, 34, 41, 72
- lengua italiana, 106
- lengua persa, 153
- lengua sueca, 276
- lenguas orientales, 153
- Lens, 246
- lente hiperbólica, 150
- lentes, máquina para pulir, 77, 150-153
- Lexicon philosophicum* (Goclenius), 131
- ley de inercia, 87
- ley de los cuerpos en caída, 87
- ley de Snell; véase ley de refracción
- leyes de la naturaleza, uniformidad de las, 135
- leyes del movimiento, 22
- leyes eternas de la naturaleza, 159
- libertad, 33, 143, 147, 154
- libertinos, 133, 136

- libra francesa, 51, 69-70, 82, 115, 116, 185, 228, 230, 241, 242, 267, 268, 270-271
 libra holandesa, 267
 libre albedrío, 17, 293, 303
 libros, los, y RD, 16, 17, 45, 64, 72, 74-75, 122, 127, 145, 162, 173-174, 177, 200, 201, 231, 238, 252, 253, 258, 263, 265, 269, 272
 liebres, 81, 237
 Liga Católica, 29, 70, 71, 94, 137, 142, 143, 144, 147
 litotomía, 50
 litotritia, 50
 locura, 10, 88
 logaritmos, 77
 lógica, 15, 24, 36, 75, 217
 Lorena, 235
 Loreto, 66, 110, 116, 117
 Los Ángeles, 25-26
 Lourdes, 117
 Louvain, 76, 177
 Louvre, 106, 151, 166, 234
 LSD, 295
 luna, 32, 130, 151, 290
 luteranos, 202, 204
 Lutzen, batalla de, 251
 luz, 20, 158, 292
 Llull, método de, 75, 97, 102

 machismo, 22
 madrina de RD, 48, 49, 52, 60, 115
 magia y magos, 13, 23, 37, 97, 105, 301
 mal, 26, 109, 126, 197
 manchas solares, 96
 manicomio, 228
 máquinas animales, 17, 18, 159, 203, 238, 291-293, 300, 303
 máquinas simples, 184
 máquinas, 9, 16, 17, 18, 22, 24, 184, 300, 302, 303
 mar Adriático, 116
 mar Báltico, 277
 mar del Norte, 268, 277, 278
 marihuana, 168
 Martinica, 238
 marxistas y marxismo, 25
 máscaras, 149, 274
 matemática y matemáticos, 9, 12, 21, 30, 35, 43, 65, 75-77, 83-86, 89-90, 93, 98, 103-106, 113, 114, 124, 139, 153, 154, 156, 157, 158, 181-191, 257, 269
 Mateo, Evangelio según, 212-213
 materia y mundo material, 10, 11, 12, 18-20, 22, 159, 297, 298
 materialismo y monismo materialista, 23, 25, 177, 296-303
 matrimonio, 26, 99, 252
 máximas de conducta de RD, 119, 256, 257
Mecánica de Galileo, 162
 mecánica universal, 114
 mecánica, 74, 88, 89-90, 113, 114, 138, 140, 146, 162, 183, 282
 mecanicismo, 19, 20, 22, 23, 71, 136, 232-233, 293, 297, 300, 301
 medicina, 20, 24, 26, 37, 50-51, 91, 97, 99, 105-106, 113, 140, 262, 282
 médicos, 45, 48, 50-51, 57, 282-284, 287, 293
 meditación, 25
Meditaciones metafísicas (RD), 9, 14, 30, 46, 146, 168, 174, 176, 177, 180, 193, 202, 203, 211, 217, 227, 233, 236, 237, 239, 243, 245-246, 258, 259, 282, 284, 285, 297
Meditaciones metafísicas (RD), traducción francesa del joven duque de Luynes, 233, 236, 245, 246, 258
 melón, 108, 109, 126
 memoria, 13, 75, 97
 menores (franciscanos), 122-123
 mentalismo y mentalistas, 296-303
 mente dormida, 128
 mente y cerebro, 297
 mente y mundo mental, 10-13, 16, 18, 22, 23, 45, 47, 193, 194, 203, 290, 293-303
 mentiras, 144-145, 175
mentiroso, *El* (Corneille), 154
 mercantilismo, 95
 mercurio, 240
 meritocracia, 24
 metafísica, 75, 146, 176, 204, 209
 meteorología, 74
meteoros, *Los* (RD), 32, 173, 190
método admirable, *El* (Schoock), 211-215
 método analítico, 20
 método, 15, 22-23, 139, 170, 182, 183

- Middelberg, 86
 miel, prometida por Dios a los israelitas, 31, 168, 266
 milagros, 20, 36, 300
 Mínimo de Mander; véase Pequeña Edad de Hielo
 mínimos, 122
 misa, 61, 134, 142, 143
 misioneros, 153
 Missouri, 34, 277
 misticismo, 23, 37
 modelo mentalista, ausencia de, 301
 modelos geométricos, 85-86, 182
 modelos mecanicistas, 18, 71, 292, 293, 297, 298, 300, 301
 monjes recoletos, 71
 monos, 169
 Montaña Blanca, Batalla de la, 102, 103, 114
 montañas, 117-118, 284
 Montbaudon, 120
 Mont-Cenis, 117-118
 monte Everest, 269
 monte Faron, 284
 moral, 74, 75, 103, 125, 199, 236, 282
 Moravia, 35, 114
 muerte católica, 284
 muerte de Descartes, 133, 222, 237, 285-286, 287
 muerte de Francine, 178-179
 muerte de Hortensius predicha por el horóscopo, 271
 muerte de la madre de Descartes, 59-60
 muerte de Mersenne, 246
 muerte de Picot, 36
 muerte de Sócrates, 275
 muerte del padre de Descartes, 227, 228
 muerte, 22, 42, 96, 99, 170, 254, 298
 muerte, falta de temor a la, 42, 254
 mundo externo, 10, 295, 296, 297
 mundo material; véase mundo externo
 mundo occidental, 290
 Münster, 198
 Museo del Hombre, París, 164
 música, 33, 70, 73, 86-89, 113, 154, 182, 227, 237
 musulmanes, 144, 290, 299
 nacimiento de Descartes, 45, 52
 nacimiento de Francine, 163
 nacimiento de la Paz, *El*, 274-277, 279-280, 281
 nacimiento de Luis XIII, 234
 Nantes, 65, 72, 146, 229
 narcisismo, 24, 25
 Nassau, 80, 100, 101, 133, 154, 193
 National Academy of Sciences, EUA, 164
 naturaleza, 16, 22-24, 98, 135, 139, 209, 297
 naturalismo, 65
 Navarra, 70, 81
 navegación, 268
 nazis y nazismo, 23
 Neanderthales, 164
 nervios, 10, 12, 291, 292
 Neuburg, 105
 neumonía, 256, 287
 neurociencia y neurofisiología, 298, 299, 303
New Age, 24
New York Times, 42
New York Times, revista, 225
 Newark, New Jersey, 277
 Nierop, 77
 niños como animales no domesticados, 58
 niños como bestias, 58
 niños, 41, 47, 55-60, 171, 172, 178-179
 niños, hambrearlos para endurecerlos, 57
 nobleza hereditaria, 245, 273
 nobleza, 83-84, 178, 184, 234
 nodriza, 56-57, 58, 60, 61, 175, 285, 286
Notas dirigidas contra un cierto programa (RD), 210
 novelas de caballería, 66, 74, 79, 122, 199, 256
Nuevas memorias para la historia del cartesianismo (Huet), 167
Nuevo método de álgebra (Stampioen), 187
 Nuevo Mundo, 95, 169, 238
nuît de songes de René Descartes, La (Jama), 130
 números arábigos, 65
 números romanos, 65
 obediencia, 75
 objeciones y réplicas a las *Meditaciones* de RD, 177, 202, 228, 236, 258

- objetivo vs. subjetivo, 9, 24-25
- obra dramática, 129
- obras hidráulicas, 156
- Observatorio de Descartes, 72
- ocasionalismo, 301
- océano Atlántico, 40
- ocio, 33, 154
- odio, 260
- oficial de intendencia, 115
- Oldenbarnevelt, 80
- Olimpia (cuadernos de RD), 106
- Olympian Dreams and Youthful Rebellion of René Descartes, The* (Cole), 125
- ondas cerebrales, 300
- opio, 293
- oposiciones musculares, 20
- óptica, 74, 113, 183
- opúsculo sobre las fiebres, Un* (Ferrier), 50
- Orange, príncipes de, 154, 214, 219, 220, 223, 224
- Oratorio, Congregación del, y oratorianos, 29, 122, 137, 141, 233
- Orden de la Charretera, 99, 100
- ordenador, 9, 300
- Oriente, 153, 299
- ortodoxia, 114
- Oxford, 72
- Oyré, 65, 228
- padrinos de RD, 49, 52, 60, 61, 62, 77
- paille-maille*, 213
- Países Bajos, 30, 31, 32, 33, 35-36, 37-39, 63
- palanca, 184
- Palatinado, 100, 101, 192, 198, 199, 200, 230, 253, 260, 266, 272
- pan, 20, 31, 35, 36, 68, 90, 238
- panegírico de Descartes por Aemilius, 209
- panpsiquismo, 16
- panteísmo, 23, 65, 133, 146
- pantera, 248, 257, 264
- pantomima, 274
- pap*, 41
- papa, 10, 99, 144, 147, 160, 161
- Pappus, problema de, 176, 185, 190
- paradojas, 21
- Paraíso, 211
- parásito familiar, fracasado, holgazán, RD como, 115-116, 121, 230
- Parentière, 120
- París bien vale una misa, 61
- París, 16, 31, 33, 35, 36, 48, 49, 61, 68, 70, 71, 72, 82, 87, 102, 111, 112, 115, 121-125, 129, 132, 136, 137, 141, 142, 146, 149, 150, 151, 152, 154, 155, 160, 164, 166, 181, 183, 189, 191, 200, 203, 226, 228-231, 239, 242, 244-248, 255-257, 258, 262, 267, 280
- Parlamento de Bretaña, 49, 51, 79, 94, 145, 228, 273
- Parlamento de París, 36, 51, 228, 244, 245, 246, 247
- Parnaso de los poetas satíricos, El*, 124
- Parnaso triunfante* (Poirier), 276
- Parnaso, cuaderno de RD, 106
- pasajes subterráneos en La Haye, 64
- pasiones del alma, Las o Tratado de las pasiones* (RD), 74, 160, 170, 203, 205, 257, 261, 267, 272
- pasiones, cartas de RD a Isabel, 261
- pasiones, entrenamiento de las, 257
- patinaje sobre hielo, 32, 96, 278
- pecado original, 58, 218
- pecado, 19
- pedagogía jesuita, 73-74
- pelagianos, 218
- pene de Luis XIII, 59
- pensamiento, 14, 30, 159, 217, 243
- pensamientos se congelan como el agua, 40, 251, 281
- pensión para la nodriza, 285, 286
- pensiones, 241-245, 246, 248, 254, 257, 259, 260, 262, 284, 285, 286
- Pequeña Edad de Hielo, 96, 269
- peregrinación, 66, 110, 116, 128
- peregrino de Loreto, El* (Richeome), 66, 116
- Perga, 186
- perra y Malebranche, 17, 301
- perro de Descartes, 159-160, 168
- perro defecando, 198
- perro, condicionamiento con violín, 160, 292
- Perron, Le, 54, 82, 115
- peste en Leiden, 157, 189
- peste, 25, 26, 42, 96, 100, 157, 189, 256
- Pestehuis, 189
- Petit-Maraïs, La, 115, 137

- piedad, 114, 133, 286
 pinturas, 33, 81, 96, 166, 167, 198, 252, 269
 pirámides, 23
 pirrónicos, 136, 146
 pitagóricos, 127
 Place des Vosges, 83
 Place Royale, 83
 placer, 18, 159, 294, 296
 planetas, 289-290, 289
 plano inclinado, 184
 plegaria, 108, 110, 281
plenum cartesiano, 20
 poetas y poesía, 64, 73, 108-109, 124, 127, 133, 186, 253, 269, 274-275, 279
 Poitiers, 48, 63, 77, 81, 115, 121, 125, 127
 Poitou, 35, 49, 53, 54, 62, 63, 111, 115, 146, 229, 231, 239
 pólder, 30, 32, 35, 43
 Polonia, 35, 51, 107, 134, 193, 271, 272, 275
pompa de la felicidad, La (Beyes), 276
 Port-Royal, 177, 236
 Praga, 94, 101, 102
 Praga, Batalla de (Montaña Blanca), 102, 103, 114, 197
 pragmáticos y pragmatismo, 15
 predestinación, 208
 predicador perfecto, 122
 Pré-Fallot, 53
Preguntas y comentarios sobre el Génesis (Mersenne), 136
 presión del agua, 182
 presión del aire, 236, 240, 280, 284
principios de la filosofía, Los (RD), 198, 200, 202, 228, 231-233, 236, 237, 253
 probabilidad, 13, 138, 139, 297
 probabilismo, 138
 profetas, 134
 prolongación de la vida, 37, 91, 97, 106
 propaganda, 39, 100, 102, 105, 124
 proporciones, 76
 prostitutas y prostitución, 70, 81
 protestantes y protestantismo, 10, 25, 29, 46, 61, 65, 66, 70, 78, 80, 81, 82, 94, 95, 100-103, 107, 114, 128, 133-134, 135, 137, 142, 143, 144, 146, 147, 200, 201, 202, 232, 234, 249, 251, 272
 Provincias Unidas, 33, 80, 81, 83, 90, 94, 95, 96, 101, 102, 111, 124, 128, 134, 141, 142, 146-147, 149, 151, 152, 153, 154, 156-158, 162, 176, 185, 199, 203, 207, 208, 216, 220, 232, 237, 242, 243, 257, 282
 Prusia, 251
 Prytanée National, 72
 psicología, 18, 26, 205, 292
 psiquismo, 23
 pubertad, 51
 puentes, 135, 297
 purgas, 57
 Puy-de-Dôme, experimento, 240, 284
 queso, 30-31
 química, 22, 138
 racionalismo, 13
 racionalización, 24
 raíz cuadrada, 184
 Ramus, cátedra de Matemática, 182, 190
 rana, 18
 ratas, 63
 ratones, 63
 razón de Estado, 95, 143
 razón, 9, 10, 12, 14, 24, 25, 58, 208, 217, 257, 270
 Real Academia Sueca de Artes y Ciencias, 40, 282-283
 realidad virtual, 13, 295-296
 redes neuronales, 19, 292, 294, 295, 299
 reflejos condicionados, 20, 160, 292
 refracción, ley de, 176, 183-184
 regaliz, 34, 38
 regimientos franceses en las Provincias Unidas, 80, 95
 reglas del método, 183
Reglas para la dirección del espíritu (RD), 135, 137, 146
 reglas rosacruces, 98-99
 religión del rey y la nodriza, 61, 217
 religión vs. ciencia, 299
 religión, 24, 61, 62, 95, 100, 107, 128, 133, 162, 207, 217, 218, 286, 296, 299
 reloj de péndulo, 188

- relojería, 74
- remonstrantes, calvinistas, 207, 208, 211, 212
- remordimiento, 257
- Rennes, 52, 59, 65, 67, 93, 111, 114, 115, 121, 135, 229, 231
- reportero de Leeuwarden, 38
- representacionalismo, 296
- representaciones sensoriales; *véase* imágenes
- representaciones, 10-11, 114, 294-297, 299, 301
- república holandesa, 214
- restaurante Queen Kristina, 280
- resurrección, 99, 210
- Retórica* (Cicerón), 187
- retórica, 73
- retrato (presunto) de RD, presuntamente por Hals, 166, 167
- retrato de RD, por Beck, 167
- retrato de RD, por Helleman, 167
- retrato de RD, por Lievens, 166-167
- retrato de RD, por Schooten, 166
- retrato de RD, por Weenix, 166, 167
- retratos grabados, 109, 128
- revelación, 109, 110
- revolución en el pensamiento humano, 303
- Revolución francesa, 25, 49, 73
- revolución industrial, 9
- revolución protestante, 10
- revuelta protestante en Francia, 234
- Rey Sol, el, 147, 249
- riñón, 50
- río Ambion, 117
- río Creuse, 54, 60, 68
- río Loir, 68, 72
- río Loira, 60-61, 68, 72
- río Rin, 272
- río Sena, 16, 149
- río Támesis, 235
- río Vienne, 60, 68, 137
- rischedales, 268
- rival, RD atacado por, 122
- robots, 9, 16, 17, 18, 24
- Roma, 116, 144, 158, 195, 231, 255
- romanticismo, 178, 256
- rosacruces, 37, 102, 105, 106, 116, 122, 129
- Rose Cross Over the Baltic* (Åkerman), 98
- Rotterdam, 188
- Royal Society, 153
- ruleta, 190
- rumbo en la vida, 107, 108, 127, 128, 131
- Sacro Imperio Romano, 81, 94, 95, 100, 101, 143-144, 193, 199, 251, 274
- sagrado, 16, 22, 24, 133
- salteadores, 96-97, 264
- salud, 42, 67, 117, 168, 256, 269
- Salzberg, 253
- Sandhurst, 72
- sangre, 20, 57, 64, 114, 238, 283, 284
- sangría, 57, 283, 284, 287
- Santpoort, 33, 175, 178, 203, 227
- saqueadores, 142
- sarcasmo, 171, 191, 204
- Scandinavian Airlines, 277
- Semana Santa, 66, 67, 110, 130
- semejanza, 11, 299
- sentido común, 145, 169-170
- sentido del humor de RD, 168, 172
- servicio del gobierno, 49, 258
- sexo y sexualidad, 26, 59
- sida, 42
- sijs, 299
- silogismos, 75
- Sindicato de Escritores Suecos, 279
- Sínodo de Dordrecht, 80
- sirenas, 266
- sitio de Gavi, 116
- sitio de Rethel, 199
- Sobre la sabiduría* (Charron), 74, 174
- sobrenatural, 16
- Sociedad Protectora de san Descartes, 27, 37, 98, 114, 133, 142, 172, 237
- sociobiología, 25
- Sodoma, 212
- sol, 11, 32, 130, 295, 298
- soledad, 109, 126, 141, 249
- soles falsos, cuatro, 158, 176
- solipsismo, 13
- Sorbière y su visión de Descartes, 238
- Sorbona, La, 202
- Spa, 198
- St. Louis, Missouri, 34, 277, 279
- St.-Jacques, rue, 17
- stadhouder* (comandante en jefe), 80, 154, 208, 219, 224
- Striksma, panadería, 35

- subjetivo vs. objetivo, 9, 22, 24-25, 299, 300
 Suecia, 27, 39, 40, 42-43, 46, 61, 65, 95, 120, 129, 138, 157, 167, 176, 199- 202, 203, 204, 212, 222, 226, 228, 237, 241, 249, 250, 254, 259, 262, 263, 266, 267, 273, 274, 278, 281, 299
 suecos, 165, 251, 261, 275
 sueños, 127, 128, 155, 293
Suma Teológica (Tomás de Aquino), 33
Summa philosophia quadripartita (Eustache de Saint Paul), 233
 supositorios, 57
suspiros saludables, *Los* (Poirier), 279
 Sybillière, La, 53-55

 tabaco, 168, 284
 tahúres de las matemáticas, 85
 talla del francés medio, 164, 165
 teatro, 73, 196, 253, 262
 tecnocracia, 24
 tecnología, 9, 21, 22, 24, 25, 181, 289
 telescopio, 150, 290
Temis áurea, 106
tempestad, *La* (Shakespeare), 100
 tenis, 70
 teología y teólogos, 20, 75, 205, 215-216, 217, 249, 269
 teoría causal de la percepción representacional, 296-297
 teoría de la percepción, 295-296
 Tercer Mundo, 24
 tiempo, 21
 tilo, 278
 tirano de Estocolmo, 129
 tolerancia religiosa, 95
 tomografía, 20
 tormenta, 32
 Toulon, 284
 Toulouse, 146
 traición de Chalais, 125, 245-246
 transubstanciación, 20, 203, 238
Tratado de la cantidad (François), 76
 Tratado de Münster, 198-199, 273, 274
 Tratado de Westfalia, 274
Tratado del hombre (RD), 16, 162
 Trenandán, Malescot y Asociados, 267
tric-trac (*backgammon*), 70
 Troya, 260
 tuberculosis, 124
 Turena, 35, 46, 53, 168, 266
 Turín, 115, 117
 Tzummarum, 35

 Ulm, 93, 103, 105, 106
 ultramontanos, 143
 unidad de las ciencias, 106, 109, 113, 127
 uniformidad de la naturaleza, 135
 unión accidental del alma y del cuerpo, 210
 Unión de Príncipes Protestantes, 101
 Unión Protestante, 94
 Universidad de Estocolmo, 278
 Universidad de Franeker, 158
 Universidad de Groningen, 39, 158, 225
 Universidad de Leiden, 54, 86, 158, 188, 218, 224, 225, 270-271
 Universidad de Louvain, 76, 159
 Universidad de París, 51, 68
 Universidad de Poitiers, 48, 49-50
 Universidad de Utrecht, 158, 176, 209, 211, 215, 225
 Universidad de Washington, 17, 278
 Universidad de Washington, Facultad de Medicina, 298
 universo, 290
 Uppsala, 279
 usura, 214
 utilidad, 22
 Utrecht, 91, 158, 171, 176, 188, 202, 206, 208-211, 214, 215, 219, 220, 224, 225, 226

 vacío, 217, 240, 280
 valentía, 74
 valores, 22
 vegetarianos, 31
 Venecia, 35, 116
 veneno, 143, 144, 286
 venta de propiedades de RD, 115-116, 120, 122, 228, 239
 ventrículos, 291, 292
verdad de las ciencias contra los escépticos o pirrónicos, *La* (Mersenne), 136, 146
 verdad y falsedad, 109
 verdad, 37, 109, 127, 129, 136, 142, 145, 146, 173, 229, 242, 243
 vibraciones armónicas de las cuerdas, 86, 182
Victoria y derrota de las pasiones, 276

- Vida de los santos* (Baillet), 27
Vida de René Descartes (Borel), 138
Vie de Monsieur Des-Cartes, La (Baillet),
 26-27
 Viejo Príncipe, aposentos, 157
 Viena, 93
 violín, 160, 292
 virtud, 37
 viruela, 26
 víspera de San Martín, 109, 130
 vivir como hermanos, 150-151
 vivir hasta los cien años, 40, 254
 vivisección, 18, 20, 24, 291
 Westerkerkstraat, 153
 Westermarkt 6, donde fue concebida
 Francine, 165
 Westfalia, 94

JUNG. EL CRISTO ARIO

Richard Noll

Desde su nacimiento en 1875 en el seno de una familia marcada por la locura y la severidad de la religión, esta obra recorre la carrera de Carl Gustav Jung como psiquiatra, su ruptura con Freud y su adhesión al Tercer Reich. Noll plasma por vez primera aspectos de la vida de Jung nunca desvelados: su defensa de la poligamia como camino espiritual, las relaciones con sus discípulos, su antisemitismo, el uso de los estados de trance inducidos y la experiencia visionaria que le llevó a creerse un dios procedente de un culto de la antigüedad.

Con la aportación de datos hasta ahora inéditos sobre la vida de Jung y de sus adeptos y gracias a los hallazgos recientes en archivos europeos y norteamericanos, Richard Noll descubre la cara humana de un hombre genial, que fundó un movimiento religioso neopagano y cuyas teorías marcaron una nueva concepción del mundo.

«Un estudio fascinante realizado mediante una minuciosa investigación acerca de los orígenes de la concepción junguiana, de gran influencia y sumamente original, de la psicología humana, y una obra que puede generar una encendida polémica.»

Kirkus Reviews

LAS CORTESANAS

Susan Griffin

Mientras cautivaban a algunos de los más ilustres hombres de Europa haciendo alarde de sus habilidades tanto en sociedad como en la intimidad, las grandes cortesanas obtuvieron riquezas, poder, educación y libertad sexual en una época en que todo ello les estaba vetado a otras mujeres. Desde Mogador, que de bailarina afamada se convirtió en noble, hasta las fascinantes Sarah Bernhardt, la Bella Otero o Coco Chanel, pasando por la ilustrada Mme de Pompadour, este libro cuenta la vida de unas mujeres osadas que contribuyeron a que las demás mujeres se liberasen de las restricciones sociales, sexuales y económicas a que estaban confinadas.

«Provocador y convincente, con la hermosa y sabia escritura típica de Susan Griffin, este catálogo rescata del olvido a algunas de las mujeres más audaces y polémicas de la historia.»

ALICE WALKER, autora de *El color púrpura*

«Lo que compartían todas las cortesanas y lo que Griffin admira en ellas es la audacia de transgredir las normas de un rígido código gazmoño e hipócrita y de cambiar así la pobreza y las dificultades a las que estaban condenadas desde el nacimiento por champán, diamantes y una lencería extraordinaria. Griffin escribe con vivacidad y su libro engancha.»

Publishers Weekly

«Tanto estudiosos como lectores no especializados darán la bienvenida a este libro fascinante y sumamente original de una feminista y autora prolífica, galardonada con diversos premios. Una obra altamente recomendada.»

Library Journal

Richard Watson, profesor de Filosofía en la Washington University de San Luis, es un conocido especialista en Descartes, al estudio de cuya vida y obra se ha entregado durante más de cuarenta años. Además de sus ensayos acerca del cartesianismo, ha escrito también: *La dieta del filósofo: adelgace y, de paso, descubra el sentido de la vida*, 1986 (traducción al español publicada en 1999); *The philosopher's joke: essay in form and content*, 1990, y *The philosopher's demise: learning French*, 1995.

«La forma en que Watson mezcla su propia persona y sus experiencias cuando sigue a Descartes a través de Europa es tan rigurosa como enriquecedora. Los lectores apreciarán claramente la importancia que el Descartes del siglo XVII tiene para el mundo moderno. Un título que debe incluirse en las colecciones de biografías y filosofía.»

Library Journal

«Watson consigue acercar y hacer accesible la historia lejana y abstracta, evitando el academicismo sin caer en la trivialización. En esta obra cubre los diversos ámbitos en los que se desarrolló el pensamiento de Descartes, desde la metafísica hasta las matemáticas, pasando por la óptica, la medicina, la fisiología y la psicología.»

Publishers Weekly

«Watson abarca la vida de un hombre demasiado irascible y vital para encajar en la aséptica iconografía de la academia. Para desacreditar los piadosos mitos que durante largo tiempo han ocultado jugosas anécdotas de la vida del filósofo, ha seguido el recorrido que Descartes trazó por Europa y, sin caer en la falsa modestia, ha entrelazado con esta enriquecedora historia sus experiencias personales como viajero infatigable y como sagaz investigador. No obstante, Watson señala y explica con esmero la importancia cultural del legado del pensamiento de Descartes. No es de extrañar que muchos lectores admiren a un biógrafo que presenta tanto las cerebrales doctrinas del filósofo como su conducta inevitablemente humana.»

Booklist

Descartes

El filósofo de la luz

«He aquí, pues, la vida de René Descartes. Desde 1920, es la primera biografía del pensador basada en sustanciales investigaciones recientes y, además, la única que jamás se haya escrito para el lector no especializado. Es la historia del hombre, no la del monumento.»

Con estas palabras el autor presenta esta biografía del padre de la filosofía moderna. Genio de las matemáticas, pionero en el estudio de la anatomía y de la psicología, y destacado pensador en ámbitos filosóficos, religiosos y científicos, Descartes sentó las bases del mundo moderno y del método analítico que lo ha configurado. Richard Watson, que ha estudiado durante más de cuarenta años la vida y obra de Descartes, sigue las huellas del filósofo por los lugares en que habitó para desvelar aquellos aspectos de su biografía que la ignorancia ha mitificado, al tiempo que señala su relevancia histórica.

«Este libro no se parece en nada a los que yo conozco sobre Descartes. Resulta emocionante acompañar a Watson a través del paisaje rural de Holanda y Francia, las retorcidas callejuelas del viejo Estocolmo, libros y archivos polvorientos, al tiempo que escuchamos sus agudos comentarios y a veces atrevidas suposiciones. Sean cuales fueren las eruditas controversias que este libro provoque, lo que emerge de él es un cuadro vívido de Descartes y del mismo Watson.»

Daniel Garber, de la Universidad de Chicago

